

The cover features a central illustration of a hooded figure in a dark, heavy robe, holding a large, dark book with a golden symbol on its cover. The figure stands in a grand, arched stone doorway of a cathedral, with light streaming in from behind. The entire scene is framed by a border of intense, orange and red flames.

EL GUARDIÁN
de la
BIBLIA *del* DIABLO

RICHARD DÜBELLE

Lectulandia

Praga, 1612. Tras la muerte del emperador Rodolfo II, unos saqueadores irrumpen en el castillo de Praga y roban el libro más peligroso de todos los tiempos: la Biblia del Diablo.

Poco tiempo después, en nombre de Satanás suceden cosas inquietantes en el país, y las siniestras leyendas en torno a un viejo castillo situado en las colinas de Moravia vuelven a cobrar vida. Ciertas personas cometen bárbaros crímenes y afirman haber visto reír y danzar al diablo...

¿Existe un vínculo entre todas esas atrocidades y la desaparición del manuscrito? Dos amigos, Cyprian Khlesl y Andrej von Langenfels, arriesgan su vida en la lucha contra príncipes y clérigos sin escrúpulos. Y todavía hay más en juego, porque el Mal también amenaza aquello que más les importa a ambos: sus hijos.

Lectulandia

Richard Dübell

El guardián de la Biblia del Diablo

ePub r1.0

Karras 18-06-2019

Título original: *Die Wächter der Tenfelsbibel*
Richard Dübell, 2008
Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Existe una leyenda...

Dramatis personae (un extracto)

... Y algunas figuras históricas más (también un extracto)

1612: Caesar mortuus est

1617: El diablo danzante

1618: 1. La guadaña de la segadora

1618: 2. Una profunda caída

1618: 3. Pernstein

Epílogo

Apéndice

La Biblia del Diablo

El camino a la guerra 1612-1618

Colofón

Agradecimientos

Fuentes

Sobre el autor

Para mi abuela, que me regaló mi primer carnet de biblioteca. ¡Contempla el resultado, abu!
Ojalá hubiésemos tenido más tiempo para sentarnos juntos y tomar nota de todas las historias que me contabas. Tendremos que ponerle remedio en otra vida. Quiero darte las gracias por haber puesto en mis manos la llave que da acceso al mundo de los libros.

No encontrarás los límites del alma.

HERÁLICTO DE EFESO

Existe una leyenda...

Un monje fue emparedado como castigo por un delito atroz. Mientras se consumía en su prisión quiso dejar su legado por escrito. El libro debía contener todos los conocimientos que había reunido a lo largo de su existencia, precisamente los que le habían costado la vida. Debía convertirse en una Biblia del saber.

Durante la primera noche comprendió que jamás lograría terminar la obra y, desesperado, empezó a rezar. Como Dios no prestó oídos a sus súplicas, dirigió sus oraciones al diablo y le ofreció su alma.

El diablo acudió y aquella noche escribió el libro hasta el final, pero en vez de cumplir con lo acordado e incluir todos los saberes del mundo, solo volcó los del mal. A lo largo de milenios el Gran Tentador había intentado traspasar su saber a los hijos del hombre, un saber para el que aún no estaban preparados y que causaría su destrucción. Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso por su culpa, y por su culpa la humanidad acabaría sucumbiendo. Y como sabía que, en su mayoría, las personas estaban en guardia frente a él, camufló su legado y le dio la apariencia de una Biblia. Los de escaso intelecto no se darían cuenta, pero los inteligentes lo descubrirían. El propósito del diablo siempre fue causar la perdición de los miembros más destacados y brillantes de la humanidad.

El monje se daría cuenta de todo ello. Pero si intentaba destruir la obra, su saber también se perdería y no solo su vida, sino también su castigo, habrían resultado completamente inútiles.

El diablo sabía que el monje jamás sería capaz de hacerlo.

Después de unas semanas, cuando abrieron la celda del prisionero, encontraron un libro gigantesco junto a su cadáver. Los monjes que lo abrieron retrocedieron presa del horror: en una página se encontraron con un enorme retrato del diablo que les lanzaba una sonrisa maligna. Lo único que el solitario monje pudo hacer fue advertir a la posteridad mediante ese dibujo. Y ocultar la clave de la obra del diablo en tres páginas del libro.

Existe una leyenda...

*Quien posee la fe en Dios posee el reino de los cielos.
Quien posee el saber del diablo dominará el mundo.*

DRAMATIS PERSONAE

(un extracto)

AGNES KHLESL. Nacida cuando su madre ya agonizaba y criada en un hogar sin afecto, Agnes ha entregado su corazón a Cyprian incondicionalmente... pero el precio de su amor es elevado.

CYPRIAN KHLESL. Siempre se interpuso en el camino de Mal cuando este quiso apoderarse de sus seres queridos. No sospecha lo cerca que se encuentra en esta ocasión.

ANDREJ VON LANGENFELS. El mejor amigo y compañero de Cyprian fue ladrón, ayudante de un charlatán, el primer cuentacuentos del emperador y un hombre a quien le arrebataron el gran amor de su vida.

A partir de entonces dejó que las sombras del pasado lo dominaran.

ALEXANDRA KHLESL. La hija de Agnes y Cyprian cree en el amor y se desespera ante el estado del mundo.

WENZEL VON LANGENFELS. El único hijo de Andrej debe enfrentarse a sus orígenes.

FILIPPO CAFFARELLI. El joven clérigo conoce tan bien la Iglesia que solo le queda una última pregunta que hacerle a Dios.

ADAM AUGUSTYN. El principal contable de la firma Khlesl & Langenfels siente afición por los escondites extraordinarios.

CORONEL STEPHAN ALEXANDER SEGESSER. El comandante de la Guardia Suiza es un leal camarada de su antecesor... y sobre todo un buen hijo.

VILÉM VLACH. El influyente comerciante de Brno mantiene vínculos con las más altas esferas... y tiene una cuenta pendiente.

SEBASTIAN WILFING HIJO. Aún sigue siendo el sueño de una futura suegra.

HEINRICH VON WALLENSTEIN-DOBROWITZ. El primo de un conocido general ha descubierto que la oscuridad más profunda siempre reside en la propia alma.

KASSANDRA DE LARA HURTADO DE MENDOZA. Tiene el diablo en el rostro... y en el corazón.

... Y ALGUNAS FIGURAS HISTÓRICAS MÁS (también un extracto)

CARDENAL MELCHIOR KHLESL. El arzobispo de Viena hace caso omiso de la prudencia política.

POLYXENA VON LOBKOWICZ. La esposa del canciller imperial y la mujer más bella de su época guarda un secreto.

ZDENĚK POPEL VON LOBKOWICZ. Un diestro político que ocupa el más alto cargo del imperio.

ABAD WOLFGANG SELENDER VON PROSCHOWITZ. Un pastor de la iglesia que cree en el poder del Señor, pero no en el propio.

JAN LOHELIUS. Arzobispo de Praga, primado de Bohemia, Gran Maestro de los cruzados... y belicista a pesar de sí mismo.

CONDE JAROSLAV VON MARTINITZ, WILHELM SLAVATA, PHILIPP FABRICIUS. Tres hombres se precipitan por la ventana y provocan una catástrofe.

CONDE MATTHIAS VON THURN. Portavoz de los estamentos protestantes de Bohemia.

KARL VON ŽEROTIN, ALBRECHT VON SEDLNITZKY, SIEGMUND VON DIETRICHSTEIN. Políticos de Moravia que abrigan diversos conceptos morales.

MATÍAS I DE HABSBURGO. Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y sucesor del aborrecido Rodolfo II; por lo demás, en realidad no supuso una elección mejor.

FERNANDO II DE HABSBURGO. Archiduque de Austria Interior, rey de Bohemia y futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; hermano de Matías; un fanático que detesta a los protestantes.

PAPA PABLO V. Su espíritu está centrado en los edificios suntuosos, su corazón en el archivo secreto del Vaticano... pero, por desgracia, allí ya no hay espacio para la cristiandad.

De nuevo lo llevó consigo el diablo a un monte muy alto, le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré si te postras y me adoras».

Evangelio según san Mateo

1612: CAESAR MORTUUS EST

Todos cuantos aquí yacemos
somos huesos y ceniza, y nada más.

Inscripción en una lápida romana

El emperador había fallecido y con la muerte había desaparecido todo lo que tenía de humano. En cambio permanecía todo lo fantástico, visionario y demencial, todo lo monstruoso e increíble que el mundo había relacionado con su persona; todo ello quedaría eternamente conservado en el recuerdo de los hombres... y allí, en su reino, en su cueva del dragón, su refugio profundamente oculto en las entrañas del castillo situado en el Hradčany.

Sebastián de Mora, antiguo bufón de la corte del difunto emperador Rodolfo, se estremeció: estaba convencido de que en cualquier momento aparecería el espíritu del muerto detrás de una de las columnas del cuarto de las maravillas.

—¡Por san Wenceslao! ¿Qué es eso? —susurró uno de los monjes encapuchados. Había retirado parcialmente un recipiente apoyado en un estante y el cristal relumbró, iluminado por el candil que sostenía el monje. Sebastián sabía qué era, conocía casi todos los objetos que el difunto emperador había coleccionado.

«En conserva —pensó—, ni más ni menos».

Echó una rápida mirada a los demás; siempre se había preguntado si un día el emperador Rodolfo —en caso de que su bufón muriera antes que él— se encargaría de que su cadáver también fuera conservado.

Los otros jamás habían entrado en ese recinto, pero al contemplar su expresión se dio cuenta de que ellos también se hacían esa pregunta. La amenaza que suponían los monjes que sostenían espadas y puñales era muy tangible, pero al ver lo que se encontraba en esos estantes y reconocer su propia imagen reflejada, la pregunta pasaba a primer plano.

El monje retrocedió, el cristal se deslizó del estante, atravesó el rayo de luz y se hizo trizas contra el suelo; el contenido se derramó sobre las baldosas y un hedor a alcohol y podredumbre invadió la habitación.

—¡Cielo Santo!

El monje se apartó violentamente y los compañeros de infortunio de Sebastián apartaron la vista de la masa macilenta y tumefacta que yacía en el suelo. Pese a que el pestazo le perforaba la nariz, el bufón tomó aire. Sabía que en las docenas de recipientes de cristal que descansaban en ese estante se conservaban cosas mucho más horripilantes que un lactante de dos cabezas, cuyos ojos ciegos aparecían en ambos rostros medio descompuestos.

—Esos no son verdaderos monjes —susurró la voz de Brigitta. Sebastián la miró de soslayo; a la luz del candil su cara era una colección de sombras deformes que casi se asemejaba a los rostros grises de aquel horror que yacía en el suelo. Había sido una de las últimas en llegar a la corte de Rodolfo, un regalo del rey de Suecia. El emperador Rodolfo había reunido todos esos seres de baja estatura, patizambos y de miembros cortos, de rasgos nudosos o torcidos, procedentes de medio mundo.

—¡Habría que quemar todo esto, todas estas repugnantes... monstruosidades! —soltó el falso monje que había derramado el contenido del recipiente, y dirigió la mirada a los seis enanos que de pronto se apiñaron.

—Prosigamos —indicó el cabecilla de los monjes—. No perdamos más tiempo.

Sebastián los condujo hacia las profundidades del gabinete de curiosidades. No tenía otra opción. Como tampoco le había quedado más remedio que participar en el malvado juego de los hombres cuando de pronto estos aparecieron en el solitario pasillo al que Sebastián se había retirado para llorar la muerte del emperador Rodolfo. Eran dos y al principio los había tomado por verdaderos monjes, aunque luego oyó el taconeo de las botas, se fijó en sus oscuras capuchas... e intentó huir, pero el cabecilla lo atrapó y lo alzó con una mano mientras con la otra le cubría la boca. Después lo habían arrastrado hasta uno de los numerosos gabinetes y Sebastián se encontró frente a los demás enanos de la corte y ante dos monjes más que mantuvieron a raya a sus compañeros de infortunio mediante sus armas.

—¿Sabes dónde ocultó el emperador la Biblia del Diablo? —le había susurrado al oído el cabecilla. Sebastián había callado. El tipo lo zarandéo, pero el bufón insistió en su silencio. Pese a ello, notó que el temor amenazaba con obligarlo a ceder. El cabecilla hizo un pequeño movimiento con la cabeza y uno de sus hombres aferró al enano que estaba más cerca, por casualidad se trataba de Miguel, junto al cual Sebastián ya había estado en la corte española — y lo amenazó con la espada.

Casi asfixiado de terror, Sebastián se había apresurado a asentir con la cabeza.

—¿En un arcón del gabinete de las maravillas, cerrado mediante una cadena? ¿Y el emperador guarda la llave del arcón entre sus ropas?

Sebastián volvió a asentir con aire resignado.

—Están velando al emperador en su lecho de muerte. ¿Crees que podrás hacerte con la llave, Toro? —dijo el cabecilla en tono excitado. Que conociera el apodo de Sebastián indicaba que era un miembro de la corte de Rodolfo; sin embargo, su voz le resultaba desconocida.

El enano había vuelto a asentir antes de alejarse para cumplir con la tarea. Nadie prestó atención a la pequeña figura que se abrió paso a tientas hasta el lecho del difunto emperador mientras los dignatarios y servidores de la corte permanecían de pie en un rincón, cuchicheando. Después el bufón regresó a la pequeña cámara confiando en que, contra todo pronóstico, los hombres disfrazados de monjes los dejaran en libertad a él y a sus camaradas.

Cuando alcanzaron la última habitación, el grupo volvió a detenerse. Allí Rodolfo había reunido los objetos que más lo fascinaban. Bezoares recubiertos de oro, engastados en plata o convertidos en cálices ocupaban los estantes. Un conejo con una sola cabeza y dos cuerpos, uno más escuálido que el otro, junto a un ternero de dos cabezas, contemplaba fijamente a los visitantes con sus ojos de vidrio. La luz del candelabro iluminó fugazmente las piezas expuestas. Un bastón de aspecto insignificante destacó en la oscuridad; el emperador estaba convencido de que se trataba del báculo original de Moisés, como también había creído que el largo huso de marfil incrustado de oro y gemas era el cuerno de un unicornio. Unos juguetes mecánicos despedían un fulgor apagado; el peso de las numerosas personas que ocupaban la cámara desplazó algunos tablones de madera, el resorte de uno de los mecanismos se accionó y, con un sonoro traqueteo, una Diana metálica y un centauro también metálico entraron en movimiento y avanzaron un par de pulgadas por el suelo. Uno de los falsos monjes soltó una maldición.

Sebastián indicó una argolla en el suelo y el candelabro iluminó el contorno de una trampilla magistralmente engastada. Cuando la abrieron del hueco emanó un tufo a azufre y salitre y el efluvio polvoriento de las setas secas, y a ello se sumó el olor a musgo y a otros líquenes; el aroma de aceite de rosas, lino, trementina y sándalo flotaba por encima de un hálito casi imperceptible a secreto, a actos furtivos y a magia negra.

Obligaron a Sebastián y a los demás a descender por la escalera. Oyó que uno de los hombres inspiraba el aire entre dientes. No quería hacerlo, pero entonces se volvió.

El emperador Rodolfo había hecho construir un enorme atril para la Biblia del Diablo, en torno al cual habían instalado una jaula de hierro a la que se accedía por una corta escalera circular; parecía el púlpito de una iglesia en la que no veneraban a Dios sino a esotéricos experimentos. Sebastián recordó las ocasiones en las que había visto la Biblia del Diablo apoyada en el atril: el cuero blanco parecía poseer un brillo propio, los herrajes de metal se asemejaban a negras huellas de zarpas, el ornamento también metálico situado en el centro de la tapa evocaba a una llave mágica que daba acceso a un mundo más allá de la realidad. Era el libro más grande que hubiera visto nunca. Para alguien como él, que se veía obligado a ponerse de puntillas para ver por encima del borde de una mesa, el volumen se elevaba en el atril como un enorme y resplandeciente arrecife. Sebastián oyó el mismo zumbido que siempre oía cuando se encontraba allí; parecía proceder de la Biblia del Diablo, pero en realidad solo era la sangre que palpitaba en su cabeza.

—Está vacío —dijo el cabecilla.

Sebastián indicó el pie del colosal púlpito, donde había un gran arcón ante el cual colgaba una cadena con un candado. Sin que nadie lo obligara, el bufón se acercó al arcón y abrió el candado. Alguien estiró el brazo, abrió la tapa e iluminó el interior del arcón, donde brillaban los herrajes. Sebastián sintió náuseas.

—Buen trabajo —dijo el cabecilla de los monjes—. Podéis marcharos, enanos.

Al tiempo que se volvía, Sebastián oyó un sonido metálico, como el de una guadaña que corta un grueso haz de hierba. Miguel se encontraba delante de Sebastián y, durante un instante de confusión, se preguntó en qué había cambiado su compañero. Entonces lo supo: las piernas de Miguel se doblaron en la medida que sus articulaciones rígidas y tullidas lo permitieron y luego cayó de lado como un muñeco de madera. Del cuello brotó un chorro de sangre negra y la cabeza de Miguel rodó hasta el pie del atril.

Silencio.

Durante un instante que se prolongó eternamente reinó el silencio.

La sangre de Miguel produjo un tamborileo contra el suelo de piedra, como un chaparrón.

Brigitta empezó a chillar y el silencio dio paso al desconcierto y al pánico.

Cinco pequeñas y macizas figuras empezaron a correr por la estancia. Los falsos monjes maldijeron mientras blandían las espadas, al tiempo que los aterrorizados enanos intentaban escapar, rápidos como gacelas. El laboratorio, repleto de mesas, bancos y tinas, no facilitaba que los hombres más grandes

aprovecharan su ventaja. Uno de ellos asestó un cintarazo a un fugitivo, pero en vez de darle en la espalda acertó en el borde de una mesa. Las redomas y los serpentines que había encima produjeron un tintineo, cayeron al suelo y se rompieron al tiempo que el dueño de la espada se afanaba por arrancarla de la madera. Otro asestó un golpe a una pila de piedra y produjo una lluvia de chispas, pero no logró acertar a la multicolor figura que se había lanzado al interior. Brigitta chillaba desafortunadamente mientras se deslizaba por debajo de las mesas e intentaba alcanzar la escalera agitando los bracitos. Alguien chocó contra el atril de la Biblia del Diablo, rebotó y cayó al suelo al tiempo que una espada hendía el aire donde hacía un instante había un enano que huía.

—¡Acabad con estas criaturas deformes! —rugió el cabecilla de los monjes, quien tropezó con el cuerpo decapitado de Miguel y cayó contra el arcón.

Su capucha se deslizó hacia atrás y Sebastián, que permanecía como petrificado en medio del caos, distinguió un rostro oculto tras un pañuelo negro por encima del cual solo los ojos permanecían visibles. Esos ojos se clavaron en el cuero blanco de la Biblia del Diablo situada a solo un palmo de distancia. Sebastián vio la codicia y el miedo reflejados en esa mirada, que no tardó en quedar ennegrecida por la ira. El falso monje se volvió de un brinco y asestó un puntapié al cuerpo de Miguel, de manera que este acabó debajo de una mesa del laboratorio. El tipo alzó la espada y dio un paso hacia el bufón, pero alguien —era Juanito, Sebastián estaba seguro que se trataba de Juanito, que era tan gordo que en cierta ocasión se quedó atascado en la cesta de alambre instalada debajo de un pastel del cual debía salir de un brinco un poco más tarde— se arrojó contra las piernas del hombre y lo hizo tambalear. La suela de una bota resbaló en la sangre de Miguel y el falso monje cayó al suelo junto con la mesa, provocando un caos de astillas de vidrio, líquidos de diversos colores, polvos y cristales mágicos. Juanito se tambaleó en dirección opuesta y así escapó del cintarazo que perforó un saco de cuero del que brotó un gran chorro del mejor de los vinos tintos empleados por Rodolfo para lavar lombrices.

Sebastián salió de su parálisis y brincó hacia atrás. Clavó la vista en la luz de un candil apoyado en una mesa. Si lograba apagarla reinaría la más absoluta oscuridad en el laboratorio, y en esas circunstancias la estatura y la fuerza de los cuatro hombres ya no les supondrían ninguna ventaja. Vio que Brigitta había logrado encaramarse a la escalera mientras un brazo cubierto por un hábito trataba de alcanzarla. Vio que Juanito había intentado deslizarse

entre las piernas de uno de los atacantes, pero no lo había logrado y el hombre lo arrastraba; vio que los otros dos enanos que se habían refugiado en el rincón más alejado se abrazaban, atrapados como conejitos entre la espada y la pared... Si lograba alcanzar el candil podría salvar a sus camaradas.

Se dejó caer contra la mesa sobre la cual estaba apoyado el candil y este se tambaleó. Sus bracitos eran demasiado cortos; no podía alcanzarlo. Aterrorizado, empujó con fuerza la mesa; el candil se agitó, se desplazó hacia Sebastián y amenazó con caer del borde. Él logró cogerlo, se quemó los dedos y se volvió para estrellarlo contra el suelo...

... la escena se congeló ante su mirada y no la olvidaría durante el resto de su vida: Brigitta, a quien el largo brazo oculto bajo el oscuro hábito había barrido de la escalera y arrojado contra una pared rompiéndole todos los huesos del cuerpo, dejó de chillar. Juanito permanecía tendido en el suelo agitando los bracitos y las piernas, con la vista clavada en el hombre que estaba de pie ante él y le clavaba la espada en el cuerpo. Los dos enanos del rincón seguían abrazados pero tendidos inmóviles en el suelo, mientras el cabecilla de los monjes se apartaba de ellos y la sangre goteaba de la hoja de su espada.

El candil se hizo añicos. De pronto reinó la más absoluta oscuridad, solo se oía el gotear de líquidos, el ruido de astillas de vidrio que lentamente se apagaba, el chirrido de la madera... Un prolongado y burbujeante gemido que debió de surgir de la boca de Juanito. Una maldición apenas susurrada. Botas que tropezaban y una maldición en voz alta. Alguien exclamó «¿Eh?» como si todo fuera un juego y alguien hubiese apagado la vela sin querer. Luego el silencio. Y Sebastián, de pie en el lugar donde había roto el candil, permanecía inmóvil, sin aliento, como si la sangre se hubiera detenido en sus venas, incapaz de pensar, medio enloquecido de pavor.

—Lo han oído en todas partes —dijo una voz.

—Larguémonos.

—¿Toro? —preguntó la voz del cabecilla, y Sebastián se estremeció de la cabeza a los pies—. ¡No ha estado nada mal, Toro!

—¡Larguémonos, Henyk! Los guardias del palacio llegarán en cualquier momento.

—¿Toro?

Sebastián contuvo el aliento.

—Deja ya a ese ser deforme. He encontrado la escalera.

Sebastián captó las dudas del cabecilla.

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Volveremos a vernos, Toro! Vamos, llevémonos eso y larguémonos mientras podamos.

Durante los siguientes minutos —¿horas, días, siglos?— se oyeron gemidos, maldiciones, tanteos y el cauteloso avance de Sebastián, que se arrastró a través de la oscuridad por encima de cristales rotos y líquidos hediondos hasta quedar debajo de una de las mesas caídas, a salvo de una pisada que hubiese revelado su posición. Oyó que los cuatro ladrones arrastraban el arcón —que contenía el libro y que debía de pesar como dos hombres adultos— por la escalera y luego oyó pasos en el piso superior alejándose en dirección a la salida. No sabía cuánto tiempo permaneció tendido allí hasta que volvió a reinar el silencio y procuró ponerse de pie, aunque sus piernas se negaban a obedecerle. Por fin se arrastró escaleras arriba y sintió un hormigueo al pensar que tal vez lo habían engañado y lo aguardaban arriba, junto a la trampa, pero finalmente no sucedió nada de eso. Atravesó el gabinete de curiosidades con paso vacilante, guiado en la oscuridad por su instinto; cuando consideró que debía de haber alcanzado el estante donde reposaban las criaturas deformes percibió el olor del alcohol y notó que el líquido en el que estaban conservados le salpicaba los zapatos.

Entonces la puerta se abrió, un rayo de luz penetró y, una vez más guiado por el instinto, Sebastián se ocultó detrás del estante más próximo.

—¡Vamos, iluminad!

Un grupo de hombres penetró en la primera bóveda y Sebastián distinguió el brillo de sus armaduras. Se arrastró hasta acurrucarse en un rincón al tiempo que la luz se acercaba y el grupo recorría la estancia. El cabecilla era un hombre envuelto en un largo manto oscuro, seguido de varios soldados.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso que hay ahí delante?

—¡Virgen Santa...!

—Un engendro —dijo la primera voz, que sonaba asqueada. Sebastián no la conocía... En ese momento cayó en la cuenta de qué era el manto que le llegaba hasta los tobillos: la sotana de un sacerdote—. Su Majestad los coleccionaba. Creo que aquí hay docenas de ellos.

—¡Madre de Dios...!

—¿Dónde está el laboratorio secreto?

—Por debajo de la última cámara, reverendo padre.

Un rayo de luz se deslizó junto al escondite de Sebastián. Su mirada cayó sobre una copa engarzada en joyas situada delante de él. Un rostro lo contemplaba desde el fondo de la copa: ojos de pesados párpados, una nariz ancha, labios carnosos, una cabeza sin cuello que por encima de los ojos

estaba aplanada como una tabla. La luz desapareció del gabinete de curiosidades. Sebastián oyó las exclamaciones de asco o sorpresa de los guardias y, después, cuando descubrieron la trampilla e iluminaron el interior con sus lámparas, un repentino y consternado silencio. El bufón se arrastró fuera de su escondite y echó a correr hacia la salida del gabinete de curiosidades lo más rápido que pudo, sin percatarse de que las lágrimas se derramaban por sus mejillas y que sus labios intentaban proferir palabras que su deformada garganta nunca podría pronunciar, un mugido apagado que suponía otro motivo para el sobrenombre que le habían puesto.

Corrió al pasillo, chocó contra la pared opuesta, se deslizó al suelo y sollozó. A través de las lágrimas vio que una figura envuelta en un atuendo amarillo y rojo se acercaba apresuradamente, y distinguió un sombrero de ala ancha con plumas de los mismos colores. Le daba igual que el hombre lo viera tendido en el suelo y llorando; el horror por lo que había visto y a lo que a duras penas había logrado sobrevivir anulaba cualquier otro sentimiento. Se encogió y deseó no seguir con vida.

De repente notó que lo alzaban y clavó la mirada en el apuesto rostro de un joven y, por encima de los colores flamígeros del atuendo, vio que sonreía.

—Que te vaya bien, Toro —dijo el rostro.

Si el espanto que invadía el alma de Sebastián podía ser aún mayor se debía precisamente a la voz, que resultó ser conocida. Hacía unos instantes había oído que decía: «¡Acabad con esas criaturas deformes!».

El joven del colorido atuendo lo sostenía en lo alto sin el menor esfuerzo mientras el bufón asestaba puñetazos al brazo del que colgaba. Era como si una mariposa luchara contra un león. Sebastián oyó el sonido de la ventana cuando su adversario la abrió con la otra mano y percibió el frío del mes de enero. Oyó que él mismo soltaba un quejido...

... y de pronto se volvió ingrátido. Una parte de su ser constató cuán ridículo resultaba su recuerdo en ese instante, el recuerdo de un tibio día de verano, los rostros acalorados que se acercaban y se alejaban de él, la manta que se tensaba y lo arrojaba hacia arriba y que lo recibía blandamente cuando volvía a caer, solo para volver a catapultarlo hacia lo alto... Las risas y los chillidos de las damas de la corte que tiraban de la manta... Las alitas que le habían sujetado a la espalda y que se disolvían en medio de un remolino de plumas al tiempo que él volaba hacia arriba para volver a caer en medio de un suave y cálido remolino de nieve... El corto jubón que constituía su único atuendo y que cada vez que ascendía se le deslizaba hasta las axilas provocando las carcajadas burlonas de las damas de la corte... Un angelote

vivo de tres pies de estatura, de elegante barba y bigote negros, y un miembro viril que en un hombre de estatura normal ya hubiera llamado la atención y que constituía el primer motivo por el cual le habían adjudicado su apodo... Las risas que lo rodeaban y el temor de que las damas chillonas dejaran que cayera a un lado de la manta, mezclado con la excitación que suponía ser arrojado una y otra vez hacia el cielo, de volar...

Oyó un griterío y el ruido lo sorprendió hasta que se percató que quien gritaba era él mismo. ¡Desconcertado, comprobó que lo único que quería era vivir! Oyó la voz de su madre diciendo: «¡Mi pequeña, mi pequeñísima estrella de la suerte!», y sintió sus abrazos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y él se preguntaba por qué estaba triste, puesto que él estaba sano.

Oyó el rugido del viento.

Un hombre diminuto que se precipitaba a la muerte.

Jadeando, el canciller imperial Zdeněk von Lobkowitz alcanzó la entrada del gabinete imperial de las maravillas justo cuando los soldados se apostaban ante la puerta.

Quien creyera que con la muerte del emperador la vida en la corte se paralizaría debido al duelo haría mejor en no presentarle dicha teoría, pues en ese caso el hombre menudo de aspecto inofensivo, bigote hirsuto y cabellos peinados hacia atrás tal vez se hubiese abalanzado sobre él. Durante todos esos años Zdeněk von Lobkowitz había sido el funcionario de rango más elevado del imperio, años marcados por la decadencia del emperador Rodolfo y por los torpes intentos de su hermano Matías de hacerse con la corona imperial. Dicha experiencia le había enseñado a albergar un considerable desprecio por casi todos los miembros de la corte, incluidos los grandes señores del imperio supuestamente escogidos por Dios. Había procurado enfrentarse a dicho desprecio demostrando una gran eficiencia, con el fin de no experimentarlo él mismo un día cualquiera, al mirarse en el espejo.

Solo había conservado el respeto por un hombre de alto rango al servicio del imperio: Melchior Khlesl. En realidad, el viejo cardenal y ministro había estado en el bando enemigo, el de los que apoyaban a Matías, hermano de Rodolfo, pero sumidos en ese pantano de pretenciosos ávidos de poder, perezosos y fanfarrones, los dos únicos funcionarios competentes se habían visto obligados a respetarse mutuamente pese a ser adversarios políticos.

Jan Lohelius, Gran Maestre de los cruzados y arzobispo de Praga, se encontraba junto a los soldados removiendo los pies; el anciano, que se había puesto una sotana en vez de los ropajes de obispo, parecía un viejo, gordo y reumático párroco de pueblo, de una palidez casi resplandeciente. Frente a él un hombre estaba apoyado contra la pared junto a la ventana; parecía tan presuntuoso como todos los jóvenes cortesanos que, con la mayor de las arrogancias, ocultaban su desesperada dependencia del favor de un cándido alto funcionario o de una dama de la corte entrada en años y deseosa de carne

joven. Un segundo vistazo a los ojos azules del joven le hizo sospechar que en esa ocasión tal vez se había equivocado. En cualquier caso, ¿por qué preocuparse por una persona que ya no tendría la menor importancia cuando la tarea hubiese concluido y que, dadas las circunstancias, demostraba su mal gusto en el color de su atuendo amarillo y rojo?

—¿Ha salido todo bien? —susurró Lobkowitz, dirigiéndose a Lohelius.

El Gran Maestro asintió bajando los ojos, como quien no puede evitar hacerlo.

Lobkowitz rebuscó en sus bolsillos y encontró dos pequeñas cápsulas de metal descascarilladas, una pintada de verde y la otra de rojo, y clavó la vista en la primera.

—Canciller imperial... —musitó Lohelius.

Lobkowitz titubeó antes de abrir la cápsula, de la que extrajo un papel enrollado. En las últimas horas debía de haberlo sacado una docena de veces para leerlo, volver a guardarlo y extraerlo una vez más para leerlo de nuevo, todo con el único propósito de asegurarse de que había introducido el mensaje correcto en la cápsula correcta. Clavó la vista en la diminuta escritura: «Arcimboldo ha abandonado el edificio».

—Canciller imperial...

—¿Qué ocurre, reverendo?

—Todo ha salido bien, pero... ha ocurrido algo...

—¿Qué? —dijo Lobkowitz, tratando de introducir nuevamente el rollo de papel en la cápsula. Se maldijo al comprobar que el temblor de sus dedos se lo impedía. Desde algún lugar al otro lado de la ventana que daba al jardín resonaban un alboroto y gritos apagados—. ¿Qué diablos pasa allí?

—Yo... yo... —barbotó el arzobispo y tuvo que carraspear—. Decídselo vos, Von Wallenstein.

El joven se apartó de la pared, se acercó a Lobkowitz y, sin que este se lo pidiera, cogió el papel y la cápsula e introdujo el mensaje con gesto diestro. El canciller le dirigió una mirada airada, pero calló y volvió a tomar la cápsula cerrada. El joven sonrió. Sus rasgos hubiesen servido como modelo para la imagen de un ángel, pero su sonrisa —pese a sus facciones perfectas, dientes blanquísimos y hoyuelos en las mejillas— hizo que el canciller se estremeciera: era como si un hálito gélido lo hubiera rozado.

—Hay un par de muertos tendidos en el laboratorio secreto —manifestó el joven.

—¿Sois el responsable... eh...?

—Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz —dijo el joven, inclinando la cabeza—. No, ya estaban allí cuando llegué con mis hombres.

—¿La llave encajó en el cerrojo de la puerta...?

—Estaba abierta —contestó el joven en tono amable.

Lobkowicz apretó los dientes.

—¿Quiénes son esos muertos?

—Los enanos de la corte del emperador.

El canciller estaba atónito.

—¿Quién puede haber tenido interés en quitarles la vida a esos pequeños engen... a esos pequeños individuos?

—Acaso podamos suponer que se trata de una suerte de suicidio colectivo —dijo el interlocutor de Lobkowicz—. Tras la muerte de su protector, el emperador Rodolfo, etcétera.

—Uno o dos de ellos estaban literalmente cortados en pedazos... —soltó el arzobispo—. ¿Suicidio, Von Wallenstein?

—No digo que se trate de eso, solo que podríamos suponerlo. En voz alta y clara, quiero decir.

Lobkowicz, capaz de resolver cualquier asunto político con rapidez, asintió.

—Bien —dijo—. Ya tenemos bastantes problemas, así que no nos conviene cargar con el asesinato de unos cuantos enanos.

—¡Ellos también son pobres almas ante el Señor! —protestó Lohelius.

Lobkowicz lo contempló.

—¿Alguna vez habéis observado a uno de esos pobres seres imitándoos para divertir al emperador, vestido con el atavío de vuestro cargo que Su Majestad había hecho confeccionar para él? ¿Y habéis contemplado su cara retorcida y sonriente, que os permitía adivinar que el dueño sabía perfectamente que lo que más os hubiese agradado habría sido descuartizarlo, pero que no osabais hacerlo porque de lo contrario el emperador hubiera dispuesto otra jaula para vos en el foso del castillo? ¿Y acaso no os habéis descubierto, no sin bochorno, a vos mismo riéndole las gracias por conservar vuestro puesto?

El arzobispo tartamudeó.

—No, ya veo que no —concluyó Lobkowicz—. Yo sí. Así que dejadme en paz con vuestras pobres almas. Solo porque fueran pequeños eso no significa que no disfrutaran cometiendo maldades, al igual que todos los demás.

—Pero el que dejó abierta la puerta... Tiene que haber ocurrido apenas unos instantes antes de la llegada de Wallenstein... Incluso hemos visto un recipiente de vidrio hecho trizas, uno que contenía un engendro...

—¡Ojalá se hubiesen hecho trizas unos cuantos más!

—Pero, señor canciller..., ¿puede que hayan robado algo del gabinete de las maravillas!

—¿Qué, por ejemplo? ¿Una sirena disecada que cualquier imbécil hubiera identificado como una falsificación? ¿Una nuez increíblemente valiosa? ¿Un autómatas que finge devorar perlas y que las caga diez minutos después?

El arzobispo Lohelius se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, pero el canciller imperial se le adelantó.

—Por mí, que roben todo lo que hay allí dentro. En cuanto Matías acceda al trono, de todos modos lo hará quemar casi todo, lo hará arrojar al foso o lo venderá.

—Sí, pero...

—Sí, sí —dijo el canciller. Comprobó que su ira empezaba a abandonarlo y se encogió de hombros—. Mientras el rey de Bohemia no sea emperador del Sacro Imperio Romano Germánico o nadie más me indique lo contrario, soy el responsable de la conservación del gabinete de curiosidades de Su Majestad. Ya lo sé. ¡Y mientras ello sea así, haré ahorcar a cuantos osen meter la mano allí!

—Mis hombres han preparado el cargamento para la entrega tal como me ordenaron —intervino Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz durante la pausa que se generó.

—¿Un saco de cuero con el emblema imperial?

—Un arcón sin emblema, cerrado mediante una cadena y un candado —contestó Von Wallenstein, permitiéndose una sonrisa compasiva.

—¿Examinó el contenido?

—Solo disponíamos de la llave de la puerta.

—¿Era pesado?

—Como un ataúd.

Lobkowitz lo miró fijamente.

—Una comparación de lo más desafortunada.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz extendió las manos.

—Os pido perdón.

—Quiero ver el arcón —dijo Lobkowitz, se volvió y depositó la cápsula verde en la mano del arzobispo—. Tomad, reverendo. Puesto que ya os habéis

disfrazado de párroco, también podéis encargarnos de enviar la paloma mensajera. Conocéis el camino al palomar.

—¿Puedo servirlos en algo más, excelencia? —preguntó Von Wallenstein.

—Que Dios nos asista a todos —dijo Lobkowitz, meneando la cabeza—. Llevadme con vuestros hombres para que podamos dejar atrás la condenada entrega —añadió, y lanzó una mirada irritada a la ventana—. Y por amor de Dios, que alguien se encargue de poner fin a ese alboroto. ¡Es como para creer que alguien cayó por la ventana!

El fragmento de pergamino no hubiese tenido el menor significado para cualquiera que no estuviera relacionado con el archivo secreto del Vaticano. Sin embargo, una persona que durante los últimos años se había dedicado a realizar una completa reestructuración del archivo por encargo del papa Pablo V, con el fin de volverlo aún más indescifrable, había comprendido en el acto lo que significaban las columnas de cifras: una ubicación en un archivo.

Alguien que no pasara todo el día rodeado de tratados, decretos y bulas tal vez no hubiera reconocido una nota del papa Urbano VII en los garabatos escritos a mano tras las coordenadas, un papa que, sorprendentemente, en septiembre de 1590 había muerto tras un brevísimo pontificado de solo doce días. Esto último no hubiese resultado muy extraño de no ser por los rumores e incoherencias relacionados con la muerte del pontífice. De momento, la defunción del papa Urbano seguía siendo un enigma oficial.

El texto de la breve nota no le hubiera llamado la atención a nadie, a excepción del padre Filippo Caffarelli. *Reverto meus fides!*: Tú me has devuelto la fe.

¿Qué le había devuelto la fe al papa Urbano? ¿O quién?

Y la pregunta más importante: ¿tendría el poder de devolverle la fe al padre Filippo?

—No estás prestando atención —dijo la joven, y le pegó un cachete juguetón.

—Perdona —dijo el padre Filippo y volvió a lo suyo.

Que no se concentraba en su actividad resultaba innegable; notó que las manos de la joven se clavaban en las suyas y sospechó que sus movimientos no hubieran tardado en detenerse si, tras la última advertencia, ella no hubiese tomado la iniciativa; oyó sus jadeos y vio su rostro sudoroso sin verlo realmente.

¿Quién no perdería la fe en una época como esa, en la que un archiduque católico se aliaba con ciudades protestantes para arrebatarle la corona de

Bohemia a su hermano, una corona que desde hacía siglos era decisiva para la elección del siguiente emperador? ¿Quién no desesperaría del propio imperio al pensar en todos los años durante los que el emperador Rodolfo había llevado la corona, un hereje que había renegado de todas las religiones, que realizaba experimentos antinaturales en su laboratorio secreto y reunía a su alrededor astrólogos, charlatanes y alquimistas herejes? ¿Y quién no enloquecería con su Iglesia cuando su supremo pastor no se afanaba en volver a unir la dividida cristiandad y en cambio se dedicaba por completo a sus tres proyectos: el archivo secreto, la reconstrucción de la fachada de la basílica de San Pedro y el reparto de prebendas eclesiásticas entre los miembros de su familia?

—Esto no conduce a nada —dijo la joven, que detuvo sus movimientos rítmicos y bajó las manos. Avergonzado, Filippo se apartó—. Piensas demasiado —dijo ella, cambió de posición ante la mantequera, agarró el mazo y empezó a trabajar de nuevo. Filippo contempló sus manos y calló—. Y cada vez estás peor.

—Quería ayudarte, de verdad.

—Ayúdame a ti mismo y dime qué te aflige.

—¿Alguna vez has oído hablar de la Biblia del Diablo?

—¿De qué...?

Filippo suspiró.

—No he oído hablar de ella, pero estoy convencida de que ha de existir algo así. Si el de allí arriba hizo escribir un libro sobre Él, ¿por qué no habría de hacerlo el de abajo?

—Resulta chocante, Vittoria, que alguien en cuya familia hay un Papa vivo y también un cardenal diga semejantes cosas.

—Pues justo en dichas circunstancias hay mucho que aprender.

Vittoria Caffarelli dejó de batir la mantequilla y contempló a Filippo, su hermano menor, el benjamín, tras el velo formado por sus largos cabellos sueltos.

—Sobre todo si uno se encarga del hogar del cardenal. ¿Por qué no se lo preguntas a él, a nuestro hermano mayor?

—¿A Scipione? —dijo Filippo, negando con la cabeza.

—¿Por qué tiene tanta importancia esa Biblia del Diablo? Si la encuentras, seguro que resultará ser una estúpida falsificación de un monje de hace cuatrocientos años y ni siquiera valdrá dinero.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Filippo, entornando los ojos—. Eso de los cuatrocientos años.

—No lo sé en absoluto —replicó Vittoria, riendo—, solo he mencionado una cifra al azar.

—La Biblia del Diablo fue creada hace cuatrocientos años. Y el papa Urbano la ha buscado.

—No debe de haber dedicado mucho tiempo a la búsqueda.

—Creo que precisamente esa búsqueda le costó la vida.

—Pues lo que yo creo es que se murió al ver los abismos de inmundicia en los que en gran parte consiste el Vaticano.

Filippo se preguntó si, de haber tenido una hermana mayor menos cínica, no se habría ahorrado el destino de ser el dubitativo frente a la Iglesia católica. Vittoria y él eran los últimos de la larga lista de hermanos Caffarelli. Después de que los dos niños que los precedieron no superaran la edad de la lactancia, la diferencia de edad entre ellos dos y los demás hermanos era muy grande y, en el caso del cardenal arzobispo Scipione Caffarelli, era de diez años: una distancia considerable que, sin embargo, quizás habría sido superable si todos los afectados lo hubieran intentado con más afán. Pero ello no ocurrió y los dos hermanos más jóvenes formaban una estrecha unión, pues ya de niños intuyeron que un día su existencia dependería de su capacidad de servir a todos los demás de un modo u otro.

Vittoria se había convertido en el ama de llaves de Scipione y Filippo en un párroco sin parroquia en la diócesis de su hermano mayor, al que le encargaban todas las ocasionales tareas en el interior del Vaticano mediante las cuales Scipione Caffarelli pretendía medrar. Scipione era la gran sombra en la vida de Filippo, un hosco monumento a la firmeza de la fe, la intolerancia y el fanatismo católico en medio de cuya oscuridad húmeda y gélida Filippo había montado su hoguera personal y en la cual ardía.

—He averiguado que el papa Urbano estaba firmemente convencido de que, mediante la Biblia del Diablo, lograría superar el cisma de la Iglesia. El libro debía de contener algo que hacía que uno se desprendiera de cualquier duda...

—Pobre hermanito. Deberías saber que la fe no proviene del exterior, tú que todos los días te enfrentas a las lecciones impartidas por el Papa y otros dignatarios de la Iglesia.

Filippo se encogió de hombros. Ni siquiera confiaba lo bastante en su hermana como para confesarle que en su alma se había abierto un agujero en el lugar que debería ocupar su fe y que allí solo había negrura. Esa clase de agujero clamaba por ser llenado desde el exterior.

—¿Qué más has averiguado?

—Que los protocolos acerca de la muerte del papa Urbano no encajan del todo. Pero nada más.

—¿Qué pone en los protocolos de la guardia suiza?

Filippo la miró fijamente.

—La guardia suiza —insistió Vittoria—. Esos individuos que parecen pavos reales, con sus largas alabardas y ese deje...

—¡Vittoria!

Filippo detestaba convertirse en blanco del cinismo de su hermana. Ella carraspeó y volvió a coger el mazo.

—Esos individuos lo saben todo —insistió, sin dejar de batir la mantequilla—. Pero no lograrás sonsacarles nada, solo dicen algo si los sometes a presión.

—¿Cómo podrías presionar a la guardia suiza?

—Todos tienen algo que ocultar.

—La guardia suiza, no.

—Pues entonces ya has descubierto un punto flaco.

Filippo besó a su hermana en la frente.

—¿Por qué trabajas y cocinas para nuestro hermano mayor? —preguntó—. Eres la más inteligente de todos nosotros.

Vittoria lo miró con afecto.

—Demasiadas veces he visto cómo te manipula Scipione —dijo mientras le acariciaba—. Lo hace mediante la fe. ¿Lo recuerdas?

—Sí —contestó Filippo en tono ahogado.

—Un día —dijo ella—, cobraré valor y mezclaré una libra de raticida en su comida. Este es el único y verdadero motivo por el que cocino y trabajo para él.

El sonido evocó la isla de Iona en el recuerdo del abad Wolfgang Selender. Se encontrara donde se encontrase, nunca lograba escapar del rumor que aumentaba y disminuía sin cesar, un sonido que había formado parte de la vida en la isla, al igual que el frío, la lluvia, las nubes bajas que ocultaban el cielo y el permanente mal humor de los hermanos escoceses. Allí el ruido era similar, aumentaba y disminuía de volumen, resonaba en los pasillos del convento, rompía contra bordes, esquinas y peldaños, iba y venía en oleadas.

En Iona había sido el embate de las olas que jamás abandonaba a los monjes de la orgullosa abadía benedictina, el embate que los acompañaba cuando conciliaban el sueño y también cuando despertaban.

En Braunau, en cambio, todos desconocían el sonido del oleaje salvo el abad Wolfgang, y este sabía que lo único que le evocaba el año transcurrido en la isla —fría, solitaria y completamente olvidada por Dios y su Creación— era el aumento y la disminución del sonido.

Este rumor no guardaba la menor relación con el embate de las olas; en realidad se trataba de los gritos de la multitud invadida por el odio, reducidos a un apagado bramido por los muros del convento.

Detestaba la turbamulta, la detestaba por atreverse a alborotar ante la puerta de su convento, la detestaba por tomarse la libertad de amenazarlo... ¡a él, abad de Braunau y señor de la ciudad! La detestaba por su errónea fe protestante y por resistirse a todas sus medidas para intimidarla y todos sus intentos de obligarla a abandonar la herejía. Y, sobre todo, por ensuciar sus recuerdos de Iona.

El abad Wolfgang oyó que se abría la puerta de la pequeña celda en la que solía permanecer de día para responder a las preguntas de los monjes. No se volvió.

—Cada vez hay más, reverendo padre —anunció una voz trémula.

Él asintió sin apartar la vista de la inscripción en la pared. La había dejado allí como advertencia para sí mismo y como indicativo de lo que podría

ocurrir si uno dejaba de creer en el poder divino.

—¿Qué hemos de hacer, reverendo padre? Si empiezan a embestir la puerta... Sabéis que no aguantará mucho...

Por supuesto, sabía que la puerta ni siquiera era merecedora de tal nombre. Cuando él llegó al convento por orden del emperador y por la mediación de un buen amigo, un miembro de los círculos más elevados de la Iglesia, para ocupar el puesto vacante debido a la muerte del abad Martin, su antecesor, no había ninguna puerta. Era como si un asalto hubiese pasado por encima del portal. Más adelante, cuando comprendió cuán sombrío era el tesoro que albergaban esos muros, también descubrió que, efectivamente, el convento había sufrido un asalto. El abad Martin no había hecho reparar nada y la disciplina de la comunidad se había desbaratado por completo. «Al igual que en Iona», había pensado Wolfgang. Si bien el abundante paisaje cultural y Braunau, que poco a poco se recuperaba de la última epidemia de peste, eran totalmente distintos de la isla escocesa sumida en su pobreza y su claridad marítima, esas eran casi las únicas diferencias: él, Wolfgang Selender von Prochowitz, había sido llamado a un lugar donde Dios y los reglamentos benedictinos requerían una mano firme que volviera a imponer el orden. Que él, que mantenía esa vocación hacía decenios, hubiera preferido permanecer en Iona, donde el mar proclamaba el ritmo sencillo y penetrante de la fe, carecía de importancia. Había aceptado la tarea convencido de que podría acabarla en uno o dos años, pero tras tomar conciencia de la pésima situación reinante en Braunau se había concedido cinco años e incluido la Contrarreforma de la ciudad en sus cálculos.

En el ínterin ya habían transcurrido diez años y lo único que había logrado había sido instalar las nuevas alas de la puerta del convento, pero aún no había podido amurallarla para que resistiera un verdadero asalto. El convento, que en el pasado había sido uno de los centros de erudición de Bohemia, alimentado por la rica ciudad de tejedores que se extendía ante sus muros, en ese momento se encontraba en el fin del mundo y la villa se había visto debilitada por las inundaciones, las pestes y una herejía pertinaz que se resistía a toda conversión.

A veces, durante sus más solitarias plegarias, Wolfgang preguntaba a Dios por qué había permitido que fracasara allí, pero de vez en cuando la respuesta provenía de otra fuente que palpaba en las profundidades, bajo las bóvedas del convento, y le susurraba su perversión al oído.

—Regresa junto a los demás, seguid rezando, seguid cantando. Esos de ahí fuera deben oíros. Si la puerta cae, vuestros cuerpos deberán ser el

obstáculo que detenga a los herejes.

El monje titubeó. El abad Wolfgang lo miró a los ojos: los tenía muy abiertos en medio del rostro grisáceo.

—La puerta resistirá —aseguró el abad y se obligó a sonreír.

El monje se alejó apresuradamente. Wolfgang volvió a dirigir la mirada a la inscripción que había ordenado dejar allí adrede cuando mandó cubrir todo el enyesado con pintura. Se había preparado para luchar contra la laxitud, las ideas erróneas y la desorientación; como siempre, se había preparado para emprender una pequeña cruzada contra la disminución de la fe en ese lugar del cual él era el responsable. Nadie le había advertido de que en realidad habría de enfrentarse a una cosa encerrada en diversos arcones y asegurada mediante cadenas y candados, situada en una mazmorra en los sótanos del convento, una cosa cuya vibración y susurro algunos afirmaban captar. Una cosa que no se le revelaba porque él se negaba a dar crédito a la historia de su creación, pero que a veces parecía susurrarle al oído cuando el aborrecimiento por las resistencias a las cuales se enfrentaba en ese lugar aumentaba hasta asfixiarlo.

El abad Martin, que había pasado los meses anteriores a su muerte en esa celda, un prisionero voluntario de su delirio, debió de estar paralizado de terror. Wolfgang ignoraba qué había ocurrido con la fe católica de Martin o con su confianza en las reglas de san Benito, pero supuso que alguien cuya fe era firme no habría necesitado un exorcismo para apartar el temor. Martin había garabateado el exorcismo una y otra vez en la pared de su celda, en mayúsculas, en minúsculas, legible como la inscripción en una lápida e ilegible como un esgrafiado. Una y otra vez, siempre el mismo exorcismo hasta cubrir todas las paredes y el enyesado que ya se desconchaba en algunos lugares. La primera vez que echó un vistazo a la celda, Wolfgang se había estremecido de espanto y no se sorprendió cuando ninguno de sus monjes lo siguió al interior; había dejado una de las inscripciones, justo a la altura de los ojos, pero ya empezaba a arrepentirse de ello: le parecía que había creado una pequeña abertura por la que podía penetrar en la celda la ponzoña del maldito tesoro que albergaban los sótanos del convento.

En Iona, por encima de la palpitación del oleaje y si prestaba mucha atención, le parecía oír sonidos individuales: el chillido de las gaviotas, el ladrido de los lobos de mar... En Braunau, si uno deseaba hacerlo, también se oían otros sonidos superpuestos bastante similares a los agudos chillidos de las aves blancas. Humillaciones y maldiciones que incluían su nombre, el de

abad Wolfgang. Oía los insultos, que echaban a perder el recuerdo de las nubes y las gaviotas que flotaban en el cielo.

Clavó la vista en la pared haciendo rechinar dolorosamente los dientes. En Iona de vez en cuando había permanecido de pie en el acantilado, dejándose azotar por el viento con los brazos extendidos, rugiendo al compás de las olas con los ojos cerrados y la lluvia empapándole la cara y, al percibir su pequeñez frente a los elementos, pensaba que Dios lo había situado allí donde él resultaba necesario, lleno de la fuerza y del poder divino. En realidad, el rugido era como un salmo, mientras que en Braunau sentía con intensidad cada vez mayor que debía cerrar las mandíbulas para impedir que de sus labios brotara un alarido lleno de odio, no imbuido de la conciencia del poder divino. Durante los peores momentos estaba seguro de oír algo que palpitaba y susurraba en su alma, algo completamente inhumano. Era como si la inscripción en la pared respirara.

Vade retro, Satanas!

Al ver que todas las paredes de la celda estaban cubiertas de esa inscripción se quedó sin aliento. Un único grito mil veces repetido. Jesucristo lo había pronunciado lleno de confianza, pero allí la desesperación chillaba desde cada una de las letras. El abad Wolfgang había pasado una semana en esa celda de resonancias mudas y, cada vez más, creyó encontrarse dentro del cráneo del abad Martin; después ya no pudo soportarlo y pidió al cillerero que buscara un artesano.

Vade retro, Satanas!

¿Cuánto se había acercado el anticristo al abad Martin?

La puerta de la celda se abrió violentamente y chocó contra la pared. El abad Wolfgang se volvió y vio al hermano portero, jadeando y pálido como la nieve.

—¡Están derribando la puerta! —exclamó el hombre.

El semicírculo de monjes que, siguiendo las órdenes del abad Wolfgang, rezaban y cantaban detrás de la puerta parecía frágil y en absoluto tan sólido como una pared, no daban la impresión de que estuvieran firmemente convencidos de que su fe les permitiría enfrentarse a la horda hereje; los salmos que entonaban se apagaban bajo el estrépito de las alas del portón contra las que parecía embestir la turba. La muchedumbre no disponía de un ariete, se limitaba a lanzarse contra la puerta. Wolfgang vio que el yeso seco se desprendía de los lugares en los que los herrajes estaban engastados en la pared. Era como si las alas de la puerta respiraran y durante un instante la madera grisácea adoptó el color del mar embravecido bajo el cielo primaveral

azul oscuro de Iona, teatralmente surcado de nubes. El cielo por encima de Braunau parecía inocente: un cálido día bohemio de abril recorrido por nubes algodonosas, musicalmente acompañado por el salvaje vocerío al otro lado de la puerta.

—¡Cerdos católicos paganos!

—¡Muérete, Wolfgang Selender!

—¡Mátalos a todos, san Wenceslao!

El abad Wolfgang percibió las miradas de los hermanos e, invadido por una cólera indecible, se arrepintió de no haber rasgado el documento ante la vista de todos, el documento que por entonces, en el tercer año de su cargo, le habían sostenido bajo las narices. En el documento aparecían la letra temblorosa del abad Martin y su firma bajo un largo párrafo que, en tono triunfal, exigía la construcción de una iglesia protestante en el interior de las murallas. Como si la burla quisiera sumarse al descaro, habían dedicado su templo pagano a san Wenceslao, santo patrón de Bohemia. En aquel entonces Martin había tachado «en el mercado de la ciudad» y reemplazado por «junto a la puerta Nieder»; pese al dislate que suponía considerar siquiera la construcción, había sido lo bastante precavido para exigir que la iglesia se erigiera en el extremo opuesto de la ciudad. Martin no llegó a sellar el documento: la muerte se le adelantó. Pero sin el sello del convento el permiso era nulo. Wolfgang nunca había accedido a sellarlo, a pesar de que a lo largo de los años los herejes siempre se habían presentado el día del aniversario de la muerte de su maldito doctor Lutero y exigido el refrendo.

Tras una nueva embestida la puerta estuvo a punto de ceder, los monjes retrocedieron y sus cánticos se volvieron vacilantes. Wolfgang estaba convencido de que esa situación ya se habría dado hacía años si él hubiese sellado el documento, pues en ese caso ya no lo hubieran necesitado. Un documento era un documento y concedía todo el derecho a sus poseedores, por más que el emperador hubiese enviado una delegación a Braunau para investigar el saqueo del convento y la muerte de los monjes (entre estas, casualmente, la del abad).

Las alas de la puerta traquetearon y temblaron; la torturada madera crujió.

—¡Ahorcad a los hermanos!

Uno de los monjes de la fila se volvió y echó a correr hacia el edificio principal, gimoteando. Los cánticos enmudecieron por completo. Wolfgang apretó los puños y ocupó el hueco que había dejado el monje fugitivo, cogió las manos de los hermanos situados a derecha e izquierda y no las soltó.

—*Sed et si ambularevo in valle mortis non timebo malum quoquam tu mecum es virga tua et baculuus tuus ipsa consolabuntur me!* —dijo, entonando el texto del salmo veintitrés: Aunque fuese por valle tenebroso...

Un par de voces titubeantes se unieron a la suya.

—*Pones coram me mensam ex adversia hostium meorum...*

La puerta tembló. Las voces vacilaron pero no enmudecieron.

«Eso es —pensó el abad—, esa es la fuerza de la Iglesia católica. Esa es la quintaesencia de la fe.

»Preparas ante mí una mesa, a la vista de mis enemigos; perfumas mi cabeza, mi copa rebosa».

—¡Arderás en el infierno, Wolfgang Selender!

Le pareció oír de nuevo el insistente susurro por encima de todo el griterío, pero las estrofas del salmo lo ahogaron.

«Bondad y amor me acompañarán todos los días de mi vida, y habitaré en la casa de Yavé un sinfín de días».

Poco a poco los monjes formaron un coro cerrado. El abad Wolfgang miró fijamente al portero que, paralizado ante la amenaza, había permanecido inmóvil. Como en trance, el hombre cogió la mano del hermano más próximo y se unió a los cánticos. Un número cada vez mayor de monjes se dieron las manos: el cillerero, el maestro de los novicios, el prior... Casi todos los monjes se habían unido al muro viviente detrás de la puerta. Pese a la ira, Wolfgang se sintió invadido por una confianza casi sagrada. Fue lo que aconteció en Iona, cuando en otoño de pronto llegó una marea muy alta y los cinco hermanos de más edad habrían muerto ahogados en el dormitorio si todos los demás no hubiesen formado una cadena humana y los hubiesen arrastrado hasta la planta superior de la torre sin tener en cuenta el peligro que corrían sus propias vidas.

—¡Un salmo de David! —rugió Wolfgang, y los hermanos repitieron el recitado.

Ese era el brillo de la Iglesia católica, ese era el triunfo de la fe cristiana: permanecer juntos frente a cualquier amenaza exterior, aunque supusiera el martirio.

—¡Dadnos lo que nos corresponde!

—¡Largaos de la ciudad, putas del Papa!

De repente se desprendió una de las charnelas de la puerta, fragmentos de yeso y piedras cayeron al suelo, el ala de la puerta se combó y el portero se atragantó, presa del terror.

«El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí reparo mis fuerzas. Me guía por cañadas seguras haciendo honor a su nombre».

Las alas de la puerta dejaron de temblar y el griterío exterior enmudeció súbitamente. En medio del silencio el coro resonó como las voces de los mismos ángeles y las altas paredes del convento devolvieron el eco. El abad Wolfgang siguió cantando y las voces lo siguieron hasta llegar al final del salmo por segunda vez, luego el silencio se adueñó del convento. Un último trozo de yeso se desprendió de la charnela reventada y cayó al suelo. Los monjes intercambiaron miradas asustadas; el abad Wolfgang se dirigió a la puerta con las piernas entumecidas y cogió el madero que la atrancaba con ambas manos. El portero soltó un suspiro. Wolfgang levantó el madero, que dejó caer con gran estrépito, y los monjes se sobresaltaron cuando abrió las alas de la puerta de un puñetazo. La callejuela que conducía a la plaza estaba cubierta de verduras y piedras, pero los proyectiles nunca llegaron a ser utilizados. La callejuela estaba desierta, la desembocadura que daba a la plaza del mercado resplandecía al sol.

Wolfgang se volvió, esforzándose más que nunca en su vida para contener un alarido triunfal.

—Amén —dijo, en cambio, en tono sereno.

Los hermanos se persignaron y unos cuantos empezaron a sonreír.

Los cánticos resonaban en los oídos del abad.

Entonces vio salir al monje envuelto en un hábito negro del edificio principal: se tambaleaba y la sangre se derramaba por su rostro.

El sueño había sido tan real que Agnes permaneció tendida en la oscuridad, jadeando, con los ojos abiertos y como paralizada de espanto. En realidad más bien se trató de un recuerdo vívido, pues carecía por completo de los aspectos absurdos e incoherentes típicos de un sueño. Invasada por el temor, Agnes se aferró a la idea de que, en realidad, las cosas se habían desarrollado de un modo muy distinto. ¿O tal vez no? ¿Qué era la realidad en esos minutos entre el sueño y la vigilia? ¿Acaso lo que hasta entonces había tomado por la realidad era el sueño?

Volvió a verse en la ruinoso casa del barrio de Malá Strana de Praga: una mujer alta y delgada que llevaba un caro vestido que llamaba la atención, no tanto por las alhajas como por el tejido, sencillo pero precioso, que el sastre había empleado para confeccionarlo. Sus cabellos formaban un moño del que ya se habían desprendido los primeros mechones cuando abandonó su hogar. Cyprian, que la conocía mejor que cualquier otra persona, solía decir que el aplomo y la voluntad de ser libre empezaban por la cabeza, y ella creía que — en efecto— empezaban en la cabeza: en sus cabellos, que se resistían obstinadamente a todo peinado que no fuera una cabellera suelta y rizada. Según Cyprian —quien debía de saberlo— con el resto de su persona ocurría prácticamente lo mismo en relación con el aplomo. Agnes se había encontrado a sí misma hacía mucho tiempo y buscara lo que buscase, su propio centro no formaba parte de dicha búsqueda: ya se encontraba en él. Aparte de eso, pertenecía a ese tipo de criatura femenina que impulsaba a las otras mujeres a dar un codazo a sus acompañantes porque estos le lanzaban miradas demasiado conspicuas, unas miradas que Agnes únicamente percibía a medias porque en su corazón solo había lugar para uno: Cyprian, el hombre que permanecía a su lado desde hacía veinte años. Y es que pese a que cualquiera le habría echado unos treinta años, en realidad acababa de cumplir cuarenta.

Agnes se apoyó contra la jamba de la puerta y aguzó el oído.

—Madre... —susurró Alexandra.

La hija de Agnes estaba sentada en la cama retorciéndose las manos, con los ojos muy abiertos y brillantes en medio de la oscuridad. La mujer embarazada tendida bajo las mantas soltó un gemido de temor. Agnes se maldijo por haber ido a ver a la embarazada pese al peligro, y aún más por haberse llevado a Alexandra con ella. Había considerado que a la quinceañera le haría bien abandonar el mundo protegido de su hogar y acompañarla durante esa visita. Era la manera de Agnes de ofrecer limosna a los necesitados: con voluntad enérgica de prestar ayuda, con un plato caliente y un consuelo práctico para la muchacha que, apenas mayor que Alexandra, ya se enfrentaba a morir en el parto o a una vida vergonzosa como madre de un hijo ilegítimo. Pero en ese momento existía el peligro de que la experiencia vital de su hija se viera ampliada de manera atroz y que los toscos lansquenets de Passau la violaran y asesinaran. Agnes apretó los dientes para retener un gemido de terror, al igual que la embarazada.

Y de nuevo tuvo que ser más lista que todos los demás; claro que alguien menos impulsivo que ella primero habría reflexionado y habría hecho caso de las aterradas advertencias con respecto al ejército de lansquenets. Pero el parto había de producirse al cabo de una o dos semanas y la muchachita, una pariente lejana de su cocinera, necesitaba su consuelo. Debido a su propia historia, Agnes respetaba a esa futura joven madre que había optado por tener el niño aunque se encontrara frente al abismo y aunque hubiera sido más sencillo recurrir a una abortera. Así que Agnes consideró que era su deber dirigirse cada dos días a Malá Strana, una caminata de apenas media hora desde el mundo acaudalado y resplandeciente asentado en torno a la Fuente de Oro hasta la lúgubre pobreza de los jornaleros y los muertos de hambre. Llevaba comida, bebidas, ropas en desuso; ayudaba a la embarazada a asearse, charlaba con ella, comentaba posibles nombres para el niño; lloraba y reía con ella y, sin embargo, siempre tenía la sensación de no hacer lo bastante para pagar su propia supuesta culpa frente al destino, que en su caso había sido tan benévolo...

En ese punto de sus pensamientos se maldijo por tercera vez por haber involucrado a Alexandra, su primogénita, la hija que se asemejaba tanto a ella en todo y que siempre, por más que adorara a sus hijos menores, siempre ocuparía un lugar especial en su corazón...

... Y al mismo tiempo se preguntó, presa de un temor helado, si no había llegado el momento en el que se viera obligada a pagar por veinte años de felicidad.

—Madre... —volvió a susurrar Alexandra.

—¡Chitón!

—Madre, la casa tiene una salida a la callejuela trasera. Si la cogemos entre las dos, tal vez podamos llevarla fuera y conducirla a un lugar seguro sin que nos descubran.

Agnes negó con la cabeza. Sintió una oleada de afecto por su hija, porque esta no había sugerido escabullirse sino salvar a la futura madre. Pero tras cinco embarazos, dos de los cuales habían acabado en un aborto espontáneo, Agnes era una experta y sabía que la joven no debía moverse. O bien le harían daño a ella y al bebé, o bien provocarían un parto prematuro, en medio de la callejuela, en invierno, mientras por todas partes merodeaban los lansquenetes en busca de nuevas víctimas con quienes ensañarse.

Agnes se llevó un dedo a los labios. Fuera resonaron las carcajadas de varios hombres tan borrachos que hubieran reído, aunque alguien hubiese defenestrado a su propia abuela. Agnes sintió náuseas. Apenas unos días antes hubiese estado dispuesta a creer que esos hombres —siempre que estuvieran sobrios— eran individuos medianamente civilizados y decentes, dispuestos a acompañar a una mujer hasta su casa en vez de hacer cola riendo para violarla en medio de la calle y después matarla. Pero no tardó en tener noticias de los actos de los lansquenetes: que habían quemado vivos a padres de familia que trataron de proteger a sus seres queridos; que habían ensartado a niños pequeños con sus picas y los habían arrojado al aire aún pataleando, aún con vida, aún chillando; que habían colgado cabeza abajo de una puerta a embarazadas a quienes les habían arrancado el hijo de las entrañas. El archiduque y príncipe obispo Leopoldo I había enrolado a los lansquenetes de Passau por orden del emperador Rodolfo, pero después fue postergando el asunto y los había dejado en la estacada. Esos hombres enfermos que vegetaban en sus tiendas medio muertos de hambre finalmente se habían levantado en armas y se habían abierto paso hasta Praga dedicados al saqueo; según ellos, para proteger al emperador. Las tropas protestantes de Praga habían impedido que cruzaran el río Moldava, pero de momento habían dejado Malá Strana en sus manos.

Agnes oyó el tintineo de vajillas y cristales que surgía de la callejuela y el sonido de los puñetazos con los que el grupo de soldados obligaba a algunos de los vecinos a correr de un lado a otro. Sabía que esa brutalidad no era nada e intuyó que los lansquenetes disfrutaban contemplando los dientes y las narices rotas. En unos minutos se producirían las primeras muertes,

acompañadas por los gritos de las mujeres y las niñas que arrastraban fuera de sus casas. Tragó saliva y se preguntó qué podía hacer.

Entonces oyó que el cabecilla de los lansquenetes gritaba:

—¡Eh, palurdos! ¿Dónde están vuestras mujerzuelas? ¡Traedlas!

Un escalofrío le recorrió la espalda. Ninguno de aquellos martirizados de allí fuera entraría en la casa, pero eso solo significaba que los soldados la registrarían. Intercambió una mirada con la embarazada y sintió una punzada de angustia al ver el terror en sus ojos. La mirada de Alexandra expresaba el mismo terror, pero menos descontrolado; aún no estaba a punto de entrar en pánico. De pronto comprendió cuál era su única oportunidad.

La adolescente la contempló con los ojos muy abiertos, como si adivinara la intención de su madre, y abrió la boca. Agnes inclinó la cabeza, se tragó las lágrimas y se deslizó fuera de la habitación.

—Ahí viene una por propia voluntad —chilló uno de los lansquenetes sorprendido, tras callar un momento—. ¡Lo necesita, muchachos!

Agnes los contempló con expresión sosegada. No había contado con poder intimidarlos con la mirada y el corazón le palpitaba con tanta violencia que apenas podía respirar. Los hombres tendidos en el suelo, semiinconscientes tras la paliza recibida, le dirigieron una mirada de resignación.

—¡Una preciosa pollita! ¿Hay más como tú ahí dentro, preciosa?

Agnes asintió.

—Entonces tráelas, o iremos a por ellas.

Agnes pensó en Cyprian, su marido, y deseó poder decirle lo que pasaba, y al mismo tiempo se sintió agradecida porque veinte años atrás él le había explicado cómo podría escapar de una situación como la que se encontraba.

—Id a buscarlas vosotros mismos —dijo—, pero daos prisa si queréis encontrarlas aún calientes.

—¿Eh?

Agnes se tambaleó; no le costó el menor esfuerzo: los músculos apenas le respondían.

—Mi madre y mi abuela —dijo, fingiendo que le costaba hablar—. Se las ha llevado la peste, haced lo que queráis con ellas, ya no sentirán nada.

Los soldados se quedaron boquiabiertos e intercambiaron miradas.

—¿Han estirado la pata?

—Si os divierte violar a dos muertas —dijo Agnes, haciendo hincapié en lo que consideraba su triunfo—, entonces adelante. ¿Qué más da si revientan un par de pústulas mientras las violáis? —añadió, tambaleándose de nuevo ...

... y entonces, absolutamente horrorizada, oyó que los hombres estallaban en carcajadas.

—¿Por qué habríamos de follarnos a las muertas si te tenemos a ti, preciosa?

—No te importará, ¿verdad? Puesto que estás apestada.

—¡Déjanos disfrutar antes de que la espiches!

—Os contagiaréis... —soltó Agnes.

—¿Y qué? De todos modos somos carne de horca, simple carroña.

Tres de ellos ya se acercaban a Agnes, el primero con la mano dentro del pantalón; Agnes vio que movía el puño y retrocedió. Las sonrisas se intensificaron y de pronto comprendió que hasta entonces, en realidad, no había dado crédito a todas esas historias sobre hombres quemados vivos y embarazadas abiertas en canal... y fue consciente de que había cometido un error. ¡Tal vez hubiese existido una posibilidad de escapar! En cambio se había entregado a los hombres y encima había llamado su atención sobre las dos mujeres que permanecían en el interior de la casa.

Cuando comprendió lo que acabaría ocurriendo inevitablemente un espanto indecible se apoderó de ella. Retrocedió otro paso y notó la puerta a sus espaldas; así que allí libraría la última batalla, en el umbral de una casa medio en ruinas... pues no cabía duda de que defendería la entrada hasta su último aliento. Atenazada por el temor de lo que le harían, rogó que Alexandra permaneciera en silencio y que no... «¡Señor, no dejes que esos miserables la...!».

El lansquenete que agitaba la mano dentro del pantalón tironeó de la cuerda que lo sujetaba con la otra mano y esbozó una sonrisa depravada.

—¡Prefiero que la peste acabe conmigo tendido sobre ti que colgado de una soga!

—Te comprendo, amiguito —dijo otra voz.

Los lansquenetes se volvieron y fue como si Agnes lo viera a través de los ojos de ellos: un hombre solitario de pie en medio de la callejuela. Era muy fornido, sus anchos hombros y su amplio torso hacían que pareciera más bajo de lo que era. En un mundo en el que los hombres pudientes solían tener las mejillas enrojecidas por el vino y unas grandes panzas hinchadas por la cerveza, el recién llegado descollaba por su figura atlética. Pese a ello, cualquiera podría haberlo subestimado de no fijarse en sus ojos, pues quienes entablaban un duelo de miradas con él se enfrentaban a una serenidad casi mortífera. Y es que, en efecto, sus oponentes no tardaban en comprender que el dueño de esos ojos siempre guardaba un as en la manga en cuanto las cosas

se ponían feas, sin olvidar el hecho de que, en cualquier enfrentamiento, quien tenía una buena razón para luchar siempre llevaba las de ganar. Quien tuviera dos dedos de frente se daba cuenta de que ese hombre siempre estaba dispuesto a luchar por sus seres queridos.

—¿Quién es ese pedazo de mierda?

El corazón de Agnes pegó un brinco: el hombre era Cyprian.

—Tal como están las cosas, hay dos opciones —dijo Cyprian—. Si optáis por la primera, podréis retiraros ilesos: solo habréis de dejar vuestras armas y pagar una indemnización a esos señores que están tendidos en el suelo.

—¿Y si elegimos la segunda, listillo?

—Entonces desearéis haber sido más prudentes —respondió Cyprian, e indicó las ventanas de una casa situada un poco más allá. Los lansquenetes dirigieron la mirada hacia allí.

Preso del horror, Agnes vio que la sonrisa de Cyprian de pronto se borraba; nada se movió en la casa que había señalado.

—No han llegado los refuerzos, ¿verdad? —comentó uno de los lansquenetes, al tiempo que soltaba una risita y alzaba su mosquete.

Las miradas de Cyprian y Agnes se cruzaron y el corazón de ella dejó de latir.

El soldado disparó y la mujer vio que la bala golpeaba el pecho de Cyprian y él caía hacia atrás.

Agnes soltó un alarido y se abalanzó hacia Cyprian, olvidando el umbral que pensaba defender hasta el final.

Su propio grito la despertó y permaneció tendida en la oscuridad, jadeando.

No había sucedido así. En realidad, el cañón de un mosquete se había asomado a cada una de las ventanas de la casa, armas suficientes como para disparar tres veces a los lansquenetes. Y ante una de las ventanas había estado su hermano Andrej, el mejor amigo de Cyprian, sosteniendo un pañuelo en la mano alzada; todos sabían que en cuanto lo dejara caer los mosquetes entrarían en acción y los proyectiles despedazarían a los lansquenetes. Andrej le había guiñado un ojo. Los soldados se habían rendido.

Agnes tanteó a un lado de la cama buscando a Cyprian, pero no lo encontró. Se incorporó y abandonó el lecho, aún temblando, y se envolvió en un manto. El suelo estaba frío bajo sus pies y la casa a oscuras. De vez en cuando Cyprian bajaba al salón durante la noche, encendía el fuego de la chimenea, se sentaba ante las llamas y las contemplaba, como si después de tantos años todavía no estuviese convencido del todo de ser el amo y señor de

la casa. A veces Agnes se despertaba y lo encontraba allí, iba a por una manta para cubrirlos a los dos y después se amaban en el suelo ante el fuego, con medio cuerpo congelado debido al frío reinante en la sala y el otro medio abrasado. Agnes cogió la manta de Cyprian y se deslizó hasta el salón.

Se sorprendió al ver que había velas encendidas. En vez de la gran mesa, un túmulo ocupaba el centro de la habitación, y ante él había una figura acurrucada. Encima del túmulo, tendido en su postrer lecho, descansaba el cuerpo frío y rígido de Cyprian como un deformado muñeco de cera.

El sueño había sido la realidad.

Agnes presionó los puños contra la boca y soltó un alarido.

Se incorporó bruscamente; aún oía el eco de su grito resonando en la habitación.

—¡Dios mío! —protestó Cyprian con voz adormilada—. Al final esto acabará conmigo.

Agnes se volvió y clavó la vista en la penumbra; fuera empezaba a clarear. Cyprian se asomó por encima de las mantas, medio divertido, medio dormido. Ella notó que los sollozos se abrían paso en su garganta antes de que un llanto incontrolado se adueñara de sí misma. Rodeó a Cyprian con los brazos y él la atrajo hacia sí; la mujer percibió la tibieza de su cuerpo, la frialdad del suyo propio, la fuerza de los brazos de él y su propio temblor.

—Vi que te disparaban... —tartamudeó y los dientes le castañeteaban—. ¡Y después te vi tendido en la sala, muerto!

—¿Otra vez ese sueño? —dijo Cyprian, meciéndola dulcemente—. Tienes unas pesadillas muy tozudas, querida; todo eso ocurrió hace más de un año y a ninguno de nosotros nos pasó nada, ni siquiera a los malditos lansquenetes. No deberías pensarlo ni en sueños: Andrej jamás habría permitido que yo saliera a buscarte solo.

Ella se aferró a Cyprian agitada por los sollozos. Él siguió meciéndola.

—No te preocupes por mí —dijo con voz suave—. Siempre regresaré a tu lado...

Filippo irguió la espalda cuando el coronel Segesser entró por la puerta. Contempló al guardia suizo en silencio y con aire pensativo. En el pasado Filippo había considerado que el hecho de tardar un momento en concentrarse antes de poder entablar una conversación con un extraño era una debilidad personal. La disciplina que su padre le había inculcado era tan sencilla como aplicable a cualquier circunstancia: «no abras la boca bajo ninguna circunstancia y si te hacen una pregunta deja que respondamos yo o tu hermano Scipione».

Al ser el cuñado del poderoso cardenal Camillo Borghese, el padre Caffarelli siempre procuró que el hermano de su mujer no se viera comprometido a causa de cualquier indiscreción imprudente. En el hogar de los Caffarelli el cardenal Borghese había planeado fríamente su ascenso al papado rodeado del círculo de sus íntimos... y también de los miembros de su familia que sacarían provecho de ello en el futuro. Todos los cardenales lo hacían de un modo u otro, desde luego, pero si ello salía a la luz afectaría a sus posibilidades de ser elegido. En todo caso, Scipione pudo manifestar algunas cosas, pues a los trece años había sido lo bastante inteligente como para saber qué resultaba conveniente para su propia carrera en la Iglesia.

Filippo solo se dio cuenta más adelante de que eso que él consideraba una maldición a menudo le resultaba útil. Su imposibilidad de pronunciar palabra, oculta tras un rostro inexpresivo, quebrantaba la confianza de sus interlocutores y suponía una excelente fachada para ocultar sus propias dudas. Se preguntó si Vittoria no habría jugado con la idea del raticida con respecto a su propia persona si en ese momento hubiese podido ser testigo de lo que hacía. Filippo sabía que lo que planeaba no era mejor que los negocios cotidianos del cardenal Scipione.

Observó que el párpado inferior izquierdo del guardia empezaba a agitarse.

—Se trata de vuestro padre —dijo por fin.

—Mi padre ha servido a la Santa Sede con lealtad y honradez —gruñó el coronel Segesser. La confianza de los guardias suizos en su infalibilidad era envidiable. Filippo tuvo que reconocer que también obedecía a una base sólida.

—Habládme de la muerte de Giovanni Castagna —exigió Filippo y, cuando el coronel Segesser no abrió la boca, añadió—: el papa Urbano VII.

El coronel se puso aún más firme; Filippo reflexionó. Los soldados instruidos como el coronel Segesser eran interlocutores más difíciles que la mayoría; sabían callar mejor que nadie porque dominaban su lenguaje corporal. Permanecer firmes y mudos podía significar cualquier cosa, desde el asentimiento hasta un insulto considerable sin que fuese necesario formular lo uno o lo otro verbalmente.

—El papa Urbano salió del archivo secreto y se desplomó muerto en los brazos de vuestro padre —dijo Filippo—. Eso es lo que pone en el informe que vuestro padre entregó al respecto.

—No lo recuerdo, reverendísimo.

—He encontrado el informe; debe de haber sido mal archivado por error. En aquel entonces vos erais el comandante de vuestro padre y también firmasteis el documento.

—Por supuesto —asintió el coronel Segesser.

Había que reconocer que su voz no delataba nada. Filippo, que sudaba en secreto, reflexionó sobre sus siguientes pasos como un hombre que camina descalzo sobre astillas de cristal.

—Para todos los guardias suizos debe de ser terrible cuando el Santo Padre muere.

—Por supuesto.

—Y todavía peor debe de ser para el comandante de la guardia cuando el Santo Padre muere directamente en sus brazos.

—Por supuesto.

—En circunstancias bastante extrañas...

Filippo no lo había creído posible, pero el coronel se puso aún más firme. Su párpado se agitaba aún más y casi sintió compasión por él, pero alguien que había pasado por la escuela del futuro cardenal Caffarelli cuando este aún era Scipione, la esperanza de la familia, sabía que la compasión no conducía hasta la meta.

—Quiero verla, coronel Segesser —exigió.

—No sé de qué me habla, reverendísimo.

—El papa Gregorio, el sucesor de Urbano, prescindió de vuestro padre. Si estoy correctamente informado, fue vuestro padre quien solicitó la baja. Claro que uno puede suponer que vuestro padre sencillamente estaba demasiado consternado como para seguir ocupando su puesto. Sería una de las varias explicaciones posibles.

El coronel Segesser no contestó.

—Facilitadnos el asunto a ambos, coronel Segesser. Antes de que vuestro padre abandonara la guardia suiza investigó qué estaba buscando el papa Urbano en el archivo. Es evidente que uno podría deducir que vuestro padre, debido a su minuciosidad, quería averiguar si el archivo contenía algo que pudiera haber causado la muerte del Papa.

—Por supuesto.

—Sin embargo, no se trata de a cuál explicación doy crédito —siguió diciendo Filippo—. En última instancia, se trata de lo que crea la Santa Inquisición en caso de que decida volver a investigar la muerte del papa Urbano. O si se le ocurriera la idea de establecer un vínculo entre el lamentable hecho que tras el fallecimiento de Urbano dos otros pontífices no tardaron en morir.

—Las investigaciones están concluidas —dijo el coronel.

—Las investigaciones se cerraron sin que el tribunal descubriera que vuestro padre anduvo husmeando en el archivo.

—¡Mi padre no husmeó!

Filippo contempló al guardia sin pronunciar palabra. El coronel intentó ocultar el odio que asomaba a su mirada, pero fue en vano. Su rostro permanecía inexpresivo, pero una llama ardía en sus ojos.

—¿Alguna vez buscasteis un tesoro cuando erais niño, coronel Segesser?

El coronel parpadeó.

—Resulta increíble lo mal ocultos que están ciertos tesoros. Los indicios son visibles para cualquiera, solo hay que seguir la pista. En el caso de ciertos tesoros sería mejor que estuvieran en la calle, ante la mirada de todos, porque así resultarían bastante más difíciles de encontrar: la gente se limitaría a pasarlos por alto.

«Búsqueda del tesoro», pensó Filippo. Recordaba el juego que Scipione había compartido con él cuando se tomaba un descanso de sus estudios; Scipione, el clérigo de dieciséis años y cabeza tonsurada que contemplaba a todo el mundo con desdén. En aquel entonces Filippo tenía seis años.

«¿Sabes qué es la fe, Filippino?». «No, Scipione». «Tú mismo has de encontrar el camino a la fe, Filippino». «Sí, Scipione». «¿Crees que te he

traído dulces de la ciudad, Filippino?». «No lo sé, Scipione; ¿me has traído algo?». «Sigue las pistas, Filippino: son rojos y verdes».

Filippo había seguido las pistas: cerezas dispuestas de manera llamativa sobre hojas, o fresas o frambuesas, según la época del año, todas ellas formando una senda que lo conducía hasta el escondite. Una vez llegado allí, descubriría a Scipione sentado en el rincón, sonriendo y con las manos vacías. «¿Me las he comido todas porque has tardado demasiado, Filippino, o es que no te he traído nada? ¿Eh? ¿Qué crees tú, Filippino?».

Filippo se inclinó hacia delante.

—Existe una leyenda, coronel. El diablo escribió un libro donde registró sus saberes y conocimientos. El saber del diablo, coronel Segesser. Decidme si existe un tesoro mayor.

Filippo vio que una gota de sudor se había formado en la sien del guardia.

—Vuestro padre siguió los indicios y por mi parte yo seguí sus huellas. Solo me falta un paso más, coronel, y me encontraré en el mismo punto donde se hallaba vuestro padre. El último indicio conduce hasta vos, hasta su hijo.

La gota de sudor se deslizó lentamente a lo largo de la mejilla del coronel Segesser. El guardia procuraba permanecer inmóvil.

—¿Dónde puedo encontrar la Biblia del Diablo, coronel Segesser?

El abad Wolfgang descendió por las escaleras a toda prisa. Toda sensación de triunfo lo había abandonado.

—Irrumpieron a través de la rampa por la que se arrojan al foso los desperdicios —dijo el portero, resollando—. Rompieran la verja y huyeron por el mismo camino.

Wolfgang jamás había sospechado que un día se vería forzado a cargar con algo más que la dirección de un convento católico, situado en el corazón de un páramo de fe protestante. Mientras se precipitaba por las escaleras bajando los peldaños de dos en dos recordó el primer día de su estancia en el convento de Braunau. Se le aparecieron imágenes de los hermanos abandonando la sala capitular tras haberle prestado el juramento de fidelidad; vio los rostros endurecidos de los hermanos que ocupaban puestos funcionariales; vio su propia expresión interrogativa al ver que, como era de esperar, los monjes no abandonaban la sala capitular con paso vacilante, sino que prácticamente huían de esta como si se esperara la llegada de leprosos. Vio las siete figuras envueltas en hábitos y capuchas negras entrando por la puerta y recordó que de pronto los latidos de su corazón se habían acelerado de miedo. Se vio a sí mismo, después de que los siete monjes prestaran su propio juramento de fidelidad, sentado en su celda, atónito, con la vista clavada en miles de inscripciones grabadas en las paredes, y oyó su eco resonando con intensidad cada vez mayor en su cabeza: *Vade retro, Satanas!*

Descubrió que el convento de Braunau albergaba su propio y horripilante secreto. Ese día el abad Wolfgang Selender, el mismo que docenas de veces había conseguido devolverles la fe a los más tibios, se convirtió en el guardián de dicho secreto: el combate diario por no perder su propia fe frente al oscuro tesoro oculto en las bóvedas había comenzado.

Voló escaleras abajo atezado por el temor de haber fracasado en su tarea y que el secreto de Braunau pudiera cernirse sobre la humanidad.

Al pie de la escalera ardía una tea; la cogió e iluminó el pasillo.

La primera figura negra estaba tendida al borde del charco de luz, una sombra que más allá se confundía con la oscuridad. Los claros astiles de los proyectiles de ballesta estaban clavados en el cuerpo inmóvil.

—¡Dios mío! —graznó el maestro de novicios, que había alcanzado el pie de la escalera detrás de Wolfgang. A sus espaldas el portero descendió tropezando y jadeando, y lo único que pudo soltar fue un gemido aterrado.

Wolfgang apretó los dientes y pasó junto al muerto. Ya sabía con qué se encontraría, pero solo notó que había empezado a susurrar cuando los otros dos se unieron a sus oraciones.

—«Aunque fuese por el valle tenebroso, ningún mal temería, pues tú vienes conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan...».

Los otros cinco guardianes estaban tendidos ante la puerta de la celda, acribillados, apuñalados, asesinados. Ni siquiera habían disparado sus ballestas. La puerta de la celda estaba abierta y si Wolfgang hubiera estado solo se habría sentado en el suelo, pero a sus espaldas se encontraban los otros dos monjes, así que se controló. La oscuridad tras la puerta de la celda era como el abismo de negrura que se cerniría sobre el mundo. Protegerse resultaba inútil. Sabía perfectamente que habían forzado los arcones y que su contenido habría desaparecido. Su cerebro fue incapaz de ordenar a sus piernas que lo trasladaran hasta la puerta abierta.

Desde la escalera se acercaron más pasos y el abad se volvió. El cillerero estaba de pie entre los dos otros hermanos, pálido como la nieve.

—Al... al parecer, el alboroto ante la puerta solo fue una... una maniobra de distracción —balbuceó el cillerero—. Eran al menos una docena de hombres fuertemente armados; empezaron a disparar y a repartir mandobles incluso antes de que los guardianes comprendieran qué ocurría. No tuvieron ninguna oportunidad de defenderse, reverendo padre... ¡los hemos perdido a todos!

Wolfgang apretó los dientes. Al cruzar la mirada con él, el cillerero asintió con expresión angustiada.

—Ya es un milagro que el desdichado de allí arriba haya logrado salir al exterior... —dijo el cillerero y enmudeció.

—Que Dios se apiade de su alma —musitó Wolfgang—. *Mea culpa, mea maxima culpa...*

—Tú no eres culpable de nada, reverendo padre —dijo el portero.

—Hemos de perdonar —exclamó el jefe de los novicios.

Wolfgang tomó aire. ¿Qué quedaba de su vida, en adelante? ¿Qué quedaba de la fe, de la esperanza, del amor, una vez que habían fracasado?

¿Qué quedaba del mundo?

Antes, junto a la puerta del convento, había tenido la sensación de flotar cuando de repente se produjo el silencio y abrió la puerta. Pero en ese momento era como si tuviera que abrirse camino a través de un lodazal. Pasó por encima de los muertos con gran cautela; intuía que hubiera soltado un grito de haber rozado siquiera a uno de ellos con el pie. Abrió la puerta de la celda cuanto pudo, pero apenas logró desplazarla: incluso muertos, los guardianes procuraban proteger su secreto. Estiró la mano en la que sostenía la tea y desapareció en el interior de la mazmorra.

El cillerero, el jefe de los novicios y el portero clavaron la vista en la puerta de la cual surgía un tenue rayo de luz. La antorcha que sostenían titilaba y chisporroteaba mientras los tres intercambiaban breves y avergonzadas miradas; cada uno pensaba que debería haber seguido al abad a la mazmorra y se sentían abochornados por no haber tenido el valor de hacerlo. Los muertos y sus negros hábitos casi se confundían con la oscuridad e incluso su sangre parecía negra bajo la luz de las antorchas.

Por fin el abad salió de la celda; tenía los ojos empañados. Volvió a pasar por encima de los muertos con el mismo cuidado que antes y se acercó a los demás. Los tres monjes tenían la boca seca y el corazón en un puño. El cillerero no notó que se retorció los dedos, mientras que el portero aferraba su rosario con ambas manos y tironeaba de él como si quisiera romperlo.

El abad Wolfgang bajó la cabeza y se echó a llorar, la mano en la que sostenía la antorcha cayó, la tea soltó un chasquido y se apagó. La segunda antorcha volvió a chisporrotear y en medio de la repentina penumbra los tres monjes vieron motivos coloreados ante sus ojos. El jefe de los novicios estiró el brazo y se apoyó contra la pared.

—Algo debe de haberlos interrumpido —susurró el abad—. Dios debe de haberlos detenido. La sacaron del arcón, pero la dejaron allí. —El abad los contempló mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas—. La Biblia del Diablo aún está allí —musitó—. Estamos salvados.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz estaba de plantón en el palacio de Lobkowitz, procurando no inquietarse.

Las ventanas de la habitación daban a la puerta oriental del castillo de Praga; Heinrich observó el ajetreado ir y venir, nervioso por el hecho de no formar parte de dicho ajetreo. No habría podido ejercer la menor influencia, desde luego, pero al menos podría haber descubierto por dónde iban los tiros. Un don nadie como él, que se limitaba a poseer un nombre y una inmensa familia cuyos miembros estaban enemistados entre sí, estaba obligado a descubrir por dónde iban los tiros lo antes posible.

Claro que sabía tan bien como cualquier otro lo que estaba ocurriendo en el castillo, aunque no detalladamente: Matías, rey de Bohemia y hermano del difunto emperador, procuraba imponerse como soberano del Sacro Imperio Romano Germánico ante los diversos deseos de los representantes de los estamentos y del clero. Los príncipes electores católicos habían apostado por el archiduque Alberto, pero estaban dispuestos a apoyar a Matías a condición de que el nuevo emperador fuese católico y perteneciera a la casa de Habsburgo. El Electorado del Palatinado deseaba un soberano protestante, pero aceptaría a Matías si no había manera de eludir la casa de Habsburgo, porque este parecía más manejable que el decidido e íntegro Alberto. Debido a todo ello, Matías —a quien Heinrich consideraba un oportunista insensato y veleidoso, y en comparación con el emperador Rodolfo un nombramiento todavía peor, por más que eso pareciera casi imposible a una persona con dos dedos de frente— montado en el caballo que llevaba las de perder, cabalgaría hasta la meta y, convertido en figura lamentable, llevaría al imperio aún más cerca del abismo.

Y no es que eso preocupara a Heinrich. Le daba igual que el elegido fuera católico o protestante; en caso de que creyera en algo, solo tenía fe en que el primero en alargar la mano era quien conseguía el pedazo más grande. Y tampoco concedía la menor importancia a la casa que en última instancia

alcanzara el poder; su familia, por más ramificada que estuviese, proporcionaría los cómplices y se conformaría con quedarse el pedazo más grande posible de la tarta mientras los más poderosos aún se peleaban por la guinda. En cuanto a su destino personal, este siempre había dependido de su flexibilidad, y en las últimas semanas —y en ese punto no logró reprimir una sonrisa— lo había demostrado una vez más. El mensajero que llevaba el dinero le había hablado de otra posible futura colaboración. Los encargos de ese tipo eran exactamente los que agradaban a Heinrich, y el hecho de no saber quién estaba realmente detrás de todo ello resultaba más excitante que inquietante. En todo caso, de lo que no cabía duda era de que, al parecer, había logrado satisfacer a ambos clientes: al que había pagado mejor y a aquel para quien debería haber trabajado en un principio.

Pero quizás el encargo aún no era seguro. Le preocupaba que lo hubieran citado en la casa del canciller del reino, sobre todo porque había oído que de momento Zdeněk von Lobkowitz se encontraba en Viena celebrando consultas. O bien se había equivocado, o bien Lobkowitz había regresado a Praga en secreto. En ese caso la invitación de presentarse en su palacio resultaba doblemente sospechosa, pues Lobkowitz había sido su primer cliente.

Se apartó de las ventanas y contempló los cuadros. Lo que diferenciaba la casa del canciller de la mayoría de aquellas cuyo interior conocía era que en sus paredes no aparecían rectángulos de color claro. En vida del emperador Rodolfo, en esos lugares habían colgado las innumerables obras de Giuseppe Arcimboldo. Heinrich podía comprender que una persona que pretendía destacar en la corte del emperador Rodolfo encargara obras a su artista predilecto y también que dicha persona volviera a descolgar las obras y las quemara en cuanto estas dejaran de suponer una ventaja para él. Si Heinrich hubiese poseído una casa propia merecedora de dicho nombre, habría hecho lo mismo. En todo caso, habría rogado al artista que no pintara rostros formados por frutas o verduras, sino por órganos sexuales. Siempre le había parecido que, en cierto modo, los cuadros de Arcimboldo se asemejaban a miles de coños; una vez incluso fue lo bastante descarado como para manifestarlo en la casa de un funcionario de la corte, quien había hecho retratar a toda su familia y todos sus antepasados muertos por Arcimboldo. Hubo una época en la que aún actuaba de manera imprudente... La consecuencia de su indiscreción fue que jamás volvieron a invitarlo a esa casa, lo cual era una verdadera lástima porque, justo antes de que lo expulsaran, la dueña le había susurrado al oído que ella era de su mismo

parecer y que le encantaría ofrecerle la oportunidad de comparar las pinturas con un modelo al natural. Sea como fuere, Heinrich estaba convencido de que Giuseppe Arcimboldo —si le hubiese comunicado directamente sus ideas acerca de las obras del artista— habría reído y le hubiera ofrecido una copa de vino. Arcimboldo ya había regresado a Milán antes de que Heinrich hubiese nacido y había muerto hacía casi veinte años. No obstante, Heinrich estaba seguro de que ambos se hubieran entendido: hacía falta un pícaro para reconocer a otro pícaro.

Los cuadros que decoraban esa habitación eran alegorías. Imágenes de santos, algunos oscuros retratos de los antepasados Lobkowitz, una escena repleta de musculosos hombres envueltos en armaduras y una mujer desnuda en el centro. Un retrato destacaba entre las otras obras y Heinrich silbó entre dientes: fuese quien fuese la mujer retratada, le habría gustado conocerla. Wallenstein-Dobrowitz se acercó. Incluso le habría gustado muchísimo. Teniendo en cuenta la rigidez de la pose, la rigidez del atuendo formal, la severidad del peinado y la posible incompetencia del pintor, la belleza retratada en el lienzo debía de haber sido impresionante. Tal vez se trataba de una pariente política —una Afrodita como esa no podía formar parte del árbol genealógico del mofletudo Lobkowitz— que debía de haber muerto hacía un siglo. En ese punto un pequeño cuadro le llamó la atención, uno que el pintor había incorporado en el trasfondo del retrato: era el cuadro con los soldados antiguos y la mujer semidesnuda. Heinrich comprobó la fecha y, sorprendido, constató que como máximo el retrato había sido pintado hacía dos años. Y de pronto comprendió a quién representaba: era Polyxena von Lobkowitz, nacida Rosenberg: la esposa del canciller y viuda del antiguo burgrave real. Retrocedió un paso; siempre había oído decir que Polyxena von Lobkowitz era la mujer más bella de todo el Sacro Imperio Romano Germánico, una opinión de la que se había burlado en secreto. Pero por lo visto se había precipitado al reírse de ella. Volvió a silbar entre dientes y de pronto comprendió el significado de la escena con los soldados: representaba el sacrificio de la mitológica Polyxena ante la tumba de Aquiles. Estudió el pequeño cuadro minuciosamente, con la esperanza de que el pintor hubiese dado los rasgos de Polyxena a la mujer semidesnuda, pero fue en vano. Solo divertido a medias, constató que la idea lo excitaba y tironeó de su pantalón para crear un poco de lugar en su interior. ¿Cómo se las había arreglado el insignificante Lobkowitz para casarse con semejante beldad? Tal vez le lamía los pies y, tras las visitas de sus amantes, le preguntaba si la habían complacido. El pantalón de Heinrich parecía haberse vuelto aún más estrecho.

Unos momentos después, durante los que se vio acuciado por ideas y sensaciones contradictorias, apareció un lacayo que lo condujo a lo largo de interminables pasillos hasta otra habitación. El nerviosismo volvió a adueñarse de Heinrich. ¡Quizás había sido demasiado insensato! Tal vez alguien había visto a Toro atareado junto al cadáver del emperador y durante las últimas semanas había intentado sacar conclusiones de la muerte de los enanos y del bufón. Heinrich había arrojado la llave del arcón al río Moldava, pero quizás antes de morir Toro había tenido tiempo de susurrar algo al oído a alguien. De pronto se maldijo por no haberse asegurado de ello, tras lo cual contempló la idea de abandonar la casa y desaparecer durante un tiempo. La perspectiva era tentadora: echar a correr, huir del pequeño hombre mofletudo que le lamía los pies a su mujer. Sin embargo, estaba seguro de que era mejor ser un cobarde durante cinco minutos que un muerto durante toda la vida.

Casi había alcanzado la puerta cuando esta se abrió. Heinrich retrocedió bruscamente y entonces olvidó su intención de poner tierra de por medio e incluso de hacer la correspondiente reverencia: lo único que hizo fue quedarse boquiabierto.

Filippo Caffarelli supuso que el coronel Segesser lo conduciría a lo largo de escaleras ocultas que él, pese a los muchos años pasados en el Vaticano, jamás había descubierto. Sin embargo, lo que hizo fue seguir al coronel a través de las frías y secas bóvedas en las que estaban almacenadas todas las inmundicias que algún antecesor del Papa había legado a la Iglesia y para cuya eliminación de momento nadie disponía del tiempo y el descaro suficientes. Al principio Filippo se sintió fascinado al descubrir que las tablas y las barras manchadas de pintura habían formado parte del andamiaje mediante el cual Miguel Ángel Buonarroti había pintado la Capilla Sixtina hacía cien años, o que los carcomidos objetos semejantes a cubos de madera desparramados en cientos de cajas representaban las diversas maquetas de la reforma de la basílica de San Pedro y que sus creadores eran hombres que se las daban de arquitectos tan destacados como Bramante, Rafael, Sangallo, Peruzzi y el propio Miguel Ángel. Relicarios de santos pasados de moda, de cuyos engarces sobredorados habían extraído las piedras preciosas, estaban desparramados entre estatuas de piedra y de terracota que alguna delegación extranjera le había traído a algún Santo Padre como obsequio. En un rincón un montón de rollos de pergamino enmohecía en tubos de arcilla medio rotos que parecían el complicado sistema de calefacción de un hipocausto; supuestamente, se trataba de copias de tratados del gran Aristóteles en los que este se refería a la cualidad de la risa, lo cual no encajaba con los demás escritos del filósofo griego sobre los que reposaba la cultura de la Iglesia católica y que, por tanto, solo podían ser hábiles falsificaciones. Filippo ignoraba el motivo por el cual no se habían limitado a quemarlos, así que sacó sus propias conclusiones.

Durante los primeros años Filippo siempre había regresado a ese lugar y había tocado los objetos antaño considerados importantes por manos célebres, pero con el tiempo había comprendido que un armazón de madera manchado de pintura solo era un armazón de madera manchado de pintura.

Se sorprendió al notar que el coronel Segesser se dirigía hacia los tubos de arcilla amontonados en el rincón. El coronel dejó el candil en el suelo, apartó los tubos y, desconcertado, Filippo vio que los que estaban depositados en la parte superior y a los lados eran más largos que los otros. De esta forma ocultaban que la pared tenía un nicho bajo y que, a su vez, este albergaba un gran arcón a medias encajado en el espacio vacío. Filippo tragó saliva: los tesoros mejor ocultos estaban a la vista... ¿Cuántas veces había pasado por allí? En cierta ocasión incluso trató de extraer uno de los pergaminos del tubo, pero abandonó el intento, asqueado por el moho y el rumor apagado de las ratas que se escabullían. Notó que el corazón le latía apresuradamente y que sus manos de pronto se humedecían.

El coronel había despejado el acceso al arcón. El pestillo no estaba asegurado mediante un candado.

—Un tesoro a la vista de todos —repitió en voz alta—, ¿verdad, coronel? Apártese.

Cuando se encontró ante el arcón una única idea relampagueó en medio de la confusión a la que se había reducido su actividad cerebral: la búsqueda había llegado a su fin. Por fin sabría si lograría hallar la auténtica fe... o si se confirmaría su temor de que no existía fe, esperanza ni amor, sino únicamente el conocimiento de que el Bien del mundo solo era el Mal que por casualidad no acontecía.

Durante los años transcurridos en el archivo secreto Filippo había visto tantos documentos sobre la supresión del saber, sobre el engaño, el oportunismo, la corrupción y la herejía reinante en el interior de la Iglesia católica como para dudar de la sensatez de su fe. Con arrogancia consciente, la Iglesia había llevado una minuciosa contabilidad de todas las oportunidades en las que traicionó la tradición de Jesucristo, comenzando por las absoluciones concedidas al emperador Constantino, quien había hecho asesinar a toda su familia ejerciendo fielmente la política imperialista cristiana, y terminando por la muerte en la hoguera de Giordano Bruno. Filippo los había estudiado todos, primero con fascinación, más adelante con repugnancia. Tal vez se hubiera convertido a la fe protestante... si al mismo tiempo no hubiese encontrado documentos suficientes que informaban acerca de los seguidores de Lutero y de Calvino y que permitían deducir que ellos tampoco estaban más próximos a las enseñanzas de Jesucristo que la supuestamente única Iglesia verdadera.

Si apoyaba la mano en la Biblia del Diablo y sentía el palpar, entonces sabría que solo podía existir una única fe verdadera: la fe en el poder del

diablo. Si el testamento de Satanás permanecía tan mudo como las Sagradas Escrituras, entonces ambos se limitarían a ser una superchería.

Si el poder del diablo fuese lo único verdadero, entonces él, Filippo Caffarelli, resignado ante toda la falsedad, frustrado por todas las mentiras y asqueado por la corrupción, dedicaría todas sus fuerzas a servirlo. Las cosas habían llegado a tal punto que prefería entrar en la oscuridad con la verdad que vivir con la mentira en medio de la penumbra.

Se agachó para liberar el pestillo de la tapa, y el temblor de sus manos era tan intenso que el metal soltó un chirrido. Inspiró profundamente. De pronto captó un movimiento a sus espaldas y, presa de la incredulidad, comprobó que había olvidado un detalle: que el coronel Segesser podría limitarse a clavarle la espada por la espalda y luego podría ocultar su cadáver en cualquier parte. Nadie osaría acusar al guardia suizo de haber cometido un asesinato; allí abajo nadie hallaría rastros de la muerte de Filippo, aunque sangrara como un cerdo o el coronel lo cortara en pedazos. Filippo sencillamente habría desaparecido para siempre, un minúsculo escándalo que haría que el padre Caffarelli frunciera el ceño con decepción y que el cardenal Scipione Caffarelli arquease las cejas con expresión irritada. Filippo se quedó sin aliento y no pudo evitarlo: tuvo que alzar la vista.

El coronel Segesser había retrocedido un par de pasos; tenía el rostro tenso y había cruzado los brazos. Filippo le lanzó una sonrisa forzada en un intento de ocultar sus pensamientos.

El pestillo estaba atascado, Filippo tiró de él y este se abrió soltando un agudo chirrido. Entonces levantó la tapa del arcón.

Scipione estaba sentado dentro del arcón; extendió los brazos y preguntó:

—¿La he cogido porque tardabas demasiado, Filippo, o es que nunca estuvo aquí?

El arcón estaba vacío.

—Tomad asiento, señor Von Wallenstein —dijo la aparición, indicando una de las sillas—. ¿O debería dirigirme a vos como Dobrowitz? ¿O cómo os agradaría que os llamase?

El cerebro de Heinrich, que aún no había tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa, dio paso a su habitual descaro.

—Mis amigos me llaman Henyk —se oyó decir a sí mismo.

Ella sonrió.

—Bien, Henyk, tomad asiento.

El retrato no hacía justicia a la realidad. A ese pintor tendrían que haberle metido los pinceles por el trasero y después prenderles fuego. Heinrich se esforzó por no dejarse caer en la silla como un saco de harina y la contempló fijamente. Llevaba el rostro maquillado de blanco, pero ese era el único punto de similitud con la frialdad que irradiaba el cuadro. Al natural, era de una belleza abrasadora y resplandeciente en la que se hubiera quemado el sol; Heinrich la miró a los ojos y se deshizo como una polilla entre las llamas. Tenía los ojos de color verde esmeralda, un chocante contraste con sus cabellos rubios y la opalescente blancura de su rostro, semejante a una máscara. Describir sus rasgos como armoniosos equivaldría a describir el interior de un volcán como tibio; decir que su figura y su porte eran perfectos sería como describir un huracán como una suave brisa. Fulguraba ante él: el rostro níveo, el vestido de seda blanca con adornos de brocado blanco que despedían reflejos irisados. Heinrich se dio cuenta de que hacía un minuto que permanecía sentado sin pronunciar una palabra. Cuando ella sonrió divertida, dos diminutos hoyuelos aparecieron junto a las comisuras de sus labios pintados de un rojo intenso: parecía un ángel descendido a la Tierra que había lamido sangre.

—¿Y a vos, Madame Von Lobkowitz, cómo he de llamaros?

Ella no apartó la mirada.

—¿Qué nombre consideraríais adecuado para mí?

—Afrodita —respondió él, sin dudar ni un instante.

La sonrisa de ella se volvió un poco más amplia.

—No —dijo.

Mientras tanto, el cerebro de Heinrich había recobrado el uso de sus funciones. Un tumulto aún reinaba en su corazón y en las zonas inferiores de su cuerpo, pero ya había recuperado la capacidad de pensar.

—No —dijo él, devolviéndole la sonrisa—. Diana.

—¿Acaso debe ser el nombre de una diosa?

—Es imprescindible —asintió él, esbozando la sonrisa que causaba el rubor incluso en las mejillas de las monjas. Ella no la rechazó: se limitó a contemplarla sin cambiar de expresión.

—Diana —repitió, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por vos, Madame... Diana?

Ella pareció reflexionar un momento, como si se preguntara si no le habría dado demasiada confianza, y, sorprendido, Von Wallenstein fue consciente de que en realidad ansiaba que le soltara una reprimenda, y su sorpresa aumentó al comprender que ello lo afectaría y que se atendería absolutamente a ella. Recordó su anterior deseo de encontrar los rasgos de la dama por encima de sus abundantes pechos pintados en el cuadro del sacrificio de Polyxena y se avergonzó, no porque de pronto el deseo le pareciera inadecuado, sino porque todo su aspecto, envuelta en ese vestido de la cabeza a los pies, despertaba un deseo cien veces más intenso que el ridículo cuadro. La entropierna le palpitaba y se alegró de llevar los amplios pantalones venecianos que podían ocultar incluso una verga erecta.

Pero ello no significaba que no supiera que ella había visto su excitación reflejada en su mirada.

—Ya habéis hecho algo por mí... Henyk...

—¿De veras?

Se dio cuenta de que había contestado en tono demasiado apresurado e, íntimamente sorprendido, se preguntó cuándo volvería a imponerse en esa conversación, resignándose al hecho de que tal vez eso nunca llegaría a ocurrir.

—Vos ya me habéis hecho un favor.

—Pedidme otro y volveré a hacérselo con mucho gusto.

Ella alzó una mano y la acercó al rostro de Heinrich. Él quiso tomársela, creyendo que debía besarla, pero entonces notó que sostenía una moneda de plata entre el índice y el dedo medio. Intentó cogerla, pero con una destreza que Heinrich solo había visto en los prestidigitadores, ella deslizó la moneda

por encima de los dedos, la hizo desaparecer en la palma de la mano y le sonrió. El hombre le devolvió la sonrisa, desconcertado. La dama bajó la vista y él siguió su mirada, al tiempo que ella lanzaba la moneda al aire, la recogía y la depositaba en la mano que él aún mantenía alzada como un idiota. Después dio un paso atrás y lo observó.

Heinrich echó un vistazo a la moneda: al comprender que conocía la acuñación, fue como recibir un chorro de agua helada seguido por uno de agua hirviendo.

—El nombre de mi familia es Pernstein —dijo ella—. Pernstein, como el castillo de Moravia. El castillo al que trasladasteis la Biblia del Diablo.

—¿Fuisteis vos quien me encargó que la robara?

—¿Decepcionado, estimado Henyk?

Cuando comprendió que con semejante confesión, ella se había puesto en sus manos y él en las de ella, un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Claro que había albergado suposiciones acerca de quién podía ser el misterioso cliente que con tanto detalle le describió qué objeto debía conseguir. Que no era cualquiera resultaba evidente, cualquiera no hubiese sabido que la Biblia del Diablo existía, por no hablar de que se encontraba en el gabinete de curiosidades del emperador Rodolfo, pero que fuese la esposa del canciller imperial... Heinrich no se había preguntado qué significaba el hecho de que debiera llevar su botín a Pernstein. Pernstein solo era un recuerdo borroso en el cotilleo de la corte acerca de un hijo que había despilfarrado el legado de su padre y de unas posesiones tan endeudadas que hasta las piedras crujían. El castillo parecía abandonado y cualquiera podría haberse apostado ante la puerta y fingido ser el dueño de la casa, tal como había hecho el receptor de la Biblia del Diablo.

—¿Decepcionado? No: ¡encantado!

—¿El pago recibido fue satisfactorio?

¿Qué debía decir? De pronto lo invadió la sensación que mucho dependía de su respuesta.

—Sí, para un criado —contestó él lentamente—. Pero no para un socio.

Ella volvió a contemplarlo en silencio, como si lo midiera con la vista, algo que a él casi le impedía devolverle la mirada con serenidad. El hormigueo en la entrepierna estaba causado tanto por la lascivia como por el temor. De pronto la dama se inclinó sobre él, apoyó las manos en los brazos de la silla y acercó la cara. Él captó su aroma a perfume y carmín, pero por debajo percibió algo que despertó su instinto animal y lo excitó hasta tal

punto que tuvo que parpadear mientras notaba que su miembro viril se agitaba.

—¿Qué toman en pago los socios?

Heinrich advirtió que bajo el maquillaje se apreciaban unas manchitas ligeras: tenía la piel pecosa. En el fondo de su cerebro, enredado en hilos pringosos, surgió la idea de que la naturalidad de un pequeño defecto como unas cuantas pecas no hacía más que aumentar su belleza, pero frente a los labios rojos entre los que empezaba a asomar una lengua húmeda no prestó atención a dicha idea.

Quiso extender los brazos y atraerla hacia sí, pero entonces comprobó que las manos de la dama le aprisionaban las mangas y, misteriosamente, no tuvo fuerzas para liberarse.

—Todo —graznó Heinrich.

—Bien —dijo ella y entonces el aleteo de un colibrí le rozó los labios: el hálito de un beso—. ¡Acepto... socio!

Ella se enderezó, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta la puerta; cuando la abrió un calor casi sofocante golpeó la cara de Heinrich. La habitación que apareció ante sus ojos era suntuosa; pesados cortinajes casi evitaban que penetrara la luz diurna, y ante una inmensa cama con columnas y baldaquín rojo como la sangre había un brasero encendido que caldeaba la habitación hasta tal punto que el ambiente resultaba mareante. Ella lo condujo hasta la cama y él notó el palpar casi doloroso de su corazón, mientras el calor del brasero lo incendiaba. Le echó un vistazo y comprobó que entre las brasas surgían media docena de largos hierros rematados por mangos de madera que permitían cogerlos sin quemarse. Las puntas que reposaban en las brasas candentes formaban toda clase de figuras: hojas planas, agudas espinas, espirales... Al ver el tosco falo cuya forma centelleaba entre las brasas se quedó boquiabierto y se sobrecogió.

Súbitamente recordó a Ravailac, en la plaza de Grève. Allí había dado comienzo su segunda vida; no: allí había empezado su vida. El brasero del verdugo también centelleaba al rojo vivo. El lugar elegido para observar era excelente, aunque para su gusto un poco demasiado alejado del patíbulo. Sin embargo, había visto las puntas candentes de las tenazas cuando el verdugo las retiró de las brasas, la multitud soltó un suspiro y Ravailac empezó a rezar en voz alta...

Por debajo de la manta surgió un sonido apagado, como si una persona amordazada tratara de pedir auxilio. Madame... ¡No: Diana!, pasó a su lado, retiró la manta y dio un paso atrás. En la cama yacía una figura desnuda con

las muñecas y tobillos atados a las columnas y con la boca cubierta por una mordaza. Heinrich vio la piel, desfigurada por moratones y arañazos tanto antiguos como recientes, las costillas que destacaban en el torso, el vientre plano y musculoso que se agitaba mientras la mujer procuraba respirar pese a la mordaza y el pánico. Alguien la había lavado, afeitado y perfumado, pero de todas formas resultaba evidente que era una putilla barata que apenas el día anterior aún había proporcionado alivio a sus pretendientes junto a una puerta, detrás de los establos. Sus ojos parecían enormes en el rostro deformado por la mordaza y le lanzaban miradas suplicantes. Heinrich sintió que la entropierna le palpitaba, pero al mismo tiempo experimentó cierta decepción.

—Este también es el pago que merece un criado —dijo él, volviéndose hacia la figura vestida de blanco, pero enmudeció al ver que ella se había desprendido de todas las prendas y permanecía ante él completamente desnuda. Tal como había sospechado, su cuerpo también era perfecto y apretó los labios mientras absorbía su imagen. El sudor se derramaba por su cuerpo, y no solo se debía al calor del brasero.

—No digáis tonterías, Henyk —dijo ella con suavidad, al tiempo que extendía los brazos—. Esto es para vos. Lo de allí... —añadió con una naturalidad que casi hacía olvidar que estaba desnuda; entonces su hombro lo rozó al pasar junto a él y la entropierna de Heinrich palpó con tal intensidad que el hombre soltó un jadeo—. Lo de allí es para los dioses.

Sus ojos verdes contemplaron a la mujer maniatada. Luego cogió el falo candente y la prisionera agitó la cabeza de un lado a otro, sus ojos se enrojecieron al tiempo que trataba de deshacerse de la mordaza y pedir auxilio. Diana volvió a depositar el falo sobre el brasero.

—Después —dijo.

Se acercó a Heinrich y él tuvo que dominarse para no retroceder o atraerla hacia sí. Las miradas de ambos se confundieron; él notó que ella soltaba los lazos de su pantalón veneciano sin bajar la vista, que introducía una mano fresca y cogía su verga caliente. Heinrich gimió. De pronto se dio cuenta hasta dónde lo había llevado ya sin ni siquiera tocarlo. Ella movió la mano y la sonrisa que asomó a su mirada reveló que había pensado lo mismo que él.

—Mucho después.

Ella cerró el puño y él se derramó agitándose como un poseso, eyaculó en su mano y en los pantalones presa del júbilo, pese a que al mismo tiempo notó que su deseo se convertía en cenizas. Sintió que se precipitaba en un agujero negro y, asustado, comprobó que ella esperaba algo más de él y entendió que

su sociedad no duraría ni una hora si él no cumplía con las expectativas de la dama. Trató de controlarse, notó que había olvidado respirar y resolló.

La sonrisa de ella no había cambiado. Retrocedió un paso y se tendió en la cama junto a la maniatada. Al lado del cuerpo magullado y maltratado de la puta, su espléndida y blanca presencia parecía una estatua de mármol de Carrara. La prisionera soltó un quejido y se retorció, pero Heinrich apenas reparó en ello.

—Venid, socio —dijo Diana, y abrió las piernas con tanto abandono que el miembro viril de Heinrich volvió a endurecerse dolorosamente.

Se quitó la ropa a manotazos y se arrastró hasta ella en la cama. La maniatada lo estorbaba, así que la apartó como si fuera un trozo de madera. Lo único que veía era el rostro maquillado de blanco, los ojos verdes muy abiertos y el cuerpo creado para el pecado. Le presionó un pecho, ella abrió la boca y su respiración se aceleró. Heinrich la penetró y creyó arder mientras sentía que las piernas de Diana le rodeaban la cintura y lo atraían aún más profundamente en su interior.

Ya no oía los gemidos desesperados de la puta tendida a su lado. Lo que de pronto oyó fueron los jadeos de Madame De Guise y su hija apoyadas contra el alféizar del palacio de la ciudad desde donde veían el patíbulo — donde en ese instante Ravailac, el asesino, expiaba mil veces la muerte del rey Enrique—, con las faldas alzadas por encima de las caderas y el trasero en pompa al tiempo que él, Henyk, y un desconocido aristócrata francés se esforzaban por entretener a las damas durante el ajusticiamiento que se prolongó durante horas. Oyó los alaridos de dolor de Ravailac, lejanos e intrascendentes, recordó la sensación de tener veintiún años y ser el rey del mundo, recordó que dicha sensación había dado paso a cierto espanto al comprender de repente que la horripilante muerte del delincuente en la plaza lo excitaba más que los serviciales coños de la jovencita y de la bella y madura mujer junto a la ventana, y perdió su inocencia cuando echó una mirada al interior de su propio corazón y de pronto se dio cuenta, con una sacudida que casi le hizo perder el ritmo, de lo que él mismo había querido decir al declarar que el pago de un socio consistía en todo. Ya pertenecía por completo a esa mujer que se encabritaba bajo su cuerpo como una yegua salvaje y le arañaba la espalda y el trasero, el cuerpo, el corazón... y el alma. ¡Si a ella le complacía observar cómo utilizaba el falo candente con la desgraciada que yacía a su lado... pues que así fuera!

El orgasmo fue tan violento que casi perdió el conocimiento y comprendió que eso se debía en parte a lo que él y la diosa pagana todavía harían con su

víctima, y en parte a la mecánica del acto sexual.

—¿Dónde nos encontramos en realidad, socia? —gimió.

Ella apretó los músculos de los muslos. Él volvió a gemir; solo era una pausa en medio de la cabalgada.

—De camino al trono imperial —dijo ella antes de susurrarle al oído—: Fóllame otra vez.

Había hecho un pacto con el diablo.

Era hombre muerto.

Era feliz.

Wenzel von Langenfels avanzaba cautelosamente por encima del montón de escombros; hacía un momento había resbalado y solo gracias a la suerte evitó empalarse en un trozo de lanza que surgía de la tierra. La lanza resultó ser un largo y retorcido cuerno cuyo extremo inferior había estado engastado en oro. Era lo máximo que podía depararle el día: escapar de morir empalado y al mismo tiempo encontrar un tesoro.

Wenzel se apresuró a recorrer el largo trayecto cuesta abajo hasta la ciudad, avanzó junto a la orilla del río Moldava hasta Malá Strana y desde allí volvió a ascender hasta el Hradčany, albergando la esperanza de que el cuerno perteneciera a un unicornio. Andrej, su padre, estaba en casa y contempló el cuerno con mirada sombría.

—Es el diente de una ballena —dijo por fin—. Deshazte de esa cosa.

—¿Por qué, por amor de Dios? ¡Es bonito!

—¡Trae mala suerte!

—¿Qué? —exclamó Wenzel, incrédulo.

Andrej suspiró.

—Puedo imaginar dónde lo encontraste. En el foso, allí donde se encuentran las raíces y las ramas, los muebles destrozados y todos los demás desperdicios del castillo.

No hacía falta responder a eso y Wenzel notó que se ruborizaba; su padre simuló no percatarse de ello.

—Hace dos semanas que el emperador Matías ocupa el cargo y ya han empezado a destruir la colección de Rodolfo. Dios sabe que allí dentro hay bastantes cosas que habría que tirar a la basura o quemar. Y muchas más que habría que conservar. ¡El cuerno de un unicornio! Estás en buena compañía, hijo mío: el emperador Rodolfo estaba firmemente convencido que de eso se trataba. Poseía varios.

Una extraña sensación siempre se apoderaba de Wenzel cuando su padre soltaba esa clase de involuntarias indirectas; consideraba que revelaban que

en cierta época de su vida Andrej había mantenido un vínculo muy estrecho con el emperador Rodolfo, lo cual le parecía increíble: ¿su padre, amigo íntimo del emperador Rodolfo que ya entonces, seis meses después de muerto, había adoptado una dimensión muy extraña que seguramente era dos veces más grande de lo que había sido en vida? ¿Andrej von Langenfels era a veces melancólico, de vez en cuando torpe, pero en general alegre y cordial socio y mejor amigo de Cyprian, además de hermano de Agnes Khlesl, esposa de este último, que a su vez eran los padres de Alexandra...? Llegado a ese punto Wenzel se obligaba a pensar en otra cosa. En general, cuando la examinaba más a fondo..., comprobaba que dicha sensación insólita se trataba de absoluta extrañeza frente a esa persona delgada y de miembros largos que aún parecía un joven y que hasta entonces había ocupado el centro de la vida de Wenzel. Le disgustaba investigar esa sensación pues, ¿qué conclusión debía sacar de ella? ¿Que se sentía extraño frente a la persona que era su única familia?

—Aún se ve que estaba engarzado.

—Desde luego: en oro y gemas. El emperador Matías necesita dinero.

—¿Por qué crees que trae mala suerte?

Andrej hizo girar el cuerno entre las manos. Wenzel sabía que muchos consideraban que el modo familiar con el que ambos se trataban era irrespetuoso. A Andrej le era indiferente. En el recuerdo de Wenzel, él siempre había estado junto a su padre, tanto durante los viajes como cuando permanecían en el hogar; incluso lo había acompañado a las reuniones en casa de los Khlesl, donde su prima Alexandra, cuatro años menor que él, había sido su compañera de juegos. Al principio la cría se limitaba a balbucear y a cubrir de babas a su primo, luego se dedicó concienzudamente a bombardearlo con toda clase de objetos, y por fin pasó a considerarlo como una suerte de insoportable hermano mayor al que había que pegar un puntapié en la espinilla cuando la incordiaba. Pero Wenzel solo recordaba que siempre le había parecido absolutamente encantadora.

—Todo lo que sale de esa cámara de curiosidades trae mala suerte.

—¿Por ejemplo...?

Pero Andrej decepcionó a su hijo y no respondió a la pregunta.

—Si no hubiese existido el gabinete de curiosidades, Rodolfo se habría visto obligado a enfrentarse a la realidad y el imperio no se hubiera precipitado a un abismo tan profundo.

—¿Y ahora qué he de hacer con él?

—Por mí puedes quedártelo. Pero guárdalo para ti y no vayas por ahí mostrándolo.

—Gracias.

—¿Wenzel?

—¿Sí?

—¿Qué más encontraste allí?

—¿Además del cuerno? Marcos destrozados... un montón de cristales rotos... caracolas... nueces... una parecía un...

—Sí, sí, conozco esas nueces. ¿Libros?

—¿Libros? No.

—Bien.

Wenzel se dirigió a la puerta.

—¿Wenzel?

—¿Sí?

—No vuelvas allí.

El joven no respondió; detestaba mentir a su padre. Sabía perfectamente que regresaría a ese lugar solitario al pie del castillo, pasando junto a las estatuas cubiertas de musgo y la fuente obstruida por las que nadie sentía el menor interés, junto a las jaulas vacías colgadas de los árboles en las cuales —si uno daba crédito a los rumores— Rodolfo dejó pudrir a los alquimistas que trataron de engañarlo.

Así que allí estaba por quinta o sexta vez, sudando bajo el ardiente sol de junio y encaramándose cautelosamente por encima de las ramas y las raíces. Lo único que había encontrado durante las últimas visitas eran más trozos de vidrio, un montón de extrañas caracolas, recipientes de cristal rotos pegoteados de un líquido que apestaba a alcohol y putrefacción y trozos de lienzos pintados. Ni un solo libro: Wenzel estaba a punto de darse por vencido.

Entonces vio algo que brillaba al sol y entornó los ojos. ¿Sería oro? ¿Acaso un cortesano adulador había olvidado quitarle el engarce a un milagro de la naturaleza? Andrej y Wenzel no eran pobres, pero encontrar un bonito adorno de oro... Cuando lo llevara a casa su padre sonreiría y declararía que él no tenía parte en ello, afirmarí que el objeto pertenecía únicamente a Wenzel y este podría llevárselo a un orfebre y pedirle que lo transformara en un broche o un brazalete, algo pequeño y elegante para una joven... para Alexandra, solo como señal de aprecio de su primo.

Metió la mano entre las ramas bajo las que se había deslizado el objeto metálico y lo extrajo con un esfuerzo considerable. Era del tamaño de una

caja de música de forma aproximadamente cuadrada, fantásticamente ornamentada y muy pesada. Pero sobre todo despedía un resplandor dorado, al igual que la pieza principal de una cámara del tesoro. Trepó más arriba, donde había más luz para verlo mejor.

Parecía la maqueta totalmente defectuosa del pedestal de una estatua: consistía en tres planos superpuestos, como los peldaños de una pirámide. Mecanismos, palancas y ruedas dentadas formaban una confusa decoración geométrica en la parte delantera. En el plano superior dos figuras estaban tendidas de lado, de espaldas al observador; era como si sus extremidades estuvieran montadas por separado. La superficie del último peldaño estaba agrietada y las fisuras se extendían hasta las figuras, tras las cuales desaparecían. Wenzel intentó moverlas, ponerlas de espaldas o desprenderlas de la superficie, pero aunque parecían estar sueltas no logró moverlas. Agitó el objeto con mucho cuidado y desde el interior surgió el sonido de una suerte de complicado carillón; ya había descartado la idea de que pudiera ser de oro. Las figuras y también la superficie del último pedestal, sobre todo alrededor de las grietas, habían perdido el sobredorado y por debajo se veía el latón. Volvió a sacudirlo. Una pequeña llave —que hasta entonces había pasado por alto— se desprendió y colgó de una larga y delgada cadenita. Wenzel encontró la cerradura, introdujo la llave y comprobó que encajaba. La hizo girar y algo soltó un traqueteo en el interior del objeto e, incrédulo, se dio cuenta que debía de tratarse de una suerte de juguete mecánico. Algo soltó un clic y de pronto los mecanismos y las ruedas dentadas exteriores entraron en movimiento. La caída sobre el montón de desperdicios había afectado al mecanismo. Wenzel siguió girando la llave y casi dejó caer su hallazgo cuando ambas figuras de repente se tendieron de espaldas y vio unas finísimas barritas y alambres que surgían de las grietas, soldados a los miembros de las figuras. Las figuras eran un hombre y una mujer, ambos desnudos; el hombre solo presentaba un espacio vacío allí donde debería haber estado su miembro viril, y resultaba curioso que esa fuera precisamente la parte que faltaba. Wenzel observó la perfecta anatomía de ambas figuras y sospechó que si algo faltaba era adrede. Volvió a girar la llave.

Otras ruedecitas entraron en movimiento; ambas figuras se enderezaron, rígidas como si fueran marionetas y tras un tembloroso traqueteo de una red de barritas, alambres y ejes, se contemplaron por encima del último pedestal. Wenzel estaba fascinado.

Otro giro de la llave transportó las figuras encima del pedestal y sonó un débil zumbido.

—¡Oh, oh! —exclamó el muchacho.

Algo apareció en el espacio que había entre las piernas de la figura masculina, algo que por lo visto no se había roto y solo se reveló gracias a otro mecanismo y, boquiabierto, Wenzel contempló un enorme falo que surgía de manera anatómicamente incorrecta del vientre de la figura, pero que luego —de manera anatómicamente correcta— comenzó a elevarse. El joven tragó saliva.

—Ajá —dijo alguien junto a su oído.

Wenzel dio un respingo y, sin querer, golpeó el autómatas contra una rama. El zumbido enmudeció y los movimientos se detuvieron súbitamente. Algo chirrió en el interior, como si al aparato le hubiera llegado su última hora.

El muchacho clavó la vista en el montón de raíces, donde a solo dos palmos por debajo del lugar que él ocupaba apareció una joven. En cierta ocasión había oído decir a Cyprian Khlesl entre carcajadas que, justo antes de su noche de bodas, había pronunciado tres jaculatorias: la primera suplicando no morir de excitación, la segunda que si su mujer se quedaba embarazada todo saliera bien, y la tercera rogando que si su primer vástago era una niña que no se pareciera a su padre. Puesto que todo eso se había cumplido al pie de la letra, siguió diciendo Cyprian, no osó elevar una cuarta plegaria: que su hija fuese una niña obediente. Alexandra se había puesto de morros y cuando Wenzel le lanzó una mirada de soslayo, ella puso los ojos en blanco indicando un acuerdo mutuo y silencioso: que los padres propios eran insoportables. Aunque también parecía medio enfadada por el hecho de que él hubiera oído esas palabras.

Alexandra había heredado toda la belleza de su madre: era alta, esbelta, muy femenina, tenía un rostro delgado de pómulos destacados, ojos de mirada intrépida y una cabellera oscura. Cada vez que la miraba a los ojos Wenzel sentía la misma irritación porque era como si mirara a su tía o a su padre a los ojos. Él era completamente distinto; al parecer, no había heredado nada de esa rama de la familia. Al igual que en el caso de Alexandra, debía de haber heredado las características de su madre. Nunca pudo comprobarlo: ella había muerto poco después del parto. En cierta ocasión Cyprian lo había abrazado y, en tono jocoso, había afirmado que ellos dos eran los marginados de esa familia formada por personas hermosas, dos individuos feos que solo existían para realzar la belleza de los demás. La risa de Wenzel había sonado falsa, incluso para sí mismo.

—Quería averiguar qué hacías aquí —dijo Alexandra—. Hace unos días vi que desaparecías en el jardín de los ciervos. Por eso te seguí.

—Ah —dijo Wenzel, tratando de ocultar el autómata.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada —dijo el muchacho, y logró darle la vuelta al aparato de manera que las figuras no resultaran visibles desde abajo. El movimiento soltó algo en el interior de la máquina y, soltando un zumbido, el falo de la figura masculina se elevó otro poco.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

—¿Me tomas por tonta, Wenzel? ¿Qué tienes ahí?

—Un... un... autómata...

—¿Lo has encontrado aquí?

—Pues... no.

—Quiero verlo.

—Eh... no.

—¿Qué? ¡Muéstramelo de una vez!

Agobiado, el muchacho se dio cuenta de que su prima se disponía a encaramarse hasta la rama.

—¡No subas! ¡Esto es muy inseguro!

—Si te sostiene a ti, también me sostendrá a mí.

Wenzel acercó el condenado autómata —acerca de cuya pantomima empezaba a sospechar lo peor— hacia su pecho. Y lo que Alexandra pensaría cuando lo viera le resultaba aún más aterrador. El borde de la cajita chocó contra una rama y, traqueteando y agitándose, la figura femenina empezó a caer hacia atrás, pero entonces se detuvo.

—Sigue funcionando, ¿verdad?

—N... no...

—¡Serás estúpido! —espetó Alexandra—. No me hagas subir para coger esa cosa.

Wenzel procuró ocultar el autómata a su espalda, pero chocó contra otra rama y el endemoniado objeto se deslizó de sus dedos sudorosos. Durante un instante vio que caía y rebotaba contra una raíz, y trató de atraparlo con un movimiento tan lento como el de una tortuga. El objeto giró sobre sí mismo, siguió cayendo y aterrizó patas arriba justo ante los pies de Alexandra. Ambos lo contemplaron fijamente. Pese a todos los ruegos silenciosos de Wenzel, las dos figuras no se habían roto ni desprendido. Permanecían de pie, inmóviles. Wenzel estaba convencido de que al cabo de un instante el juego mecánico llegaría a su fin, tal como siempre sucedía en esa clase de situación, pero las figuras no se movieron. Alexandra se agachó, recogió el autómata y lo

examinó con el ceño fruncido. El muchacho clavó la mirada en las figuras, en el pequeño hombre metálico. Vio que durante la caída se había desplazado un poco hacia atrás y que el movimiento había hecho que el falo volviera a desaparecer. Casi con incredulidad supuso que se había salvado.

—¿Eso es todo? —preguntó Alexandra al tiempo que daba un golpecito al hombrecillo.

Soltando un zumbido, todo el mecanismo se puso en marcha: el hombre se acercó a su amada, el falo se elevó y, ante la mirada horrorizada de Wenzel, el falo no solo aumentó de tamaño: se volvió gigantesco, más allá de cualquier tamaño imaginable, y no solo el falo: también se destacaron todos los detalles diabólicamente representados, incluso las venillas y el vello del pubis. La figura de la mujer se tendió graciosamente de espaldas; el zumbido, el traqueteo y los clics aumentaron de volumen; las piernas de ella se elevaron, el hombre se tendió sobre la mujer y, tras un instante de vacilación mecánica tal vez debida a los daños —y que, por otra parte, solo imprimió más verosimilitud al acto— el hombre empezó a embestir. Era evidente, no cabía ninguna duda de lo que allí se escenificaba. Wenzel alzó la mirada, se topó con la de Alexandra y un profundo rubor le cubrió toda la cara.

—Bien —dijo ella en tono absolutamente sereno—, así que eso es lo que hacías aquí.

Sin apresurarse en lo más mínimo depositó el aparato en el suelo, contempló nuevamente a Wenzel de arriba abajo, se volvió y se alejó con la dignidad de una reina. Las embestidas en el pedestal superior se detuvieron, el hombre se enderezó, su miembro viril seguía erecto, la mujer se desperezó... y una alegre marcha triunfal entonada por lenguas metálicas vibratorias acompañó el descenso de Alexandra entre los matorrales.

Wenzel ocultó el rostro entre las manos y se maldijo a sí mismo, al emperador Rodolfo, al gabinete de curiosidades, al idiota que había arrojado ese mecanismo infernal al foso y después a todo el mundo.

1617: EL DIABLO DANZANTE

¡El infierno está vacío
y todos los demonios están aquí!

WILLIAM SHAKESPEARE,
La Tempestad

Ella corría.

Oyó que sus perseguidores se acercaban y sabía que le darían alcance, sin embargo, siguió corriendo. Por improbable que resultara, durante los últimos segundos de su vida las personas todavía confiaban en escapar.

Las ramas azotaban su cuerpo desnudo, las espinas se le clavaban en la piel y arrancaban jirones, se golpeaba contra los troncos de los árboles y se cubría de magulladuras. El aire gélido de febrero la flagelaba, la nieve por encima de la cual corría era como heladas esquirlas de cristal bajo sus pies. Ella no prestó atención a nada de todo eso, ni siquiera lo percibía, y en caso de que acusara el frío lo despreciaba, porque sabía que el sufrimiento que la esperaba cuando la capturaran sería infinitamente peor.

Y la capturarían.

El aire ardía en su garganta como si inspirara ácido, su corazón palpitaba como un caballo desbocado, los escalofríos que le recorrían el cuerpo se alternaban con oleadas de calor, las náuseas casi la asfixiaban pero no se detuvo. Hacía tiempo que sus pies desnudos estaban en carne viva. Oyó el relincho de los caballos, pero gozaba de una ventaja, aunque no era consciente de ello: corría a través del bosque y los perseguidores debían esforzarse por hacer avanzar a sus caballos.

No había pensado en ello, solo había pensado que no quería sufrir, que no quería morir, que no quería ver cómo su vida se derramaba en esa tina, que no quería que la sujetaran por encima de ese mar de sangre con el cuchillo aún clavado en la garganta para que la herida permaneciera abierta y morir agitándose y pataleando, la última imagen grabada a fuego la de su propio rostro reflejado en el mar de sangre hedionda, al tiempo que las sombras ya se disponían a arrastrarla a la oscuridad, sin confesión, no redimida, eternamente convertida en la propiedad del diablo en cuya herramienta la había convertido la muerte.

Porque en realidad eso era lo que eran sus perseguidores: los esbirros de Lucifer.

Ella había aprovechado un momento de distracción, cuando todos ellos agarraron el cadáver aún tembloroso de su antecesora y lo depositaron en el tablón inclinado que desembocaba en los establos.

Sabía que había sido en vano, que los esbirros la atraparían, pero siguió corriendo.

¡Un claro en el bosque! Oyó el sonido de cencerros y el balido de las cabras por encima del zumbido en sus oídos. Tropezó y un rayo de esperanza la invadió: donde había animales tal vez habría personas, zagales, pastores, campesinos...

Oyó el zumbido. De pronto se hallaba tendida en el suelo con la vista clavada en el mosaico formado por las agujas de las coníferas, las ramitas y las hojas otoñales. Solo después notó el golpe en la espalda, pero no sintió dolor. Trató de tomar aire, pero los pulmones no le respondían; intentó apoyarse en un brazo y una punzada ardiente le recorrió la espalda. Soltó un gemido, pero aún no podía respirar. Oyó las pisadas de los caballos y sus relinchos. Procuró mirar por encima del hombro, pero estaba como paralizada, su cuerpo se asemejaba a un leño petrificado atravesado por una estaca candente. Oyó las pisadas de las botas que recorrían el suelo del bosque y se acercaban. Clavó la vista en un par de ojos y de repente fue consciente de que no se trataba de una fantasía, que los ojos estaban allí, que pertenecían a una persona que se ocultaba entre los matorrales a menos de cinco pasos de distancia y que le devolvía la mirada. Quiso abrir la boca para pedir auxilio, pero la estaca candente se lo impedía y advirtió que las sombras se acercaban desde el borde de su campo visual. Entonces la volvieron boca arriba, una violenta sacudida de dolor y fuego, y vio que sus perseguidores le habían dado alcance. Vio la punta del proyectil de ballesta que surgía de su cuerpo, vio el rostro de Lucifer, vio que reía y vio danzar al diablo presa de la alegría ante el mal ajeno.

Había temido lo peor, pero en ese momento descubrió que no sabía lo que «peor» podía significar.

Al contemplar la obra resultaba evidente que había surgido de una ruina. Si uno se acercaba lo suficiente incluso podía captar el olor a orín y quemazón, a vetustas y húmedas cenizas, a polvo corrosivo en verano, a mampostería desgastada y restos de nieve en los rincones en un día de principios de abril como ese. Cada vez que acudía a ese lugar la misma sensación invadía a Alexandra: una mezcla de angustia, pesar y temor. Ella había nacido mucho tiempo después del incendio del establecimiento de la empresa Wiegant & Wilfing de Praga, y solo conocía la historia de oídas: el relato acerca de los misteriosos monjes que habían llegado con una misión mortífera y que habían asumido la responsabilidad de convertir todo Praga en un mar de llamas con el fin de acabar con una única alma que suponía el vínculo entre ellos y el tesoro. El tesoro había sido la Biblia del Diablo.

Pero las historias no encajaban del todo. A veces Alexandra pensaba que sus padres hablaban de ello de manera incoherente y que lo hacían adrede para que ella no dedujera lo sucedido, y todo el asunto se volvía especialmente impreciso cuando tío Andrej y Wenzel estaban presentes. Alexandra sospechaba que uno de ellos —o tal vez ambos— no debían enterarse de algo, algo que suponía el núcleo de la historia y el motivo por el cual la estructura de dicha historia giraba en torno a un enorme hueco, como una enredadera que hacía ya tiempo hubiera acabado con el árbol que la sostenía y que se limitaba a aferrarse al aire.

La casa había sido parcialmente reconstruida por obra de Sebastian Wilfing padre, que había sido el socio de su abuelo, Niklas Wiegant. El viejo Wilfing (a él tampoco llegó a conocerlo) había partido de la idea de que la sociedad formada por ambas empresas se limitaría a seguir existiendo igual que antes, con dos casas en Viena y una sucursal común en Praga. Que la responsabilidad de la empresa Wiegant de Praga pasara a la joven pareja recién casada formada por Agnes y Cyprian Khlesl no había molestado a

Wilfing padre en lo más mínimo, pese a que en cierto momento había contado con convertirse en el suegro de Agnes.

Gracias a las viejas historias, Alexandra sabía que en el pasado su padre —con la ayuda de su tío el cardenal Melchior Khlesl— había alquilado la casa en la que todavía vivían, situada a pocos pasos del viejo edificio de la Königsgasse y que, como solía hacer, había participado en la reconstrucción de la ruina.

Pero entonces Sebastian Wilfing padre murió y su hijo Sebastian (a quien había conocido hacía un par de años durante una visita a Viena) había dejado claro que no solo no seguiría reconstruyendo la propiedad, sino que también pondría fin a todas las actividades comerciales en Praga. Aparte de eso, demostró que no pensaba mantener el contacto con un hato de víboras como los Khlesl, ni siquiera a cien millas de distancia, de noche y con el viento en contra. Antes de oír la voz de Sebastian hijo por primera vez, Alexandra no había comprendido por qué su madre, cada vez que repetía sus comentarios, añadía un berrido de cerdo y después soltaba una risita incontrolable. Pero cuando recibió el breve saludo de Sebastian, por primera vez oyó el berrido original: la voz de Sebastian Wilfing hijo recorría registros que uno hubiera aceptado en un cochinillo, y cuando trataba de reprimir su enfado se convertía en un chillido que hubiese hecho que, molesto, dicho cochinillo meneara la cabeza.

Sea como fuere, la ruina no llegó a reconstruirse y sus padres convirtieron el contrato de alquiler de su nuevo hogar en uno de compra. Lo único que quedó del viejo edificio fueron los vetustos y abandonados muros de cuyos flancos pendían los restos de la estructura como la desgarrada mortaja de un cuerpo momificado hacía tiempo. Entre tanto, era de suponer que adentrarse entre esas ruinas resultaba peligroso; su aspecto daba a entender que un golpe de viento podía derribarla, y el hecho de que aún permaneciera en pie parecía deberse menos a la solidez del edificio que a la suposición de que en aquel rincón de Praga el viento no soplaba.

Saltaba a la vista que Alexandra apenas tenía en cuenta dicho peligro cuando recorría las obras. La mayor precaución que había tomado consistía en no descender a las bodegas, que aún conservaban su estado original; habían sobrevivido al derrumbe de las paredes y solo hubiesen requerido un desescombro. La idea de quedarse atrapada allí abajo tras un desmoronamiento era algo que incluso intimidaba a una joven que había heredado la terquedad y la intrepidez de su padre y su madre.

Aparte de ello, la casa ejercía una extraña fascinación sobre Alexandra, como si sus ruinosas paredes no solo encerraran una historia narrada a medias, sino uno de los secretos de su propia existencia. Cada vez que como entonces debía abandonar Praga, su ciudad natal, durante un par de semanas —le aguardaba el viaje anual a Viena—, casi se sentía obligada a echarle un vistazo antes de partir.

Que ella no era la única en sentir esa cierta atracción no se le hubiera ocurrido ni en sueños si de pronto no hubiese visto acercarse a Wenzel von Langenfels, su desagradable primo.

Era demasiado tarde para retirarse al interior del edificio, él casi había alcanzado la puerta. Con aire decidido, ella se interpuso en su camino.

—¿Me estás espiando?

Wenzel tomó aire. Lo había sorprendido, pero al menos no era uno de los que daban un respingo teatral y se apoyaban contra el marco de la puerta cuando se asustaban.

—No —dijo él.

—¿Entonces qué haces aquí?

Él se encogió de hombros.

—Mi padre de vez en cuando viene aquí.

—¿Qué? Pero si esta es la vieja casa Wiegant & Wilfing. ¿Qué tiene que ver tu padre con ella?

—Ni idea. Pero acude aquí al menos una vez al año.

—Entonces estabas espiándolo a él, ¿verdad?

Wenzel volvió a encogerse de hombros.

—¿Qué hace cuando viene aquí? ¿Busca algo?

—Claro que busca algo.

—¿Acaso se dedica a cavar?

—Para buscar algo no hace falta cavar, manipular piedras, etcétera —contestó el muchacho, esbozando una sonrisa.

—No me digas... Y entonces qué busca: ¿el amor? —replicó ella con una sonrisa irónica.

Wenzel no pestañeó. Alexandra se dio cuenta de que acababa de soltar una grosería y se ruborizó hasta las orejas.

En realidad apreciaba a su tío Andrej; el hombre irradiaba una curiosa mezcla de tristeza y satisfacción, como alguien que hubiera perdido algo valioso, pero que había aceptado la pérdida porque a cambio había encontrado algo que para él era lo más importante del mundo. Parecía un hombre que había alcanzado una meta; uno podía confiar en que sabía de qué estaba

hablando y hacía lo que quería hacer, y cerca de semejante persona no era necesario fingir y uno podía mostrarse tal cual era. Su padre era de naturaleza similar, carecía de la tristeza de Andrej, pero en cambio poseía una serenidad que le faltaba a su cuñado. En el pasado Andrej siempre se sentaba en el suelo para jugar con los niños. En cambio Cyprian permanecía en un rincón, observando, y Alexandra se tranquilizaba cuando veía su sonrisa y su breve inclinación de la cabeza y sabía que él la protegía. Alexandra adoraba a su padre y veneraba a su tío, el hermano de su madre. Por qué le resultaba tan difícil entenderse con su primo era un enigma, incluso para sí misma. Con respecto a Wenzel, y en un momento de comprensión íntima, suponía que el motivo por el cual no dejaba de lanzarle indirectas era que ella sentía celos del muchacho. Él representaba lo más importante del mundo para otra persona: su padre. Alexandra sabía que sus padres la amaban todo cuanto se podía amar a un hijo, pero también se tenían el uno al otro, y la dimensión de su amor mutuo siempre resultaba evidente. A veces Alexandra se sentía apartada en medio de toda esa calidez que le prodigaban. Ignoraba si a sus hermanos les ocurría lo mismo, aunque hubiese preferido morderse la lengua antes de preguntárselo. Lo que resultaba más insólito —y tal vez otro motivo importante de sus encontronazos con Wenzel— era que ella se guardaba su soledad en lo más hondo del corazón, mientras que su primo la irradiaba. Empezando por el hecho de que un extraño destino se había encargado de que no se pareciera a nadie. Todos decían que Alexandra era la viva imagen de su madre, sus hermanos se parecían a su padre y solo Wenzel parecía ser hijo de una persona a quien por lo visto nadie conocía. No encajaba en la familia, y ello constituía un motivo más por el cual él la irritaba.

Entonces el joven pasó a su lado y desapareció de su vista. Sorprendida, ella vio que una mujer cruzaba el húmedo empedrado y dirigía una mirada de soslayo a la casa. Alexandra la saludó con la cabeza e intentó sonreír. La mujer apretó los labios y siguió caminando; la muchacha no la conocía, era alguien que se dirigía a algún sitio en ese día gris del mes de marzo. Wenzel se asomó.

—¿Por qué te escondes?

—No quiero que mi padre sepa que estoy aquí.

—¿Por qué no?

—Supongo que esta casa tiene un significado especial para él. Si quisiera que yo lo supiese me lo habría contado.

—Y a pesar de ello quieres meter las narices donde no te llaman.

—¿Y tú?

Tal vez debido a que se arrepentía de su falta de tacto, Alexandra dijo en tono casi cordial:

—Suelo venir por aquí. Creo que a mi madre le daría un ataque si lo descubriera, ya sabes lo cerca que está nuestra casa. Pero ella casi nunca pasa por aquí, de algún modo siempre toma por otro camino.

—Es la tercera vez que vengo. No es sencillo...

Su sinceridad la impulsó a hacerle una sugerencia.

—¿Quieres que echemos un vistazo los dos juntos?

—No sé a qué debería echarle un vistazo —respondió él y, sorprendida, Alexandra constató que lamentaba su negativa.

»Mi padre tampoco busca nada en este lugar. Solo se queda unos momentos de pie con la vista baja. Después vuelve a marcharse.

Alexandra tuvo una intuición.

—Como si visitara el cementerio —dijo.

Wenzel la miró fijamente. Sorprendida de sí misma, ella oyó el eco de sus palabras y se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Vienes o no?

Vio que él dudaba un momento más y que de repente su rostro se iluminaba y le dirigía una amplia sonrisa. Era casi doloroso advertir lo mucho que él se alegraba de que por una vez Alexandra no le volviera la espalda y en ese instante la muchacha se arrepintió de todas las ocasiones del pasado que había desaprovechado para mostrarse cordial y amistosa con él. Ya hacía un par de años que ilusionados pretendientes llamaban a la puerta de la casa de sus padres, con la esperanza de obtener una promesa de un posible compromiso con la joven, y cada uno de ellos, incluso en sus mejores momentos, era infinitamente más tonto que su primo en los peores. Ni su padre ni su madre jamás la habían instado a escoger un pretendiente, ni siquiera cuando ello suponía perder una ventajosa relación comercial, algo por lo que ella les estaba más agradecida de lo que podía expresar con palabras. Siempre le parecía que su corazón aguardaba que llegara el indicado y confiaba en que entonces estallaría de amor, un estallido que la dejaría sin aliento.

—De acuerdo —dijo su primo—. Confío en que tú te encargues de matar a todos los dragones con los que nos topemos.

—¿No deberías ocuparte tú de eso?

—No quiero abrirme paso a codazos.

—Un exceso de cortesía está fuera de lugar.

—Tratar a alguien como tú como a una lombriz indefensa que se oculta tras la espalda del caballero servicial estaría aún más fuera de lugar —adujo él.

El muchacho cerró la boca, carraspeó y un rubor le tiñó las mejillas. Era evidente que su corazón acababa de aprovechar un instante en que su cerebro había bajado la guardia para irse de la lengua. Alexandra bajó la cabeza para que no notara que ella también se ruborizaba. Era una tontería y ella intentó no considerarlo así, pero él acababa de hacerle un cumplido tan grande como torpe.

La joven se volvió y tomó la iniciativa. No tenía ni idea de adónde debía conducir a Wenzel, pues de la casa apenas quedaba nada en pie excepto las paredes exteriores de la primera planta, media escalera y la bóveda que cubría la planta baja. El viejo Wilfing se había ocupado de la distribución del antiguo edificio: depósitos y almacenes grandes y pequeños a la altura de la calle, salones y habitaciones de los señores en la primera planta y alcobas de la servidumbre en el desván, de modo que la planta baja formaba un oscuro laberinto de habitaciones cuadradas que no contenían nada interesante. Lo más excitante que había descubierto en sus correrías era un cráneo humano en uno de los almacenes traseros... solo que en realidad no se trataba de un cráneo, sino de una redondeada botella de arcilla gris cubierta de manchas que uno de los trabajadores debía de haber dejado allí olvidada. Sin embargo, el estremecimiento que la recorrió al echarle el primer vistazo fue delicioso.

Notó que Wenzel se había detenido.

—¿Qué hay allí abajo?

—Las bodegas. Ven, sigamos.

—Echémosles un vistazo.

—¿Estás loco?

Él la contempló y Alexandra apretó los dientes: acababa de confesar un punto débil e incluso el tono agudo de su voz la había delatado. Él le lanzaría una sonrisa irónica y se burlaría de ella y ni siquiera podría tomárselo a mal: la joven siempre había aprovechado los puntos débiles de él para someterlo a burlas implacables. Pero Wenzel se limitó a decir:

—No me gustaría quedarme ahí abajo enterrado vivo el día que esta ruina se derrumbe.

Alexandra calló.

—Si aquí arriba alguna vez hubo algo interesante que encontrar, sin duda desapareció hace tiempo —prosiguió Wenzel—. Cualquiera puede entrar aquí, pero creo que allí abajo las cosas son distintas.

—¿Por qué? —preguntó ella a su pesar.

Suponía que él aprovecharía la oportunidad para decirle: «¡No eres la única miedica que no se atreve a bajar a una oscura bodega!».

—Porque allí abajo —dijo Wenzel, quien descendió un par de peldaños y se puso en cuclillas para poder asomarse a la bóveda— hay un cobertizo que impide seguir avanzando.

Alexandra se avergonzó al pensar que, pese a las numerosas ocasiones en que había visitado ese lugar, ni siquiera había tenido valor suficiente para adentrarse en la bóveda y ver el cobertizo. Siguió a Wenzel, esforzándose por reprimir la voz que en su interior la apremiaba a emprender la huida.

Él pareció percibir su temor y dijo:

—Me parece improbable que la casa se derrumbe precisamente hoy. Ha aguantado muchos años y hoy también lo hará.

—El diablo siempre ríe más fuerte cuando logra sorprendernos —dijo ella, consciente de que parecía asustada.

—Hoy hace demasiado frío para el diablo —replicó Wenzel.

El tabique se encontraba bastante alejado del pie de la escalera y la luz apenas penetraba hasta allí. Alexandra se volvió y se asombró al comprobar lo cerca que estaban los últimos peldaños; le había parecido que, como mínimo, habían penetrado unas cien yardas en la bodega; echó un vistazo hacia arriba y vio la superficie irregular de una bóveda de ladrillo que tenía algunos huecos y de cuyas grietas colgaban líquenes y musgos. Contra una de las paredes se amontonaba la nieve, el suelo era de tierra apisonada, aún medio congelada. Espiró y vio la nubecilla de vapor; aunque la bóveda debería haber servido de protección, allí abajo hacía mucho más frío que arriba, en la superficie.

—Esto no lo construyeron durante las obras —le dijo su primo.

—¿Cómo lo sabes?

Él le cogió la mano y la condujo hasta el tabique; tenía los dedos tan fríos como los de ella pero no parecía importarle. La joven tanteó la madera y notó que estaba hundida allí donde habían clavado los clavos.

—Los artesanos se hubieran llevado las maderas y los clavos. Son clavos de hierro, Alexandra, tienen valor.

—¿Quién si no los artesanos habrían cerrado el paso?

—Ni idea, quizá tus padres.

—¿Con qué fin? Hace una eternidad que abandonaron la reconstrucción. ¿Para qué hubieran cerrado el acceso a las bodegas mi madre y mi padre? Ni

siquiera se ocupan de estas ruinas; al parecer consideran que pertenecen al cochinito cuando quiera tomar posesión de ellas.

—¿Quién es el cochinito?

—Sebastian Wilfing —contestó la muchacha, y notó que una risita se abría paso en su garganta.

Pese a la tenue iluminación, vio que él meneaba la cabeza y sonreía, y como si la risita le hubiese causado una asociación totalmente libre, de pronto se oyó decir a sí misma:

—Sabía que el autómatas no era tuyo. —Al ver que Wenzel no le preguntaba a qué autómatas se refería se dio cuenta de que había mencionado un tema incómodo—. Y tampoco creo que lo miraras para divertirte.

Resultaba muy difícil pronunciar esas palabras, pero la insólita situación en esa bodega gélida cada vez más inquietante la ayudó. Y en ese momento comprendió lo que acababa de revelar: que ella no ignoraba lo que un joven podía hacer a solas en un escondite al tiempo que observaba el indecente espectáculo ofrecido por un extraño mecanismo. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? En los últimos dos años no había hablado tanto con su primo como en los últimos minutos y con cada frase parecía revelar más acerca de sí misma de lo que deseaba. Sin embargo, Wenzel no reaccionó y Alexandra sospechó que para él resultaba aún más embarazoso que para ella.

—Mi padre dice que el emperador Rodolfo poseía docenas de autómatas —dijo Wenzel por fin—, cada uno más disparatado que el anterior.

—¿Y qué hacía con ellos?

—Cuando estaba de buen humor, se los mostraba a los diplomáticos extranjeros.

—¿A todos?

—Ese al que te has referido —dijo él, y al oír su voz ella creyó adivinar que sonreía— estaba destinado a los enviados del Vaticano.

Alexandra soltó una risita. Wenzel también.

—¿Qué hicieron los prelados? ¿Abandonaron el salón en un arrebato de indignación?

—No: le preguntaron por la dirección del artífice.

Alexandra soltó una carcajada. Allí abajo las risas sonaban extrañas y apagadas, como si estuvieran fuera de lugar. Ella guardó silencio, pero las risas bastaron para que la lobreguez se disipara ligeramente. Oyó que Wenzel tironeaba de las maderas del tabique y que algo chirriaba. De repente volvió a sentirse inquieta.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que puedo aflojar dos tablas —contestó él, jadeando—. Así podríamos deslizarnos dentro...

—¡Deja eso ahora mismo! ¡Al final harás que todo se derrumbe!

—No, seguro que no.

—Da igual, quiero que pares. Yo...

El chirrido se hizo más intenso y Wenzel dijo:

—Ya está.

Ella clavó la vista en el oscuro hueco que apareció en la superficie casi tan oscura como el tabique. Dos tablas desprendidas por la base se balanceaban de un lado a otro. Su primo las apartó como si fueran una cortina para introducir la cabeza en el hueco y, aunque de mala gana, ella se acercó. Vislumbró que el pasillo se extendía más allá, perforado por los huecos de las puertas de otros almacenes que en una casa habitada hubiesen albergado las provisiones de carne y vino. El olor que le golpeó el rostro era seco, mohoso y asfixiante. Le evocó al tufo que reinaba en los osarios de los conventos, donde reposaban los huesos de los difuntos en estantes, y un escalofrío le recorrió la espalda.

En medio del pasillo se veía una sombra imponente y Alexandra se aferró a algo, sin darse cuenta de que era el hombro de Wenzel.

—¡Eh! —rugió una voz desde el exterior. La muchacha clavó los dedos en la tela de la chaqueta de su primo y soltó un grito apagado—. ¡Salid de ahí inmediatamente!

Alexandra contempló el rostro del muchacho y le pareció que estaba tan asustado como ella.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Malditos bribones!

Los labios de la joven formaron una pregunta aterrada.

—¿Quién es ese?

Wenzel se encogió de hombros.

—¡Déjalos en paz, maldita sea! —dijo una segunda voz—. Ya falta muy poco para que acabe nuestra ronda, ¿qué más da quién ande por aquí?

—Guardias —musitó el muchacho.

—Quizás están ahí abajo, en las bodegas —dijo la primera voz, y Alexandra pegó un respingo.

Los chicos oyeron pasos que se acercaban a la escalera de la bodega y Alexandra se percató de que el pánico amenazaba con apoderarse de ella. Ni siquiera se preguntó qué sería lo peor que podía ocurrir si la descubrían allí abajo (un enfrentamiento con su madre); el curioso ambiente reinante en la

bodega la convenció de que en ningún caso debía permitir que los guardias la atraparan.

Wenzel la cogió de la mano para arrastrarla consigo y ella no se resistió. La empujó de espaldas a la pared, se puso a su lado sin soltarle la mano y ella no hizo el menor gesto para retirarla. Las sombras eran lo bastante densas como para que nadie que observara desde fuera los descubriera. Alexandra y Wenzel se contemplaron fijamente. El frío de la pared penetró en su cuerpo.

—Ya está bien —dijo la segunda voz—, si esos dos han de bajar ahí para meterse mano, el castigo ya ha sido suficiente.

—¡Salid de una vez! —gritó la primera voz—. ¡Maldita sea: si he de bajar a buscaros, que Dios se apiade de vosotros!

—¿Se puede saber qué te pasa hoy? ¿No te acuerdas de todas las veces que monté guardia mientras tú holgabas con tu amorcito en algún rincón? Una vez incluso estando de servicio, si mal no recuerdo. ¿Por qué no dejas que esos también se diviertan?

Alexandra vio que Wenzel arqueaba las cejas y desvió la vista. En la situación apremiante en la que se encontraban el embrollo era realmente demasiado.

—Ahora mi amorcito es mi esposa, así que mucho cuidado con lo que dices.

—Espera a que haga más calor y tráela aquí, entonces puede que vuelva a ser tu amorcito.

—¿Qué...?

Alexandra se imaginó con toda claridad que el primer guardia se volvía hacia su camarada con expresión irritada y luego hacía otro intento de ver qué ocurría en la oscuridad de la bodega.

—¡Salid de ahí, maldita sea! Además, ¿a ti qué te importa eso?

—No tengo inconveniente en volver a montar guardia —dijo el segundo guardia entre risas.

El primer hombre descendió unos peldaños de la escalera.

—De acuerdo —dijo el segundo—. La vieja con la que nos encontramos de camino dijo que un chico y una muchacha se habían ocultado aquí. Aparte de que solo siente envidia porque ya nadie quiere esconderse en una casa en ruinas para hacerle cosquillas en el coño, ¿has pensado en qué pasará si realmente encontramos a alguien?

Los pasos en la escalera se detuvieron y Alexandra no pudo evitarlo: tuvo que volver a mirar a Wenzel, en cuyo rostro se reflejaba su propia sorpresa.

—¿Recuerdas lo que pasó el año pasado, cuando Blažej y el viejo Lumir descubrieron al sobrino del conde de Martinitz debajo del puente mientras aún estaba refocilándose en el trasero del diácono de la iglesia de Santo Tomás? ¿Y no se dejaron sobornar y los enchironaron a ambos por sodomía?

Wenzel se quedó boquiabierto. Los pasos en la escalera no avanzaron. Alexandra sudaba, no de miedo, sino porque la expresión de Wenzel le provocó una carcajada que a duras penas logró reprimir.

—¡Joder! —dijo el guardia, apostado en la escalera.

—¡Nuestra ronda acabará enseguida, larguémonos!

El hombre que permanecía en la escalera no se movió. Luego gruñó unas palabras incomprensibles, los pasos volvieron a ascender los peldaños y los guardias se marcharon. Alexandra se apoyó contra la pared, incapaz de moverse.

—Vaya, vaya —dijo su primo después de un buen rato—. El sobrino del conde de Martinitz. ¿Quién lo hubiera creído?

Alexandra soltó una carcajada histérica y solo se tranquilizó cuando Wenzel le soltó la mano. Se secó las lágrimas de risa e inspiró profundamente; su primo volvió a colocar las tablas en su sitio y subió la escalera en silencio, seguido de Alexandra. De algún modo, el interés de ambos por seguir investigando la bóveda se había desvanecido.

Una vez que alcanzaron la planta baja la anterior timidez volvió a invadirlos. El primero en romper el silencio fue él.

—¿Has visto algo? Yo apenas logré vislumbrar una especie de sombra. ¿Qué era?

Ella negó con la cabeza y se sorprendió al comprobar que hablaba en tono muy sereno.

—No sé. Solo vi un montón de piedras caídas en medio del pasillo. Quizás en alguna ocasión los guardias se percataron de que la bodega era peligrosa y atrancaron la entrada.

—Vaya —dijo Wenzel, y se encogió de hombros—. Pues entonces hasta pronto.

—Sí, hasta pronto —respondió ella.

Ambos se pusieron en marcha como si hubieran recibido una señal secreta, cada uno por su lado. Alexandra decidió que no se volvería, pero al final lo hizo. Él también se había vuelto y la saludó con la mano. La joven bajó la cabeza, enfiló la Königsgasse y recorrió las escasas docenas de pasos que la separaban de su hogar. Al pensar en lo ocurrido le pareció increíble que

estuviera tan cerca; en la vieja casona en ruinas se había sentido a cien millas de distancia de su hogar.

Se preguntó por qué no le había dicho la verdad a Wenzel. ¿Tal vez debido a que no estaba segura de lo que había visto?

¿Que durante un instante había estado convencida de que la sombra acurrucada no era un montón de piedras? ¿Que allí, en medio del pasillo, había un arcón grande y pesado rodeado de cadenas, como si contuviese un monstruo que nunca debía escapar?

Andrej se había enamorado de Brno. No sabía muy bien por qué. ¿Quizá porque la ciudad ascendía hasta la cima de la escarpada colina y, más que extenderse a sus pies, parecía dispuesta a conquistarla? ¿O tal vez porque la villa siempre suponía un agradable cambio, se acercara uno desde el sur, desde Viena, o bien desde el norte, desde Praga? Si uno llegaba desde Viena, las cadenas de colinas situadas al norte de Brno ponían fin a una monótona llanura que se extendía entre la ciudad de los Habsburgo y la animada metrópolis de Moravia. En cambio, si uno arribaba desde Praga, las cumbres que acababan suavemente en la llanura suponían un alivio para el viajero que se había abierto paso durante dos interminables días a través de estrechos valles y oscuros bosques, junto a abruptas laderas y pequeñas e ignoradas aldeas.

¿O tal vez la atracción más bien se debía a que en Brno (y en casi todo el margraviato de Moravia) habían decidido mantenerse lo más alejados posible de la locura que suponía la lucha entre Reforma y Contrarreforma, y todos los días procuraban recordar que la fe era algo que debía sostener a las personas en vez de acabar con sus vidas? Hacía años que se alegraba de emprender el viaje anual, cuando el aire olía a tierra fresca y húmeda, cuando en los campos orientados al norte y en los rincones sombreados por los bosques aún había pequeñas zonas cubiertas de nieve y el frío del último hálito del invierno competía con la calidez del sol. Hacía años que organizaba dicho viaje de modo que el camino de regreso pasara por Brno.

Resignado, Andrej pensó que el amor —en caso de que uno no hubiese acabado con él por completo— siempre buscaba algo a lo que aferrarse. En su caso, ya no se aferraba a una mujer: era como si todos los sentimientos que era capaz de albergar hubieran desaparecido junto con Yolanta. Amaba a Wenzel con la pasión encendida de un padre por su único hijo y, a lo largo de los años, otro amor más dulce había surgido en su corazón por las personas que habitaban las cimas de las colinas de Moravia.

Con respecto a esto último, no estaba muy seguro de que no volviera a desempeñar el papel de enamorado desengañado.

—Por favor —dijo Vilém Vlach—. Nosotros contamos con vos.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Por favor —repitió Vilém, que seguía sosteniendo la puerta de entrada del Ayuntamiento de Brno y lo invitaba a pasar. Andrej permanecía inmóvil ante la casa consistorial y no parecía dispuesto a aceptar la invitación—. El burgomaestre, el corregidor y el prefecto Von Žerotin.

—En ese caso ya hay suficiente autoridad presente —dijo Andrej y le dirigió una sonrisa—. Por no hablar de vos, apreciado Vilém.

Vilém Vlach era el miembro más pragmático del grupo de hombres que dirigían los destinos del margraviato. En teoría, quien ostentaba el título y cargaba con la responsabilidad del margraviato de Moravia era el emperador Matías, pero en la práctica no dedicaba ni un pensamiento a ello y confiaba en el prefecto Karl von Žerotin, que era protestante pero pertenecía al bando más moderado y que en la lucha fratricida desatada en la casa Habsburgo había tomado partido por Matías. En teoría, la capital del margraviato era Olomouc, pero hacía años que el prefecto prefería vivir en la más animada Brno y, así, su burgomaestre y el corregidor se habían convertido en sus confidentes de un modo absolutamente natural. Vilém Vlach solo era un comerciante afincado en Brno que poseía media ciudad y controlaba gran parte del resto. Quien quisiera asegurarse de que en las diversas decisiones todos fueran a una y que después dichas decisiones se llevaran a la práctica, no podía pasar por alto a Vlach, y el grupo que gobernaba Moravia era lo bastante pragmático como para no solo reconocer dicho hecho, sino además atenerse a él. Con respecto a Andrej, que en los años posteriores a la muerte del emperador Rodolfo —y la pérdida de su puesto como *fabulator principatus*— se había ocupado de emprender los necesarios viajes de negocios para la empresa Wiegant & Khlesl, el aparentemente insignificante Vilém era uno de sus socios más importantes y destacados. Sin embargo, en ese momento Andrej se preguntaba si durante todos esos años no había caído en una telaraña compuesta de amabilidad y lucrativos negocios tejida por Vilém Vlach con un único propósito: ponerlo en un aprieto a él, Andrej, debido a un favor. En todo caso, de momento se encontraba atrapado en la telaraña. Y estaba decidido a no dejarse devorar sin ofrecer resistencia.

—Lo que cuenta es la competencia exterior —señaló Vilém.

Andrej había descubierto que Vilém Vlach era un maestro insuperable en dar rodeos mediante bonitas palabras. Como mucho, su punto débil consistía

en que estaba tan acostumbrado a ello que las palabras directas le hacían perder el ritmo.

—Necesitáis un chivo expiatorio, eso es todo —dijo.

Vlach se enderezó, indignado.

—¡Pero si hace muchísimo tiempo que me conocéis! —exclamó.

«Casi tantos años como los que llevo viniendo aquí —pensó Andrej—, pero incluso la más prolongada de las rutinas no te protege de las sorpresas, ¿verdad?». Ese día ya había experimentado una sorpresa: Leona no había estado allí. Siempre que Andrej hacía un alto en Brno, ello incluía una visita a Leona. Solía dejar cinco libras de correspondencia en su casa y llevarse siete: toda ella eran cartas dirigidas a Agnes Khlesl y las que ella mandaba. Leona había sido la niñera de Agnes y posteriormente su doncella. Cuando Cyprian y Agnes se casaron, la anciana doncella también había encontrado una tardía felicidad y se había casado con un artesano de Brno, pero de dicha unión no nacieron hijos. Sin embargo, hacía tres años, cuando Leona enviudó, acogió a una adolescente del convento de las premonstratenses, una hermosa jovencita luminosa y siempre alegre. La muchacha se llamaba Isolde, y era el envoltorio sumamente bonito de una persona a quien el destino no había proporcionado más juicio que a una niña pequeña. Leona la adoraba e Isolde adoraba a Andrej desde que él comenzó a contarle historias cada vez que las visitaba a ambas. De algún modo, era como si mediante sus historias Andrej estuviera destinado a proporcionar paz y felicidad a las personalidades perturbadas. Hacía veinte años había sido el emperador Rodolfo y, en ese momento, Isolde. Un descenso en el escalafón... A cambio, Isolde se daba por satisfecha con sus cuentos de hadas y no insistía en que volviera a hablarle del día en que los padres de Andrej cayeron víctimas de su búsqueda de la Biblia del Diablo.

—Y yo os conozco tan bien como vos a mí —dijo Vilém Vlach—. Por eso sé que sois el indicado.

—Ignoro qué habrá ocurrido aquí y el motivo por el cual me necesitáis como «consejero», pero estoy seguro de que supone un disgusto para el grupo protestante o para el católico. A lo mejor para ambos. Y sea cual fuere la decisión tomada, si después podéis afirmar que alguien de fuera de la ciudad tomó parte en dicha decisión, entonces tendréis una excelente oportunidad de seguir manteniendo el orden aquí... y la casa Wiegant & Khlesl una aún mayor de no volver a hacer negocios en Brno nunca más.

—Hacéis la mayor parte de los negocios conmigo, así que no debéis temer nada —declaró Vlach.

—Me estáis poniendo en una situación comprometida, Vilém. ¿Por qué lo hacéis?

—Porque es importante.

—¿Para quién? ¿Para vos? ¿Para el prefecto? ¿Para el emperador?

—Para un pobre desgraciado que de lo contrario será ajusticiado —respondió Vilém, que aún mantenía la puerta abierta—. Por favor...

—¿Qué? Creí que se trataba de un crédito o de un pago atrasado o de mercaderías en mal estado...

—Apreciado señor Von Langenfels —dijo Vilém—, sé que no albergáis mala intención cuando nos suponéis incapaces de resolver esas naderías.

Andrej le dirigió una mirada airada, pero era incapaz de enfadarse de verdad con el menudo comerciante.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿De alta traición? ¿De asesinato? ¿Qué queréis de mí? ¿Acaso debo aconsejaros que pongáis en libertad a alguien que ha cometido un delito?

Vilém suspiró y puso la cara que siempre ponía cuando quería cerrar un trato y comprendía que la esperanza de desplumar a su adversario se desvanecía.

—¡Entrad de un vez, por san Cirilo! —urgió con impaciencia—. No se trata de un tema que convenga ser comentado en la calle.

Andrej alzó la vista hasta el gablete que coronaba el portal de entrada del Ayuntamiento y contempló la estatua de la Justicia que dirigía la mirada hacia la torrecilla situada por encima de su cabeza. Conocía la leyenda relacionada con esa curiosidad arquitectónica y esta historia suscitó su angustia mientras iba siguiendo a su socio a lo largo de una tenebrosa entrada de carruajes hasta un amplio patio interior. Vlach lo condujo por una amplia escalera hasta la primera planta.

Andrej ya conocía el gran salón del Ayuntamiento de Brno con el tilo del juicio pintado en un rincón, pero para su sorpresa Vilém no se detuvo allí y lo condujo a un pasillo escasamente iluminado.

—Hubiese preferido que os lo dijera el corregidor, pero como vos insistís...

—¿Que el corregidor me dijera qué?

—Tenéis razón, estimado señor Von Langenfels: os necesitamos como chivo expiatorio y hubiera sido insensato creer que vos no os daríais cuenta.

De pronto Andrej sintió ganas de detenerse, cruzar los brazos y exclamar «¡ajá!», pero conocía el estado de ánimo de Vilém: cuando este se mostraba absolutamente sincero no cabía duda de que había algo importante en juego.

—Como casi en todo el imperio, aquí también los ciudadanos y los nobles, con algunas excepciones, son protestantes. Según ellos, el individuo debe morir por su delito; no aceptarán ninguna otra sentencia, de lo contrario se levantarán en armas. Pero si lo ajusticiamos, los campesinos montarán un alboroto porque en primer lugar, estos son católicos, en segundo lugar consideran que el prisionero es uno de los suyos y en tercer lugar, la facción católica no está dispuesta a marcharse con el rabo entre las patas ante los protestantes.

—¿Qué ha hecho ese hombre?

—Las actas del juicio afirman que asesinó a una muchacha.

—¡Dios mío! Entonces ha de ser ahorcado. Eso no tiene nada que ver con su fe.

—Vos habéis de aconsejar que sea encarcelado. Ello no apaciguará del todo a los protestantes y tampoco soliviantará del todo a los católicos y nos permitirá mantener el *statu quo*. Sois un hombre de negocios, estimado señor Von Langenfels. ¿Sabéis lo que significa un compromiso? Cuando todas las partes al final se dan por satisfechas. En todo caso, sirve para conservar el equilibrio.

—Pero el hombre es culpable.

—Pues no.

—¿Qué?

—Debéis aconsejar que encarcelen a un hombre por un delito que, según todos los indicios, no ha cometido —prosiguió Vilém en tono paciente.

Habían alcanzado el final del pasillo y se encontraron ante una puerta.

—Pero ¿por qué, por amor de Dios?

—Porque de lo contrario tendremos que ajusticiarlo para mantener la paz y consideramos que, puesto que la justicia debe cobrarse una víctima, conviene que al menos no fluya la sangre —explicó Vilém, con la mano sobre el picaporte—. Este despacho está reservado para el margrave, en otras palabras para el emperador. Aquí podremos deliberar sin que nos molesten ni nos escuchen. En esta estancia nunca se le ha perdido nada a nadie.

Andrej puso los ojos en blanco y Vilém alzó la mano.

—Hay algo más —dijo—. Cuando pronunciemos la sentencia no os mencionaremos como consejero, no diremos vuestro nombre. Sin embargo, en los protocolos figurará que un amigo íntimo del emperador Matías nos ha apoyado, pues eso es lo que hemos aducido. Como vuestro rostro es conocido en la ciudad, la gente creerá que vos ya habéis estado aquí con anterioridad,

encargado de una misión imperial, y ello otorgará aún más peso a vuestra «VOZ».

Andrej se dispuso a contestar, pero Vilém se le adelantó.

—Ya se lo hemos contado al dueño de vuestro albergue. El hombre es como una de esas imprentas que producen libros: reproduce mil veces lo que oye, así que comportaos con mayor arrogancia frente él, no con vuestra cortesía habitual, estimado señor Von Langenfels.

—Esto os supondrá una rebaja del ochenta por ciento en nuestro próximo negocio —dijo Andrej.

Vilém se encogió tristemente de hombros y dijo:

—¡Por favor! —Abrió la puerta y entró al despacho.

—Estos son los hechos —declaró el corregidor—. Komãr es un pastor de cabras. Si vos sabéis lo bien que las cabras saben cuidar de sí mismas, entonces también os imaginaréis el nivel mental de Komãr. Es de suponer que uno no se equivocaría al pensar que el macho cabrío lo considera un miembro de su rebaño, uno un poco retrasado.

—Nunca falta un roto para un descosido —dijo Andrej, lo cual le mereció una serie de miradas furiosas.

—En aquel día de hace tres semanas del cual se trata, hubo una partida de caza formada por los huéspedes de vuesa merced —dijo el prefecto Von Žerotin, inclinando la cabeza—. Los señores recorrían el bosque cuando de pronto los caballos se inquietaron; creyeron que tal vez se trataba de un oso, pero ¿desde cuándo hay osos tan cerca de la ciudad en esta época? Los señores exploraron los alrededores, hicieron ruido, golpearon los matorrales, en resumen: tomaron todas las medidas de prudencia, pero las cabalgaduras no se tranquilizaron. Se pusieron cada vez más nerviosas y agresivas.

Andrej escuchó sus palabras y no pudo evitar que un ligero escalofrío le recorriera la espalda. El despacho del emperador era un amplio salón con las cortinas corridas, y en los rincones reinaban las sombras. Una ligera corriente de aire hacía titilar la luz de la lámpara apoyada en la mesa, un soplo tan ligero que solo se notaba porque enfriaba los pies y las manos de manera casi imperceptible. Fuera, al otro lado de las cortinas echadas, reinaba un tibio día de primavera, pero allí dentro imperaba el invierno.

—Finalmente condujeron a los caballos de las riendas hasta que los animales se tranquilizaron. Era el fenómeno más extraño que jamás hubieran presenciado y lo más inquietante fue que ellos mismos de pronto también se sintieron más aliviados. Era como si un olor desagradable, más perceptible con la mente que con la nariz, hubiese desaparecido, como si un lento y

apagado redoble de tambor que hacía vibrar las entrañas de pronto se hubiera vuelto inaudible.

Andrej contempló al corregidor con expresión consternada.

—Fue así, ¿verdad, señor?

—Así fue como me lo contaron —confirmó Karl von Žerotin.

—¿Es así como lo describieron vuestros huéspedes? ¿Eso de la vibración?

—¿Eh...?

La inesperada pregunta de Andrej pareció extrañar al corregidor.

—¿Una palpitación? ¿No se asemejaba más bien a una palpitación, señor? ¿Como el lento palpar de un corazón malvado y poderoso que en parte parecía surgir del propio cuerpo y en parte de un lugar más allá de lo que cupiera imaginar? ¿Como si otra presencia procurara invadir el propio ser?

Los cuatro hombres sentados en torno a la mesa le lanzaron una mirada de extrañeza.

—¿Un palpar que aumentaba cuando los pensamientos eran violentos? ¿Acaso sus huéspedes pensaron en matar? ¿En el golpe de gracia asestado a un animal moribundo que luchaba por su vida?

—¿Os encontráis bien? —preguntó el burgomaestre.

—Por favor —dijo Vilém Vlach.

—Convendría que nos atuviéramos a los hechos —dijo el corregidor no sin cierta irritación.

Andrej no despegó la mirada del rostro del prefecto. Karl von Žerotin parecía pensativo.

—No en tantas palabras —dijo por fin—, pero estoy convencido de que a eso se referían.

Las miradas del corregidor, del burgomaestre y de Vilém Vlach iban y venían entre Andrej y Žerotin.

—¿Alguna vez experimentasteis ese fenómeno vos mismo? —quiso saber el prefecto.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Andrej.

El corregidor se acomodó el atuendo, procuró retomar el hilo y contempló a Andrej con el ceño fruncido.

—Tres de los señores decidieron investigar. Habían seguido un sendero apisonado a través del sotobosque y apenas trescientos pasos más allá se abrió un claro en el que pastaba un rebaño de cabras.

—Las cabras formaban un círculo estrecho, los machos cabríos en el exterior, los corderos en el interior, y estaban tan nerviosos como durante una tormenta —dijo Andrej.

El corregidor lo contempló con desconfianza aún mayor.

—Ya he visto rebaños de cabras cuando fuera merodea un depredador — declaró Andrej—. Tengo razón, ¿verdad?

Los hombres no replicaron y su silencio le bastó. El burgomaestre y el corregidor miraron a Vilém Vlach, como preguntándole quién era ese extraño personaje. El único que contemplaba a Andrej con gran interés era el prefecto.

—Al borde del claro —añadió el corregidor al cabo de un instante—, descubrieron a Komär...

—... y a su víctima —graznó el burgomaestre.

—... y a la joven —puntualizó el corregidor, y el burgomaestre alzó la vista con expresión furibunda—. Estaba muerta —añadió.

—Está claro que él la mató —dijo el burgomaestre.

—Ya no gozo del aprecio que el emperador me profesaba —dijo el prefecto en voz baja—. Temo que pronto seré destituido y me gustaría resolver este asunto antes de que ello ocurra.

—Pero no lo estáis resolviendo, mi señor —replicó Andrej—. El asunto solo quedará resuelto si ponéis en libertad a Komär o si lo condenáis a muerte. Con eso que os proponéis solo postergáis el desenlace. Lo primero que hará vuestro sucesor será echar un vistazo a las mazmorras y si pertenece a los estamentos protestantes volverá a abrir el caso... y entonces someterán a la rueda a Komär o lo hervirán en aceite, tal como la ley prevé para los violadores. Si tiene suerte, se limitarán a ahorcarlo.

El prefecto esquivó la mirada de Andrej.

—No quisiera que su sangre manchara mis manos.

—Tal vez os interesaría saber lo que le hicieron a la joven —intervino el corregidor. Andrej lo contempló y tuvo la sensación de que prefería no saberlo.

El corregidor le pasó una hoja de papel. Andrej la alisó: las manos inquietas del corregidor la habían arrugado, pero no tanto como para volverla ilegible. Necesitó el gesto para cobrar valor y de pronto se vio a sí mismo hacía veinte años, arrodillado en el suelo ante el cadáver de una joven que sostenía un niño medio muerto de hambre entre los brazos. Detestaba esos recuerdos, manchaban la evocación de los buenos tiempos, aunque de todos modos ya resultaba bastante difícil mantenerlos vivos porque habían sido muy breves. Tomó aliento y leyó.

Cuando terminó el escrito lo releyó, consciente de los cuatro pares de ojos que lo observaban. Sabía que su rostro permanecía inexpresivo, pero los demás ignoraban el esfuerzo que ello le suponía. Por fin alzó la vista.

—Aquí no pone nada acerca de que Komär estuviera desnudo —observó.

—Puede que solo se hubiera bajado los pantalones —dijo el burgomaestre.

—Entonces lo pondría aquí. Sea quién fuere quien informó a vuesa merced, sin duda fue un observador atento.

—Tenía las manos manchadas de sangre —gruñó el burgomaestre.

—¿También el cuerpo? Dada la situación, debería haber estado empapado en sangre. ¿Había sangre en su miembro viril? Según esta descripción...

Andrej se encogió de hombros. El silencio se prolongó. «¿Por qué hago esto?», se preguntó, e intentó vanamente reprimir las imágenes que le había suscitado la lectura del informe.

—No —dijo el corregidor.

—Tal vez se lavó.

—En el informe pone que el grupo de cazadores lo encontró justo al lado del cadáver, no cerca de un abrevadero destinado a las cabras. Y las ropas de Komär estaban secas.

—Puede que se limpiara la sangre cuando iba camino de la ciudad.

—Aquí pone que los señores lo derribaron y lo maniataron, y que Komär solo recuperó el conocimiento poco antes de alcanzar las puertas de la ciudad.

—¡Maldita sea! —exclamó el burgomaestre.

—Por favor —intervino Vilém Vlach—, ¿de qué estamos hablando, exactamente? ¿Qué nos aconsejáis, señor Von Langenfels? ¿Qué nos aconsejáis, en vuestra calidad de persona de confianza de Su Majestad, el emperador Matías?

La mano de Vilém Vlach flotaba por encima de una hoja de papel cubierta de palabras apresuradamente garabateadas: el protocolo. En su mano derecha temblaba una pluma. Andrej entornó los ojos. No tenía ganas de interpretar la charada ni siquiera allí, donde estaban a solas, pero entonces comprendió que era necesario para esos hombres. Debían poder recordar que el hombre de confianza del emperador les había aconsejado que encarcelaran al cabrero. Porque de lo contrario nunca dejarían de recordar la cobardía que estaban demostrando, al igual que Andrej nunca olvidaría el rostro sin vida y tizado de negro apenas lavado por la lluvia.

—¿Qué dice Komär al respecto?

Los hombres lo contemplaron boquiabiertos.

—¿Qué?

—¿Qué dice Komär de las acusaciones? Debe de haber dicho algo, ¿no?

—Dijo que no había sido él.

—¿Eso es todo?

Los interlocutores de Andrej intercambiaron una mirada.

—¿Eso es todo? —preguntó Andrej, alzando la voz.

Al principio Andrej creyó que se trataba de un gigantesco pájaro andrajoso acurrucado en el suelo, pero cuando los desgarrados miembros se estiraron y alzó la cabeza de los brazos que le rodeaban el cuerpo, más bien le pareció un mono. Al final empezó a parecerse un tanto a un ser humano que llevara muchos días prisionero en la oscuridad de una mazmorra sin saber por qué y que, haciendo un esfuerzo, se hubiera estrujado los sesos y hubiera comprendido que quien lo visitaba le dirigía la palabra. El miedo emanaba de él como un hedor. Una cadena le rodeaba el tobillo; le habían cortado los cabellos y ya le había vuelto a crecer una pelusilla. Andrej calculó que no tendría más de veinte años. «Casi la misma edad que Wenzel —pensó—. Un destino absurdo evitó que te convirtieras en algo parecido a esto, hijo mío. Sobre todo evitó que murieras cuando aún eras un bebé».

—Komär... —dijo el prefecto.

El rostro del muchacho se crispó.

—¡Oh, señor, vuesa merced...! —murmuró, agitándose. Una sonrisa de idiota afloró a su rostro y volvió a desaparecer cuando clavó la mirada en el corregidor.

—Komär: este hombre es un enviado del emperador —dijo el prefecto, señalando a Andrej.

—¡Oh Majestad, oh vuesa merced, oh Majestad...!

Los movimientos nerviosos se volvieron bruscos. Andrej bajó la vista: la mirada del prisionero le resultaba insoportable.

—Quiere saber lo que viste —dijo el corregidor.

La mirada de Komär osciló entre ambos, movió los labios y agitó la cabeza de un lado a otro.

—No —gruñó—. ¡Nonononono...! —La agitación provocó un meneo de la cabeza y un crujido del cuello. Se agitaba tan violentamente que su saliva los salpicó—. ¡Nonononono...!

—¡Basta ya! —ordenó el corregidor.

Komär se sobresaltó, retrocedió un paso y se encogió.

—¡Oh, Majestad...! —balbuceó el muchacho, quien alzó las manos y las extendió hacia Andrej—. ¡Oh, Majestad...!

Andrej se volvió bruscamente y dirigió una mirada furibunda al corregidor.

—¡Vámonos de aquí! —siseó—. ¡Dejemos en paz a este pobre muchacho!

El corregidor negó con la cabeza.

—¿Qué has visto, Komär?

Komär mantuvo las manos tendidas hacia Andrej y este se percató de que había retrocedido varios pasos y que lo había seguido hasta donde alcanzaba la cadena que le aprisionaba el tobillo. El cabrero zarandeo la cabeza.

—¿Qué viste, Komär?

—¡N... no. No... nononono!

—¿Qué viste, Komär?

El muchacho volvió a sacudir la cabeza, bajó los brazos y su cuerpo se encogió.

—¿Qué viste, Komär?

—¡No! ¡No! ¡No!... —exclamó, y su voz se convirtió en un gemido en cuanto la alzó. Se acurrucó en el suelo y se cubrió la cabeza con los brazos—. ¡No, yo no fui! —gimió—. ¡Yo no fui, yo no fui!

—¿Qué viste...?

—¡Al diablo! —gritó Komär, tras lo cual alzó la cabeza y clavó la vista en Andrej. El temor allí reflejado dejó al dignatario sin aliento y le causó un estremecimiento—. ¡Vi al diablo! —sollozó—. Oh, Majestad..., oh, vuesa merced..., vi al diablo, lo juro por Dios, lo vi, él la mató, le rajó el cuerpo y la sangre... oh Majestad, mucha sangre... ¡Fue el diablo, no fui yo, no fui yo! Lo hizo el diablo. ¡Lo vi, era el diablo, Majestad, y rio y danzó!

—Es lo mismo que ha dicho cada vez —explicó el corregidor cuando volvieron a encontrarse ante la puerta de la prisión. Hizo un gesto de rechazo, pero a juzgar por la expresión de su rostro era evidente que estaba mucho más afectado de lo que fingía.

—No fue él —declaró Andrej.

—Por favor —replicó Vilém—, eso ya lo sabíamos.

—Se ha producido un delito —dijo Andrej—, pero en vez de esclarecerlo lo encubristis, por cobardía y por oportunismo político. Incluso lo exageráis. Siempre consideré que la historia del constructor que deformó la torrecilla central situada por encima de la puerta del Ayuntamiento, y que supuestamente lo hizo por la rabia que le daba la hipocresía del consejo municipal de Brno, era un cuento de viejas. Hoy comienzo a albergar mis dudas. Me agradó hacer negocios con vos, Vilém, pero si el precio consiste en participar en vuestra cobardía no puedo permitírmelo. Tendréis que tomar la decisión vosotros mismos.

Andrej dio media vuelta y se alejó. Los demás se quedaron ante la puerta siguiéndolo con la mirada, y si gritaron algo a sus espaldas, él no lo oyó. Lo

que oía era el doloroso palpitar de su corazón... y el eco de otro palpitar ajeno y poderoso que creyó oír cuando estaba en la mazmorra. Por un instante sopesó la idea de ceder y asumir la responsabilidad de que un hombre inocente permaneciera encerrado durante el resto de su vida.

El aroma a pan recién horneado despertó a Agnes, que sonrió aún medio adormilada: no cabía duda de que era obra de Cyprian. Hacía años que todos los panaderos de la Ciudad Vieja de Praga lo conocían: un hombre robusto de sonrisa cordial que se presentaba temprano por la mañana en la panadería y se dedicaba a escoger entre la mercadería recién horneada antes de que se hubiera despertado el burro que arrastraba el carro hasta el mercado. Prohibirle la entrada era inútil: si Cyprian Khlesl no quería marcharse de un lugar nadie podía obligarlo a hacerlo, a menos que recurriera a las armas. Agnes estaba segura de que conocía el oficio de los panaderos de la ciudad mejor que el actual concejal o el jefe del gremio... y los panaderos lo conocían a él. Una vez que llegaron a un acuerdo con él no tardaron en apreciarlo, sobre todo porque resultó que ese insólito comprador que acudía de madrugada era capaz de juzgar la calidad de la mercadería con gran precisión, además de saber identificar un bollo cuya masa había sido aumentada añadiendo arena con solo rozar la superficie con los dedos. Si Agnes hubiese dudado de que hacía tiempo que Cyprian, de un modo medio picaresco y medio silencioso, se había convertido en una suerte de eminencia en la sombra del oficio de panadero en Praga, dicha duda se habría disipado el día en que el jefe del gremio se presentó en su casa y preguntó en tono hostil por qué Cyprian no se presentaba para ocupar su puesto, dado que su nombre estaba en boca de todos.

En realidad Cyprian no sentía el menor interés por el oficio de panadero, lo cual a Agnes le parecía una pena. Quizás hubiese sido un mejor heredero para la panadería paterna de Viena dirigida por su hermano hacendoso, gruñón y carente de fantasía. Sin embargo... Agnes se tendió de lado y se desperezó: durante toda su vida Cyprian había sido un ángel de la guarda, un marginado y un agente de su tío, y de momento, el hombre en quien su anciano suegro había cifrado todas sus esperanzas de que la empresa Wiegant & Khlesl —que hacía cinco años se había transformado en Wiegant, Khlesl &

Langenfels— perduraría. Los tiempos habían empeorado, quienes intentaron emular a las grandes empresas comerciales como la de los Welser, los Fugger o los Loitz y habían apoyado a príncipes, habían ido a la bancarrota. En el caso de los hermanos Loitz, que financiaron los créditos concedidos a la nobleza con préstamos de las gentes sencillas, acabaron por arrastrar a miles de inocentes a la ruina. Quien creyó que aseguraría su dinero ahorrando descubrió que la adulteración de la moneda —de la que fueron víctimas la mayoría de las dinastías— disminuía el valor de sus caudales. De hecho, la diferencia entre los acuñadores de moneda dirigidos por sus amos y los auténticos falsificadores de moneda era escasa. Si los descubrían, estos últimos eran hervidos en aceite, eso era todo. Quienes pretendían comprar algo en Francia, Inglaterra o Suecia mediante la moneda utilizada en el imperio podían darse por satisfechos si no les arrojaban mercaderías podridas a la cara.

Las únicas empresas que en parte lograron evitar la decadencia eran las relacionadas con el comercio de alimentos. Tener mucho apetito se había convertido en síntoma de buen gusto y los glotones, en una atracción circense. Hacía veinte años las chaquetas aún se tensaban por encima de cadenas de oro y medallones de plata, en el presente lo hacían por encima de abultados vientres. El espacio antaño destinado a albergar vientres en las armaduras y los jubones se había convertido en una necesidad si quienes los llevaban pretendían caber en ellos. Y quienes querían comer también debían beber para bajar la comida. Agnes recordó las carcajadas que soltó cuando circuló la noticia de que habían fundado una sociedad contra el alcoholismo, pero que por desgracia, poco después su primer presidente murió de una intoxicación etílica. La situación resultaba menos divertida si uno tenía en cuenta que el destino del imperio reposaba en las manos afectadas por la gota de esos señores tan glotones y siempre borrachos.

Agnes tanteó la cama buscando a Cyprian. En general, cuando él consideraba que la mañana debía comenzar tomando pan fresco, solía levantarse, salir de casa, iba a comprar, y luego regresaba para volver a arrebujarse bajo las mantas, donde permanecía apoyado en el codo, contemplándola y aguardando a que ella abriera los ojos. A veces ella se demoraba en su sueño y entonces él la despertaba con mimos y caricias, y podía ocurrir que ambos acabaran quitándose del cuerpo las migas de los bollos aplastados y Agnes se viera obligada a cambiar las sábanas. Recordó aquella memorable mañana en la que uno de los proveedores de Cyprian quiso congraciarse con él y preparó unos bollos según una de las viejas

recetas bohemias, que consistía en rellenarlo de *powidl*: puré de ciruelas. Ninguno de los dos lo había notado y el resultado fue bastante catastrófico: tuvieron que bloquear la puerta de la habitación y lamerse mutuamente el puré del cuerpo... Su sonrisa se volvió más amplia al tiempo que los latidos de su corazón se aceleraban; tendió la mano buscando a Cyprian y cuando no lo encontró abrió los ojos, sorprendida: su lado de la cama estaba vacío.

Agnes se incorporó. Justo delante de ella había una cesta llena de pan, y los rayos del sol matutino penetraban en la habitación, dorados y delicados. Desconcertada, se incorporó del todo y miró en torno. Cyprian estaba sentado en el alféizar, completamente vestido; ella solo distinguía su silueta. La luz iluminaba sus rasgos angulosos, la media melena y la barba. Agnes tuvo que cerrar los ojos: él se había situado de manera que los rayos del sol cayeran sobre ella y de pronto se sintió incómoda y se cubrió.

—No —dijo él—, deja que disfrute contemplándote.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no vuelves a la cama?

Unas chispitas brillaron en los ojos de Cyprian cuando el hombre sonrió y la luz iluminó las innumerables arruguitas que surcaban sus rasgos. A lo largo de los años, su figura se había vuelto más angulosa, las primeras canas se habían hecho visibles en su barba y sus cabellos —que en algún momento habían empezado a crecer, como si el impulso de llevarlos tan cortos como un delincuente para demostrar su propia individualidad hubiese desaparecido— también se habían vuelto grises. Entonces, al contemplarlo a contraluz, Agnes solo vio que su sonrisa desplazaba las sombras y, pese a la cruda iluminación, siguió pareciéndole el veinteañero corajudo del cual siempre había sabido que era su compañero del alma. Confusa, le devolvió la sonrisa.

—Hay un nuevo panadero en Praga —dijo Cyprian, indicando la cesta con la cabeza—. Un protestante. Proviene del Palatinado.

Entonces la mujer vio que sostenía un bollo en la mano, pero todavía no lo había probado. A medida que se acostumbraba a verlo a contraluz fue advirtiendo más detalles. Cyprian llevaba botas altas y sencillos pantalones de media pierna, un jubón de cuero de cuello plano y mangas largas. A su lado reposaba un sombrero. Había cambiado a lo largo de los años, se había vuelto menos intransigente, pero sin perder el gusto por los colores oscuros.

—El hombre conoce su oficio, así que unos cuantos perderán sus clientes una vez que se haya establecido aquí —siguió diciendo su marido.

—¿Su panadería se encuentra fuera de la ciudad? —preguntó Agnes—. Te has vestido como para pasar un día largo.

—Le pregunté por qué había venido precisamente a Praga, en el otro extremo del imperio. A fin de cuentas, el Palatinado también es protestante. Dijo que gracias a la carta de majestad con la que, entre otras cosas, el emperador Rodolfo aseguró a los estamentos protestantes que disfrutarían de libertad para practicar su culto aquí en Bohemia y que habrían convalidado tanto el emperador Matías como Fernando, el nuevo rey de Bohemia, a la larga la nación se volvería solo protestante: esto es, la mayor potencia protestante de todo el imperio. Dudo de que los estamentos bohemios realmente crean que el rey Fernando se atendrá a su promesa, pero la carta de majestad también les concedió la libertad de elegir al rey. Al confirmar a Fernando le hicieron un favor al emperador Matías y, gracias a ello, este los deja en paz, de manera que pueden compaginar sus fuerzas y su estrategia. Apuesto a que en algún lugar ya preparan la anulación de la elección de Fernando. Solo están esperando que se presente una circunstancia favorable.

Agnes permaneció en silencio. Cyprian pasó el bollo de una mano a la otra y su sonrisa se volvió más amplia.

—Eres tan bonita... —dijo, y Agnes reparó en que se le habían resbalado las sábanas; entonces volvió a cubrirse e hizo una mueca.

—Estoy gorda —masculló de pronto, como siempre cuando Cyprian le hacía un cumplido.

Él negó con la cabeza. Saltaba a la vista: si no hubiese sido completamente impensable que la mujer de un hombre acaudalado e hija de un comerciante que vivía en Viena llevara vestidos viejos, aún podría haberse puesto las prendas que había lucido a los veinte años. No obstante, dos abortos y tres partos fructíferos —y también los años— habían dejado sus huellas. Ella sabía que se mantenía delgada, pero era consciente de que su piel ya no era tan tersa como antes y que si bien sus pechos seguían siendo opulentos, ya no eran tan turgentes como habían sido. Cuando Cyprian le pegaba un pellizco juguetón en las blandas carnes que le cubrían las caderas, donde antes apenas lograba pellizcarle la piel, a veces se sentía invadida por la resignación. En realidad, tenía la sensación de que en el fondo solo había envejecido uno o dos años desde su juventud, pero su cuerpo delataba que se equivocaba.

—El panadero cree que dentro de un par de años Bohemia será un paraíso protestante y convertirá al resto del imperio, y que hoy la fe católica ya es cosa del pasado.

—¿Y tú qué opinas?

Cyprian lanzó el bollo al aire y lo atrapó al vuelo.

—Creo que debería enviarle un par de estos bollos a mi hermano, para que por fin comprenda la diferencia entre un panadero del montón y un auténtico panadero.

Cuando tal como ella había esperado él no le pegó un bocado al bollo sino que se limitó a quedarse sentado en el alféizar sin dejar de contemplarla, los latidos de su corazón se aceleraron una vez más, pero en esa ocasión debido a un vago temor repentino. Le devolvió la mirada, volvió a contemplar su atuendo —no lo había oído vestirse, cuando quería podía ser tan silencioso como una sombra— y se dio cuenta de que ya no le apetecía probar el pan fresco.

—Se ha presentado el tío Melchior —dijo ella.

—El tío Melchior pasa más tiempo en Praga que en Viena —dijo él—. Nos visita cada vez que viene, ¿o ya no te acuerdas? —añadió, sin perder su sonrisa.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

Él calló. De repente dejó el bollo en el alféizar, se volvió y miró por la ventana. Ella vio su perfil y notó que había dejado de sonreír. Una mano helada le impedía respirar y súbitamente sintió que volvía a tener veinte años, a ese momento en que creyó haber perdido a Cyprian para siempre y que su vida, que había resultado ser una absoluta mentira, había acabado antes de haber comenzado. La sombra gélida que tras todos esos años volvía a cernirse sobre ella hizo que se estremeciera, la sombra de un libro monstruoso a causa del cual sus padres habían perdido la vida y por cuya culpa su familia y el hombre al que había entregado su amor sufrían una persecución implacable. Se le puso la piel de gallina.

—No sé de qué se trata —dijo Cyprian.

—Pero temes algo...

—Temo muchas cosas: que llueva cuando estoy en la calle y el aguacero me pille sin sombrero. Que mi hermano se dé cuenta de que como panadero es un inútil y me ruegue que me haga cargo de la panadería. Que un día te hartes de mí y tomes como amante a un veinteañero, que de todas formas habrá de esforzarse para seguirte el ritmo.

Sus palabras no hicieron la menor gracia a Agnes.

—Tú y el cardenal llegasteis a un acuerdo —dijo ella—. En aquel entonces lo cumpliste con creces, ya no le debes nada.

—Es verdad.

—Sin embargo, acudes con rapidez cuando él te llama.

Cyprian le dirigió una sonrisa que manifestaba lo siguiente con total claridad: por más que amara a su familia, una parte de su corazón nunca le pertenecería a ella y a los niños, sino a Melchior Khlesl. Estaba enfadada, pero el temor que le atenazaba la garganta era más fuerte.

—¿Crees... crees que se trata de ella? —preguntó con voz asfixiada.

Cyprian se encogió de hombros.

—¡Maldita sea, Cyprian! ¿Por qué no has cambiado a los largo de todos esos años? Sigues siendo una ostra.

Él calló. Agnes le lanzó una mirada cargada de amargura. El sol se había desplazado e iluminaba a Cyprian de costado, de forma que su cara parecía más delgada, borraba las arrugas y los años, y él casi volvía a tener el mismo aspecto que aquel día, al atardecer ante la puerta de Kärntner, cuando ambos acordaron huir juntos. El parecido la consternó. Después de ese día su vida se desmoronó y de vez en cuando, incluso después de tanto tiempo, le resultaba difícil comprender cómo era posible que no hubieran sucumbido todos ellos. Cyprian sonrió, ella se mordió los labios y reprimió las lágrimas.

—Dentro de tres días Alexandra y los dos muchachos regresarán de Viena —dijo en tono ahogado.

Él se puso de pie y se encasquetó el sombrero.

—Solo iré hasta el Hradčany y luego regresaré —aseguró él—. Llegaré a tiempo.

La besó en la boca y ella se espantó al notar la frialdad de sus labios. De pronto lo detestó: detestó su sereno aplomo; el convencimiento de que él debía velar por su seguridad y preocuparse por ella; detestó su lealtad hacia su tío, de quien, siendo el hombre más poderoso del reino, cabría suponer que dispondría de suficientes ayudantes para llevar a cabo toda clase de encargos, sin haber de recurrir en todas las ocasiones al apoyo de su sobrino. Lo detestaba por hacer lo correcto en vez de dejar que otros se ocuparan del trabajo sucio, lo detestaba por su empeño, que había hecho que su tío Melchior Khlesl confiara en él en caso de apuro y en nadie más que en él. Lo detestaba porque al parecer era mucho más capaz de enfrentarse a sus temores que ella.

Y se detestaba a sí misma, porque al menos debería haberle devuelto el beso.

Melchior Khlesl, obispo de Viena, ministro personal del emperador Matías y desde hacía un año poseedor de un capelo de cardenal, estaba de pie junto a la mesa donde se amontonaban los papeles. A sus espaldas se elevaba una pizarra cubierta de frases y fragmentos de palabras. En la mano izquierda sostenía un documento y una tiza; en la derecha, entre el dedo anular y el meñique, una esponja, al tiempo que sujetaba un panecillo medio roído con el dedo medio. Sin alzar la vista del documento, el cardenal garabateó un par de notas en la pizarra, trazó un círculo en torno a los fragmentos de palabras, unió diversos círculos con líneas, dejó la tiza, le pegó un mordisco al panecillo y después dejó caer el papel en la mesa. Con la izquierda recogió un nuevo documento de otro montón.

—Enseguida habré acabado... —dijo, sin dignarse dirigirle la mirada a Cyprian, y frunció el ceño a medida que la lectura provocaba su disgusto. Melchior Khlesl cerró la boca y luego mostró los dientes, colérico.

—Me encuentro muy bien, tío —dijo Cyprian, esbozando una sonrisa burlona.

—Cretinos —murmuró el cardenal Melchior en tono amargo. Acto seguido cogió la tiza y garabateó unas palabras en la pizarra—. Descerebrados. Ni siquiera son capaces de encontrar su propio trasero con un mapa. ¿Eh? ¿Qué has dicho? Ah, sí... —añadió, antes de dejar caer la tiza y el documento.

Con gran interés, Cyprian observó que el panecillo se le escapaba de los dedos a su tío y desaparecía en la ancha manga cuando el prelado alzó la mano derecha para pegarle un bocado. El resultado de todo ello fue que le pegó un bocado a la esponja en vez de dárselo al panecillo. Sorprendido, Melchior alzó la vista y preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

Y su rostro adoptó la expresión indignada de quien acaba de darle un mordisco a una esponja húmeda llena de polvo de tiza. El cardenal escupió y

clavó la vista en la esponja que sostenía en la mano, el panecillo aprovechó la confusión general, surgió de la manga y cayó al suelo. Estaba tan seco que rebotó.

—Toma —dijo Cyprian, y le alcanzó el pan fresco que había traído de su casa—. Verte comer pan seco resulta intolerable.

Melchior contempló el obsequio de Cyprian como si sospechara que se trataba de un nuevo ataque a sus encías, pero comió un bocado, volvió a contemplar el panecillo y después a Cyprian.

—¡El que horneó esto tiene un futuro! —auguró con la boca llena.

Cyprian asintió.

—En este momento, Agnes diría que la maldición de los panaderos ha caído sobre nuestra familia.

—¿Le has dicho que emprenderemos un viaje?

—No —contestó Cyprian—. Cuando salí de casa, yo tampoco sabía que emprenderíamos un viaje.

Melchior indicó el atuendo de Cyprian con un rápido gesto.

—Entonces, ¿por qué llevas esas ropas?

—Digamos que albergaba cierta sospecha... —admitió Cyprian, suspirando.

—No tiene importancia. Le enviaré un mensajero a Agnes. ¿Ya han regresado de Viena Alexandra y los muchachos?

—No, los aguardamos para dentro de tres días.

—¡Mierda! —exclamó Melchior, y su rostro se crispó.

Cyprian, procurando disimular su agitación, se acercó a su tío, apartó un montón de papeles y se sentó en la mesa.

—Vamos por partes —dijo.

—¿Sabes que Andrej estuvo en Brno?

Cyprian se encogió de hombros.

—Por supuesto. Intentaré aguardar allí la llegada del coche con los muchachos y seguir viaje con ellos hasta Praga.

El cardenal negó con la cabeza.

—Le aconsejé que siguiera viaje de inmediato.

—Por algún motivo, me da la impresión de que me cuentas las cosas con cuentagotas.

Melchior Khlesl hurgó en los bolsillos de su atuendo, después tanteó la mesa y por fin echó un vistazo debajo del mueble. En el suelo había un solitario rollo entre migajas de pan. Cyprian se deslizó de la mesa, lo recogió y se lo alcanzó a su tío, que lo agitó sin mirarlo siquiera.

—Un socio de Andrej lo involucró en un asesinato —declaró el tío de Cyprian, y relató secamente la experiencia de Andrej en Brno.

Por más abrumado que estuviese por el trabajo, como siempre la memoria del cardenal era excelente. Ni siquiera olvidó añadir lo que había advertido a Andrej: que en el futuro no esperara demasiado de los negocios en Brno.

—¿Por qué te ha enviado ese mensaje a ti? Debería habérmelo mandado a Agnes y a mí.

—No todas las palomas del palomar de tu agente comercial de Brno son originarias de la casa Wiegant & Khlesl de Praga —dijo el cardenal, y tuvo la decencia de adoptar una expresión un tanto avergonzada.

—¿Acaso hay algún lugar en el que aún no te hayas infiltrado?

Melchior Khlesl guardó silencio.

—De acuerdo —dijo Cyprian, a pesar de sí mismo—. Al parecer, en Brno buscan a un tonto al que puedan señalar con el dedo cuando en un futuro inminente una parte de la población pregunte por qué han encerrado a un inocente y la otra parte se cuestione porque no han decapitado al prisionero. ¿Qué tiene eso de particular?

—Echa un vistazo a la fecha del mensaje.

Cyprian cogió el documento y lo desenrolló. Su rostro permaneció impasible. Dejó que volviera a enrollarse pero no se lo devolvió a su tío.

—Andrej es astuto —dijo Melchior—. Claro que no podía saber que la paloma volaría directamente a mi palomar, así que dio por sentada la posibilidad de que alguien interceptara el mensaje. —Cyprian se dispuso a replicar, pero el cardenal alzó la mano—. En primer lugar, el mensaje estaba destinado a ti y a Agnes; vosotros comprenderíais su importancia de inmediato, al igual que yo. En todo caso, si el mensaje iba a parar a las manos equivocadas, quien lo hubiera interceptado se preguntaría si el remitente habría vivido veinticinco años en el fondo de un pozo y desconociera la fecha en la que estamos.

—«Brno, primavera de 1592» —citó Cyprian—. Espero que con ello no se refiera a lo que yo creo.

—No me cabe la menor duda de que se refiere exactamente a eso.

Cyprian se concedió un gesto: estrujó el rollito en el puño y se pasó la mano por el cabello.

—Maldición —dijo—, ninguno de nosotros olvidará ese año jamás.

Melchior no dijo nada. Cyprian se vio a sí mismo de pie ante su tío, en otro despacho, en otra ciudad: en Viena. El encuentro se había producido hacía veinticinco años y Cyprian acababa de explicarle a su tío que había

encontrado una meta en la vida: el amor por Agnes Wiegant y que quería despedirse de su servicio. Solo una tarea más, había dicho el tío Melchior. El encargo implicó que a todos los seres queridos de Cyprian se les abrieran las puertas del infierno bajo la forma de un gigantesco libro cuyas páginas volvían a desplegarse ante su imaginación. Deseó haber sabido entonces lo que sabía en el presente: que él y el tío Melchior intentarían impedir el despertar de algo que se dirigía directamente al lado oscuro de las personas, que parecía la palabra de Dios y que con la voz del diablo susurraba lo siguiente al oído de todos cuantos lo buscaban: «Todo esto te daré si te postras y me adoras...». Hacía mucho tiempo que Cyprian ya no dudaba de que la Biblia del Diablo era obra del Gran Corruptor pues, ¿quién mejor que el diablo conocía el Mal que acechaba en el corazón de los seres humanos?

Apretó los dientes y procuró dominar la ira que lo invadía y el miedo ante la idea de tener que acompañar a su tío. El corazón le latía lenta y pesadamente. El cardenal comió otro bocado del panecillo con rostro aparentemente inexpresivo y masticó: un ruido sonoro en medio del silencio reinante. Cyprian era consciente que la nada inexpresiva mirada del cardenal reposaba sobre él y, disgustado porque el silencio de su tío lo obligaba a decirlo, soltó:

—Hemos de comprobar que aún esté a buen recaudo.

—He enviado un mensaje a Andrej diciéndole que se reúna con nosotros en Braunau. Cabalgará directamente desde Brno hasta allí.

—Este asunto también incumbe a Agnes, no solo a nosotros, los hombres.

—¿Quieres llevarte a Agnes? Tus hijos regresan dentro de tres días. ¿Quieres desperdiciar tres días esperando? ¿O prefieres que los chicos lleguen a una casa desierta donde los recibirán criados que se encogerán de hombros cuando ellos pregunten por sus padres?

—Ya recuerdo qué he echado de menos durante los últimos veinte años.

—Sí, ¿verdad? —dijo el cardenal y una sonrisa le iluminó el rostro, pero no la mirada—. Cuando antaño me insultaste, deberías haber sabido que en algún momento habría consecuencias.

—¿Y qué pasa con los chicos? Si Andrej no los acompaña...

—Andrej solo es un hombre. Aparte de eso, se supone que disponen de una escolta desde Viena. Y, en última instancia, aún cabe en lo posible que Andrej haya comido algo demasiado pesado y se haya preocupado en vano.

—Eso resulta muy tranquilizador.

—Ordené a tu agente comercial que contratara más guardias de corps, hombres de confianza a mi sueldo —dijo Melchior Khlesl en voz baja.

—¿Qué haremos si ya no está ahí?

El cardenal masticó el panecillo durante tanto tiempo que Cyprian tuvo que hacer un esfuerzo por no perder la paciencia. El temor que sentía tras haber leído la fecha y comprendido que Andrej creía que la Biblia del Diablo había vuelto a despertar tal vez era aún más intenso que el miedo que sintió en el pasado. Por entonces había estado constantemente en acción y la lucha por Agnes y por el amor de ambos había supuesto una exigencia mucho mayor que el intento de Melchior de seguir ocultando la Biblia del Diablo al mundo. En ese momento, en cambio... en ese momento se sentía inexplicablemente viejo y cansado y a merced de un adversario que no era un ser humano, sino un símbolo del Mal y que despertaba el Mal en cuantos ansiaban apoderarse de él. ¿Cómo enfrentarse al diablo cuando sus propios hijos estaban ahí fuera, en un viaje sobre cuyos peligros todavía no había dedicado ni un instante de reflexión, y cuando ya no tenía veinte años y estaba tan embargado por la cólera que hubiese preferido entrar en combate contra todo el mundo?

Cyprian sabía que cuando la Biblia del Diablo despertara, empezaría a lanzar sus llamadas. Y esa vez, ¿quién sucumbiría a la tentación y seguiría a la mitad oscura de su alma? Se estremeció al recordar al padre dominico que en el pasado disparó el proyectil de ballesta contra Agnes sin la menor necesidad, solo para acabar con su vida. Esta vez, ¿qué monstruo disfrazado de humano respondería a las señales del diabólico código?

De pronto se le apareció el rostro de Agnes. «¿Crees que se trata de eso?».

Sin embargo, él se había encogido de hombros. ¿Tal vez porque ya lo sabía? Y Agnes, también. Había llamadas que uno oía incluso a pesar de que fueran otros quienes respondían.

En el pasado no había sido tan vulnerable como ahora: su corazón pertenecía a muchas personas, a cuya pérdida no podría sobreponerse. Pensó en sus hijos, en sus amigos, en su esposa Agnes...

—La Biblia del Diablo sigue allí —dijo el cardenal Melchior, que poseía el don de interpretar lo que expresaba su cuerpo, aunque no lo dijese en palabras—. No te preocupes.

Cyprian no contestó. Dominaba el arte de la conversación silenciosa, al igual que su tío. Por más que aborreciera la idea, siguió pensando: emprendería la lucha por segunda vez, no porque estuviera convencido de ser capaz de derrotar al Mal, sino porque siempre quedaría una brizna de esperanza mientras un solo hombre estuviera dispuesto a luchar contra este.

Alexandra se preguntó si realmente debía alegrarse de regresar; cuanto más se acercaban a Praga, tanto mayor era el peso de las esperanzas no formuladas. Tironeó del ajustado cuello de su vestido hasta que las cintas se aflojaron y la gorguera se deslizó hacia abajo, pero ello no supuso ningún alivio. Ya no lograba distinguir entre sus propias esperanzas y las de los demás; la sensación de que todos querían arrastrarla la paralizaba, le impedía tomar sus propias decisiones y comprender qué era lo que realmente quería.

Contempló a sus dos hermanos menores, que se habían quedado dormidos, y sus rasgos se hicieron más dulces: mientras estaban despiertos eran unos pelmazos, pero cuando estaban tendidos el uno junto al otro con los miembros entrelazados como dos cachorros, el amor que sentía por ellos se intensificaba. Se inclinó adelante y, con mucha suavidad, retiró la mano de Andreas, que reposaba sobre la cara del pequeño Melchior y amenazaba con asfixiarlo. Andreas, de doce años, murmuró entre sueños y su hermano tres años menor soltó un ronquido sorprendentemente adulto. Antes de dormirse, ambos habían demostrado su innato potencial para ponerse insoportables representando algo de lo cual habían sido testigos durante una visita al tenderete de un saltimbanqui. Un artista había aceptado una apuesta formulada por los espectadores y en menos que canta un gallo había devorado una libra de queso, treinta huevos y un gran pedazo de pan, pero eso justamente fue su perdición... e hizo que, en un arrebato de entusiasmo, el pequeño Melchior y Andreas se dedicaran a imitar su defunción en pleno escenario, acompañada por toda suerte de deplorables efectos secundarios.

Al volver a erguirse, con el rabillo del ojo Alexandra vio la bondadosa sonrisa del padre Meinhard que los acompañaba durante el viaje desde Viena. Como siempre, su padre había echado mano de sus contactos: en el trayecto de ida un capellán de Praga había acompañado al pequeño grupo de viajeros formado por Alexandra, los muchachos y tres criados armados; durante el de regreso el clérigo vienés había estado milagrosamente disponible. Alexandra

se preguntó cómo habría funcionado el intercambio de los clérigos entre las dos principales ciudades del imperio si de vez en cuando la familia Khlesl no enviara a sus hijos a Viena para visitar a la familia Wiegant. Quizá —y sin saberlo— viajaba acompañada de documentos firmados personalmente por el emperador y el Papa.

La sonrisa que le devolvió al joven capellán era fría; durante ese viaje su desprecio por los representantes de ambas confesiones cristianas había aumentado aún más. Quien era capaz de pensar y se había criado en un hogar donde se hablaba abiertamente incluso ante los niños, no podía evitar sentirse asqueado por los tejemanejes políticos en los que estaban implicados tanto los católicos como los protestantes. Claro que ella sabía que era imposible adjudicar esos deslices a cualquiera de los representantes individuales de ambas iglesias y que en ambos bandos había hombres y mujeres decentes, pero todavía no se había cruzado con ninguno. A lo mejor el padre Meinhard pertenecía a dicho grupo, pero de momento lo único que había hecho era hablarle en tono pomposo y paternal, cuando como mucho debía de tener cinco años más que ella. Durante un tiempo había creído que el cardenal Melchior formaba parte del grupo de los íntegros, pero los cotilleos que circulaban por Praga habían modificado (afilado, hubiese dicho su padre) su concepto respecto a su persona, y con el tiempo había llegado a la conclusión de que la cordialidad irónica del hombre que entraba y salía de la casa de sus padres solo era un disfraz tras el cual se ocultaba un oportunista dedicado a la alta política, que hacía oscilar el imperio entre ambas religiones y que ejercía tal dominio sobre el emperador que este apenas osaba tomar la menor decisión.

La sonrisa del padre Meinhard se apagó y Alexandra se dio por satisfecha.

Esperanzas... Todos esperaban algo de ella. Su madre esperaba que siguiera tratándola con la confianza de cuando era niña y que compartiera sus pensamientos y sus deseos con ella. Pero Alexandra ya se consideraba una joven, y si bien amaba a su madre, eso no significaba ni mucho menos que siempre estuviera dispuesta a contarle su vida. Su padre esperaba que un buen día se decidiera por una meta en la vida, pero ¿dónde estaba escrito que a los veinte años una ya debiera saber cómo transcurriría el resto de la vida y que la ayuda del padre resultara imprescindible para dar los primeros pasos?

Sus amigos de Praga esperaban que ella les describiera detalladamente la moda imperante en Viena y cuáles eran los nuevos dichos que todos pronunciaban y que en general solo llegarían a Praga medio año después. Durante su última visita, acababa de ponerse de moda la exclamación:

«¡Santa melancolía en el sillón!». Uno la soltaba en tono patético cuando un interlocutor era incapaz de tomar una decisión o no se sometía de inmediato a los propios deseos. Ella también la había pronunciado hasta que la oyó en boca del cardenal Melchior y descubrió que originalmente provenía de él y que estaba dedicada al emperador, así que la eliminó de su vocabulario porque le resultaba desagradable que algo que parecía pertenecer al círculo de los jóvenes que ella frecuentaba en realidad hubiese surgido de un miembro de la impopular casta de los señores.

En esa ocasión los decepcionaría a todos. A su madre, porque se había propuesto no mencionar aquello que durante su estancia de dos semanas en Viena había sido el tema principal. A su padre, porque de momento solo sabía una cosa: que no quería aceptar ninguna de las oportunidades que supuestamente se le presentaban. A sus amigos, porque el recuerdo del verdugo borracho de Viena y las súplicas de los condenados le hacía olvidar todo lo demás.

Miró por la portezuela del carruaje: el traqueteo de las ruedas había disminuido, el camino era mejor, se acercaban a una ciudad.

—Brno —dijo el padre Meinhard.

Ella no reaccionó.

Había otra persona que esperaba algo de ella. Wenzel von Langenfels era su primo, y que la adoraba resultaba evidente para todo el mundo. ¿Qué debía hacer con dicho amor? Ignoraba si sentía lo mismo por él, y aunque así fuera, no tenía remedio. Ambos se habían criado juntos y recordaba que de algún modo él siempre había estado allí y había soportado todos sus caprichos con suma paciencia. Detestaba a esos individuos dóciles que se sometían a la voluntad de una muchacha solo porque eran demasiado tímidos y torpes, o demasiado prisioneros de algún concepto extravagante de la caballería como para mantenerse firmes frente a su amada. En el fondo sabía que esta imagen no encajaba del todo con Wenzel. Una parte de él siempre se mantenía distante: contemplaba su actitud veleidosa con amable ironía e indicaba de un modo apenas perceptible que él también era capaz de otras cosas. Las pullas y las burlas a que ella lo sometía nunca lo afectaban del todo y por eso ella tampoco podía expulsarlo por completo de su corazón. Dudaba de que su primo fuese consciente de ello, pero fuera cual fuese su expectativa respecto a ella, se vería decepcionado. ¿Los dos juntos? ¡Impensable!

El carruaje se detuvo y ella y el padre Meinhard intercambiaron una mirada sorprendida. El clérigo se apeó y Alexandra lo oyó hablar en voz baja con el cochero. Entonces un caballo apareció junto a la portezuela, ella se

asomó y vio el rostro de un hombre de barba gris que su padre había contratado como escolta. El tipo le dirigió un guiño, pero Alexandra notó que tironeaba de la bandolera en la que llevaba la pólvora y aflojaba el mosquete que colgaba de la silla de montar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó ella.

—Permaneced en el carruaje, señorita, es mejor —dijo el hombre.

Ella lo fulminó con la mirada, pero él ya se había apartado. Echó un vistazo a sus dos hermanitos. Andreas soltaba gemidos entre sueños, pero ninguno de los dos despertó.

El padre Meinhard se abrió paso entre el caballo del criado y el carruaje. Parecía inquieto.

—No podemos seguir avanzando, al menos por ahora. Hay que esperar un poco. Nos han detenido aquí —dijo y no solo su rostro expresaba su nerviosismo, sino también sus confusas palabras—. No tardaremos mucho —añadió de manera absolutamente inútil, y después de una breve pausa, concluyó—: Al menos eso espero.

—¿Qué sucede?

—Un asunto muy feo —dijo el clérigo—. Será mejor que os quedéis en el carruaje.

—¡Por todos los diablos! —siseó Alexandra.

Los muchachos se sobresaltaron y ella comprendió que su arrebato de ira solo encubría el temor que la invadía desde que interpretó los gestos inconscientes del criado.

—¿Dónde nos encontramos?

—Justo ante las puertas de Brno —contestó el padre Meinhard, cuya expresión tensa entraba en conflicto con su cuerpo agitado e impulsado por la curiosidad.

—¿Y por qué no podemos seguir viaje?

Alexandra trató de captar lo que ocurría en el exterior, pero no oyó nada que no encajara con una mañana normal. Los pájaros cantaban y una campana empezó a repicar, algo que también resultaba normal. Después de unos cuantos tañidos notó que no los acompañaban los de otras campanas y que el sonido era agudo y metálico, menos parecido al de la campana de una iglesia que al de una alarma de la puerta de una ciudad. ¿Acaso había estallado un incendio? En ese caso hubiese oído el humo.

Quiso volver a dirigirse al padre Meinhard, pero este había desaparecido. El hombre canoso que se había situado con su caballo delante del carruaje para protegerlo se había apartado un poco para que el padre pudiera pasar y,

absolutamente desconcertada, Alexandra descubrió que un poco más allá el camino estaba abarrotado. La multitud permanecía en silencio, de espaldas al carruaje.

—¿Qué diablos ocurre aquí?

El hombre le dirigió una mirada pensativa. Su caballo retrocedió otro paso y ella distinguió las armaduras de los hombres armados que ocupaban el camino y les impedían el paso. Entonces, por detrás de estos y por encima de las cabezas de la multitud, distinguió la impresionante imagen de un patíbulo. Estaba desierto. El tañido metálico de la campana resonaba en medio de la luminosa mañana.

—Una ejecución, señorita —respondió el hombre por fin.

De pronto apareció una cara a un lado de la portezuela y Alexandra se sobresaltó. El hombre se quitó el sombrero e hizo una reverencia: tenía cabellos largos y oscuros, alegres ojos azules y una barba corta. Cuando el desconocido se enderezó, se quedó boquiabierto y su sonrisa se borró, soltó un quejido y bajó la vista.

El del pelo gris había desenvainado su espada y la sostenía de manera que apenas resultaba visible. La punta estaba apoyada contra las costillas del hombre.

—Ruego al señor que retroceda un paso, por favor —gruñó.

El hombre del sombrero dirigió la mirada hacia Alexandra.

—Decidle que soy inocente, por favor —rogó con una sonrisa crispada.

—¿Inocente de qué? —preguntó ella.

—De todo. Bien: de casi todo.

—¡Retroceded, señor!

El hombre puso los ojos en blanco.

—Creo que es inofensivo —declaró Alexandra y se alegró de que sus palabras sonaran descaradas y ambiguas. El del pelo gris retiró la espada con gesto vacilante y el desconocido soltó un suspiro de alivio.

—Jamás hubiera creído que tomaría semejante comentario como un cumplido —dijo.

Alexandra sonrió. El guardia canoso la amonestó con la mirada, pero ella optó por hacer caso omiso. Por encima del tañido de las campanas empezó a oírse un suave gimoteo, como el lejano llanto de un niño. Alexandra frunció el ceño.

—¿Tendríais la amabilidad de decirme por qué no podemos seguir nuestro viaje?

El hombre suspiró y ella advirtió que sus ojos eran de un extraordinario color azul y cuando se pasó la mano por los cabellos vio sus cuidadas uñas y un fino anillo de plata en el dedo meñique de su mano derecha. Por fin él se encogió de hombros.

—No se trata de una ejecución corriente —dijo.

Los gemidos habían aumentado de volumen y un rumor como el de las hojas antes de la tormenta surgió de las filas delanteras de la multitud.

—Puede que el corregidor sospeche que los buenos habitantes de Brno tal vez se abalancen sobre el verdugo Fix y traten de salvar al condenado; me han dicho que, de todos modos, el verdugo de Brno se negó a realizar la ejecución y han hecho venir al de Olomouc.

—Habláis como si no fuerais de Brno.

El hombre volvió a sonreír.

—Y tenéis razón. Tuve que detenerme aquí hace unos instantes, al igual que vos.

El guardia alzó la vista. A ella le pareció que la impresión de ese individuo de rostro curtido por el sol había sido otra, pero no le prestó más atención.

El llanto ya sonaba mucho más próximo y, consternada, Alexandra se dio cuenta de que era la voz de un hombre que lloraba a voz en cuello. La joven se llevó la mano a la garganta, pero la gorguera que quiso aflojar había caído sobre el banco. El hombre no despegó la mirada de ella.

—Sí —dijo él en tono sereno—. El pobre individuo no tiene ningunas ganas de morir.

—¡Vuestras palabras son de una gran crueldad!

Él hizo una mueca.

—Lo siento. Creo que sus gritos me han puesto nervioso.

—¿Queréis montar en el carruaje? —preguntó Alexandra, y el guardia le lanzó una mirada de advertencia; ella misma ignoraba por qué lo había dicho y se ruborizó—. No: olvidé que mis hermanos están durmiendo aquí dentro. Perdonad...

«Soy una tonta», pensó y se ruborizó aún más.

—No tiene importancia —dijo él e inclinó la cabeza—. De todos modos, prefiero permanecer aquí fuera. ¿Os molesta si os hago un poco de compañía? Tengo la sensación de que a vos el bullicio tampoco os deja indiferente.

—En efecto —susurró ella.

Volvió a oír las protestas del verdugo borracho y los gritos aterrados de la condenada en la fosa de Viena. Era tan joven y su muerte tan... inhumana.

Había llamado a su madre. ¿Acaso esta había presenciado la horrenda muerte de su hija? Alexandra se estremeció y procuró reprimir una oleada de náuseas.

—No —repitió.

—¿Qué os pasa?

De pronto el padre Meinhard apareció junto a la portezuela, jadeando, con los ojos muy abiertos y las mejillas encendidas. Al ver al interlocutor de Alexandra dudó un instante pero luego soltó:

—Es un cabrero, casi un animal. En primavera asesinó a una muchacha. Debió de destrozarla, porque lo ejecutarán mediante el suplicio de la rueda.

Alexandra se estremeció y una sensación desagradable se adueñó de ella.

—Lo encontraron junto al cadáver, no cabe la menor duda de que es culpable. El nuevo prefecto, Albrecht von Sedlnitzky, ha dispuesto que sea ajusticiado —añadió el padre Meinhard, mirando por encima del hombro—. Que Dios se apiade de su pobre alma. Allí vienen... —añadió, se apartó sin saludar y se alejó a toda prisa.

—Ahí va un impaciente por presenciarlo todo —dijo el interlocutor de Alexandra.

—¿Y vos? ¿No queréis acercaros y observar?

Sonriendo, él volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué habéis visto vos? —preguntó.

Ella lo contempló fijamente, como un conejo a una serpiente.

—¿Qué? —soltó.

—¿Qué visteis vos? Os habéis puesto lívida cuando dije que el griterío tal vez os había afectado tanto como a mí.

—Estaba en Viena... Fui testigo de una ejecución... En realidad no quería acudir, pero entonces...

—¿Os dominó la curiosidad? Suele ocurrir —dijo él con una sonrisa condescendiente.

Los lloros y los gritos se aproximaron; un murmullo recorrió la multitud. Alexandra oyó que los alaridos aumentaban de volumen y se convertían en una especie de chillido:

—¡¡¡Nonononononooo!!!

Oyó maldiciones y el forcejeo de los verdugos intentando arrastrar al condenado, que se resistía con uñas y dientes. El murmullo de la multitud se volvió aún más sonoro.

—¿Por qué el corregidor ha creído que los habitantes de Brno podrían atacar al verdugo?

En realidad a Alexandra no le interesaba el porqué, pero prefería escuchar la voz del desconocido en vez de los chillidos, que en sus oídos se superponían a otros gritos de auxilio, y durante un instante no supo si los silbidos y las burlas de la multitud eran reales o pertenecían a un recuerdo.

—El condenado es católico. La víctima era protestante. En contra de lo que ha supuesto vuestro clerical compañero de viaje, su culpa no ha sido demostrada en absoluto... al menos eso es lo que he oído yo —explicó él, y su sonrisa la desconcertó hasta que comprendió que la conservaba para tranquilizarla—. Aquí la mayoría es católica, lo cual convierte a Brno en una isla en el margraviato de Moravia. Quizás intentan demostrar que son capaces de ejercer el rigor incluso cuando se trata de un correligionario.

—En otras palabras: el corregidor siente temor frente a la mayoría protestante que rodea su ciudad y el prefecto quiso cerrar la boca a los más beligerantes —dijo Alexandra en tono desdeñoso.

Por encima de los latidos de su propio corazón oyó los golpes de los ayudantes del verdugo clavando las estacas en la tierra, donde habrían de sujetar las muñecas y los tobillos del condenado, y a ello se superpuso en su recuerdo el murmullo de la multitud reunida ante el patíbulo en la cima de la colina vienesa. En aquel entonces, la cacofonía reinante la mareó; oyó las protestas proferidas por la mayoría de la multitud preguntando si ajusticiar a una muchacha protestante solo porque había matado a un niño católico no suponía una concesión indecente frente a los escasos católicos de Viena. El condenado de Brno sollozaba y aullaba palabras casi incomprensibles.

—No fui yo, no fui yo, fue el diablo...

—Ni caso —dijo el hombre situado junto al carruaje.

Alexandra lo miró fijamente. Absorta en sus ojos, sintió que el corazón le latía apresuradamente y que las palmas de las manos se le cubrían de sudor. En Viena había querido huir de la multitud, pero era demasiado densa y un destino burlón se había encargado de que la empujaran hacia delante. El verdugo tambaleante y, en la fosa, la figura apenas visible que suplicaba por su vida se encontraban a menos de diez pasos de distancia. Alexandra se sumergió en la mirada serena de los ojos azules, se aferró a la luz velada que parecía danzar en ellos y que en otro momento tal vez le hubiera resultado inquietante.

—La muchacha había matado a un niño —susurró—, pero a nadie le importó que no lo hubiera hecho adrede. El niño tropezó con ella en el instante en que la joven cogía un cazo de agua hirviendo del fuego y el agua se derramó sobre el niño. Y a nadie le importó el sufrimiento de los padres del

niño, que tuvieron que presenciar cómo se abrasaba vivo el pobrecillo. Unos querían verla muerta debido a la horrenda muerte del niño, otros consideraron que un único niño católico abrasado no era motivo para tanto alboroto. Y los religiosos... los religiosos se pelearon justo encima de la tumba abierta.

Alexandra contempló el pasado inmediato. Era como si todo hubiese ocurrido ayer, y al mismo tiempo se había grabado tan profundamente en su memoria que tenía la sensación de albergar ese recuerdo desde siempre.

—Eran dos pastores protestantes y un sacerdote católico. Antes de que el verdugo pudiera realizar su tarea ya discutían encarnizadamente y la emprendieron a puñetazos. Los soldados tuvieron que separarlos para que el verdugo pudiera proseguir.

—¿Cuál fue el castigo? —preguntó el hombre con suavidad.

Ella no escuchó sus palabras, la ira que sintió al ver a los eclesiásticos que se peleaban en el patíbulo volvió a invadirla, así como la angustia cuando la multitud se dividió en dos bandos que silbaban, rugían y se burlaban. «A eso es a lo que nos conducen ambas iglesias —pensó con toda claridad—. Los observamos golpeándose sobre las tumbas de inocentes y solo aguardamos el momento de participar en la pelea. ¿Y se supone que hemos de imitar a alguno de esos ejemplos para alcanzar la salvación eterna?».

Desde el patíbulo que se alzaba ante las puertas de Brno, la cantinela de un sacerdote penetró en sus oídos. La ejecución comenzaría en pocos instantes... en escasos instantes el borde de hierro de la rueda caería sobre un miembro tensado entre dos estacas... ¿O acaso el verdugo primero dirigiría el golpe de gracia contra la garganta del condenado? Pero no, se trataba de demostrar dureza, esa era una ejecución política, al igual que la que tuvo lugar en Viena, cuando no le concedieron una estrangulación previa a la asesina del niño...

—Era más joven que yo —declaró Alexandra, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. Su interlocutor alzó una ceja.

La multitud lanzó un suspiro. Después se generó un silencio estremecedor en el instante en que el verdugo hizo uso del instrumento de muerte, la espada, la rueda, la cuerda tensada, seguida de un sonido agudo y un alarido inhumano que cortó el silencio. En general, el primer golpe solía ser recibido con un aplauso salvaje, pero allí reinó un silencio de camposanto.

El verdugo de Viena había estado tan borracho que casi cayó al suelo al alzar su instrumento. Los asesinos de niños eran enterrados vivos, su instrumento era una pala común y corriente que se clavó soltando un crujido en el montón de tierra y guijarros junto a la fosa. La primera palada cayó a un

lado, la segunda golpeó el rostro de la condenada, que empezó a toser, escupir y retorcerse, aterrorizada. Allí, ante las puertas de Brno, la rueda destrozó el segundo muslo del idiota, que gritaba como un niño pequeño. Los ojos azules del interlocutor de Alexandra parecían sostenerla y absorberla al mismo tiempo.

Con la tercera palada el verdugo vienes perdió el equilibrio, la pala se deslizó a un lado, se clavó en la fosa y el verdugo cayó en ella. La pala debió de herir a la condenada, porque profirió un grito de dolor. Los ayudantes del verdugo le ayudaron a salir de la fosa y este intentó apartarlos repartiendo puñetazos, con escaso éxito. Siguió paleando, tambaleándose, sudando, tropezando, un encarnizado ángel de la muerte ahíto de vino barato, incapaz de formar un buen montón de tierra sobre el cuerpo de la delincuente y de dejarla semiinconsciente mediante una última gran palada de tierra y procurar que se asfixiara con rapidez. La tierra volaba por todas partes, la condenada soltó un graznido, procuró tomar aire y se retorció, y desde la posición de Alexandra era como si una loca se agitara y pataleara en su propia tumba... solo que Alexandra experimentó la locura como propia. Era la locura causada por el terror, era el pataleo de alguien que se asfixiaba lentamente en medio del barro, la tierra y los guijarros...

¡Pum! ¿Acaso el idiota de allí delante aún era capaz de sentir más dolor?

¡Pum! La pala volvió a deslizarse a un lado, golpeó el cuerpo de la condenada y esta gritó.

¡Pum! Sin darse cuenta, Alexandra golpeó el borde del carruaje con el puño y apenas se percató de que una mano delgada le aferraba la mano y la detenía.

De pronto los alaridos cesaron. A Alexandra le zumbaban los oídos. La escena en la colina vienesa se congeló ante su mirada: la pala alzada, el barro que volaba por el aire, el cuerpo retorcido en la fosa... Parpadeó y sintió náuseas. Tenía el rostro empapado en lágrimas.

—Todo ha terminado —susurró el hombre de los ojos azules sin pestañear.

—Sí —musitó ella, pero durante un momento creyó estar en caída libre y pensó: «Esto es solo el principio», aunque la idea se desvaneció en cuanto surgió.

Los habitantes de Brno no habían atacado al verdugo, que había dirigido el último golpe contra la garganta del condenado rompiéndole el cuello. Su cuerpo destrozado sería sujetado a la rueda, pero él ya no lo notaría. Otra vida había acabado en medio del dolor y daba igual lo que el idiota hubiese hecho

o dejado de hacer: lo único que contaba era que le habían arrebatado la vida porque ambas confesiones cristianas habían olvidado para qué había muerto Jesucristo.

—Podremos seguir viaje dentro de un par de minutos —dijo el cochero.

Alexandra contempló su puño y comprobó que la mano del hombre que seguía de pie junto al carruaje aún lo cubría. Entonces él la retiró y separó tiernamente los dedos entumecidos de ella del borde y, como sin pretenderlo, recorrió la palma de su mano con un dedo. Era como si un rastro de fuego y hielo le recorriera la piel, como la cola de un cometa. Alexandra se aferró al borde de la portezuela y notó que su brazo temblaba.

—Debo irme —dijo él—. Ha sido un honor, ¿señorita...?

—Khlesl —respondió ella en tono apagado—. Alexandra Khlesl.

—Estoy seguro de que pronto volveremos a vernos —auguró él—. Pregunte por mí cuando llegue a Praga. Soy Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz, pero mis amigos me llaman Henyk.

Si en el pasado alguien hubiese dicho a Filippo Caffarelli que en Roma — ¡en donde incluso en marzo a menudo hacía un calor húmedo y sofocante!— existían lugares donde hacía tanto frío que las personas encogían los dedos de los pies en los zapatos para desentumecerlos, no le hubiese dado crédito, desde luego. Pero entonces aún no conocía la iglesia de Santa Maria in Palmis, situada en el cruce de la Via Appia y la Via Ardeatina. Aunque la iglesia era pequeña y vieja, todavía era capaz de rechazar el sol y conservar el frío entre sus muros. También ocurría que un permanente hálito a sepultura penetraba en el edificio desde el extenso sistema de catacumbas próximo a la iglesia. Filippo se estremeció y encogió los hombros: ese hálito sepulcral incluso flotaba en el interior del confesionario que lo aguardaba.

Retrocedió un paso desde el umbral de la iglesia y salió al sol, como si así lograra arrastrar el calor hasta el interior. No tenía ganas de pisar su iglesia y sentarse en el ataúd vertical —pues eso era lo que a él le parecía el confesionario— escuchando durante horas interminables el relato de la maldad de los hombres hasta creer que esta lo asfixiaría.

Tras pasar varios años en el corazón del Vaticano y en la proximidad del Papa, el padre Filippo, siempre sumido en dudas, solo había alcanzado una certeza: que la salvación no se encontraba en las magníficas vestiduras, los anillos episcopales ofrecidos para el beso y los resplandecientes tesoros de la Iglesia. Dado que la Biblia del Diablo —que debería haber sido la piedra de toque de su fe— estaba perdida, había intentado hallar otra manera de acceder a sus dudas. Había albergado la falsa esperanza de que la fe fuese más fuerte entre las personas sencillas que entre los prelados, a quienes el largo servicio prestado a la Iglesia había vuelto cínicos, y en el Papa, exclusivamente dedicado al bien de su familia y a pensar en sus proyectos arquitectónicos. Si hubiese podido pedir consejo a Vittoria, quizás ella habría logrado arrebatarse dicha esperanza.

Otro hálito sepulcral, que en esta ocasión procedía de su propia alma, volvió a estremecerlo. Hacía poco menos de un año que Vittoria enfermó de unas fiebres y falleció, y él no pudo hacer nada, excepto gritar su dolor al rostro muerto de su hermana como un demente, hasta que el cardenal Scipione lo arrastró fuera de la habitación: Scipione que, a partir de entonces, se vería obligado a encontrar a otra persona dispuesta a conseguir una libra de raticida en cualquier boticario y de librar al mundo de su presencia.

Ni siquiera había podido despedirse; cuando alcanzó el palacio de Scipione ella ya había muerto. Tras superar el dolor inicial se sintió como un hombre en un bote sin ancla que recorría lentamente el río de la vida, inalcanzables las salvadoras orillas y demasiado débil para manejar el timón.

Cuando Filippo se recuperó solicitó que lo trasladaran al servicio parroquial. El papa Pablo, herido por la evidente deslealtad de un colega al que casi había adjudicado el estatus de pariente, se encargó de que el padre Filippo entrara realmente en contacto con las gentes sencillas y lo trasladó al barrio del Trastevere, habitado desde la antigüedad por los perdedores de la sociedad y situado al oeste del Arco de Tiberio.

Filippo se preguntó si alguien habría notado la amarga ironía de que el barrio de Roma en el que se elevaban las iglesias más antiguas de la cristiandad, en una de las cuales Pedro, huyendo de los soldados de Nerón, se había encontrado con Jesucristo y, avergonzado, había regresado, suponía una especie de castigo para un siervo de la Iglesia. La primera vez que se encontró en su templo, la pregunta de cómo se había causado a sí mismo semejante degradación ocupó el primer plano. Había permanecido de pie ante la entrada de un recinto sumido en las tinieblas, proyectando una larga sombra sobre el suelo de piedra y procurando no estremecerse bajo el gélido hálito que surgía del interior. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, constató que su nuevo hogar era una vetusta iglesia de una sola nave en cuyas paredes las manchas de humedad competían con los restos de los frescos, un espacio vacío con un borroso altar en medio de la lobreguez. Bajó la vista y comprendió a qué se refería el camarlengo cuando, al despedirse, le había dicho, reprimiendo una sonrisa burlona: «¿Santa Maria in Palmis? Te envidio, hijo mío: seguirás los pasos del Señor».

En el suelo de la iglesia, cerca de la entrada, estaba engastada una baldosa en la que se apreciaban las huellas de dos pies, que según la leyenda había dejado Jesucristo. Filippo, que, en los escasos días entre su traslado y su despedida del Vaticano, se había informado minuciosamente acerca de su parroquia —y mucho más a fondo de lo que lo hubiera hecho el camarlengo

—, sabía que solo se trataba de una copia de una baldosa que se encontraba a pocos pasos, en San Sebastiano Fuori le Mura. La iglesia de San Sebastián había sido reformada por completo hacía unos años; en el transcurso de las obras habían trasladado la baldosa original desde Santa Maria in Palmis hasta allí. No obstante, Filippo había apoyado los pies en ambas huellas, de confección tan tosca que hasta el más tonto se habría dado cuenta de la falsificación, aunque el original hubiera sido cien veces mejor que la copia (y no lo era). No había sentido nada que conmoviera su espíritu.

Sin embargo, a lo mejor —eso fue lo que pensó durante los primeros días— había ido a parar a ese lugar por un guiño del destino. El pueblo también denominaba su iglesia como la de Quo Vadis, pues cuando Pedro, huyendo de la ciudad, se había topado con el Señor, le preguntó: «*Domine, quo vadis?*», y Filippo sospechó que Jesús le había contestado en tono seco: «¡Voy a Roma, para que vuelvan a crucificarme!». *Domine, quo vadis?* ¿Adónde vas, Señor? ¿Adónde vas, Filippo Caffarelli?

Bajó la vista y constató que había cruzado el umbral y que estaba de pie en las huellas que supuestamente pertenecían al Señor. A diferencia de Pedro, quien tras encontrarse con Jesús había dado media vuelta para cumplir con su destino, Filippo aún ignoraba cuál era el suyo. Tanto si el sitio ocupado por su iglesia era sagrado como si no lo era... la cuestión es que no había iluminado su espíritu. Apartó los pies de las huellas y entró en el templo, echó un vistazo resignado a las figuras encorvadas de cuantos deseaban expiar sus pecados y por fin tomó asiento en el confesionario.

En cuanto a la fuerza de la fe de las gentes sencillas, tuvo que comprobar que los pecados que durante las horas de la confesión se filtraban en la minúscula celda de madera a través de la ventanilla enrejada eran los mismos que cometían los dignatarios de la Curia, solo que los corderitos de Filippo los llevaban a cabo con menos elegancia: esposas maltratadas (en el caso de los prelados, putas maltratadas), solo que estas no recibían joyas en compensación; dinero robado al vecino (en el caso de los obispos, bienes de las diócesis vecinas adquiridos mediante documentos falsificados), solo que después el vecino ya no poseía nada para comprar comida a su familia; violación, sodomía y pederastia. En más de una ocasión, Filippo sintió el impulso de abandonar el confesionario y vomitar hasta las tripas, a poder ser en las huellas falsificadas del Señor, y después gritar: «Baja la vista, Señor, y contempla: ¡esta es la esencia de la cristiandad, en lo que Tú permitiste que se convirtiera! ¡Ahora intenta caminar por encima del vómito, como hiciste sobre las aguas del mar de Galilea!».

Nunca lo había dicho, desde luego, salvo para sus adentros.

Cuando de pronto el susurro penetró en sus oídos, se sobresaltó.

—*Confiteor Deo omnipotente, beatae Mariae semper virgini, beato Michaelis arcangelo, beato Joanni bapstistae, sanctos apostolis Petro et Paolo, omnibus sanctis...*

«Confieso ante Dios Todopoderoso, ante la Virgen María, el arcángel Miguel, san Juan Bautista, los apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos...».

La pausa era tan evidente que la inquietud se adueñó de Filippo.

—... *et tibi, Pater.*

«Y ante vos, Padre».

—Habla, hijo mío —susurró Filippo.

—He participado en un robo —dijo el hombre arrodillado ante el confesionario.

—El Señor dice: «No robarás».

—El Señor dice que no has de prestar falso testimonio contra tus congéneres.

Filippo guardó silencio durante un largo momento.

—¿A qué te refieres? —preguntó por fin.

—¿Puedo seguir confesando mi pecado, padre?

—Prosigue.

Su propia voz le pareció un graznido y, contraviniendo todas las reglas, procuró atisbar a través de la rejilla y reconocer el rostro, pero lo único que vio fue el brillo apagado de dos ojos envueltos en sombras. La voz no parecía joven ni vieja, el hombre hablaba con un deje que le resultó vagamente conocido, pero que no logró identificar. El latín que brotaba entre un sombrero y un manto color púrpura era perfecto, mucho mejor de lo acostumbrado.

—Un hombre acudió a mí y me preguntó si estaba dispuesto a ayudarle a cometer un robo. El hombre me convenció de que lo que se proponía era justo.

—Convencer a ese hombre de que se confiese y se enmiende es tu deber.

El que se confesaba rio en voz baja.

—De hecho, ese es el último de mis propósitos —admitió.

—No debes cond...

—Escuchadme, padre Filippo —dijo el hombre, y su voz hizo que el sacerdote se estremeciera aún más—. Solo lo diré una vez. Ignoro si me condenaré por lo que hago y en todo caso he roto un juramento. Pero existe un deber más alto que el juramento prestado por algo que ha demostrado estar

tan enfermo y podrido que Dios habría de esforzarse para reunir a diez hombres rectos en todo el mundo. Solo lo diré una vez. Hace casi veinte años un obispo de Viena me convenció de que era necesario sacar la Biblia del Diablo del archivo secreto del Vaticano, porque de lo contrario quizás un día un desgraciado volvería a encontrar la pista... y nadie podía confiar que, en ese caso, apareciera nuevamente alguien que emprendiese la lucha por hacerse con el legado de Satanás. Yo ayudé al obispo a robar el códice. Él lo hizo desaparecer. No sé qué se hizo de él, pero al parecer cumplió con su palabra y lo ocultó en alguna parte, porque de lo contrario estaríamos sometidos al diablo y no a la mano de Dios. Aunque si uno contempla el mundo...

La voz poseía una concisión militar. ¿Sería un soldado? Tal vez un oficial...

—... pero si algo estoy dispuesto a conceder al gobierno del diablo es que este sería eficaz. Si fuésemos seguidores del diablo sin saberlo, entonces no existirían las desviaciones ni la herejía: solo existiría su palabra y nada más.

—¿Quién era el obispo de Viena?

—Vos tenéis acceso a los documentos del Vaticano. Comprobad quién, tras la elección del papa Inocencio hasta poco antes de su muerte, se encontraba en Roma y era oriundo de Viena.

—Ya no tengo acceso...

—¿Sabéis por qué os he contado esto a vos, padre Filippo Caffarelli de Roma, un sacerdote que si quiere acceder al Vaticano solo ha de pedírselo a su hermano Scipione, el poderoso cardenal?

—Decídmelo —contestó Filippo con la boca seca.

—Porque presté un juramento sin redoble de tambores, sin banderas ondeantes, sin apoyar la mano en la Biblia sino solo en mi propio corazón: proteger a los míos. Y dicho juramento me resulta más importante que el prestado a la Iglesia y con el que me comprometía a no permitir jamás que un representante del clero sufriera daños ni hacerle daño yo mismo. Con estas palabras rompo dicho juramento: dejad en paz a mi hijo, padre Filippo, u os retorceré el cuello como a una gallina. Si queréis emprender la búsqueda de la Biblia del Diablo, hacedlo. En la nave de los necios siempre hay lugar para otro pasajero, y ahora sabéis todo lo necesario para emprender el viaje. Pero dejad en paz a mi hijo.

Filippo se quedó de piedra. Oyó el crujido de la madera cuando el hombre postrado al otro lado del enrejado se puso de pie y luego captó sus pasos apresurados. Filippo se vio obligado a dar una orden consciente a sus piernas

para que entraran en movimiento; acto seguido se lanzó fuera del confesionario y salió a la iglesia. Cuando recuperó el control se percató de las miradas que las dos ancianas arrodilladas ante el altar le lanzaban por debajo del pañuelo que les cubría la cabeza. Hizo caso omiso de ellas y se abalanzó al exterior. El sol lo deslumbró. Como de costumbre, la Via Appia estaba muy animada, una multitud pasaba por delante de su oscura cueva. Vio elevarse el baluarte de la Porta Appia y en la dirección opuesta las chozas cada vez más pequeñas que luego daban paso a huertos y prados. Un hombre corpulento se alejaba con pasos rápidos. Filippo recogió su sotana y echó a correr detrás de él.

—¡Coronel Segesser! —gritó.

El hombre no se volvió. Cuando Filippo le dio alcance lo aferró del brazo y lo obligó a volverse.

—Coronel Segesser... —exclamó, jadeando.

El hombre llevaba una barba que no lograba ocultar su labio leporino.

—¿Cnnn? —dijo—. ¿Cné cncurre, cmaldita cnsea?

Filippo lo soltó y dio un paso atrás. El hombre se acomodó el manto, se llevó un dedo a la sien y siguió caminando. Sin saber qué hacer, Filippo permaneció al borde del camino oteando a derecha e izquierda. La puerta abierta de Santa Maria in Palmis atrajo su mirada y al mismo tiempo parecía deslizarse hacia él. Él la contempló fijamente.

—Que me aspen —susurró.

Acto seguido echó a correr hacia la puerta con la sotana ondeando en torno a las piernas, entró en la iglesia, tropezó con las huellas de Jesucristo y se apoyó contra una pared. Una figura encorvada estaba arrodillada ante el altar; se abalanzó hacia ella y clavó la vista en su rostro. La anciana retrocedió, asustada.

—Tu amiga —le espetó Filippo, indicando el espacio desocupado a su lado—, la que hace un instante aún estaba aquí. ¿Adónde ha ido?

La anciana no acertó a pronunciar palabra. Se encogió de hombros, atemorizada y con los ojos en blanco. Filippo se apartó y se alejó tambaleándose. No necesitaba sus palabras para saber que la anciana nunca había visto a la otra mujer, que ignoraba quién era y que no tenía ni idea de adónde habría ido. De hecho, Filippo sabía perfectamente quién era la otra vieja en realidad. El coronel Segesser... pero no el hombre al que había extorsionado diciendo que entregaría a su padre a la Inquisición, sino el propio padre en persona. El viejo jefe de la Guardia Suiza, que parecía no haber olvidado ninguno de sus saberes, y Filippo estaba completamente

convencido que cumpliría su amenaza. Buscarlo sería inútil. Había engañado a Filippo y desaparecido fuera entre la multitud mientras él —como un perfecto idiota— perseguía al hombre equivocado. Además, ya había dicho todo lo que estaría dispuesto a decir de manera voluntaria.

Con las rodillas temblorosas, Filippo se dejó caer pesadamente en el banco ante el confesionario. Un obispo de Viena. Filippo no tenía necesidad de pedir un favor a su hermano para barruntar a quién se había referido. Hacía más de veinte años que solo había un obispo de Viena lo bastante poderoso como para poseer un acta propia en el Vaticano y lo bastante decidido como para llevar a cabo algo semejante a robar un artefacto secreto del archivo. Entre tanto, el Papa le había concedido el capelo de cardenal, algo totalmente atípico porque no guardaba el menor parentesco con él. *Domine, quo vadis?* ¿Qué era aquello que hacía un instante había pensado, acerca del callejón sin salida que ese lugar representaba para él?

Una sombra se proyectó a sus pies y Filippo alzó la vista. La anciana estaba de pie ante él, indicando el confesionario con gesto tímido.

—*Confiteopotent...* —empezó a decir.

Filippo se puso de pie en silencio, pasó junto a la anciana y abandonó el templo.

El castillo de Pernstein se elevaba de los bosques circundantes como un puño que alguien hubiera lanzado hacia arriba desde las profundidades de la Tierra y alzado contra el cielo, contra el país y contra el mundo en general. Los muros eran altos e inexpugnables, extravagantes saledizos asomaban en todas direcciones, un adarve cubierto de un techo de oscura madera rodeaba todo el contorno del edificio principal del castillo. La torre del homenaje estaba separada, solo unida al edificio principal mediante un puente de madera. Daba igual que la muralla estrechamente pegada a los edificios se alzara casi en la cima de la colina, pero que a su vez fuese de escasa altura, pues causaba una impresión burlesca: se podía superar la muralla, pero para superar la propia pared de roca que suponía el castillo que se elevaba por detrás había que ser un titán. Alguien, quizás el viejo Ladislaus von Pernstein, había intentado renovar el revoque, pero en muchos lugares este ya había vuelto a desprenderse. Los ladrillos rojos parduscos relucían a través de los desconchones como antiguas heridas que jamás cicatrizarían. Era evidente que el colosal edificio antaño había causado una gran impresión. Si uno entraba al patio a través de la puerta, un patio estrecho y oscuro como el fondo de un pozo, notaba que todo el monstruoso castillo estaba dedicado a la defensa. Semejantes edificios se enfrentaban obstinadamente al mundo y desde detrás de las murallas no dejaban pasar nada del exterior al interior, y se engendrara allí dentro lo que se engendrara provenía de un corazón tenebroso y de un abismo profundo y frío.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz encogió los hombros cuando él y su caballo penetraron en la sombra del patio del castillo. Levantó la cabeza y contempló el nublado cielo del atardecer; las murallas, los saledizos y los aleros formaban un estrafalario marco.

Si bien ya no había restos de nieve en el patio, el frío invernal persistía. Hacía meses que no había visitado el castillo y durante los cuatro años anteriores, desde que lo vio por primera vez, solo de manera esporádica. Y de

haber sido por él, la frecuencia podría haber sido aún menor. Todo el castillo parecía rechazarlo y cada hálito gélido que barría los rincones o las escaleras parecía gritarle que, hiciera lo que hiciese, nunca pertenecería por completo a ese lugar.

Nunca poseería totalmente a Diana.

En cambio, tenía muy presente que él le pertenecía en cuerpo y alma.

No estaba seguro desde cuándo: ¿acaso cuando ella entró en la sala de espera del palacio Lobkowitz y aceptó que él le ofreciese su amistad? Solo había supuesto una lisonja frente a alguien que ocupaba una posición superior y al mismo tiempo un descarado intento de seducirla. No podía haber sospechado que el resultado sería ese. ¿Tal vez más adelante, cuando ella le exigió que volviera a poseerla? ¿O aún más adelante, cuando lo instó a hacer uso de los instrumentos apoyados en el brasero? Ella había presionado su cuerpo desnudo contra la espalda de él, con los dedos de una mano en torno a su miembro viril, con los de la otra acariciándose a sí misma y mirando por encima del hombro de Heinrich al tiempo que él, al principio vacilando pero luego con creciente excitación, cedió a sus exigencias. ¿Fueron los gritos apagados por la mordaza y el jadeo junto a su oreja, la mano diestra que lo masturbaba por encima del cuerpo retorcido y martirizado de la puta? ¿O quizás el hecho de haber tomado conciencia de que ella había sido capaz de adivinar sus más íntimos deseos, consistentes en humillar, causar dolor, ser el amo de la vida y la muerte? ¿Tal vez su muda confesión de que, en ese sentido, ambos estaban hechos de la misma madera?

A partir de entonces, ella no le permitió volver a tocarla. En Praga se mantuvo alejada de él; después únicamente lo invitaba a acudir al palacio Lobkowitz cuando se trataba de contestar un mensaje que ella deseaba enviar mediante una de sus palomas mensajeras. Al parecer, la dama vivía casi exclusivamente en Pernstein, mientras que Zdeněk von Lobkowitz, el esposo, se había instalado en Viena. Una vez los había visto a ambos desde lejos. A esa distancia no logró conciliar la figura resplandeciendo bajo el sol, envuelta en joyas y costosas sedas, que superaba a su esposo en al menos una cabeza, con la Diana que lo había satisfecho en la penumbra de la habitación mientras él torturaba a la puta hasta causarle la muerte.

En Pernstein, en las escasas oportunidades en las que lo había citado allí, siempre estaba maquillada. La primera vez que volvieron a encontrarse él la abrazó y la empujó contra la pared, introdujo la mano bajo sus faldas y procuró excitarla, pero la felina mirada de los ojos verdes lo dejó de piedra y lo hizo retroceder. Heinrich se dijo que debería haber violado a esa zorra

cuando, tras varios días de perpleja soledad, ella lo invitó a marcharse, y decidió que cuando volviera a presentarse la oportunidad, la obligaría a acostarse con él propinándole un par de puñetazos en compensación y pago por su frialdad anterior. Sin embargo, cuando unos meses después volvió a ser convocado a Pernstein, el juego se repitió. La había deseado con tanta intensidad que de vez en cuando, por las noches, se había masturbado repetidamente, sabiendo que solo un pasillo desierto, oscuro y cubierto de telarañas separaba su alcoba de la de ella, aunque no osó volver a importunarla.

Ella era perfectamente consciente de ello, desde luego. Por supuesto que estaba jugando con él. La detestaba, al tiempo que trataba de recorrer el laberinto de pasillos y escaleras que formaban el interior del castillo de Pernstein, sin dejar de constatar que estaba a punto de echar a correr una y otra vez. La detestaba mientras se imaginaba cómo sería volver a poseerla, percibir el frescor de su piel y el ardor de su regazo, ser arañado, pellizcado y medio asfixiado por ella y oír su voz áspera murmurándole al oído: «Fóllame otra vez». Tuvo que aminorar el paso porque se quedaba sin aliento y porque estaba tan excitado que la bragueta de armar le causaba dolorosas rozaduras en la verga.

La amaba.

Le pertenecía.

Y ella pertenecía al libro.

Abrió la puerta de su capilla. Ella la consideraba suya; incluso era posible que en el pasado fuera la capilla del castillo, en la época en la que Wilhelm von Pernstein aún nadaba en dinero y cuando su hijo Ladislaus lo había gastado con entusiasmo a manos llenas. Por entonces no era más que una bóveda vacía. El libro estaba apoyado en un gran atril y, al entrar, él la distinguió de pie ante el atril, contemplando aquel objeto, como siempre. A su vez, él se quedó observándola a ella y el resplandor de su vestido lo deslumbró pese a la penumbra reinante.

—Se sustrae de mí —dijo ella.

Casi se había convertido en un ritual y él se sintió obligado a decir:

—Concedeos tiempo.

La mujer se volvió a medias. Él vio el contorno de su mejilla maquillada de blanco y tomó aire.

—Es de una antigüedad de siglos. Y si fuese verdad que el propio diablo la redactó...

Más que distinguir su sonrisa burlona, la imaginó. Sabía que ella lo creía. El propio Heinrich no sabía qué debía creer. En cuanto se aproximaba a Pernstein notaba que su cuerpo empezaba a temblar como sometido a una vibración inaudible y percibía un zumbido en los oídos, pero también captaba la vibración cuando estaba en Praga y ya no estaba seguro de que no la hubiese notado durante toda su vida o solo en el momento en que descubrió la existencia de la Biblia del Diablo. La vibración era como un corrimiento de tierra que siempre le revelaba el núcleo de su alma y le permitía echarle un vistazo. A veces lo que veía le agradaba; en otras ocasiones debía hacer un esfuerzo para no ocultarse en el rincón más próximo y vomitar hasta las entrañas. Entonces creía notar el sabor de la abundante sangre que manchaba sus manos y le parecía oír los gritos de Toro cuando lo tiró por la ventana. También oía el ruido que se produjo al arrancarle al monje negro uno de los proyectiles de la herida —a quien ninguna saeta de ballesta había herido mortalmente— y clavárselo en la garganta, y por fin el demencial aullido que soltó por la putilla a través de la mordaza cuando cogió el falo candente del brasero y... también percibía los alaridos de Ravailac, allí abajo, en la Place de Grève, mientras Madame De Guise jadeaba: «¡Más, más fuerte...!». Reprimir el vómito resultaba difícil y odiaba la Biblia del Diablo por causarle dicha visión.

—Os esperaba más temprano —le recriminó Diana.

—Hubo un retraso en Brno. Aproveché la oportunidad para observarla de cerca.

—¿Y?

—Es bonita —contestó él de mala gana.

Ella dio media vuelta. Por encima de su hombro Heinrich distinguió las gigantescas letras iluminadas y las estrechas columnas de signos antes de que el cuerpo de Diana las ocultara. El rostro blanco se crispó y entre los labios asomó la lengua.

—¿Es de vuestro gusto?

—No lo sé —replicó él.

Su propia parquedad lo sorprendía casi tanto como la incomodidad que le causaba tener que hablar de su encuentro con Alexandra Khlesl.

—Será mejor que os aclaréis al respecto. Quizás ella suponga un regalo. De mí a vos.

Él hizo un gesto negativo con la mano. Cuando la dama se deslizó hacia él, Heinrich contuvo el aliento. Ella lo miró directamente a los ojos y él notó el roce de su mano fresca en la mejilla; luego ella acercó su rostro al suyo y le

lamió la boca, pero cuando él entreabrió los labios, ella se apartó. Quiso cogerla, pero sus manos solo se deslizaron por encima de la tela sedosa del vestido de Diana.

—¿Qué ocurría en Brno?

—Un pobre desgraciado fue ajusticiado por haber matado a una muchacha. Un idiota —añadió—. Ya ni siquiera recordaba haberlo hecho.

—Una feliz coincidencia...

Heinrich apretó los dientes.

—Sí —dijo—. Ella misma mencionó el tema cuando le expliqué que el ajusticiamiento tenía motivos políticos. También presencié uno en Viena, de signo exactamente opuesto.

—En estos tiempos hay demasiados ajusticiamientos —comentó ella, adoptando una expresión de falsa compasión—. Y la Iglesia está comprometida en casi todos ellos, tanto la protestante como la católica.

Heinrich no dijo nada; percibía la mirada de ella, que le causaba una sensación al mismo tiempo desagradable y excitante, y agitó los hombros con inquietud.

—He intentado descifrar el código de la Biblia del Diablo por todos los medios. No lo he logrado...

«Realmente por todos los medios», pensó Heinrich. Tres de esos medios fueron devorados por los cerdos, junto con sus ridículos mantos de alquimista. Matar a los tres ancianos resultó aburrido; había confiado que Diana se entregaría a él mientras utilizaban las herramientas con ellos, unas herramientas que hacía muchos años un carpintero había dejado allí con fines absolutamente inocentes. Pero ella solo le ordenó que les cercenara el gaznate y llevara los cadáveres a la pocilga.

—¿De verdad creéis que el cardenal Khlesl sabe más que ella?

—¿Que sabe más? Siempre ha procurado impedirlo, por temor a que un día ella pudiera ser más fuerte que él —respondió la dama.

—Pero yo creí que vos queríais obligarlo a ayudaros, y por eso pretendíais que nos apoderásemos de la hija de su sobrino. Cuando nos apoderemos de ella, porque de momento viaja a Praga sana y salva.

—Me decepcionáis, Henyk.

—No comprendo... —respondió él, clavándole la mirada.

—Comprendéis todavía menos de lo que imagináis.

Heinrich se encogió de hombros.

—A juzgar por lo que me dijisteis, he llegado a la conclusión de que trasladaremos a la muchacha aquí y de ese modo obligaremos al viejo

cardenal a revelarnos lo que sabe sobre la Biblia del Diablo. —Y aunque de pronto le causó un mal sabor de boca, añadió—: Y si no se decide a satisfacer nuestras demandas, le enviaremos unos mechones de sus cabellos, sus dedos, sus orejas... —añadió el hombre, antes de guardar silencio.

—Por lo visto aún ignoráis con quién nos las tenemos, Henyk.

—Con un cardenal que al mismo tiempo es un ministro del emperador Matías, y con su sobrino, que es un tendero. ¿Y qué? Vuestro marido ocupa una posición mucho más elevada que ese viejo sacerdote, y Cyprian Khlesl es un don nadie.

—Es a Melchior Khlesl —dijo ella lentamente— a quien hemos de agradecer que el emperador Rodolfo se viese obligado a abdicar y que nuestro nuevo emperador ahora se llame Matías. Sostiene al soberano del imperio en la mano. Y el archiduque Fernando le tiene tanto miedo que malgasta su tiempo detestándolo en vez de hacer uso de él. Melchior Khlesl es el poder en la sombra en el imperio y tal vez el próximo Papa.

Heinrich bajó la mirada. Se sentía como un zagal que no se hubiera dado cuenta de que sus ovejas habían escapado. Y Diana aún no había acabado.

—Con respeto a Cyprian Khlesl, si vos y él os enfrentarais en una oscura callejuela, apostaríais por él.

Atónito, Heinrich alzó la cabeza. Ella sonreía con las manos sobre el regazo como la más casta de las vírgenes. La ira lo abrasó con tanta rapidez que no logró controlar la expresión de su rostro. Ella arqueó ligeramente las cejas.

—¡Dejad de mostrar los dientes: parecéis un animal!

—¡Os traeré su cabeza y me mearé en las cuencas de sus ojos! —exclamó él con voz trémula por la cólera... y los celos. Y cuando se dio cuenta de ello, su cólera no hizo más que aumentar.

—Eso no será necesario —replicó ella—, como tampoco será necesario cortar a Alexandra Khlesl en pedazos... En todo caso, no para extorsionar al cardenal Khlesl. Alexandra será una de las nuestras.

—¿Qué?

—En cuanto llegue el momento idóneo, os pediré que conquistéis el corazón de Alexandra Khlesl. Os encargaréis de que poco a poco coma de vuestra mano.

—¿Y cómo se supone que he de lograrlo?

La sonrisa de Diana era ligera como una pluma.

—¡Por favor! Seguro que ya se os ocurrirá algo. Vuestro rostro despertaría la envidia de los ángeles. Y en cuanto a lo demás: todo el mundo

posee un lado oscuro. Y vos sois experto en despertarlo. Yaced con ella: eso se os da aún mejor.

—Pero primero ella ha de permitir que me acerque, ¿verdad?

Pensó en el rostro delgado de la joven sentada en el carruaje, casi oculto por el marco de su oscura y abundante cabellera. Un rostro que parecía vulnerable y delicado... hasta que uno notaba el leve gesto de dureza en las comisuras de los labios y podía concluir que Alexandra Khlesl poseía un carácter del que ella misma no era consciente.

—¿Y si yo no fuese de su agrado?

Ella soltó un suave suspiro.

—Por lo visto no sois consciente de que poseéis un don —dijo la dama, que volvió a acercarse a él y, brusca y dolorosamente, lo agarró de la entrepierna. De pronto los labios de ella estaban tan próximos a los suyos que casi los rozaron al hablar—. Irradiáis una permanente invitación al amor carnal —susurró, moviendo la mano. Él soltó un gemido y una oleada de dolor y lujuria le recorrió el cuerpo—. Puede que unos lo llamen carisma y otros, atractivo, pero yo sé lo que es, porque sé lo que albergáis en vuestro pequeño y negro corazón, Henyk, amigo mío: una voracidad abrumadora por el próximo trozo de carne. Lo emitís como un aroma y es tan contagioso como una enfermedad.

Ella dio un paso atrás y él se enderezó, gimiendo y con la mirada vidriosa. La entrepierna le palpitaba tan violentamente que era como si le estrangularan las entrañas.

—Y, por otra parte, reconozco otra cosa que permanece oculta para los demás —prosiguió—. Que preferís la carne sanguinolenta.

Pese a su consternación, Heinrich procuró hablar con ligereza.

—Tras haber expuesto tantas cosas acerca de mi persona, a lo mejor también os complacería decirme lo que pensáis. Pues resulta que realmente ignoro lo que significa todo esto.

Ella volvió a darle la espalda, se acercó al atril y rozó las páginas del códice con los dedos. De pronto fue como si tañera las cuerdas de un arpa invisible, como si sonaran tonos bajos que hicieron vibrar el aire del recinto.

—Guíame —susurró Diana.

Heinrich sabía que no se refería a él, porque ya lo había presenciado en diversas ocasiones: en ese momento lo único que existía para ella era el libro. El mundo había dejado de existir. Incluso su blanca figura parecía menos sólida, se volvía más transparente y se disolvía en la esfera de la cual, según todas las leyendas, provenía el libro.

—Guíame... para que yo pueda conducir el imperio. Mándame... para que yo pueda mandar en el imperio. Entrégate a mí... para que yo pueda tender el imperio a tus pies.

Heinrich puso los ojos en blanco, aunque su diafragma vibraba agitado por el inaudible tono bajo que ocupaba toda la capilla. No se habría sorprendido si el revoque se hubiese desprendido de las paredes, pero lo que él sentía —y sin duda también ella— no afectaba al edificio. De pronto la dama despegó la mano de la hoja e inclinó la cabeza, y la sensación de encontrarse en el centro de un gigantesco tambor disminuyó.

—El emperador Rodolfo era demasiado débil —dijo Polyxena—. Su meta era la correcta, pero escogió el camino equivocado y él no era el elegido. Creía poseer la Biblia del Diablo, pero en realidad solo sostenía polvo en las manos. Había comprendido que el poder del imperio ya no podía depender del catolicismo o del protestantismo, ni tampoco del cristianismo, que había demostrado ser tan débil que incluso sus seguidores se enfrentaban entre ellos. Dios está demasiado lejos; Jesucristo le ha dado la espalda al mundo y llora por haber muerto en vano. El emperador Rodolfo estaba convencido de que la ciencia era la única solución. Su fe era errónea.

Entonces se volvió y lo contempló. Era una de las escasas ocasiones en las que le pareció exhausta y casi humana. Ni siquiera había parecido tan fatigada tras el consumidor juego amoroso que se había desarrollado en el pasado, en su alcoba del palacio Lobkowitz; solo ofrecía tal aspecto cuando se pasaba muchos días tratando en vano de descifrar el código.

—El emperador Matías también ha comprendido que ni la fe católica ni la protestante suponen el camino correcto. Pero su solución consiste en no hacer nada y disfrutar de su propia vida mientras pueda. Y eso no durará mucho tiempo. Está enfermo. ¿Cuánto le queda? ¿Dos años? ¿Tres? Y después, ¿quién heredará la corona?

—El archiduque Fernando —contestó Heinrich, muy a su pesar. Una vez más, se sentía como un niño pequeño que debía repetir el catecismo de los adultos como un loro.

—El tonto, corto de miras y archicatólico Fernando de Austria, que ni siquiera va al retrete sin pedir permiso a su tío Maximiliano —soltó ella, y su mirada se empañó, como si traspasara los muros del castillo—. Solo fomentará un mayor estancamiento y la discordia entre la Iglesia católica y la protestante seguirá devorando el país como un tumor. La ciencia no es el camino correcto, aunque Rodolfo se dio cuenta de que resulta necesario una tercera vía entre el Papa y los protestantes. Las personas están obligadas a

creer en algo, pero uno no puede creer en la ciencia. Sin embargo, Dios se ha apartado y las enseñanzas de Cristo se han convertido en el credo perverso de unos ancianos hambrientos de poder. Yo devolveré la fe a la gente, la fe en un único poder que se interesó por la humanidad desde el principio e intentó ponerla de su parte.

Volvió a apoyar la mano en las hojas abiertas del libro, pero en esta ocasión el efecto no se produjo.

—Él intentó darnos el saber una y otra vez. Fracasó debido a la superchería y la estupidez de los seres humanos. Yo misma me encargaré de que esta vez triunfe.

De pronto una sonrisa le atravesó el rostro, pero sus ojos de mirada cansina no la reflejaron. A Heinrich le resultó inquietante.

—¿Conocéis la leyenda del emperador milenario, amigo Henyk? — musitó ella.

Heinrich se encogió de hombros.

—«Al mirar, vi un caballo blanco —susurró ella—, montado por un jinete que juzga y su combate es justo. Sus ojos son como una llamarada y muchas coronas ciñen su frente. Lleva un nombre que solo él conoce. Sus ropajes están empapados en sangre y su nombre es: la palabra».

Ella volvió a sonreír y a Heinrich se le erizó el vello de la nuca cuando vio que la dureza y el cansancio abandonaban la mirada de la dama durante un instante y que su expresión casi se suavizaba. Tragó saliva al creer que había captado un breve vistazo de la mujer que habitaba muy por detrás de la máscara blanca y del alma inaccesible que ella presentaba ante él y ante el resto del mundo; una mujer que procuraba creer desesperadamente... en sí misma y en su propósito. Era una criatura que le resultaba tan ajena que le infundía un profundo temor y durante un instante el impulso de emprender la huida fue tan intenso como lo fue en el pasado, en la sala de espera del palacio Lobkowitz. Ya se disponía a dar un paso atrás cuando el rostro de ella sufrió un cambio sutil y volvió a ser la misma que él conocía y cuyo auténtico nombre usaba tan rara vez que ni siquiera era el primero que se le ocurría. Para él, ella era Diana, la mujer más bella del mundo, su socia, su amante durante una tarde atroz, extática y reveladora... Su diosa, a la que a veces odiaba y a la que deseaba más que a nadie en el mundo.

—Mi madre era muy católica —expuso ella—. En lugar de contarnos las historias de la princesa Libusze y el príncipe Przemysl, como a otros niños, nos leía la Biblia. En el Apocalipsis pone que durante la última batalla un rey

de reyes se levantará y ganará el último combate; después cederá el trono a aquel que tiene derecho a juzgar y este reinará durante mil años.

—El emperador milenario, que despeja el camino para el regreso de Cristo —dijo Heinrich.

—Yo seré el emperador milenario —declaró en un tono tan sereno que sus palabras resultaron más convincentes que si las hubiera declamado o gritado, o si hubiese apoyado las manos en una ígnea reja de arado—. Pero no entregaré el imperio a Cristo. Él tuvo su oportunidad durante mil seiscientos años y no la aprovechó. Se lo entregaré a quien realmente ostenta el poder.

Volvió un par de páginas del libro. Las inmensas hojas despidieron un olor a moho que penetró en la nariz de Heinrich. Ella le indicó que se acercara y, de mala gana, él avanzó un paso. A la izquierda de una gran página doble se elevaba la imagen de una ciudad rodeada de murallas y coronada de torres. A la derecha aparecía la imagen de...

Heinrich se persignó. Ella rio y acarició la cornuda figura con pies en forma de garras... cuyo rostro sonreía, seguro de triunfar.

—Queréis crear la situación idónea para desencadenar una guerra —dijo Heinrich por fin; tenía la boca seca.

—Hace tiempo que la he creado —dijo ella, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Supongo que no creeréis que he pasado todos estos años dedicada exclusivamente a cavilar sobre la Biblia del Diablo, ¿verdad? La necesito, es cierto. Pero solo la necesitaré cuando el imperio arda en llamas, para levantarlo desde las cenizas. Hasta entonces tengo tiempo. Y para que el imperio arda en llamas lo único necesario es un número suficiente de necios mezquinos que detesten a todos cuantos no compartan sus ideas. Me he ocupado de que semejantes personas ocupen todos los puestos importantes del imperio. El canciller imperial tiene el poder de hacerlo y el poder sobre el canciller imperial lo ejerce la mujer que le susurra al oído en la cama.

Heinrich no pudo evitar un parpadeo. Ella esbozó una mínima sonrisa.

—Los nuevos procuradores reales, el conde Martinitz y Wilhelm Slavata: mentecatos ingenuos fervientemente católicos, carentes de visión del futuro y que no le van a la zaga a su señor, el rey Fernando. En el lado opuesto se encuentra el conde Von Thurn, cabecilla de los estamentos bohemios, que ni siquiera sabe hablar correctamente en bohemio; un soñador, un charlatán enamorado de su propia voz y un protestante fanático. El único talento que posee es su capacidad de engañar incluso a los espíritus más desconfiados mediante sus quiméricos planes. Y esos solo son los representantes más prominentes. ¿O acaso creísteis que semejante acumulación de incompetencia

en ambos bandos era una mera casualidad? Habrá una guerra, y para todos cuantos sean barridos por ella será como la última batalla del Apocalipsis. Pero yo seré el emperador que surgirá de las ruinas.

—Un soberano que reinará sobre millones de muertos.

—Dado que es imposible que habléis impulsado por los escrúpulos, amigo mío, ¿qué pretendéis decirme?

—Si desatáis una guerra de religión entre la cristiandad, y vuestras palabras no indican otra cosa, entonces al final no quedará nadie que crea en algo. El diablo obtiene su poder de Dios, pero después de esa guerra Dios estará tan muerto como todos cuantos creen en Él.

—Por eso he tomado precauciones.

—Los niños —dijo Heinrich, con la sensación de que de pronto comprendía otra faceta del plan. Contuvo el aliento: una vez más, la había subestimado por completo.

—Los niños —dijo ella, asintiendo con la cabeza—. Los hijos de los cortesanos, de los ricos comerciantes, de los nobles, de las familias de los obispos y cardenales. Alexandra Khlesl supondrá el principio. Si logramos ejercer nuestro poder sobre ella, también conseguiremos dominar a todos los demás. El cardenal Khlesl es el único que podría interponerse en mi camino e impedir el regreso de la Biblia del Diablo. Ya lo hizo una vez. Alexandra es la hija de su sobrino predilecto; no permitirá que le suceda nada, ni sospechará que lleva tiempo siendo una de los nuestros cuando se someta a mí.

Cuando ella mencionó a Alexandra, Heinrich volvió a sentirse incómodo. Trató de desprenderse de la sensación, pero fue en vano.

—¿Cómo sabéis todo eso? —preguntó—. Habéis pasado cuatro años aquí poniendo en práctica toda suerte de rituales mágicos sin avanzar un solo paso. ¿De dónde proviene vuestra repentina información sobre el cardenal Khlesl y su familia? Cuando me enviasteis en busca del rastro de la hija ya lo sabíais todo.

Ella titubeó un instante y luego dijo:

—Seguidme.

Lo condujo a través del laberinto del castillo hasta el tambaleante puente de madera que unía la torre del homenaje con el edificio principal. El interior de la torre era más amplio que la vivienda de muchos ciudadanos. Luego abrió una puerta; la estancia que apareció ante sus ojos estaba vacía, a excepción de una cama, unos tapices desteñidos que colgaban de las paredes y una chimenea en la que ardía un fuego. A pesar del frío que emanaba de los muros reinaba un calor asfixiante. Una figura estaba sentada en uno de los

estrechos nichos de las ventanas y se volvió hacia ellos. Heinrich arqueó las cejas. Era la esbelta figura de una joven bonita que llevaba un vestido que debía de haber estado de moda hacía cuatrocientos años. Su aspecto, junto con el anticuado encanto del recinto, le resultó desconcertante.

La joven aplaudió y rio, al tiempo que agitaba la mano indicando el exterior con ademán excitado.

La dama se acercó a ella y se inclinó.

—Sí, por supuesto —le oyó decir Heinrich—. Por ahí pasan los caballeros: Lanzarote, Gawain, Erec... Has de tener paciencia, entonces también vendrá el rey Arturo y la reina Ginebra. Solo has de tener paciencia.

La joven abrazó a Diana soltando una risita excitada. Babeaba y, estupefacto, Heinrich notó que la dama le secaba la cara. La joven volvió a tomar asiento y de nuevo miró por la ventana. Después se volvió hacia él, sonriendo una vez más, y nadie hubiese podido afirmar que no estaba en sus cabales. Heinrich dejó que Diana lo empujara fuera de la estancia y ella cerró la puerta a sus espaldas.

—Es una idiota —dijo—. Dicen que vivió en el bosque hasta que un grupo de cazadores la encontró y la llevó al convento de las premonstratenses, cerca de Brno. Una ciudadana de la ciudad la sacó del convento y la adoptó.

—Es muy bella —comentó Heinrich.

—Tiene el cerebro completamente vacío. Solo hallé dos cosas en él: las historias del rey Arturo, aunque ignoro quién las plantó allí, y la convicción de que yo soy un ángel.

—¿Qué función cumple?

—Me gustaría recuperar a la mujer que dice ser su madre. La joven, que se llama Isolde, no está aquí por su propia voluntad, aunque ella no lo sabe y cree que el «ángel» la invitó para que pueda conocer a los caballeros de la Tabla Redonda.

—Así que se trata de la mujer que la adoptó como si fuera su hija, ¿verdad?

—No estoy segura de que la vieja vaca me lo haya contado todo. Gracias a la muchacha, sigue estando en mis manos. Pero en cuanto Melchior Khlesl haya reconocido mi poder ya no la necesitaré, ni a ella ni a la pequeña —dijo, sonriendo con frialdad—. ¿Seréis capaz de interpretar el papel de Tristán de manera convincente para nuestra Isolde? No resultará muy difícil engañarla. Cuando ya no la necesite os la entregaré. Braseros, tenazas, cuchillos, sierras... en alguna parte del castillo encontraremos todo lo que necesitéis.

—A lo mejor deseará emprender el camino a la puerta celestial en presencia de su ángel, ¿no?

Heinrich consideró que merecía la pena un intento. Y se sorprendió cuando de pronto ella presionó su cuerpo contra el suyo y lo besó en la boca. Él le devolvió el beso, jadeando en un arrebato de pasión, clavó los dedos en su trasero y los de la otra mano en su pecho. Ella lo apartó.

—Quién sabe —dijo. Él clavó la mirada en el carmín de sus labios, que tras el beso se había corrido; era como si Diana hubiera bebido sangre—. Quién sabe, mi bello Tristán. Pero antes os aguardan un sinfín de tareas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Andrej. Desde su atalaya a media altura de la colina de cima plana era como si el tiempo no hubiese transcurrido, como si los veinte años que habían pasado desde la última vez que se encontró allí, en Podlaschitz, y los veinte años anteriores, cuando estuvo en ese lugar por primera vez, se hubieran esfumado. Volvía a ser el niño pequeño que se convirtió en testigo del asesinato de diez mujeres y niños cometido por un demente. Y al mismo tiempo era el joven que irrumpía en un reino lóbrego donde la fetidez del aliento del diablo se propagaba entre las personas y las convertía en apestados cadáveres ambulantes. La primera vez había huido de allí a solas, la segunda en compañía de un hombre con el que entre tanto mantenía una relación más íntima de la que jamás hubiera mantenido con un hermano de sangre: Cyprian.

Podlaschitz era el último lugar de la Tierra en el que habría deseado encontrarse. Allí había visto desaparecer a su padre en un convento en ruinas con el paso alado de un hombre que se dispone a robar algo valioso. Allí había visto a un grupo de indefensos que caía bajo el golpe de las hachas, entre los que con toda probabilidad también se encontraba su madre. Nunca volvió a ver a sus progenitores, ni vivos ni muertos. En todos esos años Andrej se había visto obligado a despedirse de muchas personas: de patrocinadores como Giovanni Scoto, que se limitó a dejarlo en la estacada e incluso se llevó las ropas baratas de Andrej, y también a la única mujer que había amado, cuya vida pesaba sobre la conciencia de un pequeño monje negro, alguien con quien al final ni siquiera pudo enfadarse. Cabría suponer que ya estaba acostumbrado a las despedidas; sin embargo, era precisamente esa despedida que nunca pudo llevar a cabo, la de un niño de seis años despidiéndose de sus padres, la que seguía siendo una herida abierta en su corazón.

Andrej impulsó su caballo ladera abajo. Podlaschitz era un pueblo fantasma. Algún día llegarían nuevos habitantes... o regresarían algunos de

los anteriores, cuando el recuerdo del horror acaecido en ese lugar se hubiera desvanecido. Resultaba duro albergar esos pensamientos sobre el hombre que, de un modo extravagante, le había sido leal... pero más que una maldición, la muerte del rey Rodolfo supuso una bendición. Durante los años transcurridos, muchos de sus funcionarios y condes corruptos fueron reemplazados, era de suponer que no tanto por decisión del emperador Matías como por la energía del cardenal Khlesl y del canciller imperial Lobkowitz. El nuevo administrador de esa comarca había convertido Podlaschitz —esa aldea de apestados cerrada al mundo— en una región habitable cuando alojó a los últimos sobrevivientes de la colonia de leprosos en hospitales y mandó quemar los restos del viejo convento en el que se alojaban. Sin embargo, sus esfuerzos respecto de un nuevo asentamiento todavía no habían tenido éxito. Andrej no estaba seguro de que algún día los tuvieran. El hombre ignoraba que allí había que olvidar cosas mucho peores que un par de docenas de muertos vivientes.

El terreno del convento era un paisaje pesadillesco de muros reventados por encima de los cuales proliferaba la naturaleza indómita. Incluso en torno a las cuatro paredes y los restos de las torres crecían enredaderas que cubrían las ruinas con cascadas de flores blancas, amarillas y azules. Andrej no desmontó. Había detenido el caballo donde en el pasado se encontraba la puerta del convento. Durante un instante de desconcierto, le pareció notar el frío de una temprana granizada y ver a un niño pequeño huyendo del convento. Sacudió la cabeza y el espejismo se desvaneció, pero los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en su hijo, el joven que no guardaba el menor parecido con él ni con la mujer a la que había dado sepultura, y se sintió profundamente agradecido de que Wenzel aún no hubiera experimentado ninguna de las horrendas despedidas que habían marcado la vida de Andrej.

El camino de Brno a Braunau no pasaba imprescindiblemente por Podlaschitz, pero Andrej decidió que merecía la pena hacer el desvío. En el peor de los casos, Cyprian y el cardenal Melchior se verían obligados a aguardarlo durante un día en Adersbach, desde donde los tres pensaban recorrer el último trecho hasta Braunau. Andrej tenía que cerciorarse de que Podlaschitz formaba parte del pasado.

Podlaschitz era el pasado. El Mal había proseguido su viaje, hacía ya decenios. Lo único que Andrej percibió fue la tibia brisa primaveral; lo único que oyó fue el murmullo de los insectos y el canto de las aves que anidaban en las ruinas del convento. Un día la vida regresaría a ese lugar.

Andrej hizo que su montura diera media vuelta y se alejó al trote, aliviado por haberse despedido de ese lugar en el que un monje emparedado había invocado al diablo con el fin de conservar el saber del mundo, pero también apesadumbrado porque sabía que una parte de él permanecería allí.

De no haber estado tan ensimismado, tal vez habría reparado en la presencia del hombre que ya lo seguía desde Brno a gran distancia.

—De acuerdo —dijo Melchior Khlesl—. Quizá sea lo más sensato. Permíteme que permanezca aquí y vuelva a disfrutar de la hospitalidad de los señores de Adersbach.

El obispo indicó las ruinas situadas en la cima de la colina boscosa en la que habían acampado. Las ruinas habían sido un castillo hasta que el tiempo acabó con su estirpe y las guerras husitas con el edificio. Uno podía confiar en el cardenal Melchior Khlesl cuando se trataba de descubrir un viejo montón de escombros donde poder reunirse sin ser molestado.

—No hay problema —dijo Cyprian, y ajustó la cincha de la silla de montar. Nunca le había gustado confiar en que el destino evitara que cayera del lomo de un caballo—. Tú tienes cosas que hacer. Espero que no se te acabe la tinta.

—Y si se acabara, seguiré escribiendo con mi sangre —replicó el cardenal, sin alzar la vista siquiera.

Estaba sentado como un general en medio de su estado mayor, rodeado de hojas y pergaminos sujetos mediante piedras para evitar que la brisa los arrastrara, dirigiendo la guerra de las instrucciones, réplicas y órdenes. Al parecer, su confianza en sus propios funcionarios estaba tan profundamente quebrantada que incluso se había llevado su correspondencia durante el viaje. Cyprian suspiró para sus adentros.

—Ten cuidado, no vaya a ser que te distraigas y comas una piedra por error.

Melchior Khlesl lo contempló con el ceño fruncido.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Quien le pega un mordisco a una esponja es capaz de cualquier cosa.

El anciano cardenal cogió una piedra y la sopesó.

—Y tú cuida de que no te arroje esta comida.

—Regresaré cuando caiga la noche. Espero que con Andrej.

—Un día de retraso no significa nada —dijo el cardenal Khlesl, y estampó su firma en un documento.

—Sin duda —dijo Cyprian mientras montaba, aunque en el fondo estaba tan escasamente convencido de ello como su tío.

Mientras conducía su caballo a través del laberinto de ruinas, figuras gigantescas y pétreas imágenes legendarias a lo largo de las cuales se extendía el camino, los pensamientos de Cyprian recorrían senderos desconocidos. Durante el camino de ida había intentado volver a encontrar el lugar donde Andrej los había abandonado a él y a Agnes, para ir a encontrarse con la muerte en su lugar; pero ya no logró encontrarlo. Las ciudades de las rocas, tal como los nativos llamaban a esa comarca (que por otra parte evitaban siempre que les resultaba posible), supusieron una catarsis para Cyprian. Se preguntó si habría convencido a su tío de hacer un alto en el camino en ese lugar si de todos modos no hubiese quedado de paso. Alzó la vista y contempló los rostros de gnomos y las fantásticas fachadas de castillos, la clavó en los ojos de héroes y mujeres petrificadas por el amor. Resultaba asombroso que en los últimos veinte años jamás se hubiera propuesto viajar hasta allí.

Las aves cantaban en las copas de los árboles. Percibió algo similar al olor a humo, pero era tan tenue que bien podía tratarse del aroma de la resina secada por el sol. Aguzó el oído. Las aves seguían trinando alegremente, proclamando que la vida era breve y que había mucho que hacer. Cyprian se encogió de hombros y siguió cabalgando.

—Se ha detenido —siseó el hombre de la narizota—. Maldición, lo ha olido.

—Mierda —masculló su acompañante, un calvo.

—Te lo advertí: no enciendas el fuego. Pero no, tuviste que...

—Cierra el pico. ¿Qué está haciendo el bellaco?

El narizotas se asomó al exterior del hueco situado a media altura de una enorme roca hasta que avistó el camino entre los troncos de los árboles. Un jinete se encontraba en medio del camino, con la cabeza ladeada.

—Aguza los oídos —dijo el narizotas.

—Pero a esta distancia no puede oírnos, ¿verdad?

—No, no puede —contestó el narizotas, aunque no del todo convencido.

—¡Joder! ¿Por qué regresa el bellaco?

—Y yo qué sé. Ojalá no hubieras encendido el fuego.

—Ayer me pasé todo el día olisqueando el asado que preparaban esos dos hijos de la gran puta. Y nosotros tuvimos que conformarnos con queso duro y gachas de avena. ¡Tenía un hambre de mil demonios, hombre!

—Al menos podrías haber aprovechado para meterte las gachas en la cabeza, así tendrías algo en la mollera.

—¡Cierra el pico!

El narizotas volvió a deslizarse dentro del escondite.

—¡Sigue cabalgando! —susurró.

Lentamente, el calvo cogió su ballesta y el narizotas alzó las cejas. El calvo le dirigió una mirada pensativa.

—Dijeron que se trataba del cardenal, ¿verdad? Antes de que el tendero nos descubra y nos meta bronca acabaré con él.

Tendido en el suelo, el calvo apoyó un pie en la estribera y tensó la cuerda de la ballesta. La madera se curvó y soltó un chasquido tan sonoro como un disparo de mosquete. Los dos hombres contuvieron el aliento. Las aves no interrumpieron su canto y de pronto una gota de sudor brilló en la frente del

narizotas. El calvo siguió tensando la ballesta y la madera volvió a crujir. La cuerda estaba tan estirada que casi pudo engancharla en el gatillo. Los brazos del calvo temblaban debido al esfuerzo, los labios del narizotas formaron una «o» al tiempo que su compinche seguía tirando. La cuerda quedó sujeta detrás del gatillo y se produjo otro chasquido. El narizotas parpadeó: ignoraba el ruido que hacía una ballesta al tensarse. El calvo espiró lentamente y apartó la mano de la cuerda tensa. Las articulaciones de los dedos soltaron un crujido y el narizotas se sobresaltó.

—¿Cuál es la situación? —murmuró el calvo en medio del repentino silencio.

El narizotas volvió a asomarse. Vio que Cyprian se acercaba lentamente y oyó que canturreaba en voz baja.

—El muy imbécil no se ha dado cuenta de nada.

—Te digo que todo eso que nos dijeron de ese individuo es una exageración. Es igual a todos los demás.

—¡Chitón!

—¿Qué pasa?

—Ya no lo veo. Está detrás de los árboles. Cállate, así oiremos si vuelve a detenerse.

El narizotas trató de atisbar por entre el tupido bosque, al tiempo que su compinche permanecía tendido de espaldas junto a él, aguzando los oídos con la boca abierta. Oyeron los lentos golpes de los cascos que se aproximaban sin prisa, acompañados del canturreo de Cyprian. El calvo asintió con la cabeza y el narizotas sonrió. Entonces los pasos se apagaron, la sonrisa del narizotas se esfumó y el calvo puso los ojos en blanco con expresión furibunda.

—¿Y ahora qué? —preguntó el calvo, articulando las palabras sin llegar a pronunciarlas.

El narizotas se encogió de hombros. El calvo se tendió boca abajo, se asomó y alzó la ballesta. Los pájaros gorjeaban y trinaban. El caballo permaneció inmóvil y los dos hombres se miraron.

Después oyeron un suave y prolongado chapoteo, seguido de un gemido de alivio. El jinete invisible carraspeó, escupió, tosió e hizo todo lo habitual tras haberse aliviado y sentirse mejor, antes de volver a montar soltando un gruñido. El caballo dio unos pasos para retomar el mismo trote lento y rítmico anterior. El narizotas se dio cuenta de que había contenido el aliento durante todo ese tiempo y lo soltó con un siseo.

—Ha echado una meada —susurró el calvo en tono incrédulo y volvió a ponerse a cubierto—. Ojalá se le caiga el rabo.

El narizotas atisbó el camino entre los troncos de los árboles, pero no vio nada y procuró encontrar un ángulo visual mejor. El caballo avanzaba con tanta lentitud que se preguntó si el jinete no se disponía a desmontar y seguir haciendo sus necesidades. Por algún motivo, la idea le hizo gracia y resopló. El calvo lo miró con aire interrogativo. El narizotas meneó la cabeza y reprimió la risa.

Entonces se dio cuenta de que si se inclinaba hacia delante en el ángulo correcto podía divisar el camino entre dos ramas. Entornó los ojos y el jinete se acercó a ese punto. El narizotas le hizo una señal al calvo y este volvió a asomarse, descubrió el hueco y alzó la ballesta. Se lamió un dedo para comprobar de dónde soplaba el viento, desplazó la ballesta ligeramente a la izquierda y apuntó al hueco. El narizotas ya había observado la mortífera precisión con que su compinche manejaba el arma. Cyprian Khlesl estaría muerto antes de que acertara a descubrir el significado del chasquido de la cuerda.

El calvo apoyó el pulgar en el gatillo y ambos oyeron los lentos pasos del caballo.

—Adiós, tendero —musitó el calvo—. Nunca regresarás de este viaje.

El caballo de Andrej relinchó y piafó unos instantes. Él tiró de las riendas. Merecía la pena disponer de una montura bien adiestrada cuando uno viajaba solo con tanta frecuencia como él. Su corcel había venteado otro caballo. Andrej miró en derredor, pero lo único que distinguió fueron árboles y rocas. Durante casi todo el trayecto el camino que se extendía ante él había estado prácticamente desierto; claro que no se había detenido para arrodillarse a un lado de su cabalgadura y hurgar en un montón de estiércol. En cierta ocasión, un soldado le había dicho que si uno deshacía el estiércol podía reconocer si era fresco o no, y que si uno lo lamía, también podía descubrir si el caballo había comido heno o avena. La avena indicaba que el jinete al que uno perseguía era pudiente y que, por lo tanto, no había motivos para temerlo. Andrej confió en que nunca se encontraría en situación de tener que evaluar el posible peligro que le aguardaba comprobando el sabor de la mierda de caballo.

Agitó las riendas y su montura siguió avanzando, aunque más lentamente que antes.

Andrej se había apresurado, pero no logró recuperar el día de atraso. Su cabalgadura estaba cansada, él también, y a ello se añadían las rozaduras en las nalgas y una ausencia total del deseo de seguir cabalgando. Era de suponer que, tras cuatro años como socio viajante de un comerciante, ya estaría acostumbrado, pero Andrej era un hombre de ciudad y siempre lo había sido. Los primeros años, cuando sus padres aún vivían y habían recorrido el país de un extremo al otro al servicio de la «única ciencia verdadera» (cuando el tema de conversación era la alquimia, su padre solía emplear términos más pomposos que de costumbre), le habían causado menor impresión que los años de crianza en el arroyo de Praga. Uno podía convertirse en un hombre de ciudad incluso cuando lo único que veía de esta eran las zonas próximas a las murallas, los patios traseros de los burdeles baratos y las callejuelas en las que los menos favorecidos entregaban su cuerpo para atender sus necesidades...

siempre que no se vieran obligados a dejar que lo utilizaran sin que ello supusiera el menor provecho, simplemente porque el otro era más fuerte, más despiadado o un miembro influyente del consejo. Él mismo no sabía muy bien por qué había aceptado convertirse en el socio viajero de la sociedad Khlesl & Langenfels. Tal vez se debiera a que, tras la muerte del emperador Rodolfo, lo invadió la urgente sensación de que por fin había llegado la hora de escapar de una jaula, cuyos barrotes consistían en el permanente recitado de su primer y no premeditado encuentro con la Biblia del Diablo. A partir de entonces nunca dejó de correr. Entre tanto, Wenzel tenía la misma edad que había tenido él en el pasado, cuando lo robó del orfanato y luego únicamente pudo regresar junto al cadáver de la mujer con la cual —además del niño— quiso buscar sus raíces. Tal vez solo se limitó a seguir corriendo porque temía enfrentarse al recuerdo de Praga flanqueado por el joven por el cual había arriesgado la cabeza y cosechado cenizas.

Se dio cuenta de que el caballo se había detenido y, sorprendido, pensó que durante los últimos cien pasos no había prestado la menor atención al entorno. Suspiró y volvió a azuzar a su cabalgadura.

Entonces oyó el chasquido característico de una ballesta al ser disparada.

De repente, el narizotas contuvo el aliento al ver un movimiento en el hueco entre los árboles. El caballo de Cyprian atravesó el punto con la cabeza medio gacha, avanzó dos o tres pasos y un instante después volvió a desaparecer.

El narizotas miró fijamente al calvo. Este aún tenía el dedo apoyado en el gatillo, pero no había disparado; alzó el pulgar con gran lentitud y devolvió la mirada a su compinche. Tenía los ojos muy abiertos. El narizotas se volvió bruscamente y trató de divisar otro tramo del camino. El caballo...

Oyó los tres sonidos casi al mismo tiempo: el chasquido de una piedra golpeando contra un cráneo, el más agudo del disparo de la ballesta, y el sonido del proyectil clavándose en un tronco diez pasos más allá.

Totalmente aterrorizado, el narizotas se tendió de espaldas y tanteó en busca de su cuchillo. Literalmente a un tiro de piedra de distancia, Cyprian Khlesl estaba de pie sobre una roca y lo saludó con una cordial inclinación de la cabeza mientras sostenía otra piedra en la mano.

¡El caballo carecía de jinete!

El narizotas solo oyó el golpe, esta vez mucho más próximo, en realidad justo entre ambos ojos. Y si llegó a ocurrir algo más, él ya no lo oyó.

Andrej se deslizaba subrepticamente por el bosque junto al camino. Los árboles crecían tan juntos que el sendero serpenteaba en torno a ellos y las ramas más altas formaban un dosel. El sendero avanzaba desde el sur, penetraba en la ciudad de las rocas y volvía a surgir hacia el noreste. Alrededor de una milla en torno de la entrada y la salida se habían tomado la molestia de talar los árboles. Sin embargo, en el corazón del laberíntico terreno el camino casi desaparecía y la naturaleza se enseñoreaba del lugar. Después del invierno y tras cada tormenta veraniega u otoñal la senda permanecía intransitable durante días, hasta que los escasos viajeros se ponían manos a la obra y quitaban las ramas, los árboles caídos y las rocas desprendidas.

Andrej había dejado su montura más allá. Sabía que escaparía ante cualquier desconocido y que de lo contrario lo esperaría allí. Acercarse a caballo sin hacer ruido hubiera resultado imposible. Entornó los ojos y procuró penetrar en el paisaje con la mirada; más allá, los troncos de los árboles se elevaban en torno a un promontorio rocoso redondeado y resquebrajado del tamaño de un pequeño castillo, hasta un punto donde ya no había tierra donde pudieran arraigar. Por detrás se elevaban las rocas grises y predominaban por encima de las copas de los árboles como puños erectos, fantasiosas figuras gigantescas o macizas almenas, según la disposición del observador. Allí medio ejército podía estar emboscado y, si sus sospechas eran ciertas —un extremo que casi estaba confirmado por la petición del cardenal Melchior Khlesl de que los acompañara a él y a Cyprian a Braunau—, no se habría sorprendido de que ese fuera precisamente el caso. Andrej se encogió de hombros. ¿Un ejército de monjes negros? En cierta ocasión, el cardenal Melchior había comentado, como sin darle importancia, que los custodios ya no existían bajo la forma en la que el abad Martin había dejado que se pervirtiesen. En cuanto a Andrej, seguiría desconfiando de cualquiera de esos bellacos aunque este lo salvara de morir ahogado.

Se acercó al castillo de rocas por detrás, trazando una amplia curva y procurando avanzar en silencio. Cuando la primera muralla se elevó ante él, aflojó el cuchillo que guardaba en el cinturón; la hoja pequeña y estrecha que había llevado escondida durante su primera juventud había sido reemplazada hacía tiempo. En la actualidad poseía un puñal con el que un viajero no solo tenía una auténtica oportunidad de llevarse al infierno a un par de salteadores de caminos durante un atraco, sino también de extraer las piedras de los cascos de su caballo, cortar leña, escarbar un hueco a modo de letrina y cortar un buen bocado de carne asada en el mesón.

El ascenso resultó fácil, incluso para un hombre con los miembros entumecidos tras una larga cabalgada y que no dejaba de preguntarse por qué siempre volvía a encontrarse en situaciones como esa. Había notado que en la pared de rocas que daba al camino había una suerte de profunda galería situada a media altura, un escondite ideal para cualquiera que acechara desde allí y confió en poder aproximarse a dicho escondite desde un lado inesperado.

Entonces él también captó el olor a caballerías. Una parte de la pared posterior de la roca era cóncava y formaba algo similar a una chimenea abierta a un lado. Allí había tres caballos. Andrej sonrió: no se había equivocado. ¿Qué debía hacer a continuación? Tres contra uno... Sopesó el puñal con expresión pensativa.

Siguió trepando en silencio unos minutos más y se encontró por encima de un hoyo en la roca, tratando de contener la respiración. Una pequeña hoguera apagada, mantas, bolsas y, allí donde el borde del hoyo caía hacia el camino, dos hombres, el uno tendido junto al otro, que parecían mantener la vista clavada en el sendero. Andrej aferró el puñal y de pronto el sudor le humedeció la palma de la mano. Intentó descubrir al tercer hombre, pero no lo logró. Dio un paso vacilante para afirmarse mejor y poder atisbar.

Por encima de su cabeza un arrendajo empezó a graznar, como si lo hiciera adrede. Uno de los hombres dio un respingo, volvió la cabeza y Andrej descubrió que tenía un chichón azul rojizo en la frente.

Una mano aferró la suya, la mano en la que sostenía el puñal.

—¡Buuu! —susurró una voz junto a su oído.

—Si me hubiera meado en los pantalones, tendrías que prestarme los tuyos —dijo Andrej.

—Llevo veinte años esperando la oportunidad de hacerte pagar por aquello —masculló Cyprian con una sonrisa maliciosa—. No me pude resistir.

—¿Pagar por aquello?

—Lo que pasó junto al terraplén del arroyo ante el convento de Podlaschitz, cuando de pronto me soltaste una parrafada.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En otra vida —confesó Cyprian, y su sonrisa se borró.

—¿Cuánto hace que me esperas?

—Una o dos horas.

—Me sorprendió que contestaras tú mi mensaje, y no el cardenal.

—Sí, y eso que el mensaje estaba dirigido directamente a él.

Andrej guardó silencio.

—Así que nuestro agente comercial de Brno... Vaya, vaya..., ese viejo mete las narices en todas partes, ¿verdad?

—De momento, cree que habrá de volver a meterlas en la Biblia del Diablo. ¿Y tú qué opinas, mi viejo amigo?

Andrej se encogió de hombros sin responder. Cyprian inspiró y espiró lentamente y adoptó una expresión lúgubre.

—Si aún se encuentra en Braunau —dijo Andrej—, sabremos que tu tío y yo nos equivocamos.

—Vaya.

Andrej apartó las escasas pertenencias de los salteadores de caminos. Cyprian ya las había registrado y expuesto ante Andrej en silencio.

—Las monedas están acuñadas en Praga —dijo Andrej—. Aunque eso no significa nada.

—Oí lo que decían esos bellacos. Son de Praga y supongo que nos siguieron a Melchior y a mí desde el principio.

—¿Comentaron quién los envió?

—¿Por qué habría de enviarlos alguien?

Andrej contempló a Cyprian con fingida compasión. Este sonrió.

—De acuerdo —concedió—. No nos siguieron hasta aquí solo porque antes no encontraran la oportunidad de robarnos, desde luego.

—¿Qué dijeron?

—¿A excepción de una ristra de insultos que ni siquiera una vieja monja de convento sería capaz de superar?

Andrej dirigió la mirada a los bandidos. Él y Cyprian se encontraban al otro lado de la hoguera apagada y conversaban en voz baja, para que los otros dos no oyeran lo que decían. Los hombres se habían vuelto y les lanzaban miradas de odio. Cyprian los había atado de pies y manos.

—¿Piensas torturarlos? —preguntó Andrej en voz alta. Entonces vio que los dos hombres parpadeaban y reprimió una sonrisa.

—Como siempre, mis únicas armas son mis manos —replicó Cyprian.

Andrej alzó su puñal y su compañero suspiró.

—¿Cuándo aprenderás que no es necesario ir por ahí arrastrando media herrería?

—Cuando pese treinta libras más y tenga los brazos como troncos de árbol —contestó Andrej—. Es decir, cuando sea como tú.

—Pues no empeorarías en absoluto.

Intercambiaron una sonrisa.

—Estos dos no soltarán prenda si no los ayudamos un poco —gruñó Cyprian—. Son duros de pelar. Quien los escogió, escogió bien.

—¿Qué hacemos con ellos?

—De momento, los dejaremos aquí y nos los llevaremos cuando regresemos. A lo mejor se les suelta la lengua en el camino. Quizás el tío Melchior logre convencerlos. Es muy convincente.

—¿Cuánto falta para llegar a nuestro punto de encuentro?

—Poco. Seguro que ayer esos dos oyeron lo que decíamos, si se turnaron.

—¿Y lo que pudieron oír era importante?

—Solo cotilleos de Praga —respondió Cyprian—. Quién está de parte del emperador y quién de parte del archiduque Fernando; cuál de los señores de los estamentos protestantes es un cobarde que en cualquier momento se convertiría al catolicismo y cuál de los señores católicos ya ha entablado conversaciones con los protestantes acerca de una conversión.

—¿Cómo se encuentra Wenzel?

—Gracias a Dios, no se parece a ti.

Cyprian le pegó un golpe suave en el antebrazo; le pareció que la pregunta de Andrej tenía un significado más profundo que de costumbre y lo conocía lo suficiente como para saber que tendía a cavilar más de lo que le convenía.

—Ha cumplido veintitrés años —dijo Andrej con lentitud—. Nuestra pequeña familia pronto se dispersará.

—Hasta fin de año se ha comprometido a trabajar como escribiente para Khlesl & Langenfels. Puede que todavía confíe que tú lo lleves contigo en tus viajes. No comprendo por qué no lo haces. Un asistente te vendría bien y la empresa necesitará un sucesor cuando te hayas vuelto viejo y gordo.

—Lo sé. Pero no quiero involucrarlo en esta vida inconstante. Quiero que pueda arraigarse, algo que yo jamás he logrado.

Cyprian contempló a su amigo con la habitual mirada serena.

—Aún no se lo has dicho.

Andrej negó con la cabeza.

—Cometes un error, Andrej. Pero eso ya te lo dije hace veinte años.

—Y yo ya te dije hace veinte años que mi decisión al respecto, pese a nuestra amistad, no te incumbe en absoluto.

—A mí todo me incumbe —replicó Cyprian en tono cordial, pero Andrej reconoció el mensaje subyacente: cuando se trataba de las personas a quienes pertenecía su corazón, esa afirmación iba muy en serio.

—No sé cómo decírselo —replicó Andrej—. Y ahora menos que nunca.

—Sí, con los años se vuelve cada vez más difícil.

—Algún día llegará el momento idóneo. Para mí y para Agnes también resultó...

—¿Y quieres que para él sea igual de difícil? No le haces ningún favor a Wenzel, Andrej. Si a mí no me haces caso, al menos presta oídos a tu hermana menor.

—¿Cómo quieres que le confiese esa espantosa historia, Cyprian? ¿Qué he de decirle: oye, hijo mío, en realidad te robé de un orfanato cuando ya estabas medio muerto, para entregarte a la mujer que amaba, pero que por desgracia ya había sido asesinada por dos monjes negros?

—Sabes que Agnes y yo siempre te apoyaremos. Todos estamos metidos en esta historia y Wenzel es el último hilo sin anudar de todo el tejido.

—Te equivocas —dijo Andrej—. El hilo aún sin anudar es la propia Biblia del Diablo. Y siempre lo será, hasta que alguien consiga quemarla.

—No puedes quemar una idea —adujo Cyprian—. Es más probable que la idea nos queme a nosotros.

Antes de caer presa de la vacilación, Filippo había llegado hasta el gran linde boscoso entre el oeste del imperio y las comarcas bohemias. La ciudad que alcanzó lo sorprendió debido a su perfección arquitectónica y topográfica: una fría belleza entre colinas que olían a tierra fresca, una obra de arte compuesta de fachadas multicolores, torres, el recorrido de aspecto juguetero de las murallas por encima de las laderas y el sereno conjunto del castillo posado en la colina junto al impresionante edificio de la catedral, unidos por el resplandeciente trasfondo verde y primaveral de los bosques que cubrían las colinas que se alzaban al este.

Allí incluso la convivencia entre católicos y protestantes parecía desarrollarse de forma más o menos pacífica. La mayoría papista contemplaba a los protestantes que habitaban dentro de sus murallas con sosiego y no permitían que su presencia les arruinara su natural tendencia a los negocios. Al parecer, los protestantes llegaron a esta conclusión: que el deber divino de una minoría no suponía conspirar contra la mayoría hasta que la primera se extinguiera o lograra convertir a esa minoría en mayoría, y luego someter a esa nueva minoría más violentamente de lo que esta jamás la había sometido siendo mayoría.

La desconcertante posibilidad de que la fe en Dios, en Cristo y en la Iglesia pudiera suponer una alternativa perduró durante casi toda una tarde. Después Filippo cometió el error de dirigirse a la catedral para orar.

El interior de la inmensa nave estaba casi desierto. Al cabo de una hora comenzaría la misa vespertina, de manera que no había ninguna razón aparente para encontrarse en la iglesia en ese momento. Filippo inspiró el aroma de las velas y dejó que el hálito a incienso que flotaba en la nave y también el retumbo —que el inmenso espacio parecía generar casi por sí mismo— surtiera su efecto, cerró los ojos y percibió la belleza y la pureza de un edificio erigido para mayor gloria de Dios en la Tierra. Ante un altar lateral estaban arrodilladas una madre y una niña, y la mujer lo miró de

soslayo. Él la saludó con la cabeza y ella le devolvió el saludo. La niña estaba sumida en sus plegarias, movía los labios y Filippo no logró reprimir una sonrisa. Avanzó hasta un lugar junto a una columna, se arrodilló y empezó a rezar, todavía abrumado por la repentina desaparición de su cinismo y su desorientación en ese lugar.

Había párrocos que, al pisar una iglesia desconocida, lo primero que hacían era inspeccionar el altar y tratar de comprobar lo que el colega había hecho peor que ellos mismos en su propia iglesia. En cierta ocasión, en Santa Maria in Palmis, Filippo había sorprendido a un clérigo desconocido limpiando la copia de las huellas de los pies de Jesucristo con un cepillo y soltando gruñidos de desaprobación. Filippo abandonó la iglesia sin hacer ruido y aguardó hasta que el hombre volvió a desaparecer y luego —tras titubear un momento— se había limpiado las suelas de los zapatos en el relieve engastado en el suelo hasta que las huellas quedaron aún más sucias que antes. Unas horas después lo invadió el arrepentimiento, claro está, y él mismo cogió un cepillo y limpió la mala copia de una falsificación igual de mala.

En este sentido Filippo no era como el desconocido párroco que visitó Santa Maria in Palmis. Su lugar junto a la columna se encontraba al borde de la nave; desde el altar principal nadie advertiría su presencia y él consideró que estaba bien así. De pronto notó un movimiento a su lado, alzó la vista y se sorprendió al ver a la niña de la capilla lateral. Tenía el rostro sucio, llevaba un vestido raído y lo contemplaba en silencio. Tendría diez años como mucho, una criatura flaca surgida de alguna callejuela cercana a las murallas. Un esbozo de sonrisa le recorrió el rostro sin llegar a iluminar su mirada. No obstante, Filippo se sintió obligado a devolvérsela. Se preguntó si no sería una deficiente mental que solo se había acercado a él porque lo tomaba por una de las siete maravillas del mundo... no muy distinto del escarabajo aplastado que quizás había encontrado de camino a la iglesia, o del polvo que danzaba en un haz de luz del atardecer y que la niña no tardaría en descubrir a la derecha del confesionario de madera oscura. Durante un instante Filippo casi sintió envidia de un alma a la que todo le parecía maravilloso y creyó comprender las palabras de Jesús: *Beati pauperes spiritu...*

La niña se llevó un dedo a los labios. Filippo sonrió y la imitó. Ella alargó un brazo hacia él y, al ver que no reaccionaba de inmediato, le tomó una mano y tiró de él. Filippo se puso de pie y, desconcertado, buscó a la madre de la niña con la mirada, pero la mujer estaba sumida en sus plegarias. ¿Debía llamarla a través de media nave de la catedral? En silencio, la niña lo arrastró

hasta el confesionario y de pronto Filippo comprendió: la pequeña había descubierto el haz de luz y la lenta danza de las partículas de polvo, y quería compartir ese descubrimiento con él.

—Dios obra sus milagros en todas partes —susurró, aunque sabía que la jovencita era incapaz de comprender sus palabras.

De espaldas, la pequeña atravesó el haz de luz que hacía brillar sus cabellos y su cara y disimulaban la mugre. Después chocó de espaldas contra el confesionario, le soltó la mano, se volvió y abrió la puerta del lugar destinado al sacerdote. Sus movimientos eran tan seguros como si ya lo hubiera hecho miles de veces.

—No puedo escuchar tu confesión... —empezó a decir Filippo, y se volvió en dirección a la madre en busca de ayuda.

La pequeña entró en el confesionario de espaldas. Filippo extendió el brazo para evitar que cometiera ese sacrilegio. La niña le dirigió otra tensa sonrisa desde la oscuridad del confesionario, se agachó, se quitó el vestido con un único movimiento, lo dejó caer, se sentó en el banco, abrió las piernas y dobló las rodillas. Alzó un dedo y le indicó que se acercara. Estaba completamente desnuda.

Filippo sintió náuseas. Era como si el suelo de la iglesia se hubiera convertido en arenas movedizas. La niña agitó las caderas de manera elocuente, encogió las rodillas aún más y sus gestos se volvieron más insistentes.

A Filippo le temblaban las rodillas y notó que daba un paso adelante como si estuviese en trance. Aún tenía el corazón desbocado; se encontraba directamente ante la puerta del confesionario bloqueando el interior. Las sombras se volvieron más profundas y convirtieron a la niña en una figura iluminada por una luz tenue. La pequeña se llevó el pulgar a la boca y Filippo se dio cuenta de que no lo miraba a él, sino a través de él, a un lugar que solo ella podía alcanzar y que Filippo deseó no conocer jamás. El párroco entró en el confesionario, la agarró de las muñecas, la levantó, señaló el vestido arrugado en el suelo y le indicó que volviera a ponérselo; luego salió tropezando y cerró la puerta. Vio que la madre de la niña daba un respingo sin llegar a volverse.

Al cabo de un momento la niña salió, tironeando de su vestido y con el ceño fruncido. Filippo la tomó de la mano y se acercó a su madre: era como si tuviese que recorrer una milla entera.

Cuando él se detuvo a su lado con la niña, la mujer alzó la vista y el odio que destilaba su mirada lo golpeó como un chorro de agua helada, una

sensación que no hizo más que empeorar al ver la horrenda sonrisa que se esforzó por lanzarle.

Filippo empujó a la niña hacia ella, hurgó en el talego y extrajo un puñado de monedas sin mirarlas. Ella las aceptó sin titubear. Filippo señaló a la niña y después a ella, meneó la cabeza e indicó la puerta de la iglesia. Ella lo contempló mostrándole los dientes, luego se puso en pie y arrastró a la pequeña consigo sin saludarlo. Filippo las siguió con la mirada hasta que salieron del templo. Lo único que pudo hacer fue permanecer de pie, y eso ya le resultó bastante difícil. La horrorosa comprensión de lo que significaba la actitud de la niña se arremolinaba en su cabeza, confundida con otra idea: que el aparentemente inocente contacto visual entre Filippo y la madre en realidad había supuesto una evaluación de un posible cliente por parte de una celestina. Y al final comprendió que la madre había interpretado su limosna bienintencionada como un indicio de que había abusado de su hijita en el confesionario... y que todos sus ademanes inocentes habían sido malinterpretados como la aceptación de un ofrecimiento por el cual, hasta hacía un instante, habría jurado que solo la más abominable de las almas perdidas podría haber sentido interés.

Pues, en efecto: la madre no habría acudido a la iglesia de no haber sabido que su negocio sería fructífero.

Recordó el odio que destilaban los ojos de la mujer y —aún peor— la mirada vacía de la niña que contemplaba su propio infierno. Era más de lo que su estómago podía soportar.

Filippo se lanzó fuera de la catedral, dio unos pasos tambaleantes y luego cayó de rodillas y vomitó en el empedrado una y otra vez, una materia caliente y amarga como si alguien lo obligara a expulsar lo que acababa de experimentar mientras en lo más profundo de su ser una voz clamaba misericordia, porque hasta las arcadas más violentas nunca lograrían eliminar el sabor de dicho recuerdo al tiempo que las lágrimas se derramaban de sus ojos.

Después de unos momentos logró incorporarse. Era como si tuviera un agujero en el vientre que casi le impedía erguir el torso. Poco a poco se dio cuenta de que pequeños grupos de personas se acercaban, se apartaban ante él y el charco maloliente, y volvían a unirse para entrar en la catedral. La misa vespertina comenzaría de inmediato.

Entonces comprendió que eso que había tomado por serenidad y tolerancia en realidad suponía una cultura que consistía en mirar hacia otro lado... De la misma manera que todos habían apartado la vista de él, un

sacerdote arrodillado ante su propio vómito, también lograrían apartarla de cosas todavía peores. Al día siguiente otro clérigo estaría arrodillado en otro lugar vomitando hasta las entrañas, tal vez de espanto, pero más probablemente a causa de un exceso de vino. Y la madre y su hija también volverían a estar allí y alguien envuelto en una sotana aceptaría el ofrecimiento, se dirigiría al confesionario y arrojaría un alma infantil más profundamente al abismo y condenaría su propia alma a la eterna perdición. Y todos volverían a mirar hacia otro lado. El odio en la mirada de la madre estaba dirigido contra todos: contra los hombres que abusaban de su hija, contra el mundo que permitía que ello sucediera y contra sí misma, por no tener el valor de morir de hambre junto con la pequeña si no podía sobrevivir de otra manera.

En ese mundo, ¿dónde encontrar la fe, si no era la fe en el Mal?

El narizotas comprobó que, pese a su lamentable situación, se había quedado dormido. Se dio cuenta de ello porque unas leves patadas en las costillas lo despertaron y, sorprendido, parpadeó y contempló la figura que se erguía ante él y el calvo que meneaba la cabeza.

—Suéltanos, hijo de puta —dijo el narizotas, hasta que se le ocurrió que, fuera quien fuese el desconocido, tal vez sería mejor demostrar cierta cortesía. A fin de cuentas, el hombre no estaba atado de pies y manos, como ellos—. Si te parece bien.

—¿Quién os ha dejado en esta situación? —preguntó el tipo.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Fueron Cyprian Khlesl y Andrej von Langenfels?

El narizotas calló, procurando disimular que la mención de ambos nombres lo había pillado totalmente desprevenido. ¿Cómo sabía ese desconocido que...? Notó los movimientos del calvo a su lado y deseó poder intercambiar una mirada con su compinche, pero no se atrevió porque se hubiese delatado. En cambio, tras una pausa tan prolongada que habría suscitado las sospechas hasta de un limpiador de letrinas de cien años de edad y cerebro reblandecido por el metano, dijo:

—No sé de quién me hablas.

—¿Todavía están juntos, esos dos y el cardenal?

El narizotas parpadeó sin saber qué hacer. Oyó que el calvo tomaba aliento y logró pegarle un codazo en las costillas. Su compinche jadeó y reprimió una maldición. La mirada del desconocido osciló entre ambos; parecía divertido.

—A vosotros dos os lanzaron contra los Khlesl: el tío y el sobrino —dijo el hombre—. Yo perseguía a Andrej von Langenfels. Esta mañana logró esquivarme porque mi caballo perdió una herradura. Estoy seguro de que ignora mi presencia —dijo el desconocido, que se puso en cuclillas y tironeó

de las cuerdas que sujetaban al narizotas—. Tan seguro como que a vosotros os descubrieron.

—¿Para quién trabajas? —preguntó el narizotas, intentando una astucia.

El hombre sonrió. Después formó el símbolo del diablo con el índice y el meñique de la mano derecha y el narizotas se estremeció.

—Sí, mierda. Cyprian nos dio caza —dijo, y el desconocido arqueó las cejas—. Y también Andrej y sus condenados siervos —se apresuró a añadir el narizotas—. Eran seis o siete bellacos, medio ejército.

—Una vergüenza —intervino el calvo.

El desconocido asintió con expresión compasiva.

—¿Cyprian os dijo qué piensa hacer con vosotros?

El narizotas negó con la cabeza.

—Quizá quieren llevaros a ambos a Praga con ellos.

—¿Y qué? —exclamó el narizotas—. En cuanto se presente la oportunidad nos largaremos. Ellos solo son tres.

—¿Por qué dejarán su medio ejército de siervos aquí? —preguntó el desconocido en tono ingenuo.

—Sí —contestó el narizotas, amargado, y notó que el rubor le cubría las mejillas—. Por qué los dejarán aquí.

—Primero debéis hacer un intento de escapar.

—¿Qué significa eso?

—Ahora, quiero decir.

—Pues entonces suéltanos, imbécil —gruñó el calvo—, y podrás observar un estupendo intento de huida.

—¡Oh, perdón! —dijo el hombre—. ¿Dónde tendré yo la cabeza?

Sin dejar de sonreír, el hombre se agachó y aflojó un tanto las cuerdas que sujetaban las manos del narizotas. De pronto sintió que la sonrisa del desconocido le helaba las entrañas cuando el hombre cogió la cuerda que le sujetaba los pies.

—¡Eh...! —exclamó el narizotas, y quiso añadir que él mismo se encargaría de desatarse los pies.

Entonces el hombre se enderezó abruptamente, tiró de los pies del narizotas, lo hizo girar y el prisionero notó que su cuerpo empezaba a moverse y se asomaba al borde del hoyo. Estiró las manos aún atadas y logró aferrarse. Más allá se abría un abismo de al menos noventa o cien metros de profundidad. El narizotas pataleó, pero con los pies atados no logró encontrar un apoyo y se dio cuenta de que sus manos medio entumecidas comenzaban a aflojarse.

Todo ocurrió en unos instantes. El calvo ni siquiera pudo soltar un grito de sorpresa, directamente lanzó un alarido y el narizotas vio que el desconocido obligaba a su compinche a ponerse de pie, cortaba las cuerdas que lo maniataban, le pegaba un puñetazo en el estómago y el calvo caía de bruces. Volvió a usar el cuchillo para cortar las cuerdas que le sujetaban los pies y, mientras el calvo trataba de tomar aire, el hombre le pegó un empellón y el prisionero cayó hacia atrás, por encima del borde del hoyo. Durante un instante, el narizotas creyó ver su expresión completamente desconcertada y después oyó un ruido muy similar al que produciría un saco de harina al soltarse del aparejo de carga y reventar contra el suelo tres plantas más abajo.

El rostro del desconocido apareció por encima del borde del hoyo; jugueteaba con el cuchillo y el narizotas se deslizó un poco más hacia abajo, clavó las uñas en la roca, notó que se astillaban y que una se arrancaba. El dolor le paralizó la mano izquierda.

—Eee... eee —gimoteó, pataleando inútilmente con los ojos y la boca muy abiertos.

—Tu amigo ocultaba un cuchillo en alguna parte y logró hacerse con él —dijo el desconocido—. Y cortó las cuerdas que os sujetaban las manos y los pies.

El hombre se inclinó hacia delante con el cuchillo en la mano. El narizotas retrocedió, se deslizó un poco más y el cuchillo cortó las cuerdas que le sujetaban las manos.

—Después tuvo tanta prisa por escapar que intentó bajar directamente por ahí y los dos caísteis al vacío. La vida es muy dura con dos idiotas como vosotros.

El cuchillo giró y el narizotas parpadeó. De pronto vio el mango del cuchillo delante de su nariz.

—Cógelo —dijo el desconocido en tono afable.

«Ya me gustaría ser tan tonto...», pensó el narizotas, al tiempo que, con el eterno reflejo del matón, del luchador callejero y del cortador de gaznates, trataba de agarrar el cuchillo. Su mano izquierda se desprendió de las piedras, el narizotas flotó un instante en el aire y lo último que oyó fue el ruido de su cabeza reventando contra las rocas mientras su alma caía y caía hasta que las sombras la devoraron.

El desconocido se enderezó, contempló el cuchillo y luego lo dejó caer. Con un tintineo, la hoja aterrizó en las piedras, entre ambos cuerpos. Vio que los ojos del calvo lo contemplaban fijamente y que boqueaba como un pez fuera del agua. Debía de haberse partido el espinazo. El desconocido se

encogió de hombros: el tiempo siempre se encargaba de poner fin a ciertas cosas, y esta vez ni siquiera tardaría mucho en hacerlo.

Al igual que él no había tardado mucho en acabar con ese par de necios que, sometidos a un doloroso interrogatorio, no hubiesen tardado en cantar detalladamente. Había bribones que pagaban cara su necesidad. Como Ravillac, por ejemplo. Y había medidas que era preciso tomar porque un espíritu más poderoso lo ordenaba, pero cuyo sentido solo se comprendía más adelante. Por ejemplo, el hecho de que le hubiera encargado a él, y no a cualquier matón descerebrado, que persiguiera a Andrej.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz recorrió cautelosamente el camino que Andrej había tomado unas horas antes, montó a caballo y siguió las huellas de los cascos, el rastro dejado por Cyprian Khlesl y Andrej von Langenfels. Lentamente, una pregunta se abrió paso en su pensamiento: cómo Cyprian Khlesl —que lo doblaba en edad— y el no mucho más joven Andrej von Langenfels, que encima era larguirucho y torpón, habían logrado someter a esos dos hombres que, al fin y al cabo, habían formado parte de lo más granado de los matones de Praga. Oyó la voz muy baja de Diana diciendo que ella apostaría su dinero por Cyprian si él y Heinrich un día se enfrentaran en combate. Apretó los dientes y trató de alegrarse del instante —que ojalá no tardara en llegar— en el que mataría a Cyprian Khlesl.

Los muchachos irrumpieron en el salón, dos risueños y alegres derviches que se abalanzaron sobre la inmóvil figura que permanecía de pie junto a la ventana, seguidos de Alexandra, quien, desde que se había apeado del carruaje, era consciente de la tensión que flotaba en el ambiente. Su madre se volvió y abrazó a los dos hermanos, quienes de inmediato empezaron a contarle lo que habían comido en Viena, las concesiones que les hicieron los abuelos y las maravillas que habían visto en la ciudad de los Habsburgo, que el emperador Matías había vuelto a convertir en la capital del imperio en cuanto había ocupado el trono. Todos los años sucedía lo mismo. Por fin la madre se enderezó y Andreas y el pequeño Melchior abandonaron el salón para reconquistar su hogar. Alexandra y Agnes permanecieron frente a frente y la primera sintió una punzada al notar la leve vacilación, tanto por su parte como por la de su madre, antes de que ambas se abrazaran. Alexandra se sorprendió al percibir la angustia de su madre y se soltó del abrazo.

—¿Dónde está padre?

—De camino, con tío Melchior —respondió Agnes con voz áspera.

—Creí que estaría aquí para recibirnos.

—Yo os he recibido, ¿no?

—Pero él sabía que regresábamos hoy...

Agnes dirigió la mirada a la ventana y de pronto Alexandra comprendió que su madre llevaba allí la madrugada.

—¿Ha ocurrido algo, madre? —dijo, y su propia voz le sonó cargada de miedo.

—Debería haber llegado ayer.

—¿Qué más da un día más o menos? Nosotros mismos tuvimos que detenernos en Brno y...

—Ni siquiera le di un beso de despedida —la interrumpió Agnes.

Alexandra suspiró. Todo era igual que siempre. Ella y sus hermanos habían dejado atrás un viaje de dos semanas, que incluía varios días

recorriendo los caminos, y su madre se preocupaba porque su padre llevaba un día de retraso. Claro que ella también estaba decepcionada; se alegraba de estar de nuevo en casa... pero para ser sincera, se habría alegrado más con reencontrarse con su padre. Hablar a Agnes Khlesl de un viaje siempre resultaba complicado. Su madre solía estropear los relatos porque a la pregunta de «¿Y qué crees que dije entonces?», siempre contestaba precisamente lo que Alexandra quería contarle, como si pudiera leerle el pensamiento. Una vez, cuando a causa de ello Alexandra se enfadó, Agnes, riendo, declaró que resultaba que ambas eran demasiado parecidas y le exigió que siguiera con el relato, «porque así tengo la sensación de volver a ser una muchacha joven y de revivirlo todo una vez más». Aunque Alexandra se había sentido halagada, a pesar de eso —o precisamente debido a dicho parecido— desde que había dejado de ser una niña pequeña se sentía más cómoda con su padre. Cyprian solía soltar un gruñido, asentir con la cabeza o chasquear la lengua cuando ella le contaba sus experiencias y le hablaba de sus sentimientos, en apariencia medio distraído pero en realidad muy concentrado, y ello le permitía tomar distancia de lo acontecido y reflexionar sobre lo que sentía. Pero en ese momento su padre estaba ausente y entonces otro parecido entre madre e hija se volvió evidente: que ambas lo echaban de menos. Una vez más, Alexandra se sentía excluida de un amor en el que se sentía como la quinta rueda de un carro y, un tanto incómoda, se preguntó si un día ella misma experimentaría sentimientos tan intensos por un hombre como para que el entorno pasara a segundo plano. Se le presentó la imagen de Wenzel y se estremeció. Después esta fue reemplazada por otra: una ligera sonrisa, cabellos rizados y ojos azules cuya mirada no se despegaba de la suya. Percibió el roce de la mano de él y cómo le separaba los dedos entumecidos.

—¿Conoces a la familia Wallenstein-Dobrowitz? —preguntó—. ¿Aquí, en Praga?

Agnes frunció el ceño, por un momento arrancada de su ensimismamiento.

—Existe un tal Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz que el año pasado atacó al emperador en un escrito y que por ello fue condenado a pagar una multa. Que yo sepa, abandonó Bohemia y ahora vive en Sajonia. ¿Por qué?

—¿Cuántos años tiene?

Agnes se encogió de hombros.

—Calculo que la edad de tu padre. No lo conozco personalmente. ¿Qué tienes que ver con él?

—Imposible —murmuró Alexandra—. ¿Tiene un hijo?

—No lo sé. Quizá tenga varios. En todo caso, ese nombre no tiene buena fama en ninguna parte. ¿Por qué es tan importante, tesoro?

De pronto el apelativo cariñoso, más que apaciguarla la irritó. Tal vez debido al tono casual empleado por Agnes al hablar del apellido Wallenstein-Dobrowitz.

—¿Adónde ha viajado padre?

Agnes guardó silencio.

—¿Madre?

—¡No es necesario que lo sepas todo! —contestó Agnes con brusquedad.

Alexandra se envaró. «Bonita bienvenida —pensó con amargura—. No he pasado ni una hora en casa y ya me chillan». No obstante, calló. Había captado el inconfundible tono de miedo en la voz de su madre y no se trataba del temor que sentía todo el mundo, el temor por la propia existencia, por el bienestar de que uno disfrutaba, por la seguridad de sus seres queridos. Era un horror causado por algo que se cernía como una sombra oscura sobre el pasado de sus padres, un temor que formaba parte del vacío que se advertía en las historias de Wenzel: una sombra que se cernía sobre todos cuantos formaban parte de la familia directa de Alexandra y acerca de la cual ni ella ni sus hermanos conocían los detalles, porque cuando hacían preguntas les decían que no era necesario que lo supieran todo y eso que era por su bien.

Alexandra también se acercó a la ventana y dirigió la mirada a la callejuela.

—Siempre se interpone entre nosotros —dijo.

—¿Qué, quién? —preguntó Agnes.

—¿Recuerdas aquel caluroso día de verano de hace un par de años, cuando recibimos un cargamento de vino y los carreteros se negaron a descargarlo, porque eran los conductores y no unos mozos?

Alexandra rememoró la escena. Seguramente en aquella ocasión se había encontrado ante la misma ventana contemplando la callejuela, solo que entonces había estado abierta debido al calor. Tras la declaración de los carreteros, su padre y su tío habían intercambiado una mirada y después empezaron a sonreír. Recordó que los dos se habían quitado la chaqueta y la camisa y se habían acercado al carro, su padre con su fornida figura y también el larguirucho Andrej.

—Padre y tío Andrej se retaron para comprobar quién de los dos sería el primero en suplicar una pausa. Cargaron con los toneles hasta la bodega casi a paso ligero y los carreteros se quedaron de piedra.

Agnes asintió con una sonrisa. Alexandra vio que su madre también recordaba la imagen de los dos comerciantes tan distintos entre sí, que con su actitud pragmática habían avergonzado a los carreteros, sin dejar por ello de divertirse. Como siempre, sintió una breve punzada al ver el amor que resplandecía en la mirada de su madre cuando pensaba en Cyprian, un amor tan profundo que ni siquiera los hijos podían compartirlo.

—Después de los primeros toneles, los carreteros decidieron ayudarlos, y después padre los invitó a comer asado y beber vino.

—Lo recuerdo. Los dos carreteros estaban tan avergonzados que ni siquiera se atrevían a mirar a Cyprian y a Andrej a la cara. Pero ¿qué te ha hecho recordar ese día?

—Cuando acabaron la tarea, fui a hablar con tío Andrej, que se lavaba en la fuente. Tenía una cicatriz en forma de cruz en el pecho.

La sonrisa de Agnes se desvaneció, al igual que se había desvanecido la de Andrej cuando la jovencita había señalado la cruz para preguntarle qué había causado esa cicatriz.

Andrej le había guiñado un ojo al decirle que en cierta ocasión le habían roto el corazón. La muchacha había notado que a su tío no le resultaba fácil bromear sobre la cuestión. Más adelante comprendió que la cicatriz formaba parte del tenebroso secreto que planeaba sobre la historia de todos ellos.

—Hoy sigue estando tan presente como entonces —dijo Alexandra—. La sombra que se cierne sobre todos nosotros. Esa sombra siempre tiene el poder de borrar la sonrisa de vuestros rostros. ¿Cuál es el secreto que se oculta en su oscuridad, madre?

Agnes bajó la cabeza.

—¡Soy un miembro de la familia, madre! ¿Por qué me excluís?

—No es necesario que lo sepas todo —repitió Agnes, y la cogió de la mano—. Solo es por tu bien.

Alexandra la miró fijamente y luego retiró la mano.

—Estoy cansada —dijo—. Voy a echarme un rato.

—Alexandra...

Alexandra prescindió de su llamada y abandonó el salón. El corazón le latía con tanta violencia que se quedó sin aliento. Estaba segura de haber reconocido el miedo de su madre con exactitud: el temor de que la sombra hubiese vuelto a entrar en su vida. Deseó que Cyprian se encontrara allí y le dijera que no se preocupara, pero la figura que apareció en su imaginación, que la abrazaba y le decía que todo había acabado no era la de su padre. Vio un rostro apuesto enmarcado por una larga cabellera, vio unos ojos azules

cuya mirada la sujetaba. De manera involuntaria, deslizó el dedo por la palma de la mano donde aún percibía un suave roce tan ardiente como helado. ¿Un apellido de mala fama? ¡Ja! Era un apellido que pertenecía a la única persona que se tomaba sus sentimientos en serio, que había hecho el esfuerzo de penetrar en ella y escucharla, mientras que su propia familia se perdía en los secretos del pasado.

Eran el nombre y el apellido de Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz y, como si de verdad la hubiese estrechado entre sus brazos, Alexandra sintió la presión de su cuerpo contra el suyo y un escalofrío abrasador le recorrió la espalda.

Una ira cada vez mayor se apoderó del abad Wolfgang Selender. Habían tenido el descaro de no dejarlo entrar en la iglesia (pero ¿qué iglesia? ¡Eso era un templo de herejes!), de cerrarle el paso en su propia ciudad y, ya ciñéndose a un punto de vista estrictamente legal, de pisar un terreno que pertenecía al convento.

—Quedaos en vuestra iglesia y nosotros nos quedaremos en la nuestra —le había dicho el burgomaestre—. Las visitas recíprocas son innecesarias.

El abad Wolfgang, consciente de que la frase del burgomaestre carecía tanto de la menor cordialidad como de cortesía, apretó los dientes.

—Vos no sois quién para prohibirme nada —siseó—. Solo sois el burgomaestre de una ciudad sometida al convento y al rey.

—Eso será válido para los católicos, pero no para nosotros. Nos hemos sometido a la administración de los estamentos bohemios.

—Eso es una sublevación abierta —replicó Wolfgang.

—No —replicó el burgomaestre con una sonrisa gélida—. Es la reacción ante la ruptura del contrato por parte del rey. Queda por ver si ello se convierte en una sublevación.

—Os estáis jugando la cabeza.

—¿De veras? Echad un vistazo: creo que más bien sois vos quien corréis peligro.

Wolfgang oyó el carraspeo del guardia que lo había acompañado. Al menos unas veinte personas se habían apostado ante el portal de la iglesia de San Wenceslao y se negaron a dejarlo pasar. Entre tanto, cincuenta más se habían unido a la turba y en ningún rostro se apreciaba una sonrisa.

—Informaré al rey al respecto.

—Antes dejadme leer el mensaje, para que pueda añadir unos cuantos insultos —dijo el burgomaestre.

El abad Wolfgang hervía de rabia. Tuvo que reconocer que allí no lograría imponerse sin correr el peligro de ser apaleado o incluso de acabar víctima de

un linchamiento, junto con el guardia. Pero eso haría que el castigo del rey cayera sobre Braunau y, dada la disposición de los protestantes, no aceptarían el castigo sin resistirse. Con el último resto de sensatez, Wolfgang se aferró a la idea de que se negaba a ingresar en la historia como el hombre que había desencadenado una desastrosa guerra religiosa en Bohemia. Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Retirarse sumisamente?

De pronto la multitud empezó a moverse. A diferencia de lo ocurrido con el abad Wolfgang, que se había visto obligado a retroceder ante el portal de entrada, la turba se dividió y dejó paso a tres hombres que se acercaban a pie desde la parte superior de la ciudad. El cabecilla de los tres, un anciano flaco, lanzaba sonrisas a diestra y siniestra y daba las gracias a la concurrencia en tono seco e irónico. Cuando un muchacho se interpuso en su camino con actitud provocadora lo agarró del brazo como si necesitara apoyarse, dio unos pasos a un lado, soltó el brazo y dijo:

—Muchas gracias, joven. Es agradable comprobar que aún hay alguien que demuestra respeto por sus mayores.

El abad no dio crédito a sus ojos cuando comprendió que el sencillo atavío negro pertenecía a un sacerdote católico y aún menos al reconocer el rostro, y se puso pálido.

El muchacho se recuperó de la sorpresa, dio un paso tras el anciano, de algún modo fue a parar entre sus dos acompañantes y tropezó. Los hombres lo sostuvieron y uno de ellos exclamó: «¡Cuidado!», y soltó una carcajada. Lo ayudaron a enderezarse y le guiñaron un ojo, pero el muchacho había palidecido y se mordió el labio. Cuando volvió a unirse a la multitud, cojeaba.

—Aquí sois tan poco bienvenido como el abad, seáis quién seáis —dijo el burgomaestre, frunciendo el entrecejo.

—Sí, me lo imagino —respondió el recién llegado—. La última vez que estuve aquí las víctimas de la peste yacían por todas las callejuelas y los únicos que aún osaban salir de sus agujeros para prestar ayuda a los desgraciados fueron los monjes del convento. ¡Cómo cambian los tiempos!

El burgomaestre rumió sus palabras.

—De eso hace veinte años —contestó por fin—. Sí, los tiempos han cambiado. Por cierto, ¿quién diablos sois vos?

—Bonita iglesia —comentó el anciano, indicando la fachada que se elevaba ante él—. Totalmente nueva. ¿Quién la edificó?

—¡Los ciudadanos de Braunau!

—¿Todos juntos?

—Los católicos no participaron.

—¡Qué lástima! Siempre he considerado que las iglesias unen. Una iglesia es el lugar para encontrarse con Dios, no con la confesión, ¿verdad?

El rostro del burgomaestre se crispó y la cólera le enrojeció los ojos. Para sorpresa de Wolfgang, alguien soltó una risita en medio de la multitud y de pronto fue consciente de que esa turba estaba formada por individuos, no por un bloque descerebrado de fanáticos, y al mismo tiempo también se dio cuenta de lo poco que había faltado para que se convirtieran en eso.

—¿Puedo echar un vistazo a la iglesia?

El burgomaestre se quedó boquiabierto.

—Ehhh... —susurró, y su mirada osciló a derecha e izquierda.

—Ah, comprendo —dijo el anciano—. Aún no está terminada.

—¡Sí que lo está!

—Ah. Muy bien. Acompañadme, amigo mío. Sois el burgomaestre, ¿no? Mostradme el orgullo de vuestra comunidad de creyentes. En estos tiempos en que tanto es destruido resulta realmente agradable contemplar algo que ha sido construido.

El burgomaestre se quedó sin palabras. El anciano lo tomó del brazo y, al verlos a los dos juntos, se advertía más claramente que el anciano era flaco y poseía un rostro como un hacha de leñador, pero que habría superado en altura al burgomaestre de no haber ido tan encorvado. Daba la impresión de que si se lo hubiese propuesto, podría haber andado más erguido. Presa de la confusión, el burgomaestre siguió al anciano hasta que de pronto clavó los pies en el suelo como una mula obstinada.

—Vaya —dijo el anciano—. Lo había olvidado. Perdonad mi desconsideración: ni siquiera os he preguntado cómo os llamáis, amigo mío.

—Soy Leo Kindl —contestó el burgomaestre de mala gana, y se mordió la lengua.

El anciano le tendió la mano.

—Mucho gusto. Soy Melchior, cardenal Khlesl, el ministro del emperador Matías. Encantado de conoceros —se presentó, y estrechó la mano del desconcertado Leo Kindl.

El burgomaestre lo contempló con los ojos como platos y el rubor desapareció de su rostro como los colores de un cuadro empapado por la lluvia.

El cardenal Melchior se volvió y le indicó al abad que se acercara.

—Venid conmigo, reverendo —dijo cordialmente, elevando la voz para que todos pudieran oírlo—. Mi amigo Leo me ha rogado que le permita

mostrarnos la iglesia. Una gran alegría, ¿verdad? Y supongo que también para vos.

El cardenal Melchior no preguntó si el abad se había vuelto loco o qué diablos le había ocurrido. ¿Acaso pretendía convertirse en la causa de un derramamiento de sangre que podía abarcar toda Bohemia? ¿Había olvidado que en Braunau cumplía con un deber mucho más importante que sostener en alto el estandarte de la fe católica? No lo preguntó, pero el abad Wolfgang pudo oírlo muy bien en el silencio con el que el cardenal aceptó la copa de vino y la vació a pequeños sorbos. El abad se sentía humillado y sabía que le ardían las mejillas.

—Aunque todo indicaba que el abad Martin había tomado la decisión correcta —dijo el cardenal por fin—, en realidad parece habernos metido en una situación embarazosa.

—Él no podía prever...

—Tranquilo. Yo fui uno de los que aprobaron su decisión, la de permitir la construcción de la iglesia. Pero claro, uno siempre sabe más cuando las cosas ya han sucedido.

El abad Wolfgang había reunido a los hermanos consejeros en la celda situada por debajo de la escalera principal en la que solía mantener las conversaciones con los miembros de su convento y, dada la presencia del visitante y sus acompañantes civiles, el lugar resultaba bastante estrecho. El cardenal no parecía dispuesto a decirles a sus acompañantes que salieran; ambos parecían guardaespaldas entrados en años y quizá lo fuesen. El abad Wolfgang sintió la tentación de ordenarles que abandonaran la celda, pero sospechó que no le harían caso.

En teoría, la diferencia de rango entre el abad y el cardenal era insignificante: desde un punto de vista práctico, a lo largo de los años Braunau había supuesto una suerte de patronato del cardenal Melchior y su cargo como ministro del emperador le concedía un poder aún mayor. Sin embargo, lo que proporcionaba al cardenal su auténtico poder era el tesoro secreto del convento, a cuya seguridad parecía subordinar muchas cosas... entre ellas la amistad que antaño había existido entre él y Wolfgang Selender.

—Los estamentos protestantes de Bohemia consideraron que podían jugar con el emperador cuando aprobaron la elección del archiduque Fernando como rey de Bohemia —dijo el cardenal— puesto que poseen la carta de majestad del emperador Rodolfo, que les da la posibilidad de deponer a Fernando en cualquier momento. Pero a Fernando la carta de majestad y las garantías contractuales le importan un ardite. Ha iniciado medidas para

reconvertir a los protestantes al catolicismo y ha reducido los derechos de los estamentos. Así que no es de extrañar que los protestantes estén furiosos: hasta cierto punto se han engañado a sí mismos.

—¡Todos deberían morir en la hoguera! —gritó el guardia, lo cual le mereció la mirada silenciosa del más fornido de los guardaespaldas. Entonces cerró el pico y carraspeó.

—Pero Fernando muestra la misma cortedad de miras si ahora cree que puede jugar con los protestantes. Están demasiado seguros de sí mismos y saben perfectamente que aquí en Bohemia son mayoría. Estamos sentados sobre un polvorín y me parece que el rey y los estamentos son como niños que corretean con antorchas e intentan lanzarse mutuamente sobre el montón de pólvora.

—El emperador... —empezó a decir el abad.

—El emperador está enfermo —lo interrumpió el cardenal Melchior—. Ya tiene sesenta años, está cansado. Al principio consideró que debía rescatar el imperio de las garras de su hermano Rodolfo, pero después descubrió que no tenía ni idea de cómo hacerlo —añadió, meneando la cabeza—. El imperio está tan profundamente hundido en el fango que se encuentra al borde del abismo. Demos el paso que demos, será el equivocado. ¿Cuál es la situación aquí?

—Le he escrito al canciller del reino acerca de la iglesia de San Wenceslao. La respuesta fue que para la refundada Liga Católica supondría un paso importante y unificador ordenar su cierre, pero que para ello aún eran necesarios un montón de esfuerzos diplomáticos, de modo que a corto plazo no...

—No me refería a eso, Wolfgang —dijo el cardenal—. Solo quiero saber si está a buen recaudo.

El abad Wolfgang miró fijamente al cardenal. El cambio de tema fue tan repentino que no supo qué responder.

—¿Está a buen recaudo?

Wolfgang y el guardia intercambiaron una mirada.

De pronto el cardenal Melchior golpeó la copa de vino contra la superficie del escritorio y todos los presentes se sobresaltaron.

—¿ESTÁ A BUEN RECAUDO?

—¡Sí, voto a bríos! —exclamó el abad—. ¡Lo está!

—¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre fornido.

El abad Wolfgang apretó los dientes cuando comprendió que el fornido había percibido el breve intercambio de miradas con el guardia, y calló, pero

fue incapaz de sostener la mirada del hombre. Una llamarada de orgullo lo invadió —¡el bellaco solo era un soldado a sueldo del cardenal, por todos los santos!—, pero fue incapaz de sostenerle la mirada.

—No hay ningún motivo para que no respondas a Cyprian —dijo el cardenal, que por lo visto era capaz de leer el pensamiento.

Wolfgang le lanzó una mirada sorprendida. Claro que había oído hablar de Cyprian Khlesl. De pronto su mirada se posó en su acompañante, quien sonrió y señaló a Cyprian, como diciendo: «Él es Cyprian, no yo». La sospecha de que sabía quién era el larguirucho de la sonrisa afable, Andrej von Langenfels, se apoderó de Wolfgang. En el pasado, la tragedia de las historias de Cyprian y Andrej lo llenó de admiración y compasión cuando Melchior Khlesl lo puso al corriente.

El guardia tomó aire, pero luego optó por callar. Bajó la cabeza y plegó las manos sobre la barriga.

—Quiero hablar con el primer custodio —dijo el cardenal, y su tono explicaba el hecho de que un antiguo protestante e hijo de un panadero hubiera logrado convertirse en ministro del emperador.

—He disuelto el círculo de los custodios —declaró Wolfgang no sin cierto tono de desafío.

¿Acaso no había sido lo correcto? Los custodios habían despertado sus sospechas desde el principio. Al director de un convento que pretendiera tener éxito en el combate contra el escepticismo y la duda no le resultaba útil que en su rebaño existiera un círculo que escapaba de su control. Entonces, ¿por qué lo embargaba esa obstinación, como la de un niño pequeño que mintiera a un adulto?

La única reacción visible de Melchior fue que, al servirse vino de la jarra, vaciló un instante. La jarra golpeó contra el borde de la copa con un suave tintineo. Después se volvió hacia Cyprian y Andrej y también les escanció más vino, y el hecho de que se lo permitieran aunque todavía no habían bebido ni un solo trago hizo que Wolfgang comprendiera hasta qué punto estaban consternados, y sintió que su cólera aumentaba. ¡Braunau era su convento, había sido su decisión, él era el único que se había encontrado allí para tomarla! Una voz en su interior susurró que él no le había pedido ayuda al cardenal Melchior, que no lo había informado en absoluto. Y otra voz también susurró: «¿Por qué habría de hacerlo? ¡Yo soy el abad de Braunau!».

—Los trasladé a otros conventos.

—¿Más vino? —preguntó el cardenal.

Wolfgang regresó al presente y su mirada se cruzó con los ojos negros y brillantes de Melchior Khlesl. La jarra permanecía sobre la copa del abad. La mirada del cardenal era asesina. Wolfgang sacudió la cabeza; la ira reprimida del cardenal no hizo sino reafirmar su obstinación. Vagamente comprendió que en el fondo era la misma ira que había despertado la rebeldía del burgomaestre. Los habitantes de Braunau lo trataban como a un títere. Melchior Khlesl se comportaba como si él fuese el abad... ¿De qué servía su brillante reputación como reformador de conventos, cuando allí lo único que le ofrecían era falta de respeto? Y el peor de todos era el hombre a quien había considerado su amigo. ¡Ojalá se encontrara en la isla de Iona y en contacto directo con el poder divino, en vez de estar aquí, dejado de la mano de Dios...!

«¿Por qué no? —preguntó una repentina voz fría y racional en su mente—. ¿Por qué no entregar al cardenal eso que tanto ansía?». Para ello solo necesitaba una carta al abad primado rogándole que lo eximiera de sus obligaciones. Lo único que lo separaba de un regreso a Iona eran un par de líneas... y la perspectiva de vivir como un monje sencillo. Nadie le asignaría más responsabilidades si reconocía que no estaba a la altura de su tarea. Y él ya había hecho demasiados sacrificios.

—¿Podemos hablar a solas con el reverendo padre, por favor? —preguntó el cardenal con voz suave.

Los hermanos consejeros primero intercambiaron una mirada entre ellos, después la dirigieron al abad Wolfgang y por fin abandonaron la celda. Pese a las miradas sorprendidas de los monjes, Cyprian y Andrej no se movieron. Wolfgang empezó a entender que en realidad, para el cardenal «a solas» significaba en presencia de esos dos, tres hombres frente a uno solo, y enderezó los hombros.

—Media docena de seres humanos y tres papas murieron la última vez que la Biblia del Diablo despertó —dijo Melchior—. Entre ellos había amigos y personas a las que amábamos. Cyprian y yo engañamos al Papa y al emperador con el fin de encargarnos de que volviera a desaparecer en las profundidades. Dime que está a buen recaudo, Wolfgang, por favor, dime que está a buen recaudo.

—Acudes aquí, a mi convento —empezó a decir Wolfgang, y notó que su orgullo lo superaba—, das órdenes a mis monjes, ¿y ahora exiges que te rinda cuentas por algo de lo cual no te has ocupado durante todos estos años...?

Cyprian hizo un movimiento, pero el cardenal Melchior alzó la mano.

—¿Está a buen recaudo? —preguntó una vez más.

—¡El reino es un polvorín! —siseó Wolfgang—. Braunau es el barril de pólvora más grande de todo el polvorín y quien está sentado encima soy yo. Tú murmuras en Praga y en Viena con el emperador e hilas el hilo con el que pretendes envolver al rey Fernando, pero yo estoy aquí, y lo único que me separa de cinco mil protestantes que quieren cortarme el gaznate es el portal del convento.

—¿Está a buen recaudo?

El abad Wolfgang apretó los puños.

—Os conduciré hasta ella —susurró, invadido por el odio.

El abad Wolfgang se afanaba en abrir una cerradura que hacía mucho tiempo que debía de estar en desuso. Melchior Khlesl tuvo que controlarse para no arrancarle la llave de la mano. Se sentía indefenso sin la presencia de los custodios. El paranoico régimen del abad Martin, en combinación con el estado de ánimo de Pavel, el primer custodio, habían convertido a los siete monjes negros en un arma imprevisible que, una vez disparada por Martin, acabó con la vida de numerosas personas y casi redujo Praga a escombros. No obstante, los custodios habían supuesto el único muro protector entre el mundo y un libro que poseía un poder incomparable, porque los seres humanos estaban dispuestos a otorgarle dicho poder.

¿Y el abad Wolfgang había decidido disolver el círculo de los siete? El cardenal no creía ni una palabra de cuanto había dicho su antiguo amigo. Solo tuvo que interpretar las miradas de Andrej y Cyprian para comprender que ellos también consideraban que la explicación del abad era una mentira. ¿A qué se debía que todos cuantos cargaban con la responsabilidad directa del legado de Satanás tarde o temprano comenzaban a actuar como si el diablo los visitara todas las noches en su celda, hasta que el *vade retro* de los visitados enmudecía y empezaban a sucumbir a las murmuraciones del Perverso? ¿Acaso ya no había caracteres fuertes en el mundo, capaces de resistirse al libro?

En ese momento se sorprendió a sí mismo cuando comprendió lo que se disponía a hacer.

El abad abrió la puerta de la celda, cogió el candil que colgaba de la pared y dio un paso a un lado para permitirles la entrada. La celda estaba desnuda, completamente vacía a excepción de un gran arcón de madera oscura en torno al cual brillaban cadenas semejantes a serpientes. El abad colgó la lámpara de un gancho situado justo encima del arcón. Melchior lo miró fijamente; notaba el latido de su corazón en todos los miembros del cuerpo y que con cada latido la fuerza de su corazón disminuía un poco. Un par de minutos más y

sus rodillas cederían. ¿Era eso lo que sentía un soldado cuando despuntaba la aurora antes de entrar en combate?

«Dame fuerzas, Señor —pensó, y después se corrigió—. Te doy las gracias, Señor, por haberme dado las fuerzas necesarias. Ahora no dejes que vacile en utilizarlas».

—Quiero verlo —dijo—. Abre el arcón, Wolfgang.

Oyó que Cyprian y Andrej contenían el aliento. El rostro del abad era una máscara crispada de luces y sombras, y el odio empañaba el brillo de sus ojos. Cyprian se acercó a su tío: un discreto ofrecimiento de cuidarle las espaldas. Melchior se sintió agradecido y se esforzó por no demostrarlo.

—Por favor —añadió.

El abad Wolfgang se agachó y se atareó con la cerradura. Melchior hubiese preferido que titubeara. La sensación de una inminente catástrofe se volvió tan intensa que el sudor le humedeció las manos. Las cadenas cayeron al suelo, tintineando. El abad Wolfgang abrió el candado, desplazó el pestillo y levantó la tapa, que cayó hacia atrás soltando un chasquido seco.

Melchior se imaginó que una suerte de resplandor surgía del arcón, algo que se retorció como los hilos de una maldad casi invisible y, susurrando, se refugiaba en la oscuridad de la celda. El corazón le palpitaba como un caballo desbocado. Dio un paso hacia delante y de pronto se encontró frente a Cyprian.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí —se limitó a contestar Melchior.

—Quemémosla —intervino Andrej con voz trémula—. Ahora mismo.

Melchior miró al abad directamente a los ojos y se dio cuenta de que no solo había desaparecido cualquier sentimiento amistoso que hubieran compartido en el pasado, sino también notó el desafío en la mirada del otro. «Hace quince años que vivo junto a este libro —parecía proclamar la mirada—. Y tú ni siquiera lo has visto de cerca, por no hablar de tocarlo. ¿Qué es lo que crees saber, que yo no haya visto hace tiempo en mis pesadillas? ¿Qué es lo que crees dominar, si en todos estos años no confiaste en tu propio dominio sobre ti mismo para enfrentarte al libro?».

Melchior pasó a un lado de Cyprian, dirigió la vista al interior del arcón y la clavó en otra tapa cerrada. La cólera se adueñó de él cuando comprendió con cuánta facilidad el abad Wolfgang le había tomado el pelo.

—La llave —dijo con voz ronca.

Wolfgang le entregó un manojo. Melchior intentó introducir una llave en el candado colgado del pestillo del segundo arcón, pero no pudo. Oyó el

traqueteo de la llave chocando contra la cerradura debido al temblor de sus manos. La llave era demasiado grande.

—¿Cuál es? —gruñó Cyprian, en un tono que pretendía calmar el temblor de las manos de Melchior.

El abad se inclinó hacia delante e indicó una llave del manajo.

—Esa. Y para el siguiente arcón, esa de ahí.

Melchior alzó la vista y vio la sonrisa del abad, que se disolvió al ver su expresión. Si solo la mitad de la inmensa cólera que experimentaba el cardenal se hubiera asomado a su rostro, habría parecido el ángel vengador del Señor.

Al abrir la tapa del último arcón surgió un olor a pergamino encerrado en un lugar estanco durante demasiado tiempo, un hedor semejante al que despedía el cuerpo del emperador Rodolfo cuando la sífilis devoraba sus huesos y que se extendía con cada una de sus palabras como una ola repugnante y pestilente, manifestaba su presencia con cada corriente de aire y cada movimiento del cuerpo monstruosamente hinchado, incluso cuando el emperador callaba. Melchior jamás había pertenecido a los íntimos del emperador, pues Rodolfo lo había reconocido como lo que era: un partidario de su hermano Matías que quería elevar a este al trono. Pero Andrej le había contado a Melchior que el hedor ya se notaba cuando, debido a una manía del emperador, él —el antiguo pilluelo y factótum de un fraudulento alquimista— se convirtió en el principal cuentacuentos de la corte. Todo ello había ocurrido hacía veinticinco años. Cuando la vida del emperador Rodolfo tocaba a su fin, el monarca necesitó una prótesis de cuero para cubrir la llaga abierta de su mandíbula inferior. Se tambaleaba de una habitación a otra como un monstruo, más semejante a un Golem que a un hombre vivo, de una gordura grotesca, con el rostro deforme, jadeando debido al esfuerzo de desplazar su cuerpo, gruñendo de dolor por la gota que sufría, precedido por una oleada hedionda como un esputo del infierno. El cardenal Melchior nunca respetó al emperador ni sintió aprecio por él, pero estaba convencido de que sus últimos años ya le supusieron las penas del purgatorio; una vez muerto, había suplicado a Dios que tuviese en cuenta esos años de sufrimiento del Habsburgo para que le concediera la salvación de su alma.

Tuvo que contener el aliento para no vomitar y oyó que Andrej carraspeaba con violencia. Melchior sospechaba que ese hedor era el que recibía a los condenados ante las puertas del infierno.

En el fondo del último arcón resplandecía el gris blancuzco de una cubierta de cuero, interrumpido por el brillo apagado de las correas y los

cierres de las esquinas del libro y los ornamentos centrales. Allí, reposando en el fondo, el libro debería haber parecido pequeño, pero la luz que caía dentro del arcón le confería el aspecto del interminable pozo de una fuente que, debido al brillo lechoso y a su inmovilidad, presentaba un aspecto tan inmenso como aterrador. Melchior se retiró. De pronto comprendió que bastaría con abrir el libro para que este lo arrastrara a un espantoso abismo.

—Alguien ha abierto los arcones antes que nosotros —dijo Cyprian— y rompió los candados de las cadenas y los de los arcones. Los actuales parecen casi nuevos.

—Intentaron robar el códice —admitió el abad Wolfgang tras una larga pausa.

—¿Cuándo?

—Después de los disturbios acaecidos tras la muerte del emperador Rodolfo.

—Eso fue hace cinco años —señaló Melchior—. ¡Hace cinco años! ¿Por qué nos enteramos ahora? ¿Por qué no me informaste al respecto?

El eco de sus palabras rebotó en las paredes y se dio cuenta de que había gritado.

—No ocurrió nada. El libro estaba intacto. Volvimos a meterlo en el arcón.

—¿Lo habían sacado del arcón?

Melchior notó que seguía gritando al abad. La garganta le escocía. Wolfgang estaba tan pálido que la luz del farol tiñó su tez de un color amarillento.

—Algo los interrumpió. Lo dejaron en el suelo y huyeron.

—¿Algo? ¿Qué fue, acaso los custodios?

—Primero mataron a todos los custodios.

Melchior clavó la mirada en el fondo del arcón. El resplandor del libro lo atraía. «Cógeme —parecía decir—. Soy tuyo. Solo estaba destinado a los más fuertes, desde el principio. ¿Qué temes? Cógeme y te perteneceré». Y fue como si otra voz casi inaudible susurrara: «Todo esto te daré si te postras y me adoras».

Melchior se tambaleó hacia atrás, chocó con Cyprian y notó que este lo sostenía. Durante un momento la tentación de desplomarse y ceder la iniciativa a su sobrino fue tan intensa que sus rodillas cedieron. Luego se enderezó.

—¿A qué vienen las mentiras? —susurró—. ¿A qué el cuento de hadas sobre los custodios que fueron enviados a otros conventos? ¿Por qué callaste,

Wolfgang?

—¡Porque aquí se trata de cosas más importantes que ese maldito libro! —exclamó el abad—. La Iglesia católica de Bohemia sufre. En Braunau se burlan de este convento. Los golfillos arrojan piedras a mis monjes por las calles y la herejía avanza por doquier. Tú y el emperador me ordenasteis que la detuviera, pero a nadie le preocupa si ello me resulta posible o no. Por orden del rey debo cerrar la iglesia de San Wenceslao, pero ni siquiera logro que me dejen entrar sin que se reúna la turba y me amenace. ¡Ese es el verdadero peligro aquí en Braunau! ¡Esta ciudad es el caldero en el cual los alquimistas que encabezan la Iglesia, la herejía y el imperio mezclan su ponzoña y si aquí rebasa cubrirá todo el imperio con su hediondez y lo devorará! Vosotros me instalasteis en medio del fuego, tú, el emperador, los funcionarios de la corte y el rey, ¡pero a nadie le importa una mierda si soy capaz de llevar a cabo mi deber! ¡En lugar de ello, te presentas aquí con tus compañeros de aventuras sin previo aviso, y lo único que te importa es el TRES VECES MALDITO LIBRO QUE SE ENCUENTRA EN EL FONDO DE ESTE ARCÓN DE MIERDA!

La voz de Wolfgang se había vuelto cada vez más sonora hasta que acabó en un chillido. Entonces un sollozo lo interrumpió, pareció escuchar sus propias palabras y se tambaleó.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—¿Por qué no me informaste de ello?

—No puedo prohibirte que pises la ciudad, porque esta pertenece al rey, y si he interpretado correctamente al burgomaestre, tampoco a él —dijo el abad, exhausto—. Pero el convento es mi terreno y no quiero volver a verte aquí, Melchior Khlesl. Si has de decirme algo, envíame un mensaje. Si quieres que me destituyan, habla con el emperador o con el abad primado. No vuelvas aquí nunca más. Maldigo el día en que permití que me convencieras para que ocupara el puesto de abad, aquí en Braunau.

—No me permitiste... —empezó a decir Melchior y entonces notó que Cyprian lo agarraba del brazo.

—Vámonos —dijo; Melchior se sintió arrastrado hacia la puerta y se resistió.

—No —replicó, esforzándose para no dirigir su ira contra Cyprian—. No, esto no puede...

—Pese a todo, la Biblia del Diablo está a mejor recaudo aquí que en otro lugar —siseó Cyprian—. Ha estado oculta en este lugar durante doscientos

años. No hay ningún otro sitio donde pudiera estar mejor guardada, con o sin la presencia de los custodios. Si tú y el abad os enemistáis por completo nos arrojará el libro a los pies, o le dirá al emperador que lo recoja, o bien se lo entregará al primer idiota que encuentre. Si queremos que los ánimos se calmen hemos de irnos ahora, ya tendremos tiempo de encontrar una solución.

—Pero...

Melchior echó un vistazo por encima del hombro de Cyprian y vio que el abad se agachaba y comenzaba a cerrar los arcones. Andrej estaba de pie junto al benedictino.

—¿Oís un palpar? —preguntó—. ¿Percibís una vibración? ¿Tenéis la sensación que es como si miles de ideas malignas zumbaran en el aire, ideas que quieren apoderarse de vos?

El abad lo miró fijamente.

—¿Habéis perdido el juicio? —preguntó con voz ronca.

—Yo tampoco —dijo Andrej—. Veréis: entre los asesinados que ha mencionado el cardenal Melchior también se encontraba la mujer que yo amaba. Y ahora, tras presenciar con cuánta despreocupación tratáis al dragón dormido albergado en el arcón, sentí la tentación de retorceros el cuello. Pero no noté nada.

—Fuera de aquí —ordenó el abad Wolfgang.

Cuando se encontraron ante el portal del convento, Melchior inspiró profundamente; nunca le había parecido que el aire fresco oliera tan bien.

—Lo mataré —dijo entonces. Fue lo primero que se le ocurrió.

—¿Notasteis la presencia de la Biblia del Diablo? —preguntó Andrej.

Melchior parpadeó.

—Nunca he notado su presencia, aunque sea lo único en esta vida de lo cual pueda enorgullecerme.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Cyprian.

—Yo la percibí una vez. Una vez, cuando estaba sentado frente al abad Martin, reconocí a Pavel como el asesino de Yolanta y quise darle muerte.

Cyprian y el cardenal guardaron silencio, uno por compasión, el otro de vergüenza.

—Hoy volví a sentir la misma cólera. Pero la Biblia del Diablo no me habló.

Melchior lo miró fijamente. La idea que lo invadió era tan monstruosa que no pudo formularla; notó que una sombra helada se extendía por su cerebro y tiritó.

—Hemos de regresar a Praga cuanto antes —dijo con los labios entumecidos.

En cierta ocasión, Wenzel oyó decir a su padre que, de niño, sus padres lo habían arrastrado de un extremo al otro del imperio, y que él nunca le haría lo mismo a su propio hijo. Wenzel, que por entonces tenía poco más de diez años, asintió y no fue capaz de corregir a Andrej y decirle que hasta ese momento habían vivido en Praga, en la diminuta choza de Andrej de la Goldmachergasse, después en una casa un poco más grande de la misma callejuela, luego directamente al pie de la colina del castillo, más adelante durante un tiempo en casa de Cyprian y Agnes, y por fin una vez más en la Goldmachergasse. Aún vivían en esa última casa, a pesar de todos los ofrecimientos de los Khlesl de que se mudaran a su amplio hogar (algo que, por una parte, Wenzel temía debido a la proximidad de Alexandra, aunque por la otra también supuso una desilusión porque dicha solución jamás fue tomada en cuenta). Después de que el emperador Matías asumiera el poder, la Goldmachergasse dejó de ser el refugio de los alquimistas imperiales —un refugio donde flotaba el hedor del azufre seguido de explosiones— y se convirtió en una callejuela casi normal habitada por los escasos funcionarios de la corte bien pagados... y también por aquellos que alguna vez lo fueron y se apresuraron a aprovechar la situación. Entre tanto, la mayoría de los habitantes eran personas trabajadoras y ambiciosas que no tenían por costumbre tropezar por el empedrado murmurando con la mirada perdida, ni lanzarse a la calle gritando «¡Eureka!» a voz en cuello, con el cabello tan humeante como el rostro, demostrando que uno solo echaba de menos las cejas cuando estas se habían quemado. Por lo demás, los gritos de «¡Eureka!» resultaban prematuros sin excepción, porque ninguno de los señores alquimistas habían encontrado aquello que buscaban: a saber, la piedra filosofal. El nombre antiguo había dado paso a uno nuevo: «callejuela del Oro», lo cual suponía un sarcasmo, ya que con toda seguridad Andrej von Langenfels pertenecía al grupo de los habitantes más ricos de la callejuela, y no podía decirse que poseyera cucharas de oro, precisamente.

La parte posterior de la casa lindaba con la muralla septentrional del castillo. Se trataba de un edificio estrecho y lleno de recovecos en el que siempre había que remontar escaleras y donde reinaba una penumbra permanente en la que uno tendía a desorientarse si entraba durante la ausencia de los ocupantes. Si estos estaban presentes el fuego siempre ardía en una inmensa estufa que proyectaba una luz cálida y sombras acogedoras y convertía los toscos ladrillos en oro viejo. Entonces de pronto uno descubriría que hacía muchísimo rato que observaba el juego de luces y sombras y se sentía dichoso y a gusto sin mantener una conversación.

Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta, Wenzel se sorprendió. Aguardaba el regreso de su padre desde el día anterior, pero el dueño de la casa se hubiese limitado a entrar. De repente lo invadió la inquietud y pensó que tal vez hubiera ocurrido algo. Bajó los peldaños de la escalera de dos en dos y abrió la puerta. Alexandra estaba allí delante y retrocedió asustada. Lo primero que se le ocurrió a Wenzel fue volver a cerrar la puerta, después, tras medio segundo de vacío mental absoluto, volvió a abrirla cautelosamente. Alexandra seguía allí.

—Hola —saludó Wenzel, sintiéndose como la persona más tonta del mundo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Alexandra.

—¿Qué cosa?

—¡El alboroto con la puerta!

—Un golpe de viento —explicó Wenzel, en un vano intento de conservar un ápice de dignidad.

—¿Puedo entrar? ¿O es que el viento sopla con demasiada fuerza en tu casa?

Wenzel se apartó, Alexandra pasó por su lado, entró y se detuvo al pie de la escalera. De pronto Wenzel recordó que la vieja cocinera que se encargaba de su hogar exclusivamente masculino había ido al mercado y que él se encontraba a solas con Alexandra. Empezó a sudar, a tiritar y a rezar para que Alexandra no preguntara si su visita era impropia, y así no tener que explicarle que tal vez sería mejor que se marchara, aunque al mismo tiempo también temía que se quedara.

—Estoooo... ¿quieres comer algo? —preguntó, y apretó los dientes; más que nada, la cocina brillaba por la ausencia de la cocinera.

Aliviado, comprobó que Alexandra hacía un movimiento negativo con la cabeza; parecía luchar por tomar una decisión.

—No sabía que habías regresado.

—Llegué ayer.

—Pueees... habría ido a verte si hubiera sabido que...

—Estaba cansada, me acosté temprano.

—Solo tendría que haber cruzado la calle desde vuestra agencia; estaba muy cerca...

Wenzel se interrumpió al darse cuenta de que también para Alexandra hubiera significado solo unos pasos, pues ella sabía que su primo se había comprometido a trabajar para la empresa Wiegant & Khlesl hasta fin de año. Claro que ella no estaba obligada a ponerlo al corriente de su regreso en el acto, pero habría sido bonito fantasear con que lo primero en lo que había pensado era en él.

Entonces reparó en que la joven acababa de decir unas palabras.

—¿Qué? —dijo, y se ruborizó.

—Que he de hacerte una pregunta importante —repitió la muchacha y, atónito, Wenzel advirtió que ella también se había sonrojado.

—Desde luego...

—No quería que mi madre u otra persona de la casa me oyera —dijo ella, tragó saliva y bajó la vista. Formular la pregunta no parecía resultarle fácil.

Con el corazón palpitante y el cerebro confuso, una idea se abrió paso en la cabeza de Wenzel: debería tenderle los brazos, sonreír, abrazarla, alzarle el mentón y decir: «Sé lo que quieres preguntarme, porque siento lo mismo que tú». Y también: «No hace falta que me lo digas, porque lo noto claramente en tu rostro». Y también: «Deja que tome las palabras de tus labios, ángel mío», y luego inclinarse y besarla y encargarse de que el beso le robara el aliento e hiciera que todas las campanas de las iglesias de Praga empezaran a repicar al unísono y que durara tanto que hicieran falta cien soldados para apartar a esos amantes inmortales del umbral. Entonces una voz interior clamó: «¡Cielo Santo, es tu prima!», pero nadie le prestó atención. De pronto se abrió paso la idea de que, de momento, no podía contar con su cerebro.

—¿Puedes recurrir a las antiguas relaciones de tu padre con miembros de la corte para averiguar algo acerca de Heinrich Wallenstein-Dobrowitz?

La jubilosa idea de Wenzel se esfumó. El joven, abandonado a su suerte tanto por su cuerpo como por su espíritu, abrió la boca e intentó volver a la realidad, con escaso éxito.

—Heinrich Wallenstein-Dobrowitz. Su padre se enfrentó al emperador. Es alto... de hombros anchos, cabellos largos y rizados, ojos azules...

Alexandra no logró reprimir un suspiro.

—¿Qué pasa con él?

—Solo quiero conseguir más datos sobre él. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, pero... ¿por qué?

—¿Por qué florecen las flores? Quiero saberlo y punto.

Wenzel, quien consideró vagamente que, en relación con sus propios sentimientos, la metáfora de ella resultaba bastante impropia, procuró controlar su decepción. Nada le hubiese causado mayor bochorno que ella notara que acababa de herirlo profundamente. No era tan tonto como para no imaginarse por qué quería saber más detalles acerca de un emperifollado cortesano de rizos taaan largos y ojos taaan azules...

—¿Te encuentras bien? Te has puesto muy pálido.

—Sí... el frío...

Alexandra, envuelta en un grueso manto, se pasó la mano por la frente.

—¿El frío? ¡Pero si aquí dentro hace un calor infernal! ¡La estufa está ardiendo!

—Me refiero a las corrientes de aire —adujo Wenzel, procurando disculparse con una sonrisa.

Había heroicidades que exigían un valor mayor que lanzarse contra un ejército de lansquenets solo armado de un trapo húmedo, lansquenets que jamás habían merecido una canción en su honor.

—¿Puedes ayudarme, sí o no?

—No lo sé. Tras la muerte del emperador Rodolfo muchos cortesanos fueron reemplazados... entre ellos mi padre. Quizás allí ya no haya nadie que lo conozca, aparte del hecho de que la mayoría lo envidiaba y hacía caso omiso de él.

—Querer es poder —citó Alexandra, pero lanzándole una sonrisa tan deslumbrante que en sus extinguidas esperanzas brilló una chispa.

—Puedo intentarlo... —susurró en tono apocado.

—¿Ahora mismo? ¿Lo intentarás ahora mismo?

—¿Qué?

—Venga, Wenzel. Eres mi primo predilecto, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo él, y tuvo que apartar la mirada.

—Le diré a nuestro contable que esta tarde no regresarás a la agencia porque has de cumplir con un encargo de los directores de la empresa —dijo, sonriendo y guiñándole un ojo—. De todos modos, deberías tomarte más tiempo libre. ¡Tu padre es el socio de mis padres!

—Las cosas solo se aprenden comenzando desde abajo —dijo Wenzel, convencido de que aunque lo hubiese dicho en turco, ella no lo hubiese comprendido, dado su estado de ánimo.

—Nos encontraremos junto a la casa en ruinas... ¡antes de vísperas!

—También podemos encontrarnos aquí... O puedo ir a tu casa...

—¿Estás loco? ¡No quiero que nadie se entere! Pero en tu caso, sé que serás una tumba.

—Sí, claro...

¡Un vítor por los confiados que consideraban que empezar desde abajo era sensato, que podían ser una tumba y que eternamente veían a los señores de largos rizos y ojos azules arrebatándoles el corazón de aquellas por las que los confiados se consumían de amor en silencio!

—Así que en la casa en ruinas, ¿prometido?

—Pero en tan poco tiempo no tendré oportunidad...

—¡Gracias! —exclamó ella, se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla—. Te debo una.

—Sí —dijo él, y la siguió con la mirada mientras ella abandonaba la casa.

Durante el regreso de Braunau a Praga Andrej había estado inusitadamente silencioso. Había supuesto que reencontrarse con los lugares en los que su destino había cambiado de curso de forma tan drástica no resultaría fácil, pero lo que realmente lo acongojaba era pensar hasta qué punto lo había afectado esa misión, pues era verdad que, durante un instante, el impulso de asesinar al abad Wolfgang Selender se había adueñado de él. Cualquiera hubiese confiado en que veinte años sería tiempo suficiente para contemplar el pasado con mayor serenidad y supuso que su vulnerabilidad se debía a que durante esos veinte años no había tratado de analizarlo ni de enfrentarse a él. También estaba enfadado consigo mismo por no haber tenido el valor de hacerlo y, de mala gana, admitió que dicha incapacidad recorría toda su vida. Cyprian tenía razón cuando le hizo reproches por no poner a Wenzel al corriente respecto de su origen, porque juntos podrían haber superado la pena y el dolor. Varias veces Andrej había fingido dormir y se había retirado a su rincón del carruaje para que los demás no notaran que tenía los ojos llenos de lágrimas..., aunque sospechó que Cyprian era consciente de su estado de ánimo. De todos modos, el viejo cardenal era demasiado sagaz como para no saber que algo había atravesado el abismo de toda una generación afectando profundamente a Andrej y estrujándole el corazón... y revelado un dolor que, por muy oculto que estuviese, seguía siendo tan agudo como el primer día.

Entraron en la ciudad a través de la puerta de Viena y, gracias al escudo cardenalicio, los guardias no los molestaron. Andrej apenas prestó atención al camino y solo despertó de sus cavilaciones cuando Cyprian dijo:

—No es necesario que nos conduzcas a todos hasta la puerta de nuestras casas, tío Melchior, pero si quieres hacerlo, aquí deberíamos haber enfilado hacia el Mercado del Carbón para llegar a la mía. Puedo decir a la servidumbre que nos prepare una abundante cena...

—Hemos de dirigirnos a otra parte —lo atajó el cardenal, y el mero hecho de haber interrumpido a Cyprian hizo que Andrej se desprendiera de sus lúgubres ideas. Pero ello no significaba que los pensamientos acerca de aquello que el cardenal había insinuado en Braunau fuesen menos siniestros.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿A Malá Strana? —preguntó Andrej, intentando bromear—. Eso está muy cerca de mi casa...

El cardenal indicó hacia el exterior de la ventanilla del carruaje.

—No a Malá Strana. No me refería al palacio ministerial, sino a mi casa. Hemos llegado —indicó, y pidió al cochero que se detuviera.

Andrej miró hacia fuera, angustiado. El cardenal abrió la puertecilla y se apeó apoyándose en el hombro de Andrej.

—Lamento haceros esto —dijo, presionando el hombro de Andrej—. Pero es necesario; venid, hemos de darnos prisa.

Andrej dejó pasar a Cyprian y fue el último en apearse del carruaje. Normalmente ya le resultaba difícil acudir a ese lugar y en las escasas ocasiones en que lo hacía se le rompía el corazón. En su estado de ánimo volvía a oler el humo, percibía el calor de las llamas, los débiles movimientos del niño enfermo de muerte que llevaba en brazos, oía los rugidos y los estallidos y el estrépito de las vigas astilladas. Había un punto en el empedrado que no estaba marcado, pero que podría volver a encontrar hasta en plena oscuridad incluso cuando fuera un anciano ciego. Clavó la vista en ese punto y entonces notó que Cyprian lo contemplaba de soslayo.

—¿Qué significa «tu casa»?

El cardenal, que se desperezó y estiró las piernas soltando un quejido y después emprendió la marcha, se volvió.

—Que la he comprado, ¿qué si no?

—¿Cuándo?

—Poco antes de la muerte del emperador Rodolfo.

—¿Por qué?

—Porque sabía que la necesitaría cuando el emperador muriera. ¡Y ahora venid de una vez!

Andrej volvió en sí y siguió al cardenal, al tiempo que lanzaba una mirada y una sonrisa torcida a Cyprian.

—En Viena alguien debe de haberse alegrado mucho.

—¡Espero que hayas conseguido un buen precio de ese bicho asqueroso!
—exclamó Cyprian, y abrió la puerta de la casa de su tío.

—Por supuesto —contestó el cardenal sin alzar la vista—. Dejé que creyera que el propio emperador era quien deseaba la casa. Él se quedó tan entusiasmado por las supuestas oportunidades que ello le suponía que me la vendió por casi nada.

—Desde aquí se ve mejor —dijo Cyprian de pronto en voz muy alta—. No: debéis volveros. ¡Madre mía!

El cardenal se detuvo y lo miró con irritación; después pareció interpretar la muda advertencia que expresaba el rostro de su sobrino y que hizo que regresara a su lado pese a su nerviosismo. Andrej, que conocía a Cyprian lo suficiente como para sospechar lo que había descubierto, se colocó a su lado y dirigió la vista en la dirección que le señalaba, dando la espalda a su meta anterior.

—Es un sueño, ¿verdad? —dijo Cyprian, señalando la casa de enfrente.

—¿Para qué quieres otra casa en la zona? —preguntó Andrej, improvisando—. Solo puedes dormir en una cama.

—¡No, ni mucho menos! ¡La semana tiene siete noches!

El cardenal gruñó unas palabras y apretó los puños. Cyprian carraspeó.

—No veo qué tiene de particular —dijo el cardenal y puso los ojos en blanco—. Bueno, la fuente está casi delante de la puerta de entrada y...

Mientras Melchior Khlesl se esforzaba por hallar otras supuestas ventajas a la casa que señalaba Cyprian como si fuese un comprador interesado, hasta el extremo de que los presuntos habitantes del inmueble —si se hubiesen asomado a la ventana y los observaran— quizás habrían ocultado una porra bajo la camisa y preguntado a los tres hombres por qué diablos hacían comentarios sobre su propiedad, Cyprian susurró:

—He visto a dos, pero también podrían ser más.

—¿Guardias?

—Ni idea.

—¡Maldita sea! —siseó el cardenal—. Si hemos llegado demasiado tarde...

—Venid conmigo, os mostraré los planos —dijo Cyprian alzando la voz y se dirigió al Kohlmarkt, el Mercado del Carbón. Una vez que se encontraron fuera del alcance de la vista y se detuvieron, Andrej dijo:

—Puedo acercarme desde atrás, por la callejuela de los Dominicos y la de Plattner. Pero necesitaré un par de minutos.

—¿Por qué le compraste la vieja ruina a Sebastian Wilfing? —preguntó Cyprian.

El cardenal lo fulminó con la mirada.

—Para ocultar algo en su interior.

—No me lo digas: lo sé.

El cardenal asintió.

—Cada veinte años compruebo que lo que más te gustaría sería engañarte a ti mismo con tus secretismos —gruñó Cyprian.

—Por suerte soy demasiado astuto incluso para mí mismo —replicó el cardenal—. Si conocéis el camino, Andrej, echad a correr. Si alguien anda husmeando por ahí no debemos perder tiempo.

Andrej asintió y echó a correr calle abajo hacia el Kohlmarkt, giró a la derecha y trotó hasta la boca de la callejuela de los Dominicos. Poder moverse suponía una liberación, pues le permitía pensar en otra cosa que no fuera una figura delicada y muerta tendida en el empedrado iluminado por las llamas, y en cambio enfrentarse a un peligro real. Oyó el eco de sus pasos apresurados en las estrechas callejuelas casi desiertas. Era poco antes de vísperas y reinaba la penumbra, un momento ideal para emprender actividades secretas. Más temprano había demasiada luz y las plazas estaban demasiado concurridas; más tarde la guardia nocturna hacía sus recorridos. A esa hora, poco antes de que cerraran las puertas de la ciudad, los ciudadanos ya se encontraban en sus casas y los guardias aún permanecían en el cuartel. A unas docenas de pasos de distancia del lugar donde Cyprian les había mostrado la casa, Andrej atravesó la pequeña plaza y luego se adentró en la callejuela de los Dominicos, echó un breve vistazo a un lado y vio que Cyprian y el cardenal estaban de pie ante el carruaje cuyo cochero, por motivos incomprensibles, parecía tener dificultades para maniobrar y, agitando las riendas y soltando palabrotas, acercaba el carruaje a la casa en ruinas. Por casualidad, Cyprian y el cardenal ocupaban un lugar donde un supuesto observador que lo atisbara desde la ruina no los vería.

Ante la callejuela de Plattner se abría otro pasaje más pequeño y sin nombre que solo servía para acceder a la parte posterior de los edificios situados en la cara noroeste de la pequeña plaza. Andrej la enfiló resollando, giró hacia otra estrecha callejuela, avanzó más lentamente y procuró controlar su respiración. En el otro extremo de la calleja vio la salida a la plaza, enmarcada a la derecha por la esquina de una casa elevada, mientras que a la izquierda se encontraba la pared medio derrumbada de la antigua empresa Wiegant & Wilfing, de la cual colgaban retazos de arpillera y restos de andamios. Reflexionó un instante y después optó por el efecto sorpresa.

—Ya creí que esos entrarían aquí —gimió Alexandra.

—No —dijo Wenzel, y desde su escondite observó las maniobras del carruaje con expresión desconfiada—. Lo único que no comprendo es por qué fue mi padre en busca de los planos y no el tuyo. Y tampoco entiendo dónde se ha metido mi padre.

Se oyó un ruido y el muchacho se volvió abruptamente. En medio de la oscuridad de la vieja ruina y el tenue brillo del candil vio una sombra que entraba por el hueco de una ventana y se abalanzaba sobre ellos. Soltando un grito de espanto se puso de pie y arrastró a Alexandra consigo. Lo primero que se le ocurrió fue huir con ella a través de la puerta, pero lo único que consiguió fue chocar de espaldas contra la pared. Alexandra tropezó y cayó contra él, la sombra apartó el candil con el pie, este rodó hacia la escalera de la bodega desparramando chispas y cayó por los peldaños, tintineando y traqueteando. La sombra se volvió hacia ellos, Wenzel se apartó de la pared y miró en torno presa del pánico. Allí estaba la puerta. Agarró a Alexandra de la cintura, la alzó y se lanzó hacia el hueco salvador. Fuera, el carruaje del cardenal seguía maniobrando. Debido al susto, lo único que se le ocurrió era que el cardenal Khlesl le prestaría ayuda contra el atacante. La sombra los persiguió.

—¡Cuidado! —gritó Wenzel al tiempo que huía por la puerta.

Alexandra encogió la cabeza, chocó contra el marco de la puerta con el hombro y soltó un quejido. Wenzel se tambaleó hasta la plaza y al tropezar con algo perdió el equilibrio. De pronto un pie se interpuso entre sus piernas y se precipitó contra el empedrado. En el último instante se retorció de manera que Alexandra aterrizara sobre él. El golpe le impedía respirar, dos puños se interpusieron entre él y la joven y los separó violentamente, entonces él alzó los suyos para defenderse.

—¿Qué diablos...?! —exclamó una voz conocida.

—¡Sí, qué diablos! —dijo otra, todavía más conocida.

Wenzel notó que le ayudaban a ponerse de pie, alguien le golpeó la espalda y entonces vio el rostro preocupado de su padre.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —dijo Wenzel, soltando un gemido y procurando tomar aire.

Al parecer, Alexandra había decidido que el ataque era la mejor defensa. Mientras Wenzel empezaba a considerar las conclusiones que su padre podría sacar por haberlos encontrado a los dos en la casona en ruinas —a solas—, ella se volvió y gritó:

—¿Cómo se os ocurre asustarnos así?

Cyprian Khlesl extendió los brazos.

—La próxima vez primero pediremos permiso —replicó con una sonrisa irónica.

Alguien apoyó la mano en el hombro de Wenzel y entonces vio el rostro del cardenal.

Wenzel siempre había considerado que el flaco tío abuelo de Alexandra era un anciano simpático con un seco sentido del humor y que de vez en cuando soltaba comentarios sarcásticos, pero se asustó al ver la ira brillando en su mirada.

—¿Qué hacíais ahí dentro? —espetó Melchior Khlesl.

Wenzel intercambió una mirada con Alexandra. Sabía que había llegado el momento de sacrificarse por segunda vez, pues hacer averiguaciones sobre Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz para Alexandra había supuesto eso: un sacrificio... aunque no logró averiguar nada, porque el hombre parecía ser una sombra viviente.

—La culpa es mía —dijo.

—En primer lugar, eso es mentira y en segundo lugar, no responde a mi pregunta —respondió el cardenal en tono seco.

Wenzel dirigió una mirada a su padre pidiendo ayuda, pero Andrej se limitó a alzar las cejas: él también parecía esperar una respuesta.

—¿Insinuáis que la culpable soy yo? —preguntó Alexandra alzando la voz. Wenzel admiró su descaro.

—Refrénate jovencita —gruñó Cyprian.

Alexandra se volvió bruscamente.

—¡Así que mi propio padre me vuelve la espalda!

—¿Habéis husmeado ahí dentro? —preguntó el cardenal y Wenzel volvió a notar su mirada airada—. ¿Habéis descubierto algo?

«He descubierto que Alexandra está enamorada de otro y que cuando te arrancan el corazón duele mucho», pensó Wenzel, pero se limitó a negar con la cabeza.

—¿Es la primera vez que entráis allí?

Wenzel asintió, pese a que le resultaba difícil volver a mentir al cardenal cuya mirada seguía perforándolo.

—Que vayan a casa —dijo Cyprian—. No quiero que los niños se vean involucrados.

—Ya no soy un niño —replicaron Wenzel y Alexandra al unísono.

—Los niños forman parte de todo el asunto, Cyprian. Es igual que en el pasado: te negaste a aceptar que Agnes estaba en el centro de la cuestión hasta que casi fue demasiado tarde.

—Aun así... —dijo Andrej, y apoyó una mano en el hombro de Wenzel.

El cardenal soltó un bufido y luego meneó la cabeza.

—De acuerdo —dijo—. Pero después quiero que vuestro hijo conteste a un par de preguntas.

—Yo también —intervino el padre de Wenzel, para gran disgusto de este.

—Tú acompañarás a tu amigo a vuestra casa, Alexandra —dijo el cardenal Khlesl—. No protestes. Os quedaréis allí hasta que regresemos.

Por impertinente que fuera Alexandra, no lo era lo suficiente para volver a contradecir al cardenal; Wenzel notó que hervía de ira, pero después bajó la cabeza y dijo:

—Muy bien.

Entonces, con cierto retraso, una pregunta se abrió paso en la cabeza del muchacho: ¿por qué el cardenal se había referido a él como el amigo de Alexandra y no como su primo?

—¡Vamos, Wenzel! —exclamó Alexandra.

Él esquivó la mirada de su padre y se acercó a la joven. Al ver el brillo de sus ojos se puso nervioso, pues delataba que ella había hallado el modo de tener la última palabra, y se vio a sí mismo quitando las tablas del tabique de la bodega. ¿Sería posible que ella fuera a...?

—Allí abajo hay un arcón rodeado de cadenas —dijo Alexandra.

Habría sido cómico si el resultado no hubiese resultado tan aterrador. Los tres hombres se enderezaron al mismo tiempo, como si les hubieran pegado un latigazo. De pronto era como si Andrej y Cyprian volvieran a ser jóvenes, como si de pronto volvieran a tener veinte años, la edad de Wenzel. El cardenal palideció. Cyprian dio un paso hacia ellos y Wenzel retrocedió, pero el cardenal Melchior lo detuvo, se acercó a ellos arrastrando los pies y se

plantó ante Alexandra. La expresión triunfal había desaparecido de los rasgos de la muchacha y ya solo era una jovencita atemorizada que se había encaramado a un árbol y no sabía cómo volver a bajar sin caer. Tal vez el cardenal no habría parecido tan amenazador si se hubiera abalanzado sobre ella o hubiera gritado. Al parecer, solo caminaba tan despacio porque conservar el control exigía todas sus fuerzas. Wenzel se percató de que si hubiese perdido los nervios se habría lanzado sobre él y Alexandra como un loco furioso.

—Un arcón —dijo Melchior Khlesl.

—Quizá no sea un arcón —balbuceó Alexandra, quien retrocedió un paso, chocó contra Wenzel y le cogió la mano con los dedos helados—. Solo me lo pareció. Tal vez solo era un montón de piedras caídas del techo. No pude verlo bien. Era una sombra, nada más.

—Hace cuatrocientos años que esa sombra se proyecta sobre la humanidad —declaró el cardenal con una voz que no parecía pertenecerle.

De pronto Cyprian apareció a su lado. Alexandra contempló a su padre como si este pudiera salvarla de morir ahogada. Él hizo un gesto con la cabeza y se volvió hacia Melchior.

—¿Qué has hecho, tío Melchior? —preguntó, y Wenzel notó que, al oír sus palabras, Alexandra se echaba a temblar.

El cardenal Khlesl intentó encender el candil —que Andrej había arrojado escaleras abajo de un puntapié— con la mecha de la farola del carruaje. Por fin Wenzel cogió la mecha susurrando una disculpa y encendió la lamparilla.

El cardenal le hizo una señal con la cabeza; aún tenía el rostro demudado. Wenzel alzó ambos candiles, vio el rostro temeroso de Alexandra y luego iluminó la pared del tabique de madera en el que su padre y Cyprian abrían un agujero a puntapiés. Se levantó una polvareda y el muchacho tosió.

—Ya basta —exigió Cyprian. Cogió una de las lámparas y se deslizó dentro del hueco.

—Tú y Alexandra os quedaréis aquí fuera —ordenó Andrej, quien se apropió del segundo candil y siguió a Cyprian.

El cardenal Melchior empujó a Wenzel a un lado y también se deslizó por el hueco. De pronto Alexandra se situó al lado de Wenzel, como impulsada por la repentina oscuridad. Ambos se miraron y acto seguido siguieron a los hombres al pasillo. Nadie los obligó a regresar. Por supuesto que era un arcón. La cadena relumbraba a la luz de las lámparas.

—¿Por qué no me dijiste nada al respecto? —susurró Wenzel. Alexandra se encogió de hombros.

—Sabíais que el emperador Matías no tiene ni idea del valor de la Biblia del Diablo —dijo Andrej, dirigiéndose al cardenal—. Existía el peligro de que se limitara a arrojarla a la basura junto con las demás curiosidades aparentemente sin valor. Durante los primeros momentos tras la muerte de Rodolfo, yo mismo casi esperaba oír que habían encontrado un libro enorme.

—Temí que si caía en manos de un alquimista o un charlatán medianamente versado en las viejas leyendas, este no tardaría en darse cuenta de que solo se trataba de la copia —dijo Melchior.

—Y que entonces la caza de la Biblia del Diablo volvería a comenzar —concluyó Cyprian, meneando la cabeza—. Y fui lo bastante ingenuo como para creer que habíamos resuelto el tema de una vez por todas. ¿Por qué no me contaste tus temores?

—Porque no queríamos preocuparte —dijo Andrej con una media sonrisa—. Tú eres el remanso de tranquilidad dentro del grupo. No queríamos que te inquietaras inútilmente.

Incluso el cardenal esbozó una sonrisa.

—Y no es que nos pusiéramos de acuerdo.

—Estupendo —masculló Cyprian—. ¿Hay algo más que me hayáis ocultado durante todos estos años porque considerabais que era demasiado tonto como para saberlo?

—La Tierra es una esfera.

—No puede ser —replicó Cyprian.

La mirada de Wenzel osciló entre ambos. Después del primer susto causado por la reacción del cardenal, la curiosidad superó el temor... y también la circunstancia de que Alexandra hubiera vuelto a cogerlo de la mano con toda naturalidad. Las chanzas parecían haber relajado ligeramente a su padre y al cardenal. Cyprian iluminó el arcón con el candil.

—Creo que está intacto.

Andrej agarró el candado que unía las cadenas y tironeó. Luego lo iluminó con su candil y Wenzel y Alexandra se acercaron y contemplaron el arcón por encima del hombro de Andrej.

—En todo caso, el candado no es más nuevo que las cadenas —declaró—. Supongo que ninguno de vosotros dos tiene la llave, ¿verdad?

El cardenal Khlesl hurgó en su atavío y extrajo una cadena que le rodeaba el cuello, de la cual colgaba una cruz de oro. Cogió la cruz y la sostuvo por encima del arcón. Alexandra presionó la mano de Wenzel y este también tragó saliva, como si esperara que un rayo surgiera de la cruz y reventara las cadenas. Incluso Cyprian y Andrej se enderezaron y dieron un paso atrás. El

cardenal los miró, puso los ojos en blanco, cogió el brazo más largo de la cruz y tiró de él. Una especie de funda metálica se desprendió y reveló que en realidad el brazo era una llave larga y delgada.

—Pero ¿qué esperabais? —preguntó.

—Nada, nada —respondió Cyprian—. Sigue impresionándonos.

—Solo existen dos llaves de ese candado —dijo Melchior—. Una la llevaba siempre consigo el emperador Rodolfo; es posible que lo enterraran con ella. La otra la hice confeccionar yo en secreto, para una emergencia como esta.

Se agachó e introdujo la llave en el candado.

—En las semanas anteriores a la muerte del emperador, logré que Lobkowitz, el canciller del reino, y Jan Lohelius, el Gran Maestre de los cruzados, se pusieran de nuestro lado sin revelarles del todo el auténtico poder de la Biblia del Diablo. Inmediatamente después de la muerte de Rodolfo sacaron el arcón con la copia del código de la cámara de curiosidades y lo hicieron transportar aquí. Yo sabía que este sería el último lugar que alguien investigaría —dijo, lanzó una mirada por encima del hombro a Wenzel y este encogió los hombros. Alexandra levantó la cabeza en un gesto de obstinación.

Las cadenas cayeron al suelo, chirriando y tintineando. El cardenal se enderezó, soltó un gemido, cogió la tapa del arcón y lo abrió.

Alexandra se puso de puntillas: quería echar un vistazo al interior.

Entonces empezó a gritar.

De hecho, lo que había de ocurrir era lo siguiente: Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz debía presentarse en el palacio del canciller del reino, preguntar dónde se encontraba el canciller, averiguar que el señor no se encontraba en casa, preguntar por la señora, comprobar que ella también estaba ausente, pedir permiso para dejar un mensaje, que se lo dieran, entregar un sobre cerrado y lacrado al lacayo para que lo mandara por la paloma mensajera y despedirse. Ignoraba si un miembro de la servidumbre estaba al corriente y también cómo la dueña de la casa (y de su alma) impedía que alguno de sus mensajes fuese enviado por error al canciller del reino, a Viena, en vez de al castillo de Pernstein, pero era evidente que ella había tomado precauciones para evitar cualquier error, porque de lo contrario hacía tiempo que el canciller le habría hecho un par de preguntas. Pero esa noche estaba demasiado excitado para aguantar tantas monsergas. Cuando el lacayo le abrió la puerta, se abrió paso y obligó al hombre a acompañarlo al desván donde se encontraban las jaulas de las palomas.

—Señor, eso es... —empezó a decir el criado, intimidado por la furibunda determinación de Heinrich.

—¿Cuáles son las palomas que siempre llevan mis mensajes?

—Eeh...

—¿Cuáles son, maldita sea? Y tráeme tinta y algo para escribir, date prisa.

—Eeh...

Heinrich se volvió y lo agarró del jubón.

—¡Si no sabes cuáles son, imbécil, entonces ve a buscar a alguien que lo sepa!

—En... enseguida, señor.

Heinrich se dispuso a pegarle un puntapié, pero el lacayo ya se las había arreglado para deslizarse escaleras abajo.

—¡Y no olvides la tinta! —gritó a sus espaldas.

Solo había un palomar y volvió a preguntarse cómo se las arreglaba Diana para que no hubiera confusiones y, en un arrebató de amargura, Heinrich comprendió que sabía tan poco sobre sus tejemanejes como el lacayo. ¿Cuál era la palabra que se pronunció al principio de su sociedad? ¿Siervo? Fue reemplazada por «socio», pero pensándolo bien, él solo era un recadero.

—Pero el recadero se folló a la señora... —susurró con una sonrisa irónica; sin embargo, el comentario solo le proporcionó un placer insípido.

¿Y qué estaba haciendo allí, con el mensaje que Diana había esperado recibir todo ese tiempo? ¿Acaso se lo murmuraba al oído mientras ella lo arrojaba sobre la cama y le arrancaba la ropa? No: estaba sentado ante un palomar, en un desván hediondo, obligado a gritarle a los criados para que estos al menos facilitaran que él le enviara un mensaje. Lo peor era que esa noche volvería a entrar en uno de los burdeles junto a la muralla y se endeudaría aún más para satisfacer el deseo que lo vencía en cuanto pensaba en Diana. Y que ya no podría volver al establecimiento donde se encontraban las muchachas más bonitas de Praga, porque la había fastidiado. En respuesta a su demanda, el dueño le había presentado dos muchachas, una rubia y una morena. Obligó a la rubia a pintarse la cara de blanco, después obligó a ambas a toquetearse mientras él las observaba, temblando y gimiendo. De pronto no pudo soportarlo más y, cegado por la furia, se había abalanzado sobre las prostitutas, había agarrado a la morena y comenzó a abofetearla. La rubia trató de escapar, pero él se lo impidió y gritó: «¿Es esto lo quieres, Diana? ¡Dímelo y le arrancaré el corazón! ¡Dímelo y beberé su sangre! ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡Dímelo y haré lo que tú quieras, pero deja que vuelva a poseerte!».

Después se abalanzó sobre la morena, le separó los muslos, la penetró y eyaculó en el acto; luego clavó la mirada en su rostro, sus labios hinchados y su nariz sangrante, y comprobó que no guardaba el menor parecido con Alexandra Khlesl... Alzó los puños y la habría matado a golpes si no lo hubieran detenido. La rubia había ido a la planta baja en busca de ayuda y al cabo de un instante Heinrich volvió a encontrarse en la callejuela medio desnudo, con la amenaza de que si volvía por allí lo castrarían. Había regresado a casa con pasos tambaleantes, se dejó caer en la cama y, entre sollozos y gritos de rabia, se había satisfecho a sí mismo en un vano intento de darle el rostro de Alexandra a la prostituta apaleada.

El olor a plumas secas y excrementos que surgía del palomar, mezclado con el efluvio a madera, ladrillos y especias del viejo desván, le aclaró las ideas y redujo las palpitations de su corazón. No había nada más terrenal que ese olor, le evocaba la tarea de mantener limpio el palomar, los rayos de

sol que penetraban a través de los huecos del techo, la tibieza de una noche estival en un amplio granero cuando el calor lo adormilaba, el ir y venir de las palomas que revoloteaban, se posaban en sus hombros o le picoteaban las manos. Recordó que a veces existía una solución sencilla para las situaciones difíciles: acabar con ellas. De repente Heinrich se vio a sí mismo poniéndose de pie, abandonando la casa y alejándose en medio del atardecer, marchándose de Praga y dirigiéndose a un lugar donde un nuevo comienzo resultara posible. ¿Cómo pudo haber caído tan bajo como para permanecer tendido en la callejuela, con la nariz ensangrentada y expuesto a las amenazas del dueño de un prostíbulo?

El olor de las palomas lo agobiaba y tuvo que toser. El ruido asustó a las aves, que retrocedieron y, arrullando y aleteando, se apiñaron en el fondo del palomar; Heinrich casi creyó percibir su pavor histérico. Esbozó una mueca y mostró los dientes, luego deslizó los dedos por los barrotes de la jaula; las aves aleteaban de un lado a otro y, aterrorizadas, se abalanzaban las unas sobre las otras. Heinrich comprobó que las despreciaba.

—Salid —musitó, lleno de odio—. Salid para que pueda devoraros —gruñó, y volvió a deslizar los dedos por los barrotes—. Salid, apestosos montones de plumas, ¡dejad que os arranque la cabeza con los dientes, soy un gato y tengo hambre!

Formó garras con las manos y soltó un bufido felino; las asustadas palomas se arremolinaron y las plumas volaron. Heinrich vio que, totalmente despavoridas, se cagaban unas en las otras.

—¡Ja, ja, ja! —soltó, y volvió a deslizar los dedos sobre los barrotes—. ¡Os devoraré!

Entonces se dio cuenta de que ya no estaba solo. Carraspeó, se enderezó y, sin volverse, exclamó:

—¿Dónde estabas, pedazo de haragán...?

Ella lo contempló en silencio, con el rostro inexpresivo. Él la miró fijamente y notó que el rubor le cubría la cara. No había traído tinta. Heinrich abrió y cerró la boca; solo la había visto con el rostro maquillado de blanco, pero esa vez no llevaba afeites. Recordó las sombras que había creído vislumbrar debajo del maquillaje, pero su tez era inmaculada, más bella de lo que jamás podía haber sido con el rostro maquillado; oyó un aullido de perro y advirtió que quién lo había soltado era él.

—¿Hay un mensaje? —preguntó ella.

—Yo... yo no sabía... no sabía...

—No, no lo sabíais —replicó ella secamente.

Heinrich captó su desprecio y se retorció.

—Yo... —dijo, indicando las jaulas de las palomas con el pulgar. Tenía muy presente que no existía una explicación que volviera su conducta menos ridícula y bajó la cabeza.

—¿Cuál es el mensaje?

—Si... si hubiese sabido que vos estabais aquí...

—¿El mensaje?

—¡Sois tan bella! —soltó él.

Estaba de pie al final de la escalera, envuelta en su atuendo blanco, las manos plegadas en el regazo, como un ángel que hubiese bajado a la Tierra. El arrebató sentimental de él la afectaba tanto como el aleteo de una mariposa a una montaña. Heinrich hizo un intento desesperado de recuperar el control y se apresuró a dar un paso hacia ella, pero la dama ni siquiera parpadeó.

—Diana —tartamudeó Heinrich con voz ronca—. Estáis en todos mis pensamientos, en todas las fibras de mi cuerpo... Diana... —añadió, se atragantó y se detuvo ante ella.

—¿El mensaje?

—El cardenal ha averiguado que la copia de la Biblia del Diablo que estaba en el gabinete de curiosidades no se encuentra en la casa en ruinas —exclamó—. ¡Ha llegado el momento!

Ella pareció reflexionar y su mirada lo rozó como si él fuera un insecto. «Tiene el códice metido en la sangre —pensó Heinrich por centésima vez—, igual que ella está metida en la mía».

—Ya sabéis lo que debéis hacer —sentenció ella finalmente.

—Sí. Pero...

La dama aguardó.

—Pero... yo quiero... puedo... —balbuceó, y ya no pudo seguir pensando.

Jadeó, la aferró de los hombros, la abrazó, presionó los labios contra los suyos, trató de entreabrirlos con la lengua y aumentó la presión hasta que se volvió dolorosa. Ella no le devolvió el beso: era como si intentara besar un cadáver que aún no se hubiera enfriado y, soltando un gemido, la soltó.

—Aquí imperan otras reglas —dijo ella lentamente y sin secarse la saliva de la cara—. Si volvéis a hacer eso, haré que os echen a latigazos.

—¡Pero... pero... estoy ardiendo, Diana, estoy ardiendo!

—El mensaje ha llegado —replicó la dama justo antes de dar media vuelta y bajar las escaleras sin dignarse a mirarlo.

—¿Qué pasa con el cardenal? —gritó Heinrich a sus espaldas—. ¿Qué pasa con Cyprian Khlesl?

—Haced lo que debéis hacer —dijo ella.

Era como si hubiera dicho: «Matadlo». Era como si hubiera dicho: «Con respecto a Cyprian Khlesl, si vos y él os encontrarais en una oscura callejuela, apostaríais por él».

Heinrich tropezó hasta el palomar, temblando de ira. Abrió la jaula con dedos trémulos, agarró una paloma, la arrastró fuera, la miró fijamente... y, aullando como un demente, cerró el puño hasta oír el crujido de los huesos; los ojos de la paloma se empañaron y su cabeza cayó a un lado.

La sangre que repentinamente le manchó los dedos hizo que recuperara el juicio. Miró en torno, resollando y durante un momento completamente desorientado. Después se abalanzó escaleras abajo, recorrió el pasillo y salió a la calle como perseguido por los demonios. Solo al pie del Hradčany, casi en las callejuelas de Malá Strana, notó las miradas que le lanzaban los transeúntes. Bajó la vista, contempló su puño y vio que todavía aferraba el cadáver de la paloma. Abrió los dedos manchados de sangre y lo dejó caer. Nadie osó dirigirle la palabra y él se alejó, más parecido a un diablo que a un ser humano, atenazado por un deseo asesino.

Al principio parecía un montón de ropa manchada, de color marrón y cubierta de una capa de moho blancuzco. Luego se materializaron unos detalles entre las sombras: una garra de ave seca, un talego de cuero redondeado y desgarrado, las cuentas desteñidas de un rosario, otro talego de cuero despellejado, el acolchado reventado de un jubón de brocado y el forro de seda de una bota de tacón alto, tan fino como una telaraña. El talego estaba dañado a un lado, un agujero desflecado dejaba ver otro rosario, otros agujeros parecían...

Alexandra soltó un alarido.

Era una cuestión de perspectiva. Cuando Andrej bajó el candil, la garra de ave se convirtió en una mano, las cuentas de rosario en dientes, los agujeros de los talegos de cuero en realidad eran rostros momificados.

Andrej cerró la tapa. Fue como si el estampido de un disparo de cañón se extendiera a través de toda la bodega. Alexandra siguió gritando y retrocedió hasta chocar de espaldas contra la pared. ¿Era ella la única que lo veía? La tapa del arcón se agitó como si algo empujara desde dentro. La joven trató de llamar la atención de los demás, pero lo único que brotó de sus labios fue un grito aterrado. Trató de alzar la mano. La tapa se levantó lentamente: algo se agitaba en el interior, algo que chasqueaba y crujía y que parecía susurrar con labios de pergamino y lengua de cuero ajado; algo cuyos ojos eran pétreas canicas ciegas, un ser que se aferraba con una garra de uñas largas y negras al borde del arcón y con la otra alzaba la tapa, lenta muy lentamente; algo que no tenía prisa porque Alexandra estaba como paralizada y no tenía fuerzas para escapar; algo en cuya boca negra brillaban pequeños dientes, como la horrenda parodia de un rosario de marfil; algo que se incorporaba con lentitud junto a su momificado gemelo, estiraba un brazo reseco y un dedo diminuto y delgado pegado a una mano semejante a una pala; algo que era la horrorosa parodia teñida de negro de un enano que surgía de las profundidades del infierno, estiraba su brazo cada vez más largo y la aferraba del hombro.

—¿Cariño?

Alexandra parpadeó y contempló el rostro de su madre. Estaba muerta de frío y temblaba como una hoja. El rostro momificado del enano surgió de su recuerdo y sintió náuseas. Alexandra tragó saliva desesperadamente.

—No parabas de dar vueltas, gimiendo. Has tenido una pesadilla.

—El arcón... —balbuceó Alexandra.

El rostro de Agnes se endureció y Alexandra advirtió que su madre le acariciaba los cabellos con la mano. Notó los dedos húmedos y fríos.

—Sí. Tu padre me contó lo que encontrasteis. El cardenal dice que el arcón contenía los cadáveres momificados de dos de los enanos de la corte del emperador Rodolfo. Desaparecieron después de su muerte. En aquel entonces encontraron muertos a todos los demás, uno en el empedrado bajo la muralla del castillo, los otros en el gabinete de curiosidades del emperador. Antaño alguien hizo correr el rumor de que el enano que cayó por la ventana, un tal Sebastián, había asesinado a los demás porque todos ellos pretendían saquear el gabinete de las maravillas y luego no se pusieron de acuerdo sobre el reparto del botín. Y que después Sebastián se lanzó por la ventana. Sea como fuere...

—¿Cómo fueron a parar al arcón los cadáveres?

—Esa es la pregunta que desbarata toda la teoría acerca del asesinato y el suicidio de los enanos de la corte, ¿verdad? —dijo Agnes con una sonrisa triste.

En momentos como ese, cuando su madre hacía un comentario irónico o de algún otro modo dejaba entrever que no era como las otras madres de su mismo nivel social, Alexandra se sentía próxima a ella y al mismo tiempo extraña. Ese ser neutral llamado «madre» se había convertido en una persona, Agnes Khlesl, que albergaba sus propias ideas, sus propios deseos y opiniones, y que era capaz de sorprender a su hija por completo. La imagen que ello ofrecía del corazón de su madre le resultaba fascinante, pero al mismo tiempo le daba una idea de la distancia que las separaba y que no se dejaba superar por el parentesco familiar. «Madre» era alguien próximo porque así debía ser; Agnes Khlesl era una persona cuyo respeto y amor había que merecer.

—¿Qué buscaba el cardenal en el arcón? —preguntó Alexandra... y entonces lo recordó.

Wenzel, que se había acuclillado junto a Alexandra cuando ella se desplomó y trató de tranquilizarla.

Su padre, cuya voz nunca había sonado tan hueca, diciendo: «¿Qué has hecho, tío Melchior? ¿Dónde está la Biblia del Diablo?».

Melchior Khlesl que, atónito, había susurrado: «Tendría que estar ahí. El canciller del reino... Pero no..., el obispo Lohelius... Dios mío, ¿acaso los cruzados tienen el condenado códice? ¿Cómo ha podido ocurrir? Yo tenía el único duplicado de la llave...».

Andrej, que dijo «Tranquilos, señores», y señaló a ambos jóvenes: Wenzel procurando consolar a Alexandra y ella que lo miraba fijamente con los ojos llenos de lágrimas.

—Nada —dijo Agnes.

—La Biblia del Diablo —replicó Alexandra.

Agnes palideció.

—¡Ya no soy una niña, madre!

—Tenía la misma edad que tú y también creí que ya no era una niña. Y a día de hoy sigo despertando entre gritos cuando sueño con ella. ¿Quieres volver a experimentar todas las noches lo mismo que has sufrido hoy?

—¿Qué es la Biblia del Diablo?

—No contestaré a más preguntas.

—¡Madre!

Agnes arqueó una ceja. Allí volvía a estar —cuando era necesario— la dura y decidida Agnes Khlesl contra la que Alexandra se rebelaba cada vez que aparecía y ante la cual se sentía pequeña y débil. Apretó los dientes, pero se sintió incapaz de volver a pelearse con su madre: la conmoción aún era demasiado profunda.

Agnes se acercó a la ventana y abrió los pesados cortinajes. Para su sorpresa, Alexandra vio que era de día. Su madre estaba completamente vestida. ¿Cuánto tiempo había dormido... o mejor dicho: cuánto tiempo había permanecido atrapada en la pesadilla?

—Han dejado esto para ti —dijo Agnes, y alzó un trozo de papel plegado, esforzándose por sonreír—. ¿Tienes un admirador del que no sé nada?

Durante un instante, Alexandra estuvo a punto de replicar: «¡No contestaré a más preguntas!», pero estaba demasiado cansada.

—No —dijo. Cogió el papel y lo hizo girar entre las manos.

—Toda la familia se encuentra abajo —dijo Agnes—. ¿Vienes? Tu padre recibió un envío de un panadero a favor del cual intercedió a causa de los derechos ciudadanos. Solo estamos los íntimos: hoy no hay ningún cardenal —añadió, y esa vez logró sonreír.

—¿Y tío Andrej?

—Solo estamos nosotros.

Entonces la sonrisa de su madre pareció adquirir otro carácter: era una sonrisa en la que resonaban muchísimas cosas no dichas, tantas como las que revoloteaban en el cerebro de Alexandra y en el de Agnes: el vacío en la biografía de su primo, el hecho de que su tío persistiera en un estado de eterna soltería, los sentimientos totalmente impropios de Wenzel por Alexandra grabados con tanta claridad en su rostro...

—Te esperamos.

Alexandra apoyó los pies en el suelo. Era como si tuviera las piernas de madera y, desganada, deslizó una uña por debajo del lacre, abrió el mensaje y se quedó de piedra.

¿Recordáis Brno? Desde entonces no he logrado olvidaros. El mensajero aguarda cerca de vuestra casa. Si para las campanadas de mediodía no ha recibido un mensaje vuestro, sabré que a vos no os ocurre lo mismo que a mí y pasaré el resto de la vida sumido en la oscuridad.

Siempre vuestro,

HEINRICH VON WALLENSTEIN-DOBROWITZ

Alexandra se puso de pie de un brinco. El corazón le latía como un caballo desbocado. ¿Cuánto faltaba para las campanadas de mediodía? ¿Dónde había papel? ¿Dónde había una pluma?

Tras llegar a Praga, Filippo sabía que, de momento, su viaje había acabado. Se encontraba en el gran puente y miró en derredor, contemplando el castillo posado en las altas rocas, los tejados y las fachadas de Malá Strana y las docenas de torres que se elevaban entre los edificios de la Ciudad Vieja, y comprendió que había hallado el oscuro mellizo de Roma, su ciudad natal. Y no se trataba de que Roma no poseyera bastantes aspectos oscuros —más numerosos que los luminosos, si uno se lo tomaba al pie de la letra—, pero en sí, la ciudad presentaba un aspecto luminoso. En cambio, Praga parecía más sombría que Roma, parecía albergar más secretos, poseer callejuelas y rincones ocultos más profundos y tenebrosos. En la Roma nocturna de la superchería y los trasgos, legiones de fantasmas deambulaban con tambores y fanfarrias a través de las callejuelas, de camino a la muerte en tierras remotas, cinco mil despedidas frustradas por cada legión, que sujetaba sus almas al hogar y a su camaradería más allá de la muerte. En cambio en las plazas de Praga vagaban suspirantes fantasmas de amantes desairados, traidores ahorcados y alquimistas llevados por el diablo, solitarios trasgos que se adelantaban a solitarios Golem.

En Viena habían informado a Filippo de que el obispo, cardenal Melchior Khlesl, se encontraba en Praga. El viaje al norte a principios de adviento había resultado difícil. Filippo se había sentido como uno de esos trasgos abandonados mientras recorría los caminos helados a través del interminable crepúsculo. Si no hubiese estado viajando hacía meses, quizá no habría tenido fuerzas para llevar a cabo esa última etapa del viaje. Si no hubiera hecho tanto tiempo que recorría esos caminos en solitario, tan desierto que ciertas noches llegó a creer que él mismo solo era un fantasma condenado a recorrer el mundo debido a sus dudas hasta que un alma caritativa se apiadara de él, tal vez habría abandonado. Pero un vacío en el alma puede impulsar a una persona a seguir su camino, tanto o más que un corazón henchido de fe y confianza.

Al llegar al palacio arzobispal situado ante las puertas del castillo, Filippo descubrió que le vedaban el paso. Estaba preparado para ello; en Viena le ocurrió exactamente lo mismo. Pero existía una palabra mágica, y si bien cada vez le causaba dolor de estómago, también la empleó allí.

—Soy el padre Filippo Caffarelli, hermano del cardenal Scipione de Roma, arzobispo de Bolonia, penitenciario mayor y cardenal nepote del Santo Padre —declaró, y pensó en Vittoria y en el rechazo que los había unido a ambos frente a su hermano mayor.

Ese día Filippo recurrió al nombre del cardenal para demostrar su propia legitimidad. Una persona podía reflexionar largamente sobre quién era cuando se veía obligado a echar mano del nombre del hombre a quien más odiaba para que lo trataran con respeto. Por supuesto que el hombre a quien más odiaba lo ignoraba por completo, y en el improbable caso de que hubiese llegado a sus gordos oídos que su hermanito Filippo había abandonado su puesto de Santa Maria in Palmis sin permiso y que a partir de entonces había desaparecido, como mucho hubiera soltado un par de apresuradas palabras distanciándose de él, a fin de no desacreditarse debido a la conducta de Filippo. Lo único que preocupaba a Filippo era la certeza de que cada vez que se ocultaba tras el nombre de Scipione, Vittoria se revolvía en su tumba.

—Traigo un mensaje urgente y secreto del Santo Padre, en nombre del cardenal —dijo.

Como siempre, la palabra mágica surtió efecto. Quien aún dudara de que el poderoso cardenal Caffarelli hubiera enviado a un espantapájaros como Filippo, en última instancia se convencía gracias a las palabras «urgente» y «secreto». Los agentes solían viajar sin llamar la atención y algo que llamara menos la atención que un desharrapado clérigo resultaba casi inimaginable.

El arzobispo Jan Lohelius se encontraba presa de una excitación tan improbablemente cristiana como escasamente adventista. La puerta de su escritorio estaba abierta, escribientes entraban y salían a toda prisa, un secretario se había arremangado a pesar de las corrientes de aire y supervisaba a media docena de copistas que duplicaban documentos. Los amanuenses estaban tan cubiertos de manchas de tinta negra que presentaban el aspecto de mineros en un pozo de carbón. Un lacayo condujo a Filippo hasta el umbral y luego intentó en vano llamar la atención. El arzobispo Lohelius reinaba en medio del trajín como un general cuyo frente se hubiera desmoronado por completo, cuyas tropas disueltas pululaban en medio del campo de batalla y luchaban entre ellas en vez de contra el enemigo y quien, en vez de actuar, se quejaba ante el dios de la guerra preguntando por qué le habían enviado

semejante prueba, precisamente a él. En su entorno era considerado un hombre decidido, algo atribuible a la circunstancia de que solo se rodeaba de escribientes y secretarios de la Orden de los Cruzados que llevaban la cruz roja, que le eran absolutamente leales y que también se veían afectados por el trajín de su Gran Maestre cuando se trataba de tomar decisiones, pero evitando que se notara. La indecisión de Lohelius al principio de su carrera — en aquel entonces era el abad del convento de Strahov— cuando le ofrecieron el puesto de obispo auxiliar de Praga y decidió rechazarlo, no lo había afectado de manera negativa y con el tiempo acabó olvidándose, y su pequeño ejército de fieles hermanos se encargaba de ocultar que esta característica suya no había mejorado, en parte gracias a la energía del arzobispo, Gran Maestre de la Orden, vicario general de la orden de los premonstratenses y abad de Strahov (aún lo era).

Por fin la mirada del arzobispo se posó en el recién llegado y su acompañante, y el hombre que estaba de pie al lado de Filippo se enderezó.

—¡Padre Philipp Kasparelius de Roma, reverendo padre! —gritó, con la autosuficiencia de los lacayos que han comprendido mal un nombre, pero que saben que da igual, pues para imponerlo basta con repetir el equivocado a menudo y a voz en cuello.

El arzobispo lanzó una mirada perpleja a Filippo.

—¡Con un mensaje secreto del Papa! —proclamó el lacayo, alzando la voz aún más.

Un cambio desconcertante se produjo en el rostro de Lohelius hasta adoptar una expresión similar a la de quien estando a punto de morir ahogado de repente le tienden un palo salvador. El arzobispo se apresuró a estrechar la mano de Filippo y lo condujo hasta una ventana.

—¡Por fin, amigo mío, por fin! —dijo Lohelius—. No os imagináis con cuánta ansiedad aguardaba vuestra llegada. O al menos un mensaje. Pero que el papa Pablo me envíe un hombre de su confianza... —añadió Lohelius y, alegremente sorprendido, meneó la cabeza.

—No comprendo tu idioma, por desgracia —respondió Filippo en latín, a pesar de que sus conocimientos lingüísticos eran mucho más amplios de lo que pretendía.

—¡Oh! Vaya... —murmuró el obispo y, sin el menor esfuerzo, pasó a la lengua del antiguo Imperio romano, convertido con el tiempo en el idioma universal de la Iglesia católica—. Supongo que el Santo Padre te ha puesto al corriente de la situación, ¿verdad?

Filippo titubeó: el giro era inesperado.

—¿El cierre de iglesias? —preguntó el arzobispo Lohelius.

Filippo tenía la sensación de que debía seguirle el juego si pretendía llegar más allá con el arzobispo.

—El Santo Padre consideró que tú tendrías una visión más amplia del asunto —dijo.

Lohelius asintió con expresión resignada.

—Sí, la tengo, la tengo, en efecto. Pero es un asunto complicado. En el norte de Bohemia hay dos lugares en los que hace poco han erigido iglesias protestantes: Klostergrab y Braunau. El rey quiere que ambas se cierren. En Braunau prescindieron de la decisión papal y de Klostergrab recibimos una respuesta impertinente. Pero existe correspondencia procedente de Braunau, del abad de los benedictinos, diciendo que los ánimos están a punto de estallar y que no puede garantizar la seguridad del convento si se somete a los protestantes a una presión excesiva. Así que el rey Fernando ordenó que primero nos ocupáramos de Klostergrab de manera definitiva, porque respondieron de manera tan impertinente y porque confía en que sirva para intimidar a los herejes de Braunau. Eso significa que yo, como arzobispo de Bohemia, debo ordenar el derribo de la iglesia de Klostergrab.

Filippo se encogió de hombros, el estado de la cuestión no podría haberle resultado más indiferente. El arzobispo malinterpretó su gesto.

—Correcto —dijo—, correcto. ¿Qué hemos de hacer? El rey no lo pone fácil. Klostergrab pertenece al arzobispado de Praga, así que mi responsabilidad es doble. Formalmente, Braunau pertenece al rey, por eso él puede pasarle la responsabilidad a la Liga Católica a la que Bohemia se ha unido en todos los aspectos de la Contrarreforma. He obtenido indicios claros de la parte correspondiente: dicen que si mando derribar las iglesias los estamentos bohemios no lo aceptarán sin luchar.

—¿Qué acción podrían emprender los estamentos?

—Podrían quejarse de mí ante el emperador —respondió Lohelius, soltando un quejido—. O podrían atacarme por sorpresa y tirarme por una ventana, siguiendo la costumbre de este lugar cuando quieren demostrar que están disconformes con la política de alguien. La última vez que sucedió algo así las víctimas fueron siete concejales de Praga. Los husitas atacaron el Ayuntamiento y después el populacho ensartó las cabezas de los siete infelices. Eso ocurrió hace doscientos años. Puedo imaginar que muchos de los habitantes de los estamentos protestantes piensan que vuelve a ser hora de defenestrar a alguien.

El obispo miró por la ventana, dirigió la vista al empedrado situado varios metros más abajo y se secó las gotas de sudor de la frente.

—No creo que el rey y el emperador permitieran algo semejante sin declarar la guerra a los estamentos.

—Sí, para colmo de males. Y lo peor es que antes igualmente me reventaré el cráneo contra el empedrado —dijo Lohelius con conmovedora sinceridad, y volvió a enjugarse la frente.

De pronto una sonrisa le iluminó el rostro, se apartó de la ventana y extendió los brazos como si pretendiera abrazar a Filippo.

—¡Pero ahora la preocupación no tiene fundamento! ¿Cuál es el mensaje del Santo Padre?

Filippo reflexionó un momento. Sospechaba que no llegaría a nada con el arzobispo si este no era eximido de la responsabilidad de lo que debía ocurrir con las dos iglesias, y también era consciente de que quien lo descargara de tal responsabilidad contaría con su agradecimiento... y a Filippo el agradecimiento de Lohelius podía resultarle de gran utilidad. Por fin reflexionó acerca de la decisión que tomaría el papa Pablo. No cabía duda de que el mensaje de Lohelius ya se hallaba en el Vaticano hacía cierto tiempo y que el Papa lo contemplaba fijamente, se mordía las uñas y prestaba oídos a los consejos de sus íntimos. En algún momento enviaría una indicación, y si para entonces Filippo todavía se encontraba en Praga y la orden era completamente distinta de lo que Filippo estaba a punto de decir, alguien desconfiaría y mandaría que lo buscaran. Allí en Praga estaba totalmente solo, no podía contar con la ayuda de nadie. Nadie intercedería por él si lo arrestaban, iniciaban investigaciones, descubrirían que era un sacerdote renegado y lo freían en aceite hirviendo por usurpación de funciones. Pero Filippo también sabía quién era el consejero predilecto del Papa y cuál sería la decisión que merecería su aprobación. La fe era algo que había que sufrir: «¿Habéis perdido vuestra Iglesia porque vuestra fe en el poder del catolicismo era demasiado débil, o porque vuestra fe en el poder de la herejía protestante era demasiado fuerte?». Filippo sabía cuál sería el consejo del cardenal Scipione Caffarelli.

—Quema los templos herejes, reverendo padre —dijo Filippo, y durante un instante vertiginoso y absolutamente aterrador creyó saber qué sentimientos experimentaba una persona como su hermano cuando daba una orden.

Lohelius cerró los ojos.

—Gracias —susurró—, gracias. Eso confirma mi propio criterio. Ahora mi conciencia está tranquila.

—Que la paz sea contigo, reverendo padre.

Lohelius le tendió la mano y Filippo la contempló sin saber qué hacer; estaba extendida con la palma hacia arriba, no pretendía estrechar la suya: esperaba que depositara algo en ella.

El arzobispo frunció el ceño.

—¿No hay un documento? —preguntó en tono sorprendido.

—La orden solo me fue transmitida verbalmente —se oyó decir Filippo.

Las miradas de ambos se encontraron. Filippo bajó la vista para que el arzobispo no adivinara sus pensamientos, pero de un modo retorcido este ya los había descubierto.

—Si esto acaba en una catástrofe no existirá ninguna prueba de que la orden procedió de la Santa Sede y quien cargará con la responsabilidad ante la historia seré yo.

«¡Mierda!», pensó Filippo. Entonces se le ocurrió una idea.

Alzó el dedo en el que llevaba un anillo, lo único que su padre le había dado por su propia voluntad, claro que con la advertencia de que antes de utilizarlo lo consultara a él o al menos a su hermano Scipione. En consecuencia, Filippo jamás había hecho uso de él.

—He sido presentado erróneamente, reverendo padre —dijo—. Mi nombre es Filippo Caffarelli.

El arzobispo se sobresaltó. Filippo asintió con la cabeza.

—Exacto —dijo—. ¿Por qué crees que el Papa me ha enviado, reverendo padre? El cardenal nepote es mi hermano.

Lohelius le ofreció una sonrisa inquieta.

—Haz que uno de tus escribientes redacte un documento que declare de dónde procede la orden. Lo refrendaré con el sello de mi hermano.

La sonrisa de Lohelius se volvió más amplia y de pronto Filippo supo cómo debía proceder.

Poco después, mientras observaba al escribiente este dejaba gotear lacre sobre el documento redactado a toda prisa —un documento que ni siquiera valía para limpiarse el trasero, porque la tinta no haría más que manchar y el borde afilado del sello arañaría— se dirigió al arzobispo y, en tono casual, dijo:

—Podrías ser útil a mi hermano en otro asunto, uno con el cual quiere darle una alegría al Santo Padre.

—Con mucho gusto —contestó Lohelius.

El escribiente se puso de pie y dio un paso atrás. Por su parte, Filippo tomó asiento, lustró aparatosamente su anillo de sello, alzó la mano para presionarlo contra el lacre blando... y vaciló.

—Pero puede que no resulte sencillo, según dice mi hermano. Perdóname, reverendo padre.

El arzobispo clavó la mirada en la mano de Filippo, flotando por encima del lacre que empezaba a solidificarse, e hizo un gesto negligente.

—¡Y aunque así sea! —dijo—. Estoy en deuda con Su Eminencia. Sella, mi buen amigo, sella.

Filippo presionó el anillo sobre el lacre, vagamente consciente de que era la primera vez que lo hacía... y con el fin de engañar. De repente quiso sonreír: no se le ocurría nada más apropiado.

—La principal ocupación del Santo Padre consiste casi exclusivamente en volver a poner orden en el archivo secreto —dijo Filippo, y sopló sobre el sello para enfriarlo. La mirada del arzobispo parecía capaz de abrir un agujero en el pergamino—. Hace veinte años un valioso fragmento del archivo fue regalado. Para el Santo Padre supondría una gran felicidad que se lo prestaran durante un tiempo, con el fin de confeccionar una copia para el archivo.

—¿Qué documento tan raro es ese? —preguntó Lohelius al tiempo que tendía la mano para coger el pergamino.

Filippo se lo entregó... y lo retiró en el último instante para volver a soplar el lacre. La mano del arzobispo se crispó.

—Por aquel entonces, el papa Inocencio se lo regaló al obispo de Wiener Neustadt, que hoy es el cardenal y ministro imperial...

—... ¡Melchior Khlesl! —exclamó Lohelius, sorprendido, y por un instante olvidó el documento.

—He oído que se encuentra aquí, en Praga. Tal vez puedas ayudarme...

El documento se acercó una vez más a la mano arzobispal. Filippo estaba dispuesto a encontrar una cagada de mosca que exigiría más limpieza con el fin de volver a postergar la entrega, pero ya no resultaba necesario animar a Lohelius.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¿Acaso ese fragmento tan valioso es un gigantesco códice?

El pergamino se agitó entre los dedos de Filippo y Lohelius lo tomó sin ni siquiera mirarlo.

—Es muy sencillo —dijo—. Cuando el emperador Rodolfo murió, el cardenal Melchior hizo trasladar el libro fuera del gabinete de las maravillas; nos pidió ayuda a mí y al canciller Lobkowitz, afirmando que ese volumen

era único y que temía que en medio de la confusión y las rencillas por la sucesión del emperador pudiera resultar destruido —añadió, y su rostro se ensombreció—. Tenía razón. Uno de los siervos de Rodolfo, un enano repugnante, ya intentó hacerse con el libro antes que nosotros, pero él y sus compinches se pelearon y todos se asesinaron entre ellos. En todo caso, dejamos el códice a buen recaudo.

El arzobispo sonrió, echó un vistazo al documento que había tomado de la mano de Filippo y por fin se lo entregó a su secretario.

—¿Puedes dármelo? —preguntó Filippo en tono admirablemente indiferente.

—No lo tengo —dijo el arzobispo—, pero te daré una recomendación para el canciller Lobkowicz. Fue él quien se encargó de trasladar el libro.

—Por aquí, Excelencia. Cuidado con las ramas bajas, Excelencia. Enseguida llegaremos, Excelencia.

El prefecto Albrecht von Sedlnitzky no tenía prisa por llegar. Fuese lo que fuera lo que lo esperara en el nevado bosque al norte de Brno, tenía la impresión de que no le apetecería verlo. Pensó en la comida que lo aguardaba en el castillo de Spielberg y que la corteza de la carne se ablandaría y las verduras se volverían sosas antes de su regreso, y se maldijo por haber hecho caso a la llamada que lo había alcanzado hacía un par de horas. Nadie tenía más detalles. Para cuando la noticia le llegó había sido ya tan tergiversada que allí en el bosque podría encontrarse con cualquier cosa, desde un ejército de cien mil hombres del emperador de China hasta a san Nicolás, quien había aprovechado las Navidades para regresar a la Tierra en persona y que necesitaba al prefecto porque no podía volver a encontrar su saco de regalos. Albrecht von Sedlnitzky solo sabía una cosa: si la petición de que se presentara personalmente en medio del bosque lo había alcanzado el día del nacimiento de Jesucristo, significaba que había generado suficiente alboroto en las fronteras del círculo jerárquico que él había creado en torno a sí mismo como para que realmente se tratara de algo importante.

Había aprendido a valorar la impenetrable sucesión de niveles y responsabilidades tras la cual lograba ocultarse, porque de ese modo siempre había alguien a quien echarle la culpa por una decisión equivocada... alguien que no fuese él mismo. Albrecht von Sedlnitzky estaba convencido de que, en tiempos como los que le tocaba vivir, no se podían cometer errores en un puesto importante como el suyo... o al menos ninguno que pudiera ser atribuido al prefecto. El administrador de los destinos de Moravia debía ser infalible. Además, Albrecht von Sedlnitzky tenía otros planes para su carrera, difíciles de realizar si su expediente presentaba una mancha.

No obstante, ese día comprendió que su organización adolecía de un defecto: le impedía comprobar qué ocurría de verdad en el nivel inferior de la

vida, es decir, en el nivel donde se encontraba el ochenta por ciento de la población de Moravia, el de las personas normales. El problema consistía en que no debía permitir que nadie notara que no tenía ni la menor idea, pues ello hubiese indicado falibilidad. Era un círculo vicioso y tan injusto como la vida misma. Recordaba vagamente la ejecución que supuso su primer acto oficial. Después el verdugo de Olmütz tuvo que ser conducido fuera de la ciudad bajo guardia, porque de lo contrario los ciudadanos de Brno lo habrían lapidado. Alguien había evaluado la situación de manera errónea y había permitido que Albrecht creyera que con la ejecución del pastor mentecato cosecharía el aplauso de la población. Por supuesto que ese alguien había cargado con las consecuencias y ya no era corregidor ni se encontraba en Brno. Albrecht recordaba muy bien que incluso había señalado al corregidor que los habitantes de Brno podían considerar que la ejecución era en realidad un asesinato de motivación política, pero el muy necio no lo había escuchado. Cabía en lo posible que el corregidor recordara que todo había ocurrido exactamente al revés, pero de momento los recuerdos del corregidor carecían de importancia. En todo caso, la ejecución supuso un fracaso y le había demostrado hasta qué punto era importante conservar el olfato que permitía descubrir el estado de ánimo del pueblo. En un nivel mental ligeramente inferior sentía cierta inquietud por haberse impedido a sí mismo la menor posibilidad de alcanzar dicho olfato, pero esa inquietud hubiera indicado un grave error de cálculo en su estrategia y, en ese sentido, fue exitosamente reprimida.

Albrecht adoptó una expresión sombría al ver a los soldados amoratados por el frío que se alineaban ante él castañeteando los dientes.

—¿Qué están haciendo esos? —preguntó.

Un suboficial lo saludó y tartamudeó:

—A... aseguran el lu... lugar del ha... hallazgo, Exce... Excelencia.

—Todo habrá acabado enseguida, hombres —dijo Albrecht en tono generoso—. Después regresaréis al calor, al vino y al asado y le daréis un gustito a la dama de vuestro corazón en honor al nacimiento de Cristo, ¿verdad? —exclamó, sonriendo. Un buen comandante sabía lo que querían oír sus hombres.

Los soldados intercambiaron miradas. En Brno los aguardaban diversas casetas de guardia recorridas por corrientes de aire en las que cuatro hombres compartían dos jergones y, si los habitantes de los alrededores se sentían generosos les regalarían un barril de cerveza agria que la tropa que permanecía en la ciudad ya habría vaciado a medias. La mayoría de las

casetas se encontraban cerca de las murallas, donde los habitantes de los alrededores eran tan pobres que en Navidad los soldados compartían sus míseras raciones con flacos niños de la calle.

—¡Sí, Excelencia! —dijo el suboficial, que ya servía bajo el tercer prefecto y también sabía lo que deseaban oír los señores.

Albrecht aguzó los oídos.

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido, Exce... Excelencia?

—Ese aullido. ¿Hay lobos por aquí?

—No oigo nada, Exce... Excelencia —respondió el jefe de la guardia, mintiendo descaradamente.

Que el prefecto descubriera por su cuenta qué era lo que soltaba los aullidos y que luego se metiera su maldito asado por el culo.

Albrecht von Sedlnitzky meneó la cabeza con expresión disgustada. Tiró de las riendas, los soldados dieron un paso a un lado y el prefecto siguió las huellas pisoteadas en la nieve. El aullido se volvía más sonoro a cada paso.

En los últimos metros tuvo que desmontar y dejar atrás al caballo: el sotobosque era demasiado tupido. Vio prendas multicolores brillando en la penumbra y se dio cuenta de que el aullido surgía del pequeño círculo formado por las prendas. Los propietarios de los caros atavíos estaban de pie con los rostros vueltos hacia fuera o conversaban entre ellos en voz baja. Cuando Albrecht se acercó, uno se aproximó a él; tenía las mejillas rojas de frío y una gota colgando de la nariz.

—¿Qué diablos es ese ruido infernal? —preguntó el prefecto.

El círculo se abrió y pudo echar un vistazo a las dos figuras acurrucadas en la nieve. Llevaban las ropas parduzcas de los campesinos. La mujer se mecía adelante y atrás llorando en voz alta; el hombre estaba encorvado y sollozaba con voz ronca.

—¡Santo Cielo, qué desagradable! —exclamó Albrecht—. ¿Es que nadie les ha dicho que se callen?

—No, Excelencia.

«He de hacerlo todo yo mismo —pensó Albrecht—. ¡Y encima el día de Navidad!». Se abrió paso entre los hombres y se plantó ante los campesinos.

—Bueno, ya vale —sentenció en tono duro—. ¿No os dais cuenta de que... nos... estáis... molestando... a todos...?

Entonces echó un vistazo por encima de los hombros de los campesinos acurrucados, vio lo que estaban llorando y se quedó mudo.

—¿Os encontráis mejor, Excelencia? —preguntó el hombre que lo había sostenido.

Albrecht von Sedlnitzky se enderezó y procuró enterrar los restos de su almuerzo bajo la nieve.

—¿Quién hace algo así? —preguntó, gimiendo.

—En todo caso, ningún pastor mentecato —respondió el hombre, y Albrecht comprendió que no se trataba de un amigo.

El prefecto cogió un puñado de nieve, se enjuagó la boca y volvió a escupirlo; se restregó los labios con otro puñado y por fin se puso de pie. ¿Así que ningún pastor mentecato? Decidido a no mostrarse débil, enderezó los hombros, dirigió la mirada hacia la llorosa pareja y el cadáver semioculto detrás de ellos, y volvió a tener arcadas. La mirada del hombre que estaba a su lado era inexpresiva. Albrecht optó por la heroicidad y se tragó el vómito: no quería volver a caer de rodillas vomitando, y mucho menos ante esa mirada indiferente y absolutamente hostil. Se estremeció, pero tuvo la satisfacción de notar que el hombre que estaba a su lado hacía una mueca.

—¿Por qué no la habéis cubierto?

—Queríamos que la vierais así. No hemos tocado nada del lugar del hallazgo y sus padres estaban demasiado alterados para tocar a su hija —dijo, señalando la pareja que seguía deshaciéndose en lágrimas.

El prefecto asintió. Percibía la mirada de los ojos muy abiertos de la muerta en la nuca y sabía que era incapaz de enfrentarse a ella, y eso que el rostro era la única parte del cuerpo que no estaba espantosamente desfigurada. Tal vez se debía a que la cabeza se encontraba entre las piernas abiertas de la muerta.

—¿Quién dio la alarma?

—El jefe de la aldea. Durante dos días esperaron que la muchacha regresara y después reunieron a toda la aldea para que les ayudaran a buscarla. Y la encontraron en ese estado —dijo el hombre, indicando a otra figura envuelta en prendas anodinas, en cuya presencia Albrecht aún no había reparado. Era un hombre mayor de rostro demacrado por las privaciones. Estaba pálido. Albrecht le indicó que se acercara y el jefe de la aldea se aproximó con aire tímido.

—¿Qué ha ocurrido aquí, buen hombre? —preguntó Albrecht y hurgó en su talego buscando una moneda.

Halló una, comprobó que su valor era excesivo, buscó otra y se la arrojó al jefe de la aldea con gesto de complicidad. La moneda cayó en la nieve y Albrecht fue consciente de que el rubor le cubría la cara.

—¿Ha sido uno de los jóvenes de la aldea?

—Ha sido el diablo —contestó el jefe en tono apagado.

—Tonterías —replicó Albrecht al tiempo que se le erizaba el vello de la nuca y echaba un vistazo por encima del hombro. El jefe de la aldea calló—. ¿De dónde sacas ese disparate? —preguntó Albrecht.

—Le grabó su marca a fuego —respondió el jefe con voz tan inexpresiva que Albrecht carraspeó—. Por todas partes —añadió el hombre de pie junto a Albrecht, pero sus palabras, que deberían haber sonado cínicas, en realidad resultaban conmovedoras.

—¿Qué aspecto tiene la marca del diablo? —preguntó Albrecht, creyéndose astuto.

El jefe de la aldea dio un paso a un lado y le indicó que se acercara al cadáver.

—Bastará con una descripción —se apresuró a decir el prefecto.

El jefe alzó una mano y formó una garra, y Albrecht retrocedió sin poder evitarlo.

—También se podría decir —murmuró el hombre que estaba a su lado— que un herrero forjó un trozo de hierro en forma de garra diabólica y luego lo usó como hierro para marcar. Las marcas cubren todo el cuerpo.

Albrecht tragó saliva porque tenía la sensación de que lo que aún quedaba de su almuerzo quería volver a surgir.

—Fue el diablo —insistió el jefe de la aldea—. El diablo la tocó y después la violó hasta la muerte.

—¿Qué?

—Las quemaduras en su... —empezó a decir el hombre.

—No quiero detalles —soltó Albrecht, y se volvió hacia el jefe—. Gracias, buen hombre.

—¡El diablo salió del infierno! —graznó el jefe, alzando el brazo. Su rostro se había convertido en una mueca de odio—. Salió de la cama de la bruja.

—Sí, sí —dijo Albrecht—. Ya está bien, ahora lárgate.

—De allí —insistió el jefe, y formó la señal contra el mal de ojo con la mano estirada.

Albrecht agitó las manos. El jefe bajó la suya, le dedicó una mirada abrasadora y se volvió. Tras un instante de vacilación se agachó, recogió la moneda de la nieve, la guardó y se alejó.

—¿Qué hay allí? —preguntó Albrecht.

El hombre a su lado se encogió de hombros.

—Bosques —dijo, y Albrecht tuvo la impresión que había hecho la pequeña pausa adrede—. Y el castillo de Pernstein.

Albrecht arqueó las cejas.

—¿El diablo procede de Pernstein? —preguntó en tono incrédulo—. ¿Y se supone que allí vive una bruja?

—Hace meses que circulan rumores —explicó el hombre—. Más sustanciosos que los habituales chismorreos de los campesinos, si os interesa mi opinión.

—Siempre me interesa vuestra opinión, estimado... —dijo Albrecht, tratando de recordar qué rango ocupaba el hombre y cómo demonios se llamaba, pero fue inútil—... estimado... eh... estimado.

—Soy Siegmund von Dietrichstein —dijo el interlocutor de Albrecht.

¡Maldición! ¡El camarlengo de la Baja Moravia! Albrecht recordaba vagamente que el hombre llevaba cuatro meses aguardando a ser recibido por él. En todo caso, Dietrichstein fue lo bastante cortés como para no prolongar la pausa durante una eternidad y continuó hablando.

—¿Sabéis qué representa el nombre de Pernstein?

—Desde luego —respondió Albrecht—. ¿Y vos, también lo sabéis?

Dietrichstein abrió los brazos y Albrecht sospechó que había descubierto su pequeña treta.

—Nací aquí —dijo el camarlengo—. El viejo Wilhelm von Pernstein poseía media comarca hasta que su hijo Ladislaus gastó todo el dinero en arte. De un modo u otro, hace cincuenta años una tercera parte de los habitantes de Moravia vivían a sueldo de la familia Pernstein, y dos tercios estaban en deuda con el viejo Wilhelm. Tras el régimen de Ladislaus lo único que les quedó fue el castillo, que es gigantesco, de murallas como riscos, imposible de conquistar y rodeado de bosques y tinieblas.

Lo único que entendió bien Albrecht fue que la suerte había abandonado a la familia Pernstein.

—Pongámoslos al descubierto —dijo—. No podemos tolerar que rumores sobre brujas y el diablo se extiendan a través del margraviato, ¿verdad, estimado Dietrichsburg?

—Dietrichstein —lo corrigió el camarlengo—. ¿Qué quiere decir con «ponerlos al descubierto»?

Albrecht se golpeó el puño contra la palma de la mano.

—¡Ja! —exclamó alzando la voz y, turbado, notó que todos se sobresaltaban, incluso el desesperado padre de la muchacha—. ¡Ja! Arrastraremos a esos piojosos muertos de hambre fuera de su castillo de las

orejas, uno por uno, y quemaremos a un par de criadas que parezcan brujas. Así se hacen esas cosas.

—En primer lugar —dijo Dietrichstein, que parecía buscar algo de qué agarrarse para no abalanzarse sobre el prefecto—, no podríais ocupar Pernstein ni siquiera con mil soldados y en pleno verano, y no disponéis de mil soldados ni estamos en verano...

—Pues entonces aguardaremos hasta que llegue el buen tiempo y mientras tanto ahorcaremos a todos los campesinos que hablen de brujería —replicó Albrecht, y lanzó una mirada sombría hacia donde había desaparecido el jefe de la aldea—. Empezaremos por ese de allí.

—En segundo lugar —prosiguió Dietrichstein, alzando dos dedos trémulos ante las narices del prefecto—, durante los últimos cien años gracias a la sensatez de vuestros predecesores y la sensatez de los habitantes del lugar se logró impedir que la gentuza dominica se instalara aquí y quemara en la hoguera a media docena de ancianas y muchachas de cada aldea. Y ni se os ocurra mencionar la palabra «brujería», señor Von Sedlnitzky, con el fin de justificar alguno de vuestros actos, porque con ello solo conseguiríais abrir las puertas a la locura... y recordar algo como aquello de ahí —añadió Dietrichstein, señalando el cadáver despedazado; Albrecht gargajeó—, como un acto casi comedido, ¡porque una víctima medio carbonizada que arde en la hoguera gritando en su agonía es un espectáculo infinitamente más atroz!

—Por Dios, estimado Dietrichsburg, os suplico que os contengáis —murmuró Albrecht.

—Limitaos a no mencionar el tema de las brujas bajo ningún concepto —siseó Dietrichstein— si no deseáis encontraros frente a uno de esos diablos vestidos de blanco y negro dentro de escasas semanas, reflexionando acerca de su pregunta sobre por qué no habéis tomado medidas contra la brujería hace tiempo, y escuchar sus reproches: ¡que ante la Inquisición callar sobre actividades hechiceras es considerado un pecado!

—Eh... —musitó Albrecht en tono asustado.

—¡Y si no queréis que nuestra bendita comarca empiece a apestar a carne quemada y las miradas de los padres y las madres, los hermanos y las hermanas y los hijos y las hijas y los esposos de las mujeres que se retuercen entre las llamas no os abandonen jamás! Y si no deseáis ver una familia como esa en todas las tabernas en las que entréis —añadió, indicando los campesinos, inalcanzables en su dolor—, arrodillada ante algo cuya visión os perseguirá incluso en vuestro lecho de muerte.

El labio inferior de Albrecht empezó a temblar.

—He corrido mundo —prosiguió Dietrichstein— y he visto todo eso... en otras tierras.

Hizo un movimiento tan brusco con el puño en dirección al rostro del prefecto que este retrocedió. Pero Dietrichstein abrió la mano.

—El hedor de la carne humana quemada se pegará a vuestra piel —susurró—, aunque os encontréis lejos de la hoguera. Siempre lo oleréis. Yo siempre lo oleré.

—Pero mi estimado Dietrichsburg... —exclamó Albrecht, conmovido.

—En tercer lugar —prosiguió el camarlengo en tono implacable y con el rostro crispado por el desprecio—, en tercer lugar, vuestra Excelencia debería tener en cuenta que Polyxena von Lobkowitz, esposa del canciller del reino, hija predilecta de Ladislaus von Pernstein y viuda del antiguo barón Rozmberka, nacida Pernstein, goza de un montón de impresionantes vínculos en la corte imperial y seguro que le desagradará oír que relacionan su castillo con la brujería.

—Eh... —dijo Albrecht, completamente atónito.

—Así que, Excelencia, os aconsejo que os pongáis en contacto con el canciller imperial y, en el más absoluto secreto, os encarguéis de que se esclarezca lo que aquí sucede. Reunid un funcionario de investigación, un par de ayudantes, unos pocos soldados en el mejor de los casos, para que os protejan...

—¿Os habéis vuelto loco? —chilló Albrecht—. ¿El canciller imperial? ¡No pienso granjearme la enemistad del canciller imperial!

—Al contrario, conseguiréis su amistad si procedéis de esa manera. O todo resulta ser un invento y en ese caso habréis evitado que un escándalo afecte a la familia de su esposa, o bien todo es verdad y entonces le habréis ayudado sobremanera si evitáis que el asunto salga a la luz.

—Puede que hasta este momento hayáis corrido mucho mundo —replicó Albrecht—, pero conozco a los prohombres. Nadie puede contar con su agradecimiento.

—Pues vos deberíais saberlo..., Excelencia.

Albrecht echó un vistazo al jefe de la aldea.

—¡Debería ordenar que le arrancaran la lengua a ese viejo necio!

El camarlengo de la Baja Moravia se volvió abruptamente.

—Haced lo que debáis —dijo por encima del hombro, y se alejó—. Feliz Navidad.

Con el rostro crispado, Albrecht von Sedlnitzky clavó la mirada en la espalda del camarlengo, que había hecho tambalear los cimientos de su

existencia. El cielo detrás de los árboles empezó a teñirse de rojo, en alguna parte sonaba el débil tañido de una campana. El ocaso resplandecía como la sangre a través de los árboles cubiertos de nieve... o como el reflejo de las llamas de una hoguera capaz de devorar toda la comarca. Las campanadas de la iglesia parecían la alarma inútil ante ese incendio que abarcaba el horizonte y de pronto el temor se adueñó de Albrecht.

1618: 1. LA GUADAÑA DE LA SEGADORA

Lo firme y lo fuerte pertenecen a la muerte.

CONFUCIO

Ignatz von Martinitz no sabía si debía sentirse halagado o enfadado; sus pensamientos eran más lentos que de costumbre, algo que atribuyó al latido que le perforaba el cráneo desde su llegada a Pernstein. Que le hubiesen exigido que abandonara Praga, a él, a quien siempre hubieran podido presentar como el modelo del habitante de la capital; a él, criado tanto en las callejuelas de Malá Strana como en la Ciudad Vieja; a él, producto y rey no coronado de las plazas, rincones y callejuelas de la ciudad más bella del mundo (en todo caso, según su propia opinión), ya suponía una barbaridad. Y que además supusiera un viaje a través de una región que ni siquiera los comerciantes más codiciosos recorrían lo convertía en un atrevimiento aún mayor. Y que el viaje lo hubiera conducido a Moravia, donde todos sabían que el fin del mundo —si es que no se encontraba directamente en Moravia— al menos estaba al alcance de la vista, ya era el colmo. El viejo castillo no lo impresionó en lo más mínimo. En todo caso, se alegró de no tener que vivir allí.

Pero de algún modo resultó difícil rechazar una invitación que procedía directamente de la casa del canciller imperial, redactada por la delicada mano de la mujer más bella de Bohemia: Polyxena von Lobkowitz. Ignatz era lo bastante esteta como para honrar la belleza femenina, y la esposa del canciller —si bien casi podría haber sido su madre— la poseía en abundancia. Además, no estaba mal mantener relaciones con el segundo hombre más poderoso de Bohemia (de acuerdo: el tercero más poderoso, pues entre el emperador y todos los demás aún estaba el viejo cardenal Khlesl). Sobre todo no estaba mal si la persona en cuestión se veía atosigada por uno de esos codiciosos usureros que insistía en el pago de las deudas. Y eso que resultaba indudable que la exigencia era injustificada. ¿Acaso él, Ignatz, había insistido en visitar el burdel con ese papanatas? ¡No: lo habían invitado! E Ignatz recordaba muy bien que se dijo que el anfitrión corría con la cuenta.

Por supuesto, era consciente de que la relación amistosa con el rico comerciante no se debía a su encanto natural, sino a la circunstancia de que su tío, el conde Jaroslav, era uno de los procuradores reales. Pero ello no incomodaba a Ignatz. Un hombre de sus gustos y estilo de vida, que por añadidura se había quedado huérfano a tan temprana edad, no se las arreglaba con el dinero que su tío solía adjudicarle. Si no le quedaba más remedio que compensar los huecos en el balance anual mediante invitaciones o banquetes, y después murmurar los comentarios positivos y chismorreos que allí hubiera escuchado al oído del procurador real, entonces lo mejor era disfrutarlo a fondo. Dado que el oído de su tío era muy sensible a las palabras de Ignatz, el hijo de su hermano, las invitaciones no escaseaban. Puede que otro se hubiera preguntado si el estrecho vínculo entre tío y sobrino residía en que Ignatz mostraba un curioso parecido fisonómico con el conde Jaroslav, pese a que este y su hermano no guardaban el menor parecido entre ellos. Pero Ignatz había decidido aprovechar dicha circunstancia y disfrutar del resultado.

En todo caso, la invitación del comerciante para que lo acompañara al burdel... Al principio Ignatz había sospechado que su anfitrión solo quería servirse de él y usarlo para que le franquearan el paso, porque la casa solo atendía a los miembros del clero y de la nobleza, y se jactaba de ello. No obstante, el nuevo amigo de Ignatz fue recibido con el mismo entusiasmo que hubiera merecido un prelado. Debido al estado de las finanzas de Ignatz, que solo le permitían visitar ese burdel en contadísimas ocasiones, había tomado la firme decisión de aprovechar tal golpe de suerte. Tras unos momentos también había visto una delicada criatura con la cual quiso retirarse para mantener un contacto más íntimo. Pero por desgracia la situación se volvió un tanto más compleja, se produjo la destrucción de varios muebles y hubo numerosas narices ensangrentadas hasta que lo extrajeron a él, Ignatz, de debajo de la tina volcada, y lo identificaron como el causante del altercado. Debería haber abandonado el establecimiento en vez de ocultarse bajo la tina, pero al principio esconderse le pareció una opción más sensata que huir y abrirse paso a través de las dos docenas de clientes y los matones del burdel dedicados a apalearse mutuamente. Las cosas siempre se ven más claras a agua pasada, algo que resultaba aún más válido cuando —a agua pasada— se comprobaba que la delicada criatura no pertenecía al repertorio profesional del burdel, sino que era el hijo menor de un rico comerciante de Pressburg que había intentado aprovechar al máximo su primer viaje a Praga. Sea como fuere, el mobiliario, los cristales de las ventanas, la vajilla, algunos huesos y un tonel de carísimo vino Tokaji quedaron hechos pedazos, circunstancia que

suscitó la aparición de las feas palabras «indemnización por daños y perjuicios». Tras oír el monto de la suma, el anfitrión de Ignatz repentinamente dejó de sentir interés en mantener una buena relación con el procurador real, y pareció mucho más inclinado a que otro pagara la indemnización, de preferencia el causante. Ignatz se sintió regocijado. Finalmente, el comerciante acabó por reconocer su responsabilidad como anfitrión y pagó la suma exigida, y sus amenazas de recuperar el dinero persiguieron a Ignatz a lo largo de las callejuelas mientras escapaba riendo a carcajadas.

Y eso que la situación en realidad no tenía nada de divertida. Hacía dos años, su tío le había hecho un favor relacionado con un monstruoso soborno, e Ignatz temía que el viejo conde ya no querría saber nada más de él si volvía aparecer con un ruego cuya reparación podría arruinar la reputación del viejo.

Así que aceptó la invitación de Polyxena, si bien con segundas intenciones: quizá podía aprovechar el interés por su persona para satisfacer las exigencias cada vez más insistentes del comerciante.

Cuando un criado abrió la puerta del recinto al que lo habían invitado a pasar cuando llegó y lo condujeron a lo largo de los pasillos del castillo, Ignatz adoptó su expresión más sonriente y seductora. Sabía que las mujeres siempre apreciaban a un hombre como él.

Las personas que lo aguardaban en una habitación apartada del ala principal del castillo lo dejaron estupefacto. Hasta entonces solo había visto a Polyxena von Lobkowitz de lejos. Estaba preparado para enfrentarse a su figura esbelta y sus cabellos rubios, pero no al rostro maquillado de blanco. Cuando entró, ella se volvió hacia él y en escasos instantes su mundo emocional se vio sacudido por un sinfín de sensaciones: el perfil de la dama lo dejó sin aliento, la mirada penetrante de sus ojos verdes lo hechizó... y su boca roja, que parecía obscena en medio de la blancura, lo asqueó. Junto a un atril sobre el que reposaba un libro cerrado había dos figuras que parecían ser los guardaespaldas de su anfitriona, pero que llevaban toscas prendas de campesinos. Sin embargo, más estafalarios que la mujer maquillada de blanco y los hombres silenciosos resultaban los dos monjes envueltos en sus hábitos que, arrodillados en el suelo detrás del atril, mantenían la cabeza gacha y los rostros invisibles bajo la capucha. Parecían extrañamente menudos, pero entonces su cerebro le dijo que solo se debía al extraordinario tamaño del atril y a las fornidas figuras de ambos guardias. Cuando les echó otro vistazo vio que los monjes eran realmente muy delgaduchos. Las palabras de saludo que Ignatz había preparado se confundieron, de pronto

carecieron de sentido e impidieron toda celebración, al igual que un carro que se derrumba en un portal e impide que el tráfico avance. El dolor de cabeza provocado por las palpitaciones aumentó de golpe.

—Aproxímaos, amigo mío —dijo la mujer vestida de blanco.

Ignatz parpadeó. Cuando hablaba, el rojo de la boca ya no resultaba tan desagradable. Nada de lo cual brotara de esa voz podía ser desagradable.

—Eh... —tartamudeó—, eh...

Entonces sus modales tomaron el mando: Ignatz se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia, que acabó con el trasero en pompa y el sombrero en el aire.

—Ignatz von Martinitz, a vuestro servicio —dijo.

Ella le tendió una mano con un llamativo anillo. Él besó el anillo y después se preguntó por qué lo había hecho, pues de costumbre uno besaba los anillos de los obispos, los cardenales y el del Papa. No obstante, su gesto no le había parecido inadecuado.

—Me alegro de que hayáis encontrado el camino hasta aquí —dijo ella cuando él se enderezó procurando lucir su cuerpo atlético. Se había bajado los bordes de las botas lo más posible para revelar sus firmes pantorrillas y los lacitos rojos que adornaban el borde de sus bombachos—. Y ahora vayamos al grano.

—Eh... con mucho gusto.

—Tenéis problemas —señaló ella.

Perplejo, se preguntó cómo lo sabía y al mismo tiempo no sabía si debía sentirse aliviado, avergonzado o sencillamente encantado. Aliviado, porque el hecho de que ella lo supiera evitaba que se viera obligado a inventar una versión más halagüeña de la historia del burdel si ella lo interrogaba; avergonzado porque desde luego debía de saber lo que realmente ocurrió, y encantado porque, al parecer, estaba dispuesta a ayudarlo a salir del apuro voluntariamente. Porque, de no ser así, ¿para qué lo había hecho llamar, por todos los diablos?

Entonces ella siguió hablando y las confusas impresiones del recién llegado dieron paso a una sola sensación: un terror mortal.

—Hace dos años, la guardia de Praga os descubrió cometiendo sodomía bajo un puente con el diácono Matthias, de la iglesia de Santo Tomás. Os arrestaron a ambos. Vuestro tío, el conde Martinitz, resolvió la situación y se encargó de que quienes se vieran en problemas fueran los guardias.

—Pero... —tartamudeó Ignatz.

—Tuvisteis la suerte de que los guardias no pasaran por allí un cuarto de hora antes, pues en ese caso os hubieran descubierto a vos, al diácono y a dos pilluelos dedicados a...

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó él, pálido de espanto.

—Aparte de eso, no eran dos pilluelos, sino un niño del coro y un monaguillo de la iglesia de Santo Tomás, ¿verdad?

Él volvió a intentar decir algo, pero no pudo pronunciar palabra. Un cambio tan brusco del entusiasmo al terror que lo atenazaba hubiese dejado mudo a cualquiera.

—Vuestra desgracia es que vuestro tío también compró la libertad de vuestro amigo Matthias (tal vez debería decir de vuestro proxeneta Matthias), pero este, además, se vio obligado a seguir ganándose el sustento como diácono de la iglesia de Santo Tomás. Durante los dos últimos años, el párroco de la iglesia no dejó de observarlo; en realidad, nunca creyó que los guardias os acusaron a ambos únicamente porque no obedecisteis sus órdenes en el acto. Sin embargo, el diácono fue incapaz de resistirse a sus tendencias y de nuevo trató de seducir a un monaguillo. El muchacho se dirigió al párroco y ahora el diácono está en las mazmorras. He oído que se ha ofrecido a señalar a sus cómplices si ello le ahorra la tortura y, sobre todo, la ejecución por sodomía.

Ignatz boqueó como un pez fuera del agua y se tambaleó.

—No os cuento esto para amenazaros, amigo mío. Seguro que a partir del desafortunado encuentro con los guardias habéis evitado el contacto con el diácono Matthias.

Ignatz clavó la mirada en el rostro blanco como un conejo contemplando una serpiente. La mirada de los ojos verdes era implacable y se dio cuenta de que negaba con la cabeza.

—¿Cómo sabéis todo eso? —soltó por fin.

Ella sonrió. Habría sido la más inocente de las sonrisas de no haber procedido de esos labios color sangre en medio del rostro blanco y si no fuese por las llamas verde esmeralda que ardían en sus ojos.

—Quisiera mostraros una cosa.

Él obedeció el gesto de ella sin rechistar, atenazado por el pánico. Cuando Polyxena dio un paso a un lado y reveló el libro que descansaba en el atril, sintió que el latido lo envolvía como una inesperada oleada y parpadeó. Ella lo condujo hasta el atril y solo entonces él se dio cuenta del tremendo tamaño del libro. Gracias a ello, parecía dominar todo cuanto lo rodeaba y convertir

todas las perspectivas en algo antinatural. Frente al libro uno perdía la orientación. Los latidos retumbaban en su cabeza y atravesaban su cuerpo.

Entonces vio que una mano delgada abría el libro en una página marcada.

Desde allí, el diablo estiraba el brazo para cogerlo.

Solo se percató de que había caído sobre el trasero cuando uno de los hombres junto al atril se agachó y le ayudó a ponerse de pie. Ignatz se cubrió la cara con una mano para no ver la diabólica imagen y, cuando alzó el índice y el meñique para rechazar al Maligno, notó que le aferraban la mano y, bizqueando de miedo, clavó la mirada en los ojos verdes de su anfitriona.

—¡Que no! —susurró ella—. Aguardad y veréis lo que ofrece el único poder verdadero —añadió, presionando la mano de él hacia abajo. Él no tuvo fuerzas para resistirse.

Los latidos vibraban en su diafragma; Ignatz creyó que estaba a punto de vomitar. El miedo que lo atenazaba era indecible y recordó la voz de su nodriza diciendo que el diablo se llevaba a todos los niños malos y los martirizaba de manera inimaginable durante toda la eternidad. En aquel entonces siempre había temblado de miedo al oír semejante augurio y el temor del pequeño niño que había hecho una travesura y se veía expuesto a la eterna condenación pasó por encima de veinte años y se adueñó de su alma.

—Ayudadme —musitó.

Ella estaba tan cerca que él vio las sombras debajo del maquillaje. La belleza de cualquier otro rostro se hubiera vuelto más humana debido a una mácula, por más ligera que fuese, pero el suyo solo parecía más misterioso, más distante y más frío. Ignatz tragó saliva pensando que si ella lo besaba, vomitaría. Y entonces ella lo aplastaría como a un piojo. Cuando la dama se apartó de él, el alivio fue tan inmenso que sintió como si se hubiera librado de una pesada carga.

—Hay dos principios —dijo ella—. Sentimos interés por uno de ellos y lo llamamos Dios. El otro siente interés por nosotros; los necios lo llaman el diablo.

Ignatz echó un vistazo a la imagen. La segunda vez no resultaba tan chocante: un retrato del demonio que, con una sonrisa maligna, se asomaba al mundo.

—No he de prestaros ayuda —susurró la mujer de blanco—. Al contrario, necesito la vuestra. Y tengo dos regalos para vos.

—¿Mi ayuda?

Una débil vocecita en su interior, aún demasiado consternada como para hablar en voz alta, preguntó: «¿Regalos? ¿Dinero?».

—De momento, el primer regalo.

Uno de los hombres junto al atril avanzó un paso y hurgó en un taleguito de cuero. Al volverlo del revés, Ignatz sostuvo la mano por debajo. Algo pequeño cayó del taleguito, algo frío. Ignatz lo contempló fijamente; despedía un brillo apagado, era un trozo de oro rectangular y pulido del tamaño de una uña.

—¡Dios mío! —exclamó, y retiró la mano bruscamente como si se hubiera quemado. El fragmento de oro rodó por el suelo soltando un tintineo—. ¿Acaso es...?

—El diácono Matthias lo llevaba en lugar del incisivo izquierdo —dijo su anfitriona—. En todo caso, eso es lo que me dijeron. ¿Habéis comprendido bien lo que acabo de decir: llevaba?

Ignatz no dejaba de temblar, al tiempo que la vocecita que había preguntado por el regalo manifestaba su júbilo.

—Queréis preguntar qué ocurrió, ¿verdad? —susurró ella.

Ignatz graznó unas palabras.

Ella suspiró.

—Al parecer, el diácono se acercó a alguien en la cárcel, alguien que rechazó sus avances. Cuando la riña acabó, el diácono estaba tendido en el suelo con el cuello roto.

—Eh... —balbuceó Ignatz y notó que asentía con la cabeza. También hubiera asentido si le hubiesen dicho que un dragón había emergido del agujero del retrete y se había llevado al diácono a su cueva situada en la cima de la montaña más alta del mundo.

—Queríais decir: gracias, ¿no?

—Gracias —balbuceó él. Poco a poco logró quitarse de encima el espanto y el desconcierto. Se enfrentó a la mirada glacial de ella y no pudo sostenerla. Sospechaba lo que esperaba de él—. ¿Y cómo puedo ayudaros?

—Os lo diré de inmediato. Pero ahora... ¡el segundo regalo!

Los dos hombres abandonaron su puesto junto al atril y se situaron detrás de los monjes arrodillados en el suelo, les arrancaron las capuchas de la cabeza y les bajaron los hábitos hasta el ombligo. Los ojos de Ignatz se desorbitaron.

—Escoged —le susurró la voz de un ángel al oído con las palabras del diablo—. El primer regalo era mío. El segundo proviene de él.

Ignatz no tuvo que desviar la mirada para saber que Polyxena señalaba el libro.

Los monjes no eran monjes. A su izquierda estaba arrodillada una joven de pechos desnudos y cabellos sueltos. Tenía el rostro pálido y se tambaleaba ligeramente debido al tirón que la había desnudado. Parecía estar ebria o en trance. El falso monje a su derecha poseía el mismo cuerpo blanquísimo y carente de vello, pero en su pecho se destacaban los músculos de una persona acostumbrada al trabajo duro. Ignatz clavó la vista en los ojos, en la nariz y los labios trémulos del joven. Él también parecía estar en trance.

—Escoged —repitió ella.

La vocecita interior, que había cobrado fuerza, habló en voz alta.

—¿Debo escoger?

—Servíos —insistió ella, riendo.

—¿Ahora?

—Solo existe este momento.

—¿Aquí?

—Solo existe este lugar.

—¿Vos y vuestros guardaespaldas saldréis...?

—No —contestó ella con voz suave.

Debería haberse sentido asqueado, pero en lugar de eso los latidos —que no había dejado de oír— se volvieron rítmicos y era como si descendieran de su pecho hasta su vientre, y la vibración que había agitado su corazón empezó a agitarle la entrepierna. Se situó entre ambas figuras arrodilladas y tambaleantes, se desprendió el pantalón y este cayó sobre los bordes plegados de sus botas. Cogió las cabelleras de ambos y presionó ambos rostros contra su entrepierna.

Mientras gozaba gimiendo, resollando y temblando oyó los susurros de ella en el oído, incesantes, acariciantes, calientes y excitantes, y la agitación de su lengua viperina en el cerebro. Oyó explicaciones, indicaciones y conclusiones. Mientras su entrepierna ardía bajo dos lenguas, mientras enderezaba las rodillas para evitar que cedieran, prestó oídos a las palabras de la dama. Eran claras, eran lógicas, eran verdaderas. Y durante todo ese tiempo no dejó de ver la imagen del Cornudo, sonriendo, irrumpiendo en el mundo, seguro de triunfar, con los brazos tendidos hacia él. Se volvía cada vez más grande y acabó por ocupar todo su campo visual, y después toda la Tierra, y los susurros ya no provenían de la boca de ella sino de la del diablo, y cuando perdió el control y empezó a agitarse jadeando ya pertenecía por completo a la dama... y a él.

Parpadeando y empapado en sudor, procuró mantenerse en pie. Quería agacharse y besar los labios hinchados de los dos arrodillados ante él, pero

entonces alguien lo hizo girar violentamente y el rostro del guardaespaldas que le había dado el diente de oro del difunto diácono Matthias apareció ante él. En ese momento notó que su pantalón aún estaba enrollado en torno a sus pantorrillas.

Un puño voló hacia él, y el mundo, al que todavía no había regresado del todo, desapareció en un estallido de dolor.

Alexandra miró en torno con expresión asombrada.

—Nunca había estado aquí —dijo, y su aliento formó una nubecilla de vapor ante su cara.

Heinrich sonrió.

—Hace casi una generación que nadie ha pisado este lugar. Tal vez lo haya atravesado un mensajero, pero nadie ha estado realmente aquí, apreciando la belleza e imbuyéndose en ella... —añadió, meneando la cabeza.

Alexandra Khlesl giró sobre sí misma con la cabeza inclinada hacia atrás. Durante los largos años de alternancia entre el frío y el calor, los frescos y el techo policromado habían sufrido daños, el polvo acumulado cubría los nichos de las ventanas y los paneles de las paredes. Las ventanas estaban cegadas; pese al gélido enero el olor a moho flotaba en el ambiente. Si aún perduraba un eco de las fastuosas fiestas celebradas en el salón Wladislaw del viejo palacio real, Heinrich era incapaz de oírlo, pero estaba empeinado en que volviera a cobrar vida... para Alexandra.

El enfoque al que Heinrich solía recurrir para volver dócil a una mujer no era ese: ya fuera una criada o una aristócrata, la contradicción entre su rostro angelical y su crueldad las fascinaba a todas. La promesa de cumplir con todos sus secretos y lascivos deseos que emanaba de él lograba conquistar a la mayoría de las mujeres, ya fueran villanas o nobles, sobre todo a estas últimas. Lo primero era la fascinación... y después las perversiones. Desde que Diana le había llamado la atención sobre su alarmante irradiación había observado sus efectos y experimentado con ella... sin llegar a utilizarla. Después de casi haber matado a golpes a la prostituta morena no osaba seducir a una mujer fuera de los burdeles, pues ya no estaba seguro de poder controlar sus sentimientos. Una cosa era huir de un lupanar a la calle por haberle roto la nariz y los dientes a una puta, y otra muy diferente enfrentarse a la misma acusación en un palacio, al margen de que fuese la dueña de la casa o una criada quien hubiese recibido el castigo: en ese caso no escaparía

solo con la prohibición de volver a pisar la casa. Lo arrojarían a la cárcel, resultaría inútil a Diana y a sus planes y, por otra parte, el único resultado sería que solo sobreviviría un par de días en las mazmorras. Supuso que ella misma observaría mientras un guardia sobornado le retorció el pescuezo. Quizás incluso se sentaría sobre él y aprovecharía la erección causada por la muerte por asfixia, lo cual podría haber supuesto un último momento deseable en comparación con el ansia impotente que ella le inspiraba... de no haber sentido demasiado pavor ante la muerte y aún más, de morir en su presencia. Saberlo y, no obstante, sentir ese deseo abrasador cada vez que pensaba en Diana, conocer su crueldad y, sin embargo, disfrutar de ella, estar en sus manos, era una perversión muy especial que a él —que conocía casi todas las demás y las había practicado— le causaba un estremecimiento ardiente en todo el cuerpo.

Pero lo que realmente lo irritaba eran los sentimientos que había desarrollado por Alexandra Khlesl. Se sentía seguro en el trato con ella... y al mismo tiempo era como pisar un terreno absolutamente desconocido.

Quizá porque en primer lugar le producía placer la idea de que todo el proceso acabaría con el sometimiento de la joven y con su entrega total, tal como en parte ya le había entregado su corazón, porque a esas alturas ya conocía todos los secretos de Alexandra y también sabía aquello que la madre adoptiva de Isolde sabía y había confesado. Resultaba sencillo sorprenderla satisfaciendo sus pequeños y totalmente inocentes deseos, porque él los conocía todos. Resultaba sencillo dejar que creyera que él era un ángel enviado por el Señor para darle la felicidad, porque al parecer él solo vivía para verla alegre y dichosa. Si el deporte de conquistar a una mujer hubiera consistido en la dificultad de conquistar su corazón y no en la tarea de humillarla y oírla suplicar clemencia en cuanto la hubiese poseído, es de suponer que haría tiempo que se hubiese aburrido de la tarea.

Sin embargo... Sin embargo, cada paso del camino que ambos recorrían en una misma dirección resultaba completamente desconocido para Heinrich. Desconcertado, había comprendido que un sentimiento cálido lo embargaba al observar la sorpresa de Alexandra cuando él le proporcionaba una alegría. Asombrado, se había dado cuenta de que él, aunque soñara con verla tendida en una cama desnuda y maniatada y causarle dolor, se sentía invadido por una suerte de afiebrada felicidad cuando las manos de ambos se rozaban por casualidad. Si seguía sus propias fantasías hasta el final, se veía a sí mismo en compañía de Diana satisfaciendo sus deseos con Alexandra, como lo habían hecho con aquella putilla durante su primer encuentro... solo que de pronto se

veía a sí mismo interviniendo cuando Diana se disponía a ejercer su crueldad con Alexandra.

Lo desconcertaba. Las putas de los burdeles junto a las murallas podían entonar una canción sobre ello (una canción gangosa y desdentada), acerca de la dirección en la que el desconcierto impulsaba a Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz; Alexandra no se enteraba de nada de todo eso.

En ese momento la joven se acercó a una ventana y la restregó hasta poder mirar hacia fuera. Heinrich sabía que desde ese lado del castillo la vista sobre Praga era deslumbrante. La clara luz de la tarde, las columnas de humo elevándose al cielo azul y el mosaico de paredes negras y tejados blancos como la nieve harían resplandecer la ciudad ante los ojos de ella. Entonces Alexandra retrocedió abruptamente como si algo la hubiera picado y se miró la mano. Heinrich se acercó a ella en el acto.

—Una astilla —dijo la joven, y le mostró el dedo.

Era una herida ridícula, pero él vio la gota de sangre y notó que la excitación lo invadía como un chorro de plomo ardiente. Sin reflexionar ni un instante, cogió la mano de ella y lamió la sangre. Entonces alzó la vista y sus miradas se encontraron, vio que el rubor cubría el rostro de la joven y que retiraba la mano, pero no de inmediato.

—Perdonadme —susurró él.

Ella carraspeó. Aunque no creía que fuera a regañarlo, se alegró de que en efecto no lo hiciera.

—Habéis de quitaros esa astilla —dijo él.

—Mi doncella es muy diestra con la aguja y la pinza —replicó la muchacha con voz trémula.

—Sin duda.

Ambos seguían juntos ante la ventana. Heinrich notó que la tensión se volvía demasiado intensa. No quería precipitarse, pese a que todo lo impulsaba a aprovechar su confusión y besarla. Estaba completamente seguro de que sería suya y cada instante de postergación volvía más preciosa su victoria y sellaba aún más el sometimiento de Alexandra. Heinrich retrocedió un paso y percibió su desilusión, de la cual quizás ella misma no era consciente.

—Imaginaos que aquí todo brilla y resplandece —dijo, haciendo un amplio ademán con el brazo—. Los herrajes dorados están lustrados, los colores de los frescos fulguran, de las paredes cuelgan gobelinos, de las vigas penden banderas con los blasones de los estamentos, entre ellas la más grande, la del rey de Bohemia. Allí hay un podio en el que interpretan música.

Ante las ventanas hay mesas con exquisiteces, enanos corretean entre la multitud sosteniendo en la cabeza fuentes de plata con bombones, cómodamente al alcance de los invitados. El suelo está cubierto de una gruesa capa de heno, hierba y flores, entremezclado con el intenso olor de los caballos...

—¿Caballos? —lo interrumpió ella, sorprendida.

—En este salón celebraban torneos —explicó él—. Detrás de esa puerta de dos alas una rampa conducía hasta el patio del castillo. La construyeron para que los corceles pudieran acceder al salón.

—En cierta ocasión, mi tío me llevó al castillo cuando el emperador Rodolfo aún estaba vivo —dijo ella—. Desde entonces sueño con regresar aquí, pero mis padres nunca encontraron el momento.

«Lo sé —pensó Heinrich—, lo sé. ¿Y por qué nunca encontraron el momento adecuado? Porque ignoraban que tú albergabas ese deseo. Porque tú jamás manifiestas tus inclinaciones, porque en lo más profundo de tu ser estás convencida de que tu entorno es capaz de adivinarlos. Pero nadie es capaz de hacerlo... salvo una persona: yo».

Le resultó difícil impedir que su sonrisa se convirtiera en una mueca triunfal. «Me perteneces», pensó, y volvió a sorprenderse al comprobar que dicha convicción no suscitara en su mente la imagen de un cuerpo retorcido y torturado, sino la de un rostro exhausto bañado en sudor apoyado en su hombro y una voz que suplicaba que volviera a obrar el milagro; entonces se removió inquieto, porque la bragueta de armar le volvía a resultar demasiado estrecha.

—Decidme qué deseáis ver y os conduciré.

—¿Tenéis permiso para hacerlo?

—No —dijo, con una sonrisa maliciosa.

—¡Oh!

Heinrich abrió los brazos.

—Soy vuestro caballero, señorita Khlesl, ¿acaso no lo sabíais? ¿Dónde está la cruz a la que han de clavarme, si es que eso os sirve de ayuda? ¿Dónde está el dragón al que debo derrotar para salvaros? —exclamó girando tres veces sobre sí mismo, declamando como un comediante y con los ojos cerrados. Ella soltó una alegre carcajada—. ¿Dónde está el enemigo sobre cuyas lanzas he de abalanzarme para impresio...?

—¿Qué diablos estáis haciendo aquí? —gritó una voz.

Consternado, Heinrich dejó de hacer piruetas y dirigió la mirada a la puerta.

El hombre, alto y fornido, iba acompañado por dos empleados fácilmente identificables como escribientes. Su cabeza surgía de una gorguera de puntillas, llevaba la barba recortada, el bigote con las puntas hacia arriba y un ridículo copete por encima de la frente. Heinrich apoyó los puños en las caderas.

—¿Quién diablos quiere saberlo? —replicó.

Dirigió una mirada de soslayo a Alexandra; ella fruncía el entrecejo al tiempo que procuraba identificar al recién llegado al otro extremo del penumbroso salón. Casi le pareció reconocerlo.

—Soy Wilhelm Slavata, corregidor de Bohemia, burgrave de Karlstein y procurador del rey Fernando —declaró el hombre del copete—. ¿Y vos quién sois?

—Soy el fantasma del emperador Rodolfo —replicó Heinrich, y con el rabillo del ojo vio que Alexandra se volvía hacia él bruscamente—. ¿Disponéis de una cadena que pueda hacer chirriar?

Heinrich vio que Slavata se quedaba boquiabierto y, aprovechando la confusión, se acercó a Alexandra de un brinco, la agarró de la mano y ambos echaron a correr hacia la otra salida del salón. Pasaron junto a la basílica de San Jorge como una exhalación, recorrieron la callejuela cuesta abajo soltando risitas enloquecidas, giraron a la izquierda ante la Puerta Oriental y llegaron a la esquina del convento de San Jorge, fuera del alcance de la vista desde el viejo palacio real. Por fin se detuvieron, riendo y jadeando.

—¿Os encontraréis en problemas por mi culpa? —preguntó ella una vez que hubo recuperado el aliento.

Heinrich negó con la cabeza.

—¿Quién podría acusar al fantasma del viejo emperador?

Ella volvió a reír y Heinrich se sorprendió al descubrir con cuánta facilidad se unía a su risa.

—¿Hay algo más del castillo que quisierais ver y que en realidad yo no tengo permiso para mostraros?

—Mi tío me habló de la colección de arte del emperador Rodolfo...

Durante un momento Heinrich volvió a ver la oscura bóveda, recordó el olor a alcohol, restos humanos putrefactos, momias, la masacre de los enanos, la idea que se le ocurrió en el último segundo: la de introducir los cadáveres de dos de los enanos en el arcón en vez de las piedras, tal como había sido su intención original. De pronto supo que ese era el lugar donde daría el último paso y alcanzaría el poder sobre Alexandra. El gabinete de curiosidades estaba cerrado durante casi todo el año. El emperador Matías lo despreciaba,

pero era consciente del valor de las obras restantes y lo consideraba una suerte de cámara del tesoro en reserva, de la cual de vez en cuando haría uso. El rey Fernando ya le había prometido una parte de la colección a Leopoldo, su hermano menor, quien tras la muerte de Matías ocuparía el puesto de procurador del Tirol y se haría con la colección de arte heredada por el archiduque Fernando II (tristemente célebre debido a su matrimonio con la hija de un comerciante de Augsburgo), y tenía la intención de trasladar la colección al castillo de Ambras y ampliarla. Por lo tanto, ambos mantenían una estrecha vigilancia sobre las piezas que quedaban en el gabinete de las maravillas, y en consecuencia nadie volvía a pisar ese sótano. Heinrich tampoco lo había hecho... pero todavía conservaba la llave.

Alexandra le puso una mano en el brazo.

—Perdonadme —dijo—. Ahora os he puesto en un aprieto.

Él apoyó su mano en la de ella y la presionó.

—¡No hay nada que ponga en un aprieto al fantasma del emperador Rodolfo! —declaró.

Alexandra rio, pero después de unos instantes guardó silencio y contempló la mano de él con aire pensativo. Vacilando, él la alzó y, también vacilando, ella quitó la mano del brazo de él y carraspeó una vez más.

—Ignoraba que conocíais a Slavata —comentó Heinrich tras una pausa prolongada en la que procuró que ella no adivinara sus pensamientos, sin dejar de disfrutar por ello del silencioso contacto visual.

—No lo conozco.

—Es que lo mirasteis como si lo conocierais.

—Ocultaros algo es imposible, ¿verdad?

Él sonrió.

—No era nadie —contestó ella—. Creí reconocer a uno de sus acompañantes, pero... —añadió, haciendo un gesto negativo con la mano—, solo eran sus escribientes.

—Eres nuevo aquí, jovenzuelo, así que deja que te lo explique.

Wenzel asintió. Le costaba concentrarse en las palabras de Philipp Fabricius, el primer escribiente del conde Martinitz. ¿Era posible que la muchacha que había visto el día anterior en el salón Wladislaw fuera Alexandra, que había escapado riendo junto a un joven como si irrumpir sin permiso en el viejo palacio real solo fuera una divertida travesura? No, imposible. Pero la cabellera larga y rizada, la curva de su mejilla, sus movimientos... Solo la había visto ante la ventana y de espaldas, envuelta en un largo manto y una capucha. Podría haber sido cualquier jovencita que por casualidad tuviera los cabellos largos y rizados y los llevara sueltos. Sin embargo, sabía muy bien que era ella. La hubiese reconocido entre miles, de noche y entre la niebla. Había pasado casi toda la noche cavilando acerca del significado de su descubrimiento. Ella también lo había reconocido, sin duda, pero fingió lo contrario. Y el significado de eso no requería mucha reflexión, sino más bien un esfuerzo mayor por reprimirlo.

—¿Dónde empezaste, jovenzuelo?

—¿Qué? —dijo Wenzel, alzando la cabeza.

—Te he preguntado dónde empezaste a trabajar —dijo Philipp Fabricius con el ceño fruncido.

—Perdón —respondió Wenzel.

—¿Por qué te pusieron de patitas en la calle, jovenzuelo?

—¡No me pusieron de patitas en la calle! —De pronto sus motivos le parecieron ridículos—. Quería independizarme y dejar de estar bajo la tutela de mi padre.

Dicha tutela era imperceptible. Había existido el acuerdo no manifiesto de que durante las horas de trabajo en la agencia de la empresa Wenzel recibiría el mismo trato que los demás... al igual que tanto Cyprian como Andrej, pese a la amistad que los unía, se sentaban juntos dos veces al año y examinaban la situación de la empresa, quién había hecho qué contribución y cuáles eran los

errores que convenía evitar en el futuro. Pero no había ningún motivo para confesar al rubicundo Philipp Fabricius que Wenzel había abandonado la empresa a causa de Alexandra: a la larga, su constante presencia le resultó intolerable. Ya era bastante desastroso estar enamorado sin la menor esperanza de que ese amor se viera satisfecho; la presencia del objeto de sus desvelos suponía una absoluta tortura.

—¿Ya has trabajado como secretario de actas alguna vez?

—Sí, en reuniones de negocios.

—¡Aquí se trata de asuntos de Estado, jovenzuelo!

—Mi nombre es Wenzel. Y supongo que también en los asuntos de Estado el secretario de actas se limita a registrar lo que las partes implicadas manifiestan.

Fabricius sonrió. Era un hombre fornido con un rostro que lo hacía parecer diez años mayor de lo que era, con grandes bolsas bajo los ojos y las mejillas hinchadas cubiertas de venillas rojas que formaban sendos deltas. Fabricius le daba mucha importancia a ser el primer escribiente y se jactaba aún más de su aguante con la bebida y su éxito con las mujeres. De vez en cuando se quedaba dormido durante el día. No obstante, los otros escribientes habían contado a Wenzel que, durante las reuniones protocolarias, nadie le llegaba a la suela de los zapatos. A veces acababa una frase antes de que quien hablaba la hubiera terminado y entonces —cuando alguien desconfiaba e insistía en que le leyera lo que había escrito— resultaba que el ponente había querido decir exactamente eso. Philipp Fabricius podría haberse arrastrado a través del castillo a cuatro patas y borracho y jamás lo habrían regañado. Era un genio con respecto a su trabajo y que no se jactara de ello demostraba que lo sabía, al igual que sabía que allí su talento estaba desperdiciado. Wenzel todavía no se había encontrado con ningún bebedor que no fuese capaz de presentar un motivo que justificara que se diera a la bebida.

—Lo primero que has de saber es que has de escribirlo todo en latín.

—¿Qué? Nadie me dijo nada...

—¿Es que no dominas el latín?

—Vaya... sí... al menos...

—Lo malo es que durante las reuniones nadie habla en latín —añadió Fabricius y apoyó un dedo en su nariz con ademán elocuente—, así que has de ir traduciendo a medida que escribes.

—¡Vaya por Dios!

—Sí, jovenzuelo. Aquí separamos a los escribientes de los tinterillos.

—Puedo hacerlo —declaró Wenzel, con el valor de la desesperación.

—¡Muy bien! —exclamó Fabricius con una sonrisa radiante—. Y ahora te explicaré un par de trucos para que no parezcas un novato total cuando tengas que intervenir por primera vez.

—¿De qué trata esta reunión en realidad?

—Ni idea. Lo sabrás cuando hayas leído el protocolo.

—¿Y quién participará?

—¿El nuncio apostólico? ¿El rey? ¿El fantasma del caballero Dalibor?

—De acuerdo, de acuerdo. Una vez que haya leído el protocolo...

—Exacto —dijo Philipp.

Wenzel trató de interpretar su mirada: estaba casi seguro de que el viejo escribiente mentía.

—¿Qué más he de tener en cuenta? —preguntó Wenzel por fin con un suspiro.

—El pergamino nuevo es rígido —dijo Philipp, evidentemente satisfecho de que recurriera a su experiencia—. El pergamino solo se vuelve bello cuando coges uno que ha reposado cien años en un arcón y del que tus antecesores ya rascaron la escritura dos veces. La rascas una tercera vez y lo que entonces reposa ante ti en la mesa se pegará a tu pluma con la misma elasticidad que un coño a tu lengua, si lo has lamido el tiempo suficiente —añadió, y lo miró directamente a los ojos—. ¿Sabes a qué me refiero, jovenzuelo?

—No, con respecto al pergamino —replicó Wenzel en tono mordaz. Aunque resultaba obvio que tampoco sabía nada del otro asunto, hubiera preferido arrancarse la lengua antes de reconocer que, de momento, sus contactos íntimos con las mujeres se habían limitado a visitas a burdeles o apresuradas copulaciones en los portales, encuentros que carecían de todo refinamiento y se limitaban al viejo ejercicio de la cópula. Y no hubiera confesado ni en su lecho de muerte que en esos momentos él solo pensaba en Alexandra y que al mismo tiempo se avergonzaba de ello.

Philipp sonrió y parecía saber exactamente qué pensaba Wenzel. Si este hubiera sido un señor mayor, habría comprendido que el primer escribiente había notado la repentina desconfianza de su joven interlocutor y había guiado sus ideas de tal forma que solo se centrara en estas.

—El pergamino que utilizamos aquí es completamente nuevo —dijo Philipp—, un horror. La pluma se desliza a un lado, la tinta se escurre y no se seca ni en mil años, y cada trazo chirría y rasca hasta que todos los presentes solo piensan en cómo asesinarte.

—¿Qué puedo hacer?

—Debes escupir en el pergamino. Con ganas, así... —explicó Fabricius, y carraspeó como si se dispusiera a escupir un gargajo en la mesa. Wenzel se estremeció de asco—. Después lo emborronas, así... —añadió, se arremangó e hizo movimientos circulares con los pulpejos, como si hiciera penetrar algo en la superficie de la mesa—. Eso ayuda.

—¡Dios mío! —exclamó Wenzel, tratando de no devolver el desayuno.

Entonces se le aparecieron los miles de pergaminos que había manejado mientras trabajaba en la empresa Khlesl & Langenfels. Algunos habían sido nuevos. De pronto sintió un repentino escozor en las palmas de las manos.

—Si te encontraras en la sala antes que todos los demás te aconsejaría que mearas sobre el pergamino, pero me parece que hoy te resultará imposible —comentó Philipp, al parecer sinceramente compadecido.

—Gracias al Señor —susurró Wenzel.

—Con respecto a la pluma, arranca un trozo del cañón con los dientes y escúpelo al suelo.

—¿Qué es esa superchería?

—Una en la que cree el conde Martinitz —dijo Philipp—. Además, si no lo haces la pluma no reposará en tu mano correctamente cuando escribas con rapidez.

Wenzel agachó la cabeza. Se sentía bondadosamente sermoneado.

—De acuerdo —dijo.

—¿Había algo más? —susurró Philipp y dirigió la mirada al techo—. Deja que reflexione un mom... Sí, claro, la mayoría de los hombres hablan por los codos y después no recuerdan lo que han dicho. Resulta útil que, cada vez que termina una frase grites: «¡Punto!».

—¿De veras?

—¿Qué significa esa pregunta?

—Perdonad, Philipp —dijo Wenzel, con la sensación de acercarse a un atronador remolino provisto únicamente de una brizna de hierba para remar.

Philipp Fabricius le palmeó el hombro.

—Lo lograrás, jovenzuelo.

—Wenzel —dijo este.

—Bien, ¿lo recuerdas todo? Traducir al latín, untar el pergamino con saliva, gritar: «¡Punto!». Repite.

Wenzel repitió las indicaciones al tiempo que Philipp lo empujaba hacia la puerta del gabinete al que lo había mandado llamar.

—¿Y seguro que los únicos presentes serán el conde y el señor Slavata?

—Quizá ni siquiera ellos, sino solo sus secretarios. No te mees en los pantalones, pequeño. Ah, sí: a Slavata le agrada que los escribientes celebren un ritual antes de empezar.

—¿Un ritual? —soltó Wenzel, agotado.

—En cierta ocasión observó que lo hacía un poeta. ¿Qué ritual tienes tú, pequeño?

—No quiero hacerlo. Sustituidme, Philipp.

—Tonterías. Todos pasan por la primera intervención. Venga, puedes utilizar mi propio ritual hasta que inventes el tuyo. A mí siempre me ha dado suerte.

—Gracias.

—Se trata de lo siguiente: te sientas, luego vuelves a levantarte, caminas en torno a tu taburete, señalas el pergamino, te metes un dedo en la boca y haces «plop», como si descorcharas una botella, te vuelves a sentar, frotas la pluma entre las manos y dices en voz alta: «¿Podemos empezar de una vez, por Apolo?».

—Jamás lo haré —manifestó Wenzel con voz firme.

—Todos forjamos nuestra propia suerte —declaró Philipp.

—¿Y de verdad solo estarán el conde y el señor Slavata...?

—... ¡sus secretarios!

—Bien, de acuerdo.

—Los deslumbrarás a todos —dijo Philipp, abrió la puerta y lo empujó fuera—. ¡Buena suerte, jovenzuelo!

—Wenzel —dijo Wenzel, y entonces se encontró ante la segunda puerta que daba directamente al gabinete, inspiró profundamente y entró.

¿Había creído que sería como caer en un remolino con solo una brizna de hierba como remo?

Era muchísimo peor.

—Has tardado mucho —masculló el conde Martinitz en tono malhumorado. Tenía los cabellos erizados y parecía a punto de estallar. Después del saludo contempló a Wenzel—. ¡Dios mío: es el nuevo!

—Se las arreglará perfectamente, ¿verdad, Ladislaus? —dijo Wilhelm Slavata.

—Wenzel —musitó este.

Sentía vértigo. En torno a la mesa del pequeño gabinete estaban sentados cinco hombres. Dos de ellos eran el conde Martinitz y Wilhelm Slavata, pero no había ni rastro de sus secretarios. El tercero era Lobkowitz, el canciller

imperial; el cuarto era el rey Fernando. Wenzel cayó de rodillas y trató de desmayarse, pero no lo consiguió.

—Majestad —balbuceó.

—Nada de formalidades —dijo el rey, en un tono que sonaba a «¡Ahorcad a ese cretino!».

Wenzel clavó la vista en el hombre envuelto en una sotana.

—Este es el patriarca Ascanio Gesualdo, el nuncio apostólico del papa Pablo V —dijo Wilhelm Slavata—. No temas, muchacho, siéntate y cumple con tu deber.

Mientras se acercaba a su puesto en el extremo de la mesa, en los oídos de Wenzel atronaron campanas de iglesia. Tenía la mente en blanco y en alguna parte de ese vacío flotaba la idea de que Philipp le había jugado una mala pasada, pero debido al pánico la idea no cuajó. Su instinto de supervivencia se aferró a una brizna de hierba, recordó los consejos de Fabricius y se agarró a ellos, agradecido.

Wenzel tomó asiento, se puso de pie, caminó en torno a su taburete, indicó el pergamino con un dedo, se metió el otro en la boca e hizo «plop», volvió a tomar asiento y, con voz aguda, exclamó:

—¿Empezamos de una vez, por Zeus?

Su mirada —la de un conejito enfrentado a cinco serpientes— se deslizó en torno a la mesa.

El silencio era gélido. El conde Martinitz se sonrojó y el rey lanzó su prominente mandíbula inferior hacia delante como una torre de asedio. El nuncio papal contempló sus uñas y Wenzel quiso que se lo tragara la tierra. Si antes aún había existido una oportunidad de desarrollar ideas propias durante la reunión protocolaria, esta había desaparecido.

—Estamos de acuerdo, Excelencia reverendísima —dijo Wilhelm Slavata en medio del silencio—, en que la orden de demoler la iglesia protestante no solo fue correcta sino que también cumplía con el deseo del Santo Padre.

Tenía la frente cubierta de sudor.

—El Santo Padre no fue informado de ello —replicó Ascanio Gesualdo.

—Sí, lo fue —gruñó Martinitz.

—Sí, pero por desgracia solo *a posteriori*.

—Enviamos tres palomas mensajeras...

—Dios, Nuestro Señor, debe de haber interpuesto halcones en su vuelo.

—Recibimos una respuesta en la que figuraba la bendición papal.

—Entonces debe de tratarse de un malentendido —adujo el nuncio; la respuesta no lo había impresionado en absoluto.

—¿Cuándo piensas empezar a protocolar, muchacho?

Presa del espanto, Wenzel clavó la mirada en el pergamino. Era nuevo y aún despedía un leve olor a curtiembre y carne muerta. Un brillo apagado cubría la superficie y daba la impresión de que todo trazo de tinta se borronearía en el acto y gotearía sobre la mesa como si fuera cera. Era imposible que todos los consejos de Philipp fueran una broma de mal gusto, ¿no?

—Majestad, señores míos, la situación es inequívoca... —empezó a decir Gesualdo, pero el desesperado carraspeo de Wenzel lo interrumpió—. Si el Santo Padre ha adoptado una posición tan inequívoca...

Entonces lo interrumpió el escupitajo de Wenzel y Gesualdo se quedó boquiabierto y mudo. La mirada de cinco pares de ojos seguían los movimientos circulares mediante los cuales Wenzel frotaba el escupitajo contra el pergamino soltando rítmicos chirridos. El muchacho no despegó la vista de su mano, pero entonces se dio cuenta de que debía decir algo.

—El pergamino está demasiado liso —susurró y procuró encontrar el valor de alzar la vista.

Cuando lo logró, se encontró nada menos que con la mirada del rey Fernando, que parecía a punto de dar orden de que lo ajusticiaran. El pergamino permanecía en la mesa, flácido. Wenzel hundió la pluma en el tintero y trazó la primera letra en la superficie opaca. Inconscientemente, recordó la siguiente indicación de Fabricius.

—¿Estás preparado, por fin? —preguntó el conde Martinitz con voz afilada como un cuchillo.

Wenzel mordió el cañón de la pluma y trató de arrancar un trozo, pero no lo logró. Volvió a intentarlo y por fin lo consiguió, la tinta salpicó en todas direcciones, el nuncio echó un vistazo a su sotana, trató de limpiar una mancha de tinta y las puntas de sus dedos se tiñeron de negro. Gesualdo las contempló con expresión atónita. Wenzel se quedó sentado con la boca llena de plumas, después apartó la cabeza y las escupió; las plumas cayeron al suelo, una gota de tinta se desprendió del cálamo y cayó en la mesa a un lado del pergamino.

—Ahora estoy preparado —susurró, y ocultó la mancha de tinta bajo la manga. La humedad penetró a través de la tela y recordó que ese día se había puesto sus mejores prendas. Entonces vio que incluso el rey Fernando tenía la cara salpicada de tinta, pero que al parecer no lo había notado, y en el último instante Wenzel logró controlarse y no le llamó la atención al respecto.

«Déjame morir, Señor —suplicó—; aquí y ahora mismo, te lo ruego, Señor...».

—En el pasado, la Santa Sede no tuvo ningún problema en adoptar una posición —dijo el rey Fernando—. Por ejemplo, cuando quemaron a Giordano Bruno en la hoguera.

—Ah, sí, Majestad... bien, en aquel entonces el Papa era Clemente —dijo Gesualdo, tosiendo—. Vuestra Majestad recordará que el monje solo tenía un par de perturbados seguidores. Además, de eso hace casi veinte años. Los tiempos han cambiado.

—Cuando se trató de atacar a los husitas la Santa Sede tampoco vaciló. Y los husitas tenían numerosos seguidores.

—Su Majestad solo ha de releer las crónicas para saber la devastación que causaron las guerras contra los husitas.

—¿Devastación? —chilló el conde Martinitz, furibundo—. ¡Pero si la devastación ya está teniendo lugar! ¡No quería mencionarlo, pero en mi casa yace un joven, mi amado sobrino! ¡Fue atacado por protestantes, aquí, en Praga! ¡Ante nuestras narices! ¡En nuestras calles! Le dieron una paliza y lo dejaron tirado medio muerto en la alcantarilla. Le rompieron la mandíbula y los dientes, solo por pertenecer a la fe católica. ¿Acaso queréis esperar a que los primeros sacerdotes católicos yazcan muertos a orillas del Moldava, Excelencia? ¡No hemos de tener compasión con los separatistas, los rebeldes, los herejes y los matones!

—Al diablo —replicó el rey Fernando en un tono de fría cólera—. ¡He negociado con mi amado tío Maximiliano de Baviera y con cada uno de los miembros de la Liga Católica: con el obispo de Colonia, de Maguncia, de Trier y de Wurzburg! He estado presente en las negociaciones. Sin mí, durante los últimos años la Contrarreforma no hubiese avanzado ni un solo paso y quizá toda Bohemia ya sería protestante. ¿Y esa es la recompensa? ¿Que las familias de mis prefectos sean atacadas en la capital de Bohemia? Decidle al Santo Padre que, cuando me convierta en emperador, recordaré su desidia en apoyar mi gran tarea... Por todos los santos, hombre, ¿a qué vienen esas muecas? ¿Acaso eres un pez? ¡Escupe lo que tengas que decir!

—¡P... punto! —exclamó Wenzel con los ojos cerrados y la más absoluta certeza de haber firmado su propia sentencia de muerte.

Desde el exterior penetró un grito apagado y los pasos apresurados de pesadas botas. Entonces ambas alas de la puerta se abrieron violentamente y un remolino de brazos y piernas se abalanzó al interior del gabinete. Los hombres se pusieron de pie, la mesa se agitó y el tintero derramó un charco

negro sobre las letras apresuradamente garabateadas en el pergamino. La confusa masa en el suelo maldijo a dos voces y procuró desenredarse. El rey Fernando desenvainó su espada. Wenzel reconoció botas de soldado, un sombrero de ala ancha y un gran cinto del cual colgaba una vaina vacía, entremedio una chaqueta multicolor, zapatos bien lustrados y bombachos. El soldado logró ponerse en pie, pegó un puntapié al otro hombre que había entrado junto con él y luego se arrodilló inmediatamente ante el rey. Fernando aferraba su espada y estaba tan pálido que Wenzel comprendió que había temido que se tratara de un atentado. Y se desconcertó aún más cuando se dio cuenta de que el segundo hombre era Fabricius.

—Mensaje urgente para Vuestra Majestad —soltó el soldado, jadeando y alzando el mensaje.

Olía a caballo y a sudor y estaba cubierto de polvo, sus guantes soltaban vapor, sus botas estaban empapadas y bajo las correas de las espuelas aún quedaban restos de nieve. Lo que había ocurrido era evidente: el mensajero había irrumpido en la antecámara con su mensaje, Philipp estaba ante la puerta escuchando a hurtadillas y, totalmente sorprendido, en vez de esquivar al soldado se había interpuesto y ambos rodaron al interior del gabinete pataleando y hechos un ovillo. El primer escribiente se incorporó lentamente y su rostro ya de costumbre enrojado adoptó un tono casi violáceo.

El rey Fernando cogió el mensaje de manos del soldado. Rompió el sello, notó que la espada lo estorbaba y la depositó en la mesa, desplegó el papel y leyó lo que ponía.

—¡Está en latín! —dijo, furioso—. ¿No prohibí hace tiempo que se redactaran documentos importantes en latín?

Después siguió leyendo y su rostro se tensó.

—¿Algún mensaje de respuesta, Majestad? —preguntó el soldado.

—No —contestó Fernando, casi asfixiado de ira—. No. Gracias, hijo mío.

El soldado se puso de pie, se golpeó el pecho con el puño, se volvió y al salir no olvidó apartar a Philipp de un empujón. El olor a caballo y sudor aún flotaba en el ambiente. Wenzel y Philipp intercambiaron una mirada; el segundo bajó la vista y volvió a sonrojarse.

—¿Qué ha ocurrido, Majestad? —preguntó el canciller Lobkowitz.

—Se ha producido una rebelión abierta en Braunau —dijo el rey—. El abad Wolfgang intentó cerrar la iglesia protestante, los rebeldes asedian el convento, reforzados por tropas de los estamentos.

—Eso es solo el principio —susurró Lobkowitz.

La mirada de Wenzel osciló de un hombre a otro. El rostro de Martinitz y el de Slavata manifestaban su desconcierto, la ira oscurecía el del rey Fernando, por un motivo insondable el de Ascanio Gesualdo expresaba autosatisfacción y solo Zdeněk von Lobkowicz parecía auténticamente conmocionado.

—Hemos de deliberar —dijo el rey por fin—. Debemos detenerlos ahora mismo, de lo contrario se rebelará medio país. Fuera —añadió, indicando a Philipp y Wenzel con un movimiento de la cabeza—. ¡No habrá protocolo!

Ambos se apresuraron a hacer una reverencia y retrocedieron de espaldas hasta trasponer el umbral. Una vez fuera, Philipp cerró la puerta exterior, luego se volvió, se apoyó contra la pared, se secó la frente y soltó un prolongado suspiro. Wenzel estaba de pie en medio de la habitación y no sabía si coger al escribiente del pescuezo o desplomarse en el suelo llorando. De pronto Philipp soltó un gruñido, después una risita y finalmente una carcajada. Wenzel lo contempló fijamente.

—¡Eres de lo que no hay! —exclamó Philipp, riendo—. Lo hiciste todo, ¿no? Incluso tartamudear: «¡Punto!». ¡Nunca había visto nada igual! ¡Eres el mejor, jovenzuelo!

—Wenzel —gruñó este entre dientes.

Philipp se golpeaba las rodillas, riendo con tanta violencia que se deslizó lentamente al suelo a lo largo de la pared. De repente se abrió la puerta y apareció Wilhelm Slavata, se agachó sin titubear y agarró a Philipp por la oreja. El escribiente hizo una mueca de dolor cuando el procurador real lo alzó.

—¡Ay... ay... por favor, Excelencia... ay...!

—Todos los años un nuevo escribiente inicia sus servicios aquí —siseó Slavata—, y en todas sus primeras intervenciones me encuentro con un muchacho pálido de terror que chilla «¿Empezamos de una vez?» o algo similar, escupe sobre el pergamino o comete cualquier otra estupidez, algo que nunca se le pasaría por la cabeza a una persona con dos dedos de frente.

—¡Ay...! —gritó Philipp, que entre tanto se había puesto de puntillas, con la cabeza ladeada para evitar que Slavata le arrancara la oreja.

—¿Acaso crees, Philipp Fabricius, que no sé desde hace tiempo que quien está detrás de estas travesuras eres tú?

—¡Ay, Excelencia!

—¿Me tomas por tonto?

—No, Excelencia —exclamó Philipp en tono mucho más agudo. Slavata mantenía el brazo estirado, era casi como si Philipp colgara de él.

—¿Qué haremos, Philipp Fabricius?

—¡Ayyy... no volver a hacerlo nunca más, Excelencia!

—¡Te equivocas!

—Sí, Excelencia... ¡ayy!

—¿Qué haremos, Philipp Fabricius?

—Ni... ni idea, Excelencia.

—¡Inventaremos algo nuevo! —rugió Slavata—. ¡El chiste con el pergamino, la pluma mordida y todas las demás sandeces ya tienen cien años! ¡Ya me amedrentaron con eso cuando inicié mis servicios aquí como novato, y soy un hombre viejo!

—¡Ayyy... sí, Excelencia!

Slavata soltó la oreja de Philipp y el primer escribiente se desplomó. Tenía la oreja roja. Al volverse hacia Wenzel, Slavata esbozó una sonrisa burlona.

—Sin embargo, es la primera vez que alguien lleva a cabo todas esas tonterías hasta el final. Todos los demás se dieron cuenta mucho antes.

—Perdón, Excelencia —musitó Wenzel.

—Está bien —dijo Slavata y adoptó un tono oficial—. ¡El rey sí que necesita un secretario de actas, Fabricius! El conde Martinitz exige venganza por el ataque a su sobrino y Su Majestad está de su parte.

—Muy bien —dijo Philipp con voz débil.

—¡Dentro de un minuto te presentarás con material de escritura en el gabinete! ¡Y ahora vete!

Philipp salió a toda prisa, sin dejar de lanzar a Wenzel una mirada en la que este creyó adivinar que el primer escribiente le estaba agradecido por haber callado y no haberlo hundido aún más.

Slavata le sonrió.

—No temas, no has caído en desgracia. Todos hemos sido jóvenes, a excepción del nuncio papal: ese ya nació así —dijo el procurador real y le guiñó un ojo. Luego se puso serio—. Para lo que ahora se debatirá hace falta un secretario de actas experto. Y aunque Fabricius es un memo, es el mejor. Y tú te mereces una pausa. ¡Punto! —exclamó, meneando la cabeza—. Vete a casa, Ladislaus.

—Wenzel —dijo el muchacho, pero el procurador ya le daba la espalda.

Cyprian estaba cansado, muerto de frío, hambriento e irritado. Los primeros tres estados se debían a la incansable búsqueda de indicios acerca de dónde podría encontrarse la Biblia del Diablo antes depositada en el gabinete de curiosidades, el cuarto a la persistente falta de éxito. Esa vez el tío Melchior se había engañado a sí mismo a fondo. Claro que habían seguido todas las pistas, en parte aprovechando los extraños vínculos de Andrej en la corte, en la época en la que era el primer cuentacuentos. Tras largas deliberaciones, el viejo cardenal aceptó —a regañadientes— interpretar un papel secundario. Le costó trabajo aceptar que ya no gozaba de la libertad de movimientos de que disfrutó cuando era el obispo de Wiener Neustadt. Aquello que procuraba averiguar un cardenal y ministro imperial —por no hablar de alguien que ocupaba un puesto tan elevado en la escala de la impopularidad como el inflexible Melchior Khlesl— despertaba un interés mucho mayor que las preguntas de un obispo insignificante. Pese a ello, todas sus averiguaciones quedaron en nada. La única opción que les quedaba era abordar a los dos hombres en quienes en el pasado el tío Melchior había confiado a medias: Zdeněk von Lobkowitz y Jan Lohelius. Pero Cyprian lo había desaconsejado. Si ambos estaban involucrados en el macabro reemplazo, entonces él y sus amigos perderían su ventaja, que consistía en que la parte adversaria ignorara que su engaño había sido descubierto.

Cyprian sospechaba que la solución del enigma residía en que el arcón no había albergado unos cadáveres cualesquiera, sino los de dos de los enanos de la corte del emperador Rodolfo, sin duda muertos de manera violenta. Pero ese rastro también se perdía en la arena. Todo indicaba que los desdichados intentaron enriquecerse en el gabinete de curiosidades tras la muerte del emperador y se habían matado entre ellos, y que el último superviviente, Sebastián de Mora, se había suicidado. Pero por una parte este hubiese sido incapaz de realizar el intercambio por sí solo y por otra aún había un hilo suelto con respecto a él y sus compinches. La explicación podría haber

resultado creíble si los dos enanos no hubieran aparecido en el arcón, pero dicha posibilidad había quedado eliminada con el espantoso descubrimiento en el sótano del edificio en ruinas de la empresa Wiegant & Wilfing. Había alguien más que interpretaba un papel, alguien que durante todos esos años había logrado permanecer oculto, alguien que había sacado el código del arcón e introducido a los dos enanos asesinados, alguien que debía de haber poseído una llave que no podía existir. Cyprian ya se había descubierto a sí mismo varias veces pensando que hacía veinte años ellos se habían enfrentado al mismísimo diablo y no solo a un círculo de conjurados que pretendía apoderarse del poder del infierno para sus propios fines. Pero sobre todo tenía el mal presentimiento de que ese misterioso personaje que ocupaba el centro de la historia estaba más próximo a él y a sus seres queridos de lo que todos suponían. En parte su irritación también se debía al hecho de que, en los últimos tiempos, había sentido una tentación cada vez mayor de mirar por encima del hombro: una conducta tan inusitada en Cyprian Khlesl que llegaba a sacarlo de quicio.

Para él, la Navidad había transcurrido en una especie de sueño. Tuvo que admitir que no habría notado la creciente tensión que existía entre Alexandra y su madre si una noche Agnes no le hubiese confesado su preocupación, entre llantos y recriminaciones hacia sí misma. Durante mucho tiempo la madre de Agnes solo había sentido odio y desprecio por su hija, que esta estaba convencida de haberse contagiado de dichos sentimientos y que era la peor madre de todos los tiempos. Cyprian tuvo que esforzarse para calmarla. Después había hablado a solas con Alexandra y lo había estropeado todo, porque cuando la joven se mostró obstinada y tozuda, él empezó a gritar. Ella le había devuelto los gritos y abandonado el salón con un portazo... dejando atrás a un padre que entonces —al igual que antes le había ocurrido a Agnes— también recordó los acontecimientos con su propio padre y se preguntó si alguna vez resultaba posible desprenderse de las cadenas del pasado.

Le pidió a un criado que le quitara las botas estrechas y empapadas y, sorprendido, alzó la vista cuando se percató de que hacía un buen rato que Agnes estaba de pie en el umbral. Sonrió, pero ella no le devolvió el gesto.

—Ven conmigo —dijo la esposa.

Él la siguió descalzo y al caminar se desprendió de las mojadas prendas de lana que apenas lo habían protegido del frío. Agnes remontó la escalera y él procuró no enfadarse a causa de su tono seco. Y se dio cuenta de que había hecho bien cuando Agnes se detuvo en el descansillo y se volvió hacia él.

Estaba muy pálida, tenía el rostro desencajado y se echó a llorar en silencio. Él la abrazó y la acunó, presa del temor.

—Dime qué hemos hecho mal —susurró Agnes.

Cyprian la cogió de los hombros y la miró a la cara. Ella se secó las lágrimas y bajó la vista.

—Dímelo —musitó.

—No lo sé —respondió él en tono sombrío.

—Yo tampoco —dijo Agnes, sacudiendo la cabeza con expresión desesperanzada—. Yo tampoco.

—¿Qué ha pasado?

En vez de contestar, ella se volvió, lo tomó de la mano y lo condujo hasta una puerta. Una mano fría le atenazó las entrañas cuando se dio cuenta de que se trataba de la puerta de la alcoba de Alexandra. Cyprian tragó saliva. Agnes abrió y lo arrastró al interior.

Una figura delgada estaba acurrucada en el borde de la cama, con los cabellos sueltos y retorciéndose las manos en el regazo. Cyprian cerró los ojos. El vestido estaba arrugado, pero lo reconoció: era el que le había regalado a Alexandra hacía poco. La joven que lo llevaba alzó la vista, tenía el rostro rojo e hinchado debido al llanto. Era la doncella de Alexandra.

—¡Repítelo! —exigió Agnes. La joven dio un respingo y bajó la cabeza.

—No pueeeedo... —sollozó—. ¡Piedad, señor, piedad!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cyprian por segunda vez, y el tono de su propia voz lo asustó. La doncella se sobresaltó y se cubrió la cara con las manos.

—¡Por favooooor, por favooooor...!

Agnes dio dos pasos hacia la cama y agarró a la doncella de los cabellos. Como en un sueño, Cyprian estiró la mano y sujetó a Agnes de la muñeca sin darse cuenta de la presión que ejercía, pero la mujer jadeó y abrió los dedos. La doncella moqueaba y sollozaba. Las miradas de Agnes y Cyprian se encontraron y la cólera que el hombre vio en los ojos de su esposa lo dejó sin aliento. De vez en cuando había visto una cólera similar en otros ojos: los de Theresia Wiegant, la madre de Agnes. A veces ocurría cuando ella lo contemplaba creyendo que nadie lo notaba; las más de las veces era cuando su mirada se posaba en Agnes. Cyprian sintió náuseas y tragó saliva. Después meneó la cabeza lentamente, pero sin perder el contacto visual con su esposa. La cólera en la mirada de su mujer dio paso al miedo y luego a la tristeza, tanta tristeza que a punto estuvo de provocarle a él el llanto. Cyprian le soltó la muñeca, se agachó ante la doncella y le sostuvo las manos hasta que la

joven se tranquilizó y pudo mirarlo sin apartar la vista. Él la contempló en silencio, esforzándose por esbozar una sonrisa.

—¡Ella me advirtió que no se lo contara a nadie! —exclamó la doncella, sollozando.

—Anulo esa orden —dijo Cyprian.

—Pero...

—Anulo esa orden —repitió—. En lo que a ti respecta, no podías hacer otra cosa que obedecer. Alexandra es tu ama.

—Debería haber acudido a nosotros en el acto... —siseó Agnes, pero Cyprian le lanzó una mirada.

Percibió que ella comprendía lo que pretendía indicarle. La mirada de Agnes se perdió en el pasado y arrastró la de Cyprian y, una vez más, él se vio remontando la estrecha escalera que daba a la puerta Kärntner, en Viena, en cuyo baluarte Agnes lo estaba esperando; vio a Leona, la doncella de Agnes, al pie de la escalera, fingiendo que no lo veía y que ignoraba que un amante iba a encontrarse con la otra mitad de su alma.

—¡Era una situación muy distinta! —protestó Agnes.

Cyprian negó con la cabeza, pero sin despegar la mirada de ella. Agnes se sorbió los mocos y apretó los dientes para no volver a estallar en llanto.

—Ni siquiera lo hubiese notado —dijo Agnes por fin—. Alexandra le dijo que se pusiera su vestido, se tendiera en la cama de espaldas a la puerta y simulara dormir.

—Y me dormí de verdad —intervino la joven, sollozando—. ¡Perdonadme, señora Khlesl, de verdad me quedé dormida!

—Es a nosotros a quienes deberías pedir perdón —replicó Agnes, pero gran parte de la dureza había desaparecido de su voz, dejando paso al dolor de una madre cuya propia hija había ideado un plan astuto para engañarla—. Estaba roncando. Alexandra no ronca y de pronto supe que quien llevaba el vestido no era nuestra hija. Me acerqué a la cama y... —añadió, extendiendo los brazos.

—¿Cuántas veces? —preguntó Cyprian.

La doncella volvió a llorar. Cyprian aguardó, aunque hubiese preferido salir corriendo de la casa, en cualquier dirección. Cuando la joven vio que no estaba furioso, acabó cediendo.

—Esta es la quinta.

—¿Desde cuándo?

—Desde adviento.

—¿Adónde va?

—No lo sé, señor Khlesl, de verdad que no lo sé.

—¿Con quién se encuentra? —preguntó Agnes.

La doncella apretó los labios con expresión desesperada. Cyprian dirigió otra mirada de soslayo a Agnes, que entre tanto parecía haber recuperado la serenidad y se encogió de hombros.

—No todos son personas tan decentes como eras tú, querido mío —dijo la mujer, esbozando una sonrisa.

—Tu madre me tomaba por cualquier cosa menos eso.

—Sí —admitió ella, y su sonrisa se apagó.

—Es uno de la corte —confesó la doncella en tono resignado—. Se llama Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz.

Agnes volvió a encogerse de hombros, pero después frunció el ceño.

—Creo que una vez Alexandra mencionó ese nombre, me preguntó si yo lo conocía. No pensé nada, ¡creo que ni siquiera le presté atención, maldita sea!

Cyprian reflexionó.

—Sé de un tal Albrecht von Wallenstein... un noble acaudalado de Moravia, ultracatólico y leal al rey Fernando, al menos eso es lo que he oído. El año pasado prestó ayuda al rey Fernando con dinero y tropas cuando el monarca se dejó enredar en la guerra contra Venecia... y fue el único de los vasallos de Fernando que lo hizo. Quizá se trata de un pariente lejano.

Los ojos de Agnes fulguraban.

—Si ese muchachito cree que solo porque su primo posee mucho dinero y el rey le está agradecido...

—Es un aristócrata —soltó la doncella.

—¿Lo conoces?

La joven se ruborizó.

—Lo he visto una vez.

—¿Qué clase de persona es?

—Es bello como un... ángel —dijo ella, avergonzada.

Agnes arqueó las cejas.

—En todo caso, en eso me lleva ventaja —observó Cyprian. Agnes se volvió hacia él, sorprendida, y Cyprian esbozó una sonrisa desganada—. Solo quería adelantarme a tu comentario.

—¿Qué hemos de hacer, Cyprian?

—Nuestra hija se ha enamorado.

—¡Nos ha engañado!

—Una costumbre de la familia, ¿no?

—¡En nuestro caso fue diferente!

—Eso no se vuelve más cierto porque lo repitas.

Agnes apretó los puños y después bajó los hombros.

—No puedo tomármelo tan a la ligera como tú —dijo, contemplándolo—. Tú tampoco lo tomas a la ligera, ¿verdad?

—Claro que no.

—Antes mentías mejor, Cyprian.

—A mí tampoco me gusta que no haya confiado en nosotros —gruñó él—. Pero no estamos en situación de pedirle cuentas, ¿verdad?

Ella siguió contemplándolo; él tuvo que esforzarse por sostenerle la mirada. Por fin ella se apartó y Cyprian sabía que solo la había convencido a medias de la inocuidad de sus ideas.

—¿Señora Khlesl? —dijo la doncella tímidamente—. ¿Pensáis despedirme? —preguntó entre más sollozos.

Cyprian se dio cuenta de lo que pensaba su mujer: recordaba que su madre había echado de casa a su primera y amada nodriza. Agnes se sentó junto a la llorosa joven y le rodeó los hombros con el brazo.

—Quien merece un castigo es el ama, no la criada —dijo en tono malhumorado, y le palmeó la espalda.

Cyprian se enderezó y contempló a su mujer: una vez más se dio cuenta de cuánto la amaba.

—Alexandra ha regresado cuatro veces sana y salva —dijo—. También lo hará una quinta vez. Y esta noche hablaremos con ella.

—Deberíamos buscarle un pretendiente —señaló Agnes con amargura—. Hace demasiado tiempo que permitimos que haga lo que le viene en gana. Wenzel daría su brazo derecho si ella...

—Mientras Andrej no tenga valor suficiente para contarle la verdad, no hay nada que hacer —dijo Cyprian—. Wenzel cree que él y Alexandra son primos y es demasiado decente como para pasar este detalle por alto. Además, nunca le propondré un pretendiente a Alexandra y tú ni siquiera deberías pensar en ello, por más que se trate de un pretendiente maravilloso como Wenzel von Langenfels. Piensa en el sufrimiento que nos causó a ambos el hecho de que tu padre quisiera casarte con Sebastian Wilfing.

—Lo sé —susurró Agnes—. Lo sé. Solo que me preocupo por ella.

—Que ella y ese Heinrich von Wallenstein se encuentren en secreto aún no significa nada malo. Hablaré con el muchacho lo antes posible y así tendremos más datos. Hasta entonces deberemos confiar en la sensatez de Alexandra. ¡Es nuestra hija!

—Pues no debe de haber heredado una gran sensatez —masculló Agnes, pero una sonrisa se deslizó por su rostro.

—Pobrecita —dijo Cyprian con una sonrisa irónica.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Él recogió el trapo de lana mojado que había dejado caer en la cama.

—Iré a dar otra vuelta. A lo mejor me topo con una parejita de enamorados.

—¿Hay algo más, Cyprian?

—No. ¿Por qué?

Agnes lo contempló fijamente. Él sonrió y se encogió de hombros, después sus labios formaron un beso.

—Te quiero —dijo.

—Y yo te quiero a ti, Cyprian Khlesl —contestó ella, asintiendo con la cabeza.

Mientras el criado volvía a calzarle las botas, Cyprian pensó que no resultaba fácil engañar a la mujer con la cual convivía desde hacía tantos años. Ella sospechaba que algo le había llamado la atención. «Es bello como un ángel», había dicho la doncella, refiriéndose al hombre de quien Alexandra parecía haberse enamorado. Tal vez la doncella no se hubiera dado cuenta, pero en realidad le parecía que al principio había querido decir: «Es bello como el diablo». Cyprian creía que la mayoría de las personas poseían un instinto más perspicaz que su propio juicio y que les permitía ver cosas que su cerebro jamás percibía. Pateó el suelo con los pies para terminar de calzarse las botas. ¿Acaso durante las últimas semanas no había sentido la necesidad de mirar por encima del hombro porque temía que el diablo anduviera pisándoles los talones a él y a sus seres queridos? ¿Había mirado en la dirección equivocada? ¿Debería haber dirigido la mirada al corazón de su familia para comprender que el diablo ya se había instalado allí? Sintió una punzada que le obligó a apretar los dientes. «¡Son supercherías —se regañó a sí mismo—, eres peor que una vieja lavandera!». Y al mismo tiempo se preguntó si también se debía a su superstición que la última frase de Agnes le hubiese parecido una despedida.

Con una angustia solo rara vez experimentada en su vida abrió la puerta.

Fuera estaba Melchior Khlesl, con la mano alzada para llamar a la puerta. Parecía haber visto al mismísimo diablo.

El cardenal Melchior tenía la sensación de que los acontecimientos que lo rodeaban eran como un torrente y él trataba de agarrarse a una roca para que no lo arrastrara.

—¡Ya he informado a Andrej! —exclamó, resollando.

—Creí que estabas en Viena, celebrando el tratado de paz con Venecia.

Melchior cogió a Cyprian del manto.

—¡No hay tiempo que perder!

—Llevas la cabeza descubierta —señaló Cyprian—. Pillarás un resfriado.

—Me importa un bledo el resfriado —replicó Melchior—. Hay cosas peores y también me importa un bledo la paz con Venecia: si ahora fracasamos resultará inútil.

Cyprian calló. Melchior devolvió la mirada de los ojos azules y fríos de su sobrino y se serenó. Se percató de que aún aferraba a Cyprian del manto y lo soltó; la pesada tela estaba arrugada. Melchior le dio unas palmaditas intentando alisarla y de pronto se dio cuenta de que debía alzar la vista para contemplar a su sobrino.

—La primera vez que luchamos contra la Biblia del Diablo tenía la misma edad que tú tienes ahora —dijo.

—Sí. Y hoy me siento tan viejo como tú parecías en aquel entonces.

—No quería que tuviéramos que volver a cargar con este peso. Si lo hubiera previsto...

—Sabíamos perfectamente que solo habíamos ganado una batalla, no la guerra. Lo único que podemos hacer es luchar, eso es todo.

—Ahora somos los guardianes de la Biblia del Diablo, Cyprian, ¿no te das cuenta? ¡Ya que Wolfgang Selender no reemplazó a los siete custodios, ahora nos toca a nosotros!

Melchior notó que Cyprian lo había comprendido y también que su sobrino aún no lo había asumido. Cuando hacía escasas semanas partieron de Braunau y fue consciente de lo que ocurría, él, el cardenal Khlesl, sintió como

si una montaña de hielo se precipitara en su alma. No les había dicho nada a los otros dos, confió en que no se verían obligados a repetir el papel que ya habían desempeñado en su día, pues a pesar de todo la Biblia del Diablo estaba a buen recaudo en el convento de Braunau. O al menos eso fue lo que supuso.

—Pasa, tío Melchior, y entra en calor. Iré a dar una vuelta y luego regresaré.

—¡No tenemos tiempo, Cyprian!

Cyprian desvió la mirada. Melchior miró en la misma dirección y vio una pareja cogida del brazo que recorría la nevada callejuela y se acercaba a la casa de Cyprian. Melchior oyó risitas femeninas; el rostro de Cyprian se crispó al tiempo que procuraba ver el rostro de la mujer, que quedaba oculto por la capucha. La pareja pasó junto a ellos, avanzó calle abajo y se perdió en la penumbra del atardecer. Melchior observó a su sobrino.

—¿A quién buscas?

—A Alexandra.

Melchior asintió con la cabeza.

—Se está independizando, muchacho. Piensa en ti y en Agnes, vosotros dos empezasteis más temprano que...

—Muy bien, pues entra y explícaselo a Agnes —lo interrumpió Cyprian con una débil sonrisa—. Quizá dará crédito a la sabiduría de la madre Iglesia y del padre cardenal.

—¿Es grave? —preguntó Melchior.

—No sé nada. Eso es lo grave, ¿verdad?

—Tú y Andrej debéis dirigiros a Braunau lo antes posible, Cyprian.

Su sobrino dejó de mirar en la dirección en la que había desaparecido la pareja. Su silencio impulsó a Melchior a seguir hablando.

—Puedo proporcionaros media docena de hombres de confianza; ya se preparan para partir y en dos horas podéis ponerlos en marcha.

—Dentro de una hora habrá caído la noche, tío —dijo Cyprian en el mismo tono en que le hubiera preguntado si le apetecía otra copa de vino—. Habrán cerrado las puertas.

Melchior miró en torno. De pronto se sintió como un necio, fue consciente de que un viento frío le agitaba los cabellos blancos y le causaba dolor de cabeza, que se había envuelto en un manto demasiado ligero, que tenía las botas mojadas y que, tras recibir la noticia hacía más de una hora, había echado a correr por todo su palacio como una gallina sin cabeza, luego se

dirigió a toda prisa a casa de Andrej y por fin hasta allí, jadeando y cojeando, un anciano presa del pánico. Tragó saliva y volvió a tomar aire.

—Entremos. Te lo explicaré —dijo.

Cyprian negó con la cabeza.

—Enseguida vuelvo.

—En cualquier momento Andrej...

—Andrej también sabe entrar en casa. Sentaos ante la chimenea y animad a mi mujer, me reuniré con vosotros lo antes posible.

—Comprendo que hoy ya no podáis emprender viaje, ¡pero mañana debéis partir en cuanto abran las puertas de la ciudad!

—De acuerdo, hablaremos de ello, pero no ahora.

Melchior notó que su sobrino le estrechaba la mano y se alejaba. El cardenal lo agarró de la punta del manto.

—Ya no está a buen recaudo, Cyprian —susurró.

—¿Acaso lo estuvo alguna vez? —preguntó el hombre, volviéndose de mala gana.

—Wolfgang y los monjes ya no se encuentran en Braunau. Una paloma mensajera me trajo un mensaje. En la corte aún no saben nada del asunto, creen que están asediando al abad. Pero ya no pudo defender el convento; emprendió la fuga esta mañana y tal vez en este momento estén saqueando el convento.

—¿Y el códice?

—Espero que lo haya llevado consigo.

—¡Maldición! —dijo Cyprian.

—¿Ahora entrarás conmigo?

—Más tarde —respondió Cyprian.

Melchior notó que las dudas lo atenazaban; no habría sido el que el viejo cardenal creía que era si en ese momento no hubiese optado por su familia.

—Descorcharé el vino más caro de tu bodega —lo amenazó Melchior, procurando hablar en tono ligero.

—No te comas el corcho —advirtió Cyprian mientras ya se alejaba.

Melchior Khlesl siguió a su sobrino con la mirada. No le agradaba volver a someterlo a presión y, no por primera vez, reflexionó acerca de cuánta verdad albergaba el dicho de que uno acababa pareciéndose al diablo si se involucraba con él... aunque en realidad hiciera todo lo posible por combatirlo.

Cyprian dobló la esquina, un hombre de anchos hombros vestido de oscuro que nunca comprendería del todo que irradiaba una honradez que

debido a su serenidad parecía aún más auténtica y que en el fondo todos cuantos apreciaban la sinceridad, la seguridad y la lealtad se sentían atraídos por él. De pronto el viejo cardenal alzó la mano y saludó a su sobrino.

No volvería a verlo con vida.

—Hoy he de regresar a la tercera hora *post meridiem*, a más tardar —dijo Alexandra, jadeando. Al ver la expresión incrédula de Henyk, empezó a calcular mentalmente—. Eso se refiere a la cronología bohemia del gran reloj... Ayer la puesta de sol fue a la quinta hora *post meridiem*... así que a la hora cero según el gran reloj... El sol salió a la decimocuarta hora según el gran reloj... ahora es mediodía, esa es la decimonovena hora según el gran reloj... ¡así que a la vigesimosegunda!

Vio que Henyk meneaba la cabeza y sonrió.

—Nuestra casa comercia con tantos países que mi padre introdujo la cronología según el pequeño reloj. Dice que así resultamos comparables con nuestros socios comerciales de todo el imperio y más allá, y que, además, tenemos la ventaja de que el almuerzo siempre se sirve a la duodécima hora, y no a la decimoquinta o a la decimonovena, según la estación del año, dependiendo de la hora en la que el sol se puso el día anterior.

—Creo que no soy lo bastante listo para llevar una vida de comerciante —dijo Henyk.

Alexandra se preguntó si la confesión no sería más bien una indirecta contra ella y su familia, pero luego reprimió la idea. Henyk era un noble de los pies a la cabeza y, además —de eso estaba absolutamente segura e hizo que se estremeciera—, estaba rendidamente enamorado. Nunca se burlaría de ella.

De algún modo, debía de haberle transmitido el asomo de duda, porque él esbozó la misma mueca que solían hacer sus hermanos cuando les preguntaban algo cuya respuesta ignoraban y querían evitar que los regañaran más de lo necesario. De pronto alzó la mano y le rozó la mejilla, luego la retiró, asustada, y notó que se sonrojaba. Él le cogió la mano y la presionó, pero después se apresuró a soltarla y ambos se contemplaron.

Era mediodía y la puerta oriental del castillo estaba casi desierta. Los guardias que pateaban el suelo procurando desentumecerse los pies y a

quienes las horas hasta que los relevaran les resultaban demasiado largas según cualquier cálculo horario, apenas les prestaron atención. La puerta permanecía abierta durante el día, cuando ningún peligro amenazaba, y no detenían a nadie que quisiera transponerla. Dicha circunstancia no tardaría en cambiar, pero de momento ni el rey, ni el canciller imperial ni tampoco el burgrave habían comprendido que el gran incendio que había de poner fin a su tiempo de manera definitiva ya había estallado.

—Queríais visitar el gabinete de curiosidades del emperador Rodolfo, ¿verdad? —preguntó Henyk tras una pausa en la que sus miradas se habían permitido lo que sus cuerpos se prohibían: fundirse el uno en el otro.

Alexandra asintió.

Henyk sonrió.

—Tuve que matar un dragón y torturar a cinco gigantes hasta hacerme con la llave... pero la tengo.

Alexandra no sabía si debía tomarse sus ocasionales comentarios sobre la tortura a risa. Siempre los dejaba caer en relación con algo humorístico o casi tierno, y ella lo atribuyó al hecho de que el sentido del humor de los hombres era más tosco que el de las mujeres. Por otra parte, jamás había oído a su padre o a su tío Andrej bromear sobre el tema, pero una vez más ello podía deberse a que los nobles como Henyk —que en el peor de los casos debían luchar al servicio del imperio— albergaban ideas menos refinadas que los hombres como Cyprian Khlesl o Andrej von Langenfels, cuya mayor heroicidad consistía en obtener un uno por ciento más de ganancia en un negocio. No obstante, no le resultó fácil reír. Siempre que recordaba la imagen de la horrenda ejecución de Viena o los alaridos de dolor del martirizado de Brno, un escalofrío le recorría la espalda.

—¿A qué se debe la prisa? —preguntó Henyk mientras ella lo seguía a lo largo de la abrupta callejuela en dirección a la catedral.

Él le había ofrecido el brazo y ella lo aceptó. El gesto resultaba bastante inofensivo y nadie habría notado que ella le cogía el brazo con más fuerza de la necesaria y que él no había separado el codo como marcaba la etiqueta, de modo que al andar sus hombros y sus caderas no dejaban de rozarse. Alexandra tuvo que recordar lo que se había propuesto ese día y el miedo y el deseo le atenazaban el cuerpo y le cortaban el aliento. El camino parecía más abrupto y largo que de costumbre.

—Mis padres han descubierto mi truquito con la doncella.

—¡Oh!

—Sí. En realidad, hoy no debería haber salido, pero mi madre está invitada en casa del cardenal Melchior y no regresará antes de tres horas, así que me escabullí —dijo, lanzándole una mirada de soslayo—. Mi padre dijo que deseaba conoceros antes de permitir que me encuentre con vos. ¿Estáis seguro de haber comprendido correctamente al cardenal Melchior?

—Pero si estaba justo a su lado, queridísima Alexandra. —Ella lo oyó suspirar y aceleró el paso para que el contacto entre su cuerpo y el de Henyk fuera aún más estrecho. Él bajó la cabeza—. Vuestro padre no quería ofenderos, eso es todo. En realidad, hace tiempo que ha forjado sus planes y yo no figuro en ellos. El cardenal le dijo al obispo Lohelius con toda claridad que vuestra boda tendrá lugar antes de un año, en cuanto vuestro padre haya encontrado un pretendiente idóneo entre sus socios. Y que en ningún caso entraría en cuestión un «noble sin blanca que solo tenía grandes planes y un rostro apuesto, al igual que varias docenas de esos que pululan por la corte».

Henyk se encogió de hombros y le tomó la mano. Tenía la piel caliente pese al frío y a no llevar guantes. Era como si las llamas ardieran en su interior y generaran suficiente calor como para caldearlos a ambos.

—Quizás habría callado si hubiera sospechado que a su lado se encontraba un noble que solo posee grandes planes y un corazón que pertenece por completo a la mujer de quien estaba hablando. Pero alguien de su condición tiende a pasar por alto la presencia de una persona tan insignificante como yo.

—¡No sois insignificante! ¡Para mí sois la persona más importante del mundo!

Él le palmeó la mano y se apartó. Alexandra supuso que no quería que ella viera la desesperación que le crispaba el rostro. Había creído que el dolor causado por la confidencia que Henyk le había hecho la última vez, en tono vacilante y al parecer de mala gana, se volvería menos intenso, pero en realidad no hizo más que aumentar. El día anterior, durante la conversación con su padre, cuando este se marchó sin decir una palabra y ella hubiera querido gritarle: «¡Mentiroso!» a la cara, tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no perder el control.

Recorrieron el resto del camino en silencio. El dulce nerviosismo que Alexandra había experimentado dio paso a una angustia creciente, y no se trataba de que dicha sensación no estuviese acompañada de la excitación, pero la resistencia frente a tal sensación también suscitó ciertas reservas. ¿Realmente quería hacerlo? No cabía duda de que deseaba hacerlo con él, pero ¿allí? ¿Y de esa manera? ¿En parte por vengarse de sus padres?

Alexandra se preguntó cómo había emprendido ese camino: parecía haber transcurrido muy poco tiempo desde que su madre suponía un ejemplo para ella y su padre se le presentaba como la viva imagen del hombre con el que quería casarse algún día. ¿Qué la había alejado tanto de ellos?

La respuesta a esa pregunta era sencilla: su falsedad. Estaba convencida de que Henyk habría preferido morderse la lengua antes de compartir sus secretos con ella de haber sabido en qué dirección la habían impulsado. Pero ella misma le había dicho que nada debía interponerse entre ellos, así que él le había dejado entrever un par de cosas, aunque vacilando: que su madre hubiera preferido enviarla a Viena para siempre porque consideraba que ella no estaba hecha para vivir en Praga. Que hacía años que el cardenal Khlesl le reservaba un lugar en el convento de Santa Agnes porque opinaba que Alexandra era demasiado rebelde y que solo tras los muros del convento estaría a salvo de avergonzar a su familia o a él. Que su padre a veces manifestaba con decepción evidente que su primer vástago había sido una niña y no un niño. Lo peor de todo era que ella no había albergado la menor sospecha acerca de esas dudas respecto de su persona. ¿Cómo podían haber sido tan falsos? ¿Y cómo se podía estar tan cerca de alguien sin percibirlo?

Una voz que se asemejaba un poco a la de esa Alexandra Khlesl que había sido hacía apenas un par de semanas preguntó qué significaban esos conocimientos con respecto a Henyk —¡Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz!—, de quien tan próxima se sentía también. Alexandra acalló esa voz.

La entrada al gabinete de curiosidades del emperador Rodolfo, que seis años después de su muerte ya estaba envuelto en inquietantes leyendas, era tan intimidante como decepcionante. Se encontró en una bóveda tan gélida como una cripta y casi igual de tenebrosa, y su aliento formó nubecillas que resplandecían a la luz del candil de Henyk. La iluminación mostraba columnas y proyectaba sombras contra el oscuro techo. Una sensación desagradable embargó a Alexandra al comprender que el frío reinante no fomentaría su plan de revelar algunos de sus secretos al hombre de su corazón. Entonces Henyk se volvió hacia ella y sonrió.

—No os desaniméis —dijo—. Esta solo es la antecámara.

Cuando dejaron atrás la bóveda, Alexandra contuvo el aliento. En medio de la oscuridad se elevaban estantes de madera que, a pesar de estar vacíos, parecían cobrar vida a la luz del candil. De las esquinas surgía el rumor de las ratas que huían, en algunos lugares junto a la pared había pequeños montones

de vigas reventadas que solo adquirirían su auténtica proporción cuando uno se acercaba: entonces se convertían en fragmentos de marcos rotos.

—Aquí se inició el imperio de Rodolfo —susurró Henyk—. Aquí se trasponía el umbral que daba acceso al espíritu más extravagante de nuestra época. Imaginaos esos estantes repletos de objetos maravillosos y al mismo tiempo terribles: extraños seres en formol, fragmentos de cadáveres momificados, criaturas fabulosas de las que hasta hoy nadie sabe si eran auténticas o hábiles imitaciones, nueces de formas extrañas... —añadió con una sonrisa, y ella sospechó que reflexionaba antes de pronunciar las siguientes palabras y lo animó a proseguir con una mirada—. Dicen que algunos parecían miembros de cuerpos humanos.

Ella estaba de pie junto a él y percibía el calor que él irradiaba.

—¿Pies? —preguntó, aunque sabía que no era así—. ¿Manos?

Los ojos de Henyk fulguraban, una ligera sonrisa aún le curvaba los labios y Alexandra trató de enviarle un pensamiento: «¡Bésame! ¡Bésame!».

—No —susurró él y su mano dibujó una forma vaga en el aire—. No.

Alexandra parpadeó. De repente se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. Alzó una mano, rozó la parte delantera del manto de Henyk y oyó que contenía el aliento. Ella cerró los ojos mientras le ofrecía su rostro y, sorprendida, notó que él retrocedía.

—Acompañadme —dijo Henyk con voz ronca.

Alexandra sintió una momentánea desilusión pero cuando volvió a abrir los ojos vio su mirada y sus mejillas enrojecidas. ¿Así que quería prolongar el juego? Bien. ¡Ya se ocuparía ella de ponerle las cosas difíciles!

Cuando avanzaron hacia el interior del gabinete se toparon con un hálito tibio. El aire se volvió menos gélido y a la vez más sofocante, y la muchacha percibió un olor a alcohol, a hierbas y al tiro de una gran cocina.

—Las paredes estaban cubiertas de cuadros —dijo Henyk—. El emperador Matías los hizo quitar todos y los vendió o se los regaló a príncipes amigos: cuadros de Arcimboldo, de Miguel Ángel, de Rafael... El emperador Rodolfo los hizo poner en fantásticos marcos de marfil, caoba o hueso; los cortaron y dejaron los marcos tirados en el suelo. Los estantes estaban llenos de dientes de animales y tallas engarzadas en oro e incrustadas de piedras preciosas. En los primeros meses del reinado del emperador Matías, todo lo que no poseía un valor evidente fue a parar al foso.

La luz del farol se deslizó por encima de polvorientos artefactos cuyo anterior esplendor solo se dejaba adivinar, por encima de arcones y cofres, máscaras huecas, los cuerpos devorados por las polillas de animales

disecados... Aún reposaban cientos de objetos en los cajones. Alexandra no osó imaginar el aspecto que habría presentado el gabinete de curiosidades cuando todavía merecía aprecio. Se imaginó oro brillando entre las sombras y joyas cuyos reflejos se proyectaban sobre las paredes, velas encendidas y lámparas de aceite, alfombras, gobelinos multicolores, en las paredes el brillo apagado de las pinturas y, en medio de todo ello, cojeando y grotesco y encantado con sus tesoros, el Golem en el que se había convertido el emperador Rodolfo en los últimos años de su vida. Tragó saliva, hechizada, conmocionada, sin aliento y al mismo tiempo con respeto. Sabía que era un momento que ella y Henyk atesorarían para siempre. Se contemplarían y él diría: «¿Recuerdas cuando robé la llave del gabinete de curiosidades para mostrártelo?». Y ella diría: «¿Y tú recuerdas que por entonces te entregué una llave completamente distinta, la de mi corazón? Aunque no la necesitabas, porque te lo abrí desde el primer instante en que te vi». Y sus hijos preguntarían de qué estaban hablando, y ellos, mudos, señalarían el único objeto que ese día —el plan maduró en Alexandra en un instante— robarían del gabinete, el primer objeto de su futuro hogar común. Y mientras los niños contemplaran el artefacto, la mirada de ella y de Henyk se encontrarían y albergaría una promesa que se cumpliría en la noche.

Alexandra parpadeó. Ya no sentía frío. Henyk deambulaba por el último de los tres gabinetes que habían atravesado, iluminando todo aquello que le parecía interesante con el candil.

—¿Por qué hace tanto calor aquí?

—La cocina del castillo se encuentra bajo esta parte del gabinete. El emperador solía pasar la mayor parte del día aquí. Supongo que no tenía ganas de pasar frío.

Henyk volvió a acercarse a ella y su sonrisa exigía otra en el rostro de ella.

—¿Os gusta?

—¿Este es el último gabinete?

Él ladeó la cabeza y la contempló, entornó los ojos y el pulso de ella se aceleró: era como si el aire entre ambos vibrara.

—¿Es este un día idóneo para revelar secretos?

Alexandra le devolvió la mirada y luego asintió lentamente. Para ella la insinuación de Henyk solo podía poseer un significado.

—Existe otro gabinete más: alberga el laboratorio secreto del emperador Rodolfo. A excepción de él, solo lo han pisado otras diez personas como

mucho. Qué os parece, ¿rompemos... —dijo, y volvió a contemplarla—, rompemos el sello secreto?

Henryk estaba justo ante ella. Alexandra dio un paso adelante, se puso de puntillas y su respuesta consistió en darle un beso en la boca. «Rompamos el sello —pensó—, deja que te haga el regalo que no puedo ni quiero hacerle a ningún otro hombre». Notó que él se ponía tenso, pero sabía que ello no se debía al rechazo, sino a que de lo contrario habría perdido el control sobre sus propios actos. A ella le ocurría lo mismo. Por más que el tiro de la cocina hubiese entibiado el aire, las llamas que ardían en su interior eran más candentes que cualquier calor procedente del exterior. Alexandra quería sentir los brazos de él estrechándola, el contacto de su cuerpo, quería sentirlo a través de la gruesa tela de su atavío y después quería abrirse paso a través de las capas de tela hasta tocar su piel lisa y notar la suya contra ella... Su cuerpo se agitó y notó que los labios de él se entreabrían bajo su beso. Y de pronto Henryk retrocedió un paso. Sus ojos brillaban.

—Sígueme —susurró con voz casi inaudible.

Se agachó y apartó una alfombra, tan sencilla que no encajaba en ese lugar y que alguien debía de haber dejado allí tras la muerte del emperador Rodolfo. En el suelo aparecieron las ranuras de una trampilla. Cuando Henryk se enderezó, Alexandra ya estaba a su lado; él apartó la alfombra un poco más y algo cayó al suelo tintineando, más allá del círculo luminoso del candil. Era un cofrecillo de brillo apagado lleno de ruedas y palancas.

—Un reloj de juguete —dijo Henryk.

—Wenzel encontró algo parecido en el foso, el año de la muerte del emperador Rodolfo —comentó Alexandra de pronto.

—¿Quién es Wenzel? —preguntó él, con una expresión que provocó la sonrisa de ella.

—Nadie —contestó.

Él arqueó una ceja. Ella volvió a besarlo y en esta ocasión él le devolvió el beso. Al igual que casi todas las jóvenes de su época, Alexandra había intercambiado los primeros besos con su doncella cuando esta apareció con la novedad de ese acto y había comprendido que, en su caso, no era cuestión que besara a uno de los mozos de cuadra. La solución consistía en que la doncella le enseñara cómo se hacía y luego preguntarse con vaga excitación por qué todo el mundo armaba tanto alboroto al respecto y por qué sus padres a veces tardaban minutos en compartir un único beso por las noches, cuando ambos estaban sentados ante el fuego de la chimenea. Los besos de su doncella habían sido apresurados. El de Henryk era prolongado y profundo. La lengua

de ella adoptó el ritmo de la de él y durante la dulce danza ella sintió que su mundo se desvanecía y sus sensaciones se centraron en dos puntos de su cuerpo: la punta de la lengua y su regazo, que parecía florecer como una rosa que se abriera en pocos instantes. Cuando tuvo que tomar aliento y abrió los ojos se dio cuenta de que él no había cerrado los suyos: era como si hubiera bebido su mirada. Alexandra estaba mareada y a mitad de camino del éxtasis, presintiendo que lo habría alcanzado si el beso se hubiese prolongado. Notó que todo su cuerpo latía y sintió la necesidad de ser tocada en varios lugares a la vez, pero él no parecía dispuesto a hacerlo y dejó que ella se abrasara.

—En el mecanismo que encontró Wenzel —dijo con voz ronca, consciente de que su excitación buscaba una salida— aparecían un hombre y una mujer. Estaban desnudos. El hombre tenía un falo enorme y penetraba a la mujer.

La excitación volvió a adueñarse de ella; jamás le había dicho palabras semejantes a un hombre. ¿Qué pensaría de ella? Confió en que pensara justamente lo que ella sentía: que le pertenecía con cada fibra de su cuerpo, que quería que él la poseyera como el hombre dorado del mecanismo había poseído a su compañera de juegos. Y de repente supo que no quería que ocurriese allí. En el amor que ambos sentían no había nada monstruoso. Su madre aún tardaría dos horas en regresar a casa. Henyk y Alexandra podían ir corriendo a su casa, Alexandra enviaría a la criada al mercado y le diría a la niñera y a sus dos hermanitos que la acompañaran, y ella se entregaría en su alcoba, bajo su techo, en su cama, hasta que el éxtasis acabara con la vida de ambos o los transportara al paraíso en vida.

—Demasiado peligroso —murmuró Henyk, y en ese momento ella se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—No —dijo y volvió a sumirse en un beso—, no. Ya te he dicho que no hay nadie en casa.

—Sí, tu madre no está. Pero ¿y tu padre?

—Mi padre... bésame, Henyk... —dijo, y tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con claridad—. Mi padre salió de viaje esta mañana, con tío Andrej.

—Un viaje apresurado.

—Sí. Ayer vino el cardenal Melchior. Incluso han decidido viajar a caballo y no en carruaje, pese a que mi padre detesta cabalgar.

Le pareció que los besos de él se volvían menos apasionados. No quería hablar de su padre o de otros miembros de la familia mientras pudiera besarlo. Se restregó contra el cuerpo de él y notó que él presionaba el muslo contra su

pubis. Miles de capas de tela debilitaron el roce, pero resultaba más excitante que todos los besos.

—¿Adónde ha ido tu padre?

—A una ciudad del norte de Bohemia. No recuerdo el nombre. ¿Qué pasa, Henyk?

—¿A Braunau?

—Sí... ¿Qué te pasa, Henyk? ¿Qué hay en Braunau?

Él tomó aire antes de volver a besarla, y el beso casi hizo que Alexandra olvidara el tema de la conversación.

—El mayor tesoro del mundo se encuentra en Braunau —declaró él, sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa—. Y tu padre quiere desenterrarlo.

Le estaba tomando el pelo. Su rostro sonriente lo decía todo y ella quiso simular indignación, pero solo soltó una carcajada. En los ojos de Henyk apareció un extraño fulgor; no parecía divertido en absoluto, pero ella procuró olvidarlo cuando él también rio.

—Desentiérralo tú —dijo ella, riendo—. Para mí.

—Como quieras —respondió él. Durante un instante la joven se asustó, porque para aquella parte de sí que seguía siendo la misma que había sido en noviembre del año anterior, su voz sonaba amenazadora—. Partiré a caballo de inmediato.

Cuando volvió a cubrir la trampilla con la alfombra, Alexandra, consternada, se dio cuenta de que no bromeaba, al menos con respecto a eso.

—Pero... creí que...

Él le echó un vistazo por encima del hombro al tiempo que enderezaba la alfombra. Su mirada era salvaje.

—¿Acaso crees que yo no lo deseo? —replicó con aspereza—. ¿En qué crees que pienso por las noches, cuando estoy tendido a solas en la cama? ¿A quién crees que imagino que abrazo cuando me cubro con la manta? Te deseo, Alexandra, quiero sentir tus besos y saborear cada palmo de tu piel, sumirme en ti y revolotear unido a ti como una mariposa a través de la tormenta y después abrasarme al sol. Vaya tu sinceridad por la mía, amada: quiero ser el autómatas del mecanismo que viste, tú te convertirás en mi dorada amante y quiero derramarme en ti.

Henyk se puso de pie y la cogió de los hombros. Ella temblaba tanto de excitación como de desencanto, pues el rostro de su amado revelaba con toda claridad que aquello para lo cual había encontrado palabras tan poéticas como violentas no acontecería, al menos ese día. Henyk jadeaba y sus mejillas ardían. La extraña ambivalencia que se había apoderado de ella durante los

últimos minutos se desvaneció y en esa ocasión las dos partes tan desavenidas de su alma estaban de acuerdo: Henyk debía ejercer todo su autocontrol para no tenderla en el suelo y llevar a cabo la unión en medio de un remolino de polvo, prendas arrancadas y la luz titilante de un candil. Pero si lo hubiese hecho, ella misma se habría entregado a él resollando de deseo.

—Pero no así —prosiguió él—. No aquí, en este mausoleo de planes fracasados y tampoco en la casa de tus padres, a hurtadillas y aguzando los oídos, temerosos de que alguien pudiera regresar inesperadamente. El amor es un menú de muchos platos que no deben ser devorados, que han de ser saboreados hasta el agotamiento, y yo quiero saborearlos contigo, ¡por todos los santos y todos los viejos dioses paganos que sabían más al respecto que cualquier sacerdote!

Ella le devolvió la mirada como si estuviera en trance. De pronto comprendió que si ambos hubiesen sucumbido al amor en la manera que ella había deseado, su relación siempre habría conservado un regusto de vileza y copulación animal. Que él —no ella, ¡él, a quien ella se había ofrecido en cuerpo y alma!— se negara en lugar de aprovechar el ofrecimiento y encima mediante ese argumento tan excitante... La juiciosa y desconfiada Alexandra que ocupaba su corazón se ahogó en un torrente de sensaciones y calló de manera definitiva. Entonces notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Dijiste que tu padre quería conocerme, ¿verdad? Ello ocurrirá, amada mía. Te llevaré conmigo a lo largo del sendero que conduce hasta el máximo placer, pero solo lo haré tras hablar con tu padre y manifestarle la verdad sobre lo que siento por ti.

—Henyk... —musitó ella, absolutamente desconcertada.

Él la hizo callar con un beso. Un beso casi doloroso. Ella presionó los labios contra los suyos y el dolor causado por el beso la embelesó.

—Te acompañaré a casa —dijo él—. No quiero perder tiempo. Partiré y seguiré a tu padre, y cuando regrese él ya no desconfiará de mí y nada se interpondrá entre nosotros.

—Te amo —susurró ella, como ebria—. Te pertenezco.

—Sí —dijo él y la estrechó entre sus brazos—. ¡Sí, por Dios!

Filippo no tenía idea de lo que había ocurrido durante los últimos días, lo único evidente eran las repercusiones, que consistían en grupos de hombres que gritaban, agitaban los puños y maldecían, que se reunían en las callejuelas y alzaban la voz aún más y agitaban los puños con mayor violencia, se separaban y formaban otros grupos que continuaban rugiendo, gritando y agitando los puños como si se tratara de ganar un concurso..., y de no haber sido consciente de hacia dónde se dirigía esa marea, le habría resultado divertido. Los hombres airados, al menos eso dedujo, eran protestantes. A un observador imparcial le habrían parecido esos sapos que en primavera caían en las charcas de Roma, formaban racimos que croaban amargamente y se pudrían en el agua o se precipitaban de los terraplenes de la orilla, y todo ello por salir en busca de... una hembra. En el caso de esos hombres —y ese era el motivo por el cual Filippo no podía reír— buscaban un motivo para desencadenar la violencia y era de suponer que lo encontrarían. Al contrario de los de fe católica, quienes pese a tener algo que hacer en la colina del Hradčany —donde sobre todo acontecían las sanguinarias manifestaciones de entusiasmo religioso—, buscaban un repentino motivo para no hacer acto de presencia en ese lugar.

Si Filippo hubiera sido un habitante de Praga, habría sabido por qué los sentimientos protestantes hervían precisamente en torno al castillo. Por una parte allí se encontraban los representantes del gobierno exclusivamente católico, pero por la otra la colina del castillo se elevaba directamente por encima de Malá Strana y los habitantes de esa zona de Praga todavía no habían olvidado que en el pasado los habían arrojado a los pies de los soldados de Passau para que los devoraran. Si lo hubiese sabido, alguien como Filippo Caffarelli también se habría extrañado de que en el pasado las tropas protestantes de los estamentos no hubiesen estado dispuestas a liberar Malá Strana de la turba de lansquenets merodeadores y se limitaran a proteger a la rica Ciudad Vieja. Pero alguien como Filippo no tendía a brincar

por las callejuelas, agitar los puños y rugir: «¡Que la sarna caiga sobre el Papa!», en vez de reflexionar sobre lo que estaba haciendo.

De momento, reflexionaba si la turba que se había reunido en la callejuela ante el palacio del canciller imperial no le ayudaría a acceder al palacio. En sus intentos anteriores siempre se habían negado a franquearle el paso aduciendo que el canciller imperial se encontraba de viaje en Viena y que su esposa también estaba ausente.

Salió de la sombra del portal de una casa situada más arriba, desde donde había sondeado la situación, y se dirigió al palacio del canciller Lobkowitz como si fuera lo más natural del mundo que una persona fácilmente identificable como un clérigo católico gracias a su desarrapada sotana se acercara con aire despreocupado a una turba protestante. El Filippo Caffarelli de las callejuelas de Praga ya no era el mismo que había partido de Roma, o mejor dicho, durante su largo viaje había salido a la luz una mayor parte del hombre que, en realidad, habitaba en su interior y el polvo del trayecto se había encargado de eliminar al necio en el que lo habían convertido su padre y su hermano mayor.

—¡Mirad a ese!

—¡Es el colmo!

—¡Descarado como un preboste!

—¡Eh, te hablamos a ti! ¡Haz el favor de volverte cuando te dirijan la palabra!

Filippo cerró el puño y aporreó la puerta de entrada del palacio. Después se volvió y contempló la turba que se había acercado, saludó a los hombres inclinando la cabeza y la avanzada de la turba se detuvo.

—Sois un hato de miserables —manifestó Filippo en latín.

No había comprendido todo lo que le gritaban, pero no era necesario ser una luminaria para captar el contenido del mensaje.

Los hombres siguieron gritándole insultos. Filippo alzó la mano —vaciló un momento antes de abusar del gesto sagrado como provocación y entonces se dio cuenta de que era un sacerdote renegado y que ya no había muchos más pecados con los cuales cargar— y bendijo a la turba. La indignación aumentó. Uno se agachó en busca de un proyectil y lo encontró, pero la piedra golpeó contra la pared, lejos de la cabeza de Filippo.

—¡Tampoco tenéis puntería! —gritó Filippo, una vez más en latín y con una expresión como si acabara de decir: «¡Gracias, yo también me encuentro perfectamente!».

La puerta se abrió y Filippo vio un lacayo con el que aún no se había encontrado antes. El hombre estaba pálido y echó un atemorizado vistazo a los alborotadores. Su aparición hizo que estos le lanzaran una serie de invectivas en las que los antepasados del lacayo, al ser comparados con diversos animales, quedaban muy por debajo de estos. Filippo notó que la frente del lacayo se cubría de sudor.

—¡Ese es el nido de serpientes más grande de todo Praga!

—¡El canciller imperial come de la mano del Papa!

—¡No, le lame los pies!

—¡Eh, lacayo! ¿Acaso la choza de tu amo ya pertenece al Vaticano?

—Quisiera ver al canciller imperial Lobkowitz, por favor —dijo Filippo, chapurreando en bohemio.

—Pasad, reverendísimo, pasad —murmuró el hombre, y lo arrastró de la manga a través del portal—. ¡Cuidaos de esos asesinos!

El resto de sus palabras superaron los escasos conocimientos de Filippo del idioma. Animado por el éxito de su pequeña añagaza, durante un momento Filippo lamentó no haber alzado el puño contra la horda antes de trasponer el umbral.

El criado que le abrió la puerta se persignó y dijo:

—Unos como esos asesinaron a todos los monjes benedictinos de Braunau e incendiaron el convento. Y al abad, pobre diablo, lo crucificaron. Descanse en paz —añadió, y volvió a persignarse—. No hace ni cinco horas que hemos regresado y acabamos de recibir tan terribles noticias.

—¿El canciller imperial Lobkowitz ha regresado? —chapurreó Filippo.

—No, no, el señor no. La señora Polyxena... —expuso el hombre, y lo contempló—. Debido a las noticias la señora Polyxena ha enviado un mensaje a Lohelius. Creí que vos erais ese mensajero.

—Lohelius —dijo Filippo, que solo había comprendido ese nombre.

Asintió y se señaló a sí mismo. El rostro del lacayo expresó desconfianza y solo entonces pareció percatarse del lamentable aspecto de Filippo.

—¿Habláis bohemio, reverendísimo?

—Solo un poco.

—Lo siento —dijo el lacayo, y dio un paso hacia la puerta—. Hoy los señores no reciben a nadie —añadió, cogió el picaporte y entonces recordó lo que aguardaba fuera y titubeó. Por fin se apartó de la puerta y contempló a Filippo—. ¿Qué deseáis, reverendísimo?

—Si tuviera sentido decírtelo, hijo mío, no necesitaría hablar con los señores —contestó Filippo en latín, y suspiró.

Entonces, para la más absoluta sorpresa de Filippo, una voz suave y profunda a sus espaldas dijo, también en latín:

—Entonces explícamelo a mí, reverendísimo. Yo te escucharé.

Filippo dio media vuelta. No la había oído bajar las escaleras y al volverse la vio de pie en el último escalón, una belleza envuelta en una túnica blanca de largas mangas que, debido a su color claro, parecían las alas de un ángel. Las mangas rojas del vestido interior, visibles desde el codo, y el pequeño triángulo de tela roja por debajo de la gorguera casi resultaban chocantes. Una cadena de rosas de oro le rodeaba el cuello, y otras rosas estaban bordadas en el corpiño de la túnica, seguían el contorno de su figura hasta la fina cintura y se derramaban hasta el suelo en la parte delantera de la túnica. El adorno destacaba sobre el blanco del atuendo. Llevaba el cabello recogido, únicamente adornado de una rosa roja que en esa época del año, en enero, parecía obra de la magia. Tenía el rostro pálido y los ojos iluminados por un haz de luz. Filippo, que solo había roto el voto de castidad un par de veces en toda su vida, de pronto se imaginó cómo sería si ella se soltara los cabellos y estos lo envolvieran en su perfume, si abriera la túnica y dejara que su cuerpo se desplegara... De pronto la confusión se adueñó de su mente y recordó fragmentos de un soneto que había oído una vez: «Cuando el amor se me aparece envuelto en seda y cuando el hilo, precioso como las joyas, se derrama de sus hombros como el agua a través del prado...». Finalmente, hizo una reverencia.

—*Salve, domina* —saludó.

—¿De dónde vienes, reverendísimo?

Filippo sospechó que ella no quería saber desde qué jergón había llegado hasta allí.

—De Roma.

—¿De Roma... directamente a nuestra casa? —preguntó, sin un asomo de sonrisa.

—No directamente.

—¿Sino?

—Dando rodeos.

—¿Es que todas tus respuestas se limitan a dos palabras?

—No, señora.

Ella esbozó una sonrisa.

—Si quieres esperar hasta que la turba de allí fuera se disperse, sé bienvenido.

—La turba le resulta completamente indiferente a alguien que busca algo.

—¿Que busca algo? ¿Qué buscas?

Filippo sabía que en ese caso la verdad era lo más poderoso.

—La fe —dijo.

—¿Y esperas encontrarla aquí?

—Aquí espero encontrar una respuesta.

—¿Una respuesta que solo consiste en dos palabras?

—Tal vez —respondió Filippo—. ¿Qué os parece *Codex Gigas*?

Ella calló durante tanto tiempo que Filippo creyó que se había equivocado, pero entonces se percató de que el ambiente de pronto había cambiado, porque la alta y esbelta figura parecía irradiar una frialdad que antes estaba ausente. Consternado, Filippo comprendió que la frialdad estaba dirigida contra él.

—Sígueme —ordenó ella, y subió las escaleras en silencio.

El abad Wolfgang Selender avanzó, tropezando. Sospechó que su parálisis disminuiría si empezara a aceptar la situación, pero era imposible. Admitir que él y sus monjes se habían vistos obligados a huir —a huir, no a emprender una retirada ordenada o a un parcial desalojo del convento— era demasiado. Era como si sufriera una pesadilla y el hecho de que apenas pudiera mover las piernas, de tener los pies helados y de que las ráfagas gélidas convirtieran el cántico de los monjes en un fantasmagórico lamento aumentaba la sensación de estar perdido. De vez en cuando una idea clara aparecía en medio del torbellino en su cabeza, un reproche que insistía en que no se comportaba como un pastor de su rebaño y entonces se sentía un tanto avergonzado y recordaba la imagen del abad Wolfgang orando en su celda sin saber qué hacer mientras el cillerero y el portero (¡precisamente él!) organizaban la huida casi con sangre fría. Recordó que lo cogieron del brazo y lo condujeron fuera de la celda, y entonces se le apareció la última imagen del recinto en el que durante tanto tiempo se había centrado en su trabajo: el único «*Vade retro, Satanas!*» que no había borrado y a un lado (Wolfgang sabía que había sido grabado con las uñas en el revoque porque él mismo lo había hecho) aparecía una nueva invocación: *Eli, eli, lama sabachthani?*

Había despreciado al abad Martin, su predecesor, por no haberse resistido a la locura, pero ¿acaso «*Vade retro, Satanas!*» no eran palabras más enérgicas que el desesperado lamento que él mismo había grabado en la pared con las uñas?: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Formaban una hilera de figuras que procuraban evitar que el viento las derribara y que se tambaleaban bajo el peso con el que cargaban a hombros. Lograron salvar gran parte del tesoro del convento: custodias, cálices de oro, joyas, monedas... pero excepto uno, todos los libros habían quedado en el convento, y el único libro se encontraba en un arcón colgado del arnés de dos mulas.

Habían logrado abandonar el convento a través de la salida situada por debajo del puente que conducía desde el huerto hasta la Puerta del Molino. El profundo foso atravesado por el puente se extendía desde la parte inferior de la ciudad hasta la rocosa altiplanicie en la que se elevaba la parte alta de la ciudad. El extremo superior del puente resultaba fácilmente defendible por un par de siervos del convento. Entre tanto, los monjes se deslizaron dentro del foso, pasaron junto a la casa de baños y la cárcel, y se dirigieron inmediatamente al norte. Después de una hora de apresurada marcha aún no había aparecido ningún perseguidor e incluso los siervos del convento lograron unirse a ellos sanos y salvos. Al parecer, la huida había resultado exitosa. ¿Acaso Dios aún protegía al abad y su rebaño? Lo ocurrido con el convento que ahora estaba expuesto a la irrupción de los rebeldes era otra historia. Durante muchas horas Wolfgang temió que de pronto vería el reflejo rojizo de los edificios en llamas resplandeciendo en el nevado paisaje; hubiera proporcionado el color idóneo a esa pesadilla. Pero el cielo estaba oscuro y la nieve adoptó un tono azulado en medio del lento ocaso. Los remolinos de nieve —cuya superficie derretía el viento y que a sotavento volvían a congelarse— parecían fauces abiertas lanzando mordiscos a los pies de los viajeros. La esperanza de que, pese a todo, Dios seguía estando de su parte, se volvía más débil con cada hora que pasaba. En el pecho del abad Wolfgang, donde antes había estado la certeza acerca del poder divino se abría un agujero.

A la hora nona llegaron a Heinzendorf. Las casas se extendían a lo largo del río Steine como si no pertenecieran a la misma aldea, agazapadas en el estrecho valle entre colinas, riscos y el monte Kahler. El primer día de la huida acabó allí. Los monjes no podían seguir avanzando y, pese a su aturdimiento, incluso Wolfgang había reparado en que ya no sentía los dedos de los pies y que debía entrar en calor si no quería congelarse. Hallaron acogida en la cabaña de unos arrendatarios, cuyos intimidados habitantes se apiñaron en un rincón. Después de un buen rato parecieron comprender que los monjes eran los representantes de la Iglesia católica y que el deber de las gentes sencillas consistía en hacer los sacrificios necesarios y aún más, dado que la Iglesia también era la terrateniente. Les ofrecieron carne ahumada y pan, alguien explicó al dueño de la casa quién era el abad y el arrendatario prácticamente se arrastró hasta Wolfgang de rodillas e insistió en que aceptara una jarra de cerveza de la que primero eliminó una gruesa capa de espuma. Aquel brebaje era tan decepcionante como el resultado de los infructuosos intentos del abad de elaborar cerveza en la isla de Iona, pero sirvió para que

comprendiera que eso era la realidad: ninguna pesadilla era capaz de generar un sabor tan asqueroso como ese.

Dos siervos del convento fueron enviados en busca del párroco de Ruppertsdorf, responsable de los habitantes de Heinzendorf. Wolfgang se sintió aliviado cuando el hombre llegó y, al conocer el desarrollo de los acontecimientos, tuvo que tomar asiento. Su sincera sorpresa indicó al abad que la rebelión se limitaba a Braunau y que no se había iniciado una caza de todos los católicos en los alrededores de la ciudad. Pero tal era la situación de ese momento, al día siguiente las cosas podían haber cambiado. Poco a poco, Wolfgang recuperó el contacto con la realidad y se dio cuenta de que era probable que los protestantes de Braunau lo persiguieran a él y a su rebaño en cuanto hubieran saciado su sed de venganza con las piedras del convento. Al tiempo que los monjes consejeros se acercaban cautelosamente a las llamas del hogar ante el que Wolfgang ocupaba la única silla de la casa, les indicó que se aproximaran y también al párroco de Ruppertsdorf.

—No podemos quedarnos aquí —dijo, y se asustó al reparar en la debilidad de su propia voz—. Hemos de contar con que intentarán darnos caza.

—¡Santa María, Madre de Dios, esto es el fin del mundo! —exclamó el párroco, gimiendo.

—Ya ha oscurecido, reverendo padre. Hoy no podemos seguir viaje —dijo el cillerero.

—No, pero eso no tiene importancia. De momento estamos a salvo aquí. En caso de que comience la caza, será mañana.

—¿Y después?

—Llevamos un día de ventaja —señaló el portero, en quien la gravedad de la situación parecía haber despertado nuevas facetas.

—Medio día, teniendo en cuenta la velocidad con la que cabalgan los jinetes. Si quieren atraparnos no nos perseguirán a pie.

—¡Santa María, Madre de Dios!

Preso de la irritación, el abad Wolfgang se dirigió al párroco de Ruppertsdorf.

—El barón Hertwig, ¿aún es el señor de Starkstadt?

El párroco asintió.

—Es viejo, pero aún se conserva —tartamudeó.

—La estirpe de los Žehušický siempre fue leal al catolicismo —susurró el cillerero.

Wolfgang asintió.

—Y Starkstadt está amurallada e incluso posee su propia jurisdicción. Allí no deben nada al convento de Braunau, pero tampoco existe una competencia. El barón Hertwig nos concederá alojamiento y junto con él podremos planear cómo regresar a Braunau.

—El cardenal nos ayudará —dijo el portero—. Esta mañana, antes de abandonar el convento, enviamos una paloma mensajera. Aún había algunas en el palomar y...

—¿El cardenal Khlesl? —preguntó Wolfgang.

Los otros monjes intercambiaron miradas. Al principio lo único que Wolfgang experimentó fue un inmenso desconcierto. ¿Habían cifrado sus esperanzas en el cardenal, aunque sabían que entre ellos dos reinaba la enemistad? Deslizó la mirada de uno a otro y los monjes bajaron la cabeza. Los únicos que no bajaron la vista fueron el párroco y el dueño de la casa. No resultaba sorprendente: ellos ignoraban de qué se trataba. El rostro del dueño de la casa manifestaba la fe ciega en que Dios nuestro Señor lo arreglaría todo, y más teniendo en cuenta que su casa se había visto bendecida por la visita de los monjes y por tanto se encontraba bajo la protección divina. Y su fe tampoco se había visto afectada por el hecho de que todos conocieran las historias de los ataques a los conventos, sin importar que los atacantes fuesen turcos, un ejército cristiano enemigo o una panda de ladrones. En su caso, Dios nuestro Señor no había arreglado nada. Y Dios nuestro Señor también había permitido que la ponzoña de la fe protestante inundara el país. ¿Cómo podían seguir teniendo fe? El abad no lo sabía, solo pensaba que incluso conservarían la fe cuando una turba protestante irrumpiera en su aldea y la devastara. ¿A qué se debía que la mantuvieran? Notó el agujero en su pecho, que se había abierto allí donde hasta entonces había residido la fuerza de su propia fe. El hombre no era nada si carecía de dicha fuerza que Dios le concedía y que le había retirado a él, Wolfgang. Entonces se dio cuenta de que había olvidado ocultar sus propias dudas. Los monjes empezaban a perder la confianza en él. Wolfgang siempre había dado lo mejor de sí mismo, allí y en todas partes. ¿Por qué allí no había sido suficiente? ¡Ojalá no existiera el cardenal y el diabólico libro que le resultaba tan importante! Había ensuciado a Wolfgang, quizás había ensuciado todo el país pues, ¿quién sino el diablo podía sacar provecho de la herejía y el hundimiento de la fe? Dios se había apartado de los seres humanos y de su país, y sobre todo del abad Wolfgang, el pastor fracasado.

—¿El cardenal Khlesl? —repitió el abad, alzando la voz.

El cillerero le apoyó la mano en el hombro, pero Wolfgang se la quitó de encima.

—Estabas sumido en la oración, reverendo padre —declaró el cillerero en tono diplomático—. No pudimos pedirte consejo. Si no hubiésemos enviado la paloma, el mundo exterior no se habría enterado de nuestro destino.

—¿No podríamos dejar el tesoro del convento aquí, al menos de momento? —preguntó el portero—. Sin esa carga avanzaríamos con mayor rapidez. Y nuestro hermano podría albergarlo en la iglesia de Ruppertsdorf...

—¡No puedo aceptar semejante responsabilidad, Madre de Dios!

—¡Entonces deja de abusar del nombre de la Reina de los Cielos! —gritó el abad, sobresaltando al párroco—. Ni hablar. Lo que hemos salvado supone el corazón de nuestra comunidad. No lo abandonaremos.

El cillerero acercó los labios al oído de Wolfgang.

—¿Y el libro? —musitó—. Es la peor carga de todas...

Wolfgang guardó silencio. Si por él fuera, habría arrojado el códice a las llamas, allí y en ese preciso instante. Durante un momento la idea le resultó casi irresistible. A lo mejor era justamente eso lo que sus monjes esperaban: una decisión que modificara todo el desarrollo de los acontecimientos. Pero entonces lo invadió el orgullo. Lo habían hecho responsable del códice y pensaba cumplir con esa responsabilidad, por más intenso que fuera el odio que le inspiraba el cardenal Khlesl y todo lo relacionado con ello. Clavó la mirada en el arcón que, aparentemente inofensivo, se encontraba en un rincón de la choza del arrendatario y meneó la cabeza.

El segundo día el abad comprendió la gravedad de la situación, de manera violenta y decisiva. Para ahorrar tiempo siguieron el estrecho camino hacia Starkstadt que pasaba por encima de la cumbre situada entre Friedstock y Kirchberg, dos laderas de colinas que para quien viajara en verano apenas hubiese considerado una elevación, pero que en invierno y para un grupo de monjes que cargaban un gran peso suponían un enorme esfuerzo. El camino más largo que pasaba por Adersbach hubiese resultado menos dificultoso, pero no solo habría consumido más tiempo, sino que también los habría conducido a través de las ciudades de las rocas, y Wolfgang no quería exponer a la comunidad a los peligros de ese tenebroso camino por entre los gigantes de piedra. Además, como mucho les hubiese permitido alcanzar los dominios de Wekelsdorf, que solo suponía un mercado para los habitantes de los alrededores, consistente en un par de graneros y el castillo de madera de una familia de herreros cuyo señor visitaba como mucho una vez al año. El

único lugar que les ofrecía seguridad era Starkstadt, fielmente católica y bien defendida.

La nieve arrastrada por el viento los cegaba y les impedía avanzar con rapidez, y durante el descenso a lo largo de la ladera tuvieron que detenerse varias veces y enviar a los siervos del convento a explorar el resto del camino. Nubes de un azul grisáceo cubrían el cielo, el paisaje cambiaba del gris de los bosques de pinos al color hueso de la tierra arcillosa barrida por el viento que desaparecía bajo el manto blanco de la nieve. Era como si los monjes, obligados por la impertinencia de los protestantes de Braunau, se vieran obligados a recorrer la Vía Dolorosa. Jesucristo había cargado a hombros con los pecados del mundo; los monjes y su abad cargaban con el Mal para que este no invadiera el mundo, y el mundo se lo agradecía tan escasamente como agradeció su sacrificio al Redentor. Wolfgang se volvió; la deshilachada fila de monjes parecía avanzar en medio de la nada, como si no hubiera una meta que pudieran alcanzar, como si solo existiera la migración eterna que habían emprendido. De pronto el paisaje nevado se asemejó a la blanca encuadernación de cuero de la Biblia del Diablo y el abad tuvo que parpadear ante la idea de que solo eran minúsculos insectos que se arrastraban por encima del gigantesco libro, sin sospechar que su camino no les permitiría escapar del Mal. La desesperación que lo invadió lo dejó sin aliento. «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

Cuando la hora sexta quedó atrás resultó evidente que, pese a todos sus esfuerzos, aquel día no alcanzarían su meta.

—¡Hemos de detenernos en Wekelsdorf! —gritó el cillerero.

El abad Wolfgang lo contempló entornando los ojos. La amargura le invadió la boca como un regusto indeseable y, mudo, se apartó para acercarse a las mulas entre las cuales colgaba el arcón. Se plantó ante este.

—¿Qué quieres? —susurró—. ¿Eres tú quien no nos deja descansar? ¿Nos obligas a recorrer la tierra como si ya fuéramos espíritus? ¿Sientes que te has desprendido de tus ataduras y quieres impedir que vuelvan a sujetarte?

Miró en derredor. Los monjes se apiñaron y las miradas de docenas de ojos lo contemplaron fijamente. El cillerero lo había seguido y permanecía de pie entre el abad y su rebaño. Poco a poco, el abad Wolfgang fue consciente de que no había susurrado. Le dolía la garganta. Entonces volvió a dirigirse al arcón.

—¿Qué quieres? —chilló, presa de una ira incontrolable. Si hubiera dispuesto de un hacha la habría golpeado contra el arcón—. ¿Has emponzoñado el corazón de todos, allí, en el fondo de tu arcón? ¿Has

impulsado a esos condenados de Braunau a la rebelión, nos has obligado a disolver nuestra propia comunidad? ¿QUÉ QUIERES?

—Reverendo padre... —empezó a decir el cillerero. Quiso apoyar una mano en el hombro del abad, pero luego desistió.

El abad se volvió y se alejó para situarse de nuevo a la cabeza de su miserable cortejo, aún hirviendo de ira. Tuvo que hacer varios intentos, pero por fin logró hacerse oír por encima del silbido del viento y empezó a cantar. No recordaba que ya había entonado ese salmo en una situación tan desesperada como esa: *Sed et si ambulavero in valle mortis timebo malum quoniam tu mecum es virga tua et baculus tuus ipsa consolabuntur me!* En aquel entonces había rugido las palabras; en ese momento el viento se las arrancaba de los labios y las desparramaba sobre la tierra agrietada y, en caso de que sus monjes también entonaran la canción, él no pudo oír sus voces. Marchaba en cabeza, un hombre que todavía quería creer que mediante los salmos también podía recuperar el poder divino y que al mismo tiempo luchaba contra el conocimiento de que ya había perdido todo lo que alguna vez fue importante.

Por la mañana del tercer día vieron las columnas de humo que se elevaban de las chimeneas de Starkstadt. Wolfgang oyó que el cillerero exclamaba: «¡Dios sea loado!» y los débiles gritos de júbilo de los monjes. Tras abandonar Heinzendorf el abad siempre había permanecido al mando del grupo y entonces se volvió hacia los monjes.

Y en ese preciso instante vislumbró los jinetes que aparecieron detrás de ellos en el camino y galopaban a su encuentro acompañados por el golpe atronador de los cascos.

Cuando Cyprian vio que los monjes se apiñaban y que de repente uno de ellos abandonaba el grupo, corría camino abajo hacia el prado agitando los brazos, caía en medio de la nieve y trataba de alejarse a rastras presa del pánico, comprendió que para los benedictinos ellos debían de presentar el aspecto de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Indicó a los hombres que se detuvieran y avanzó al trote hacia los monjes, solo acompañado por Andrej. Vio el arcón suspendido entre las mulas y sintió cierto alivio... y por primera vez desde su apresurada partida de Praga, también recuperó la sensación de su propio cuerpo. En los últimos días apenas habían dormido y primero se habían dirigido a Braunau para controlar que todo estuviese en orden; el hecho de que el día anterior no se hubieran topado con el grupo del abad Wolfgang lo sorprendió. Ignoraba que el desencuentro se debía al atajo que habían tomado los monjes a través de Friedstock y Kirchberg.

—No querrá oír que el convento ha sido totalmente saqueado —advirtió Andrej.

Cyprian meneó la cabeza. El abad tampoco quería oír que dos protestantes habían muerto cuando desde una casa dispararon con un mosquete contra la turba que había destrozado el convento, ni que después sacaron a rastras al joven tirador de su casa y lo colgaron ante los ojos de su familia.

—Estoy demasiado viejo para estas cosas —gruñó y observó que, en vista de que sus hermanos no eran masacrados, el huido se ponía en pie, avergonzado, y regresaba junto a los demás.

El abad se había colocado delante de su comunidad. El viento le había arrancado la capucha de la cabeza y Cyprian lo contempló entornando los ojos. Si alguna vez había visto a alguien carcomido por sus sentimientos, ese era el abad Wolfgang Selender. Lo habían llevado a Braunau para que custodiara la Biblia del Diablo, se enfrentara al protestantismo en auge y convirtiera el convento en un baluarte de la fe cristiana en una comarca caída

en la herejía. Había fracasado en todo, y el hecho de que no fuera culpable de ello no mejoraba el asunto. Cyprian consideró que podía comprenderlo, y también su rabia.

Empujó hacia atrás la capucha forrada de piel de su manto, recordó que hacía veinte años había cabalgado hasta allí desde Praga en mangas de camisa sin morir de frío y saludó al abad con una inclinación de la cabeza.

Al reconocer a Cyprian el abad frunció el ceño.

—Marchaos —graznó.

Andrej se inclinó hacia Cyprian.

—Debe de referirse a ti. A mí todos me dan la bienvenida en todas partes.

—Dirigirse a Starkstadt carece de sentido —dijo Cyprian.

—¿Y eso que os importa, a vos y a vuestro compinche?

—¿Lo ves? —comentó Cyprian—. Tú tampoco le caes bien.

Andrej se encogió de hombros.

—Eso me pasa por viajar en malas compañías.

Cyprian le arrojó las riendas a Andrej y desmontó. Le dolía todo el cuerpo y, cuando sus pies tocaron el suelo, solo el hecho de tener las piernas tan entumecidas impidió que cedieran sus rodillas. Se acercó al abad y a los monjes como si tuviera las botas llenas de astillas de vidrio.

—¿Sabéis por qué el barón Hertwig aún conserva el poder, aunque ya no le queda ni un solo diente y la gota le ha hinchado las rodillas hasta que estas parecen cabezas?

El abad Wolfgang le dirigió una mirada llena de amargura y todos los monjes dieron un paso atrás.

—Starkstadt es una ciudad, pero el número de sus habitantes no supera a los protestantes capaces de portar armas que Braunau es capaz de reunir. Si una delegación de Braunau se lo exige, el barón Hertwig os entregará a vos y a los vuestros en el acto.

—¿Ya han iniciado la caza sobre nosotros?

Quizá lo mejor era dirigir la ira del abad sobre un objetivo distinto.

—Todavía no —dijo Cyprian—. Hasta ayer por la noche aún se dedicaban a hacer trizas vuestro inventario.

El grupo de monjes soltó gritos de espanto y varios hermanos se persignaron.

—¿Habéis acudido aquí para regodearos de mi situación? —preguntó el abad con amargura—. ¿Os envía el cardenal?

Cyprian se volvió. Andrej se había situado a su lado; a él no se le notaba el esfuerzo que había supuesto la cabalgada.

—Alegraos, reverendo padre —dijo Andrej con un suspiro—, de que no os oigáis hablar, porque las tonterías que oiríais os espantarían.

Una breve sonrisa se deslizó por el rostro de un monje gordo que estaba de pie cerca del abad, pero se apagó en el acto. Furibundo, Wolfgang cerró los ojos y respiró entrecortadamente.

—¿Está vacío el arcón? —preguntó Cyprian.

—Eso es lo único que os importa —murmuró el abad sin abrir los ojos—. Vosotros me trasladasteis aquí para proteger la fe, pero lo único que os interesa es el arcón. El códice. El legado del diablo os resulta más importante que la fe en Dios. Estáis tan condenados como los herejes de Braunau.

—¿Está vacío?

El abad abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Por supuesto que no.

Cyprian volvió la vista hacia Andrej y este asintió con expresión sombría.

—Las mulas están demasiado tranquilas —dijo.

—Dadme la llave —dijo Cyprian, tendiendo la mano.

—¡Idos al infierno!

—Todos iremos allí. Dadme la llave.

El abad negó con la cabeza. Cyprian inspiró hondo.

—Bien —dijo—. Actuaremos como hombres adultos. Apartémonos un poco... y entonces vos me escucharéis unos momentos y olvidaréis que queréis echarle la culpa a mi tío de todo lo que ha salido mal en vuestra vida en los últimos años —añadió, y percibió la mirada de soslayo que le lanzaba Andrej—. Por favor —terminó.

El monje gordo se acercó a su superior y se dispuso a susurrarle unas palabras al oído, pero el abad se lo quitó de encima. Cyprian lo contempló.

—¿Qué puesto ocupáis?

—Soy el hermano cillerero.

—¿Sabéis lo que alberga ese arcón?

—Todos los hermanos consejeros lo saben —asintió el cillerero, y se persignó.

—Ahora hablaremos con vuestro cillerero, reverendo padre —dijo Cyprian—. Seré muy sincero: me resulta completamente indiferente que participéis, o no. Y también me resulta completamente indiferente que después me vea obligado a arrastraros por la nieve para arrebatáros la llave. Preferiría arreglar este asunto como si fuésemos hombres sensatos, pero mi amigo y yo no hemos cabalgado hasta aquí en compañía de la mitad de la

guardia de corps del cardenal Khlesl como perseguidos por las Furias solo para que vos nos pongáis cortapisas.

—Cyprian...

—¡Que el diablo os lleve a vos, a vuestro tío y a todos vuestros amigos!

—Y yo digo que el Señor nos proteja a todos y también a los vuestros. ¿Estamos en paz?

El abad indicó a dos monjes que se aproximaran. Cyprian recordaba a uno de ellos; lo había visto durante su última visita a Braunau: era el nervioso portero. Pero ya no parecía nervioso; el otro resultó ser el maestro de novicios. Todos se apartaron unos pasos.

—El cardenal Khlesl y Andrej von Langenfels... —dijo Cyprian y Andrej hizo una leve inclinación de la cabeza—... tienen la siguiente teoría: que durante los disturbios tras la muerte del emperador Rodolfo la Biblia del Diablo fue robada.

—Pero si vos visteis... —dijo el abad.

—Aguardad. ¿Sabéis que existen dos ejemplares del código: el original, procedente del convento de Podlaschitz y la copia que hizo confeccionar el emperador Federico II von Hohenstaufen? ¿Y que hace casi veinticinco años, cuando se hizo cargo del código conservado en el convento de Braunau, en realidad el emperador Rodolfo solo recibió la copia? ¿La reproducción que no tiene la clave del código en que está redactada la Biblia del Diablo?

El abad Wolfgang asintió en silencio. Los otros tres monjes se quedaron boquiabiertos. Al parecer, el reverendo padre no los había puesto al corriente de los detalles, pero fueron lo bastante prudentes como para escuchar en silencio. Cyprian percibió las miradas de los monjes comunes en la espalda y su temerosa curiosidad era como dedos que le recorrían el espinazo. Entonces habló en voz todavía más baja.

—Inmediatamente después de la muerte de Rodolfo, mi tío se encargó de que retiraran el ejemplar del emperador del gabinete de curiosidades. Era evidente que Matías de Habsburgo heredaría la corona imperial de su hermano y todos estaban al corriente del rechazo que la cámara de maravillas inspiraba en Matías. El peligro de que alguien se hiciera con la Biblia del Diablo y se diera cuenta de que no era el original era demasiado grande... ya que entonces la cacería por hacerse con el código volvería a empezar.

—Los custodios pagaron el original con sus vidas —dijo el abad Wolfgang.

—El cardenal Khlesl recibió la ayuda del canciller imperial Zdeněk von Lobkowitz y de Jan Lohelius, Maestro de la Orden y actualmente arzobispo

de Praga. Se encargó de ocultar muy bien la copia de la Biblia del Diablo.

—Cuando a finales del año pasado regresamos a Praga tras visitaros nos dirigimos al escondite —prosiguió Andrej—. El arcón estaba allí, pero no contenía la copia del códice. Creemos que os engañaron con el supuesto robo fracasado, reverendo padre. Intercambiaron ambos libros. Quien quitó la copia del gabinete de curiosidades de Praga la transportó a Braunau y fingió que su intento de robar el original había fracasado. Pero en realidad, desde ese día vos protegéis la copia de la Biblia del Diablo.

—Alguien puede haber encontrado el escondite de Praga del cardenal Khlesl y haberse apoderado de la copia —objetó el cillerero.

Cyprian se encogió de hombros.

—El arcón y los candados estaban intactos. Y lo que encontramos en el arcón demuestra que la copia fue robada el día que el cardenal la hizo retirar del gabinete de curiosidades.

—¿Qué dicen el canciller imperial y el arzobispo?

—El canciller imperial Lobkowicz está en Viena. El arzobispo Lohelius solo recuerda que el canciller encargó la misión a hombres de su confianza. Mi tío le cree.

—¡Vuestra teoría es un disparate! —siseó el abad, señalando el arcón—. La Biblia del Diablo está ahí dentro, a buen recaudo. ¡Vos solo queréis acusarnos a mí y a mi comunidad de haber fracasado en la debida vigilancia de esa cosa!

—¿Conocéis la historia de las mulas que, durante el transporte de la Biblia del Diablo de Podlaschitz a Braunau, casi se volvieron locas debido al terror que les causaba el contenido del arcón? —preguntó Cyprian, e indicó las mulas que permanecían absolutamente tranquilas y con las orejas colgando en medio del viento helado—. La auténtica Biblia del Diablo es el foco del Mal y los animales lo perciben. Si el original estuviese aquí, lo notarían. Ese arcón contiene la inofensiva copia encargada por el emperador Federico II.

—¿Y vos os creéis capaz de establecer la diferencia?

—No necesito establecerla. Si las mulas no se vuelven locas, o bien el arcón está vacío o bien alberga la copia. Así que dadme la llave para que pueda comprobarlo.

El abad negó con la cabeza.

—Dada toda esa ira que os embarga —dijo Andrej de pronto—, ¿no deberíais oír el eco de la Biblia del Diablo en vuestra alma? Todos quienes se entregan al odio lo perciben. ¿Lo percibís vos?

—No me he entregado al odio —susurró el abad con voz ahogada.

Cyprian notó que los tres hermanos consejeros lanzaban miradas pensativas a su abad.

—Sé de lo que estoy hablando —dijo Andrej.

—Estos hombres quieren ayudarnos, reverendo padre —intervino el cillerero.

—Si quisieran robar la Biblia del Diablo bastaba con que nos mataran a todos —señaló el portero.

El abad Wolfgang se volvió bruscamente.

—¡Sé que no quieren robarla! —exclamó—. ¡No digas tonterías!

El portero extendió los brazos.

—Entonces, ¿por qué no permitir que le eche un vistazo, reverendo padre?

El abad clavó la vista en sus tres suplentes. Ellos no bajaron la mirada.

—Sois unos pecadores —murmuró por fin en tono casi inaudible—. Infringís la quinta regla de san Benito.

El cillerero dirigió una mirada a Cyprian y este comprendió. Él y Andrej se alejaron unos pasos para no escuchar la conversación. Los cuatro monjes hablaron en voz baja, el abad visiblemente molesto. Cyprian sabía lo que discutirían. La regla de san Benito decía que en todos los asuntos importantes el abad debía contar con el consejo de los hermanos, aun cuando fuese él quien tomara la decisión. Los hermanos no tenían permiso de aferrarse obstinadamente a su punto de vista, pero por otra parte era su deber manifestar su opinión de manera directa. Si existiera un desacuerdo, este en ningún caso debía traspasar los muros del convento. Y eso era lo que estaba ocurriendo: al excluir a Cyprian y a Andrej, la disputa quedaba entre ellos. Cyprian pegó un puntapié a un montón de nieve y maldijo a los monjes y a su adhesión a las reglas en una situación como esa.

—Llevamos al menos un día de ventaja —comentó Andrej, que, como siempre, había adivinado los pensamientos de su amigo—. Si a quienes dispusieron el intercambio les preocupa que su acto pueda salir a la luz ahora que los monjes huyen y si han emprendido camino hacia aquí, no llegarán antes de mañana.

—Solo estaré tranquilo cuando esa condenada cosa llegue a su escondite en la vieja ruina. Y hasta Praga hay un largo trecho.

—Contamos con el refuerzo de los soldados.

—¿Acaso crees que los otros acudirán solos?

—¿Quiénes son los otros, Cyprian?

—Si tú lo sabes, dímelo.

Ambos se contemplaron con expresión disgustada.

Los monjes pusieron fin a su conversación. El abad Wolfgang mantenía la cabeza gacha, al tiempo que los otros tres monjes lo contemplaban con expresión compasiva. Cuando el cillerero echó a andar, el abad se volvió bruscamente, se acercó a Cyprian y Andrej y les tendió la llave en silencio. El primero la recibió también en silencio, se dirigió al arcón, abrió el candado y levantó la tapa. Clavó la vista en el interior y al cabo de un momento volvió a cerrar la tapa, envolvió el arcón con las cadenas, cerró el candado y devolvió la llave al abad. Percibió la mirada de Andrej e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—No podía ser de otra manera, ¿verdad? —dijo Andrej, suspirando.

—Os acompañaremos a vos y a vuestra comunidad hasta Praga —dijo Cyprian—. Solo logro imaginar un único lugar seguro, y ese es bajo la protección del cardenal Khlesl.

Con gran cautela Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz se arrastró fuera de su escondite tras los troncos de árboles cubiertos de nieve y se retiró a las profundidades del bosque que bordeaba la colina. Echó un último vistazo por encima del hombro al grupo de figuras como de juguete que permanecían de pie junto al camino y vio que una de ellas volvía a cerrar la tapa de un arcón como de juguete. Incluso desde una distancia mucho mayor habría reconocido que la figura de juguete era Cyprian Khlesl. El bosque impedía una mirada más amplia. Tras dar unos pasos más, Heinrich se encontró en medio de las docenas de hombres fuertemente armados que lo habían acompañado. Tenía el trasero dolorido tras la cabalgada, pero el dolor era casi imperceptible frente a la excitación que sentía. Era casi más intensa que la experimentada en la cámara de maravillas del emperador Rodolfo, cuando le habló a Alexandra del encuentro que planeaba mantener con su padre. Había pronunciado cada palabra con amarga seriedad: que manifestaría a Cyprian Khlesl sus verdaderos sentimientos con respecto a ella y que tras dicho encuentro nada se interpondría entre él y Alexandra. Ella no había reparado en la ambigüedad de sus palabras.

—Khlesl lo ha descubierto —dijo—. ¿Todos tenéis claro lo que ha de ocurrir?

Los hombres asintieron.

—Khlesl es mío —advirtió Heinrich—. Cuando me mee en su cadáver quiero que una bala de mi pistola esté clavada en su corazón.

Los hombres volvieron a asentir.

—Cuando alcancen la parte estrecha del río acabaremos con ellos.

Los hombres asintieron por tercera vez. Heinrich montó a caballo y cabalgaron a través del bosque casi sin hacer ruido, como invisibles y mortíferos acompañantes del fatigado cortejo de monjes que, más abajo en el camino, también se ponía en marcha. Si los monjes creían que habían escapado de la perdición, pronto comprenderían su engaño. Puede que

Cyprian Khlesl y su gente se les aparecieran como un ángel de la guarda, pero el ángel de la guarda cabalgaba hacia su propia muerte y se llevaría a unos cuantos más por delante.

—¿Cómo evalúas la situación? —preguntó Andrej.

Cyprian indicó hacia delante. El paso entre las colinas se volvía más estrecho; a la derecha fluía un riachuelo, el Mattau, que en verano solo era un arroyo serpenteando entre los prados y que en ese momento, debido al deshielo, se convertía en un torrente que no dejaba de desbordarse generando zonas pantanosas de nieve medio derretida en torno a las que debían trazar una amplia curva.

—Una vez que hayamos dejado atrás este lugar solo queda un breve trecho hasta Starkstadt.

—Entonces al menos estaremos a salvo, de momento.

Cyprian asintió y Andrej hizo chasquear las riendas.

—Me adelantaré y exploraré el terreno —dijo.

Cuando pasó junto a uno de los soldados montados de Melchior Khlesl le golpeó el hombro y el hombre lo siguió mientras que Andrej se alejaba al galope. Cyprian se mantuvo a un lado de las mulas y su carga, cavilando. Nunca había percibido el zumbido de la Biblia del Diablo y en ese momento, cuando se encontraba junto a su inofensiva copia, aún menos. En cambio lo atenazaba un temor angustioso de fracasar y ser incapaz de llevar a cabo esa misión; ello lo sorprendió, pues no era dado a dudar de sí mismo, y sus propios sentimientos lo intranquilizaron. Ni siquiera en el pasado, encerrado en la cárcel de Viena y sin poder impedir que los padres de Agnes se la llevaran a Praga, se había sentido tan desvalido... y tan convencido de que estaba cometiendo un error. De pronto un gran arrepentimiento se apoderó de él por haberse despedido de su familia de manera tan apresurada en Praga; era una sensación muy dolorosa. Como si temiera no volver a verlos jamás.

—¿Queréis hablarme de ello? —preguntó una voz a su lado.

Sorprendido, Cyprian contempló al cillerero del convento que caminaba a su lado sobre la nieve y apartó el caballo para que el benedictino pudiera esquivar las partes profundas al borde del camino. El monje señaló el arcón.

—Me refiero a la Biblia del Diablo. Sois Cyprian Khlesl y vuestro amigo es Andrej von Langenfels. Circulan un montón de historias sobre vosotros.

—Todas exageradas, seguramente —respondió Cyprian, que intentaba bastante infructuosamente concentrarse en las palabras del benedictino—. Andrej y yo somos simples piezas en una partida entre el diablo y Dios.

—¿Como Job? —preguntó el cillerero.

Un escalofrío recorrió la espalda de Cyprian. Como Job... Dios se lo había arrebatado todo a ese hombre que, sin embargo, nunca perdió la fe. El comentario del cillerero parecía tan cargado de presentimientos que tuvo que apretar los dientes. Había vivido en paz con los suyos durante tanto tiempo... ¿Acaso había llegado la hora de pagar por ello? Alguien se había apoderado de la auténtica Biblia del Diablo y que hasta ese momento no hubiese ocurrido una catástrofe no significaba que no pudiera ocurrir al día siguiente. ¿O quizás el odio entre católicos y protestantes, que amenazaba cada vez más en convertirse en un incendio devastador, ya era la señal que la anunciaba? El diablo disponía de tiempo más que suficiente para trabajar con lentitud. Para él, los seis años transcurridos tras la muerte del emperador Rodolfo y el descubrimiento que los monjes de Braunau vigilaban una copia sin valor no significaban nada.

—No —dijo Cyprian—. En el caso de Job, siempre fue evidente que Dios estaba de su parte.

El cillerero bajó la vista, desconcertado. De repente Cyprian se dio cuenta de que acababa de cometer un terrible error. No debería haber aceptado esa misión, no debería haber dejado a Agnes y los niños solos en Praga, y al pensar en ello le resultó casi imposible dominar un pánico cada vez mayor. Se vio a sí mismo de pie ante el tibio lecho en el que Agnes estaba tendida. ¿Solo habían pasado dos días desde aquel momento? Le parecía que hacía semanas que estaba lejos de sus seres queridos. Había abandonado la habitación sigilosamente, se había vestido y luego regresado a la alcoba. Separarse de Agnes le había resultado más difícil que nunca. Al final se había vuelto, dispuesto a escabullirse con las botas en la mano, pero Agnes despertó y lo llamó en voz baja. Él se detuvo en el umbral y le devolvió la mirada. Recordaba la breve conversación que le había parecido más íntima y cariñosa que el acto carnal al que ambos habían dedicado casi toda la noche.

—Regresa sano y salvo —había dicho Agnes.

La amaba. Ella siempre había sido lo único que contaba. Ella y su familia. Amaba a su tío Melchior, a Andrej, a sus hijos... pero su mayor preocupación

siempre había estado reservada para Agnes. Por amor a ella había permanecido en la cárcel, por amor a ella se había precipitado entre las llamas, por ella había intentado atacar un convento casi sin la ayuda de nadie, un convento que era como una fortaleza en la que el legado del diablo y la paranoia del abad se habían combinado de manera atroz. No podía imaginarse la vida sin ella. Ya no podía imaginar que una vez hubo un tiempo en el que no despertaba a su lado y la contemplaba hasta que ella abría los ojos y le daba un beso y luego deslizaba la mano bajo la manta para comprobar si el cuerpo de su marido seguía manifestando su amor por ella. Y no se trataba de que el recuerdo del lecho compartido cegara su espíritu, porque lo que más recordaba eran los instantes en los que ambos yacían el uno junto al otro, sudando y jadeando, relajados y pesados y al mismo tiempo flotando en un nivel más elevado, y que durante dichos preciosos instantes no había secretos ni discordia y que era como si en el mundo solo existieran ellos dos.

«Regresa sano y salvo».

Cyprian había contestado lo que siempre respondía: «No te preocupes, siempre regresaré a tu lado».

¿Adónde volvería si al cabo de un par de días llegaban a Praga? ¿Volvería a arder una casa, solo que en esa ocasión no habría ningún Cyprian Khlesl presente para salvar a los habitantes? ¿Acaso los escombros sepultarían aquello que él más amaba? En realidad, Cyprian jamás había comprendido cómo se las había arreglado Andrej para seguir adelante tras la muerte de su amada y sospechó que él no lo hubiese conseguido.

Cyprian alzó la vista, como si un mensaje inaudible hubiera alcanzado sus oídos, y vio que Andrej y su acompañante se acercaban al galope a lo largo de la curva que formaba el camino.

—La Biblia del Diablo, ¿de verdad supone nuestra perdición? —preguntó el cillerero.

Cyprian lo mandó callar con un gesto. ¿Qué había gritado Andrej? Tiró de las riendas para salir al encuentro de los hombres que se acercaban al galope tendido y el caballo pegó un brinco hacia delante.

Vio ambas imágenes casi al mismo tiempo: el cillerero que de repente flotaba en el aire como si un tremendo golpe lo hubiera lanzado hacia arriba en medio de una nube de polvo, sangre y jirones de tela, y cuando volvió la cabeza vio que el soldado que cabalgaba junto a Andrej se encabritaba en la silla de montar. Las imágenes se congelaron. Oyó el estallido del primer disparo como un trueno prolongado que resonaba en su cabeza y Cyprian comprendió que el disparo lo habría alcanzado si el caballo no se hubiera

lanzado al galope. El cillerero giraba lentamente envuelto en una nube rosada en la que estallaba su vida. El jinete que estaba delante se volvía cada vez más grande, como si se tratara de un truco acrobático.

Entonces el estallido del segundo disparo alcanzó a Cyprian y los acontecimientos recobraron la velocidad normal. El cillerero aterrizó en la nieve y quedó tendido bajo el arcón; el jinete que estaba junto a Andrej cayó de la silla y rodó por el suelo como un bulto de ropa. Los monjes gritaron. El caballo de Cyprian giró sobre sí mismo, la nieve salpicó a un lado del abad y, con el retraso habitual, resonó el tercer disparo. Los monjes retrocedieron tan rápido como pudieron, un grupo aterrorizado como un rebaño de ovejas. Incluso los soldados de la guardia de corps del cardenal Khlesl estaban como paralizados con la vista clavada en el caballo sin jinete que galopaba junto al de Andrej.

—¡Separaos! —rugió Andrej—. ¡Separaos! ¡Así les será más difícil dar en el blanco!

Pasó galopando junto a Cyprian y los monjes y unos cuantos se separaron del grupo y corrieron en diversas direcciones. En medio del montón de hábitos grises de pronto desapareció una cabeza, un cuerpo se desplomó y los monjes cayeron los unos sobre los otros. Cyprian ya no oyó el cuarto disparo. Tiró de las riendas y obligó a su caballo a galopar cuesta arriba por la ladera de la cual provenían los disparos. En ese preciso momento apareció un grupo de jinetes que surgía del bosque en el que se ocultaban los tiradores. Su cabecilla era un hombre de cabellos largos y oscuros que vestía ropas caras y blandía un mosquete humeante.

Cyprian oyó que Andrej intentaba reunir a los cinco guardias de corps restantes y recordó que no llevaban armas de fuego consigo. Sus defensas solo consistían en tres ballestas, unos cuantos cuchillos y una pica. Galopó hacia los hombres como si un ejército le pisara los talones. Los atacantes formaron un amplio arco, una maniobra clásica cuya intención era rodearlos. El cabecilla soltó un grito, dirigió su caballo hacia Cyprian y el animal tropezó en la lisa ladera.

Se encontraron como caballeros en un torneo. El hombre de cabellos largos blandía su mosquete como una porra, pero Cyprian se agachó y eludió el golpe. Estiró una pierna para desmontar a su adversario, pero el hombre era demasiado diestro y los caballos pasaron atronando el uno junto al otro. Cyprian hizo girar su semental, este se encabritó y estuvo a punto de derribarlo. Su adversario siguió galopando ladera abajo, en dirección a los monjes que correteaban de un lado al otro gritando como un montón de niños

pequeños. Otro disparo resonó desde el bosque, pero no dio en el blanco. Cyprian vio que uno de los atacantes se abalanzaba sobre un monje sosteniendo una pistola de cañón largo. El monje se arrojó a un lado y el disparo erró. El atacante tiró de las riendas, extrajo un hacha del carcaj de la silla de montar y se la lanzó al monje, que la esquivó y el hacha se clavó en la nieve. El jinete obligó a su caballo a encabritarse y lo lanzó contra el hombre a pie. De algún modo, el benedictino logró escapar del ataque pero cayó al suelo y rodó con los brazos estirados para protegerse. El caballo volvió a alzar las patas delanteras. Una sombra pasó a toda velocidad, Cyprian vio que un cuerpo salía proyectado de la silla y la sombra se transformó en Andrej, que agitaba su ballesta ya sin proyectiles. El atacante derribado chocó contra el suelo y ya no se movió; su corcel escapó brincando como una cabra. El monje se puso de pie y siguió corriendo.

Todo ello había durado apenas unos instantes. El semental de Cyprian bailoteó y él lo condujo ladera abajo en pos del cabecilla de los atacantes, que en ese momento irrumpía al galope en medio de un grupo de monjes y los apartaba a empujones como si fueran muñecos. Allí y allá la nieve empezaba a teñirse de rojo.

Andrej cabalgó ladera arriba seguido de dos soldados. Otro disparo estalló entre los árboles y uno de los caballos pegó un brinco antes de coclear soltando un relincho agudo. El jinete cayó de la silla, Andrej y el otro hombre se adentraron en el bosque, sonó otro disparo y dos soldados abandonaron su escondite arrojando sus mosquetes humeantes. Andrej y el segundo hombre los derribaron bajo los cascos de sus caballos. Andrej desmontó, cogió un fusil, le arrancó la canana a uno de los caídos y se apresuró a cargar el mosquete.

Cyprian dirigió su cabalgadura hacia las mulas que cargaban con el arcón. Uno de los soldados de Melchior con un lado de la cara cubierto de sangre se incorporó en la nieve y le tendió el mango roto de una pica. Cyprian lo cogió y lo blandió sin detenerse. Vio al abad, que se aferraba a una de las mulas que lo arrastraba a través de la nieve; vio que uno de los atacantes galopaba hacia las mulas desde el otro lado con una espada en las manos. Cyprian soltó un quejido, se inclinó hacia delante y su caballo brincó por encima del arcón y entre las dos mulas para detenerse al otro lado resbalando en la nieve. Cyprian perdió el equilibrio y a punto estuvo de caer de la silla hacia atrás. La espada de su adversario pasó por encima de él sin herirlo y Cyprian notó una sacudida que casi le quebró la muñeca. Se volvió bruscamente y vio cómo su adversario caía de la silla como un saco de harapos. El mango de la pica se

había reducido a la mitad y se dio cuenta de que, en un acto reflejo, debía de haber golpeado de manera que el mango duro como el hierro se había partido.

No sirvió de mucho. Otro atacante se apeó de su caballo en pleno galope, agarró al abad, lo empujó a un lado y se arrojó sobre la mula delantera. El animal cayó y, repentinamente, el hombre salió volando. Arriba, en la colina, Andrej se puso de pie y volvió a cargar el mosquete. El estallido fue sonoro. El atacante inmóvil yacía en la nieve en medio de un charco de sangre cada vez mayor. El abad Wolfgang se puso de pie, tambaleándose, y volvió a caer de rodillas. La mula caída chillaba y no lograba ponerse en pie; el arcón colgaba de la estructura de madera. Un nuevo atacante saltó a la nieve y comenzó a cortar las correas de cuero. Entonces una lluvia de chispas surgió del arcón, pero Andrej había apuntado con demasiada prisa y el atacante seguía tratando de cortar las correas con el cuchillo.

Cyprian hizo girar su semental, que resollaba y cojeaba.

—¡EH, KHLESL! —rugió una voz, soltando un gallo.

El cabecilla de los atacantes había detenido su cabalgadura. Pese a la distancia que los separaba, Cyprian vio sus ojos que lo observaban por encima del cañón del mosquete. El odio crispaba el apuesto rostro del hombre y, de un modo incoherente, Cyprian pensó que ese debió de ser el aspecto de Lucifer cuando Dios lo expulsó del paraíso. Cyprian tensó el cuerpo dispuesto a arrojar de la silla, pero no tuvo oportunidad. Vio la chispa producida por el percutor y la nube de humo que surgió de la boca del cañón. La bala lo alcanzó junto con el estallido y casi lo derribó. Notó que su cuerpo se entumecía, el semental giró sobre sí mismo soltando agudos relinchos, las riendas le resbalaron de las manos y Cyprian trató de aferrarse a las crines. Vio pasar la escena en medio de la danza salvaje del caballo: el resto de los monjes huyendo en pequeños grupos, perseguidos por uno o dos jinetes, las mulas y el arcón en el que entonces se atareaban dos hombres, las bocas abiertas de los guardias de corps que vieron que le habían dado. Entonces el caballo pegó un brinco, galopó hacia el río, fue a parar a los lugares fangosos, cayó hacia delante y Cyprian voló de su lomo para caer al fango, sin aliento. Se tendió de espaldas gritando de dolor, logró ponerse de rodillas, se dio cuenta de que no podía incorporarse y, consternado, vio que en torno a él la nieve comenzaba a teñirse de rojo.

Era extraño. De pronto todo se volvió claro. La muerte no amenazaba a su familia, sino que lo esperaba a él. Era lo correcto. Si podía proteger a sus seres queridos muriendo, entonces su vida no había supuesto un fracaso. Su vista se volvió más aguda y logró divisar la ladera donde Andrej permanecía

de pie con el mosquete a medio alzar, paralizado y con los ojos muy abiertos. El frío comenzó a abandonar su cuerpo, el río borbotaba a dos pasos de distancia; el caballo casi lo había arrojado al agua. Tuvo suerte. En lo más profundo de su alma oyó la risa resignada de alguien. Tuvo suerte, en efecto. De repente los gritos de los monjes y los relinchos de los caballos más allá en el camino parecieron secundarios.

El relincho de un caballo lo obligó a alzar la vista. El hombre de cabellos largos lo contemplaba desde la silla de montar. Lentamente, alzó la pistola y apuntó. Unos metros más allá se levantó una nube de nieve y lodo. El hombre no le prestó atención. Cyprian volvió la cabeza —el esfuerzo era tan grande como si tuviera que mover una rueda de molino— y vio que Andrej bajaba corriendo por la ladera al tiempo que trataba de recargar y no caer. «Está demasiado lejos —pensó, y casi se sintió decepcionado por su amigo—, demasiado lejos». Volvió a apartar la mirada y la dirigió directamente a los tres ojos que lo contemplaban fijamente: los ojos azules del hombre de los cabellos largos y el negro de la pistola.

—Soy Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz —declaró el hombre, y el frío comenzó a penetrar en el entumecimiento que atenazaba a Cyprian—. Le prometí a tu hija que a partir de ahora nada se interpondría entre nosotros. Ella será mía, Khlesl, mía y de mi diosa, pero tú ya no estarás aquí para verlo. Consuélate: pronto los dos os encontraréis en el cielo.

Cyprian intentó decir algo, pero solo soltó un graznido. El espanto que lo invadía no tenía límites. Alzó una mano como si quisiera suplicar clemencia al hombre montado en el caballo.

—Porque irás al cielo, ¿verdad, Khlesl? Tu hija también irá al cielo, no tengo la menor duda de ello. Cuando haya acabado con ella no habrá nada en el purgatorio ni en el infierno que pueda ser peor que su muerte.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz alzó la pistola.

—Que te vaya bien, Cyprian Khlesl. Hasta lamento que todo haya sido tan sencillo.

La presencia de Agnes en la agencia de la empresa Wiegant & Khlesl era temida, no porque allí se comportara como la caprichosa ama y señora, sino debido a su inquietante talento para hallar errores en los libros. Aún habría sido soportable si ella hubiese sido consciente de dicho talento y hubiera señalado los asientos erróneos con un dedo acusador. Pero casi nunca ocurría así; la conversación entre ella y un contable en general todavía inexperto solía desarrollarse de la siguiente manera:

Agnes: ¿Por qué aquí figura una cifra más elevada que allí?

Contable: Eso es el saldo, señora Khlesl.

Agnes: Lo sé, pero ¿por qué aquí la cifra es más elevada que al otro lado de la página?

Contable: Pueees... los dos lados de la página se denominan «debe» y «haber». En la del haber figuran nuestros ingresos, en la del debe, los gastos. Cuando cerramos una cuenta comparamos la suma de ambas páginas; la diferencia se denomina saldo. Si la diferencia aparece en la página del debe, la del haber es más elevada y hemos obtenido una ganancia. Entonces asentamos dicha ganancia y la trasladamos de la página del debe a la del haber de nuestra empresa, donde entonces figurará como ingreso. Si es a la inversa, entonces... ehh... todo lo demás también estará invertido... ehhh... señora Khlesl.

Agnes: Sí, de acuerdo, pero... me pregunto por qué la cifra es más elevada en esta página.

Y mientras el contable todavía reflexionaba si seguiría siendo un empleado de la empresa si ponía los ojos en blanco y mandaba a paseo a la preguntona tras hacer hincapié en sus conocimientos profesionales, y se preguntaba por qué sus colegas se inclinaban ostentadamente por encima de sus listas, descubría el único error oculto en sus asientos que se había introducido subrepticamente en otra cuenta y que, siguiendo las enigmáticas

reglas de la doble contabilidad, había acabado haciendo que en la cuenta dudosa apareciera un saldo erróneo.

Contable: Ehhh...

Agnes tenía suficientes nociones de contabilidad como para comprender lo que ocurría a grandes rasgos. No hubiese sido capaz de descubrir el verdadero error, pero parecía poseer el don de detectarlo, y si bien en general sus preguntas se referían a algo completamente distinto —y que para un experto carecían de cualquier base seria—, era muy aconsejable tomárselas en serio. Si para un contable fuera posible mantener una conversación íntima con la propietaria, habría descubierto que ese talento de Agnes también abarcaba otros ámbitos de la vida y que su esposo hacía tiempo que se había resignado a ello, pero siempre la había escuchado. Ese día esa inquietud la había impulsado a bajar a la agencia. Por la mañana, desde que despertó, esa sensación se había vuelto cada vez más intensa y angustiada, aumentando como el caudal de un río que finalmente acabara por desbordarse. Tal impresión la había obligado a abandonar la cama, después su alcoba, por fin la primera planta y bajar a la agencia, pero nada de ello logró mitigar su nerviosismo. Trató de recordar si quizás una pesadilla casi olvidada era la causante, pero fue en vano. Sabía que recibir noticias de Cyprian hubiera supuesto un alivio, pero esperar unas líneas de su parte era absurdo, y aún más confiar en el pronto regreso de él y de Andrej. Sin embargo, cuanto más tiempo transcurría, tanto más se convencía de que su angustia estaba relacionada con Cyprian, y cuando al coger una copa notó el temblor de sus manos solo pudo luchar contra la inquietud entrando en acción.

La agencia de la empresa era una sala grande y luminosa situada en la parte delantera del edificio. A diferencia de la mayoría de sus competidores en el mundo de los negocios, desde el principio Agnes y Cyprian consideraron que el lugar en el que su dinero debía de ser felizmente administrado no debía guardar el menor parecido con el encanto más bien carcelario de las demás agencias. La sede se extendía en parte por debajo del salón de la primera planta y también bajo la alcoba de Cyprian y Agnes, lo cual suponía la ventaja de que esta recibía el calor del fuego de la chimenea. Cuando Agnes oyó el estruendo de unas botas en el piso de arriba alzó la cabeza, sorprendida.

Hubiese reconocido los pasos de Cyprian en cualquier sitio. Su marido era capaz de moverse tan sigilosamente como un gato, pero cuando calzaba las pesadas botas impuestas tanto por los rigores invernales como por la moda

militar surgida en los últimos años, incluso un fantasma hubiese pegado los mismos pisotones que un campesino. Agnes clavó la mirada en el techo.

Los pasos deambularon del salón a la alcoba y regresaron al salón.

Agnes fue consciente de que todos la contemplaban fijamente y solo entonces se percató de que el temor le crispaba el rostro.

Salió corriendo de la agencia y se dirigió al piso de arriba subiendo los escalones de dos en dos. Irrumpió en el salón tiritando de frío. El pequeño Melchior y Andreas, que libraban la tercera guerra púnica con caballitos y figuras de madera, se sobresaltaron. Su niñera alzó la vista.

—¿Había alguien aquí? —preguntó Agnes, jadeando.

La niñera negó con la cabeza.

—¿Cuándo vuelve padre? —preguntó el pequeño Melchior.

Agnes lo miró fijamente. Los niños siempre preguntaban por Cyprian cuando su ausencia se prolongaba demasiado, pero en esa ocasión la pregunta la atemorizó y no pudo contestar, y el niño percibió una parte de su temor. Hizo una mueca con labios trémulos, ella le acarició la cabeza y luego escapó del salón y se dirigió a su alcoba.

Esta también estaba desierta y Agnes notó que el frío helado se apoderaba de ella cada vez más. Apenas osó mirar en torno, por temor a ver algo que no quería ver. Pero por fin lo hizo.

En un rincón de la alcoba había un nicho. Agnes vio el lugar vacío en la pared y su mirada se deslizó hacia abajo. El crucifijo estaba en el suelo, la imagen de Cristo se había desprendido de la cruz y reposaba por debajo de esta.

—¿Cyprian?

Ella sabía que él no se encontraba allí. Aún no podía haber regresado.

Entonces dirigió la mirada hacia la puerta; allí estaba Alexandra, blanca como la cera: fuese lo que fuera que había percibido, la había impulsado a acudir allí.

—¿Madre?

Las fuerzas la abandonaron y se desplomó en el suelo, demasiado espantada como para poder pronunciar una palabra. Alexandra se acercó apresuradamente.

—¡Madre!

Agnes sacudió la cabeza. Oyó decir a Cyprian: «Siempre regresaré a tu lado».

—Mentiroso —susurró justo antes de perder el conocimiento.

Sin dejar de correr, Andrej apoyó el mosquete contra su mejilla y apuntó. El retroceso del disparo lo hizo tambalear y durante unos instantes el humo de la pólvora lo cegó. El jinete ante el que Cyprian permanecía de rodillas se encogió bruscamente y el caballo bailoteó en círculo. Vio que el hombre se presionaba el hombro. La pistola se deslizó de su mano. Andrej no se dio cuenta de que había soltado un alarido triunfal. Arrojó el mosquete a un lado y siguió corriendo. Tampoco advirtió que dos de los atacantes habían logrado cortar las correas que sujetaban el arcón y lo rodeaban con largas cuerdas que colgaban de las sillas de montar de sus caballos, ni el intento desesperado del abad Wolfgang de alcanzar el arcón, ni que el último de los soldados que aún montaba a caballo cayó en la nieve cuando un disparo derribó a su cabalgadura. Solo veía a Cyprian Khlesl de rodillas en el suelo, con la cabeza colgando, y a su verdugo en el caballo... Y como si todos ellos se encontraran bajo el agua, notó que la pistola —que rebotó contra la silla de montar del herido— giraba en el aire de manera casi elegante, humeando.

Cyprian cayó a un lado.

Los dos hombres que estaban junto al arcón montaron, soltaron un agudo silbido y los animales empezaron a galopar arrastrando el cofre, que rebotaba y chocaba contra el suelo sujetado a las largas cuerdas. El objeto golpeó contra el abad, lo lanzó a un lado y abrió un surco entre un grupo de monjes a medida que los hombres galopaban hacia el sur arrastrando la carga que se agitaba de un lado al otro.

Ambos debieron de disparar al mismo tiempo, Andrej y el hombre a caballo. A veces el destino acontece en una fracción de segundo.

Cyprian cayó al río y desapareció entre los grises remolinos.

Alguien se interpuso en el camino de Andrej blandiendo una espada. Él se agachó y esquivó la embestida sin darse cuenta, se limitó a alzar a su adversario y dejarlo caer al suelo detrás de sí. De pronto sostenía la espada en la mano. Los primeros atacantes abandonaron su botín y galoparon tras sus

dos compinches y el arcón. Media docena de figuras yacían en la nieve, inmóviles y desparramadas por la escena; no todos eran monjes o guardias de corps del cardenal. Lo peor se lo habían llevado los caballos, muchos se encabritaban relinchando o pataleaban, heridos de bala o resbalando en la nieve, retorciéndose con las patas rotas.

Andrej oyó que alguien gritaba.

—¡ESTÁS MUERTO!

Notó que le ardía la garganta y comprendió que quien había gritado era él.

El hombre de cabellos largos montado en su caballo pegó un respingo; había mantenido la vista clavada en el río, como si estuviese en trance. Andrej hizo girar la espada por encima de la cabeza. El hombre dirigió la mirada hacia él y despegó la mano del hombro. Andrej vio que allí su atavío estaba hecho jirones, pero casi no vio sangre y supo que Dios no solo se había encargado de que ambas armas dispararan al mismo tiempo, sino también de que la bala de Andrej solo rozara el blanco. El caballo del hombre se encabritó. Cuarenta metros aún separaban a ambos hombres; Andrej jadeaba pero no aminoró la velocidad.

El jinete alzó la mano derecha, formó una pistola con el pulgar y el índice y apuntó a Andrej, bajó el pulgar y sonrió. Después hizo girar su caballo y galopó tras sus hombres soltando un agudo grito de guerra.

Andrej tropezó y cayó de rodillas. Chapoteando a ciegas se abrió paso entre la nieve y el fango, después perdió pie y cayó al agua, que lo envolvió en un abrazo gélido y trató de arrastrarlo al fondo. Empapado y escupiendo, luchó por volver a alcanzar la orilla. En el lugar donde Cyprian había caído resplandecía una mancha roja. Andrej logró ponerse de pie y se adentró en la corriente. El frío era tan intenso que le quitó el aliento y le causó un latigazo de dolor. Mucho más allá, río abajo, le pareció ver un cuerpo flotando en el agua que giró una vez sobre sí mismo, la mancha clara de un rostro que hubiera reconocido a mil pies de distancia y que luego se hundió definitivamente. Volvió a arrastrarse hasta la orilla y echó a correr hasta que creyó haber alcanzado el lugar, pero allí solo había nieve, fango y el apresurado fluir del río. No obstante, entró al agua tropezando y se sumergió, perdió pie, notó que unas manos lo aferraban y volvían a arrastrarlo hasta la orilla.

Temblaba de frío y sus piernas se negaban a sostenerlo. Se deslizó de las manos de los monjes que lo habían rescatado de las aguas, se desplomó en la nieve y se echó a llorar.

Cyprian estaba muerto.

Antaño, cuando sus padres la llevaron a Praga en contra de su voluntad para separarla de Cyprian, Agnes se había negado a perder la esperanza. Confió en que él acudiría en el último momento y la rescataría, incluso cuando ya estaba sentada en el carruaje. Ahora intentaba conservar la misma confianza, pero sus esfuerzos fueron infructuosos. La diferencia consistía en que en aquel entonces aún no se había visto obligada a admitir que incluso alguien como Cyprian Khlesl debía capitular frente al destino y no siempre podría cumplir sus promesas. Agnes se mantuvo erguida y realizó los gestos adecuados, pero en su fuero interno el terror no dejaba de aumentar a cada instante que transcurría. En algún momento tenían que llegar noticias... o el propio Cyprian. Solo pensarlo le causaba tanto horror que la espera era casi tan insoportable como su imaginada llegada. ¿Qué haría si ante la puerta aparecía un desconocido haciendo girar su sombrero entre las manos con expresión tímida y le comunicaba que...? ¿Y si a sus espaldas había un carro en la calle que solo contenía un cuerpo envuelto en un sudario? Al mismo tiempo recordaba cosas que aún quería discutir con Cyprian y se preguntaba qué opinaría acerca de esto o aquello, y tras escasos instantes un torrente de sensaciones se adueñaba de ella, oscilando entre un insoportable dolor porque ya no estaba vivo y la salvaje esperanza de que todos sus temores solo fueran producto de su imaginación.

—Todavía no hay noticias —dijo Alexandra que, demudada y pálida de miedo, parecía diez años más joven.

Agnes estaba sentada ante la mesa como una muñeca articulada y ni siquiera sus dos hijos osaban acercarse a ella. Ella misma se sentía como un fantasma, como la sombra de un ser vivo cuya alma amenazaba con romperse en pedazos.

—Recibimos una noticia —susurró.

—Solo la oíste tú, nadie más.

—Tú la oíste.

—No oí nada —replicó Alexandra. Agnes no tuvo fuerzas para afearle la mentira.

—¿Cuándo regresará padre, Alexandra?

Al ver que el pequeño Melchior cogía la mano de su hermana se le partió el corazón. Alexandra tragó saliva.

—Pronto —dijo—, muy pronto.

—¿Lo prometes?

La muchacha no contestó. Su mirada se clavó en la de su madre. «Díselo tú —clamaba—. Diles que su padre regresará pronto porque decirlo es tu deber. Dilo para que yo también pueda oírlo». Agnes captó el mensaje, pero fue incapaz de reaccionar.

Alguien carraspeó junto a la puerta del salón. Agnes oyó un intercambio de palabras en voz baja. De pronto se dio cuenta de que había llegado el momento que había esperado y al mismo tiempo temido. Clavó los dedos en la falda de su vestido y, con cada fibra de su ser esperó que enseguida entrara uno de los criados y dijera que el dueño de la casa acababa de llegar. El instante se volvió eterno y alzó la vista cuando Alexandra se colocó a su lado.

—Alguien ha llegado con noticias, madre —expuso Alexandra en tono angustiado—. ¿Quieres que...?

Una voz interior le dijo a Agnes que recibir esa noticia no le correspondía a su hija y se enderezó. El criado, que había entrado en el salón, retrocedió un paso y su temor aumentó cuando comprendió que el recién llegado no podía ser Andrej, porque este habría subido al salón en el acto. Y si las noticias eran las que Agnes temía y no era su hermano quien las transmitía, entonces algo también debía haberle sucedido a él.

—¿Está abajo? —preguntó, y era como si cada letra se le clavara en la garganta. Entonces vio que el criado en realidad era uno de los escribientes.

—En la agencia, señora Khlesl.

—Iré de inmediato —dijo ella.

El escribiente asintió y se marchó. Agnes logró enfrentarse a la mirada de Alexandra. Expresaba el miedo de quien estaba a punto de verse obligado a abandonar una ilusión sostenida con gran esfuerzo. Le tendió la mano y su hija la presionó.

—¿Ha vuelto padre? —preguntó el pequeño Melchior.

Alexandra cerró los ojos y una lágrima se derramó por su mejilla.

—Quedaos aquí arriba —dijo Agnes.

Se encaminó a la puerta; ni siquiera un reo que se dirigiera al patíbulo podría haber sentido un pavor tan grande como el suyo. Cuando alcanzó el pie

de la escalera oyó pasos apresurados que la seguían.

—He dicho que os quedéis en el salón.

—Los niños se quedarán arriba. Yo te acompaño —dijo Alexandra.

Agnes no fue capaz de contradecirla. Alexandra le cogió la mano y ambas enfilaron hacia la agencia, donde desde hacía dos días reinaba un extraño silencio y cuyos ocupantes solo se atrevieron a contemplarlas bajando los párpados. Nadie había proclamado que la dueña de la casa estaba convencida de que su marido había perdido la vida, nadie había mencionado a Cyprian durante los dos últimos días, ni siquiera por casualidad; sin embargo, todos sabían lo que sentían Agnes y Alexandra. Adam Augustyn, el jefe de los contables, constató que debía interrumpir un asiento porque la pluma le temblaba entre los dedos y, debido a una gota que de pronto cayó en la hoja, la exitosa venta de un rollo de lana inglesa se convirtió en un borrón negro.

Una figura envuelta en gruesas prendas estaba sentada en un banco junto a la entrada; daba la impresión de haber pasado días enteros recorriendo caminos nevados a pie. A su lado reposaba un cuenco de sopa humeante, intacto. Agnes avanzó arrastrando los pies, con la mano helada de Alexandra en la suya, y se detuvo ante la figura que parecía haberse quedado dormida debido al agotamiento. Era una persona vieja y encorvada y por algún motivo ignoto le evocó la imagen del cardenal Melchior. Agnes nunca había confiado del todo en él, pero ambos habían hecho las paces. Sabía lo mucho que apreciaba a Cyprian, aunque nunca había tenido el menor inconveniente en aprovechar el mutuo aprecio de ambos de un modo implacable. El cardenal se derrumbaría si Cyprian... Y repentinamente comprendió que si algo le había sucedido a su marido era a causa de una misión que le había encargado el cardenal.

—Soy Agnes Khlesl —dijo, con la sensación de quedarse sin aliento.

La figura hizo un lento movimiento, alzó la cabeza, una capucha y varios paños de lana se deslizaron a un lado y al principio el rostro que apareció le resultó totalmente desconocido, hasta que la figura de pronto estalló en sollozos, se puso de pie y cayó en brazos de Agnes.

—¡Ay, hijita! —balbuceó la figura—. ¡Ay, hijita...!

«¿Por qué ella, precisamente?», pensó Agnes al tiempo que la sostenía; casi no sentía las piernas y soltó la mano de Alexandra.

«¿Cómo lo sabe?», se preguntó luego, aferrando el manto y los paños mientras la mujer ocultaba el rostro contra su hombro, sollozando. Agnes aún no lograba tomar aliento y tenía la vista nublada.

Entonces notó que algo sepultado bajo veinte años de vida volvía a despertar: una sensación no de consuelo pero sí de ser comprendida, una transmisión no de fuerza pero sí de la certeza de que había que soportar el dolor, una evidencia no de la fe en Dios pero sí de la creencia que la vida sencillamente continuaba. Era un vínculo como el que existía entre madre e hija, un vínculo que Agnes jamás había sentido con su propia madre y de la que siempre supo que eso que ella misma no poseía nunca podría habérselo transmitido a Alexandra. Durante un instante el temor por Cyprian dio paso a la pena debido al hecho de que la dureza de corazón de su propia madre se vengaba en la hija de Agnes y podría haber llorado por Alexandra si hubiese tenido fuerzas para llorar.

—Leona —susurró Agnes, y abrazó a la desesperada doncella.

La mujer tardó tanto tiempo en calmarse que el jefe de los escribientes se acercó y preguntó si podía ser de ayuda. Agnes negó con la cabeza, muda, y Alexandra le dirigió una sonrisa trémula. Ayudada por su hija, Agnes logró que la anciana volviera a tomar asiento en el banco. En la agencia el ambiente estaba lo bastante caldeado como para que los escribientes pudieran trabajar sin guantes. Agnes le quitó a la recién llegada el manto y los paños de lana y, al ver el delgado atado de ramitas secas en el que se había convertido su doncella, se asustó. La casi esquelética anciana irradiaba un calor que Agnes percibió incluso a cierta distancia y le apoyó una mano en la nuca: la mujer ardía de fiebre.

Agnes tardó aún más en comprender que Leona no había acudido debido a una suerte de presentimiento sobrenatural y con el fin de consolarla.

—¡Necesito tu ayuda, hijita! —dijo Leona entre sollozos—. ¡La tuya y la de tu marido!

Hubo un tiempo, que parecía haber sido hacía mil años, en que Leona le había dicho a Agnes que ella y Cyprian tal vez solo dispondrían de una única hora para estar juntos, y que uno podía tener toda una vida en una hora semejante. Después la instó a iniciar dicha hora. Leona siempre había estado segura de que Cyprian haría lo correcto y que rescataría a todas las doncellas de las fauces del dragón.

Alexandra se dispuso a tomar la palabra, pero Agnes meneó la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Mi hija... mi Isolde... ¡Me han quitado a mi hija!

—¿Qué?

—Ella no sabe lo que hace. ¡Oh, Señor, protege a mi hija! Ay, Agnes, ayúdame, ayúdame...

Agnes tragó saliva y acarició el rostro empapado en lágrimas, arrugado y enrojecido por el frío; notó que tenía la piel ardiendo y pensó que nadie podía estar tan abrasado por la fiebre y seguir vivo. Agnes clavó la vista en los pies de Leona envueltos en paños. ¿Había caminado desde Brno hasta Praga? ¿Un trecho de al menos seis o siete días andando? ¿A través del invierno y las tormentas?

—Te llevaremos arriba —dijo en tono suave. Leona se aferró a ella.

—¿Dónde está Cyprian?

—Está de viaje —respondió Agnes, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

La anciana se desplomó.

—Dime qué ha ocurrido, Leona. ¿Le ha pasado algo a Isolde?

Al principio con vacilación y después cada vez más atropelladamente, Leona desveló una historia que durante unos momentos hizo que Agnes olvidara el temor paralizante por Cyprian. Era una historia tan miserable como la escrita por la vida misma y Agnes creyó hasta la última palabra. Ella había conocido la maldad de la que eran capaces los seres humanos: la realidad no dejaba de superar todo lo que uno fuera capaz de imaginar. Las palabras de Leona plasmaron las imágenes de los acontecimientos.

Se vio a sí misma como Leona, regresando a casa del mercado. La pequeña casita cerca de las murallas que ocupaba junto con Isolde estaba desierta. La joven tenía absolutamente prohibido abandonar la casa sin Leona. La anciana siempre temía que la belleza de la muchacha, aunada a la ingenuidad de una criatura que seguía siendo una niña de cinco años, acabaría por destruirla si nadie cuidaba de ella. Isolde no sentía esa prohibición como un encierro, Leona estaba tan convencida de ello como podía estarlo respecto de los sentimientos de la joven, y eso siempre suponía cierta incerteza. Pero Leona estaba plenamente convencida de que todo ello solo redundaba en bien de la muchacha. Isolde tenía la costumbre de permanecer sentada junto a la ventana y mirar a la calle. Si uno le decía que en algún momento acudirían visitas u ocurriría algo interesante al otro lado de la ventana, Isolde se conformaba con aguardar a que sucediera. Así se conformaba con pasar día enteros junto a la ventana. Aguardar que sucediera el acontecimiento anunciado parecía despertar un interminable cosquilleo en su apenas desarrollado raciocinio.

Pero Isolde no estaba sentada junto a la ventana de la habitación de la planta baja y tampoco se encontraba en la alcoba compartida del piso de arriba. Había desaparecido. Leona tampoco la halló en ninguna de las plazas de la ciudad a las que las dos solían acudir, ni en el asilo del que la había

rescatado. Los vecinos no la habían visto. Era día de mercado y quienes estaban en casa se encontraban atareados en almacenar provisiones o en cocinar. Solo una cosa parecía clara: Isolde debía de haberse marchado voluntariamente. Era incapaz de hablar con sensatez, pero sí podía gritar si algo que no encajaba con su carácter de costumbre tolerante, y cuando chillaba a voz en cuello los guardias apostados en las murallas empezaban a buscar tártaros al ataque con la vista.

Leona tardó tres días en recibir noticias. Trató de hablar con el corregidor y después con el prefecto, pero ninguno de los dos la recibió. El tercer día un par de hombres irrumpieron en la casa de Leona sin aviso previo. El instinto le aconsejó que huyera, pero un hombre vigilaba la salida de atrás y la obligó a regresar a la habitación, donde entre tanto una mujer con el rostro cubierto de un velo se había unido a los hombres. Le mostraron una de las joyas baratas de Isolde para demostrarle que la tenían en su poder.

—Debes detestarme, hijita —susurró Leona, temblando tan violentamente que los dientes le castañetearon.

Agnes la abrazó.

—No, claro que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

Leona tuvo que hacer un esfuerzo para seguir hablando.

—Porque te traicioné —soltó por fin.

Agnes y Alexandra intercambiaron una mirada de desconcierto.

—La mujer me dijo que a Isolde no le ocurriría nada. Que solo era una prenda por mi... colaboración.

—¿Qué colaboración?

—Empezaron por interrogarme sobre Praga, sobre la época en la que yo vivía aquí. Después se marcharon. La mujer dijo que regresarían y que Isolde volvería conmigo en cuanto les hubiera dicho todo.

—¿Todo? ¿Todo sobre qué?

—Vinieron de nuevo al cabo de un par de semanas, justo cuando empezaba a enloquecer de desesperación. Tuve que volver a contestar a sus preguntas.

—¿Una vez más sobre Praga?

—No, sobre... sobre... ¡el cardenal!

—¿Cuándo empezó todo eso? —se inmiscuyó Alexandra.

—¡Hace casi un año! —respondió Leona, sollozando—. La nieve empezaba a derretirse.

—¿Qué? ¿Hace un año? ¡Dios mío! ¿Y por qué has tardado tanto en venir?

—Porque me dijeron que le harían daño a Isolde si los delataba. Y entonces... entonces...

—¿Qué?

—Una vez me mostraron un paño. Había algo envuelto en él. Tuve que desenvolverlo. Vi la sangre seca... y entonces... ¡era un dedo, Virgen Santa, un dedo cortado!

Alexandra sintió náuseas; Agnes hizo un gesto nervioso.

—No era de Isolde, pero ellos me dijeron que si los delataba la próxima vez sería uno de ella y yo... yo... no podía dejar de pensar a quién le pertenecería. Era tan pequeño... tan delgado... era de una niña.

En la mirada que Agnes y Alexandra intercambiaron ardía la ira. Leona sollozaba.

—¡Dios mío, Dios mío, no pude dejar de pensar de quién sería el dedo!

—¿Por qué no nos enviaste un mensaje con Andrej? Él siempre te visitaba en Brno, ¿verdad?

Leona meneó la cabeza con semblante desesperado.

—No me atreví. Fingí no estar en casa cuando Andrej llamó a la puerta.

—Leona —dijo Agnes—, mírame, Leona. ¿Quién crees que son esas personas?

—No lo sé. Al principio supuse que estaban relacionadas con los estamentos protestantes, puesto que me interrogaron sobre el cardenal. En Moravia la hostilidad entre católicos y protestantes no es tan abierta como en Bohemia, pero el odio existe.

—¿Y ya no crees eso? —quiso saber Agnes.

Y en el mismo instante, Alexandra preguntó:

—¿Qué te ha impulsado a venir precisamente ahora?

Madre e hija se contemplaron. Agnes reconoció una dureza en su hija que solo podía haber heredado de su padre. Cyprian siempre fue capaz de hacer preguntas que iban directamente al grano. La compasión que Agnes sentía por Leona, que había ocupado el puesto de su madre, era demasiado grande para permitirle pensar con claridad. Y entonces volvió a invadirla el horror al pensar en Cyprian y la respuesta de Leona se confundió con el torbellino que barría su mente.

—Porque ella... porque ella... porque al final ella me hizo preguntas sobre vosotros. Quería saberlo todo. Perdóname, hijita, perdóname. ¡Os he traicionado!

—¿Qué? —dijo Agnes con voz casi inaudible.

—Tenía tanto miedo por Isolde...

—¿Sobre nosotros? —preguntó Alexandra—. ¿Te interrogó acerca de nosotros?

—Acerca de ti, pequeña Alexandra... y acerca de los niños... y Agnes... Cyprian... Andrej...

—¡Dios mío! —exclamó Agnes sin comprender del todo lo que significaban las palabras de Leona. Solo sabía que el frío que la atenazaba no hacía sino aumentar—. ¡Dios mío!

—¿Por eso has venido a vernos? ¿Para decirnos que ella te hizo preguntas sobre nosotros?

El tono de Alexandra sobresaltó a Leona y durante un momento Agnes sintió la necesidad de proteger a su vieja doncella frente a su propia hija.

—No —contestó la anciana con voz débil—. He venido porque desde principios de otoño no he vuelto a ver a la mujer velada ni a sus compinches, y porque el día de Navidad, en los bosques al norte de Brno, volvieron a encontrar a una joven muerta y... —La anciana volvió a sollozar, exhausta—. Y porque creo que los asesinatos y la misteriosa mujer están relacionados... y que Isolde... que ya no necesitan a Isolde y tampoco me necesitan a mí... —añadió, aferrándose a Agnes—. ¡Ayúdame, hijita, ayúdame! ¡Cyprian debe encontrar a mi Isolde!

De pronto el peso de la anciana que sostenía entre los brazos pareció aumentar y Agnes clavó la mirada en el viejo rostro. Tenía los ojos empañados y los labios azules. Trató de enderezarla, pero el cuerpo laxo se deslizó de sus manos y ambas cayeron al suelo. Agnes sostenía a la vieja doncella inconsciente entre sus brazos, una imagen de la Piedad que había cobrado vida.

—¿Leona...? —preguntó Agnes, y zarandeó el cuerpo inmóvil. De pronto notó que algo había cambiado. Abandonó los intentos de reanimarla y contempló a Alexandra, que no se había separado de ellas.

La joven mantenía la vista clavada en la entrada de la agencia. Una corriente de aire frío rozó a Agnes; los escribientes y los contables —que hasta ese momento habían simulado estar sumidos en su tarea— también dirigían la mirada hacia allí. Agnes depositó el cuerpo de Leona en el suelo, se puso de pie y se acercó a Alexandra alzando una mano para ordenar a alguien que trasladara a la anciana a la planta superior.

Entonces olvidó a Leona, olvidó a Alexandra y olvidó el lugar donde estaba. Miró hacia fuera y supo que todo aquello por lo cual había vivido había acabado y que nunca podría explicar su dolor a nadie, que ninguna certeza de que había que soportar las adversidades conseguiría reducir ese

dolor, y que ninguna creencia en que la vida continuaba haría continuar la suya.

En la entrada se alzaba una figura cubierta de fango y mugre, con las ropas hechas jirones y los cabellos revueltos. Era Andrej, solo y con las mejillas bañadas en lágrimas.

El deshielo y una posterior nueva helada habían detenido a Heinrich, que casi enloqueció de impaciencia. Ansiaba llegar a Pernstein y presentar su botín, y en cambio estaba atascado en una choza al este de Praga porque los escasos caminos al sur permanecían intransitables. Podría haberse abierto paso hacia el oeste —al menos en esa región, todos los caminos conducían a Praga—, pero su meta se encontraba en Moravia y, ¿quién deseaba ir a Moravia? Había pasado varios días caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada en la choza de un campesino, de la cual se había incautado sin vacilar tras expulsar a los habitantes. La choza apestaba a gentuza campesina y a sus animales, que ocupaban la parte posterior. Incapaz de evitarlo, había notado que la incontenible sensación de triunfo que albergaba en el corazón poco a poco daba paso al nerviosismo causado por el retraso. ¡Había vencido! ¡Había acabado con Cyprian Khlesl en un abrir y cerrar de ojos! Bien, el otro canalla, Andrej von Langenfels, había escapado, pero ¿qué importancia tenía? ¿Acaso Diana también había dicho que, durante un combate, prefería apostar su dinero por él? ¡Pues asunto resuelto!

¿Es que antaño los ojos de Diana no habían fulgurado cuando él había asegurado que le presentaría la cabeza de Cyprian Khlesl? Creía recordarlo perfectamente. Ella simuló indiferencia, pero en realidad la idea la había excitado. Ya que lo tenía en tanta consideración, el hombre que lograra acabar con Cyprian Khlesl debía de maravillarla, ¿verdad? Estaba seguro de que ella también pensaría que el hecho merecía una celebración. Aunque últimamente se mostraba muy distante, Heinrich todavía sentía su último contacto como si hubiera sucedido hacía escasos minutos. La mano de ella en su pantalón, presionando, acariciando, masajeando... Lamentó no haberse dejado ir y eyacular en la mano de ella, pero en realidad ella la había retirado con demasiada rapidez. Diana sabía muy bien cómo alargar la correa de la que él colgaba, alargarla pero volverla imposible de romper. Pero ¿y si regresaba victorioso a Pernstein? Él y ella, y por añadidura...

Primero pensó en una de las candorosas muchachas que se lanzaban voluntariamente a las fauces de la bestia cuando Diana se limitaba a difundir en las aldeas de campesinos situadas entre Pernstein y Brno que el castillo tenía necesidad de una criada. ¡Pero no! ¡Era mucho más sencillo y más excitante! Se imaginó el cuerpo blanco y pecaminoso de Diana presionado contra el suyo y el cuerpo virginal de Alexandra tendido en la cama... y el ardiente brasero... las miradas suplicantes de la joven clavadas en sus ojos y la sonrisa que él le lanzaría...

La excitación experimentada hacía un momento se enfrió y sus pensamientos se perdieron en el regusto del beso de despedida que Alexandra le había dado. Era un sabor tan dulce que por unos instantes tuvo el poder de poner en cuestión el recuerdo de las manos de Diana en su pantalón. Ambas sensaciones formaban un curioso equilibrio y en ese breve momento —apenas un parpadeo— apareció un segundo sendero, uno que dejaba atrás el deseo salvaje y el placer de causar dolor y discurría hacia el terreno llano de los sentimientos cotidianos, un sendero cuyo recorrido exigiría un precio: el de la lucha constante contra la llamada tentadora de su propia perversión. En esos instantes Heinrich creía posible ganar dicho combate si Alexandra lo libraba a su lado. Pero de pronto recordó lo que le había hecho a ella y a su familia y el sendero se cerró, porque ya no existía la menor posibilidad de arrepentirse. El recuerdo del beso de Alexandra se desvaneció, pero logró que también palidciera el recuerdo de Diana y la esperanza en la renovación de su mutuo contrato.

Cuando él regresara, lo primero que Diana pensaría sería que la idea de robar la copia del código —que hacía seis años él mismo había depositado en el arcón del convento de Braunau— había perdido valor debido a que Andrej seguía con vida. Si todo hubiese salido tal como él lo había planeado, entonces ya no habría ningún indicio de que existía más de un ejemplar del condenado libro y no solo el original o de que jamás hubo un intercambio. Pero resulta que Andrej von Langenfels había sobrevivido y si Cyprian se había dado cuenta de lo que había acontecido, entonces Andrej estaría al corriente. Y también lo sabría el cardenal Melchior Khlesl, el único adversario a quien Diana temía. Si uno lo tomaba al pie de la letra, él había fracasado.

¡No, no había fracasado! Aún estaba Alexandra. Aunque el anciano cardenal interpretara correctamente los acontecimientos posteriores a la muerte del emperador Rodolfo y al final daba con él, Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz, que de un modo tan llamativo había estado dispuesto

a llevar a cabo el trabajo sucio para el canciller imperial y el obispo auxiliar, entonces él y Diana lo tendrían en su poder gracias a Alexandra. Además, bastaba con que el anciano cardenal creyera que la joven seguía con vida y corría peligro. No había ningún motivo para que averiguara su auténtico destino. En última instancia, el viejo no emprendería nada y menos si ello significaba poner en peligro a otro miembro de la familia. La pérdida de Cyprian era suficiente. Él, Heinrich, controlaba el asunto.

Solo que Diana no lo vería así. Y con cada día que él permanecía atascado en ese lugar la impresión de que en realidad no había logrado nada iba en aumento.

La rabia le crispó el rostro.

—¡Haced callar a esos bichos de una vez! —gritó por encima del hombro.

—Las cabras quieren que las ordeñen —gruñó uno de los esbirros que lo habían acompañado desde Praga.

Los hombres estaban tendidos en el heno, se aburrían y, al igual que Heinrich, hacía mucho tiempo que habían perdido la alegría causada por el inesperado número de ellos que había mordido el polvo durante el ataque a los monjes, lo cual significaba que los sobrevivientes tocarían a una parte más jugosa de la recompensa. De momento, la única heroicidad que habían llevado a cabo desde que estaban allí había consistido en matar a pedradas a un gatito que descubrieron en una cesta forrada de lana de oveja. Volvieron a depositar el cadáver en la cesta: que el mocoso de los campesinos descubriera por su cuenta que el bicho había abandonado el mundo terrenal.

—¿Sabes ordeñarlas? —preguntó Heinrich.

—No.

—Pues entonces mátalas, maldita sea. Estoy harto de escuchar sus balidos.

El hombre se incorporó con aire dubitativo.

—¿A las tres?

—Ordéñalas o mátalas. Bebe leche o come asado esta noche. Tú eliges.
¡PERO DATE PRISA!

Los hombres lo miraron y él comprendió que le convenía disimular su nerviosismo. Durante todo el tiempo había fingido superioridad y presentado el aspecto de un cabecilla de sonrisa burlona que hablaba en voz baja. No estaban acostumbrados a ello y lo habían obedecido. Eran la peor gentuza y si llegaban a la conclusión de que él flaqueaba, empezarían a preguntarse si era lo bastante débil como para vencerlo. Heinrich dio unos pasos, se alejó de la ventana, desenvainó la espada y se dirigió con actitud determinada hacia el

corral situado en la parte posterior de la choza donde se encontraban las cabras.

—Ehhh... ¿qué te propones?

—Matar a esos bichos; al parecer tú eres demasiado tonto para hacerlo —replicó Heinrich, y se dispuso a pasar por encima de la viga que separaba a la comunidad animal de la humana. Las cabras se acercaron con la esperanza de que las ordeñaran. Heinrich les lanzó una mirada furibunda.

—Ya lo haré yo —dijo el hombre, y carraspeó—. Las ordeñaré. Hace años que no bebo leche fresca de cabra. Sería una pena renunciar a ello, ¿no? —añadió, y lo contempló como pidiendo permiso.

Heinrich pasó la pierna hacia el otro lado de la viga y envainó la espada.

—Hazlas callar, me da igual cómo —espetó en voz baja.

La puerta de la choza se abrió y entró uno de los dos hombres que vigilaban el botín. Junto a la choza había una pocilga. Al parecer, el otoño anterior los animales habían caído víctimas de una matanza y Heinrich optó por guardar el botín en la pocilga, con el fin de no despertar la codicia de los hombres.

—Convendría que echaras un vistazo a esto —le dijo a Heinrich.

Unas figuras envueltas en harapos estaban de pie en medio del frío, entre las otras chozas de la pequeña alquería, con la vista clavada en su alojamiento.

—¿Quiénes son?

—Los otros campesinos. Quizás estén hartos de que la familia que expulsamos devore sus provisiones.

Heinrich dirigió una mirada sorprendida al hombre que estaba a su lado.

—¿Crees que nos atacarán?

—Quién sabe lo que piensan esos desgraciados.

—Vuelve a la pocilga. Yo arreglaré este asunto.

—No suponen un peligro, Henyk.

—Ya me ocupo yo.

«Dios, o más bien el diablo, debe de haber enviado a esos necios», pensó Heinrich al tiempo que cargaba dos mosquetes y asomaba el cañón del primero a través del hueco de una de las pequeñas ventanas. Fuera quien fuese, se trataba de alguien con sentido de la oportunidad. Los hombres en la choza lo observaban con curiosidad; en el fondo de la cabaña el que quería ordeñar las cabras avanzaba a tientas, maldiciendo.

Los campesinos aún permanecían de pie, mudos, con la vista dirigida a la choza. Su número ya era mayor que hacía un momento, seguro que una

docena. Lo que hacían era evidente: procuraban reunir suficiente valor para enviar a uno de ellos a pedir que les devolvieran la alquería. Claro que serían incapaces de ofrecer una alternativa, solo un argumento lloriqueante: que todos se estaban muriendo de hambre, que sus hijos estaban medio congelados y que los señores se apiadaran de ellos, por favor... Heinrich apuntó cuidadosamente y desplazó el cañón del arma hacia el grupo de harapientas figuras situadas a unos cien metros de distancia. Se concentró en el punto de mira del cañón y, como si pudiera ver a lo lejos, distinguió los rostros semiocultos bajo las capuchas y los paños de lana como si estuvieran más próximos. Incluso los niños ya poseían los fatigados rostros de un anciano y solo se diferenciaban de los adultos por la estatura. El cañón del mosquete se deslizó más allá, apuntó instintivamente a una figura más pequeña y luego se elevó hacia la cabeza más próxima. Heinrich vio rasgos serios, pecas que casi parecían azules en el rostro pálido y ojos de mirada sombría. Entonces sonrió y la excitación regresó a su entrepierna.

—*Voilà!* —dijo en voz baja.

El retroceso fue violento; había cargado demasiada pólvora y el vapor lo envolvió en una nube blanca y corrosiva. El estallido resonaba en sus oídos. Cuando recuperó la visión, las figuras del exterior ya corrían buscando un refugio. Una de ellas yacía como un pequeño montón de harapos donde hacía un momento había estado de pie. Heinrich lamentó no haber visto cómo lo destrozaba la bala. Dejó el arma en el suelo, recogió el otro mosquete y volvió a apuntar. Si evaluaba correctamente a ese hato de patanes...

—¿Has acertado a uno? —preguntó uno de los hombres, que se acurrucó junto a él en el suelo y trató de atisbar a través del hueco de la ventana.

Junto a la choza donde todos habían buscado refugio algo se movió. Heinrich apuntó. Uno de aquellos necios salió apresuradamente y trató de arrastrar el cadáver al interior de la choza.

—Eso ya no le servirá de nada, papi —gruñó Heinrich en voz baja—. Pero si quieres estar junto a tu mocosito, te enviaré con él.

El disparo estalló. El hombre que se había situado junto a Heinrich apartó la cabeza y se cubrió la oreja izquierda.

—¡Ay, maldita sea! —soltó, y tosió al inspirar el apestoso humo de la pólvora—. ¿Por qué no me has avisado?

La harapienta figura se levantó de un brinco y volvió a atarearse con el cadáver. Incrédulo, Heinrich comprobó que no había dado en el blanco. Jadeando de ira, tiró de su bandolera, cogió un cebador y abrió la tapa con el pulgar: estaba vacío. Soltó una maldición. Fuera, la figura sin rostro cayó en

la nieve y volvió a incorporarse. Heinrich agarró el siguiente cartucho; la correa de cuero del que colgaba se rompió, pero al menos estaba lleno. Vertió la pólvora en la cazoleta y arrojó el cebador vacío a un rincón antes de cargar el arma con dedos apresurados. El campesino que arrastraba a su hijo muerto casi había alcanzado la entrada de la choza. Heinrich no se tomó el tiempo de apuntar y apretó el gatillo. El eco del tercer disparo se difundió por la alquería.

Heinrich dejó el mosquete a un lado. Durante un momento miró fijamente por el hueco de la ventana y entonces, como si no hubiese pasado nada, abrió la puerta y salió. El aire frío era agradable. El tufo de la pólvora de los dos disparos y el hedor que ya reinaba en la choza habían convertido la respiración en una tortura. Heinrich inspiró profundamente. Dirigió la mirada al establo donde, a través de la puerta entreabierta del cobertizo, dos caras barbudas lo contemplaban y asentían con expresión impresionada. Ante la ventana de la choza oyó el rumor de los hombres que se apiñaban para atisbar al exterior. Heinrich dirigió la mirada al cielo; al oeste comenzaba a abrirse un hueco entre las nubes y los bordes adoptaban un matiz rosado. No se percibían movimientos junto a las cabañas de los campesinos; dos montones de harapos marrones estaban tendidos junto a la entrada del primer habitáculo. Heinrich percibió la estupefacta admiración de sus hombres como un hálito tibio en la nuca.

—Mañana podremos seguir el viaje —dijo, escupió en la nieve y se frotó las manos frías—. ¡Por fin!

Una de las peores cosas de la vida es tener que despedirse para siempre de un ser querido. Haber perdido a un ser querido sin poder despedirse es aún peor, es como una herida que jamás cicatriza, un cabo suelto de la vida permanentemente agitado por el viento del destino que mantiene abierta la herida del corazón. Andrej había vuelto a recorrer a caballo el camino hacia el norte de Bohemia, hasta Jermer, donde el río Mettau desemboca en el Elba, y preguntó en todas partes si no había aparecido un cadáver en las aguas. Le dijeron que un cuerpo que hubiera alcanzado el Elba también podría ser arrastrado al mar. La imagen de Cyprian vagando por la pequeña ciudad en la confluencia del Aupa, el Mettau y el Elba no se borraba de la imaginación de Agnes: semejante a un fantasma con su delgada figura que en las últimas semanas se había vuelto aún más flaca, las personas la esquivaban meneando la cabeza y quizá la tomaban por una de esas almas en pena que solo por casualidad no permanecía de pie en un cruce de caminos a medianoche y se lamentaba. Si algo penetraba a través de la pena apática que la envolvía como su propia mortaja era comprender el dolor que sentía Andrej.

Lo miró de soslayo. Andrej estaba a su lado, media cabeza más alto que ella, los cabellos revueltos y caídos sobre la frente y aferrando la mano izquierda de ella con su derecha. Por extraño que pareciera, la mujer cobraba fuerzas gracias al hecho de que él necesitara la suya.

Los niños la observaban con mirada inquieta y trataban de soltar nubecillas de vapor en medio de la gélida nave de la iglesia.

—¡Silencio! —dijo Agnes en voz baja; los niños obedecieron y bajaron la cabeza.

Agnes los envidiaba; su dolor por la muerte del padre parecía vago. Suponía que, pese a que intentó explicárselo, no tenían claro el carácter definitivo de su desaparición y que de algún modo sencillamente esperaban que Cyprian regresara —«¡Siempre regresaré a tu lado!»— y que todo

volviera a ser como antes. Cuando por fin comprendieran que nada volvería a ser como antes, el tiempo habría mitigado gran parte del dolor.

Tras los primeros días, después de recibir la noticia de la muerte de Cyprian, había gritado, llorado, golpeado el lecho con los puños y se había arañado el rostro hasta hacerse sangre. Al final las fuerzas la abandonaron y solo pudo quedarse sentada, inmóvil y ausente. Solo en su interior gritaba y pataleaba un ser herido de muerte y maldecía el destino. Tenía que superar ese día sin desfallecer. Se lo debía a todos cuantos acudieron con el fin de mantener viva la ilusión de que uno podía despedirse de Cyprian Khlesl.

—Ya vienen —susurró Alexandra con voz emocionada.

Estaba de pie a la derecha de Andrej, entre él y Wenzel. El joven estaba pálido. Agnes nunca descubrió qué opinión le merecía Cyprian, que según todo lo que Wenzel sabía, era su tío, el hombre campechano de risa sonora que, para desconcierto de su joven y tímido sobrino, a veces lo abrazaba. Agnes sospechaba que Wenzel le tenía miedo. Cuando fue a su casa para ofrecerles su apoyo a ella y a Alexandra se había echado a llorar y ella tuvo que consolarlo, y sus propias lágrimas hicieron que Agnes comprendiera que también en ese muchacho cerrado e inseguro Cyprian había despertado amor y aprecio.

«Dios llama a los mejores a su lado, pues ama su presencia», pensó Agnes, embargada por una amargura que la dejó sin aliento.

Hacía unos momentos los monaguillos habían separado las comunidades, generando una suerte de pasillo central. Agnes no lo había ordenado, pero entonces comprendió de dónde procedía la indicación: del cardenal Melchior. En el caso de una muerte normal habrían trasladado el cadáver en el féretro, a lo largo del último camino antes de llegar a la meta: el cementerio. Pero no había cadáver. Agnes había comprendido que el anciano cardenal era tan incapaz como ella de acostumbrarse a la idea de que ese era un adiós sin despedida.

No alzó la vista al oír los pasos y el traqueteo de la cadena a lo largo de la naveta. El aroma del incienso debería haberle proporcionado consuelo, pero no fue así. Agnes respiró entrecortadamente, notó que Andrej aumentaba la presión de su mano e intentó relajarse. El cardenal —que se había excusado de leer la misa—, los diáconos y los monaguillos se acercaron entre murmullos.

Requiem aeternam dona eis, Domine.

Agnes bajó la cabeza. «Cyprian —pensó, desesperada—, Cyprian, ¿me oyes? ¿Estás en alguna parte donde observas mi dolor y oyes cómo se me

rompe el corazón? Eras mi otra mitad, eras mi yo mejor, eras mi compañero del alma. Intento alcanzarte pero ya no te siento».

En realidad siempre había sido a la inversa: él siempre había encontrado el camino cuando ella estaba en apuros. Ese día se enfrentaba a la peor experiencia de su vida: verse obligada a recorrer el resto del camino sin él, y él no podía ayudarle.

«¿Cómo puedes estar muerto —pensó—, cuando estás tan vivo en mi corazón?».

Se echó a temblar y las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Notó que Andrej le cubría la mano con la suya y meneó la cabeza. El dolor era demasiado grande, nadie era capaz de soportar ese dolor, y sin embargo permaneció de pie.

Un silencio paralizante se cernió sobre la iglesia. Con el rabillo del ojo vio el resplandor de los atavíos de los clérigos: plata, oro y el brillo de la seda. Alzó la vista: la procesión se había detenido a su altura y el cardenal Melchior la contemplaba fijamente. Lo había visto hacía dos días y un escalofrío le recorrió la espalda al ver cuánto había envejecido desde ese último encuentro. La piel se tensaba por encima de los huesos de su rostro y dejaba adivinar la calavera que había debajo. Tenía los labios trémulos y un murmullo recorrió la iglesia. Melchior tenía lágrimas en los ojos. De pronto Agnes supo lo que debería haber hecho: tendría que haber abandonado la fila y tenderle la mano. Sabía que él se sentía culpable de la muerte de Cyprian... Y cómo no habría de hacerlo: ella también lo culpaba.

No podía hacerlo, no podía fingir ante toda la comunidad que algún día podría perdonarle. Andrej le soltó la mano y ella observó cómo ambos hombres se estrechaban la mano y que después el cardenal estrechaba la de Alexandra y la de Wenzel. Los niños avanzaron y también le tendieron la mano al cardenal con gesto tímido. Melchior les sonrió entre lágrimas y luego volvió a contemplarla. No podía negarse a él, pero tampoco podía acercarse, así que plegó las manos y bajó la cabeza.

Requiem aeternam dona eis, Domine.

Oyó el murmullo que recorría la iglesia y, exhausta, pensó: «Vosotros, hipócritas criaturas, os indignáis de vuestros propios errores». Andrej volvió a cogerle la mano y ella se enderezó. El murmullo se apagó lentamente y la procesión avanzó hacia el altar. El cardenal caminaba encorvado como si hasta las nubes de incienso fueran lo bastante pesadas para aplastarlo. Agnes advirtió que el simple hecho de subir los escasos peldaños de la nave hasta el altar le suponía un esfuerzo. Era un anciano y él también había perdido a la

única persona a quien su corazón había pertenecido por completo. Debía perdonarlo, Cyprian así lo hubiese querido. Él mismo le habría perdonado su muerte a su tío. Con la mirada perdida, Agnes contempló los preciosos atavíos que pasaban a su lado.

Entonces se apagó el último resplandor blanco de un hábito y su mirada se posó en las personas situadas al otro lado del pasillo central. Algunas la contemplaban con curiosidad y apartaban la mirada en cuanto notaban que las habían descubierto. La mayoría seguía a los clérigos con la vista. Solo un rostro siguió dirigido hacia ella, una borrosa mancha clara envuelta en un oscuro manto. Lentamente, su mirada empañada enfocó ese rostro y con un lento estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo, lo reconoció.

El hombre expresaba compasión y al mismo tiempo trataba de lanzarle una sonrisa de ánimo; sus rasgos adoptaron el aspecto de una anciana lloriqueante. Parecía haber ensayado la expresión. Asintió con la cabeza, luego se apartó con gesto altivo y dirigió la mirada hacia el altar. A juzgar por la carne que se había acumulado en su cara y su cuerpo, los años parecían haberlo tratado bien.

Agnes clavó la mirada en el suelo, consternada, y de repente sintió una diminuta punzada de temor en medio de su dolor.

Era una viuda acaudalada y los buitres ya aparecían en su horizonte personal.

El hombre que formaba parte de la comunidad doliente al otro lado del pasillo llevaba ropas costosas y, a juzgar por su aspecto, era imposible que acabara de llegar a la ciudad hacía unos instantes, sino que ya debía de encontrarse en Praga hacía un par de días. No se había presentado en su casa ni una sola vez; había apostado por el efecto que ejercería sobre Agnes si ella lo veía por primera vez allí, en la iglesia. No se había equivocado y el corazón de Agnes se encogió.

El hombre era Sebastian Wilfing.

El réquiem por Cyprian Khlesl prosiguió: *Introitus*, *Kirie*, *Graduale*... En este último, el cardenal Khlesl parecía haber hallado la seguridad que la presencia de Andrej le proporcionaba a ella. No le dirigió la mirada ni una sola vez, en cambio Agnes se dio cuenta de que ella misma no dejaba de dirigirla hacia el otro lado del pasillo buscando a Sebastian Wilfing, pero él había bajado la cabeza y parecía sumido en sus oraciones. Agnes se preguntó si había cobrado el valor de acudir gracias a un impulso propio, pero lo dudó. Creyó reconocer la mano de su madre tras la presencia de Sebastian. Sus padres, Theresia y Niklas Wiegant, no habían podido emprender el viaje a

Praga debido a su edad, pero no era improbable que Theresia hubiese convocado al que antaño deseó que fuera su yerno y lo hubiera instado a visitar a Agnes en Praga. Posiblemente le había susurrado lo siguiente al oído: «Los molinos de Dios muelen lentamente, pero si te das maña, ahora molerán tu trigo. El Señor ha querido que Agnes enviudara». Agnes se estremeció y la diminuta chispa de miedo se convirtió en una mucho más grande de cólera.

El coro del *Tractus* no le llegó al corazón. Como en todos los días de expiación y de duelo, reemplazaba el Aleluya que se entonaba antes de la ofrenda. Ella sabía lo que se añadiría al final: el himno del Juicio Final y, sorprendida, comprobó que ansiaba escuchar dicho himno, puesto que preveía que el *Dies Irae* alimentaría la ira que empezaba a sentir y dicha ira le serviría para prepararse cuando al final todos se acercaran para darle el pésame, cuando finalmente Sebastian Wilfing se plantara ante ella y volviera a adoptar esa expresión llorosa. La ira era un sentimiento tórrido y en medio de ese frío inconmensurable que le helaba el alma, nada resultaba más bienvenido que un poco de calor.

Dies irae, dies illa: día de la venganza, día de los pecados...

Entonces se percató de que rápidas pisadas de botas estallaban en medio del cántico y que las primeras personas se volvían. Una vez más surgió un murmullo. Agnes oyó el lento chirrido del portal de la iglesia que volvía a cerrarse y el estrépito cuando se clausuró de golpe.

*¡Cuánto terror habrá en el futuro
cuando el juez haya de venir...!*

Como todos los presentes, ella volvió la cabeza para ver quién había entrado.

No podía dar crédito a sus ojos.

Filippo había pasado unos días en el palacio Lobkowitz sin ver a nadie excepto al criado que le llevaba la comida. Debería haber albergado dudas acerca de si había hecho lo correcto, pero en realidad lo embargaba una gran confianza. No lograba descubrir a qué se debía. A lo mejor su alma había comprendido que la meta de sus deseos estaba próxima. Por fin un hombre entró en la pequeña habitación en la que Filippo se alojaba; llevaba un manto de viaje negro, un grueso bulto bajo el brazo y una suerte de salpicadura de fango amarillento todavía medio húmedo lo cubría de pies a cabeza. El hombre lo saludó con la cabeza y preguntó:

—¿Sabéis montar, reverendísimo?

Filippo se encogió de hombros. El hombre le arrojó el bulto, que contenía otro manto de viaje de tela pesada.

El compañero de Filippo olía a caballo, a sudor y a un largo viaje. El sacerdote sospechó que no había tenido oportunidad de tomarse un descanso prolongado antes de ir a verlo e instarlo a que lo acompañara.

Más tarde, cuando pasaron junto al lugar donde se encontraba el fango amarillento y Filippo calculó las horas de viaje mentalmente, se dio cuenta de que el hombre no había esperado ni un minuto. Había llegado a Praga, había ido a verlo y emprendido el viaje de regreso con Filippo en el acto. Ambas cabalgaduras tenían el pelaje hirsuto y estaban tan sucias como el jinete. El hombre había montado a ambos por turnos y quizá solo se había tomado un breve descanso por las noches. Si existía un ejemplo de entrega, obediencia o mero temor ante el poder de su ama, ese era él: un hombre corpulento de anchos hombros del que cabía suponer que no sentía temor ante nada, salvo quizás ante el diablo, y tal vez era precisamente ese temor el que lo impulsaba. Filippo estaba impresionado.

—¿Adónde nos dirigimos?

—A Pernstein, la residencia familiar de mi ama.

—¿Dónde queda eso?

Filippo había aprovechado los últimos días para mejorar su dominio del bohemio. Aún era imperfecto y todavía tenía que buscar muchas palabras, pero al menos comprendía lo que decían los demás y en general estos entendían lo que él quería transmitirles.

—¿Sabéis dónde se encuentra Brno, reverendísimo?

Filippo negó con la cabeza. Su compañero de viaje se encogió de hombros.

—¿Por qué no nos quedamos en Praga, ya que tu ama me recibió allí?

El hombre no respondió, así que ambos siguieron viaje, mayormente en silencio. El final del invierno se hacía notar en todas partes. Los caminos eran un fangal o habían quedado completamente intransitables, y en cuanto a los campos, en los que los primeros campesinos comenzaban a trabajar, apenas eran algo más que pantanos en los que las figuras se hundían hasta las rodillas y acababan por adoptar el mismo color, aspecto y hedor. Filippo recordó la historia del Golem, el hombre de barro, que había oído en Praga. Según contaban, los judíos lo habían creado para que les prestara ayuda. Los campesinos eran sus propios Golem, y era casi como si la tierra los hubiese generado y los hubiera formado no de barro sino de mugre, paridos del lodo al que un día volverían. Bastaba con contemplarlos y recordar que supuestamente el Señor había creado al hombre a su imagen y semejanza para comprender que Dios no podía existir. No hacía falta presenciar cómo una de esas criaturas de barro de pronto caía de rodillas gimiendo y expulsaba algo que después quedaba tendido en un surco del campo, chillando y retorciéndose en medio de un charco rojizo y cubierto de harapos, y bien le esperaba una muerte inmediata justo después de entrar en la vida, bien emprendía una existencia que Dios en ningún caso podía desear para un ser semejante a Él.

No era necesario visitar campos de batalla, cárceles o cámaras de tortura, o presenciar una ejecución. Bastaba con contemplar a esas criaturas despreciadas por todos, sin cuyo mortífero trabajo cotidiano ninguno de los encopetados señores hubieran tenido un bocado que llevarse a la boca y de cuyo estrato antaño surgieron sus remotos antepasados, para saber que la fe en el poder del Bien y en que una fuerza invisible acabaría por arreglar las cosas era una absoluta estupidez. A lo largo de los últimos cincuenta años los campesinos de prácticamente todo el imperio se habían convertido en siervos, habían perdido el derecho de servirse de la dula así como de los prados y los bosques, se habían visto obligados a realizar servicios feudales como hacía quinientos años, y ya ni siquiera poseían su propia jurisdicción. Quien no

encontraba su sustento en la superficie de la tierra, trabajaba por debajo de esta en agotadas minas de plata cuya existencia se veía amenazada por la plata barata procedente del Nuevo Mundo. Quienes creían que en las ciudades hallarían la libertad y la protección de los gremios, experimentaban la explotación por parte de los artesanos, trabajaban más de noventa horas a la semana e iniciaban su jornada laboral a las cuatro de la mañana para dar por concluida su labor a las siete de la tarde... según la hora de Bohemia.

El Golem había intentado desprenderse del yugo de la servidumbre y sus creadores habían acabado por aniquilarlo. En diversas ocasiones también los campesinos habían intentado librarse de los señores a los que ellos alimentaban, al tiempo que los trabajadores se rebelaban contra las máquinas que les arrebataban el pan, y en todos los casos lo habían pagado más caro que los soldados bajo el ataque de un ejército enemigo. De hecho, la analogía con el Golem resultaba preocupante.

El aspecto de Pernstein desencadenó una oleada de sensaciones en Filippo. Al principio le resultó chocante. El castillo se elevaba por encima de los bosques y las copas de los árboles tal como Sant'Angelo se elevaba por encima de las cumbres y los tejados de Roma, y cuando se le ocurrió dicha comparación, Filippo sintió angustia. De pronto volvió a reconocerse como lo que era: un renegado, un traidor que había renunciado a todos sus juramentos, que había traicionado al Señor, alguien que se dirigía a la oscuridad.

Pero entonces la parte tozuda de su entendimiento, esa que siempre solía hablar con la voz de Vittoria, se dio cuenta de que si Pernstein era comparable con Sant'Angelo y despertaba los mismos sentimientos en él, acudir allí era lo correcto, que Pernstein había sido su meta desde los días en que Scipione, sentado en su escondite, había puesto a prueba la firmeza del alma de su hermano menor. Si Sant'Angelo era la fortaleza de una fe insípida y petrificada en sí misma en la que ya nadie podía creer, tal vez Pernstein fuese el monumento de una nueva fe. En ese mundo, todo necesitaba un opuesto. Si eso era cierto, entonces además del Castillo del Ángel también debía existir el del diablo, y si este se encontraba allí en Moravia y llamaba a Filippo, entonces se hallaba en el camino adecuado. Tal como Filippo contemplaba la fe católica, lo contrario solo podía resultar atractivo.

Conmocionado, contempló las abruptas murallas, el mosaico de tejados, torres y saledizos que en los muros formaban toscos rostros gigantescos, la única torre del homenaje solo conectada con el edificio principal mediante un puente de madera: una advertencia, un monumento que se presentaba frente al viajero y lo desafiaba a demostrar su valor porque sabía que fracasaría.

Había aspectos que disgustaban a Filippo, cuestiones entre las que figuraban los campesinos y arrendatarios de los alrededores del castillo. Se trataba de seres mudos y pálidos que trabajaban encorvados, y si alguno echaba un vistazo al castillo por encima del hombro, a Filippo le parecía que dicha mirada estaba marcada por el miedo y el sometimiento. En ese momento volvió a oír la voz de Vittoria diciéndole que en los pasillos y entre los criados del palacio de Laterano las cosas no eran mejores, que allí también circulaban las figuras encorvadas y temerosas, con miedo ante el poder de los sacerdotes, los cardenales y los secretarios de un Papa cuya única preocupación consistía en aumentar la riqueza de su familia y amarrar su propia gloria en una nueva fachada de piedra para una vieja iglesia, en vez de preocuparse por el amor al prójimo y las urgentes reformas de la fe. Quizás el dominio del diablo había comenzado en Pernstein, pero en cierto modo apenas se diferenciaba del dominio de Dios en Roma.

Alojaron a Filippo en la segunda planta de la torre del homenaje. Halló un cuenco de agua, destinado tanto a beber como a lavarse, por lo demás no había alimentos. Su estómago protestó, pero lo satisfizo con un sorbo de agua y se lavó la cara y las manos. Su sotana estaba tan sucia y desgarrada que habría preferido quitársela y quemarla, pero nadie puso otras ropas a su disposición, así que se conformó con lo que tenía. Justo cuando empezaba a preguntarse si debía prepararse para una espera tan prolongada como en el palacio Lobkowitz, la puerta se abrió y un criado lo invitó a seguirlo.

El sirviente condujo a Filippo a través del puente hasta la parte principal del castillo y a lo largo de interminables pasillos que, si bien estaban desiertos, le recordaron un poco los sótanos de Roma, repletos de artefactos aparentemente inútiles, en los que antaño confió en encontrar la Biblia del Diablo. Por fin llegó a un recinto que antes debía de haber sido la capilla del castillo. Allí se encontró con dos personas y Filippo experimentó la primera conmoción.

Eran un joven y una muchacha. El joven tenía los cabellos largos, la barba bien recortada y el agraciado rostro de las imágenes de los ángeles. Aunque había adoptado una expresión ofendida, su belleza debería haber apagado el brillo de todo lo demás, pero junto al resplandor de la figura que estaba a su lado no era mucho más que una sombra oscura que proyectaba una mancha gris sobre el blanco resplandeciente.

En Praga Filippo había tenido bastante tiempo para examinar el perfil de Polyxena von Lobkowitz y su belleza lo había cautivado, al igual que la frialdad que irradiaba. Allí en Pernstein la dama se había maquillado el rostro

de un blanco luminoso y Filippo sostuvo el aliento cuando ella se volvió hacia él. Era como si el suelo se abriera bajo sus pies y cayera en un profundo abismo.

—Filippo Caffarelli —dijo—, ¿creéis que habéis alcanzado la meta?

Aunque únicamente fuera por esa voz, un hombre más casto que Filippo habría sopesado abandonar la Iglesia y arrojarse a sus pies. Durante su primer encuentro en Praga la belleza sensual de Polyxena lo había conmovido, pero la faceta de su personalidad que la dama mostraba en ese lugar se adueñó de su cuerpo, dejó de lado su alma y su conciencia, y se adueñó del lugar donde —incluso en un hombre dedicado al sacerdocio desde la infancia— se albergaba el animal que venteaba el efluvio de la pasión. Filippo ignoraba que le ocurría exactamente lo mismo que al joven de mirada sombría que permanecía de pie junto a la blanca aparición. La única diferencia consistía en que allí donde en Heinrich Wallenstein-Dobrowitz se agitaba un monstruo que solo ansiaba causarles el mayor dolor posible a los demás, en Filippo Caffarelli se removió algo que quería destrozarse a sí mismo debido a la vida inútil que había llevado hasta entonces.

—No lo sé —contestó él, mintiendo.

—¡Oh, un dubitativo! —exclamó el joven entre carcajadas, aunque su risa parecía falsa. La mujer maquillada de blanco hizo caso omiso de él.

—¿Se encuentra aquí?

La mujer dio un paso a un lado y Filippo vio un atril en el que reposaba un gigantesco libro abierto. El cuerpo del sacerdote empezó a vibrar como si a su lado alguien golpeará un inmenso tambor y luego se acercó.

El joven se interpuso en su camino.

—¿Se puede saber qué hace este meapilas aquí? —preguntó sin despegar la vista del recién llegado.

Filippo notó que el otro lo contemplaba con ira incontenible y aunque el retumbo permanente que zumbaba en sus oídos empezaba a confundirlo, se dio cuenta de que la mayor parte de la ira no se dirigía contra él, sino contra la mujer de blanco. Filippo ignoraba el puesto que ocupaba el apuesto hombre; hablaba en bohemio, pero se diferenciaba de todas las otras personas al servicio de la señora de Pernstein que hasta entonces había conocido.

—En la nueva era en cuyos albores nos encontramos todos ocupan su lugar —declaró ella en tono suave—. Hasta un meapilas. Incluso alguien como vos, amigo mío.

—Considero que he demostrado mi valía más de una vez.

—¿Atacando a un grupo de monjes sin un acuerdo previo y trayendo un libro que carece de valor?

—¡Diana! —exclamó el joven y por detrás de toda la rabia y el dolor Filippo oyó un matiz de súplica—. Si me hubiera puesto de acuerdo con vos con anterioridad, los monjes habrían escapado. Había que actuar con rapidez. ¡Solo pensé en vuestro interés!

—¿Y cómo pretendéis saber, querido Henyk, cuáles son mis intereses?

—¡Somos socios! ¡Vuestros intereses también son los míos!

—De vez en cuando —puntualizó ella—. Solo en determinados casos —añadió, sonriendo.

Filippo vio que ella dirigía la mirada a la entrepierna del joven y de pronto se le secó la boca. Henyk empezó palideciendo y después se sonrojó. Entre tanto, Filippo había llegado a su propia conclusión con respecto al vínculo que los unía y estaba convencido que en este Henyk desempeñaba el papel inferior. La pasión que irradiaba y la sensualidad que el saludo entre ambos había despertado en Filippo al principio se combinaron e hicieron que, pese al frío reinante, la sotana le resultara insoportablemente calurosa y estrecha. Con el instinto que la larga experiencia como sacerdote le había proporcionado, comenzó a convertir la torturante sensación en una profunda y aguda concentración. La vibración que emitía la Biblia del Diablo le proporcionó el ritmo, más lento, profundo y emocionante que cualquier latido de su corazón. Era la concentración que a veces le permitía creer a un siervo de Dios que podía establecer contacto con su Creador. No obstante, Filippo no emplearía la fuerza para comunicarse con Dios. Dios estaba muerto. La vibración que agitaba las fibras de su cuerpo le mostró el único poder que aún estaba vivo, y el libro apoyado en el atril era el portal que daba acceso a él.

—Solo os dejasteis llevar por vuestros nimios sentimientos cuando buscasteis la confrontación con Cyprian Khlesl —declaró ella.

Al oír ese nombre Filippo aguzó los oídos.

—¡Y salí victorioso! —gritó Henyk—. Si Cyprian y yo nos enfrentábamos, vos no estabais dispuesta a apostar ni una moneda por mí... ¡y ahora veis quién quedó tendido en el suelo!

—Si hubiera presenciado la victoria —dijo ella—, quizá podría haberla valorado.

El rostro del joven se volvió pétreo y tragó saliva con tanta violencia que su nuez se agitó; la mirada que dedicó a Filippo era asesina. El sacerdote sabía que no era nada personal; solo se debía a que él era la única persona en ese lugar a quien Henyk osaba dirigir semejante mirada, y ello hizo que la

amenaza de muerte que transmitía fuese aún más insistente. Filippo supuso que más de un ser humano habría hallado la muerte en las manos de ese apuesto joven, solo porque este no había sido lo bastante fuerte como para dar rienda suelta a su cólera contra el auténtico destinatario de su odio. De no ser por el poder de la Biblia del Diablo que dominaba el recinto, tal vez los sentimientos que esa pareja compartía hubieran hecho vibrar el aire de la capilla.

—Tened en cuenta quién soy: a través de mí queréis eliminar al cardenal Khlesl. Si no fuese por mí, Alexandra...

—El cardenal Khlesl —dijo ella, contemplándolo como si fuera un insecto — ya no supone un peligro —añadió, y se volvió hacia Filippo.

—¿Qué significa eso?

La mujer prescindió de Henyk y con un ademán invitó a Filippo a acercarse.

—Aproximaos —dijo—. Venid y contemplad eso que habéis buscado durante tantos años.

La Biblia del Diablo estaba abierta en un lugar en el que ambas páginas aparecían cubiertas de escritura. Al principio de un capítulo había una letra iluminada de color azul, rojo y verde: una pequeña obra de arte en forma de una única letra mayúscula. Filippo había esperado ver oro y plata e iluminaciones cuyo esplendor brillara más allá de la página en las que se encontraban y que proyectaría reflejos sobre las paredes. Sin embargo, la iluminación era más bien pobre. La escritura era pequeña, estrecha y regular, y cubría las dos páginas que él contemplaba en cuatro bloques simétricos de trazos ascendentes y descendentes, con las gruesas curvas de la antigua caligrafía uncial. Notó que acababan de volver la página de la derecha: cerca del pliegue central formaba una curvatura que invitaba a introducir el dedo y volver toda la página a la izquierda, seguir hojeando y descubrir qué revelaban las dos páginas siguientes. Con el diafragma vibrando e incapaz de enfocar la vista, Filippo aceptó la invitación como si estuviera en trance.

Entonces retrocedió presa del espanto y tropezó con Henyk, que lo había seguido y que, casi en contra de su voluntad, parecía atisbar por encima del hombro de Filippo. De pronto este se llevó la mano a la frente para persignarse, pero se detuvo en el acto: no era el lugar indicado para hacerlo.

—¿Cuál es vuestra contribución? —oyó decir a Henyk.

Filippo se enderezó. Constató que podía soportar contemplar la imagen del diablo. Durante un instante había creído que las garras alzadas surgirían

del papel, lo aferrarían y lo arrastrarían al interior del libro. El corazón le latía como un caballo desbocado.

—¿Habéis descifrado el código? —preguntó con voz quebrada.

Al no recibir respuesta, se volvió. Le resultaba difícil despegar la vista del libro y del príncipe del infierno que aparecía en la página abierta. Una sonrisa crispó el rostro de Henyk. La mujer de blanco lo contempló con otra sonrisa, pero no respondió.

—Lo he leído todo sobre este libro, todo lo que logré encontrar en el Vaticano —dijo Filippo—. El papa Urbano se dedicó a investigarlo, encontré casi todas sus anotaciones.

—Proseguid —dijo ella.

—Creo que puedo descifrar el código.

La sonrisa de ella permaneció inalterada y no despegó la vista de Filippo cuando preguntó:

—¿Os basta como contribución, socio?

—Que el diablo se lleve al meapilas —gruñó Henyk.

Filippo contempló de nuevo el códice y con la punta de los dedos rozó la página donde aparecía la imagen del diablo. El pergamino parecía resistirse al roce, que resultaba tan desagradable como excitante. De pronto tuvo una visión. Se vio a sí mismo ante la fachada de Santa Maria in Palmis, ante las puertas de Roma. Estaba solo. La calle centelleaba bajo el calor, en los huecos del pavimento había charcos en los que se reflejaba el sol, un espejismo de agua, el cielo estaba casi blanco. El centelleo cobró forma de manera casi imperceptible, se transformó en una sombra que se acercaba danzando y agitándose hasta que de repente se convirtió en una figura humana. Filippo tragó saliva y enderezó los hombros. De un modo doloroso, lo invadió la certeza de que tendría que justificarse. De pronto la figura se alzó ante él y, para su desilusión, era Vittoria que lo contemplaba con rostro inexpresivo. Él tendió la mano hacia ella lentamente... y notó que lo agarraban de la muñeca. Parpadeó y volvió a encontrarse en el frío de la capilla de Pernstein. Los ojos azules de Henyk estaban a centímetros de su rostro y parecían querer leerle el pensamiento.

—No prometas demasiado —dijo en voz baja—. En este lugar las promesas incumplidas se pagan con sangre.

Filippo apenas le prestó atención y buscó a Polyxena von Lobkowitz con la mirada, pero descubrió que estaba a solas con Henyk y el libro. No la había oído abandonar la capilla.

—Esa no es la persona que conocí en Praga —susurró Filippo—. Esta mujer tiene dos almas.

Los rasgos tensos de Henyk se relajaron un poco y soltó la muñeca de Filippo.

—¿De veras? —dijo—. Creí que no tenía ninguna.

Filippo lo contempló fijamente. Un instante después Henyk le palmeó el hombro y se volvió, dispuesto a marchar.

—Mucha suerte, meapilas —dijo—. No eres el primero que lo intenta con el libro. Tendré mucho gusto en arrojar tu cadáver a los cerdos —añadió y, antes de alcanzar la puerta, se volvió una vez más—. Pero a lo mejor cumples con lo prometido, ¿verdad?

Filippo no le prestó atención. La visión todavía le aceleraba el pulso. En el último instante, antes de que Henyk interrumpiera el espejismo, el rostro de Vittoria se convirtió en el de Polyxena, y tenía la boca abierta como si quisiera hacerle una pregunta. Él podía imaginarse cuál hubiera sido: *Quo vadis, Domine?*

Era como una oleada. Delante, junto al portal de la iglesia, los primeros fieles cayeron de rodillas, los siguientes los imitaron y, con un paso de retraso, la oleada recorrió el camino hasta el altar tras el estrépito del taconeo de las botas. Agnes clavó la vista en el recién llegado con expresión atónita.

Era el rey Fernando.

Nunca en la vida hubiera creído que el rey de Bohemia (que pronto sería el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, según todos los rumores) haría acto de presencia en la misa de réquiem de Cyprian. Jamás hubiese pensado que el rey tenía idea de que, aparte del anciano cardenal, había otra persona que llevaba ese apellido. Y entonces Fernando de Habsburgo apareció en la iglesia.

El rey casi estaba junto a ella cuando el instinto de Agnes despertó y la impulsó a dar un paso adelante y salir de la hilera que ocupaba. Vio que la figura baja y rolliza de cabellos cortos pegados a la cabeza y sobresaliente mandíbula inferior se acercaba a ella e hizo una reverencia, procurando recuperar el control sobre su voz para poder saludarlo.

El rey Fernando titubeó y esquivó la figura inclinada mientras marchaba hasta el altar. Un susurro recorrió la iglesia. Agnes se volvió y lo siguió con la mirada; no tenía fuerzas para volver a enderezarse. El coro había enmudecido y el *Dies Irae* se apagó en medio de un murmullo. El cardenal Khlesl estaba demasiado estupefacto como para inclinar la cabeza. El rey se detuvo ante el altar y ambos hombres se contemplaron fijamente. Entonces el monarca se volvió y alzó las manos. El murmullo —que no había dejado de aumentar de volumen— enmudeció.

—En nombre del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico —gritó Fernando de Habsburgo—, y en el de la corona de Bohemia, que nos portamos, y también en nombre de la santa Iglesia católica, este hombre queda detenido —proclamó, volviéndose con gesto teatral para señalar al cardenal Khlesl.

El silencio que reinaba en la iglesia era tan absoluto que se oía el susurro de los vestidos. Agnes estaba completamente aturdida. Tenía la sensación de hallarse definitivamente atrapada en una pesadilla. Alguien deslizó una mano bajo su axila y le ayudó a incorporarse. Ella se irguió como si fuera una anciana. Andrej estaba a su lado y la sostenía. La viuda trató de decirle que no necesitaba su ayuda, pero sus labios no le obedecieron. De un modo vago percibió una presencia al otro lado, olió perfume abundantemente distribuido en diversas partes de un cuerpo maloliente y, con el rabillo del ojo, distinguió el rostro redondo de Sebastian aún crispado por la misma falsa sonrisa compasiva. Lo que más le habría gustado era abofetearlo, pero fue incapaz de hacer un movimiento.

El rey Fernando lanzó la mandíbula hacia delante y prodigó una mirada furibunda a la multitud que ocupaba la iglesia. El silencio todavía era absoluto.

—Este hombre —dijo el rey en medio del silencio— es un parásito del imperio y de la persona de nuestro amado emperador. Se resiste a todos los esfuerzos de llevar adelante la expulsión de la herejía protestante con la necesaria energía. Amenaza la vida del emperador Matías al no tomar medidas para evitar que los estamentos protestantes recluten soldados bohemios. Impide el rearme de un ejército imperial porque retiene fondos que el emperador necesita para reclutar fuerzas.

El silencio seguía reinando entre los presentes. El rey estaba pálido de ira. Si había confiado en cosechar aplausos, se había visto decepcionado. Agnes hizo un intento inútil de comprender qué era lo que Fernando de Habsburgo le echaba en cara al cardenal, pues todas sus afirmaciones eran ciertas... solo que ella y todos cuantos ella conocía habían aprobado la estrategia de Melchior porque impedía que estallara una guerra. Que en ese momento el rey Fernando las convirtiera en reproches resultaba tan desconcertante que de pronto uno suponía que no había comprendido sus afirmaciones. Con respecto a los fondos que Melchior retenía, resultaba que por lo demás eran suyos. No había sido el emperador Matías, sino el rey Fernando y el archiduque Maximiliano los que en numerosas oportunidades habían intentado en vano pegarle un sablazo.

—¡Este hombre —dijo el rey por fin— está acusado de alta traición!

La puerta de la iglesia se volvió a abrir y otros pasos se acercaron. Agnes reconoció los taconazos todavía más sonoros: estaban causados por pesadas botas de soldado. Se tambaleó y vio que dos oficiales se aproximaban. Antes de que la puerta volviera a cerrarse, desde el exterior relumbraron los aceros

de un pequeño grupo de hombres armados. Sebastian aprovechó la oportunidad y deslizó la mano bajo el brazo de Agnes. Fue como si la rozara un hierro candente.

—Quitaos el hábito de sacerdote y seguid a los señores Dampierre y Collalto —exigió el rey.

—Presento una protesta —dijo el cardenal Melchior con voz serena, que no obstante se difundió hasta en la última fila de la iglesia—. En nombre del emperador y del Papa...

—¡Silencio! —siseó el coronel a quien el rey había llamado Dampierre. Sus palabras golpearon a Agnes—. Volved a alzar la voz frente al rey, víbora, y os echaremos de esta iglesia a puntapiés, la iglesia que vos ensuciáis con vuestra presencia —dijo y arrojó algo oscuro sobre el altar—. ¡Poneos eso!

El pesado manto de soldado derribó el cáliz y la patena. El vino se derramó en el paño del altar, las hostias cayeron y rodaron por el suelo mugriento. De repente el cardenal Khlesl se encontró solo detrás de la mesa de las ofrendas: sus diáconos y monaguillos se habían apartado de él como de un enfermo.

Agnes notó que recobraba las fuerzas. Se dio cuenta porque a un lado y al otro, Andrej y Sebastian tuvieron que agarrarla para que no se abalanzara sobre el altar y se situara junto al anciano cardenal.

—¡Soltadme! —susurró, presa de la cólera.

Andrej negó con la cabeza, mudo. Tenía la frente cubierta de sudor. Agnes notó que con la otra mano sujetaba a Alexandra, que se debatía en silencio y con los dientes apretados. Había tenido la misma idea que Agnes y madre e hija intercambiaron una mirada. Entonces Agnes recuperó el juicio. Alexandra se dispuso a soltar un grito, la mirada de Agnes llameó y la joven calló.

—Por favor... —musitó Andrej.

—Es en bien de vosotras —berreó Sebastian.

El cardenal Khlesl recorrió la nave de la iglesia flanqueado por ambos coroneles. Se había cubierto los hombros con el manto y parecía menudo y frágil entre los dos soldados. Dampierre y Collalto lanzaban miradas amenazadoras a la multitud de dolientes. El rey Fernando marchaba detrás de su prisionero alzando el mentón. Algunas personas cayeron de rodillas; la mitad debido a un acto reflejo y volvió a ponerse de pie de inmediato al percatarse de lo que hacía. El silencio era como un muro y los rostros de los fieles estaban pálidos, pétreos y rebosantes de odio. Paso a paso, la confianza del rey se desvaneció. Cuando el monarca aceleró el paso y le pisó los

talones, Collalto tropezó. De la comunidad surgió un rumor que se transformó en una melodía en la que las palabras estaban clavadas como una amenaza.

Dies irae, dies illa...

El portal de la iglesia se abrió, una docena de soldados entró estrepitosamente y formó un cordón. Dampierre y Collalto también aceleraron el paso y arrastraron al cardenal Khlesl como si fuera un muñeco. El rey casi corría.

De pronto Wenzel se plantó ante Agnes, la abrazó sin pronunciar palabra y después echó a correr tras los hombres. La puerta de la iglesia se cerró con gran estruendo.

El improvisado coro de fieles enmudeció.

Agnes se apoyó contra Andrej y lloró por todo lo que una vez fue bueno y se había perdido.

Heinrich encontró a Diana en el extremo del puente que daba a la torre del homenaje. Ella lo contempló con rostro inexpresivo.

—¿Por qué me hacéis esto? —soltó él.

—No os hago nada.

—Ni siquiera examinasteis la Biblia del Diablo. Hacerme con ella ha costado sangre.

Ella alzó la mano y rozó el lugar en el hombro en el que la bala de Andrej había desgarrado la tela y herido la piel. Heinrich se había vendado la herida, era dolorosa pero no grave. El contacto le hizo bien; entonces ella aumentó la presión y el dolor se incrementó. Si se trataba de una prueba, él tenía la intención de soportarla. De pronto Diana bajó la mano y, sorprendido, Heinrich comprobó que el dolor había causado un eco libidinoso en su entrepierna y que se sentía tanto aliviado como decepcionado de que ella no lo prolongase.

—La parte posterior del cuero de la encuadernación está perforada por diversos agujeros, como si lo hubiera salpicado un líquido corrosivo. Se trata de unos agujeros que no aparecen en el original. Quizá debido a que alguna sustancia rebosó durante uno de los experimentos del emperador Rodolfo. Los herrajes de la copia son caros y más finos porque el emperador Federico II, que encargó la realización de la copia, disponía de más dinero que los monjes de Podlaschitz. En el original, la imagen del diablo presenta unas manchas negras causadas por las manos que lo tocaron con la esperanza de asimilar su poder mediante un simple roce. La página de la copia está casi intacta porque cuantos estaban relacionados con la copia eran débiles, tanto mentalmente como de corazón. Por lo demás, ambos ejemplares son idénticos, a excepción de algunas páginas que faltan. ¿Algo más?

Ella habló en tono tan aburrido que Heinrich empezó a temblar de ira.

—¿Y qué significan los remilgos con el meapilas? —preguntó, sabiendo que en su presencia una vez más se comportaba como un niño pequeño.

Para su desconcierto, notó que ella lo contemplaba largamente con los párpados entornados y dio por sentado que la dama seguiría burlándose de él. Entonces una breve sonrisa atravesó el rostro de ella.

—¿Por qué estáis tan enfadado, socio? —preguntó.

«No estoy enfadado —quiso responder—, solo es la expectativa lo que me acongoja. ¡Liberadme de ella!». Pero ella ya se había apartado y contemplaba el desdibujado paisaje que se extendía a los pies del castillo, salpicado de zonas boscosas cada vez más tupidas hasta convertirse en un océano gris de copas de árboles que se confundía con las nubes del horizonte.

—¿Creéis que el meapilas será capaz de descifrar el código?

—Decídmelo vos, que sois la experta en el condenado código.

—A lo mejor ha acudido en vano... —dijo ella, y volvió a dirigirle una leve sonrisa.

Heinrich se esforzó por contener la cólera. Cuanto más tiempo la contemplaba, allí, en ese otero, con los largos cabellos rubios agitados por el viento y los ojos brillando en el blanco maquillaje, tanto más fácil le resultaba. Un sentimiento no menos intenso reemplazó la ira. Como solía ocurrirle, solo quería poseerla y se acercó, pero en vez de contemplar el panorama se perdió en el perfil de ella.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó.

Ella no cambió de expresión.

—El político inteligente trabaja con los medios de que dispone —fue su única respuesta.

Heinrich recordó lo que ella le había dicho durante la última prolongada conversación en Pernstein: «El rey Fernando y el archiduque Maximiliano... traman la guerra que necesitan para llevar a cabo sus planes».

—Habrá una guerra que durará mil años —dijo ella.

—Habéis lanzado al rey y al archiduque contra el cardenal —observó Heinrich.

—El archiduque austríaco y el rey de Bohemia quieren la guerra. Fernando cree que solo puede impulsar la Contrarreforma a sangre y fuego, y además aún se avergüenza debido a que los estamentos bohemios solo aprobaron su nombramiento porque lo consideraban estúpido. Maximiliano se ve impulsado por los impetuosos de la Orden Teutónica y por su derrota todavía no superada frente a Segismundo Wasa en la lucha por la corona de Polonia. Apenas existe un poder mayor que el de dos fracasados que se han unido para hacer pagar al mundo por su humillación.

—Lo único que han de hacer es convencer al emperador para que no interceda en favor de su amigo Khlesl.

Ella observó un ave de presa que levantó el vuelo de un árbol y ascendía al cielo trazando círculos cada vez más amplios. Un grito sonó en medio del silencio, parecía el de una presa víctima del implacable pico.

—¡Me prometisteis que Alexandra Khlesl sería para mí, Diana!

—No he dicho lo contrario.

—Pero ahora ya no la necesitamos.

—Es mi regalo para vos.

—Sabéis que, en comparación con quien me lo otorga, el regalo no significa nada para mí.

—Y vos deberíais saber que el camino más seguro al corazón de una mujer pasa por los regalos.

Heinrich se dispuso a hacer un comentario, pero luego cambió de idea. Una extraña mezcla de sentimientos hervía en su interior e hizo que el rubor le cubriera las mejillas: el rechazo experimentado desde el primer instante a causa de la indiferencia de Diana respecto de la vida de Alexandra y al mismo tiempo la voluptuosa perspectiva de poseer a la joven y hacer con ella todo lo que le había dicho al herido Cyprian antes de pegarle el tiro de gracia. Sabía que si Diana le hubiera ordenado desistir de Alexandra Khlesl, una mitad de su ser habría sentido alivio... y la otra se habría enfurecido.

—¿Queréis que os traiga a Alexandra como sacrificio? Decid una palabra y...

Ella se encogió de hombros y, sin el menor recato, dirigió la mirada a la entrepierna de él.

—¿Os agradaría tal perspectiva?

Antes de poder controlarse, él la cogió de la mano.

—¡Participad! —soltó—. ¡Por favor! Lo prepararé todo. Yo... pensad en Praga... yo... participad... —añadió, y luego enmudeció.

Ella retiró la mano de la suya y lo contempló. Heinrich clavó la vista en los ojos de lince y en las sombras que se movían bajo el maquillaje y que eran uno de sus enigmas. Ella le rozó los labios con un dedo y él abrió la boca para chuparlo. Ella retiró el dedo de la boca de él, lo deslizó a lo largo de su garganta y por encima del lazo que sujetaba el cuello de su chaqueta, de la ancha gorguera de puntillas y de la herida del hombro. Antes de alcanzarla, retiró la mano y le devolvió la mirada a él. Heinrich parpadeó cuando ella se llevó el dedo que él había chupado a los labios y luego lo lamió. Sin desviar la mirada, las comisuras de su boca esbozaron una sonrisa burlona.

—Diana... —susurró él—. Por favor...

—Ese día llegará —declaró ella, y se dirigió al edificio principal.

Heinrich se tambaleó hasta el establo como un borracho. Una figura esbelta estaba de pie en medio de una columna de partículas de polvo iluminadas por un haz de luz y canturreaba. Era Isolde. Hacía un tiempo que Diana le permitía vagar por el castillo a voluntad. Él lo había considerado una prueba a su capacidad de contenerse y la había esquivado siempre que se alojaba en Pernstein. En ese momento la contempló con ojos enrojecidos y ella le regaló su sonrisa luminosa y vacía. Heinrich se vio a sí mismo clavando las manos en el cuello de la ridícula túnica gótica y arrancándola hasta la cintura, sintió el roce del cuerpo de ella al presionarla contra la pared y arrancarle el vestido, notó la tersura de sus pechos que presionaba brutalmente y la suavidad de su entrepierna en la que hundió la otra mano. Ella soltó un grito. Él le apretó la garganta y con la otra mano trató de bajarse el pantalón. Su espada traqueteó; la... la utilizaría para...

Entonces se detuvo, tambaleándose. Tenía las manos tendidas, pero la distancia entre ambos era demasiado grande para poder tocarla. Ella aplaudió y, con entusiasmo, señaló los caballos y después a él. Sus balbuceos parecían concentrarse en unas únicas palabras incomprensibles. Brincaba y soltaba alegres risitas como una niña que bailara al sol.

De repente Heinrich comprendió la palabra que balbuceaba: Lanzarote. Él era Lanzarote. Ella lo había visto llegar a Pernstein en compañía de un pequeño ejército y del botín cobrado y lo tomó por el caballero que regresaba al hogar, cuyas sagas heroicas ocupaban todo su inútil cerebro. Él era Lanzarote. No necesitaba violarla porque haría todo lo que a él se le pasara por la cabeza, solo debido a que en la ignorante inocencia que le había sido concedida en vez del juicio, el pudor no existía. Además, él era Lanzarote, y aunque al día siguiente fuese Gawain y al otro Erec, eso no cambiaría nada y ella se entregaría a él con risa alegre. Ella no lo reconocía, él no existía para ella, como mucho era un personaje de fantasía que formaba parte de historias incomprensibles. Con claridad sorprendente, Heinrich fue consciente de que abusar de ella no lo satisfaría, ni siquiera aunque lograra acabar con ella en medio de mil torturas. Nunca hubiese sido él mismo quien lo habría hecho, sino uno de los caballeros de la Tabla Redonda.

—Sí —se oyó decir a sí mismo—. Soy Lanzarote.

—¡Gnhhh! —exclamó ella, brincando sin parar. Después hizo una torpe reverencia sin dejar de soltar risitas.

Heinrich inclinó la cabeza con gesto brusco, luego arrastró su caballo del establo y empezó a ensillarlo sin aguardar a uno de los mozos de cuadra. Por fin tenía claro cuáles serían sus próximos pasos: debía dirigirse a Praga lo antes posible.

El modo en el que las situaciones se repetían en la vida resultaba atroz. Agnes se veía a sí misma hacía veinticinco años, de pie junto a la ventana, con la vista clavada en una callejuela de Praga mojada por las primeras lluvias de primavera. Sebastian Wilfing le hablaba en tono insistente, pero ninguna de sus palabras lograban conmoverla.

Al recordarlo luchó contra las lágrimas. Y ese día también miraba por la ventana, pero sin ver los delicados inicios de la primavera, escuchando las palabras de Sebastian Wilfing y negándose a comprender qué decía. Cyprian ya no estaba a su lado, la había abandonado. Agnes tragó saliva y apretó los dientes; tenía que dejar de llorar y tratar de volver a participar en la vida..., no por ella, sino por los niños y por las personas que dependían de ella. Tal vez el futuro había dejado de existir, pero ello no debía significar que también dejara de existir para Alexandra, Andreas y el pequeño Melchior... ni para la empresa Wiegant, Khlesl & Langenfels.

—... y por eso casi todos los comerciantes de Viena se negaron —peroraba Sebastian, sentado ante la mesa del salón con una copa de vino e intentando fingir que solo era un mensajero y un amigo bienintencionado llegado de la lejana Viena, mientras que su lenguaje corporal revelaba que ya comenzaba a sentirse como en su casa—. Solo porque desde hace un par de años existe un tratado comercial con el reino otomano según el cual ambas partes tienen derecho a realizar negocios en el territorio del adversario, ello no significa ni con mucho que nosotros los vieneses hayamos de enviar nuestras mercaderías a Hainburg, tal como desea la burocracia del emperador. ¡No tenemos ningún motivo para aventurarnos en los territorios del turco! Mientras este siga ocupando Hungría, que los comerciantes húngaros hagan el favor de acudir a Viena. Desde que el turco se instaló en Hungría, Viena se ha convertido en la sede principal del comercio alemán e italiano con el este, así que ¿por qué habríamos de renunciar a semejante monopolio?

Agnes hizo un esfuerzo y se volvió. Se alegró de que, al estar de espaldas a la ventana, Sebastian no pudiera distinguir su rostro con claridad, porque no había podido retener las lágrimas.

—Creí que en tiempos como estos, donde el comercio flaquea en todas partes, había que lanzarse a nuevas rutas comerciales —dijo ella—. ¿Acaso no resultaría más barato importar las mercancías de Oriente si existiera un contacto comercial directo con Constantinopla en vez de que los turcos negocien con Hungría y luego estos lo hagan con nosotros? Que yo sepa, dicho rodeo resulta casi tan caro como si uno importara las mercancías directamente a través de Venecia. ¿No sería mejor pensar en fundar una compañía comercial oriental, y no rememorar permanentemente los prejuicios de los últimos cien años?

—El comercio a través de Venecia se volvió imposible debido a la guerra —dijo Sebastian con voz chillona, una señal de que no tenía argumentos bien fundamentados para contradecirla.

—Desde principios de año reina la paz entre Venecia y el imperio. Si yo fuese un comerciante actuaría ahora mismo, antes de que los venecianos vuelvan a dominar el comercio con Oriente y sean ellos quienes fijen los precios.

—Ah —dijo Sebastian—, eso nos lleva al punto en cuestión, ¿verdad?

—¿Qué punto?

Él carraspeó y contempló su copa, que al parecer estaba vacía. Deslizó la mirada por el salón y descubrió a una criada atareada con el fuego.

—Eh, tráeme más vino —chapurreó en bohemio, y sonrió a Agnes como diciendo: «¡Mira lo que sé hacer!». Agnes frunció el ceño.

La criada permaneció inmóvil y dirigió una mirada interrogativa a su ama. La sonrisa de Sebastian se desvaneció. En caso de que hubiese confiado que con ese intento demostraría que durante las últimas cuatro semanas la servidumbre ya lo había aceptado como una suerte de reemplazo del dueño de la casa, se había equivocado. Agnes sopesó la idea de pasar por alto el vano intento y sobre todo no indicar a la criada que cumpliera el deseo de su huésped, pero habría sido infantil, así que asintió. La joven abandonó el salón y Sebastian meneó la cabeza.

—Demasiada desidia —murmuró—. Falta la mano del amo.

Ella se dio cuenta de que le hubiera gustado añadir un comentario desdeñoso sobre la actitud de Cyprian con el personal, pero no se atrevió e hizo girar la copa entre los dedos.

—Por fin ha llegado la primavera —dijo Agnes.

—Sí —comentó Sebastian—, sí, es verdad.

—Me alegro de que no hayas regresado inmediatamente después del funeral. Me habría preocupado mucho por ti, pero ahora los caminos vuelven a ser transitables. Te agradezco que me hayas prestado tu apoyo todo este tiempo.

—Eh... —tartamudeó Sebastian, solo que a Agnes le pareció que soltaba un berrido de cerdo—, eh... yo no he...

—No, lo sé —dijo Agnes, invadida por una sensación que, pese a su dolor, se parecía bastante a la alegría por el mal ajeno—. Sé que querías regresar a Viena mucho antes. A fin de cuentas, te aguarda una empresa y por eso te estoy tan agradecida.

Sebastian inspiró. La criada llegó con una jarra de vino y le llenó la copa, y el hecho de que volviera a llevarse la jarra en vez de dejarla en la mesa indicó a Agnes con toda claridad la opinión que Sebastian merecía a la joven. Uno también podía manifestar su opinión adoptando una actitud servil, pero el gesto resultó superfluo: Sebastian no se percató del significado.

—Eh... —volvió a tartamudear—... eh... por desgracia tu padre apostó a que el comercio con el turco mejoraría. Sufrió una pérdida considerable.

—Aún no he oído nada al respecto. Debería habernos informado. Cyprian es su socio.

Se mordió los labios y trató de controlar sus sentimientos. Cyprian había sido el socio de Niklas Wiegant. Cyprian ya no estaba. La sociedad solo pasaría a ella como viuda de Cyprian una vez que el suficiente número de manos hubiera sido untado, el gremio de Praga apoyara la solicitud y sobre todo cuando Niklas Wiegant y sus propios socios concedieran su acuerdo. El socio más importante de Niklas estaba sentado ante ella bebiendo vino. Agnes sintió frío al comprender la verdadera magnitud de los problemas que había ocasionado la muerte de Cyprian.

—Sí —dijo Sebastian en un tono que sugería que su difunto esposo había estado al corriente de ello, pero que había sido demasiado perezoso, ignorante o testarudo para comprender el mensaje e informar a su esposa al respecto. Agnes hizo un gran esfuerzo por reprimir la creciente ira que la invadía—. Tu padre ya había considerado la idea de pedir crédito a los judíos, pero yo le ayudé, por supuesto.

—¿Le ayudaste?

—Pues sí. Sus pérdidas fueron muy grandes.

Agnes se corrigió a sí misma mentalmente. Para alcanzar el estatus de socia comercial no necesitaba el acuerdo de Niklas Wiegant & Co, sino a

partir de ese preciso instante el de Sebastian Wilfing & Co. Eso era lo que indicaban sus palabras, si bien él se andaba con rodeos y al parecer confiaba en que ella misma se diera cuenta del aprieto en el cual se encontraba. «¿Por qué no nos dijiste nada, padre? —pensó—. ¡Nosotros te hubiéramos concedido un crédito!». Pero no era necesario que alguien le dijera quién estaba detrás de todo el asunto: Theresia Wiegant, su madre. Se había pasado veinticinco años rumiando su enfado porque sus planes de boda entre Agnes y Sebastian habían quedado en nada. Aunque la gota y el reumatismo la obligaran a pasar casi todo el día en la cama, su mente seguía funcionando perfectamente. Comprender que después de tantos años su madre volvía a clavarle un puñal en la espalda le produjo una lenta conmoción.

Sebastian ya no se conformaría con una colaboración. Insistiría en que se cumpliera la promesa de matrimonio que en su día el padre de Agnes le había hecho al anciano Sebastian Wilfing padre. Agnes sintió náuseas. Hacía veinticinco años de esa promesa; Niklas Wiegant la había hecho para impedir la relación entre Agnes y Cyprian, y ella nunca lo había aceptado. ¿Qué clase de corazón albergaba ese hombre que, en semejante situación, acudía a su casa y exigía que la cumpliera? Se acercó a la mesa y se sentó frente a Sebastian. No se trataba de un gesto cortés, solo quería evitar que él notara su desasosiego.

—Quiero que mi hermano esté presente en esta conversación —dijo ella—. Él es... él era el socio de Cyprian.

—Aquí no se trata de Wiegant, Khlesl & Langenfels —replicó Sebastian con frialdad—. Se trata de Wiegant & Khlesl, de Wilfing, Wiegant & Khlesl, para ser exactos.

En las seis semanas transcurridas desde que recibió la noticia de la muerte de Cyprian, Agnes aún no había reflexionado con claridad sobre lo que ocurriría con ella personalmente. Habría preferido planteárselo en cualquier otra situación menos esa... y que frente a ella se encontrara cualquier otro que no fuera su antiguo gordo pretendiente, incapaz hasta de disimular su triunfo adoptando una expresión neutral. ¿Acaso era su destino acabar siendo la señora Wilfing? La amargura y el enfado se adueñaron de ella, pero ¿cuál era la alternativa? ¿Adónde la conduciría su camino si Sebastian no existiera? ¿Seguiría el que habían recorrido tantas viudas de comerciantes o de maestros artesanos? ¿Tomar por esposo a uno de sus contables, tal como la viuda de un herrero tomaba por esposo a uno de los ayudantes, una pareja separada por veinte años de edad que, tanto para el contable como para el ayudante suponía la única posibilidad de convertirse en el amo de la empresa y que a cambio

aceptaba el compromiso de satisfacer a una mujer mayor en la cama? ¿Y eso mientras la misma mujer era plenamente consciente de que las caricias no eran sinceras y que el hombre al que se aferraba tenía que esforzarse por no retroceder, asqueado?

Sebastian no retrocedería asqueado. Nunca se había casado con otra mujer. Agnes estaba segura de que las putas o las criadas con las que satisfacía sus propias necesidades a veces se llamaban Agnes. La que sentía asco era ella, y era un asco avasallador.

Claro que podía rechazar a Sebastian. De dicho rechazo solo dependía la futura existencia de la empresa de su padre, de la suya propia y el futuro de sus hijos.

Alzó la vista con expresión absolutamente espantada. Sebastian bebió a su salud.

—Este vino es excelente —señaló con voz chillona—. ¿Dónde se ha metido la criada?

Alexandra removi6 los pies buscando un lugar seco. Desde que el secreto albergado en la b6veda subterr6nea de la vieja casa en ruinas fue retirado (el cardenal Melchior se hab6a encargado de que los cad6veres momificados de los dos enanos recibieran una sepultura decente), por lo visto tambi6n hab6a desaparecido la fuerza que imped6a que las viejas paredes se derrumbaran. La lluvia parec6a penetrar a6n m6s que antes entre los escombros. Una parte de los andamios se hab6a derrumbado revelando una esquina a6n en pie del edificio: parec6an los huesos de un cad6ver. Alexandra se estremeci6 y se cubri6 la cabeza con la capucha del manto. Un fr6o interior la atenazaba y era como si nunca m6s fuera a entrar en calor.

Desde la noticia de la muerte de su padre todo hab6a empeorado m6s si cabe. Y lo peor de todo era no haber recibido ninguna noticia de Heinrich. Al principio la preocupaci6n por 6l qued6 amortiguada por el dolor que le caus6 la muerte de su padre, pero a lo largo de las semanas la inquietud se convirti6 en un acompa6ante conocido y comenzaron a surgir otros sentimientos. Heinrich hab6a dicho que pensaba seguir a su padre hasta Braunau. No parec6an haberse encontrado, porque de lo contrario su t6o Andrej lo hubiese mencionado. Seg6n el relato de su t6o, fueron atacados por bandoleros o por rebeldes de Braunau durante su intento de escoltar a los monjes del convento de San Wenceslao. ¿Ser6a posible que Heinrich tambi6n hubiese ca6do en manos de los delincuentes? Cada vez que pensaba en ello la angustia le encog6a el coraz6n.

Al o6r pasos, Alexandra se retir6 a la oscuridad de la parte posterior del edificio. Los pasos vacilaron ante la ruina.

—¿Alexandra?

—Estoy aqu6.

Wenzel pas6 por encima de los charcos y esquiv6 las tablas ca6das. Llevaba un manto corto y lustrosos zapatos de hebilla en vez de botas. El mensaje de ella lo hab6a alcanzado en la canciller6a; ni siquiera se hab6a

cambiado. Ella supuso que diría que se había escabullido y que disponía de escaso tiempo, pero en lugar de eso él se limitó a preguntar:

—¿Cómo te encuentras?

Alexandra se encogió de hombros y vio que él la imitaba. En las últimas semanas su rostro se había vuelto más delgado; en el transcurso de los últimos años había dejado de ser un muchacho torpón y se había transformado en un joven apuesto, pero un hombre más viejo y más duro ya parecía asomar bajo sus rasgos. Alexandra estaba sorprendida por lo mucho que le había afectado la muerte de su padre y, con un sentimiento de culpa, tuvo que confesarse que la muerte de Andrej no la hubiera afectado en la misma medida. La actitud del cardenal Khlesl también había conmovido profundamente a Wenzel. Cuando tras el funeral el joven había echado a correr fuera de la iglesia al principio Alexandra lo despreció; creyó que lo que lo impulsaba solo era la curiosidad por saber adónde llevarían al viejo cardenal o —aún peor— un exagerado sentimiento del deber que lo conducía de nuevo a su puesto en la cancillería, que quizá solo había abandonado de mala gana para acudir a la iglesia. Se había equivocado en ambos casos.

—No he logrado averiguar gran cosa —dijo Wenzel—. Pero esencialmente, vuestro... visitante... dijo la verdad. De hecho, en la corte de Viena están muy enfadados porque los comerciantes vieneses se niegan a poner en práctica el acuerdo comercial con el reino osmanlí. En última instancia, cerraron el acuerdo para reanimar el comercio de la capital y ahora los únicos que sacan provecho son los numerosos comerciantes de Núremberg, de los Grisones y de Venecia residentes en Viena, porque no dejaron de aprovechar la ocasión. Aparte de ellos, quienes obtienen ganancias son los prestamistas judíos, algo que una vez más enfada al magistrado, pues este siente rechazo por el pueblo hebreo.

—¿Y mi abuelo?

—Dado el breve tiempo del que dispuse aún no he averiguado nada concreto. Pero he oído que diversas empresas se encuentran en un aprieto porque invirtieron en las factorías o los edificios de Hainburg, y ahora nadie acepta la ciudad como nuevo lugar de transbordo para el comercio con Oriente. Puede que en ese caso Sebastian Wilfing también dijera la verdad.

—O se limitó a apoderarse de la empresa porque mi abuelo es demasiado viejo para defenderse de él.

—Me temo que el resultado es el mismo.

Ella notó que él la contemplaba y, curiosamente, era casi como la mirada de su padre y tuvo que tragar saliva al comprender que Cyprian nunca

volvería a lanzarle esa mirada.

—¿No comprendo por qué mi madre no pone a esa gorda carroña de patitas en la calle! —soltó.

—Creo que tu madre actúa con mucha inteligencia cuando de momento procura evitar cualquier escándalo y altercado.

—¿Escándalo? ¡Pues entonces que haya un escándalo y punto! No necesitamos el vínculo con Viena. Tu padre y el mío forjaron muchas amistades aquí en Bohemia. No necesitamos la participación de la empresa Wiegant: ¡Khlesl & Langenfels también se las arreglará a solas!

Wenzel hizo un movimiento como si se dispusiera a añadir algo más. Cuando había echado a correr fuera de la iglesia detrás del rey Fernando y su prisionero se había encaminado directamente a la cancillería y había logrado que lo nombraran secretario de actas en el juicio contra el cardenal Khlesl. No era que durante todos esos días en los que el archiduque Maximiliano y el rey Fernando habían intentado convencer al cardenal para que admitiera que había cometido alta traición se hubiese celebrado algo parecido a un juicio honesto. Pero de ese modo, Wenzel logró permanecer cerca de Melchior Khlesl y mantener una suerte de comunicación entre él y el resto de la familia. Durante todo ese tiempo al menos supieron cómo se encontraba el cardenal. Alexandra no tenía idea de los favores que Wenzel se había cobrado para que quien fuese nombrado secretario de actas fuera él y no uno de los escribientes más experimentados, pero lo había logrado. No parecía una gran heroicidad, pero Alexandra, que creía tener cierta idea del nido de víboras y tiburones que suponía la cancillería, en realidad sentía casi cierta admiración por lo que Wenzel había hecho.

—Mi madre ha perdido todo su coraje —se lamentó ella—. En nuestra casa el ambiente se ha vuelto irrespirable. Uno se asfixia con el rastro viscoso que Sebastian Wilfing deja a través de los pasillos o con la pena que irradia mi madre. —Tenía los ojos húmedos y ello la irritó—. ¡Yo también lloro la muerte de mi padre! —exclamó—. Pero un día la vida ha de continuar. ¡Y mi madre solo se sume en su dolor! —añadió y se restregó las lágrimas con gesto enfadado.

—Que tu madre guarde silencio y no haga nada es bueno, Alexandra —señaló Wenzel—. Durante el último juicio contra el cardenal Melchior, poco antes de que lo trasladaran al Tirol, el archiduque Maximiliano cambió de táctica. Amenazó con meter en la cárcel al resto de la familia Khlesl residente en Viena y en Praga e intentar que uno de ellos confesara haber cometido alta traición.

Alexandra lo miró fijamente. De pronto sintió tanto frío que se echó a temblar.

—¿Qué...? —balbuceó con labios trémulos.

—El cardenal Khlesl se puso de pie en el acto y confesó la alta traición. Luego admitió haber estrangulado al emperador Rodolfo en su lecho y envenenado a su león, confesó ser el culpable de la muerte de todos los papas que murieron en el transcurso de su vida y además declaró que, al servicio del sultán osmanlí, había robado las recetas de los pasteleros autóctonos.

Alexandra parpadeó, atónita.

—Todos los propietarios de las pastelerías eran seguidores de Maximiliano y Fernando; no obstante, todos prorrumpieron en sonoras carcajadas. Cuando reprendieron al cardenal y volvieron a amenazarlo con pedir cuentas a toda la familia, dijo que Dios era testigo de que reconocería todo lo que le exigieran, que su familia era inocente y que bajo esas circunstancias arrestarlos como miembros de un clan que hubiera cometido un delito era un crimen que ni siquiera el Papa encubriría.

—¡Dios mío!

—Si bien con ello de momento el cardenal logró tomar la delantera a sus enemigos, ahora es preferible que todos nosotros mantengamos la cabeza gacha, Alexandra.

—Que vayamos con el rabo encogido como un perro, quieres decir —replicó amargamente.

Él suspiró y ella se arrepintió de sus duras palabras. Sabía que tenía razón. Su propia actitud no le proporcionaba ningún alivio, al contrario: la sensación de asfixia aumentó y, presa del terror, se preguntó si ese era el motivo por el cual no había recibido noticias de Heinrich. Él no había ocultado que su bienestar dependía de sus buenas relaciones y, en última instancia, de sus buenas relaciones con el canciller Lobkowitz. ¿Le habrían insinuado que se mantuviera alejado de ella? Pero él no haría caso de semejante advertencia, ¿verdad? ¡Él la amaba! ¿Acaso era su deber rechazarlo para no hacerle daño?

Wenzel carraspeó y le apoyó una mano en el brazo, y ella comprobó que se había echado a llorar. Lloraba de miedo. ¿Cómo era posible que en solo dos meses todo su futuro se hubiera vuelto tan desesperanzado?

—¿Qué más nos espera? —preguntó, e instintivamente le agarró la mano. Él la presionó y su cara se volvió borrosa, se acercó a ella, y de repente acurrucarse contra él resultó lo más natural del mundo. Tras un instante de perplejidad, Wenzel la estrechó entre sus brazos. El abrazo le hizo bien; el muchacho solo era un poco más alto que ella y mientras Alexandra también lo

abrazaba no parecía buscar un apoyo en él: más bien era como si ambos se apoyaran mutuamente... y tal vez fuese así.

—Mi padre —oyó que decía él— ha establecido vínculos con comerciantes de Inglaterra y los Estados Generales que abastecen la colonia inglesa del Nuevo Mundo.

—¿Lo sabe mi madre?

Él negó con la cabeza.

—Tu madre y tu padre tenían un sueño. Nunca lo realizaron. El sueño consistía en escapar juntos e iniciar una nueva vida en Virginia, el nombre de la colonia inglesa del Nuevo Mundo: allí siempre necesitan a gente dispuesta a volver a empezar.

—¿Tu padre quiere ir allí contigo? —preguntó Alexandra, volviendo la cabeza y contemplándolo.

Él le dirigió una sonrisa melancólica y de pronto la perspectiva de perderlo le pareció insoportable.

—Soy dueño de mí mismo —respondió Wenzel—. Si no quiero ir, me quedaré. Pero a lo mejor todos nosotros queremos ir allí, ¿no?

Ella lo miró fijamente. Él parecía luchar consigo mismo y durante un momento tuvo la sensación de que quería protegerla de una verdad y de pronto se disgustó, pero cuando él optó por seguir hablando Alexandra deseó que la hubiese protegido.

—Habrà guerra —susurró él—. El archiduque Maximiliano y el rey Fernando están empeñados en combatir a los protestantes a sangre y fuego. El cardenal Khlesl era el último obstáculo en ese camino. Ahora ya nada se interpone entre ellos y el emperador es como una marioneta en sus manos. Lo grave es que los protestantes han elegido un directorio que debe representar sus intereses ante el emperador, y ese directorio alberga a todos los impetuosos y los políticos ilusos que los estamentos son capaces de reunir, encabezados por Heinrich von Thurn, el más iluso de todos. En el pasado comandó el ejército de los estamentos que expulsó a los guerreros de Passau de Praga, y ahora se considera un genio militar, y para colmo todos los representantes de los estamentos fomentan ese creencia... ¡aunque ni siquiera domina la lengua bohemia! Con Heinrich von Thurn a la cabeza, los protestantes no se achicarán si el rey Fernando los desafía.

—¡Pero será una guerra que dividirá todas las ciudades, que afectará a todas las familias! —exclamó Alexandra—. En todas las callejuelas conviven protestantes y católicos, todos atacarán a todos.

—Será el Apocalipsis —asintió Wenzel en tono sombrío—. El fin del mundo que conocemos.

Alexandra estaba tan conmocionada que solo pudo contemplarlo fijamente. Las palabras del joven habían aumentado su miedo hasta lo indecible. La reconfortó que él la sostuviera entre sus brazos, de hecho nunca se había alegrado tanto de su presencia como en ese momento, y él debió de percibir sus sentimientos. Ella notó la confusión que se había adueñado de él con tanta fuerza como el deseo, que en ese momento tampoco le pareció absurdo. Ninguna voz en su interior exclamó: «¡Es tu primo!». Y él tampoco pareció oír ninguna advertencia. Su rostro se acercó al de ella, sus narices se rozaron, ella notó su aliento en los labios y entonces se besaron.

Repentinamente pensó en Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz, pero el beso de Wenzel poseía una cualidad que le impedía despegar los labios de los suyos. ¡Engañaba a Heinrich, engañaba al hombre que amaba con su propio primo! Y al tiempo que lo pensaba, devolvía el beso a Wenzel, notaba que su corazón latía más deprisa y que una tibieza la invadía, una tibieza no experimentada hacía semanas. Se separó de él, sin aliento, y vio su consternación. Él se dispuso a decir algo.

Alexandra meneó la cabeza. Wenzel volvió a cerrar la boca. Ella lo abrazó una vez más, notó que él le devolvía el abrazo con fuerza, su respiración agitada resonaba en sus oídos, pero apenas era más sonora que los latidos de su propio corazón. Sus ideas se arremolinaron.

Entonces vio un fragmento de la callejuela —enmarcado por diversas capas de ruinosas mamposterías y marcos de ventanas desprendidos— que conducía a su casa y un hombre que ella conocía, y se puso tensa entre los brazos de Wenzel. Sus ideas dejaron de arremolinarse y se centraron. Heinrich jamás debía enterarse de lo que acababa de ocurrir allí. No tenía importancia, pero lo heriría, así que ella negaría lo sucedido incluso en su lecho de muerte.

Wenzel la miró a los ojos. Al igual que antes, también en ese momento parecía haberse contagiado del estado de ánimo de ella.

—Ha sido un error —dijo con voz áspera.

—Yo tengo la culpa —dijo Alexandra.

—No, la culpa fue mía.

—Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Él bajó los brazos y ella retrocedió un paso, en parte porque la terrible desilusión que él irradiaba era demasiado dolorosa como para soportarla

desde cerca. Durante un instante ella no supo qué hacer con las manos y finalmente cruzó los brazos como si tuviera frío. En realidad tenía calor.

—Vete tú primero —dijo ella—. Por si alguien mirara hacia aquí.

—Sí. Tienes razón.

Hablar le resultaba tan difícil que Alexandra apretó los dientes. Él carraspeó.

—Si averiguo algo más te avisaré.

—Sí —contestó ella—. Hazlo.

Él trató de sonreír, pero solo logró hacer una mueca atroz.

—Virginia —murmuró y la saludó con la mano. Ella lo siguió con la mirada al tiempo que él se alejaba.

—Virginia —musitó a su vez.

Después se apoyó contra la pared respirando pausadamente. Aún percibía el sabor del beso en los labios; se los restregó con una mano, pero la sensación perduró. Las mejillas le ardían. ¿Qué había hecho? Su sentimiento de culpa aumentaba con cada instante que pasaba desde que le había devuelto el beso a Wenzel y había notado el calor que le invadía el cuerpo. El beso había sido completamente distinto de todas las caricias que había intercambiado con Heinrich. Los besos de Heinrich habían despertado un calor abrasador en su regazo y la sensación de que se retorció en aceite tibio, desnuda y en celo, medio enloquecida de deseo. En cambio el beso de Wenzel había suscitado una sensación completamente diferente: como si después de un día caluroso cayese una lluvia tibia arrastrando una tormenta que ya retumbaba, que proyectaba una luz dorada y que hacía que uno supiera que todo se volvería más excitante y apasionado, mientras estaban los dos juntos bajo una fresca sábana de hilo, a salvo. Se desprendió de la sensación y oteó cautelosamente hacia la callejuela.

El hombre todavía estaba allí.

Era el mensajero que Heinrich solía enviarle y si estaba allí significaba que tenía un mensaje de Heinrich para ella.

—Este es el palacio del canciller imperial Lobkowitz —dijo Alexandra, y se detuvo, inquieta.

—Seguidme por favor —dijo el criado.

La joven tuvo que superar la inquietud para cruzar el umbral. El edificio parecía casi deshabitado, el interior era frío y en el ambiente flotaba un aroma limpio y casi artificial. El suelo de piedra de la planta baja apenas estaba desgastado por las huellas de cascos o de carruajes. En algunas partes los peldaños de la escalera estaban agrietados, pero no existía una comparación con la casa de su familia y el *parquet* de la planta superior era tan lustroso que casi parecía nuevo. Alexandra se dejó conducir por el criado al tiempo que aguzaba los sentidos ante la perspectiva de toparse con el canciller imperial Lobkowitz o con su misteriosa esposa, que quizás aparecerían en una puerta y le preguntarían qué diablos se le había perdido allí. En general, los personajes encumbrados no la intimidaban. El cardenal Melchior había sido un personaje muy encumbrado en cuanto a su posición en la Iglesia y en el imperio y de niña ella se había encaramado a sus rodillas y oído cómo gastaba bromas sentado ante la mesa. Pero las palabras de Wenzel la habían inquietado y, a diferencia de lo acostumbrado, de pronto temió llamar desagradablemente la atención y que ello hiciera que la mirada poco complaciente del rey Fernando se posara en su familia.

—¿He de presentarme ante Su Excelencia el canciller imperial? No llevo la ropa adecuada...

Su acompañante abrió una puerta y se detuvo en el umbral.

—Pasad, por favor —dijo, hizo una reverencia e indicó la habitación.

Alexandra entró como quien entra en la jaula de los leones. La habitación era una combinación de despacho y de alcoba, con una gran cama en el rincón más oscuro. Alguien se movía bajo las mantas. Alexandra se disponía a hacer una profunda reverencia, pero entonces reconoció el rostro y olvidó todo lo

acontecido durante la última hora. Echó a correr hacia la cama y abrazó apasionadamente al que la ocupaba.

—Poco a poco —gimió Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz—. Ay...

Alexandra le besó las mejillas, la frente y la punta de la nariz. El corazón le brincaba de alegría y solo logró controlarse tras un momento. Avergonzada, echó un vistazo a la puerta; el criado la había cerrado hacía un buen rato y se había marchado. Entonces volvió a sentirse intimidada al recordar dónde estaba, pero el aspecto pálido y demacrado de su amado tendido en la cama hizo que olvidara todo excepto la alegría de estar junto a él.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el canciller imperial? ¿Por qué no recibí noticias tuyas durante tanto tiempo...?

Heinrich alzó una mano y le apoyó un dedo en los labios. Ella le besó la punta del dedo y le cogió la mano.

—Si me das tiempo para contestar te diré todo lo que quieres saber —dijo él.

—Pareces tan cansado y estás tan delgado... ¿No te encuentras bien? ¿Puedo...?

Él le cogió ambas manos y la contempló. Ella enmudeció. El rostro de él adoptó una expresión seria.

—He oído que tu padre ha muerto. Lo siento mucho.

Alexandra soltó un sollozo pero luchó contra las lágrimas.

—Gracias —dijo y alzó el mentón.

—¿Sabes qué ocurrió, exactamente?

Alexandra comprobó que hablar de ello le hacía bien y que no era doloroso.

—Él y tío Andrej cabalgaron hasta Braunau por encargo del cardenal Khlesl. Solo sabemos que ayudaron a los monjes del convento de Braunau a defenderse de unos bandoleros. Y durante la lucha mi padre... mi padre... —dijo, pero no pudo seguir hablando y carraspeó.

—Chitón —dijo Heinrich, sonriendo y alzando la mano para acariciarle el cabello—. ¿Bandoleros?

—Nadie sabe nada preciso. Los atacantes robaron una parte del tesoro del convento. Todo ocurrió con mucha rapidez, dijo tío Andrej. Está tan triste como todos nosotros.

—¿Y qué dice el cardenal?

—¡El cardenal ha sido arrestado! —soltó ella.

—¿Arrestado?

—Durante la misa celebrada en el funeral de mi padre. Tío Andrej dice que faltó poco para que se produjera una rebelión en la iglesia. Todos se enfurecieron con el rey.

—Esos de ahí arriba creen que pueden jugar con los sentimientos de las personas como nosotros —dijo Heinrich—. ¿Fue muy horrible para ti?

—Al principio estaba tan furiosa como todos los demás, pero después, cuando me di cuenta de que ni siquiera acabarían la misa de réquiem... —Alexandra sacudió la cabeza—. Más adelante la celebramos, solo nosotros, la familia, pero ya no fue lo mismo —añadió con voz ronca.

Él asintió y siguió acariciándole el cabello. Entonces una voz desconfiada surgió en su interior y dijo que, durante una fracción de segundo, Heinrich había parecido satisfecho, pero Alexandra no le prestó atención. Si Heinrich estaba satisfecho se debía a que por fin volvían a estar juntos; entonces ella le acarició la frente.

—¿Te encontraste con mi padre en Braunau?

Heinrich negó con la cabeza.

—Alguien me encontró a mí —dijo.

Se incorporó haciendo un esfuerzo, se desprendió la camisa y mientras ella aún lo contemplaba con expresión estupefacta, la deslizó hacia abajo revelando su hombro izquierdo. Una gruesa y reciente cicatriz recorría el músculo del hombro, tenía un aspecto atroz. Ella creyó recordar que, en general, las heridas realmente peligrosas presentaban un aspecto menos grave que las superficiales, pero no había duda de que ese no era el caso y rozó la cicatriz con dedos trémulos. Heinrich se recostó lentamente; ella hubiese querido tenderse a su lado, abrazarlo y así mitigar su dolor.

—Braunau era un infierno, Alexandra. Una rebelión abierta. Hombres armados recorrían las calles, algunas casas habían sido pasto de las llamas, del patíbulo colgaba una docena de infelices y el convento había sido saqueado. Me detuvieron ante la puerta de la ciudad y tuve que permitir que me registraran.

—¿Los protestantes?

—Deben haber estado completamente locos —dijo él y de pronto le cogió las manos; la presión era casi dolorosa—. ¡Solo es el principio! —exclamó—. Nadie puede detener ese odio, pronto todo será igual que allí: en una ciudad habrá milicias protestantes masacrando católicos; en otra, milicias católicas harán lo mismo con los protestantes. Nuestro mundo se encuentra al borde del abismo.

Oírle decir lo mismo que había dicho Wenzel resultaba aterrador y Alexandra notó que le faltaba el aire. El miedo volvió a invadirla como una ponzoña.

—Pregunté por tu padre, ese fue mi error. Cuando oyeron el nombre de Khlesl me insultaron, dijeron que era un siervo del Papa y qué sé yo cuántas cosas más. Creo que en realidad se referían al cardenal, pero ya no pude aclarar el error. Uno de ellos alzó un viejo mosquete, vi brillar la mecha y... —Heinrich enmudeció.

—¿Qué? —susurró ella—. ¿Qué?

—Contemplé al hombre del mosquete... No soy un cobarde, Alexandra, pero su mirada me reveló que moriría.

Entonces fue ella quien le apoyó un dedo en los labios.

—Chitón —dijo—, no debes pensar en ello.

—Hice girar mi caballo —prosiguió él sin despegar la vista de ella—, pero fui demasiado lento. Sentí el golpe y lo próximo que recuerdo es estar arrodillado en el suelo y sentir un terrible ardor en el hombro. Mi caballo escapó brincando como una cabra salvaje. El hombre del mosquete se acercó, me apuntó y preguntó: «¿Tienes una amada, bastardo católico? La encontraré, pero por desgracia tú no la encontrarás en el infierno, porque cuando acabe con ella irá directamente al cielo después de todo lo que le haré».

—¡Dios mío! —musitó ella, y el temor le oprimió el corazón.

—Eso dijo —gruñó Heinrich con mirada furibunda—, mientras yo estaba de rodillas ante él y solo podía escuchar. Entonces introdujo la mecha en la cazoleta de la pólvora y...

Alexandra jadeó, pero de repente Heinrich le dedicó una sonrisa burlona.

—¡El muy idiota no había vuelto a cargar! ¡No había vuelto a cargar! Me puse de pie y sus compinches lo agarraron y le quitaron el arma, uno trajo mi caballo, me preguntó si podía cabalgar. Yo asentí, ellos me ayudaron a montar y azuzaron el caballo. ¡Hui, Alexandra, pero no por mí sino por ti! Tras oír lo que dijo el bellaco de repente me invadió un gran temor por ti.

—No me moví de aquí, Henyk. He estado a salvo.

—Nadie está a salvo en estos tiempos —afirmó él, y volvió a incorporarse.

Ella le apoyó la cabeza en el pecho y él la estrechó con el brazo ileso.

—Tuve fiebre —dijo Heinrich—. Debo de haber cabalgado por ahí medio inconsciente; llegué hasta Starkstadt. Allí hay un hospicio donde me acogieron y me curaron. Partí de allí hace una semana, en contra del consejo del médico. Ya no podía estar sin ti, pero me excedí. Aún permanecí tendido

en la cama un par de días, aquí en Praga, presa de la fiebre, hasta que hoy por primera vez me sentí con fuerzas suficientes para reclamar tu presencia.

—¿Por qué te encuentras aquí, precisamente? En el palacio del canciller imperial.

—Es una larga historia. Entre su familia y la mía existen antiguos vínculos y ya he hecho más de un favor a la casa de los Lobkowitz. Pero eso me lleva al tema del que quería hablarte.

Von Dobrowitz alzó la cabeza y trató de acomodarse; ella no pudo evitar ayudarlo. Su camisa volvió a deslizarse hacia abajo y cuando introdujo la mano bajo la axila de él para sostenerlo se dio cuenta de que era la primera vez que le tocaba la piel. Estaba caliente. El calor pasó de la piel de Henyk a la entrepierna de ella. Sus ideas se volvieron confusas y de pronto giraron en torno a la siguiente pregunta: ¿qué llevaría, además de la camisa? Y también en torno al deseo de deslizarse bajo las mantas junto a él. Nunca había visto un hombre desnudo y el deseo de verlo desnudo a él se volvió casi doloroso. Alexandra se mordió los labios. La mirada de él le reveló que había adivinado sus pensamientos y se sonrojó. Él sonrió, el pudor de Alexandra se disolvió bajo esa sonrisa y se inclinó hacia delante para besarlo en los labios. La danza de ambas lenguas borró cualquier recuerdo del beso compartido con Wenzel.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó, sin aliento.

«¡Invítame a compartir tu lecho! —exclamó su corazón—. ¡Pregúntame si quiero entregarme a ti! ¡Pregúntame si quiero ser tu amante y te diré que sí con la misma rapidez que si me preguntaras si quiero ser tu esposa!».

—¿Conoces el margraviato de Moravia? Se encuentra al sur, a dos o tres días a caballo desde aquí. Allí hay un lugar donde tú y yo debiéramos estar. No aquí en Praga, no en el centro de la locura que no tardará en desencadenarse. Ven conmigo a Pernstein. Polyxena von Lobkowitz, la mujer del canciller imperial, es oriunda de allí y me han ofrecido vivir en el castillo.

—Pero...

—Pregunté si podía llevarte conmigo —dijo, y soltó una repentina carcajada—. Sí, lo pregunté. Nadie tiene nada en contra. Ven conmigo, Alexandra. ¡Nuestro destino ha de cumplirse en Pernstein, no aquí!

—¿Nuestro destino?

—Nuestra vida en común. Creí que queríamos compartir la vida.

El corazón de Alexandra palpitaba de manera salvaje. ¿Se trataba de una propuesta de matrimonio? Pero ¿cómo abandonar Praga, justo en ese momento? Su madre la necesitaba. Sus hermanos la necesitaban.

Heinrich asintió con la cabeza.

—Comprendo. Lamento haberte sobresaltado.

—¡No, no! ¡No se trata de eso! Solo que he de... He de reflexionar... Yo... Es lo que más me gustaría hacer, pero...

—Tu familia se opondrá, ¿verdad?

—Cuando tenía mi edad, mi madre quiso huir al Nuevo Mundo con mi padre. ¡Tiene que comprenderme! No se trata de eso.

—Y Moravia no está tan lejos como el Nuevo Mundo —dijo él con una sonrisa torcida.

—He de... yo... ¿Puedo darte mi respuesta mañana? ¿Puedo verte mañana, por favor?

—Te esperaré aquí —dijo él, y se reclinó lentamente—. Esperaré hasta el día del Juicio Final.

—Solo hasta mañana. ¡Hasta mañana, amado mío!

Henyk cerró los ojos durante unos momentos y, asustada, ella se dio cuenta de cuánto lo había fatigado la conversación. Depositó un suave beso en sus labios.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo ella, y le presionó las manos.

Cuando se volvió antes de abandonar la habitación y volvió a contemplar el rostro de él, la voz desconfiada en su interior se manifestó una vez más. La voz dijo que en otra ocasión ya había visto ese fulgor que encendía la mirada de Heinrich. Fue en la de un comediante que narraba una historia tan cautivadora en una plaza que quienes lo escuchaban lo contemplaban fijamente, allí arriba en el escenario de tablas, y durante un buen momento no regresaron a la realidad. Después aplaudieron y le arrojaron monedas como enloquecidos. El comediante había hecho una docena de reverencias y sonreído, y la misma expresión triunfal había fulgurado en sus ojos, porque había logrado atraparlos a todos con su relato.

Heinrich la saludó con la mano y dio un respingo, luego se frotó el hombro con una sonrisa de disculpa. Alexandra olvidó la voz desconfiada y cerró la puerta a sus espaldas.

Al principio, Andrej siempre se había sentido un tanto cohibido en presencia de su hermana; vaya, y también feliz, y la proximidad que había sentido en su presencia incluso antes de que el origen de ambos quedara aclarado también perduró e incluso se había incrementado; no obstante, al principio no se sintió libre. Y entonces la misma sensación volvió a adueñarse de él y se dio cuenta de que quitaba las migas de la mesa y enderezaba las sillas y echaba apresurados vistazos a los rincones mientras ella permanecía de pie y se quitaba el manto. La contempló un momento y vio la débil sonrisa que iluminaba su rostro pálido.

Ella deslizó un dedo enguantado por encima del marco de la puerta y sopló de manera ostensible.

—Está limpio —constató.

Andrej se detuvo, avergonzado.

—¿De qué querías hablar conmigo? ¿O solo se trataba de un pretexto para que pudiese abandonar la casa?

—¿Acaso necesitas un pretexto?

Agnes no contestó y su mirada se perdió en la lejanía. Aunque ambos solo se conocieron de adultos, la intimidad entre ellos era tan grande que a menudo podían adivinarse el pensamiento mutuamente. En las semanas tras la muerte de Cyprian el dolor de Agnes lo había afectado tanto que, una vez más, Andrej revivió su propia pena por la pérdida de Yolanta, su único gran amor, y dicha pena se añadió al dolor por la pérdida de Cyprian, su mejor amigo.

—Pon a ese seboso de patitas en la calle —dijo Andrej después de un momento.

—¿Sabes lo que he recibido hoy? Un mensaje de Niklas y Theresia, de Viena. Me escriben que supone un alivio que exista un acuerdo tan grande entre Sebastian y yo, y que también debo tener en cuenta los aspectos positivos pues al fin y al cabo en las horas más oscuras el destino ha enviado

un salvador a Praga, a saber el señor Wilfing, que ya se ha ocupado de manera tan destacada del calamitoso estado de los negocios de la empresa...

Andrej puso los ojos en blanco.

—Confío en que todavía no haya encontrado los libros de contabilidad.

—Le pedí a Adam Augustyn que se los llevara a su casa.

—¿Al jefe de nuestros contables?

—Que yo sepa, los ha guardado bajo el colchón de la cuna de su hija menor.

—Apestarán cuando los devuelva.

—Mejor que apesten a excrementos de niña que a las perfumadas pezuñas de Sebastian. Por supuesto que la carta de Viena es una reacción a un escrito de Sebastian que envié sin informarme de ello. Hoy en día las cartas llegan con mucha rapidez; gracias a todo el ajetreo entre Viena y Praga a causa de la tensa situación política, la comunicación entre ambas ciudades es mucho mejor que antes. Sebastian no me mostró su carta porque sabe que la hubiera roto.

—Pon a ese seboso de patitas en la calle —repitió Andrej.

—Eso no es tan sencillo. Nos puede arruinar en el acto y desde que el cardenal ha caído en desgracia, no oso hacer público nuestro nombre más de lo necesario. Puedes contar con que Sebastian moverá cielo y tierra para desacreditarnos si le digo que se largue.

—Hablemos de ello —dijo Andrej.

—No quiero seguir hablando de ello, quiero que esta pesadilla se acabe.

—¿Confías en mí?

—Desde luego.

Andrej tomó asiento ante la mesa. Siempre tropezaba con sus largas piernas cuando estaba nervioso.

—Prométeme que me dejarás acabar de hablar.

—¿Es que tengo fama de interrumpir? —preguntó ella, sonriendo.

—Solo tiene sentido si lo escuchas hasta el final.

—¡Dios mío! Creo que he de irme a casa, tengo algo en el fuego.

Andrej le cogió la mano, pero ella no se disponía a marchar y, sorprendido, se dio cuenta de que bromeaba. Era la primera vez en muchas semanas. Agnes debía de haber adivinado sus pensamientos porque sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sigue siendo tan doloroso como al principio —susurró—, pero uno se acostumbra a todo, incluso al dolor.

Él calló, porque lo sabía mejor que nadie. Uno también se acostumbraba a que el dolor pasara; no le soltó la mano hasta que ella recuperó el control.

—Te lo diré sin rodeos —dijo—. A través de Wenzel, sé que entre tanto han expropiado al cardenal. Al menos al archiduque Maximiliano lo que más le interesaba era el dinero, y ahora lo tiene. Pero los rumores de guerra se vuelven más insistentes y los estamentos protestantes han equipado un ejército tan grande que ni siquiera la fortuna del cardenal Melchior basta para reclutar una fuerza equivalente del lado católico. Debido a ello, el rey Fernando y su tío Maximiliano intentan hacerse con todo el dinero posible. Tarde o temprano se percatarán de que hay una empresa en Praga en cuyos documentos también figura el apellido Khlesl. Entonces dirán que están seguros de que nosotros también queríamos hacer nuestra aportación para liquidar las deudas del cardenal y distanciarnos de sus tejemanejes.

—Todo lo que le echan en cara al cardenal Melchior es mentira.

Andrej hizo un ademán negativo.

—Sebastian teme que ello acabará por suceder. Por eso te presiona tanto. Una vez que el apellido Khlesl haya sido eliminado de la empresa, el rey ya no lo tendrá tan fácil para hacerse con el dinero. Sin tu participación y la de Cyprian la empresa solo es un pato con un ala rota que no sabe nadar y que cojea.

—Ya lo sé.

—Por eso nos adelantaremos a los acontecimientos. Le entregaremos el dinero al rey como donativo, con el fin de demostrar nuestro patriotismo.

Agnes tomó aire. Andrej se llevó el dedo a los labios.

—Me lo prometiste —dijo.

—De acuerdo —dijo Agnes, y calló.

—Eso hará que la empresa se quede sin capital, ese capital del cual Sebastian está tan empeñado en apoderarse. Verás que después su interés prácticamente desaparecerá.

—¿Y cuánto quedará? ¿Bastará para vivir de lo que reste?

—Nos ocuparemos de ello más adelante. Primero ambos hemos de ver cómo lo realizaremos.

—Además no funcionará. Mientras los gremios y el rey no den su acuerdo de que me haga cargo de la herencia de Cyprian no puedo disponer de su participación en la empresa. No puedo regalar el dinero.

—¿De qué herencia hablas? Existe un testamento de Cyprian que te deshereda si algo le ocurriese antes de la mayoría de edad de su hijo menor, es decir del pequeño Melchior.

Contemplar el rostro de Agnes no resultaba agradable. Su expresión osciló entre el espanto y la incredulidad; lo peor era la desconfianza que traslucía, la desconfianza frente a su hermano.

—No sé nada de semejante testamento —dijo con voz apagada.

—Lo tengo aquí. Firmado, testificado, certificado por un notario y sellado. Es indisputable.

—Te doy diez segundos para que me expliques qué te propones, Andrej. Después abandonaré esta casa.

—No, Agnes. Escúchame hasta el final, lo prometiste.

—¿Estás jugando? ¿Con tu propia hermana?

Él calló. Ella lo miró fijamente; después de un momento bajó la mirada, pero sin embargo parecía incapaz de disculparse.

—Tu próxima pregunta debería ser: ¿Por qué Cyprian firmó ese testamento?

Ella clavó la vista en la mesa y guardó silencio. Andrej suspiró.

—Es del año pasado. Lo redactó cuando el cardenal Melchior acudió a nosotros y nos expuso su temor acerca de que la Biblia del Diablo volviera a despertar.

—¿Qué significa eso?

—Los tres lo planeamos juntos: Cyprian, el cardenal y yo. Debía servir para proteger vuestra fortuna (¡la tuya, Agnes!) si Cyprian perdía la vida.

—Protegerla de Theresia y Niklas. Sus propios suegros. Y de Sebastian —dijo con voz áspera.

Andrej asintió.

—Cyprian no se hacía ilusiones con respecto al aprecio de Theresia... y tampoco respecto de la capacidad de Niklas de imponerle su voluntad a ella. Cyprian siempre tuvo claro que ella siempre consideró que tu matrimonio con Sebastian solo había sufrido una postergación.

—¿Quién figura como heredero?

—Wenzel. El cardenal opinaba que si figurase yo resultaría demasiado transparente y nombrar heredera a Alexandra hubiera carecido de sentido, al igual que nombrarte a ti, y los niños aún no han alcanzado la mayoría de edad.

—Así que dependeríamos de la indulgencia de Wenzel.

Andrej trató de no adjudicarle ninguna interpretación a sus palabras. «Wenzel, que no lleva la sangre de ninguno de nosotros en las venas. Wenzel, que en realidad es un extraño, rescatado del orfanato mediante un truco. Wenzel, el bastardo». Andrej estaba convencido de que ella no hubiese

querido decir nada de eso, pero sin embargo le pareció haberlo oído en sus palabras.

—Presta atención, Agnes, es aún más complicado. Uno de los dos testigos que firmó este testamento es el cardenal Khlesl, pero ahora está acusado de alta traición, así que el rey puede impugnar todos los documentos atestiguados por él porque tal vez fueron confeccionados con la intención de traicionar a la corona. Si impugna el testamento de Cyprian todo lo que ideamos resultará inútil. Pero en aquel entonces nadie podía suponer que Melchior sufriría semejante caída en desgracia. Para nosotros él siempre fue una roca firme en medio del oleaje.

Agnes alzó la vista.

—¿Y por eso Wenzel, al declararse heredero de la participación de la familia Khlesl en la empresa, debe donar una parte de la fortuna a la corona de Bohemia? Ello impedirá que el rey impugne el testamento, porque en ese caso perderá la donación.

—Tres cuartas partes de la suma total.

—Bien —dijo ella—, bien. —Pero su tono indicaba lo contrario—. Entonces nos habremos deshecho de Sebastian, habremos limpiado el apellido Khlesl en cuanto a la familia del cardenal Melchior y le habremos proporcionado un par de compañías de lansquenets al rey que recorrerán la comarca violando hijas de campesinos. Ah sí, y nosotros nos habremos convertido en mendigos. Estupendo. Magnífico.

—Todavía no he terminado —dijo Andrej.

—¿Dónde aprendiste tus trucos, en el arroyo?

—No soy tu enemigo —contestó Andrej en voz baja y cerró los ojos.

Agnes se restregó las mejillas con el dorso de la mano. Después se puso de pie.

—Es imposible —dijo—. No puedo pensar con claridad; sé que no eres mi enemigo, pero al oírte hablar así ya no sé qué pensar.

Andrej dejó que llegara hasta la puerta y entonces dijo:

—Virginia.

Agnes se detuvo. Él la oyó sollozar y vio que sus hombros se agitaban.

—No lo digo para torturarte. Lo digo porque es la única salida.

Andrej se afanó en hablar con tranquilidad. El dolor de su hermana lo afectaba casi tanto como a ella, pero consideraba que rescatar el futuro de Agnes, por más doloroso que resultara, era algo que le debía a la familia. Y sobre todo se lo debía a Cyprian, que había sido su amigo, el mejor amigo que jamás había tenido.

—La Virginia Company ha reforzado su colonia en el Nuevo Mundo desde que allí un hombre llamado John Rolfe logró cultivar un tipo muypreciado de tabaco. Ahora hay un pequeño asentamiento fortificado, Jamestown. Los colonos son casi todos hombres, pero de momento consideran que la situación es bastante segura y quieren que también se asienten mujeres y niños.

—Cyprian y yo seguimos el destino de los colonos en la medida que pudimos y nos alegramos bastante de no haber huido allí.

—Pero ahora los malos tiempos han pasado. John Rolfe, ese cultivador de tabaco, incluso se casó con una princesa nativa llamada Pocahontas. Fue recibida en la corte inglesa y bautizada como cristiana. Desde entonces ya no existen hostilidades entre los colonos y los nativos. Si se puede plantar tabaco, también se pueden sembrar otras cosas. A lo mejor logramos convencer a unos socios para que nos acompañen o aprovechar nuestros contactos actuales. Durante las últimas generaciones Inglaterra ha estado en guerra con medio mundo, así que deberían alegrarse ante el establecimiento de relaciones comerciales en lo más profundo del reino, sobre todo en provecho de la colonia. Con el dinero sobrante tras la donación (y también con el que me pertenece a mí) puede que aquí no podamos montar una nueva existencia, ¡pero sí en el Nuevo Mundo!

—Bohemia es nuestro hogar, Andrej. Aquí nacieron nuestros hijos. Aquí es donde montamos nuestra vida. El lugar en el que Cyprian y yo fuimos felices durante más de veinte años. Y este es el lugar donde murió Cyprian. No puedo dejar atrás todo eso.

—¡Pero precisamente por los niños, Agnes! ¡Estás convirtiendo su hogar en una cárcel para ellos! Tú también te marchaste de tu casa, abandonaste Viena y hallaste una nueva vida aquí. Tal vez creas que yo bien puedo hablar, porque nunca tuve un auténtico hogar. Pero esto, Praga, esta casa, la empresa, vuestra casa... todo eso se ha convertido en mi hogar, al igual que para ti. Y, sin embargo, estoy convencido de que ha llegado el momento de iniciar una nueva vida.

—¿Dirías lo mismo si Cyprian siguiera con vida?

Andrej agachó la cabeza.

—Ambos sabemos que esa pregunta carece de sentido.

—¿Crees que el dolor y la pena no nos perseguirán? ¿De verdad crees que podemos escapar de eso?

—¡Pero es un mundo nuevo... una nueva oportunidad! ¡Nuestro mundo anterior sucumbirá! Si estalla esa guerra, esa guerra que todos desean, no se

limitará a un par de escaramuzas entre soldados. Se extenderá por todo el imperio y arrastrará nuestro país y a todos los vecinos al abismo. Será como un gigantesco cilindro de fuego que aplastará y devorará todo lo que apreciamos. Tras esta guerra el mundo ya no será el mismo y aunque nosotros —tú y yo, nuestras familias— no sucumbamos, ya no será un mundo en el cual queramos vivir.

—¡No sabes si esa guerra estallará!

—Lo hará.

Agnes se había parado ante la puerta, vacilando visiblemente y Andrej se maldijo por haberle causado ese dolor. Se puso de pie y se acercó a ella, casi convencido de que ella se volvería y abandonaría la casa, pero en lugar de eso lo abrazó y se acurrucó contra él.

—Tengo tanto miedo, Andrej... No por mí, sino por los niños, por ti. Tengo miedo por... todo...

—Estoy a tu lado, Agnes. ¿Crees acaso que volvería a abandonar a mi hermanita por segunda vez? ¿Crees que no estaré a tu lado? La pérdida que hemos sufrido es tan grande que no podemos formularla con palabras, Agnes, pero debemos continuar. Al menos hemos de intentarlo. Si seguimos adelante con el plan y tú le transfieres la participación de Cyprian en la empresa a Wenzel, entonces tendremos una oportunidad. Entonces podremos librarnos de todo y...

—Si he de hacerlo —dijo Agnes—, entonces solo bajo una condición: Wenzel debe saber quién es.

—Ahora es el momento menos indicado de todos.

—¡No, Andrej! Si Wenzel ha de hacer esto, entonces quiero que lo haga por su propia voluntad y no porque se sienta obligado con la familia. Su vida solo empieza ahora. Debe vivir lo más libremente posible.

—¡Tiene una obligación frente a la familia!

—Solo cuando la acepte de manera voluntaria.

—¿Albergarías las mismas reservas si se tratara de Alexandra?

—¡No es una reserva, Andrej! ¿Es que no lo comprendes? Wenzel es el único de nosotros que puede elegir. Lo que lo une a nosotros no es un vínculo de sangre, sino una promesa que te hiciste a ti mismo cuando lo rescataste del orfanato. Alexandra no puede decidir en contra de su familia. Aunque nos diera la espalda, siempre formaría parte de ella. Todo este tiempo dejaste que Wenzel creyera que eso también se aplicaba a él. Concédele la libertad, finalmente. Proporcióname la certeza de que no tiene la obligación de pertenecer a esta familia porque ha nacido en su seno sino que puede formar

parte de ella si lo desea. Que su existencia significa un regalo para nosotros y que la protección que podemos ofrecerle como familia es nuestro regalo para él. Si lo admite y opta por nosotros, solo entonces será el hombre a quien confiaré mi futuro y el de mis hijos.

—¡No puedo decirle la verdad, Agnes, no después de tanto tiempo!

—Lo sé. Y sé cómo me sentí cuando descubrí que las dos personas que me criaron no eran mis padres carnales. A lo mejor la verdad incluso hubiese vuelto soportable la frialdad de Theresia. Tal vez su corazón no se habría endurecido tanto si desde un principio hubiera quedado claro que otra mujer me llevó en sus entrañas, pero que el destino la convirtió en mi madre. Que tú hayas esperado durante tanto tiempo es tu error; que nosotros no lográramos convencerte de lo importante que hubiese sido decirle la verdad desde un principio es el nuestro. Nunca comprendí qué temías. ¿Que podrías perder a Wenzel? Theresia Wiegant jamás se mostró afectuosa conmigo y, sin embargo, la primera palabra que se me ocurre cuando alguien la menciona es «madre».

—¡No lo hago en provecho de mí mismo o de Wenzel! Lo hago por todos nosotros, para que podamos seguir siendo una familia. ¡Por ti, para que Sebastian Wilfing no pueda ejercer su poder sobre ti! Por tus hijos. ¿Cómo quieres que se lo diga, Agnes? ¿Cómo diablos quieres que se lo diga a Wenzel?

—¿Cómo has de decirme qué, padre?

Andrej alzó la vista. Wenzel estaba en el umbral.

—¿Qué es lo que has de decirme, padre?

Andrej lo contempló fijamente.

—¡Dios mío! —dijo, consternado.

Era imposible. No lo haría.

No podía hacerlo.

No había nada que tuviera más ganas de hacer, pero...

No lo haría.

No seguiría a Heinrich a Pernstein. Permanecería allí, allí estaba su lugar, junto a su madre y a sus dos hermanos... junto a su familia.

Le rompería el corazón y nunca más habría un hombre que la amara como Heinrich, pero no lo seguiría.

El dolor que se apoderó de ella tras permitirse ese pensamiento era terrible. Trató de consolarse diciéndose que podría haber un después, pero en realidad no lo creía. Si entonces rechazaba a Heinrich destruiría el amor que había nacido entre ambos. El camino de regreso del palacio Lobkowitz era como correr baquetas bajo las miradas chocadas, curiosas o avergonzadas que o apartaban la vista de su rostro empapado en lágrimas o bien la contemplaban fijamente.

Cerca de su casa de pronto se quedó sin respiración cuando durante un instante creyó ver al mensajero de Heinrich entre el gentío que recorría la plaza. ¿Es que había perdido la paciencia? ¿Quería saber su decisión en ese mismo momento, sin aguardar hasta el día siguiente? No sabía qué habría sido capaz de decir si Heinrich le hubiera exigido que tomara la decisión en el acto. El plan —en la medida en que se podía denominar plan a las ideas que se arremolinaban en su desesperada cabeza— había sido contárselo a su madre para que esta le proporcionara la fuerza necesaria para rechazar a Heinrich. Solo a medias, se confesaba a sí misma que también formaba parte del plan la esperanza de que Agnes le pidiera que optara por su amado, no por la familia. Ella no cedería ante dicho pedido, pero le hacía bien pensar que ella realmente optaba por rechazar a Heinrich por su propia voluntad. Sospechaba que si le adjudicaba el peso de la decisión a los deberes familiares ello emponzoñaría su vida: nunca podría volver a pensar en su madre y sus

hermanos sin reprocharles haber destruido su amor. Pero de todos modos creer que había visto al mensajero solo era un espejismo causado por los sentimientos contrapuestos de anhelo y temor.

Pero el rostro redondo de Sebastian asomado a la ventana de la planta superior, que se retiró cuando ella alzó la vista, no era ningún espejismo. Una gran aversión se apoderó de ella y se apresuró a remontar los peldaños para no toparse con él. Pero Sebastian ya se encontraba en el extremo superior de la escalera, con las manos apoyadas en las caderas y una mueca en la cara que pretendía parecer medio severa y medio comprensiva y que en realidad era completamente transparente: la ridícula parodia de un padre que quiere saber dónde ha estado su hija casi adulta.

—Bien, jovencita —dijo, soltando un gallo—, ¿dónde hemos estado?

—No sé dónde os encontrabais vos —contestó Alexandra—. Y dónde me encontraba yo no os incumbe en absoluto.

—No creo que ese tono impertinente sea el más adecuado.

—Dejadme pasar. Quiero ir a mi alcoba, estoy cansada.

—Quizá creas que solo has de rendirle cuentas a tu madre. ¡Pero eso pronto cambiará, jovencita!

—¿En qué sentido?

—Antes o después un nuevo dueño de la casa se instalará aquí.

—¿Y vos pretendéis serlo?

—Lo seré.

Alexandra soltó una carcajada burlona y poder hacerlo la sorprendió.

—¿Por encima de quién creéis que podréis decidirlo?

—No necesito pasar por encima de nadie para decidirlo. ¡Es una decisión mutua!

—Si con «mutua» os referís a vos mismo y a mis abuelos de Viena... pues aquí esas decisiones carecen de importancia.

—Tus abuelos desean que yo me haga cargo de la empresa, desde luego.

—No podéis haceros cargo de nada sin el consentimiento de mi madre. Y si mis abuelos consideran que deben retirar su participación... Khlesl & Langenfels se las arreglarán perfectamente sin Wiegant.

Sebastian esbozó una sonrisa arrogante.

—Claro que no tengo la obligación de aclararte, jovencita, cuál es el estatus jurídico de tu madre tras la muerte de tu padre. Sobre todo ahora, una vez que resultó que el anciano cardenal Khlesl no solo es un usurero que engaña a honestos comerciantes en la compra de casas sino también un traidor.

—¡Dejadme pasar de una vez!

Alexandra pasó a su lado y se quedó estupefacta cuando él la aferró del brazo. Contempló su mano y luego su cara, pero él no la soltó.

—Alexandra —dijo en tono apaciguador—, no quería que nuestra conversación tomara este rumbo. Tampoco se trata de intereses judiciales. Se trata de asuntos... del corazón —dijo, y su voz adoptó un tono chillón—. Claro que la decisión de convertirme en el nuevo dueño de la casa es mutua. Una decisión entre tu madre y yo.

—¿Mi... madre?!

—Sí, por supuesto.

—¿Mi madre quiere tomaros como su nuevo esposo?

—Tu madre y yo ya deberíamos habernos casado hace veinticinco años..., antes de que tu padre se interpusiera en nuestro amor. Ahora ese obstáculo ya no existe y el amor que tu madre siempre albergó por mí en el fondo del corazón...

—¿Mi madre solo amaba a mi padre!

—Bien, en aquel entonces tú no estabas presente, ¿verdad?

—Pues yo también he de deciros algo —siseó Alexandra—. No permitiré que os convirtáis en el sucesor de mi padre...

—¿Te niegas a compartir el futuro de tu familia?

—... ¡y soltadme el brazo! ¡No tenéis derecho a tocarme!

Sebastian retiró la mano muy lentamente y su sonrisa fue como si el roce pringoso se prolongara.

—¡Hemos de acostumbrarnos el uno al otro, muchacha! Sé que no resulta sencillo, pero para la empresa solo existe un futuro cuando yo me haga cargo del timón... al igual que para la familia: yo, tu madre, tus hermanos y tú.

—Y mi tío y...

—Bien, habrá cortes.

—¡No creo que mi madre esté de acuerdo con todo eso!

—Solo es una cuestión formal. Confía en mí, querida, tu madre es inteligente y sabe muy bien qué es lo que más os conviene. Hace mucho que nos conocemos y su afecto por mí nunca se apagó.

—¡Os llama «berrido»! —dijo, llena de odio.

Sebastian parpadeó y su rostro cambió de color. Alexandra comprobó que lo había herido y su desprecio por el hombre que estaba de pie ante ella la impulsó a proseguir.

—Porque vuestra voz es como la de un cerdo. ¿Y sabéis una cosa? Encaja con el contenido de lo que decís.

Sebastian tardó unos instantes en recuperar la sonrisa, una sonrisa aún más crispada que la anterior.

—¡Disfruta de la arrogancia de los Khlesl mientras puedas, jovencita! Cuando yo sea el amo, ya no habrá lugar para semejante conducta bajo este techo... o para alguien tan obstinado como tú.

Dio un paso a un lado y Alexandra se apresuró a entrar en su alcoba. Cerró la puerta con estrépito. Haber permitido que él tuviera la última palabra casi la asfixiaba, pero temió arañarle la cara con las uñas si hubiese permanecido un solo instante más en su presencia. La doncella que la estaba aguardando se sobresaltó.

—¡Déjame sola!

—¿Puedo traeros alguna cosa?

—No —contestó Alexandra—. Déjame sola y punto.

«Así que era eso», pensó cuando hubo amainado el ataque de ira, durante el cual había arrancado las sábanas de la cama, arrojado las almohadas contra las paredes, golpeado el colchón con los puños y pegado puntapiés a los arcones. Así que esa era la vida que, hacía unos minutos, había estado dispuesta a intercambiar por el amor de Heinrich. De repente su único deseo era haber visto al mensajero de Heinrich en la plaza. Porque le hubiese dado un mensaje de inmediato y dicho mensaje habría consistido en una única palabra: ¡sí!

Una figura se escabulló de la casa a través de la entrada lateral y se escurrió callejuela arriba. Era gorda y estaba envuelta en un manto que incluso le hubiese quedado estrecho a una persona menos corpulenta, con una capucha que había que sostener con ambas manos por delante para que no se deslizara hacia atrás a lo largo de la inmensa nuca. El camuflaje de Sebastian Wilfing llamaba la misma atención que un montón de bosta de caballo en un mantel de Damasco.

Dobló por la esquina de la callejuela y soltó un chillido de espanto cuando de pronto se encontró frente a un hombre que también había doblado la esquina. Entonces ambos trataron de esquivarse, pero los dos dieron un paso en la misma dirección, se contemplaron, dieron un paso en la dirección opuesta y volvieron a estar frente a frente. El hombre empezó a sonreír, Sebastian estiró una mano gordezuela y lo apartó.

—¡Eh, maldición!

Sebastian siguió caminando apresuradamente y con la cabeza encogida, de repente asustado ante su propia grosería. No acostumbraba a mostrarse grosero con alguien más alto y más fuerte que él; atisbó por encima del hombro pero por suerte el hombre había desaparecido.

—Estoy aquí —dijo una voz desde un portal.

Sebastian se volvió. El hombre del portal lo agarró y lo arrastró. Llevaba zapatos sin tacón, bombachos y una chaqueta de criado con los colores de la casa Lobkowitz, como el criado que Heinrich solía usar como mensajero. Pero no era el criado.

—¿Quién sois? —chilló Sebastian—. Lleváis el atuendo de... eh... mi... eh... pero no sois él.

—Consideré que se trataba de un recado del que debía encargarse el amo, no el criado —dijo Heinrich con una sonrisa malévol.

—Se lo he dicho —balbuceó Sebastian—. Exactamente como vos queríais.

—Sabía que podía confiar en vos.

—¿Y ahora qué pasa con el decreto?

—Desde luego —dijo Heinrich, y le entregó un documento enrollado del que colgaba el sello.

Sebastian lo desenrolló y le echó un vistazo.

—Aquí pone que los impuestos ascenderán a un cuarenta por ciento.

—En efecto —dijo Heinrich, y no se molestó en ocultar las manchas de tinta de sus dedos.

Había redactado el documento a toda prisa después de que Alexandra abandonara el palacio Lobkowitz. La firma del canciller imperial era asombrosamente fácil de imitar.

—Acordamos un veinticinco por ciento. Veinticinco por ciento por la decisión de antemano del canciller imperial de que yo heredaré la empresa de Cyprian Khlesl y que yo seré el único que decida qué ocurrirá con ella.

—La guerra está ante las puertas. Así que los precios aumentan.

Heinrich sabía que desde un principio podría haber esgrimido la suma del cuarenta por ciento y que el comerciante hubiera aceptado. Pero observar cómo se retorció le hacía gracia. Heinrich hubiese dado cualquier cosa por ver la cara de tonto del gordo cuando este intentara legitimar su exigencia tras la cesión de la herencia mediante el decreto sin valor. ¿Por qué habría de dejarle a ese necio vienes la fortuna de la cual podía apoderarse gracias a Alexandra? Pensó en Alexandra y después en que le entregaría el dinero a Diana por encima del cuerpo martirizado de la joven. La fantasía resultaba menos excitante de lo que se había imaginado.

—No comprendo por qué el canciller imperial le da tanta importancia a este asunto.

—Alegraos de que dedique tanta cortesía a un extranjero como vos.

—Soy un buen comerciante. Proporciono comercio y negocios a Praga.

—Bastará con que os encarguéis de que cierta persona abandone Praga.

—¡Esa mocosa! —dijo Sebastian—. Hace tiempo que deberían haberla casado. Con alguien que responda a su impertinencia con la vara hasta que suplique clemencia de rodillas.

—Bien —dijo Heinrich—. Tendré en cuenta vuestra sugerencia.

—Eso explica unas cuantas cosas —dijo Wenzel.

—Me alivia de que lo tomes con tanta serenidad —dijo Andrej—. Sentía temor ante esta conversación.

—Sí. Tanto temor que dejaste que ocurriera veinte años demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? Pero es la verdad.

—Si no fuese la verdad, ¿cómo habría de creerte algo tras esta sarta de mentiras? Y si es la verdad: ¿cómo puedo dar crédito a cualquiera de las cosas que me contaste durante los últimos veinticinco años?

—Una vez me encontré en la misma situación que tú —dijo Agnes—. Puedo comprender muy bien cómo te sientes.

—En ese caso, señora Khlesl, ¿por qué habéis permitido que permaneciera en secreto durante tanto tiempo?

—No hay motivos para que de pronto me hables como si fuera una extraña, Wenzel.

—Desde luego. Es de suponer que de aquí en adelante también esperaréis que siga llamando «padre» al señor Von Langenfels, ¿verdad?

Andrej cerró los ojos; era evidente que se encontraba muy mal. Wenzel estaba tan pálido que sus pestañas y sus cejas parecían pintadas.

—Quería que jamás te vieras obligado a dudar de que perteneces a esta familia —dijo Andrej.

—Siempre te consideramos como un miembro de la familia —añadió Agnes.

De pronto los rasgos de Wenzel se volvieron trémulos, como si un golpe de viento hubiese agitado la llama de una vela.

—Existe otra posibilidad de pertenecer a esta familia. Vosotros me la quitasteis.

Andrej trató de comprender a qué se refería. Volvió a verse sentado en la antesala del orfanato, vio que la superiora cerraba la trampilla, se vio con la mirada fija en el documento que sostenía en las manos entumecidas, percibió

la desesperada idea que de pronto le iluminó el cerebro. Todo lo que había hecho fue por amor a Yolanta. De pronto comprendió lo que Wenzel había querido decir y supo que, en el caso de su hijo, debería haberse tomado más en serio algo que, en su propio caso, siempre se había tomado en serio. A lo mejor le hubiese proporcionado fuerzas para contarle la verdad cuando aún no era demasiado tarde.

—Alexandra —dijo.

Vio que el rostro de Wenzel se tensaba y dirigió una mirada a Agnes en busca de ayuda. Entonces la mirada de ella le reveló que siempre había sido consciente de los sentimientos de Wenzel por su hija.

—¿Por qué no...? —empezó a decir y luego enmudeció.

Pero la verdad era que ella lo había hecho. Ella y Cyprian siempre le habían recordado suavemente que pecaba contra Wenzel. No le informaron de algo de lo cual ambos se dieron cuenta mucho antes que él: a saber, que Wenzel estaba enamorado de Alexandra. Andrej comprendió que ese era el motivo de que la decisión de revelar el origen de Wenzel debía surgir de su propio corazón y no de una obligación impuesta por otros. Creyó que nunca volvería a sentir un dolor como el que sintió al ver a su amada muerta. Ni siquiera ver morir a Cyprian fue comparable. Entonces se dio cuenta de que había llegado el momento en el que todo se repetía... también el dolor. Trató de tomar aire y constató que no podía. Había perdido a Yolanta y ahora también perdería a Wenzel.

«Ya lo has perdido», dijo una voz en su cabeza. El entorno comenzó a volverse borroso.

—Nunca pude decirle a ella... —susurró Wenzel.

—Ella lo sabe —replicó Agnes—. En el fondo de su corazón. Pero ella también siempre creyó que vuestro amor era imposible.

—Y, finalmente, su corazón optó por otro.

—Lo sé —dijo Agnes, y su voz delató que lloraba.

—¿Por qué ahora? —preguntó Wenzel—. ¿De qué me sirve la verdad ahora?

La respuesta supondría el golpe de gracia de todo el amor existente entre Wenzel y Andrej. «Porque formabas parte de un plan —sería la respuesta—. Un plan que yo ideé. Te he mentado durante toda la vida, hijo mío, pero ahora te necesitamos». Andrej tuvo que hacer un esfuerzo para tragar la bilis que surgía en su garganta.

—Yo... —empezó a decir Agnes.

Andrej le apoyó una mano en el brazo y ella calló. Sus miradas se encontraron.

—Todo fue idea mía —dijo Andrej.

—Pero yo te...

Cuando ella calló, Andrej supo en qué había pensado en el último segundo: a saber, cómo se habría sentido Wenzel si ella hubiese acabado la frase: «Pero yo te obligué a decirle la verdad a tu hijo», y se preguntó si realmente hubiera empeorado la situación aún más.

—Me necesitáis —dijo Wenzel—. Se trata de la empresa.

—Sí, en cierto sentido —admitió Andrej—. Pero...

Wenzel se volvió y abandonó la habitación sin pronunciar una sola palabra más.

1618: 2. UNA PROFUNDA CAÍDA

Solo los muertos han visto el final de la guerra.

PLATÓN

Filippo seguía el ritmo con los ojos cerrados; los golpes le agitaban todo el cuerpo.

—Más fuerte —pidió Vittoria, jadeando—. Más fuerte.

—Hago lo que puedo, hermana de mi corazón —dijo Filippo, o quiso decirlo, pero entonces comprobó que no tenía voz.

Notó la presión de las manos de Vittoria aferrando las suyas, olió su sudor y el suyo propio.

—Más fuerte.

—¡Juro que jamás volveré a comer mantequilla!

Pero tampoco pudo pronunciar esa chanza. Filippo trató de abrir los ojos; los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Entre tanto se había percatado de que los golpes seguían un ritmo que procedía de fuera. Él conocía ese compás: era una palpitación que agitaba todas las fibras de su cuerpo y que causaba la sensación de que con cada golpe el alma se alejaba un paso más de todos los otros seres humanos y se adentraba en una oscuridad en la que quedaría atrapada para siempre.

—Más fuerte.

Era la palpitación que lo invadía cuando se acercaba a la Biblia del Diablo, era como el zumbido de un enjambre de avispas. Era el latido del corazón de Satanás.

—Más fuerte, Filippo.

—No puedo más.

—No aflojes, Filippo, no aflojes.

El vértigo se apoderó de él. De pronto fue como si su cuerpo quisiera informarle de que no se encontraba en la cocina de la casa del cardenal Scipione Caffarelli en Roma, sentado frente a Vittoria, sino que estaba tendido de espaldas con los miembros temblorosos. Las manos de Vittoria agarraron las suyas con más fuerza y lo alzaron, y de repente se dio cuenta de que no estaba sosteniendo la mano de mortero húmeda y resbaladiza de la

mantequera, sino que sus manos reposaban sobre una piel tibia y empapada en sudor. Vittoria tironeó de ellas y las presionó contra algo diferente, algo blando y firme bajo lo cual palpó dos huesos duros, y el espanto se apoderó de él.

—Con más fuerza, Filippo. Tócalos. Así está bien, con más fuerza.

—Vittoria... —gimió—. ¡Dios mío...!

—No —dijo ella—. No tienes ningún Dios. No te has hecho la pregunta.

Él trató de quitársela de encima, procuró arrastrarse y escapar del cuerpo tendido sobre el suyo. Los ojos le ardían.

—¡Por favor!

—La pregunta, Parsifal —dijo Vittoria—. Haz la pregunta. ¿Sabes qué es el Santo Grial? El recipiente que contiene el saber divino. Haz la pregunta, Parsifal, o el grial permanecerá cerrado para ti.

—¡No! —gritó, y se incorporó.

Los muslos de Vittoria lo aprisionaban y sus rodillas le aplastaban las costillas. No percibía el peso de ella en el bajo vientre, pero sí que ella lo sostenía.

—¡La pregunta, Parsifal!

—¡NOOOO!

De pronto una llamarada de luz lo envolvió y comprendió que no tenía los ojos cerrados, sino abiertos. Había estado literalmente atrapado en la más absoluta negrura. Entonces recuperó la vista y vio a la mujer desnuda que estaba a horcajadas sobre él, su cuerpo perfecto, la melena rubia que le ocultaba el rostro. Ella se inclinó, la cortina de cabellos se dividió y la mujer sonrió.

—Señora Polyxena...

Repentinamente, su bello rostro se deformó como si fuese un reflejo en un estanque al que alguien hubiera arrojado una piedra y después de un instante terrible y aterrador se convirtió en el rostro que había visto en la Biblia del Diablo, la sonrisa maligna de entre cuyos labios asomaba una lengua bífida. Espantado, Filippo dio un respingo y la entrepierna de ella se encogió con un movimiento exquisito y doloroso que lo arrastró hasta el éxtasis. Sintió que las fuerzas abandonaban su cuerpo y su corazón se detenía. El horror era tan inmenso como el placer y entonces... despertó.

En su cabeza resonó un eco casi olvidado: «*Quo vadis, Domine?*». Era el eco de la voz de la señora de Pernstein.

Filippo respiraba entrecortadamente, sollozando. Entonces miró en torno. Estaba solo en la pequeña alcoba que le habían adjudicado. La vela apenas se

había consumido, debía de haberse quedado dormido. El recuerdo de Vittoria, si bien había sido profanado por los acontecimientos del sueño, hizo que volviera a dudar por primera vez desde hacía días. ¿Es que de verdad todo estaba perdido y la mano del diablo era la única bajo la cual los seres humanos aún podían buscar refugio? ¿O todo estaba perdido solo cuando todo estaba realmente perdido? Vittoria había hecho una pregunta como esa. Filippo estaba seguro de que la respuesta residía en la Biblia del Diablo, al igual que la respuesta a la otra pregunta cuyo eco todavía resonaba en sus oídos.

Apoyó los pies en el suelo, pero la sensación de tocar un tejido húmedo lo detuvo. Con gesto vacilante y con un horror cada vez mayor, se levantó la sotana y clavó la vista en su entrepierna. La camisa estaba mojada y el aire convirtió los restos de la eyaculación en algo frío y pringoso que se pegó a su piel como el roce de un anfibio. Filippo se estremeció. Después se puso de pie de un brinco, se desprendió apresuradamente de la sotana, la arrojó sobre la cama, se quitó la camisa y soltó un quejido cuando la parte húmeda se deslizó por encima de su vientre y su pecho y el olor harinoso penetró en su nariz. Cuando quedó desnudo en la alcoba, su cuerpo pálido y flaco empezó a temblar de frío. Estrujó la camisa y luego la dejó caer, asqueado, cuando un pringue frío le cubrió la palma de las manos. Miró en derredor con expresión angustiada. Por fin arrancó la sábana del colchón de paja y se restregó el cuerpo, jadeando y gimiendo, hasta que su piel enrojeció y se cubrió de rozaduras, y tuvo la sensación de haberse arrancado el vello del pubis a manojos. Deslizó la mano entre sus piernas, la olió y apartó la cabeza. Después se dirigió a la tina de agua, trató de lavarse salpicando agua en todas direcciones como un loco, y por fin se echó a temblar de frío. Una vez más, echó mano de la sábana.

Pero por más que se lavó y se frotó y tiritó, lo peor de todo resultaba imposible de eliminar: la erección dura como una piedra que permaneció tras su eyaculación soñada y que seguía palpitando como si su virilidad aún oyera la llamada de la Biblia del Diablo.

Cuando lo convocaron una vez caída la noche, la erección había desaparecido, pero no así la mezcla de asco y deseo causada por la pesadillesca unión con un ser que hablaba con la voz de Vittoria, poseía el cuerpo de Polyxena y le sonreía con la lengua bífida de Satanás. Habría hecho cualquier cosa para desterrar el recuerdo de Vittoria del eco del sueño. Tanto antaño como en el presente, ella siempre le había parecido lo único bueno que determinaba su vida, y en ese momento era como si dicha certeza se viese manchada. Vagamente, se preguntó si esa era la esencia del poder que lo

había atraído: manchar y ensuciar todo lo noble y lo bueno hasta que solo pareciera vulgar y estropeado. Entonces recordó a la muchacha y su madre en la catedral de aquella ciudad y supo que no hacía falta un poder exterior para que los seres humanos lo enfangaran todo.

En la antigua capilla ardían más velas que en una gran catedral. El calor y el olor a cera, sebo y aceite resultaba mareante; el incienso invadía el cerebro. Cientos de llamas danzaban y chisporroteaban, era como si un coro invisible entonara un cántico casi inaudible y como si el sonido surgiera de un abismo más allá de toda comprensión humana. El libro reposaba en el atril, cubierto por un paño resplandeciente y multicolor. Cuando Filippo entró, dos figuras se volvieron: una mujer delgada y otra rechoncha cuyos magníficos atuendos estaban arrugados y cuyas figuras titilaban bajo la luz de las velas. En cambio, la aparición ataviada de blanco que permanecía de pie entre ambas parecía flotar, como si sus pies no tocaran el suelo. Resultaba difícil reconocer los rostros y más aún posar la mirada en los rasgos de dos señoras mayores de alto rango cuando uno podía dirigirla a las dos gemas verdes y doradas que refulgían en el rostro blanco de la señora de Pernstein.

Una de las dos damas alzó la mano para persignarse, pero una mano blanca y perfecta se lo impidió.

—Aquí eso no es necesario, querida.

—Pero él es un sacerdote...

—En este recinto se trata de la redención, no de la marca de los esclavos de la cruz.

—Pero Jesucristo...

—... murió en medio del dolor. Vuestra meta no es la agonía de vuestra fe, condesa, sino el brillo de su poder inquebrantable, ¿verdad?

—Eh... desde luego... eh...

La mujer rechoncha bajó la mano derecha, visiblemente confusa.

Hablaba en bohemio con un deje casi tan pronunciado como el de Filippo. Ella también parecía haber aprendido la lengua tarde.

—Pasad, padre Caffarelli. Os presentaré a estas damas.

Filippo se dejó arrastrar por la atracción irradiada por los ojos verdes. Solo entonces notó que dos figuras inmóviles envueltas en hábitos y capuchas ocupaban un rincón de la capilla: bajo la luz de las velas parecían sombras sólidas. Filippo empezó a sudar. Como siempre, su anfitriona presentaba un aspecto impecable, mientras que los cabellos de sus dos visitantes femeninas parecían revueltos y estaban pegados a sus sienes, húmedos y apagados.

—¿Caffarelli? —preguntó la dama más delgada—. Vuestro nombre me resulta familiar.

—Mi hermano es el penitenciario mayor papal. —Filippo se obligó a contestar.

—¿De veras? Bien, puede ser. Mi marido ha hablado con los círculos más elevados de la Iglesia católica.

—Yo ya no tengo nada que ver con la Iglesia católica.

—Me alivia saberlo, querido.

—Permitid que os presente a Bibiana von Ruppá, Filippo, amigo mío...

La interlocutora de Filippo inclinó la cabeza.

—... y a la condesa Susana von Thurn.

La más gorda de ambas damas hizo una reverencia, aún confundida por la aparición de Filippo y el puesto poco claro que ocupaba. Filippo se dio cuenta de que Polyxena von Lobkowitz había escogido una táctica excelente para mistificar su persona y se preguntó con qué fin lo habían llamado a la capilla. Las dos figuras envueltas en hábitos de monjes no se movieron. Filippo sabía que en Pernstein no había monjes mendicantes ni de ninguna otra clase. Los hábitos solo podían ser un disfraz.

—Los esposos de las damas, Wilhelm von Ruppá y el conde Matthias von Thurn, pertenecen a los portavoces más importantes de los estamentos bohemios protestantes.

Filippo hizo una reverencia.

—Me siento honrado.

Bibiana von Ruppá le tendió una mano con un anillo para que lo besara. Filippo titubeó una fracción de segundo. De pronto una brisa fría recorrió la capilla y apagó un par de velas. Bibiana miró en torno con expresión asustada; los ojos de su anfitriona relumbraban en su rostro blanco que, bajo la luz de las velas, parecía de hielo. Cuando Bibiana se volvió hacia Filippo una vez más, este hacía tiempo que se había enderezado y contemplaba las damas con rostro inexpresivo. Bibiana bajó la mano lentamente; parecía insegura. Filippo notó la corriente de aire cuando la puerta a sus espaldas volvió a cerrarse sin hacer ruido. En las seis semanas de su estancia había descubierto la propensión de la señora de Pernstein por las puestas en escena dramáticas. Lo que todavía era un misterio era su increíble sexto sentido para saber cuándo dichas puestas en escena resultaban adecuadas. Quizá los monjes disfrazados formaban parte de una de ellas.

—Señoras —Filippo oyó que decía Polyxena con voz ronca—, ¿sabéis a qué me refería antes, cuando mencioné la redención?

—Desde luego. La redención de la vera fe cristiana del sometimiento a la superstición católica.

—La Iglesia católica ha llegado a su fin —dijo Polyxena, señalando a Filippo con una mano blanca—. El Papa es un hombre confuso y sus sustitutos más importantes ya se han convertido a la vera fe.

Filippo notó las miradas de las dos aristócratas posadas en él. «Una jugada brillante, señora Von Lobkowitz —volvió a pensar—. Mi sola presencia parece confirmar dicha afirmación». El padre Caffarelli, hermano del poderoso penitenciario mayor: si alguien estaba al corriente debía de ser él. Filippo comprendió que debía de dar la impresión de que solo había viajado de Roma hasta allí para subrayar las palabras de su anfitriona y reprimió una sonrisa tan irónica como aprobatoria. Al parecer, ella ignoraba cuánta razón tenía en realidad. El Papa no estaba confuso, sino irremediamente enfrascado en sus dos proyectos: en aumentar la riqueza de su familia y en su propia autorrealización mediante la reforma de la fachada de la catedral, pero entre los creyentes el efecto era el mismo. Y quizá sus cardenales no se habían convertido a la vera fe (fuera la que fuese, pero que en todo caso no era el protestantismo), pero ya no guardaban mucha relación con las reglas de la Iglesia católica. Cuando se dio cuenta de adónde quería ir a parar Polyxena y qué era lo que ella denominaba la vera fe, se sintió conmocionado y un escalofrío le recorrió la espalda.

La vera fe era la no fe. La fe en que no existía nada bueno y que Dios había dado la espalda a Su creación. La fe en que el derecho del más poderoso determinaba el mundo. La fe en el credo del diablo.

Acaso los cardenales lo hubiesen denominado de otra manera, pero de hecho, el resultado era el mismo. Cuando comprendió que la mujer hasta la cual lo había conducido su búsqueda pretendía coger una manzana que estaba más que madura se quedó sin aliento. La manzana era el mundo. Lo único que faltaba para el dominio del diablo era que todos reconocieran abiertamente que Dios estaba muerto. Entonces el frío que lo atenazaba aumentó. ¿Acaso su búsqueda lo había conducido hasta un círculo todavía más profundo del infierno? «¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!».

La condesa Von Thurn tenía los ojos muy abiertos.

—¿Decís que todos los cardenales se han convertido al protestantismo?

Una sonrisa condescendiente atravesó el rostro blanco.

—¿Cuántos años creéis que tengo, queridísima?

—Eh... eh... no lo sé.

—Tocad mi mano.

Filippo observó cómo los dedos gordos y sonrosados de Susana von Thurn aleteaban por encima de la delgada mano de su anfitriona. En el dorso de la mano de la condesa ya aparecían las primeras imperfecciones, la piel de los nudillos estaba arrugada y bajo la luz de las velas algunas manchas causadas por la edad parecían suciedad. Era como si una campesina tocara la mano de una estatua de alabastro.

—Miradme a los ojos.

Susana von Thurn alzó la vista como un conejo.

—¿Cuán abrasadora es la pasión que aún arde en vuestras venas, queridísima?

—Eh...

Las manos de la estatua de alabastro se alzaron y tomaron la cara mofletuda de la condesa. Después el rostro blanco se inclinó hacia delante y los labios rojo sangre presionaron los trémulos de la condesa. Los ojos de Susana von Thurn se abrieron, sus ojos parpadearon y luego se cerraron, y todo su cuerpo pareció relajarse e inclinarse hacia su anfitriona. Filippo observó cómo ambos pares de labios se confundían y oyó el suave gemido de la condesa rechoncha. El aspecto de las dos mujeres besándose de manera cada vez más apasionada hizo que el calor invadiera su entrepierna. Dirigió una mirada de soslayo a Bibiana von Ruppá, de pie a su lado, completamente estupefacta y con los labios entreabiertos. Seguro que no lo sabía, pero se los relamía con la punta de la lengua. Polyxena se apartó de la condesa y esta se tambaleó. Tenía la boca manchada de carmín.

—¿Es que alguna vez habéis ardido de pasión, queridísima?

A Filippo la voz ronca le erizó la piel.

—Eso es... —empezó a decir Bibiana von Ruppá.

—Yo... —tartamudeó Susana von Thurn.

—Tengo cincuenta años —dijo la voz ronca—. ¿Cuántos tenéis vos?

Filippo se quedó de piedra. No había ningún motivo para que la mujer de blanco mintiera. Él había calculado que tendría treinta y tantos. Estaba estupefacto. Vittoria había muerto a los cuarenta y pocos; ni siquiera cuando aún gozaba de buena salud había parecido tan joven como la señora de Pernstein. ¿Cómo había...? ¿Qué había...? Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se le ocurrió un motivo. Ciertas hojas de la Biblia del Diablo contenían recetas; básicamente, cada receta constaba de elementos sumamente venenosos. Entonces se le apareció la imagen de ese hombre demacrado que miraba en derredor temblando como un perro que ha recibido demasiadas patadas, ese hombre que de vez en cuando se deslizaba a través

de la puerta y desaparecía en el interior del castillo. En cierta ocasión había observado cómo arreglaba el dedo torcido de un siervo. El hombre era un barbero. ¿Acaso Polyxena le había encargado que tratara de elaborar las recetas? Filippo se estremeció cuando comprendió que, pese a todos los estudios realizados durante las anteriores semanas, era posible que Polyxena supiera más del códice que él mismo.

—Cuarenta... cuarenta y seis —balbuceó Susana von Thurn.

—¿Cuál es vuestro secreto? —soltó Bibiana von Rupp.

La mujer de blanco se volvió. Las figuras monjiles en el rincón se enderezaron; ella se encargó de que volvieran a quedarse inmóviles con un ademán. De pronto Filippo creyó saber quiénes se ocultaban bajo las capuchas y los hábitos: dos campesinos jóvenes, robustos y recién bañados dispuestos a ocuparse de las dos damas nobles y ahondar en el tema de la juventud y la pasión. Por algo Filippo estaba a merced de pesadillas como la de ese día: el ambiente del castillo prácticamente rezumaba una voluptuosidad metódica, manipuladora e implacable.

En vez de ordenar a los encapuchados que dieran un paso adelante, Polyxena retiró el paño de la Biblia del Diablo. Las dos damas se aproximaron. Filippo conocía la atracción que ejercía el libro con solo contemplarlo y tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse en segundo plano. Su miembro viril ya había percibido las palpitations en cuanto entró en la capilla, palpitations que entonces se extendieron por todo su cuerpo y, gracias a los repentinos movimientos de las dos mujeres, se percató de que a ellas les sucedía lo mismo. Querían sondear el secreto de la belleza y la juventud que parecía poseer su anfitriona y utilizarlo en su propio provecho. Lo deseaban con todas sus fuerzas. Puede que ellas mismas lo ignoraran, pero ya estaban dispuestas a cometer un pecado para lograrlo.

El libro las había atrapado. Todos tenían un punto flaco, y la Biblia del Diablo lo aprovechaba para ejercer su poder.

—¿Queréis conocer la vera fe? —susurró la voz ronca.

—Sí —contestaron ambas al unísono.

—¿Queréis ayudar a la vera fe a alcanzar el poder?

—Sí.

La mano blanca indicó a las figuras monjiles que se acercaran. Filippo se dispuso a abandonar la capilla: ocurriera lo que ocurriese, él no quería ser testigo de ello. Como hipnotizadas, Bibiana y Susana clavaron la vista en las figuras encapuchadas que se aproximaban en medio del resplandor titilante de las velas, alzando los brazos para empujar las capuchas hacia atrás. Filippo

avanzó como a través de un fangal y tendió el brazo hacia la puerta como si se encontrara debajo del agua. Las capuchas se deslizaron hacia atrás revelando dos rostros femeninos brillantes y sudorosos. A primera vista casi parecían dos muchachas; la luz de las velas brillaba en las gotas de sudor, ocultaba arrugas y teñía de rubio algunos cabellos grises.

—Uršula von Fels —exclamó Bibiana von Ruppá, resollando.

—Condesa Anna-Katharina von Schlick —tartamudeó Susana von Thurn.

—Decídselo, amigas mías —susurró la voz ronca que parecía provenir de todas partes—. Mostradles el camino que conduce a la belleza de la vera fe.

La mirada de los ojos verdes de la señora de Pernstein se volvió hacia Filippo. Ella hizo un leve movimiento con la cabeza y la parálisis desapareció, vio que ella se acercaba y supo que debía abandonar la capilla. Para su sorpresa, ella lo acompañó y, mientras cerraba la puerta, oyó que una de las dos mujeres envueltas en el hábito de un monje, cuyos esposos, Leonhard Colonna von Fels y Andreas, conde de Schlick, que formaban parte de los representantes de los estamentos bohemios más influyentes, decía:

—Barreremos al Papa y a toda la enfermedad católica de la faz de la Tierra. Decídselo a vuestros maridos. La reunión de los estamentos debe estar a favor de la guerra...

La puerta se cerró. Filippo parpadeó para deshacerse del hechizo de la capilla iluminada por las velas. Su anfitriona, que también en medio de la penumbra del pasillo parecía una etérea aparición, sonrió.

—¿Y con qué resulta más fácil manejar a los hombres que con la nuevamente despertada belleza de sus mujeres?

—Con la expectativa de alcanzar el poder —dijo Filippo, haciendo un esfuerzo.

Oyó que ella reía.

—Tendrán que conformarse con lo primero. ¿Creéis que lo harán, amigo Filippo?

—Sí, los más débiles.

—Ya no hay hombres fuertes. Hoy en día, no.

Filippo inclinó la cabeza.

—Conducís al mundo a la guerra.

—Ese es el camino —dijo ella—. No me decepcionéis fingiendo desconcierto. Ese es el camino y yo lo recorreré.

Él volvió a inclinar la cabeza. Y entonces, con indecible horror, oyó que ella preguntaba:

—¿Y cuál es vuestro camino, amigo Filippo? Dejad de haceros la pregunta, pues ya lo habéis encontrado.

A medida que ella recorría el pasillo y desaparecía tras la esquina, él la contempló fijamente, estupefacto. Era como si ella se llevara la luz consigo y las sombras se acumularon en torno a los pies de Filippo, pero de pronto también le pareció que podía volver a respirar.

Agnes había intentado aturdirse con el trabajo. Se había hecho cargo del cuidado de Leona quien, debido al viaje durante el gélido mes de enero primero sufrió unas fiebres abrasadoras y después cayó en una suerte de duermevela, en el que a veces se estremecía, se asfixiaba, tosía y soltaba palabras incoherentes o clavaba la vista en el cielorraso mientras las lágrimas se derramaban por sus ajadas mejillas. Agnes se había afanado en hacer averiguaciones en Brno acerca del destino de la hija adoptiva de Leona, pero sucedió lo que Andrej ya había pronosticado el año pasado: el vínculo comercial con Brno ya no existía y, a excepción de unas cuantas excusas frías por parte de Vilém Vlach, no había obtenido respuesta. Leona no estaba en su sano juicio y era incapaz de proporcionar informaciones sensatas. Todos los días parecía un poco más delgada, un poco más macilenta y un poco más transparente y el lecho en el que estaba tendida cada vez parecía más inmenso al tiempo que ella se hundía en el colchón. Era como si su decaimiento anunciara su inminente entierro.

Alguien más parecía alejarse con cada día que pasaba, sin que Agnes supiera cómo ponerle remedio. Al principio Alexandra se había turnado con su madre en el cuidado de la vieja niñera, pero después olvidó su deber con frecuencia cada vez mayor, hasta que Agnes se hizo cargo de todo, y al parecer su hija ni siquiera lo notó. Agnes presintió que estaba aguardando algo, pero cuando le preguntó si estaba aguardando que Wenzel volviera a aparecer (a partir de aquella fatal conversación en la casa de Andrej había evitado a la familia), Alexandra negó con la cabeza. Y ella obtuvo la misma respuesta cuando le preguntó a su madre acerca de la partida de Sebastian, solo que entonces una sombra de odio tan sincero recorrió los finos rasgos que Agnes no pudo dejar de sentir el mismo odio. Finalmente, Agnes le preguntó por Heinrich Wallenstein-Dobrowitz, pero Alexandra se limitó a lanzarle una mirada de desprecio y abandonó la habitación.

Cuando Sebastian se ausentaba, Agnes acudía a casa de Adam Augustyn, el jefe de los contables, y ambos ponían al día los libros de contabilidad. Se detestaba a sí misma por esas excursiones secretas, pero preveía que Sebastian no emprendería nada mientras no lograra apoderarse de los libros de la empresa, y hubiese hecho algo aún más despreciable para evitarlo. Desde cierto punto de vista, ella era una prisionera en su propia casa, con una hija que no comprendía, una anciana enferma que balbuceaba en medio del delirio y dos hijos pequeños de quienes debería ocuparse más para no perderlos también a ellos. Y pese a la proximidad de numerosas personas, cada ruido, cada paso, resonaba como en la desierta nave de una iglesia, porque el desierto ocupaba su corazón y el único que podía volver a llenarlo era una persona que no regresaría jamás.

«Siempre regresaré a tu lado».

«Me mentiste, Cyprian», pensó.

Oyó su silencio —el silencio elocuente en el que siempre caía cuando quería que uno descubriera algo por sí mismo, o cuando uno acababa de decir algo excepcionalmente estúpido— tanto en su interior como en su voz.

Cyprian.

En la quietud de la tarde, en la habitación en la que una anciana dormida se acercaba a la muerte, Agnes intentó pronunciar el nombre de él en voz alta. No lo logró. Suspiró y contempló el rostro apoyado en las almohadas que, hasta que se convirtió en adulta, siempre había estado más próximo a ella que el de su madre. Sabía por experiencia que Leona dormiría hasta el atardecer. El sol proyectaba un largo rectángulo claro en el suelo. Agnes se acercó a la ventana y miró hacia fuera. La primavera hacía brillar los tejados de Praga como si realmente fueran de oro y cada adoquín un diamante. Poder contemplar la belleza resultaba doloroso cuando en el interior de uno mismo solo había cenizas grises.

Fuera, en el pasillo, resonaban las voces que surgían de la agencia, entremezcladas con la voz chillona de Sebastian. Ella no les había ordenado a los contables y escribientes que sabotearan los esfuerzos de Sebastian, por temor a que enfadarlo hasta tal punto acabaría por llamar la atención de la corte sobre la familia. Sin embargo, los hombres lo hacían echando mano de numerosos trucos que a ella nunca se le hubiesen ocurrido, pero al mismo tiempo parecían tan solícitos como siempre. Seguro que Sebastian creía que trataba con una docena de los cretinos más grandes de Praga y solo por ese motivo nunca debía hacerse con la dirección de la empresa porque los hubiera despedido en el acto. De vez en cuando no podían evitar exponer

transacciones comerciales, vínculos u otros eventos, pero ello ocurría rara vez. Sebastian Wilfing debía sentirse como un cerdo en busca de trufas en el bosque equivocado. La adecuada analogía casi despertó la sonrisa de Agnes.

La idea de enfrentarse a Sebastian era insoportable. Estrictamente hablando, con respecto a ella Sebastian era la cordialidad en persona. Ella conocía dicha cordialidad desde su primera estadía común en Praga, cuando la empresa Wiegant & Wilfing aún existía. La temía todavía más que sus ataques de ira, que siempre parecían necios.

Permaneció en el pasillo, titubeando, luego se volvió y entró en la alcoba de ella y de Cyprian. «Mi alcoba» se corrigió a sí misma, pero sabiendo que siempre sería la alcoba de ambos. Podía destrozar los arcones, arrojar la cama por la ventana, arrancar el revestimiento de las paredes y levantar el suelo y después cambiar toda la habitación, pero siempre sería la de ambos. Ya había jugado con la idea de mudarse a una de las otras habitaciones, pero le pareció que así traicionaba a Cyprian.

Cyprian.

La cama era grande y oscura; uno solamente se daba cuenta de que estaba solo cuando se despertaba en una cama en la que había lugar para una segunda persona y dicho lugar estaba vacío. Uno solo comprendía el significado de la soledad cuando despertaba de noche y oía el rumor de los ratones tras el revestimiento de las paredes porque la respiración del ser amado había enmudecido y otros ruidos ocupaban el primer plano. Agnes se estremeció y se apartó de la cama.

En el rincón pendía el crucifijo que ella había mandado colgar otra vez después de que cayera repentinamente, aquel día que oyó los pasos de Cyprian en la planta superior pese a que él no estaba allí. Alzó la vista y lo contempló. Tuvo que convencer a uno de los supersticiosos criados de que volviera a fijar la imagen de Cristo a la cruz y el crucifijo a la pared. En aquel entonces ella se negó —y en ese momento seguía negándose— a creer que algo relacionado con Cyprian, aunque fuese la fantasmagórica noticia de su muerte, jamás pudiera hacerle daño.

—Cyprian.

En la soledad de la alcoba logró susurrar su nombre.

—Te he amado tanto...

El Redentor de madera tallada la contemplaba con el rostro contraído de dolor. No era la primera vez que pensaba que habría preferido con mucho soportar el dolor de Él a cambio de no sufrir la pesadumbre que le corroía el alma.

«¿Conoces la historia de la hilandera que estaba junto a la cruz?».

¿Cyprian?

Agnes se volvió instintivamente: la voz de su marido había resonado con tanta fuerza en su cabeza como si hubiese estado a su lado.

¿Cyprian?

La voz interior permaneció muda.

«No pretendes asustarme, ¿verdad?», se preguntó y un instante después se sintió más angustiada que tonta y se desprendió de la sensación. Los muertos no regresan, ni siquiera como espíritus. En cuanto a eso, Cyprian era el mentiroso más grande de todos los tiempos.

«¿Conoces la historia de la hilandera que estaba junto a la cruz?».

Agnes se apartó del crucifijo que colgaba de la pared hasta que sus piernas chocaron contra el borde de la cama. De pronto se sentó.

—Cuéntamela —dijo.

«La hilandera que estaba junto a la cruz era la novia de un caballero vienés, perdido durante la peregrinación a Jerusalén. Ella lo aguardó un mes tras otro, junto al gran cruce de caminos, sentada a un lado de la vieja cruz de madera, hilando lana y confeccionando mantas que regalaba a todos cuantos regresaban de la peregrinación. Tras una larga espera llegó un compañero de armas de su amado y le informó de que el enemigo lo había tomado prisionero y que quizá ya había sido ajusticiado. Entonces ella dejó de hacer mantas y a cambio se confeccionó prendas resistentes, ordenó a su anciano criado que le comprara una cota de malla, un yelmo y una espada, y emprendió viaje para ir a liberar a su amado. Juró por la vieja cruz de madera a cuyos pies había estado sentada durante tanto tiempo que no regresaría hasta haber liberado a su amado o bien pudiese seguirlo a la muerte. Nunca más se supo nada de ninguno de los dos. Quizá lo ajusticiaron a él y ella naufragó durante la travesía en barco y se ahogó, pero a lo mejor todavía sigue buscándolo».

—A lo mejor —dijo Agnes.

«Personalmente —la voz de Cyprian repitió la historia que le había contado el día en el que ella comprendió que su amistad se había convertido en algo más importante— yo prefiero creer que lo encontró y que ambos envejecieron juntos».

—Sí —susurró ella—, yo también lo hubiese preferido.

Para su propia sorpresa, esa vez no derramó lágrimas; se inclinó hacia atrás en la cama y cerró los ojos. La sensación de que bastaría con estirar la mano para tocar el cuerpo de Cyprian tendido a su lado fue tan intensa que no

osó moverse a fin de no destruir el sueño y Agnes sonrió en medio del silencio. Era como si cada uno de los acontecimientos que ella y Cyprian habían experimentado juntos volviera a surgir en su memoria. Todas las veces que ella notó su profundo temor de perderla y lo había abrazado en silencio, sabiendo que su aparente dependencia de la ingeniosidad de él en realidad solo era la otra cara de la relación que los unía. Que a partir de la primera vez que se encontraron, cuando ambos eran niños, ella le había hecho sentir su valía, mientras que su padre no se cansaba de decirle lo contrario. Que en realidad era él quien la necesitaba a ella para ser el hombre que siempre quiso ser. La había rescatado docenas de veces de un apuro o impedido que cometiera una estupidez. Ello se compensaba con su disposición a permitirle que emprendiera dichos rescates. Los platillos de la balanza estaban equilibrados.

Su sonrisa se desvaneció cuando comprendió que había olvidado todo eso. Tras recibir la noticia de su muerte se había comportado como si ella efectivamente hubiera dependido de él. Sintió frío. Él nunca la había abandonado, en realidad ella lo había traicionado.

«Juró por la vieja cruz de madera a cuyos pies había estado sentada durante tanto tiempo que no regresaría hasta haber liberado a su amado o bien pudiese seguirlo a la muerte».

En aquel entonces creyó que él le contaba la historia para distraerla del peligro que corrió después de escapar ciegamente de la casa de sus padres. No sabía si él mismo había comprendido el profundo significado albergado en la historia, pero entonces, tendida al sol en la blanda cama, Agnes al menos comprendió lo que significaba la historia de la hilandera junto a la cruz para ella y Cyprian.

Tragó saliva. ¿Cómo pudo haber sido tan ciega? El amor entre ella y Cyprian era tan grande que no se había percatado de lo más obvio: que la fe forma parte del amor. La fe en que el amor era algo por lo cual había que luchar. La fe en que el amor era lo más importante. La fe en que el amor nunca moría.

Entonces abrió los ojos. Sebastian Wilfing estaba de pie ante la cama contemplándola fijamente y una mueca de odio le crispaba la cara.

El cardenal Melchior siempre había creído que un día su sobrino Cyprian se convertiría en su heredero, pero entonces parecía que él, el anciano, tendría que hacerse cargo del deber de Cyprian y ocuparse de su familia. Soltó un bufido: la familia de su hermano, el hacía mucho tiempo difunto panadero de Viena, no le preocupaba. El emperador Matías era demasiado débil o demasiado caprichoso para protegerlo a él, su ministro, pero el emperador estaba en Viena, al igual que esa rama de la familia Khlesl que los había considerado —tanto a él como a Cyprian— como las ovejas negras. El rey Fernando no se atrevería a perjudicar a los Khlesl vieneses. Por otra parte, era de suponer que estaba demasiado atareado provocando un incendio que arrasaría con el hasta el momento Sacro Imperio Romano Germánico. La situación en Praga era diferente.

El cardenal oteó a través del hueco de la ventana. Allí, en el Tirol, los valles más elevados de las montañas aún estaban cubiertos de nieve y bajo el azul metálico del cielo primaveral el blanco era deslumbrante. Melchior Khlesl nunca se había encontrado a gusto en medio de la naturaleza. Las montañas que le resultaban estimulantes eran las de los documentos apilados en su escritorio. Quizá no fuera el propósito del rey Fernando, pero de hecho la detención en el castillo de Ambras en medio del majestuoso paisaje montañoso en torno a Innsbruck casi equivalía a un castigo más duro. Melchior inspiró el aire frío, nevado e inclemente e hizo una mueca de disgusto.

No estaba encerrado en una mazmorra, precisamente. Los aposentos de los que disponía no eran menos confortables que los de su palacio obispal de Viena o de la casa en la que había residido en Praga. Pero los guardias apostados ante las puertas de sus habitaciones tenían órdenes de cerrar el pestillo y le habían impuesto la obligación de pedir permiso si deseaba abandonar sus aposentos. No obstante, dicha humillación le resultaba indiferente al cardenal Melchior: ya en Viena o en Praga había satisfecho la

necesidad de tomar aire fresco dando un paseo en carruaje a lo largo de los prados y las nansas de las orillas del Danubio o con un breve trayecto por las colinas que rodeaban Praga. Y en efecto: después de muchos días en los que su prisionero no manifestó ningún deseo de dar un paseo, el administrador del castillo de Ambras se presentó en sus aposentos y el cardenal se disculpó por haber asumido que debía pedir la libertad que le correspondía a un hombre de Estado en el exilio (resultó imposible conseguir que el administrador pronunciara la palabra «prisionero») y entonces este preguntó si Su Eminencia no tenía inconveniente que él, el administrador, le preguntara humildemente a Su Eminencia si estaría dispuesto a acompañarlo cuando él, el administrador, cumpliera con su visita semanal a las propiedades del castillo. El hombre sudaba visiblemente. El cardenal Melchior se mostró condescendiente y aceptó la invitación, y por su parte le rogó al administrador que jugara una partida de ajedrez con él. A partir de entonces, Melchior perdía alguna que otra partida (no sin un esfuerzo considerable), algo que cada vez provocaba una sudoración aún mayor en el administrador. Melchior no lo envidiaba. El favor y el desfavor cambiaban en los círculos en los que solía moverse un cardenal y un ministro con mayor velocidad que el tiempo tirolés y siempre volvía a suceder que el indulto y la reinstauración en las anteriores categorías de un funcionario del imperio encarcelado ya estaban en camino mientras el carcelero todavía se devanaba los sesos pensando en las humillaciones a las que podría someter al prisionero. No todos los funcionarios que habían recuperado su estatus eran tan poco vengativos como el cardenal Melchior y el administrador del castillo de Ambras no tenía la menor intención de confiar en la bondad de su prisionero.

En ese sentido, la vida del cardenal en su obligado exilio tirolés no se diferenciaba demasiado de su vida anterior, aparte de que no tenía nada que hacer, que no podía recibir correspondencia, que estaba preocupado por la familia de Cyprian y que el dolor por la muerte de su sobrino se había convertido en un compañero constante.

Los pestillos de la puerta se corrieron y Melchior se apartó de la ventana. El administrador del castillo le había ordenado a su propio lacayo que se ocupara del prisionero. Quizás en compensación porque dos soldados siempre se apostaban en la habitación cuando le servían la comida al cardenal, cuando jugaba una partida de ajedrez o cuando no estaba a solas. Los soldados pertenecían al regimiento del coronel Dampierre y se esforzaban por imitar los pésimos modales de su coronel.

—Traigo la comida, Eminencia —dijo el lacayo con una sonrisa.

Tenía el aspecto de haber pasado los primeros sesenta años de su vida en la punta de una montaña y de haber pasado otros sesenta años más al servicio del administrador del castillo. Era imposible calcular su edad, pero resultaba fácil imaginar que ya se encontraba en el mundo cuando nació Jesucristo. Aunque pasaba casi todo el tiempo en el interior del castillo su tez era de un profundo tono moreno, tenía el cabello y las cejas desteñidas y las grandes manos agrietadas y nervudas como las de un montañés. Hablaba en el tono gutural del pueblo tirolés: era como si tras los dientes revelados por su eterna sonrisa tuviese piedras en la boca. Él y el cardenal se convirtieron en cómplices a partir del día en el que se encontraron por primera vez.

El lacayo sostenía una bandeja con ambas manos. Un paño cubría el plato y el jarro apoyados en la bandeja. Dos soldados entraron junto con él.

—¡Eh! —dijo uno de ellos, cuyo rostro le resultó desconocido al cardenal Melchior.

El lacayo se volvió hacia el soldado y alzó las cejas. Era una comedia que siempre se repetía cuando un nuevo soldado recibía la orden de vigilar al cardenal. El rey Fernando hacía cambiar a todo el personal de vigilancia todos los meses y en el ínterin se rotaban otros soldados. Aparte de que la medida de precaución demostraba el gran temor que su prisionero le infundía al rey, algo que divertía al cardenal Melchior, le parecía que él era el único que entre tanto empezaba a cansarse de la comedia.

—Mostrar —dijo el soldado.

El lacayo se encogió de hombros.

Cuando el soldado quitó el paño del plato surgió el aroma del pollo asado; el soldado retiró el pequeño soporte de plata en el que se apoyaba el paño, después —con la mano libre, de dedos sucios de aceite y mugre— cogió el pollo, lo volvió, examinó el orificio posterior y por fin volvió a dejarlo caer en el plato, después agitó la mano y se lamió los dedos sin despegar la vista de los ojos del lacayo. Entonces se volvió y le lanzó una sonrisa fría al cardenal, pero el gesto perdió efecto porque una vez más se vio obligado a agitar los dedos.

—Está caliente, ¿verdad? —preguntó el lacayo.

El soldado arrojó el soporte y el paño en la bandeja, quitó el trapo que cubría el jarro y lo examinó.

—Moscatel para el señor, ¿eh? —gruñó, introdujo un dedo en el líquido, lo revolvió, alzó el jarro y bebió un largo trago con aire provocador.

—Sí, del bebedero de los caballos —dijo el lacayo.

El soldado le dirigió una mirada llena de odio y por fin asintió con la cabeza.

—Date prisa, pedazo de mierda.

—Por supuesto —dijo el lacayo, quien depositó la bandeja en la mesa, volvió a cubrir el plato y el jarro con sendos paños, luego los retiró con ademán ceremonioso y dijo—: *Champagne*, Eminencia —como si fuese la mayor revelación de todos los tiempos.

—Gracias —dijo el cardenal Melchior, y tomó asiento.

—¿Permitís que regrese un poco más tarde, Eminencia? —preguntó el lacayo—. El señor tiene otro encargo para mí, ¿no?

—Desde luego —contestó el cardenal.

El lacayo hizo una reverencia y abandonó la habitación. Los dos soldados intercambiaron una mirada vacilante, después salieron, cerraron la puerta y corrieron el pestillo ruidosamente. Melchior retiró el plato y el jarro de la bandeja y la levantó. En la mesa reposaba una hoja de papel meticulosamente alisada y cubierta de escritura. De momento, a los soldados nunca se les había ocurrido quitarle la bandeja al lacayo y examinar la cara inferior, aunque por lo demás no tenían inconveniente en partir la bollería y buscar mensajes secretos en su interior. Melchior admiró la destreza de los dedos largos y gordos del montañés con los que el lacayo pegaba los mensajes secretos bajo la bandeja de modo que no asomara ni una puntita y apoyaba la bandeja en la mesa sin que el papel se desplazara.

Después Melchior cogió el borde del jarro con la punta de los dedos y extrajo la pieza de cobre insertada, que solo ocupaba la mitad del jarro. Por debajo se ocultaban utensilios para escribir y un trocito de tinta seca, el resultado de un largo proceso de decocción de corteza de endrino, espesante y restos de la decocción que, sumergido en vino o en agua, se convertía en tinta. Los copistas de los conventos y los escribientes de las agencias lo denominaban piedra de entintar de un modo bastante impreciso, aunque la verdadera piedra de entintar era una suerte de esquisto empleado en la lejana China.

El agua albergada en el recipiente bastaba para volver a utilizarla para escribir y a ninguno de los soldados se le había ocurrido que los jarros de arcilla pudieran contener algo más que una pieza metálica.

Cuando el jarro contenía agua en vez de vino era señal de que había llegado correspondencia secreta para el cardenal; en dichos casos, el lacayo solía aducir otro encargo para que los soldados dejaran solo al cardenal y así proporcionarle la oportunidad de leer el mensaje y contestarlo. Los guardias

tenían órdenes de vigilar al cardenal cuando recibía visitas y uno podía contar con que no permanecerían en la misma habitación por propia voluntad cuando él disfrutaba de su por otra parte excelente comida y sus propios y hambrientos estómagos solo recibían un trozo de pan y una papilla.

El cardenal comió unos bocados de pollo haciendo caso omiso de que las mugrientas manos del soldado lo hubiesen tocado. Después bebió agua —que no provenía del bebedero de caballos, desde luego— sin dejarse molestar por el delicado aroma a dedos del soldado. Había cosas peores. Su corazón ya había empezado a palpar más aprisa, pues la escritura en el papel era la de Wenzel von Langenfels y las noticias procedentes directamente de él casi nunca anunciaban nada bueno.

—Esto... —berreó Sebastian, sosteniendo un arrugado puñado de papeles — esto...

—¿Qué haces en mi habitación? —preguntó Agnes.

Se había apoyado en los codos y no sabía si enfadarse por la brusca interrupción de sus pensamientos y por la irrupción de Sebastian en su alcoba, o asustarse por su cólera evidente o reírse de su patetismo, pero mientras aún reflexionaba venció el enfado.

—Sal de aquí inmediatamente. No se te ha perdido nada en nuestra alcoba. ¡En mi alcoba!

—¿Sabías esto? —soltó Sebastian, jadeando—. ¡Claro que lo sabías!

—¡Lárgate!

—Desde el año pasado todo el negocio de Moravia se ha derrumbado. Los ingresos de la empresa se redujeron en un diez por ciento. ¡Y ahora encuentro esto! —gritó, arrugando los papeles todavía más.

—De acuerdo —dijo Agnes—. Llamaré pidiendo ayuda.

—Un mensaje de Vilém Vlach, quien hasta el año pasado fue el socio más importante de la empresa. En el mensaje pone... Pero de todos modos tú ya lo sabes, ¡tú y ese inútil de tu hermano! —chilló—. ¡Y Cyprian ocultó todo el asunto! ¡Eso es una estafa! ¡Sobre todo una estafa a la corona! Los ingresos aduaneros producto de la importación y la exportación entre Bohemia y Moravia pertenecen al rey. ¡Y vosotros lo habéis estafado! Porque tu hermano se negó a hacerle un favor absolutamente normal a un antiguo socio. ¡Esa no es manera de dirigir una empresa!

Agnes empezó a incorporarse y Sebastian retrocedió un paso, pero entonces algo brilló en sus ojos y le pegó un empujón, tumbándola en la cama. La ira la invadió y se puso de pie con tanta rapidez que chocó contra Sebastian; era más alto y más pesado que ella pero tropezó hacia atrás. Ella lo abofeteó, primero en la mejilla derecha y después en la izquierda y los anillos

que llevaba le rasguñaron el rostro. Un hilillo de sangre brotó de un arañazo y se derramó por su barbilla.

—¡Vuelve a tocarme! —siseó ella y dio un paso adelante. Él agachó la cabeza instintivamente y ella volvió a alzar la mano—. ¡Fuera de aquí!

—Yo... —chilló, tanteando el arañazo—. Me has...

—¡Fuera de aquí! —susurró Agnes—. Quita tu gordo trasero de esta habitación y de esta casa. Si mañana aún estás aquí, me dirigiré al procurador y presentaré una queja.

—No te atreverás... —dijo él, con labios trémulos.

—Puedes contar con ello.

—¿Que presentarás una queja, dices? ¿Cómo qué? ¿Bajo el nombre de Khlesl? ¿Para que el rey finalmente obtenga la excusa necesaria para dirigir su enfado contra la empresa? ¿Acaso mañana quieres encontrarte en la calle con tus mocosos, mendigando?

—Lo prefiero, antes que verme obligada a contemplar tu cara un solo día más.

—¡Eres una zorra! —espetó Sebastian—. ¡Una miserable fulana! ¡Tú y Cyprian sois escoria y espero que él haya muerto chillando como una mujer!

—¿Chillando como tú deambulas por la vida?

Él dejó caer el puñado de papeles y apretó los puños.

—Te haré... te haré... —chilló, y sus ojos se desorbitaron en su cara gorda y grasienta como los de un ahorcado. Su voz era tan aguda que resultaba dolorosa en los oídos.

—¿Acaso no te oyes a ti mismo? —dijo Agnes, e imitó su berrido de cerdo.

Un instante después él se abalanzó sobre ella. Las cosas parecían suceder en orden inverso. Ella notó que la arrojaba sobre la cama pese a que hacía un momento aún estaba a dos pasos de ella. Se quedó sin aliento, un dolor sordo estalló en su cuerpo y solo entonces recordó que él le había pegado un puñetazo en el estómago. Encogió las piernas pero él las tiró hacia abajo y su peso la aplastó contra el colchón. Notó que él tironeaba de su falda con manos frenéticas y trató de apartarlo. Presionó las rodillas y procuró gritar, pero no lograba tomar aliento. Sebastian introdujo la mano entre sus muslos y la deslizó hacia arriba; entonces, junto con el dolor surgió el espanto cuando ella comprendió lo que él se proponía. Trató de agarrarse a algo pero era como si una roca la aplastara. Logró asir la cortina de la cama, pero esta no resistió y cayó sobre ambos en medio de una nube de polvo. Sebastian tosió. Su cara se inclinaba sobre la suya, jadeaba y su saliva le salpicó el rostro.

—¡Putita! —gimoteó, y su mano se agitaba entre los muslos de ella como un pez tibio y húmedo—. ¡Furcia! ¡Rame...!

Agnes lanzó la cabeza hacia delante y le golpeó la nariz con la frente, y él soltó un aullido. Durante un momento la presión de su cuerpo se redujo, ella giró la cadera y cruzó las piernas. Él soltó otro aullido y retiró bruscamente la mano de entre los muslos de ella antes de que le rompiera la muñeca. Después la aplastó una vez más con el cuerpo y ella expulsó el escaso aire que había logrado inspirar. La sangre manaba de su nariz y goteaba sobre el rostro de ella. Agnes se estremeció de asco. Él gargajeó y después presionó su boca contra la de ella, manchándola de sangre.

Agnes abrió la boca para morderlo, pero él se le adelantó. De pronto la cogió del cabello y le tiró la cabeza hacia atrás; el dolor la aturdió y las lágrimas brotaron de sus ojos. Jadeó y al notar que la sangre de él le llenaba la boca, sintió como si se ahogara.

Él volvió a tenderse sobre ella y tiró de su corpiño con la otra mano, pero la tela no se desgarró. Debido al pataleo, la falda se había deslizado hacia arriba y él bajó la mano. Agnes casi sucumbió al espanto al notar la mano de él en su entrepierna y un dolor salvaje cuando sus dedos se clavaron en el vello del pubis y la delicada carne. Agnes agitaba las manos, presa de la desesperación. El asco y la vergüenza la invadieron, junto con un ardor cuando los dedos de él se introdujeron en su cuerpo. Logró manotear uno de los cordeles que adornaban el cortinado de la cama, pero tardó un momento en comprenderlo debido al pánico que la atenazaba.

—Eres mía... —gimió Sebastian, y hundió los dedos aún más.

Ella quiso gritar, pero no lograba tomar aire. Notó cómo los labios de él le chupaban el cuello y quiso arrancarle la cabeza tirándole del pelo.

—Eres...

Ella enrolló el cordel en torno al cuello de él, alzó la otra mano y tiró del otro extremo del cordel. Tiró de ambos extremos con todas sus fuerzas y Sebastian se incorporó violentamente.

Su rostro se convirtió en una horrenda máscara manchada de sangre y saliva y retiró la mano de su entrepierna. Procuró introducir los dedos entre el cordel y su cuello, pero Agnes ya había tensado demasiado el cordel. Los ojos de Sebastian se desorbitaron de espanto, se arrojó al otro lado y le soltó los cabellos. Ella se retorció y él cayó a un lado. El peso de él la arrastró y de repente estaba sentada encima de él a horcajadas. Sebastian trató de golpearla, pero ella esquivó los golpes sin dejar de tirar de los extremos del cordel. La lengua de él se asomó entre sus labios agitándose como la de una serpiente y

corcoveó, pero ella permaneció sentada sobre su gordo cuerpo como un jinete osmanlí.

«Muere —pensó con absoluta claridad—, quiero verte morir. Quiero matarte con mis propias manos».

De pronto unos brazos la rodearon, la alzaron y la arrancaron del cuerpo de Sebastian. Ella se resistió y agitó los brazos, pero fuera quien fuese que la había agarrado no la soltó y la arrastró alejándola de la cama pese a que ella procuró aferrarse a uno de los postes. No tenía miedo, solo sentía una ira que casi le reventaba el corazón. Sebastian gargajeó y procuró recuperar el aliento. Agnes notó que la ponían de pie y la obligaban a volverse. Alzó las garras para arrancarle los ojos pero le sujetaron las manos. Trató de propinarle un rodillazo pero solo golpeó contra un muslo protector.

Alguien con la voz de Andrej dijo:

—¡Ay, maldita sea!

Su vista se aclaró. En la cama a sus espaldas Sebastian todavía gargajeaba y resollaba. Ella vio el rostro enrojecido de Andrej justo delante del suyo, semioculto por sus revueltos cabellos. Respiraba aceleradamente. Un instante después el reconocimiento de que se trataba de su hermano se ahogó en una nueva oleada de furia y vergüenza y trató de arañarle la cara. Él a duras penas logró impedirlo.

—¡Agnes! —gritó y la zarandéo—. ¡Soy yo!

Ella oyó su voz como a través de un largo túnel. Lo que parecía oír directamente en los oídos eran los jadeos de Sebastian Wilfing y su cólera se mezcló con la decepción de que él siguiera con vida.

—¡Agnes!

Más allá ella vio otros rostros: los de la servidumbre y los de los contables de la agencia.

—¡Vuelve en ti, Agnes!

—¡Dios mío, señor Von Langenfels, está herida! Toda esa sangre...

—¡Es su sangre! —Agnes se oyó graznar a sí misma, y un general que contemplaba el campo de batalla sembrado de enemigos muertos no podría haber hablado en tono más triunfal.

Notó que estaba de pie, sus rodillas amenazaron con ceder, pero logró enderezarse y a un lado de Andrej reconoció los rasgos pálidos de Adam Augustyn, el jefe de los contables.

—No caeré —dijo.

Se desprendió de Andrej y tropezó hacia un lado. Augustyn se dispuso a sostenerla. Ella se irritó, pero entonces bajó la vista y se contempló. El

corpiño se había desprendido y casi revelaba sus pechos, la falda estaba desgarrada y la enagua tan hecha jirones que colgaba en torno a sus tobillos. Augustyn procuró interponerse entre ella y las miradas de los demás al tiempo que hacía un intento desesperado para no contemplarla. Ella deslizó el corpiño hacia arriba, irguió la cabeza y se enderezó. Al ver que su gesto iluminaba el rostro del contable se sorprendió, pues no sospechó que era el gesto de una reina.

—Decidles que se marchen —dijo.

La orden era innecesaria: Agnes oyó el susurro de las ropas y las toses de los espectadores que se retiraban. Entonces se volvió con lentitud. Sebastian Wilfing trataba de levantarse de la cama con débiles movimientos de los brazos y las piernas. Un último resto de rabia abrasadora la impulsó a abalanzarse sobre él una vez más, pero sus piernas no le obedecieron y se percató de la repentina debilidad que empezaba a invadirla. «Debo permanecer de pie —pensó—. Si me desmayo será como si él hubiera vencido».

—Pedazo de puta miserable y asquerosa... —soltó Sebastian, gimiendo, y trató de quitarse de encima la manta y la cortina.

Andrej avanzó dos pasos, lo arrastró de los brazos y lo puso de pie. Sebastian alzó las manos: el cordel aún le rodeaba el cuello, pero más flojo. Llevaba las marcas del cordel grabadas en el cuello.

—Te acompañaré abajo —dijo Andrej. Lo obligó a volverse y le retorció un brazo en la espalda. Sebastian gritó y se inclinó hacia delante, Andrej lo cogía del cabello con la otra mano. Sebastian soltó un quejido. La voz de Andrej era casi serena, pero tenía el rostro rojo.

»¡En marcha!

Arrastró a Sebastian al pasillo y escaleras abajo. El gordo berreaba como un cerdo. La servidumbre y los empleados de la agencia se habían reunido en las escaleras y les abrieron paso. Agnes constató que había seguido a ambos hombres; el jefe de los contables revoloteaba en torno a ella como una gallina clueca. A cada paso un dolor abrasador le invadía la entrepierna, pero no permitió que se notara. Atravesaron la agencia y salieron a la callejuela. Un par de transeúntes se detuvieron, sorprendidos.

Andrej soltó los cabellos de Sebastian, lo agarró del brazo, lo hizo girar y después le pegó un puñetazo en el pecho. Sebastian cayó de culo y sus dientes entrechocaron. Andrej tomó aire.

—¡Auxilio! —chilló Sebastian, señalando a Andrej y a Agnes—. ¡Auxilio! Me han atacado. ¡He descubierto una estafa cometida contra la

corona de Bohemia y estos dos me han atacado!

Sebastian no dirigía la mirada en la dirección que indicaba su dedo acusador, sino a un pequeño grupo de guardias que se había acercado a la entrada. En medio del grupo había un hombre que Agnes solo había visto una vez, pero al que reconoció en el acto: era Vilém Vlach, el antiguo socio de Moravia que se había convertido en su enemigo. La interpretación que los guardias habían hecho de la escena era evidente: Sebastian, sentado en el suelo, sangrando, despeinado y cubierto de arañazos; Andrej inclinado por encima de él con los puños apretados.

Los guardias dirigieron la punta de las lanzas contra Andrej.

—Estáis detenido —dijo el jefe.

—¿Cuándo? —preguntó Alexandra.

—Pronto —contestó Heinrich.

—¿A qué estamos esperando?

¿A qué estaba esperando Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz? Él mismo lo ignoraba. Lo único que sabía era que cada vez que pensaba en huir junto con Alexandra (para ella era una huida, para él solo un viaje a la meta final de sus sueños preparado con malicia, unos sueños que se cumplirían sin falta en cuanto lo emprendieran), sentía una necesidad insuperable de postergarlo. No carecía de excusas y, de hecho, el tiempo jugaba a su favor, pues las circunstancias en la casa de los Khlesl se habían vuelto tan insoportables que Alexandra hubiese hecho cualquier cosa por escapar de ellas.

—Dijiste que ambos seríamos bienvenidos en Pernstein.

—Y así es. Lo que me preocupa es el viaje en sí. Tú misma sabes hasta qué punto se ha agudizado la situación en el imperio. Si nos atacan, nadie se preocupará por nosotros.

—A tu lado no le temo a nada.

Justo a tiempo, Heinrich se acordó de adoptar una expresión dolorida y simular que su herida —cuya gravedad había exagerado con tanto talento— todavía no había cicatrizado por completo. Ella carraspeó, abochornada.

—Mi madre acude a la cárcel todos los días y trata de sobornar a los guardias para que le permitan visitar a tío Andrej. Está encarcelado desde hace una semana y madre aún no ha tenido éxito. Si no le exigieran que pague los costes de su alimentación tío Andrej ya podría haber muerto. Hace semanas que no tengo noticias de Wenzel y tampoco lo he visto. A partir del día de la detención, todos los contables y los escribientes se han quedado en sus casas. Sebastian los despidió en bloque, pero supongo que tampoco hubiesen estado dispuestos a trabajar para él. Él y esa víbora de Brno, ese Vilém Vlach, se pasan el día cuchicheando. ¡No soporto estar en casa, Henyk, ni un solo día más!

—¿Qué ocurrió, exactamente?

—Mi madre se niega a hablar de ello. Creo que atacó a Sebastian.

Heinrich, que sabía muy bien lo que había sucedido, alzó las cejas. Alexandra se encogió de hombros.

—Oí que un miembro de la servidumbre dijo que habían oído gritos y ruidos en la alcoba de mis padres. Cuando los primeros llegaron a la primera planta mi madre estaba sentada a horcajadas encima del gordo Sebastian con el cuerpo sucio de la sangre de él y trataba de asfixiarlo.

—¿Qué estaban haciendo ambos en la alcoba?

Heinrich había reflexionado muy bien acerca de cómo hacer la pregunta y Alexandra cayó en la trampa.

—¿Acaso pretendes que me rompa la cabeza al respecto? —preguntó en tono airado—. Hace cierto tiempo Sebastian me dijo que mi madre estaba de acuerdo en que él se convirtiera en el sucesor de mi padre. Así que, ¿qué crees que estarían haciendo en la alcoba?

—A uno de los dos el asunto parece haberle disgustado.

—Si se trata de quién es el que después debió acudir al barbero para que le cure las heridas, diría que el más perjudicado fue Sebastian Wilfing —dijo ella, y entonces pareció escuchar sus propias palabras y agachó la cabeza—. Ya no tengo ni idea de lo que he de pensar.

Heinrich la contempló, una vez más hechizado por su belleza y excitado ante la idea de que estaba totalmente a su merced. El deseo que lo atenazaba era tan intenso que se removió en la cama para reducir la presión. Hacía semanas que podría haberla poseído, pero lo había postergado con la excusa no formulada verbalmente de que su salud todavía estaba demasiado afectada. Pero en realidad la estaba conservando para ese acto único en el que ella encontraría la muerte. Tocarla con antelación hubiese estropeado el acontecimiento. Y Heinrich se esforzaba por reprimir la voz que de vez en cuando surgía en su cabeza, murmurando acerca del temor de que a lo mejor ya no sería capaz de matarla después de que ambos hubiesen estado tan próximos el uno al otro.

En los últimos días había pensado en Ravailac con frecuencia. Todo empezó con Ravailac. Le parecía que, de un modo u otro, esa historia acabaría con Alexandra. Si lograba superar la fe y el amor que ella sentía por él y convertirla en una víctima también a ella, entonces estaba seguro de que Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz ocuparía el lugar que le correspondía. Durante los últimos años a veces había dudado de ello, pero nunca tan a menudo como últimamente, desde que conoció a Alexandra y, a pesar de

comprender que ella lo había hecho dudar de su fe en sí mismo, trató de reprimir la idea.

—¿Quién es Rawaijack? —preguntó Alexandra.

—¿Qué?

—Susurraste Rawaijack o algo por el estilo.

Heinrich le lanzó una mirada sorprendida.

—Ravaillac —dijo por fin— asesinó al rey francés. Hace ocho años. El hombre se llamaba François Ravaillac.

«Más fuerte, mucho-más-fuerte», gemía Madame De Guise a su lado. Oyó el jadeo del noble francés que se esforzaba por satisfacerla. Mademoiselle De Guise, de momento el botín de Heinrich (previó que pronto volverían a cambiar de lugar: el francés no parecía tener suficiente fuerza para satisfacer la voluptuosidad que invadía el cuerpo obeso de Madame De Guise), jadeaba mientras él la penetraba con tanta violencia que su miembro viril empezaba a resentirse al tiempo que presionaba sus abundantes pechos. Mademoiselle De Guise tenía catorce años, era tan gorda como su madre, y Heinrich luchaba contra la resistencia cada vez menor frente al deseo de azotarle su gordo trasero y tirarle de los cabellos. Estaba empapada en sudor y resbaladiza como un barril de mantequilla; los testículos de Heinrich estaban a punto de estallar, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para no eyacular. La sangre le palpitaba en los oídos al tiempo que oía una voz lejana que encomendaba su alma a la misericordia divina; el hedor de la carne abrasada y del azufre penetraba cada vez más a través de la ventana abierta.

Heinrich soltó un quejido involuntario.

—¿Te duele la herida? —preguntó Alexandra y le acarició la frente.

El padre de Heinrich, el viejo Heinrich, había enviado a su único hijo al extranjero para que cobrara experiencia. Pero en realidad, el motivo más bien se debía a que desconfiaba del cínico en el que se había convertido su vástago, que consideraba que tanto los católicos como los protestantes eran ridículos. Ya en aquel entonces el viejo jugaba con la idea de instalar una imprenta en su propiedad y difundir diatribas de inspiración católica contra el emperador. El Heinrich más joven no sintió pena al abandonar el hogar de su padre, que mantenía vínculos en París con la casa de los De Guise: cuánto más alejada estuviera la meta de Bohemia, tanto mejor.

Al principio Heinrich consideró que era un cumplido que Madame De Guise —que solo era un poco más joven que su propia madre— lo mirara con buenos ojos. No era su tipo, pero él era joven, poseía el rostro y la figura de un ángel guerrero, el mundo estaba lleno de carnes femeninas, y por una vieja

gorda que montara había cinco esbeltas muchachas que pugnaban por ser la siguiente, y si una mujer tan claramente experta en desgastar colchones como Madame De Guise se mostraba satisfecha con las artes de Heinrich, él podía darse por satisfecho consigo mismo.

Cuando Heinrich había llegado a París, el rey Enrique IV ya estaba muerto y el juicio contra su asesino François Ravailac, un maestro de provincias, ya estaba en curso. Dos semanas después del asesinato, la sentencia ya era firme y Heinrich fue invitado a presenciar la ejecución desde las ventanas del palacio de los De Guise.

—¿Henryk?

Recordó que aquel día había temblado al pensar que sería testigo y observaría al verdugo mientras este empujaba a alguien de la escalera y lo dejaba colgando, o le cortaba la cabeza con una espada. Eso era una cosa. A nadie que en aquellos tiempos hubiera alcanzado la mayoría de edad le ahorraban semejante espectáculo. Pero la manera atroz en la cual según las leyes de Francia el asesino de un rey pasaba de la vida a la muerte, era otra muy diferente, y en aquel entonces no sabía si sería capaz de contemplar un proceso que había de durar horas mientras soltaba chanzas inteligentes. Sin embargo, al mismo tiempo sabía que la presencia anunciada de las damas impediría que se retirara o se mostrara sensible.

Lo que no sabía era que el temblor en el diafragma (que, para ser exactos, no se diferenciaba demasiado del palpitir que mucho más adelante sentiría en presencia de la Biblia del Diablo) en realidad no era miedo, sino la expectativa ante una epifanía.

Los criados lo condujeron a él y a un desconocido joven francés —que al parecer había recibido una invitación, al igual que él— a uno de los aposentos que daban a la Place de Grève. Ambos hombres se contemplaron como gallos de pelea, pero no se trataba de competir, sino de colaborar fraternalmente. Mientras la plaza se llenaba de una multitud expectante y al mismo tiempo furiosa que vociferaba las estaciones del vía crucis de François Ravailac, Heinrich fue consciente de que su tarea consistiría en algo más que limitarse a observar la ejecución con indiferencia. A través de la ventana abierta oyó que en ese momento Ravailac expiaba la primera parte de su pecado: arrodillarse ante la catedral de Notre Dame envuelto en su camisa de penitente y arrepentirse de la perversidad de su crimen sosteniendo una vela de dos libras de peso en las manos. Al mismo tiempo, Madame De Guise también se arrodilló en el suelo y sopesó dos velas de carne, atentamente observada por Mademoiselle De Guise.

—Según la sentencia, Ravailac había de ser martirizado con tenazas al rojo vivo, y posteriormente se le derramaría plomo fundido, azufre y pez hirviendo en las heridas —dijo Heinrich lentamente y, como en la lejanía, vio que Alexandra palidecía—. Después habían de quemarle la mano con la que había empuñado el puñal hasta la muñeca. Y después cuatro caballos lo desmembrarían.

—¡Dios mío! —dijo Alexandra en tono espantado—. ¿Y tú tuviste que presenciar todo eso?

Aquel día en París resultó que la elección del aposento fue excelente. Las ventanas no solo ofrecían una vista directa al patíbulo, sino que también dejaban penetrar los sonidos, tal vez un tanto débiles pero perfectamente comprensibles. Heinrich pudo oír la plegaria con la que Ravailac se entregaba a los verdugos y el *Salve, Regina* que intentó entonar uno de los sacerdotes antes de que el populacho lo apagara con sus gritos. ¡No habrá plegarias para el condenado! ¡Al infierno con ese Judas!

Entonces comenzó la tarea de las tenazas al rojo vivo. Le arrancaron los pezones y la carne de los brazos, los muslos y las pantorrillas. Los gritos del condenado eran perfectamente audibles, así como los suspiros de la multitud. De pronto Heinrich se sintió unido a Ravailac, no experimentaba su dolor, pero sí la vibración de sus nervios; no sintió la tortura, pero sí la vibración de la intensa y primitiva sensación difundida por el cuerpo martirizado del hombre en el patíbulo; era como si al mismo tiempo fuese el condenado y el verdugo, casi en éxtasis notaba cómo se clavaban las tenazas en las carnes y también que él mismo era quien manejaba el instrumento.

Y todo eso mientras Madame De Guise permanecía de rodillas ante él con el rostro presionado contra la abertura de su pantalón desabrochado. Era la primera vez que experimentaba esa mezcla de voluptuosidad y horror. La situación le provocó un estremecimiento más intenso que nunca y eyaculó antes de poder pronunciar palabra o retirarse. En caso de que Madame De Guise tuviese algo que objetar a su desahogo, lo disimuló perfectamente y ni siquiera parpadeó.

—No pude evitarlo —explicó Heinrich—. Hubiese quedado como un cobarde. Estaba rodeado de una docena de personas, los señores De Guise, sus esposas y sus hijas...

Entonces notó que su voz temblaba y se maldijo hasta que se dio cuenta de que Alexandra no había comprendido que el temblor de su voz estaba causado por el recuerdo de aquella primera eyaculación del día, y no por la

indignación ante el bárbaro espectáculo que supuestamente se había visto obligado a presenciar.

—No considero que seas una persona a quien eso le causara placer —dijo ella.

El verdugo había sostenido la mano de Ravailac por encima del brasero y para quemarle la carne y los huesos, sin dejar de añadir azufre a las llamas. Las oraciones de todos los pecadores del infierno eran aullidos menos sonoros que las súplicas de Ravailac pidiendo a Dios que le perdonara. Mademoiselle De Guise se apoyó en el alféizar y se levantó la falda por encima de las nalgas. Dirigió una mirada ardiente a Heinrich y él y el noble francés intercambiaron sus lugares en silencio. Mademoiselle De Guise protestó indignadamente por el desagradable olor que surgía de la plaza y después empezó a gemir. Mientras el verdugo cercenaba el miembro completamente abrasado del brazo y vertía más pez y aceite hirviendo en la herida, el francés y Heinrich se turnaron varias veces y, una vez más, Mademoiselle De Guise se retorció y soltó grititos.

—No se desmayó —dijo Heinrich—. Hicieran lo que le hicieran, el bellaco no se desmayaba.

—¿Y entonces se acabó por fin?

—Sí —mintió él—. Azuzaron a los caballos y lo descuartizaron, y por fin pude regresar a casa.

—Que Dios se apiade de su pobre alma.

Las damas solicitaron refuerzos. Llamaron a un pastelero que recorría la multitud y este se apostó obedientemente bajo las ventanas. Heinrich salió fuera y el pastelero le informó de que los caballos no lograban desmembrar al condenado; ya hacía media hora que lo intentaban. Como en sueños, Heinrich se abrió paso hasta el cordón de los hombres a caballo que rodeaban el patíbulo, vio que de pronto intervenía uno de los nobles, soltaba a uno de los caballos azotados hasta la sangre y unció al suyo propio. Los caballos volvieron a tirar del cuerpo, los verdugos intercambiaron una mirada, se acercaron a Ravailac y le cortaron los tendones de los brazos y las piernas con cuchillos de carnicero.

Entonces los caballos se lanzaron repentinamente en direcciones opuestas.

Los espectadores aplaudieron; él no les prestó atención y clavó la mirada en los ojos del condenado, un guiñapo que ya solo era un torso retorciéndose en el suelo, hasta que sus ojos se apagaron. Durante una diminuta fracción de segundo existió algo parecido a la comprensión entre ambos, en el preciso instante en que los verdugos hicieron uso de los cuchillos: la comprensión de

que pese a todo el martirio anterior, esa acción, esa separación carnífera de los tendones como los de un animal sacrificado, en realidad había supuesto una deshonra que reducía a François Ravailac, una persona cuyos cabellos se habían vuelto blancos durante el procedimiento, a un trozo de carne sanguinolenta.

Los espectadores pasaron junto a Heinrich, lo empujaron, lo apartaron y trataron de hacerse con uno de los miembros arrancados. Él se dejó caer hacia atrás, un golpe especialmente violento le hizo dar media vuelta y vio las ventanas del palacio De Guise y los rostros acalorados de ambas damas... y en las ventanas de al lado más rostros enrojecidos, por lo cual comprendió que en todas las habitaciones que daban a la Place de Grève el descuartizamiento del asesino del rey había sido observado con placer. Podría habérselo imaginado; no obstante lo conmocionó. Durante un momento se sintió tan deshonrado como el muerto en el patíbulo. Las mejillas rojas y los ojos resplandecientes le parecieron un reflejo de su propio rostro, y al mismo tiempo sintió un desprecio ilimitado por ellos. Solo se habían excitado por la muerte del condenado, una muerte que al día siguiente ya habrían olvidado. En cambio, él había echado un vistazo a lo más profundo de su alma y ello lo diferenciaría de los demás durante el resto de su vida.

No podía regresar al palacio. No sabía qué habría hecho si Madame o Mademoiselle De Guise hubieran solicitado una segunda ración, pero intuyó que hubiese corrido la sangre. Aquello que había despertado en él resonaba y babeaba en su cerebro. El último resto de moral que el bacheo podría haber limitado se había convertido en cenizas. Se tambaleó a lo largo de una callejuela y chocó contra una figura que soltó un grito de terror. Con ojos inyectados en sangre se percató de que se trataba de una mujer, pero no apreció si era joven o vieja, bonita o fea. Gruñendo como un animal, la arrojó al suelo y la violó, y mientras la penetraba no dejó de pegarle puñetazos en la cara hasta que ella ya no se movió y él, sollozando y al mismo tiempo sediento de sangre, se alejó tropezando y aullando.

Había muerto. Había vuelto a nacer. A veces, como en ese momento, cuando el recuerdo despertaba, tenía ganas de vomitar hasta las entrañas.

—Estás muy pálido —dijo Alexandra, y le apoyó la cabeza en su propio pecho.

Él notó que su mano le acariciaba los cabellos y la suavidad de sus senos a través del corpiño. Durante un instante vertiginoso se le aparecieron los pechos de la mujer a la que había violado en la callejuela y tuvo que ejercer

un control férreo para no clavar los dientes en la delicada carne de Alexandra y arrancarla de un mordisco.

—Te amo —dijo ella.

Wenzel solo notó la presencia de Wilhelm Slavata cuando este le pegó un codazo amistoso.

—¿Duermes, Ladislaus?

Wenzel lo miró fijamente. Si el administrador real no se hubiera puesto de puntillas y tratado de ver la hoja apoyada en el atril de Wenzel habría notado la expresión del rostro de su escribiente y es de suponer que le habría preguntado en su acostumbrado tono cordial si había visto un fantasma.

—¿Qué es eso que tienes ahí?

Wenzel sostuvo el aliento y procuró serenarse.

—Acaba de llegar, Excelencia —soltó, resollando.

Slavata lo contempló de soslayo. El funcionario debía de haber experimentado tantas actitudes excéntricas en todos esos años al servicio del emperador y del rey que la conducta de Wenzel no lo sorprendió.

—¿Algo importante?

—No lo sé, Excelencia.

—¿Para qué te dejo ordenar detalladamente los mensajes si tú no...?

—¡Es importante, Excelencia!

—Déjame ver.

Wenzel cogió la hoja y se la tendió. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para reprimir el temblor de sus manos.

Durante los primeros días tras la detención de Andrej había contado con que lo despedirían de su puesto y lo echarían de un puntapié en el trasero. Le resultaba inimaginable que un escribiente cuyo padre estaba en el calabozo por estafar a la corona pudiera permanecer en la cancillería. Estaba tan nervioso que Philipp Fabricius de vez en cuando se divertía aporreando su escritorio con la palma de la mano. Cada vez, el estrépito lo había hecho pegar un brinco, pero los demás escribientes también se sobresaltaron y, tras amenazar a Philipp y decirle que la siguiente vez le tatuarían las palabras

«Esta es la cara» en el trasero con tinta y la punta de un cuchillo, había dejado de hacerlo.

De momento, había esquivado la fatalidad y entre tanto Wenzel supuso que estaba más o menos a salvo. Los demás escribientes no sentían el menor interés por el apellido de un comerciante cualquiera encerrado en el calabozo y a Wilhelm Slavata... pues a Wilhelm Slavata —que siempre confundía el nombre de Wenzel y lo llamaba Ladislaus— ni se le ocurría que su escribiente más joven no se llamaba Ladislaus Kolowrat. Hasta poco antes de Navidad, Kolowrat había sido escribiente en la chancillería y durante una ausencia prolongada de Slavata fue enviado a la cancillería de Viena y, como no tuvo oportunidad de despedirse de él, el cerebro del procurador real parecía negarse a aceptar que se había marchado. Así que Wenzel se convirtió en Ladislaus... y de momento estaba a salvo de ser despedido. De hecho, se apresuró a dejar de insistir que se llamaba Wenzel, no Ladislaus.

Slavata arqueó las cejas.

—¿Khlesl & Langenfels? —preguntó, arrastrando las palabras—. ¿Por qué me suena conocido?

—Supongo que debido al cardenal Khlesl, Excelencia, que...

—¡Silencio! Me refiero al apellido Langenfels.

Wenzel echó una mirada cautelosa en derredor. Los otros escribientes estaban inclinados sobre sus atriles.

—Hace poco un hombre de ese apellido fue detenido —dijo—. Pero que yo sepa, la acusación no tiene una base firme y...

—Correcto. El bribón que estafó a la corona por un dineral. Dinero de los impuestos.

—Al que solo imputan de...

—¿Y qué significa esto de aquí?

—Quizá se trate de una broma de mal gusto, Excelencia —balbuceó Wenzel.

—La alta traición no es ninguna broma.

Wenzel calló y observó al administrador al tiempo que este leía el mensaje por segunda vez. Durante un buen rato Wenzel lo había contemplado fijamente con expresión incrédula y ya sabía el contenido de memoria. Recordó los juguetes y los objetos artísticos arrojados al foso como si fueran desperdicios, donde él los había encontrado tras la muerte del emperador Rodolfo. Seguro que existían listas de inventario de la época en que la colección estaba completa. Y también estaba seguro de que el emperador Matías, de quien se decía que desde la destitución del cardenal Khlesl pasaba

los días sumido en la melancolía, tampoco recordaría que en el pasado había hecho arrojar tantas cosas al foso. Y debido a ello, lo que ponía en el mensaje debía de parecerle bastante plausible, tanto al rey Fernando como a su procurador.

—Uno también puede montar la base de su negocio de esta manera —gruñó Slavata—. Todo sale a la luz del día y ante el juicio divino, Ladislaus, este mensaje lo demuestra.

—Claro que hay que ser muy cauteloso con el contenido de un mensaje anónimo.

—Sí, hay que examinarlo, desde luego. ¿Acaso creíste que haríamos caso omiso de un indicio, después de que —Slavata echó un vistazo al mensaje— ... un tal Cyprian Khlesl junto con su esposa y ese Langenfels robaran piezas valiosas del gabinete de curiosidades tras la muerte del emperador Rodolfo? Si eran piezas valiosas, hoy la corona podría haberlas convertido en dinero. Hemos de armarnos antes de que los protestantes se nos adelanten y eso cuesta dinero. Apuesto a que en aquel entonces el cardenal Khlesl también estaba metido en el asunto. A fin de cuentas —Slavata volvió a consultar el texto—, es el tío de ese Cyprian Khlesl. Es extraño que tras la detención del cardenal la empresa no nos llamara la atención, dado que los nombres son iguales.

—Sí, es extraño —dijo Wenzel, que había hecho desaparecer disimuladamente dos solicitudes acerca del establecimiento de nuevas relaciones comerciales más allá del imperio, que aún permanecían en la cancillería desde los tiempos en que todo estaba en orden.

Slavata palmeó los hombros de Wenzel.

—Bien hecho, Ladislaus —dijo—. Has hecho lo correcto al llamar mi atención sobre este escrito. Encárgate de que el asunto sea investigado, pero sin llamar la atención. No sea que ese Cyprian Khlesl se entere y se largue o borre las huellas de su robo.

—Creo que Cyprian Khlesl murió a principios de este año —dijo Wenzel, haciendo un último intento...

—Alguien debe de haberlo heredado —declaró Slavata en tono alegre.

—Me ocuparé de ello de inmediato —dijo Wenzel, y cogió su sombrero.

—Buen muchacho.

Wenzel no dudó ni un instante de que el escrito anónimo había sido redactado por Sebastian Wilfing. La acusación carecía de fundamento, desde luego, pero ese tampoco había sido el propósito. Solo sirvió para llamar la atención sobre Agnes y Alexandra Khlesl, una vez que la detención de Andrej

por lo visto todavía no había hecho que los corregidores llegaran a la conclusión deseada. Lo peor del asunto era que, sin querer, el gordo había tocado un tema que hacía seis años efectivamente supuso un robo, uno en el que al final el ladrón también sufrió otro robo: la desaparición de la copia de la Biblia del Diablo del gabinete de curiosidades. Y el apellido Khlesl estaba estrechamente vinculado con el asunto.

Wenzel echó a correr ladera abajo y su manto se agitaba a sus espaldas como una bandera. Agnes y Alexandra debían ser informadas cuanto antes de lo ocurrido. Se había negado a cumplir con los planes de su padre (durante un tiempo había intentado llamar a Andrej señor Von Langenfels, también mentalmente, pero había fracasado) y consideraba que había hecho bien. Pero no estaba dispuesto a permanecer de brazos cruzados mientras un codicioso y vengativo buitre del pasado sumía a la familia —de la que había pasado a formar parte de manera involuntaria— en la más absoluta ruina.

Solo aminoró el paso cuando se aproximó a la casa de Alexandra y buscó un golfillo que pudiese llevarle un mensaje a la joven dueña de la casa pidiendo que se encontrara con él en el lugar acostumbrado. En ningún caso quería toparse con Sebastian Wilfing.

Wenzel no sospechaba que Wilhelm Slavata, mientras él todavía recorría Malá Strana a toda prisa, había olvidado que «Ladislaus Kolowrat» se encargaría del asunto. El procurador real llevó el escrito a su propio despacho, lo depositó en el escritorio, volvió a salir para preguntarle a Philipp Fabricius acerca del progreso de la copia de un documento, regresó y volvió a encontrarse con el anónimo. Durante unos instantes le pareció que el asunto ya estaba en marcha, pero después optó por asegurarse y se asomó a la puerta del despacho.

—¡Philipp Fabricius!

—¿Sí, Excelencia?

—Lleva esto al corregidor. Que se encargue de ello.

El lacayo abrió la puerta del palacio Lobkowitz y soltó una suave crítica (nunca se podía saber de cuánto poder disfrutaba el visitante) declarando que no era necesario pegarle puntapiés a la puerta. Que había un llamador y que de todos modos no había que esperar mucho tiempo a que abrieran, a diferencia de los palacios de otros señores donde la servidumbre solía dejar a las visitas ante la puerta durante horas, solo por pura obstinación...

Alexandra lo apartó antes de que pudiera seguir hablando, echó a correr a lo largo del pasillo y remontó las escaleras hasta la primera planta del palacio pasando por alto que, en el palacio del hombre más poderoso después del emperador, se comportaba como si estuviera en su propia casa. Solo se detuvo ante la habitación en la que Heinrich permanecía tendido y se quitó los cabellos de la cara, luego entró. Heinrich alzó la vista, sorprendido. Le hizo bien notar que el rostro de él cambiaba de expresión y que la sorpresa se tornaba en consternación cuando ella soltó las novedades: demostraba cuánto le preocupaban su bienestar y el de su familia.

—¿Que ha hecho qué?

Alexandra le contó lo que Wenzel, resollando y presionándose las costillas, tuvo que contarle dos veces para que ella lo comprendiera.

—¡Ese gordo idiota!

El arrebato de Heinrich fue tan repentino que ella se sobresaltó. Durante un momento creyó ver la ira ardiendo en su mirada, una ira que lo convertía en una fiera desagradable. Alexandra parpadeó y la expresión furibunda desapareció. Tragó saliva y, confusa, reprimió el recuerdo.

—Wenzel intenta comunicarse con mi madre en la cárcel y advertirla.

—¡Escúchame, Alexandra! ¡Esta misma noche partiremos a Pernstein!

—Pero... pero yo... ahora no puedo dejar a mi madre y a mis hermanos...

—Tu madre puede cuidar de sí misma. ¿Quieres que te arrojen al calabozo?

—No, pero...

—¿Crees que los guardias te dejarán en paz cuando estés encerrada?
¿Crees que alguien se interesará por lo que te hacen a ti, un miembro de una familia de traidores y la hija de ladrones?

—Pero... mi madre...

Heinrich la agarró de los antebrazos. Sus brillantes ojos azules expresaban una gran inquietud, temor de que...

«... ¿él... se viera relacionado con el asunto?», pensó.

De pronto ella creyó ver que sus rasgos y su mirada manifestaban que lo único en lo que pensaba era en sí mismo y que, de un modo misterioso, algo lo vinculaba con el delito que Sebastian Wilfing había descrito en su denuncia, el delito del cual ella estaba al tanto, al igual que Wenzel, el delito que —aunque no como lo había descrito Sebastian— había tenido lugar. Pero ¿qué tenía que ver Heinrich...?

... le harían daño a ella y que el rastro de ira que aún reflejaba estaba dirigido contra la profunda malignidad de Sebastian Wilfing. Alexandra notó que estaba helada. Heinrich le tendió los brazos... de pronto le pareció que un pulpo le tendía los tentáculos y se puso tensa, pero entonces todas sus dudas y sus sospechas se desvanecieron, apagadas por el palpitar de su corazón cuando Heinrich la abrazó y ella se acurrucó contra él.

—Tu madre no corre peligro —dijo él—. Pero se meterían contigo, créeme. ¿Quieres hacerte eso a ti misma... o a tu madre, que se vería obligada a ver cómo te...?

—Cállate —dijo ella con voz ahogada.

—Perdóname.

Ella se soltó de su abrazo.

—Lo prepararé todo.

—¡Ni se te ocurra dejar un mensaje y no le digas nada a Sebastian Wilfing!

—Pero ¿entonces cómo quieres que mi madre...?

—Le enviaremos un mensaje cuando llegemos a Pernstein.

—¡No puedo hacerle eso!

—¡A partir de esta noche nosotros seremos fugitivos, querida!

Que él hubiese dicho «nosotros» la conmovió.

—Tengo una idea. Leona, es la vieja niñera de mi madre, vive con nosotros hace semanas. Casi muere, pero entre tanto ya se encuentra mejor. Dijo que quería regresar a su hogar; Sebastian quería ponerla de patitas en la calle cuando aún estaba enferma. Le diré que la acompañaré a casa, así mi madre al menos sabrá que no he desaparecido sin dejar rastro.

Alexandra percibió la vacilación de él, pero se lo adjudicó a la sorpresa causada por su ocurrencia.

—¿De dónde proviene la anciana?

—De Brno.

—Eso queda cerca de Pernstein.

—Lo haremos así o no lo haremos —ella se oyó decir.

Él la contempló y de repente sonrió. Alexandra sostuvo el aliento. ¿Es que había hablado en tono tan brusco? ¿Acaso le planteaba un ultimátum, a él, que solo quería su bienestar? Si ella lo ofendía, ¿quién le ayudaría? Solo lo tenía a él.

«Si él de verdad te ama es imposible que lo ofendas con algo así», dijo una voz en su cabeza, pero ella no le hizo caso.

—Leona no supondrá una carga —dijo Alexandra.

—Estoy seguro de saber cómo tratarla —dijo Heinrich.

Su sonrisa se ensanchó y, una vez más, ella se dejó arrastrar por esa sonrisa y se deshizo de amor por él.

La cárcel de Praga se encontraba en la vasta fortaleza, directamente junto a una de las abruptas laderas de la colina que descendía hacia la ciudad; en la planificación original se trataba de una torre fortificada. Desde que el caballero Dalibor von Kozojed, amado por los habitantes de Praga y convertido en leyenda, fuera encarcelado allí antes de ser ejecutado, el edificio cambió de destino y se convirtió en la cárcel oficial de la ciudad. Si uno se encontraba delante de él y se asomaba por encima de la muralla se veía recompensado por un maravilloso panorama de la amplia curva trazada por el río Moldava y los barrios de la ciudad que ocupaban el valle. Uno desearía tener alas y poder alzar vuelo como un águila y ello suponía otra burla más para los prisioneros, porque estos solo podían disfrutar de la vista durante un breve momento antes de ser conducidos a la torre y encerrados en lóbregas mazmorras en las que los altos huecos solo dejaban pasar un tenue rayo de luz pero impedían echar un vistazo a la libertad.

Agnes remontó los últimos peldaños de la escalera que conducía desde las entrañas de la gran torre hacia la luz y se asomó ciegamente por encima de las murallas. Las personas a su lado se apartaron; todos se mostraban amables en ese grupo de temerosos que volvía a reunirse todos los días y cuyo número no dejaba de aumentar. Agnes no sabía si antes los familiares de los encarcelados también habían permanecido allí durante horas para llevarles noticias o alimentos a sus seres queridos, pero supuso que la tensión cada vez mayor reinante en el imperio y la guerra inminente causaban más detenciones que de costumbre. ¿Acaso no lo había experimentado ella misma? En otra época alguien como Andrej von Langenfels no hubiera sido encarcelado por la mera calumnia de un desconocido.

Era evidente que la irrupción de Sebastian en su alcoba había sido una charada planificada, puesto que hacía días que él debía de estar al corriente de la correspondencia entre Vilém Vlach y la empresa. Que el comerciante de Brno hubiera llegado a Praga justo aquel día en que Sebastian le había pedido

cuentas a Agnes no fue una casualidad, sino el pérfido plan de su antiguo prometido. Incluso había tomado la precaución de exigir la presencia de los guardias con el fin de que estos detuvieran a Andrej de inmediato. El cerdo rosado que Sebastian siempre le había parecido se había convertido en una negra araña que tejió una red implacable en torno a ella y su familia. Pero entonces la propia frustración de Sebastian y su miserable carácter se interpusieron en el camino de este y el asunto se descontroló. Entre tanto, Agnes había comprendido que, en última instancia, ello carecía de importancia. Nadie creería que Sebastian la había atacado. Las rozaduras y los arañazos de Sebastian todavía eran visibles, mientras que las únicas heridas sufridas por Agnes eran espirituales. Sebastian lo había planeado casi todo y lo que se descontroló encima acabaría por suponer una ventaja para él.

Una vez más, no le permitieron visitar a Andrej. Sin embargo, su cordialidad permanente frente a los guardias y las monedas que siempre repartía al menos habían hecho que los guardias no devoraran el pan fresco y los demás alimentos que ella traía ante sus narices, sino que prometían hacérselos llegar al detenido. Nada le resultó tan difícil como hacer caso omiso de la grosería y la arrogancia de la guarnición de la cárcel. Recordó la férrea serenidad de Cyprian cuando se encontraba en una situación semejante y cogió fuerzas del recuerdo para actuar del mismo modo que lo hubiese hecho él. Dios sabe que estaba convencida de que su mojigatería llamaría la atención de los guardias, pero en retrospectiva barruntó que estos no estaban acostumbrados a las palabras amables y que por tanto resultaba sencillo engañarlos si uno fingía que en el fondo los consideraba individuos decentes que solo cumplían con su deber.

Praga se extendía a sus pies, bañada por la dorada luz de la tarde. Gracias a las flores que cubrían las ramas, los huertos frutales de las laderas en torno a la ciudad eran como manchas núbicas en medio de los prados. Los setos y los bosques que aún permanecían allí y allá resplandecían de verdor. Agnes tomó aire, conmovida por la belleza aún en contra de su voluntad. Una vez más, había pasado casi todo un día en ese lugar sin haber visto a su hermano. Sus hijos la echaban de menos y su hija la trataba con una frialdad cada vez mayor. Agnes lo adjudicó a que dejaba la casa y la familia a solas con el intruso, pero en su fuero íntimo sabía que era la única manera de no volverse loca. A pesar de que ella y Sebastian habían logrado esquivarse en la amplia casa, ella podía oler su presencia en todas partes. Era mejor que su madre desatendiera a los niños durante un tiempo breve y no que se vieran obligados

a presenciar la ejecución de esta por haber matado a un huésped alojado en la casa con un hacha.

Agnes se dispuso a emprender el largo camino de regreso; algunos de los que aguardaban la saludaron con la cabeza. Ella les devolvió el saludo sin prestar atención si el que la saludaba estaba envuelto en harapos o ataviado de brocado. Todos se conocían y las diferencias de rango desaparecían cuando uno sabía que los propios parientes tal vez estaban encadenados y tendidos unos juntos a otros en la paja mohosa y utilizaban el mismo cubo para hacer sus necesidades.

Un hombre de aspecto insignificante recorrió el borde del grupo y se acercó unos pasos. Ella lo contempló con mirada desconfiada y trató de pasar a su lado con un breve saludo. El camino a la ciudad conducía a lo largo de unas desgastadas escaleras y a través de la puerta oriental y de pronto Agnes recordó que los primeros cien metros a través del abandonado jardín del castillo eran muy solitarios.

—Sois la señora Khlesl, ¿verdad?

—¿Quién quiere saberlo?

—Solo tengo un mensaje para vos. No quiero haceros daño.

Agnes lo miró por encima del hombro pero sin detenerse. ¿Estaría al servicio de Sebastian para vigilarla y aterrorizarla? El hombre tenía la dentadura podrida y llevaba ropas harapientas; parecía alguien dispuesto a hacer cualquier cosa por dinero.

—Deteneos, os lo ruego. Soy cojo.

Agnes apretó los dientes, hizo un alto y se volvió hacia él.

—¿Y bien?

—Será mejor que no regreséis a casa —señaló el hombre, y algo le recorrió el rostro, algo que bien podría ser una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo decís?

—Si sois inteligente, no os acercaréis a vuestra casa.

Agnes dio un paso hacia él. Era más alta que el hombre y este se quedó boquiabierto.

—Escúchame, rata asquerosa —dijo ella, ronca de ira—. La próxima vez que te encuentres con tu contratante dile que puede ahorrarse el dinero que te paga. Paso todo el día aquí arriba y en ningún otro lugar, y por las noches duermo en mi cama, en mi alcoba, y si pretende asustarme dile que envíe toda una compañía de soldados en vez de a una rata como tú.

Agnes se volvió bruscamente y lo dejó allí de pie, luego cambió de idea y remontó un par de peldaños. El hombre aún permanecía allí, petrificado.

—Vaya —dijo en un tono que podría haber perforado los peldaños—, se me olvidaba. Las ratas no hacen nada gratis. Toma, un poco de dinero para que le hagas llegar mi mensaje —añadió, y arrojó las monedas a los pies de él.

Cuando alcanzó el peldaño en el que se había vuelto, oyó que él decía:

—Estoy aquí porque mi hermano menor está encerrado en el calabozo. Es un benedictino de la abadía de Brevnov, pero su abad piensa expulsarlo de la orden: su único delito es haber sido uno de los escribientes del cardenal Khlesl.

Agnes se detuvo y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Cuando vos estabais abajo, en las mazmorras, apareció un joven completamente sin aliento. Preguntó por vos. Conozco vuestro rostro por mi hermano y dije que os transmitiría su mensaje.

Agnes se volvió y subió las escaleras. Las mejillas le ardían.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —exclamó, y dirigió la mirada a las monedas que le había arrojado a los pies—. ¡Dios mío!

Una sonrisa torcida recorrió el rostro del hombre.

—No tiene importancia —dijo.

—Yo también tengo un hermano en el calabozo, al igual que vos.

El hombre alzó y bajó los hombros. Durante un momento Agnes creyó que se echaría a llorar, lo cual habría hecho aún más insoportable la penosa situación.

—Siento haber dicho lo que dije, de verdad —soltó ella—. Creí que vos...

Entonces se agachó y empezó a recoger las monedas que le había arrojado. Y se horrorizó cuando él también se agachó para ayudarle.

—No, por favor... —balbuceó.

—¿Qué ha hecho vuestro hermano?

—Actuó de manera decente cuando lo más oportuno hubiera sido hacer lo contrario.

El hombre asintió y le tendió las monedas recogidas. Ambos aún estaban acuclillados en la escalera, el rostro de él estaba próximo al suyo y podía oler su aliento a escasa alimentación y demasiadas preocupaciones. Él indicó hacia arriba con los pulgares, allí donde tras un par de curvas de la escalera se encontraba la estrecha plaza ante la entrada de la torre.

—Los señores quieren la guerra, tanto los católicos como los protestantes —dijo él—. El diablo les susurra a los oídos. Se los llevó a la montaña, como Jesús, y les mostró los tesoros que les aguardan si se someten a él. A diferencia de Jesús todos lo hicieron y ahora quieren luchar por esos tesoros

prometidos por el diablo. No les importa que si lo hacen, todo lo que hoy poseen sucumbirá.

—Las promesas del diablo —dijo Agnes— solo son los deseos que la parte oscura de nuestra alma nos infunde.

Él asintió.

—El Papa no podría haberlo dicho mejor. Si vos pensáis en vuestro hermano y yo en el mío, ¿creéis que es una pena que todo sucumba en esta guerra inminente?

—Siempre es lamentable que un ser humano encuentre la muerte antes de tiempo.

Él resopló.

—¿Como esas pobres almas encerradas en las mazmorras? El frío invernal aún permanece en las piedras. Pronto empezarán a toser y a afiebrarse; la cárcel está completamente abarrotada y aunque alguien se ocupara de cuidar de los enfermos, los barberos no darían abasto. Dentro de una semana sacarán al primero, os lo aseguro. La salud de mi hermano es muy frágil. Temo por él —dijo con voz temblorosa.

Agnes tenía un nudo en la garganta.

—Describidme al joven que os entregó el mensaje.

—Alto, delgado, casi flaco —dijo el hombre sin titubear—. Cabellos rojizos, tez pálida, aunque tenía las mejillas enrojecidas por la carrera, ojos verdes... un joven apuesto. ¿Es pariente vuestro, señora Khlesl?

Ella le devolvió la tímida sonrisa con aire distraído. ¿Qué habría contestado Wenzel a esa pregunta?

—Bastante más que otros —se oyó decir a sí misma.

En caso de que su interlocutor considerara que la respuesta era críptica, no lo demostró.

—¿Qué dijo el joven, exactamente?

—Que no debéis ir a casa, que paséis la noche en casa de su padre, que hasta mañana trataría de idear algo. Que no podía aguardar más porque no quería que lo echaran de menos y le hicieran preguntas.

—¿Eso es todo?

—Seguro que no quiso decirle nada más a un desconocido.

El bochorno volvió a invadirla.

—Quiero pedir os nuevamente disculpas por lo que os he dicho.

—¿Qué haréis?

—Tengo hijos. No puedo ausentarme así sin más, sin que ellos sepan dónde estoy.

Pero ese no era el auténtico motivo, tal como ella se confesó a sí misma. Era de suponer que Wenzel al menos se las habría arreglado para informar a Alexandra o que aún lo haría. Al menos ella y los niños no tendrían que inquietarse por la ausencia de su madre. Antes se había preguntado si no era mejor ser desatendido por su madre en vez de presenciar su ejecución. Bien, no cabía duda de ello... ¿o sí? ¿Acaso la pregunta no guardaba un considerable parecido con aquella que se cuestionaba si era mejor ver que su madre escapaba corriendo en vez observar cómo se enfrentaba al peligro porque así atestiguaba que no había hecho nada malo?

—¿Os permiten ver a vuestro hermano?

—Cada dos días.

—Decidle que les pida a los guardias que lo encadenen junto al mío. Tomad, dadle estas monedas por favor, que se las entregue a los guardias cuando se lo pida. Mi hermano es Andrej von Langenfels. He logrado hacerle llegar alimentos razonables. Los compartirá con vuestro hermano y así tendrá más posibilidades de no caer enfermo.

—Estoy profundamente en deuda con vos —dijo el hombre con lágrimas en los ojos.

—No —replicó Agnes—, la que está en deuda con vos soy yo. Pero eso no tiene importancia. Antes me habéis preguntado si sería una pena que la guerra devorara nuestro mundo. Si de vez en cuando todos nosotros hacemos algo bueno sin que nos obliguen a ello, realmente supondrá una pena. Y mientras la destrucción de algo sea lamentable, siempre existirá la esperanza de que tal destrucción no sea absoluta.

De camino a casa Agnes se preguntó quién había hablado en ella: ¿la voz de Cyprian, que había recitado la leyenda de la hilandera al pie de la cruz, o la suya propia? Pero en última instancia, dicha pregunta también había obtenido respuesta: la suya. Su propia alma se había apoderado de la voz de él porque de un modo inconsciente tenía claro que esa era la única a la que le prestaría oídos. Ella era Agnes Khlesl, Wiegant de soltera. Su nombre real habría sido Langenfels si el destino no hubiese realizado una de sus absurdas cabriolas con su vida. Como Agnes Wiegant tuvo que descubrir que en realidad hubiera sido Agnes von Langenfels y que su único deseo era convertirse en Agnes Khlesl. Si uno cambiaba de piel con suficiente frecuencia aparecía el núcleo interior, ese que conformaba la persona real. En el caso de Agnes lo que apareció fue el núcleo de una persona que cogía su propio destino con las manos, que no tenía la menor intención de entregarle las riendas a nadie y que creía que el amor nunca moría.

Cyprian representaba ese amor. Su propio corazón había hablado con la voz de él, para recordárselo.

Cuando vio a los guardias reunidos ante la entrada de su casa siguió caminando sin vacilar y al reconocer a Sebastian junto al jefe del grupo no retrocedió. El jefe la contempló y después se quitó el sombrero con ademán respetuoso.

—Señora...

—Me disponía a convencerlos de que debió de tratarse de un malentendido —dijo Sebastian en tono untuoso y procuró, pero sin éxito, disimular la alegría causada porque Agnes se vería obligada a mostrarse agradecida por sus esfuerzos por impedir que la detuvieran y la alegría aún mayor porque dichos esfuerzos resultarían inútiles, claro está.

—Habéis venido a detenerme —dijo Agnes.

—Eh... —tartamudeó el jefe, desconcertado ante tanta franqueza.

—Un malentendido, tal como acabo de informaros... —declaró Sebastian y tomó aire.

—Estoy en vuestras manos —lo interrumpió Agnes, y miró al jefe a los ojos.

—Eh... de acuerdo...

—Pero no, Agnes, estoy intentando resolver este asunto...

—Tengo hijos. No querréis arrancarlos de los brazos de su madre, ¿verdad?

—Desde luego que no —se apresuró a responder el jefe, y cayó en la trampa que Agnes le tendía—. Ellos os acompañarán a la cárcel.

—Sí —dijo Agnes—. La ley es dura, pero justa.

—Solo cumplimos con nuestro deber, señora.

—Y yo estoy cooperando, ¿verdad, señor coronel?

—Suboficial, solo suboficial... ejem... eh... sí... —El jefe se rascó la entrepierna y luego, al recordar que estaba en presencia de una mujer, se apresuró a rascarse la barriga—. Eh...

—¡Pobres niños! —exclamó Agnes de pronto, y ocultó el rostro entre las manos.

—Pero...

—Las cárceles están repletas y son muy frías. Los pequeños son muy delicados, caerán enfermos.

—Pero eso no es en absoluto...

—Morirán —dijo Agnes, entre los dedos—. Y yo moriré de pena. ¡Ojalá hubiese huido en vez de ponerme en vuestras manos, señor coronel!

—Suboficial, señora, solo suboficial —repitió el jefe, y su voz denotaba su desesperación cada vez mayor.

—¡Mis hijos son inocentes, señor coronel! ¡Y yo también lo soy! Cuatro personas inocentes morirán porque confié en vos. Pero os perdono, señor coronel, os perdono. No podéis hacer otra cosa.

—Puedo...

—Podríamos haber huido. Pero no lo hicimos porque confiamos en la ley y en la justicia y estamos persuadidos de que todas las acusaciones en contra de nosotros son falsas. Pero así es como nos agradecen nuestra confianza.

—Hombres, decidle a la señora que lo de la cárcel está arreglado. Eh...

Los guardias le lanzaron una mirada atónita a su jefe.

—De acuerdo —dijo el jefe con voz resignada—. De acuerdo.

—¿Tenéis hijos, señor coronel? ¿Hijos pequeños y dulces que os contemplan llenos de confianza porque saben que su padre es un hombre

justo?

—¡Eh, vos! —gritó el jefe, dirigiéndose a Sebastian. Este pegó un respingo—. Dijisteis que erais el dueño de la casa, ¿no?

—Sí, quiero decir... Todavía no...

Agnes separó las manos de la cara; Sebastian esquivó la mirada que le lanzó.

—Pues entonces la señora permanecerá bajo arresto domiciliario. ¡Y vos sois responsable de que se encuentre bien, tanto ella como los niños!

—¡Que no! —gritó Sebastian, y luego se apresuró a cerrar el pico.

—Y de que no se largue —le sopló uno de los guardias al jefe.

—Correcto. Responderéis de ello ante mí. ¿Comprendido?

—Pero...

El jefe se enderezó, sus hombres pasaron sus armas de una mano con un sonido muy marcial.

—¿COMPRENDIDO?

—Sí —gruñó Sebastian.

El jefe se volvió hacia Agnes y volvió a saludarla inclinando el ala del sombrero.

—¿Lo veis, señora?

Agnes decidió que no debía exagerar. Abrazó al jefe y le dio un beso en la mejilla.

—Dios os recompensará, señor coronel.

—Está bien, está bien. Y... suboficial, señora, solo suboficial. ¡Y vosotros, en marcha! ¿Acaso oigo risas? ¡Os arrastraré por el suelo hasta que se os caiga el culo! Perdón, señora.

Agnes contempló a los guardias que se alejaban hasta que desaparecieron detrás de una esquina. Después pasó junto a Sebastian y entró en la casa sin dignarse a mirarlo.

Mientras remontaba las escaleras y se dirigía a su alcoba, el triunfo que acababa de alcanzar se volvió insípido. ¿Qué había logrado, salvo intercambiar la amenaza de la cárcel por la jaula más confortable de su hogar? Ella y sus hijos seguían siendo prisioneros al igual que antes, a merced de las calumnias del hombre que ella misma había convertido en su carcelero. Pero no lo había maquinado solo por la comodidad o por temor ante las condiciones realmente catastróficas de las mazmorras de Praga. Había tenido en cuenta que escapar de la cárcel era imposible; sin embargo, escapar de su propia casa, no. Sebastian se esforzaría al máximo por vigilar sus pasos, desde luego, pero ella contaba con encontrar la oportunidad de engañarlo.

«No trates de convencerte —se dijo—. ¿Huir? ¿Adónde pretendes huir? ¿O de quién? Todo lo que posees está aquí. No deberías huir, sino luchar por ello».

La verdad, se contestó a sí misma, era que todo lo que había allí le importaba más bien poco, a excepción de los niños. Aquello que había llenado su corazón estaba perdido: el amor de Cyprian. Y por eso no fue la idea de huir lo que la impulsaba sino la de emprender una...

... ¿búsqueda?

«¿Qué pretendes buscar? ¿Restos de ropas? ¿Huesos? ¿Adónde ha de conducirte tu viaje? ¿Hasta el mar Negro?».

Ella no lo sabía. Solo sabía que no debía abandonar hasta encontrarse frente a la prueba irrefutable que Cyprian estaba muerto. Se avergonzaba de haberse entregado a la pena hasta el punto de que la duda ya no había hallado lugar en su alma.

Sin darse cuenta, se había detenido en el descansillo de la escalera. La puerta, tras la cual se encontraba la pequeña alcoba en la que había alojado a Leona, era la más próxima. Apenas se había ocupado de la anciana y aún menos de la petición que la había llevado hasta allí. La búsqueda de Cyprian —o de una prueba de su muerte— era lo único a lo que la esperanza de Agnes todavía se aferraba. Y la creencia de que ella y Cyprian podían ayudarlo era la esperanza a la que se había aferrado Leona. Agnes se sentía mal... y aún peor cuando se dio cuenta de que una parte de su corazón ya había comenzado a negociar: «si ayudo a Leona, Dios, eso será una buena acción. ¿Me recompensarás ayudándome en la búsqueda de mi amor perdido?».

Bajó el pestillo con repentino espíritu emprendedor. Hablaría con Leona y consultaría con Alexandra. No estaba tan sola como había creído, tenía una hija inteligente, determinada y valiente, y si alguna vez había llegado el momento en el cual una madre debía confiar en la fuerza de su hija, era ese.

Sorprendida, clavó la vista en la cama vacía.

—Te consideras tan lista —oyó la voz del gordo Sebastian a sus espaldas—. Pero no sabes nada. La buena pieza de tu hija se ha largado con la mendiga, que nos ha salido muy cara. No la detuve.

Agnes se volvió. Sebastian, que se había mantenido a dos pasos de distancia, retrocedió aún más y ella tuvo la sensación de que en algún lugar alguien se reía de sus patéticos intentos de negociar con la suerte. De pronto sospechó cómo se sentía alguien que se apartaba de Dios porque ya no esperaba nada de Él. Sospechó que si de repente apareciera el diablo, sostuviera su Biblia ante su rostro y dijera: «¡dejaré a tus enemigos en tus

manos si caes de rodillas y me adoras!» habría cedido a la tentación. Ello la asustó aún más que reconocer que su hija la había dejado en la estacada.

—¡Esto es lo que elegiste, en vez de escogerme a mí! —exclamó Sebastian—. Esto es lo que tú llamas tu familia. ¿Te enorgulleces de ello? — chilló, y lanzó un salivazo al suelo.

Miles de réplicas se le cruzaron por la cabeza, pero no pronunció ninguna. Se dirigió a su alcoba, cerró la puerta, se sentó en la cama y se sumió en la desesperación.

El conde Heinrich Matthias von Thurn alzó el jarro y lo agitó cuidadosamente. Ya no quedaba vino. Alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Wenzel von Ruppá, quien lo contemplaba con una sonrisa torcida y deslizó la vista a un jarro de fino gres apoyado en la mesa ante él, luego hacia el conde Von Thurn y negó con la cabeza. El conde suspiró: al señor Von Ruppá también se le había acabado el vino. Entonces miró en derredor de la mesa; los representantes más influyentes de los estamentos protestantes estaban presentes: junto a Wenzel von Ruppá estaban sentados Albrecht Smiřicky, único heredero de la inmensa fortuna familiar y supuesto propietario de dos tercios de las tierras de Bohemia, el conde Andreas von Schlick, que como protestante convencido ya se había enfrentado al emperador Rodolfo y que fue portavoz de los estamentos durante mucho tiempo, y Colonna von Fels, que, al igual que Von Thurn, era de origen alemán y uno de los opositores más radicales del gobierno de los Habsburgo.

La reunión se celebraba en la casa de Wilhelm von Lobkowitz, que era un ejemplo vivo de la discordia reinante en Bohemia, dado que era el primo del canciller imperial pero también un protestante creyente. La división de la cristiandad no solo recorría las familias del mismo rango. Ambos enemistados jefes de las casas Lobkowitz solo se igualaban en sus esfuerzos por parecer anfitriones generosos. En esa ocasión, los jarros de gres en los que Wilhelm von Lobkowitz hizo escanciar el vino suponían un claro ejemplo. ¡Una copa para cada uno de los señores! El conde se preguntó cuánto habrían costado. Lobkowitz había comentado en tono marcadamente casual que procedían del ducado de Wurtemberg, lo cual se correspondía con el cumplimiento correcto de la política estamental que suponía privilegiar el trato con los principados protestantes. Por otra parte, casi todo el imperio se encontraba entre Wurtemberg y Bohemia. El precio debía de haber sido elevado.

Y entonces resultó evidente que el dinero ya no alcanzaba para comprar vino en cantidades suficientes... o sensatas. ¡Vino de Rheingau en vez de

Tokaji! Uno también podía confiar en ello. En última instancia, Wilhelm von Lobkowitz nunca sabía de qué se trataba en realidad.

El anfitrión mantenía una animada discusión con el conde Von Schlick. El conde parecía afectado. Para ser exactos, también Colonna von Fels y Wenzel von Ruppá estaban más pálidos que de costumbre. Eso confundió al conde Von Thurn, sobre todo porque sabía que allí aún estaba presente una cuarta persona que, de momento, solo era una sombra de lo que había sido: a saber, él mismo. Parecía indicar que existía un vínculo entre ellos, cuya índole más íntima el conde ni siquiera quería imaginar.

En cuanto a él, todo comenzó cuando los fuertes muslos de su mujer de pronto le rodearon el cuerpo cuando él se disponía a dejarse caer a un lado.

—¿Y yo? —había preguntado ella.

—¿Y vos, querida mía? —había repetido el conde en tono desconcertado.

—Vos ya habéis gozado, querido. ¡Ahora me toca a mí!

Y entonces el conde notó que los talones de su mujer se clavaban en sus nalgas como si espoleara a un caballo.

Tras varias noches de exigencias impropias, el conde le tomó el gusto a la situación. Hasta entonces su disfrute con el sexo femenino —ya fuera con su esposa, una criada o una puta— había sido muy unilateral: el que gozaba era él, claro está. Que su esposa también exigiera encontrar satisfacción en el acto era algo tan escandaloso, tan opuesto a cualquier convención, tan pecaminoso, que le causó una excitación ciega. Hacía poco incluso había abandonado una reunión estamental antes de tiempo para revolcarse con su mujer en la cama. Nunca había experimentado una lujuria semejante, ni siquiera cuando había cortejado a su esposa, al tiempo que descubría cuán dispuesta estaba una de sus doncellas.

¿Acaso a los señores Von Ruppá, Von Fels y Schlick les ocurría lo mismo? Pero uno no podía hacer esa pregunta, desde luego, sin traspasar los límites del buen gusto, como Wilhelm von Lobkowitz.

Y resultaba completamente imposible preguntar si las mujeres de los demás señores de pronto habían comenzado a negarse justo cuando uno acababa de descubrir que de repente dominaban trucos que una puta de burdel solo hubiese estado dispuesta a hacer por una gran suma de dinero.

En vez de gemir y lloriquear y aplicar mantequilla o grasa en todas las zonas del cuerpo en las que un exceso de fricción mermaba el placer, de pronto aparecía la melancolía, el mal humor y las preguntas insistentes. Que si no era lo bastante hombre como para por fin ejercer su influencia en la reunión estamental para que esta emprendiera algo contra la megalomanía de

Fernando. Que si no era hora de que por fin impusieran su derecho a destituir al rey, un derecho que antes se habían asegurado. Que si no era hora de poner fin a los compromisos y entrar en liza con los malditos Habsburgo. Que si opinaba que una gota permanente cayendo en una herida abierta resultaba mejor que una única sangría que limpiara el tumor. Ello podía proporcionarle noches en vela a un hombre, sobre todo cuando uno intentaba conciliar el sueño con un garrote entre las piernas, grueso como el asta de una bandera y había perdido las ganas de aliviarse con una criada chillona que permanecía de pie con el trasero en pompa sin dejar de pelar las verduras... ¡cuando uno ya había experimentado la calidad!

—No deberíamos haber permitido que Fernando accediera al trono —comentó Albrecht Smiřicky, que un año atrás había sido considerado un posible candidato alternativo de Fernando para llevar el cetro de Bohemia y de quien se rumoreaba que ya había hecho confeccionar una nueva corona... un tanto precipitadamente, como se demostró después—. Es un pupilo de los jesuitas y está infestado de sus ideas.

Mal dormido e insatisfecho como estaba, desprovisto de una ligera embriaguez de mediodía debido a la tacañería de Wilhelm von Lobkowitz, la irritación comenzó a apoderarse del conde Von Thurn. La voz de Smiřicky era como un cacareo en sus oídos y una idea se abrió paso en su cabeza: que en la casa de Zdeněk von Lobkowitz, el canciller imperial católico y su esposa, quizás hubieran renunciado a los caros jarros y las copas, pero no a un vino de primera clase. El enfado del conde no hizo sino aumentar. ¡Católicos! ¡Papistas! ¡Las sanguijuelas lo poseían todo, incluso el mejor vino! Y aún más: también las mujeres más bellas. Intentó imaginar a su esposa con el rostro inmaculado de Polyxena, cómo de repente cogía el recipiente de grasa de debajo de la cama, cogía un puñado y entonces... El conde parpadeó: para que dicha imagen cobrara vida necesitaba más de una jarrita de vino de Rheingau. Aparte de eso, tal vez era mejor que no lo lograra, dada la realidad que lo aguardaba la siguiente noche: «¿Por qué esto no es...? ¿Por qué vosotros los hombres no habéis...?». Ni siquiera podría cumplir con la primera fase de la fantasía y entonces, ¿adónde iría con todo ese deseo acumulado?

—Bohemia es un reino que elige a su rey —oyó que decía una voz gruñona y, sorprendido, comprobó que era la suya—. Demostremos a los Habsburgo que no tienen derecho al trono.

—Todos elogiaron a Fernando —dijo Smiřicky—. Sin la arrogancia de Rodolfo, y Matías mantiene un trato íntimo con la nobleza bohemia... ¡Bah!

No tardó en mostrar su auténtico rostro.

—Solo hemos de destituirlo. Tenemos todo el derecho a hacerlo —dijo el conde Von Thurn.

Notó las miradas de los otros y advirtió que ninguno había hablado en voz alta de la destitución desde que Fernando había tomado el timón de Bohemia de manera tan desconsiderada. Se sentía valiente, como alguien que se dispone a defender su casa contra un ejército de monstruos.

—¿Acaso el pasado verano no ordenó a toda la ciudad e incluso a la universidad que participara en las procesiones de Corpus Christi? ¡Y prohibió las festividades del santo Jan Hus y de san Jerónimo!

«Sí, sí —pensó el conde Von Thurn—. Todo eso es agua pasada. Y es todo de lo que este montón de gallinas es capaz: rumiar las viejas ofensas porque les falta el gallo que les diga por dónde van los tiros». De un modo bastante subrepticio una idea se abrió paso en su cabeza: que a lo mejor todos solo estaban aguardando que alguien reclamara el puesto del gallo para sí. Y de un modo aún más difuso recordó que pensaba en los términos en los que la noche anterior su mujer lo había fastidiado con el asunto de la reunión estamental. Incluso había imitado el cacareo de las gallinas: ¡clo, clo, clo!, con precisión asombrosa, tal como él tuvo que reconocer.

—¡La megalomanía se ha adueñado de él! —dijo el conde Von Thurn—. La sangre de los Habsburgo se ha podrido... y no es que alguna vez fuese especialmente buena.

Los hombres soltaron risas cautelosas. La situación comenzó a gustarle al conde Von Thurn, tal como tras los primeros titubeos le había gustado la transformación de su mujer. Con una sonrisa burlona, Wilhelm von Lobkowitz cogió la jarra de gres junto a su copa, la puso del revés... y solo surgió aire. Perplejo, clavó la mirada en la jarra vacía, luego alzó la vista como si buscara un lacayo al que pudiera enviar a por vituallas a la bodega. El conde Von Thurn sentía un entusiasmo cada vez mayor por esa reunión.

—¡Rodolfo era un loco capaz de cualquier cosa, la melancolía ha petrificado a Matías y Fernando cree que es Julio César!

Albrecht Smiřicky, también sentado ante una jarra vacía, pero que de todos modos tenía escaso aguante para el vino, alzó la copa vacía y exclamó:

—*Ave, Caesar, moribundi te salutare!*

—*Morituri te salutamus* —murmuró Colonna von Fels, y puso los ojos en blanco disimuladamente.

—¿Qué habéis dicho?

—Nada, estimado Smiřicky, nada. El conde ha dicho la verdad, señores míos. Tenemos el derecho, no: tenemos el deber de destituir a Fernando de Habsburgo como rey de Bohemia. Entonces no solo proporcionaremos la paz a Bohemia, sino que además impediremos que otro de los impúdicos y mal nacidos Habsburgo se convierta en emperador del imperio.

—Pongamos punto final a todos los compromisos —gritó Wenzel von Ruppá y pegó un puñetazo en la mesa.

Su jarra de vino cayó. Wilhelm von Lobkowitz clavó la mirada en la boca de la jarra. Cuando nada brotó frunció el ceño.

—Alguien ha de pararles los pies a los Habsburgo. Pensad en la respuesta que recibimos frente a nuestra protesta por el cierre de las iglesias de Klostergrab y Braunau —dijo Ruppá, una mueca de desprecio le crispó el rostro y con voz de falsete declamó—: La carta de majestad del emperador Rodolfo, que Dios se apiade de su alma, solo les aseguró el derecho a practicar libremente su religión a la nobleza y a las ciudades libres. Pero las ciudades en cuestión no son libres.

—¿Es que reaccionamos frente a ello?

Wilhelm von Lobkowitz cogió la jarra apoyada en la mesa ante el conde Von Schlick. Este, un conocido asceta, apenas había bebido unos sorbos. Con una sonrisa de alivio, vertió el vino en su copa, bebió un largo trago y se reclinó en la silla. El conde Von Thurn sospechó que ese día ningún lacayo bajaría a la bodega.

—Sí. Los defensores constituidos por la reunión de los estamentos escribieron una carta de protesta. La respuesta fue una dura advertencia a la obediencia, de lo contrario el rey se vería obligado a pensar en un castigo.

—¡Ya basta! —gritó Von Thurn—. Hace tiempo que debiéramos habernos ocupado del asunto. Ya no podemos tolerar que los derechos de la nobleza se vean reducidos cada vez más.

—Correcto —dijo Andreas von Schlick.

—Causará violencia —gruñó Wilhelm von Lobkowitz, y bebió otro trago de vino.

—¿Y qué? —preguntó el flaco Schlick, y apretó el puño—. ¿Qué preferís? ¿Una gran sangría que limpie la herida o un tumor que no deja de rezumar?

«Los tengo en un puño —pensó el conde Von Thurn—. Manifiestan mis propias ideas sin que yo haya tenido que dictárselas». La excitación hizo que olvidara que no eran sus ideas, sino las de su mujer y, estrictamente hablando, tampoco las de su mujer, sino unas ideas que a ella —y a las demás mujeres

— les habían sido insufladas en unas circunstancias que el conde jamás hubiese podido imaginar, ni siquiera en sus sueños más osados.

—¡Señores! —volvió a exclamar—. Hemos de entendernos correctamente: ¡esto no va contra el emperador! ¡La culpa es del rey Fernando! Y de toda su corrupta pandilla de cortesanos aduladores: Slavata y Martinitz, que nunca han pronunciado una palabra veraz en la corte, y ante todo el canciller imperial, que en el pasado ya reveló su auténtico rostro al negarse a firmar la carta de majestad del emperador Rodolfo. ¡Y no pretendo ofender a vuestra familia, apreciado Lobkowitz!

—Los Popel von Lobkowitz —dijo Wilhem von Lobkowitz en tono sereno— siempre fueron la rama podrida de la estirpe. Nosotros, los Lobkowitz-Hassenstein somos los únicos que mantenemos en alto el estandarte de la decencia. Quiero llamaros la atención, señores, que si la sangría es demasiado fuerte el alma suele escapar del cuerpo. Recomiendo que estemos bien armados si es que ha de producirse una guerra.

—Sí —gruñó Thurn, y decidió olvidar que antaño él y todos los demás habían votado por la moderación—. Ya deberíamos haber actuado durante la elección de Fernando, ese hubiese sido el mejor momento. Hoy prácticamente hemos reconocido que Bohemia es tierra heredada de los Habsburgo.

—¿Mediante qué habríamos reconocido eso? —espetó Colonna von Fels—. Elegimos a Fernando libremente y de todos modos, da igual quién tenga razón y quién yerre. Hoy en día el derecho está pisoteado, solo impera la fuerza bruta. Los acuerdos solo son las pieles de cordero en las que suelen envolverse ciertos lobos. ¡Yo siempre me mantuve en guardia!

—Estupendo, apreciado Fels —dijo Wenzel von Ruppá—. Entonces supongo que ya habéis reunido un ejército en secreto.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso vos ya montasteis uno? ¡Vos preferís escudaros en las excusas en lugar de hacerlo tras un honesto parabalas en el campo del honor!

Wenzel von Ruppá se puso bruscamente de pie, Albrecht Smiřicky alzó una mano con ademán desconcertado.

—Un momento —dijo—. Creí que teníamos un ejército. La corte no habla de otra cosa y por eso aumenta todos los impuestos posibles, incauta fortunas, etcétera, a fin de reunir un ejército.

—Qué gran problema —replicó Colonna von Fels en tono sarcástico. Smiřicky desorbitó los ojos.

—¿Queréis decir que...?

—Si no se dispone de un motivo para la guerra, se inventa —dijo Wenzel von Ruppa.

Al conde Von Thurn se le ocurrió una idea.

—¡Señores! —gritó—. ¡Pero si eso lo demuestra! Estamos en nuestro perfecto derecho. ¡Nosotros somos quienes han de defenderse! Puesto que todos estamos de acuerdo en que la casa de Austria ha de ser zarandeada. Ha tolerado sirvientes corruptos durante demasiado tiempo. Es de suponer que el emperador ni siquiera está al tanto de los escritos con los que nos molestan, firmados por individuos como Slavata y Martinitz. La respuesta a nuestra carta de protesta es la gota que colma el vaso. ¡Amenazar a la nobleza bohemia con castigos! ¡No podemos dejar pasar semejante infamia!

—¿Y qué proponéis?

—¿Yo? —dijo el conde Von Thurn, fingiendo asombro pero lleno de júbilo en su fuero íntimo.

—Decidnos qué hemos de hacer, conde Von Thurn —gruñó Andreas von Schlick—. Todos os apoyamos.

En la antecámara de la sala en la que los hombres se habían reunido un hombre ataviado con prendas sencillas y estrictas se puso de pie. Había aguardado allí con un supuesto mensaje para Wilhelm von Lobkowitz, que solo podía entregarle en mano. Los movimientos del hombre eran torpes, como si estuviera acostumbrado a llevar otra clase de prendas. Lo primero que hizo tras entrar en la antecámara —y después de que el lacayo lo hubiese dejado a solas— fue acercarse de puntillas a la puerta que separaba la sala de reuniones de la antecámara y entreabrir la. Las voces de los hombres resultaban perfectamente inteligibles, incluso cuando se peleaban.

El hombre abandonó la antecámara a través de la otra puerta. Casi alcanzó la puerta de entrada del palacio, donde el lacayo que lo había recibido le dio alcance.

—¿Y qué pasa con el mensaje? —preguntó el siervo, perplejo.

—Acabo de comprobar que lo he olvidado —respondió el hombre.

El lacayo se quedó boquiabierto.

—¿Qué? —soltó.

El hombre se llevó un dedo a la frente.

—Suele ocurrir. ¿Nunca has olvidado nada?

—Nunca he olvidado algo así —dijo el siervo.

El hombre se encogió de hombros.

—Regresaré cuando lo haya recordado. Que la paz... Adiós, amigo mío.

El lacayo abrió la puerta y dejó pasar al extraño huésped. «Un italiano —pensó—, lo noté de inmediato. Los señores traen servidumbre del extranjero porque resulta elegante y después nada sale bien. Ni siquiera saben despedirse correctamente. ¡Como si estuviéramos en la iglesia, católico malnacido!».

Volvió a cerrar la puerta de entrada y se dedicó a sus tareas. Tras cinco minutos ya había olvidado al inepto mensajero, exactamente como se lo habían pronosticado a Filippo Caffarelli.

—¿Lo habéis comprendido, niños? —susurró Agnes.

Andreas y el pequeño Melchior asintieron con los ojos muy abiertos. Que los despertaran antes de la madrugada y los enviaran de viaje a un lugar desconocido junto con su niñera les parecía una aventura. Agnes procuró que no notaran su inquietud.

—El hombre que vendrá a recogeros es un caballero de la Orden de los Cruzados de la Estrella Roja. Llevará una señal: una cruz roja con una estrella por debajo. Solo será el auténtico si os muestra la señal, ¿entendido?

—¿Por qué no habría de ser el auténtico? —preguntó Andreas.

—Lo será, no te preocupes —dijo ella con una sonrisa.

Había logrado enviarle un mensaje al obispo Lohelius mediante una de las criadas. El obispo se alegró de poder hacerle un favor a la familia de su viejo amigo el cardenal Melchior Khlesl, sobre todo después de leer el mensaje de Agnes en el cual ella le presentaba la alternativa, a saber: que podría explicarle al emperador su papel en el robo de un objeto muy preciso del gabinete de curiosidades. El obispo Lohelius consintió en ocultar al pequeño Melchior y a Andreas en el convento de Strahov, situado en el Hradčany. Conservar la sonrisa le supuso un esfuerzo.

—Os quiero, hijos —dijo Agnes y besó a ambos niños. Después se deslizó hasta la puerta, se volvió, echó a correr hacia ellos y los abrazó.

—No llores —dijo el pequeño Melchior—, de lo contrario yo también lloraré.

—Madre no llora —dijo Agnes, sollozando y se secó las lágrimas—. Hasta pronto.

—Hasta pronto, madre.

La casa estaba silenciosa y oscura. Fuera, el cielo comenzaba a teñirse de gris; hasta que la luz de la aurora alcanzara las ventanas pasarían unos cuantos minutos. Agnes se arrebujó en el manto. Estaba descalza, no quería hacer ruido y llevaba los zapatos en la mano. Estaba segura de que su desaparición

causaría un gran alboroto y que nadie notaría si un hombre entraba tranquilamente en la casa y recogía a los dos niños y la niñera. Al menos no llamaría la atención de Sebastian... y si un miembro de la servidumbre lo notaba, un par de palabras susurradas por la niñera lo haría callar. Agnes trató de tranquilizarse con la idea de que había pensado en todo. Cuando bajó a la planta baja los fríos peldaños le congelaron los pies.

Bajó el picaporte y soltó un suspiro de alivio al notar que su precaución había funcionado: uno de los siervos había engrasado la chirriante cerradura, tal como ella le había ordenado ayer. El aire que penetraba era fresco y olía a tierra húmeda, humo frío y las emanaciones de la alcantarilla, que solo después desaparecerían bajo los olores del día. Para Agnes era el aroma de la libertad.

Tomó aire. ¿Había hecho lo correcto? Pero nada les sucedería al pequeño Melchior y a Andreas. Aunque Lohelius no era célebre por su inteligencia aguda, tras la muerte de Rodolfo había logrado dirigir la sede obispal y también el trono del Gran Maestro a lo largo de los años sin someterse a una parte o a la otra y si había algo que uno podía adjudicarles a los caballeros cruzados de la Estrella Roja era que ni el último siervo ni su jefe jamás se habían apartado de los ideales de la orden. Uno de dichos ideales consistía en siempre conceder asilo a los perseguidos. En ese sentido, quizá la amenaza de divulgar la participación de Lohelius en el robo del cardenal Melchior no había sido necesaria, pero tras la desaparición de Alexandra los niños eran lo único que Agnes aún conservaba de Cyprian y no tenía intención de correr el más mínimo riesgo. No podía permanecer en la casa y vigilar a los niños. No podía hacer caso omiso del peligro al que se había expuesto Alexandra cuando emprendió viaje con Leona y tampoco de la llamada de su corazón, que había utilizado la voz de Cyprian para despertarla. Buscaría a Alexandra y la encontraría, y después emprendería viaje al lugar en el que Andrej vio morir a Cyprian. Y allí iniciaría la búsqueda a la que en el peor de los casos quería dedicar el resto de su vida: la búsqueda de algo que confirmara que su amor realmente estaba perdido. Antes de encontrar dicha confirmación no dejaría de creer con todas sus fuerzas que era perfectamente posible que Cyprian siguiera con vida.

Soltó el aliento, se deslizó fuera, cerró la puerta a sus espaldas sin hacer ruido y echó a andar callejuela arriba.

Filippo Caffarelli habría estado todavía más impresionado por el poder de la Biblia del Diablo —del que fue testigo el día anterior— si esa demostración no hubiese ensombrecido su corazón. Puede que los representantes de los estamentos en la casa de Wilhelm von Lobkowitz estuvieran peleados entre sí y puede que hubiese otros que representaran el asunto del protestantismo mejor que precisamente ese ható de nobles viejos y nuevos, pero había algo que los honraba: estaban dispuestos a luchar por su fe. No sospechaban el alud que provocarían gracias a su impetuosidad, pero estaban dispuestos a arriesgar sus bienes, su reputación y su vida para que la fe protestante pudiera ser practicada en Bohemia libre de cualquier represión. Sabían que no eran perfectos, se despreciaban mutuamente o se burlaban los unos de los otros en secreto, pero todo ello no hacía que renunciaran. Su fe en la justicia de su causa y en que adoraban a Dios de la única manera correcta hacía que se tragaran todas las animosidades y las cobardías personales.

¿Y él, Filippo Caffarelli, el sacerdote renegado? ¿Qué tenía que ofrecer a cambio?

«No —se corrigió a sí mismo—, lo que me diferencia de los hombres en la casa de Wilhelm von Lobkowitz es que he pensado más allá. Tras la pérdida de la fe en Dios viene la certeza de la propia omnipotencia. El conde Von Thurn y sus seguidores aún no han alcanzado ese estadio. En cambio yo ya lo he sobrepasado y he comprendido que el ser humano hace como si fuera omnipotente cuando en realidad es barro. Existe algo que es mucho más poderoso que él y sus fantasías acerca de su propia infalibilidad o la de un Dios imaginario, y yo me he sometido a ese poder porque no queda más remedio que subordinarse a él.

»No se puede luchar contra la soberanía del Diablo. El hombre inteligente abandona la resistencia y se arrodilla».

Al principio se preguntó por qué había sido enviado solo a Praga, para espiar a los cuatro representantes de los estamentos cuyas mujeres pudieron

echar un vistazo al auténtico poder del diablo en la capilla de Pernstein. En su mayoría, los demás hubiesen sido una mejor elección que él. Entonces se le ocurrió la solución del enigma: solo era una demostración más del poder. Filippo podría haber dado la alarma y delatar los planes que se forjaban en Pernstein. Tenía el poder de abrirles los ojos a los representantes de los estamentos y revelarles quién era en realidad la persona que quería impulsarlos a la guerra. De pronto tenía la libertad de dejar todo atrás y marcharse. Nadie hubiera podido detenerlo.

Pero sabía que no haría nada de todo eso. Tal como ella había sabido que él no la delataría, porque estaba convencida de que él ya se encontraba hechizado por la Biblia del Diablo.

Tal vez fuera esa convicción no formulada la que despertó algo en él. A lo mejor era el recuerdo de Vittoria que seguía vivo en él, así como todas las personas siguen viviendo un poco en cuantos las han amado.

Era un hombre solo. No poseía ni la fuerza ni el poder de enfrentarse al diablo y sus seguidores, pero podía... ¿qué?

¿Observar?

¿Confiar que en algún momento se presentara una oportunidad de intervenir?

Intervenir, sí, pero ¿cómo?

La pregunta se encargó de que no pegara ojo en toda la noche. Había regresado al palacio del canciller imperial una vez que su actividad como espía fue coronada con el éxito y, tal como había acordado, envió una paloma mensajera a Pernstein. Después cenó, procuró disfrutar de una jarra de vino y finalmente se acostó. A partir de entonces pasó la noche en vela.

Las primeras luces del alba ya habían penetrado en su habitación. La ventana del recinto daba al este y el sol se levantaba directamente ante el hueco. En la pared por encima de la puerta algo parecía brillar: era una cruz. Era como si un dedo la hubiese dibujado allí con una luz tenue de resplandor interior. Filippo suspiró. Solo era la marca dejada por el crucifijo que había colgado allí. Después de revolcarse en la cama durante horas sin poder conciliar el sueño, lo había descolgado y depositado en el suelo, con la esperanza de dormir. Vio que estaba tendido junto a la puerta, como si hubiera caído por sí solo. Al verlo un temor repentino le atenazó el corazón. Vittoria siempre decía que cuando un crucifijo caía de la pared se debía a las sacudidas de los pasos de la Muerte que entraba en la casa.

Cuando el pecado amenazó con dominar el mundo, Dios, el Señor, envió a su único hijo para enfrentarse a él.

Jesucristo había sido un hombre solo. Había intervenido y su intervención consistió en dejarse clavar en la cruz. No había decidido el combate contra el Mal, pero se había encargado de que prosiguiera. Mientras un único ser humano continuara luchando contra el Mal el mundo no estaba perdido.

Filippo contempló el crucifijo en el suelo. Sentía un miedo abismal.

Domine, quo vadis?

Las lágrimas ardían en sus ojos al pensar en Vittoria. «¿Por qué me abandonaste?», gimió mentalmente. «Yo nunca te abandoné —respondió esa parte de ella que seguía viviendo en él—. Estaré a tu lado hasta que volvamos a reunirnos en el otro mundo».

Filippo apoyó los pies en el suelo, cojeó por encima de las frías tablas de madera hasta el crucifijo y volvió a colgarlo de la pared. Casi esperó que le quemara la mano, pero solo era una cruz de madera con una imagen de Cristo crucificado. Volvió a tenderse en la cama y clavó la vista en la cruz. El Cristo de madera tallada le devolvió la mirada. Filippo deseó poder volver a hablar con Vittoria, aunque solo fuese una vez. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas. Cerró los ojos, pero en la oscuridad de sus pensamientos la cruz resplandecía como si fuera de fuego.

A veces lograba escapar de las pesadillas diurnas, pero de noche era inútil.

Volvía a verse como una niña pequeña, de pie en el puente entre el edificio principal y la torre del homenaje. Allí el viento soplabá continuamente y uno tenía la sensación de caer aunque estuviera seguro.

—Ese es el viento que el diablo ha atado aquí —había dicho su padre con una sonrisa burlona—. Se olvidó de soltarlo.

—¿Por qué lo ató aquí?

Había oído la voz que era la suya y a la que en general solo podía escuchar y preguntarse de dónde procedían los pensamientos que daban palabras a la voz, pues esos pensamientos nunca ocupaban su cabeza.

—Cuando el viejo Stephan von Pernstein construyó este castillo quería que fuera más grande, más alto y más poderoso que todas las fortalezas y los castillos de Moravia. Le prometió al diablo la primera alma que cruzara el puente en dirección a la torre del homenaje si este le prestaba su ayuda. El diablo acudió y erigió el castillo tal como lo vemos hoy en día. Pero después aguardó inútilmente que le entregaran su recompensa, porque el viejo Stephan hizo tapiar el acceso a la torre del homenaje. El diablo hervía de cólera e ideó una artimaña. Finalmente, un día, cuando el viejo Stephan salió a cazar, se ocultó en la torre del homenaje e imitó la voz de Stephan para llamar a su mujer. «Ayúdame, esposa —gritó el diablo—. Ayúdame, estoy encerrado en la torre del homenaje, abre la pared y sálvame». El pánico se adueñó de la mujer de Stephan y mandó derribar la pared, pero justo cuando estaba a punto de pisar el puente, el perro de Stephan, un animal viejo, ciego y desdentado al que ya no llevaban de caza, brincó a través del hueco para salvar a su amo. Chillando de furia, el diablo agarró al animal y regresó al infierno. La rabia hizo que olvidara el viento en el cual montaba y por eso sopla aquí día tras día.

Su padre había adoptado una expresión extraña.

—Hay un brillo febril en tus ojos, hija.

—Es una maravillosa historia, padre.

El susurro excitado de su propia voz la asqueó.

El recuerdo de esa historia siempre iba acompañado de la pesadilla en la que ella estaba de pie en el puente. Sostenía una ramita en la mano y a sus pies jadeaba un perrillo con la vista clavada en la ramita.

—Arrójala —dijo la voz.

Ella lanzó la ramita, que rebotó en las tablas de madera del puente a un par de pasos de distancia. El perrillo se volvió, la cogió entre los dientes y se la devolvió arañando las tablas con las patitas. Ella la tomó. El perrillo jadeaba, dichoso.

—Vuelve a tirarla.

Ella la lanzó en la otra dirección. El perrillo volvió a traerle la ramita. La adoración brillaba en su mirada, no empañada por ninguna duda, plenamente convencido de la divinidad de su ama.

—Tírala.

A veces tenía la sensación de que ella misma ignoraba lo que le exigía la voz. Otras lo sabía perfectamente. Y también entonces... y se estremeció. Alzó la ramita y fingió arrojarla. El perrillo echó a correr.

—¡Ven aquí! —gritó ella con voz aguda.

El animal volvió la cabeza mientras corría. Ella alzó la ramita y la arrojó por encima de la barandilla; el perrillo brincó tras ella sin vacilar.

Era como si transcurrieran cien años. El viento silbaba en sus oídos y le azotaba los cabellos. El perro cayó en silencio. Quizás estuvo convencido hasta el último instante de que nada podía ocurrirle porque su ama lo velaba. Cuando se estrelló contra el suelo el sonido fue una mera anécdota, un ruido que uno solo hubiese percibido si prestaba atención.

Tras la muerte del perro todo empeoró. Y el viento aullaba en torno a la torre del homenaje de Pernstein y aguardaba a que alguien volviera a trasladar a su amo a ese lugar.

Polyxena von Lobkowitz se incorporó abruptamente de la cama con la respiración agitada y se tanteó la cara de manera automática. El primer reflejo del atardecer inundaba su alcoba. A su lado el lecho estaba vacío. A veces creía que las pesadillas habrían sido menos horribles si allí hubiera estado tendido alguien, pero la cama no solía estar ocupada con suficiente frecuencia como para comprobar la teoría.

Se puso de pie en silencio y se deslizó hasta el pulido espejo, echó un vistazo, clavó la mirada en el rostro que la contemplaba desde el espejo y

volvió a tantearse la cara: era inmaculada. Oyó su voz diciendo que ella debía detestar ese rostro.

Ella detestaba ese rostro.

—Todo está bien —susurró la voz—. Pronto será llevado a cabo.

El rostro en el espejo pareció cambiar, y empezó a oscurecerse desde el interior. Era como si bajo la superficie de la piel reflejada algo se removiera, una negra y maligna araña cuyas patas de pronto se abrían paso tanteando en derredor, extendiéndose por encima del rostro y agarrándolo. Luego ya no era una araña sino la mueca del diablo, y alrededor de su retrato todo se volvía borroso y turbio hasta que lo único que se asomaba al espejo era la cara del diablo en la que se ahogaba Polyxena von Lobkowitz.

Salieron a la callejuela y se interpusieron en el camino de Agnes como si las sombras en las entradas de pronto hubiesen cobrado vida. Los yelmos y las cotas de malla brillaban; no eran guardias de la ciudad y una de las sombras, más maciza y menos resplandeciente, dio unos pasos hacia Agnes.

—Ayer le di mi palabra de honor al suboficial de que te vigilaría — declaró la sombra maciza—. Cumplo con mi palabra.

—Tú no sabes lo que es el honor —dijo Agnes.

—Y no creo que pueda aprenderlo de ti —replicó Sebastian con agresividad sorprendente.

Todas las fibras del cuerpo de Agnes temblaban de ira y desilusión. Sebastian posó la mirada en los zapatos que llevaba en la mano, Agnes la siguió y, apretando los dientes, levantó el borde de su falda y se los puso. Uno de los hombres armados soltó un silbido de admiración.

—¿Quiénes son estos esbirros? No son guardias.

—Digamos que tienen carácter oficial.

—¿Cómo de oficial?

—Lo bastante oficial, querida mía, como para llevarte con ellos.

—¿Adónde?

—Allí donde acabará esta tragedia... si antes tú no le concedes un buen fin.

Agnes le clavó la mirada, muda. Sebastian intentó esbozar una de sus sonrisas forzadas.

—Solo has de decir que todo ha sido un error y que estás dispuesta a ser mi esposa, entonces arreglaré todo este asunto.

—Llévame a la tragedia —contestó Agnes.

—Nunca has sabido lo que te conviene —soltó Sebastian.

Su voz se quebró y uno de los hombres armados soltó un gruñido divertido. Sebastian se volvió y, sin inmutarse, los hombres le devolvieron su mirada furibunda.

—¡En marcha! —siseó.

Cuando doblaron la esquina de la callejuela que conducía a su casa, Agnes vio que otros hacían lo propio en la esquina opuesta: parecían cuatro figuras, dos muy pequeñas, pero en medio de la penumbra uno no podía estar seguro. Dirigió una mirada de soslayo a Sebastian; no había notado nada, así que al menos una parte de su plan había funcionado, aunque eso no suponía un gran consuelo.

Los hombres condujeron a Agnes a través del laberinto de callejuelas situado al sur de su casa hasta la Ciudad Nueva de Praga y hasta el Ayuntamiento junto al mercado de ganado, que era el centro administrativo de las cuatro ciudades independientes de Praga: Hradčany, Malá Strana, la Ciudad Vieja y la Ciudad Nueva. Al principio sintió alivio cuando los hombres armados no emprendieron el camino a la cárcel albergada en la fortaleza. Pero al divisar la torre del Ayuntamiento que se elevaba por encima de los tres abruptos frontones de la fachada, comprendió a qué se había referido Sebastian cuando dijo que allí acabaría la tragedia: el tribunal se encontraba en el Ayuntamiento de la Ciudad Nueva. Dado que como extranjero Sebastian no podía formular una acusación contra una familia del lugar como los Khlesl, debía de haber convencido a otra persona de la peligrosidad de la familia de Agnes y aquella había presentado la acusación. Y eso significaba que a partir de ese instante la familia ya no contaba con amigos en Praga. No había intentado huir demasiado temprano. Si al principio creyó que Sebastian la vigilaba, entonces se dio cuenta que toparse con él y con los soldados había supuesto casi una casualidad. Él había acudido con ellos para detenerla y conducirla al tribunal y ella solo les ahorró la tarea de arrastrarla fuera de la casa.

Solo había unos pocos que podrían formular la acusación. Según el constructo elaborado por Sebastian solo una de las partes había sufrido supuestos daños.

Al pasar junto a un hombre que aguardaba ante el edificio, rodeado de escribientes y consejeros, un escalofrío le recorrió la espalda: era Ladislaus von Sternberg, uno de los procuradores del rey Fernando. Sternberg no alzó la vista; sostenía un puñado de papeles en la mano y procuraba leerlos al tiempo que escuchaba los susurros de los consejeros. Agnes tuvo ganas de gritarle: «No os molestéis en comprenderlo, Excelencia, ¡todo es un invento!». Pero calló. El jefe de los armados se detuvo ante el procurador del rey y se puso firme. Tras ver a Ladislaus, Agnes supo que los soldados que acompañaban a Sebastian eran guardias reales. Lo había subestimado.

Cuando los soldados la condujeron al interior del edificio y por fin a la primera planta donde las ventanas de la gran sala de audiencias daban al mercado de ganado, comprendió que no aparecería como acusada sino como testigo y su corazón empezó a palpar apresuradamente. Sebastian parecía haberse esforzado por concentrar la acusación en Andrej y en el difunto Cyprian. Lo conocía lo bastante bien como para saber que, contra lo que era de esperar, confiaba en que finalmente obtendría el agradecimiento de Agnes. Al menos tenía claro que, si llevaba a su única hija ante la justicia, ya no podía contar con el apoyo de sus padres en Viena. Y sin olvidar que, si el juicio se desarrollaba tal como esperaba Sebastian, el último protector que le quedaba a Agnes quedaría eliminado y solo quedaría ella, indefensa y abrumada de preocupación por sus hijos. Al final, calculaba Sebastian, ella accedería a convertirse en su mujer. El rechazo que le arrojó a la cara antes, en la callejuela, solo era un escollo en el camino a la meta. Agnes apretó los dientes y trató de dominar el ataque de terror y de rabia. El sudor le cubría la frente.

La mesa del tribunal era baja y estaba instalada al frente de la sala. Los frescos del cielorraso, que debían representar un tilo, se habían vuelto borrosos debido a la vejez y los rastros de un incendio de hacía setenta años, que había causado la reconstrucción del viejo edificio. El tilo representaba la justicia y a Agnes le pareció adecuado que estuviera oculto tras una capa de mugre, polvo y hollín de muchas décadas. Alguien había depositado un crucifijo y un pequeño relicario en la mesa. Los seis jurados echaron un breve vistazo a Agnes y después siguieron cuchicheando. Los habían llevado allí temprano.

Entonces llegó el secretario del tribunal, un joven delgado. Durante un instante, Agnes creyó que Wenzel se las había arreglado para ocupar ese puesto, pero el joven era un desconocido. Se sentó ante la mesa de espaldas a la sala y abrió el libro de actas.

El juez era un hombre menudo y delgado que apareció en medio de la sala de manera tan inesperada que al principio los jurados no notaron su presencia. Se levantaron de sus asientos solo cuando los que vigilaban a Agnes se pusieron firmes. No llevaba sombrero y sostenía el ornado bastón de mando en la mano derecha. Un ancho cinto le rodeaba las caderas del cual pendía la espada ceremonial, lo seguía un ayudante también armado de una antigua espada. El juez ocupó su lugar detrás de la mesa, desenvainó la espada y la depositó a un lado del crucifijo y del relicario. La espada

resplandecía y su aspecto arcaico infundía temor. Entonces el juez miró en derredor, apoyó el bastón junto a la espada, carraspeó y dijo:

—Por el juramento que le prestasteis a Su Majestad Romana Imperial y a nuestro dignísimo rey Fernando, os pregunto si este juicio ha sido correctamente convocado, si el día del juicio no fue establecido demasiado temprano o demasiado tarde, si es sagrado o malo para que pueda alzar el bastón de mando y emitir un juicio sobre el cuerpo, el honor y los bienes según el derecho imperial y las reglas en vigor de la *Constitutio Criminalis Carolina*.

Uno de los jurados dijo:

—Es bueno.

El inicio formal hizo que Agnes se precipitara definitivamente en un abismo de pánico reprimido. Era como si hasta entonces una parte de ella hubiese confiado que todo acabaría por convertirse en una farsa y entonces tuviera que reconocer que la vida de su hermano y el futuro de sus hijos dependían de la opinión de los jurados y de la sentencia que pronunciaría ese hombre insignificante sentado ante la mesa. La pluma del escribiente recorría el papel.

—Además os pregunto si este juzgado está correctamente formado.

—Lo está.

—Además os pregunto si tengo el permiso de ponerme de pie durante el juicio, cuando el sacramento es portado ante las ventanas, si tengo permiso de reprimir alborotos o insubordinaciones mediante la ayuda de los siervos y si tengo permiso de pasarle el bastón al secretario del tribunal si yo fuese incapaz de proseguir con el juicio.

—Lo tenéis.

El secretario hizo una ligera reverencia y se quitó el cinto, depositó su propia espada junto a la desenvainada del juez pero sin desenvainar la suya. Los lentos movimientos y la aclaración completamente desapasionada de las preguntas ceremoniales hicieron que la sensación de asfixia se volviera aún más pronunciada que la que hubiera provocado un griterío lleno de odio. Ni el juez, ni los jurados o el secretario le prestaron la menor atención. Allí se trataba de su vida y de la de sus seres queridos y no les importaba ni en lo más mínimo. El raspar de la pluma le torturaba los oídos. El juez se tomó su tiempo, con el fin de que el escribiente pudiera apuntar cada una de sus palabras. Agnes hubiera querido soltar un grito en medio del silencio; oyó un bostezo y, para su sorpresa, vio que bajo la mesa del juez había un perro atado a una de las patas. Recordaba vagamente que preferían no celebrar ciertos

juicios en público. Sin embargo, para crear el prescrito carácter público llevaban un perro a la sala de juicio que —aunque en general le pertenecía al juez o a uno de los jurados— era uno de los innumerables perros callejeros y así simbolizaba la vida ciudadana. Agnes había creído que tras el inicio del juicio aparecerían espectadores curiosos, pero entonces se dio cuenta de que no sería así y su caída en el abismo se aceleró todavía más. De manera instintiva, había confiado que los amigos y los socios estarían presentes, quienes en caso de duda hablarían a favor de ella y de Andrej.

—Además os pregunto si las pruebas en contra del acusado se encuentran en la sala.

Dos hombres armados entraron con un arcón, lo depositaron en el suelo ante la mesa del juez y lo abrieron. Agnes vio los lomos de libros tamaño folio: eran libros de contabilidad.

—Están presentes.

—¿Todos somos conscientes de que el derecho forma parte de la creación divina y que, por tanto, no puede ser generado mediante la discusión entre las partes ni puede ser decidido por estas, sino que ya se apoya en una base firme y, por tanto, este tribunal solo debe hallarlo?

—Somos conscientes de ello —contestó el coro del jurado. Las voces masculinas no delataban la menor inseguridad.

—Estas son las diligencias previas para escuchar la acusación y las declaraciones de los jurados —dijo el juez, y tomó asiento.

Los jurados lo imitaron; Agnes se echó a temblar. El secretario se dirigió al centro de la sala y exclamó:

—¡Quien ha de presentar la acusación que comience!

Tras una breve pausa Ladislaus von Sternberg entró en la sala sosteniendo una cuerda en la mano. El otro extremo de la cuerda rodeaba las caderas de un hombre que llevaba una camisa y un pantalón mugrientos y tenía las manos atadas a la espalda. Mantenía la cabeza gacha y los cabellos le cubrían la frente, pero Agnes hubiese reconocido a Andrej en cualquier circunstancia. La ausencia de dignidad con la que su hermano era arrastrado a la sala de audiencias, como si fuera un cordero que llevaban al matadero, hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero al ver lo que arrastraban detrás de él de la misma cuerda soltó un quejido apagado. Uno de los soldados le dirigió una mirada de reprobación. Andrej alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos. Estaba pálido e hirsuto, tenía un ojo amoratado y casi cerrado, y una herida sangrienta y mal curada le atravesaba una ceja. En la mejilla aparecía otro moratón azul amarillento y las lágrimas se derramaron por el rostro de

Agnes. Andrej meneó la cabeza con una breve sonrisa, pero ella solo derramó más lágrimas. En ese instante deseó arrojarse a los pies del juez y gritar: «¡Yo tengo la culpa de todo, condenadme a mí, pero dejad en paz a mi hermano!». Pero no podía hacerlo, porque la responsabilidad por sus hijos se lo impedía. Sus sollozos reprimidos estaban a punto de asfixiarla.

Ladislaus von Sternberg señaló a Andrej, después al manto anudado a la cuerda como en torno al cuello de un condenado y que pertenecía a Cyprian. La única explicación era que Sebastian se había apropiado de él y lo había puesto a disposición del tribunal; a ella nadie le había hecho la menor pregunta al respecto.

—Quiero presentar una acusación contra este hombre, Andrej von Langenfels y también contra Cyprian Khlesl, considerado difunto y sobrino del desterrado Melchior Khlesl, y ruego al tribunal que lo condene *post humum*.

El juez asintió con la cabeza. Agnes clavó la vista en el manto. Creyó percibir el aroma de Cyprian difundido por la prenda y se le desgarró el corazón, como si solo le hubiesen informado de su muerte hacía unos minutos.

—¿Cuál es la acusación? —preguntó el secretario.

—Alta traición.

Agnes no había esperado otra cosa, pero las palabras fueron como un puñetazo en el estómago.

Así que era ilegítimo. Peor que ilegítimo, pues un ilegítimo al menos sabía quién era su madre. Wenzel no lo sabía y tampoco quién era su padre. Andrej von Langenfels se lo llevó del orfanato y lo introdujo en una familia que no guardaba la menor relación con él. Al parecer, ninguna de esas personas que entonces se veía obligado a llamar su familia había pensado en él como persona.

¿O es que alguien se había tomado la molestia de averiguar quién era la mujer que lo alumbró? Puede que aún estuviera viva cuando Andrej lo adoptó como hijo. ¿Le había preguntado su opinión al respecto? ¿Había hecho algo para sacarla de la miseria en la que, sin duda, debía de haber vegetado cuando depositó a su hijo en el orfanato? Tal vez hubiese supuesto una buena acción devolverle el niño a su madre y a la madre, el niño... Pero Andrej solo pensó en sí mismo, en su pena y en la esperanza de que el pequeño niño le ayudara a superar dicha pena.

¡Wenzel von Langenfels, la superficie viviente sobre la cual se proyectaban los deseos de otras personas!

Pero estaba siendo injusto, y lo sabía. Era improbable que su madre dejara una dirección en el orfanato si de todas maneras no habría sido hallado como un hatillo gimiente ante la puerta de una iglesia. Por lo visto, uno podía reducir la situación a la constatación de que Andrej le había salvado la vida y que a su vez él, Wenzel, había salvado la de Andrej, y que los Khlesl siempre fueron compañeros cordiales, afectuosos y comprensivos para ambos. Nadie quiso hacerle daño.

Había tardado bastante en pasar de una idea a la siguiente y el propio Wenzel ignoraba si ya había alcanzado la meta. Además, había una cosa que no podía perdonar, por más que procurara ponerse en la situación de Andrej. La mentira en la cual su padre permitió que se convirtiera su vida había impedido que su amor por Alexandra pudiera desarrollarse. No estaba seguro

de que ella lo hubiera amado con la misma intensidad, pero se trataba de que nunca hubiese podido ponerlo a prueba.

Trató de decirse que entonces tenía la libertad de declararle su amor: mejor tarde que nunca, ¿verdad? Pero tenía la suficiente experiencia como para saber que en el amor, tarde podía equivaler a jamás.

El intento de ayer de advertir a Agnes había roto el hielo que él dejó que se acumulara en torno a su corazón y le pareció posible volver a buscar la proximidad de esas personas que eran su familia. Y bajo el pretexto de averiguar si todos los Khlesl se encontraban bien, resultaba posible volver a crear dicha proximidad.

Al dirigirse a la casa las piernas le pesaban y más de una vez sintió la tentación de dar media vuelta. Confió en encontrar a Alexandra y, de un modo absurdo, esperaba que entre tanto alguien le hubiese informado de lo que de verdad ocurría con su supuesto primo Wenzel, porque él mismo no tenía ni idea de cómo revelarles esa verdad.

Cuando vio tres hombres saliendo de la casa se ocultó en la entrada de otra. Dos hombres armados siguieron a los tres primeros y para su disgusto, se dirigieron hacia el lugar donde él se ocultaba. Conocía a los tres: Sebastian Wilfing, Vilém Vlach, el comerciante de Brno (en cuya casa solía jugar de niño cuando Andrej lo llevaba consigo en sus viajes y que entonces se había convertido en un enemigo de una manera inexplicable), y Adam Augustyn, el jefe de los contables. Y al menos Vlach y Augustyn también lo conocían a él y le preguntarían qué buscaba allí...

—Protesto en nombre de la casa Khlesl & Langenfels por este trato —oyó decir a Augustyn.

—La casa Khlesl & Langenfels es historia —berreó Sebastian con su voz de cerdito—. Reflexionad sobre de quién es el pan que queréis comer mañana y empezad a cantar.

Desesperado, Wenzel bajó el picaporte y quiso simular que entraba en la casa vecina, pero entonces la puerta se abrió y se topó con el rostro resuelto y redondo de una galopilla, envuelta en el aroma del asado y la sopa.

—¿Sí? —preguntó ella.

Los cinco hombres pasaron junto a Wenzel; él encogió la cabeza y notó las alertas miradas de los guardias en la nuca.

—Soy un vendedor ambulante —dijo.

Era lo primero que se le ocurrió. Al menos era la manera más segura de ser echado del umbral tras unos breves insultos, de modo que podría seguir a

los hombres sin que estos lo notaran. De pronto había algo más importante que mirar a Alexandra a los ojos. Sebastian planeaba una nueva canallada.

—Pues entonces entra —dijo la criada, lo tiró de la manga y cerró la puerta detrás de él. Durante un instante permaneció en la semioscuridad reinante al pie de la escalera de servicio, completamente azorado, luego la criada le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Cuando mi hermano me dijo que su amigo era apuesto no exageró en absoluto! —susurró ella y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. ¡Mi príncipe!

—Eh... —tartamudeó Wenzel, y trató de zafarse. Ella malinterpretó el movimiento.

—Tengo algo que ofrecer —soltó, agarró la mano de él y la deslizó dentro del escote de su corpiño—. Mi hermano te dijo que tenía algo que ofrecer, ¿no? Toma, toca, príncipe mío, los he mantenido calientes para ti.

Incapaz de oponer resistencia, Wenzel notó que ella le presionaba la mano con una zarpa enrojecida por el agua caliente y tocó la firmeza de un pecho abundante. El pezón se irguió bajo la palma de su mano y él trató de retirarla, pero estaba atascada como en una trampa para osos.

—Vamos, eso te gusta, ¿verdad? Mi príncipe... un muchachito tan bonito. Solo un poco flaco, pero ya le pondremos remedio. Y... ¡ajá!...

Wenzel soltó un aullido cuando la mano libre de la criada se introdujo entre sus piernas. Los amplios bombachos no opusieron resistencia y la mano de ella presionó y sopesó lo que encontró.

—A que no somos tan delgados en todas partes, ¿verdad?

—Es un malenten... —gimió Wenzel, y se retorció inútilmente.

—Oye, que no soy un mal partido. Incluso tengo algo ahorrado. No sé qué te habrá dicho mi hermano, ese bellaco, pero no te irá mal conmigo. Formamos una buena pareja. Estoy hasta las narices de ser una galopilla: cástate conmigo y sácame de aquí. Claro que cocinaré para ti y para nuestros hijos. ¡Oh mi príncipe, mi hermanito te ha escogido muy bien!

Soltó todo eso en un torrente de palabras al tiempo que comprobaba la virilidad de Wenzel a fondo, al igual que la carne de una gallina en el mercado, mientras con la otra mano se encargaba que la de él siguiera amasando un pecho que, libre del corpiño, hubiese despertado la envidia de una vaca. Haciendo un esfuerzo tremendo, Wenzel se soltó.

—¡Es un malentendido! —gritó, procurando bajar el picaporte detrás de él.

—Tonterías. Un vendedor ambulante... eso era lo que acordamos que dirías si otro abría la puerta. Pero permanecí aquí desde la madrugada, mi príncipe, para encontrarte. Ven aquí, te mostraré ahora mismo lo que te espera todos los días a partir de hoy...

Wenzel retrocedió a través de la puerta de espaldas y aterrizó sobre su trasero. Pero para su total horror, la criada lo siguió. Notó una mirada, alzó la vista y descubrió el rostro prematuramente envejecido de un hombre con una nariz larga, orejas colgantes y escaso pelo. El olor a pescado envolvió a Wenzel. El hombre contemplaba la escena boquiabierto y en las manos sostenía un gran pez aún mojado como si fuese un regalo.

—Vendedor ambulante —murmuró el hombre.

Los ojos de la galopilla se desorbitaron. Wenzel se puso de pie y echó a correr en la dirección emprendida por Sebastian y los demás.

—¡Un malentendido! —gritó por encima del hombro y creyó oír la voz de la criada chillando: «¿Ese es para mí?», luego dobló por la esquina y vio que el pequeño grupo se dirigía hacia el puente.

Se acomodó los bombachos arrugados y siguió a los hombres a gran distancia. Cuando traspusieron la puerta del puente de la Ciudad Vieja, supuso que los dos soldados llamarían la atención de los guardias. La guarnición de la puerta les lanzó las miradas que siempre merecían los matones profesionales por parte de quienes solo cumplen con el deber de portar armas durante las horas de trabajo y los dejaron pasar sin impedimentos, pero registraron a Wenzel: bien, él no estaba acostumbrado a otra cosa. Y el puente era tan largo que casi no perdió de vista a los otros cinco hombres.

La persecución acabó por conducirlo hasta una estrecha callejuela de Malá Strana, que desde primera hora de la tarde quedaba a la sombra de la colina de la fortaleza. Era abrupta e irregular, pero estaba empedrada y limpia. Parecía pertenecer a una zona habitada por gentes sencillas, orgullosas de su modestia, cuyos hijos llevaban prendas remendadas pero limpias y que una vez al día comían caliente pese a que el dueño de la casa se veía obligado a beber agua en vez de vino. A quien perdía una moneda en ese lugar se la devolvían. En zonas como esas vivían personas que, durante un ataque a la ciudad, echaban a correr hacia las murallas en silencio para ayudar a la defensa y que allí eran derribadas por los disparos de los mosquetes y los cañones enemigos mientras la guarnición, cuidadosamente puesta a cubierto, reflexionaba sobre si durante las subsiguientes negociaciones de capitulación un ataque audaz podría suponerle una desventaja.

Sebastian, Vlach y Augustyn entraron en una de las casas y los soldados se apostaron ante la puerta. Wenzel, que atisbaba cautelosamente a lo largo de la callejuela, se preguntó cómo podría acercarse sin ser visto por los soldados. Había confiado en que todos entraran en la casa e hizo una mueca de disgusto.

—No eres de aquí —pio una vocecita junto a él.

Wenzel bajó la vista, una niña pequeña que llevaba un delantal y una larga trenza lo contemplaba con aire serio. Sostenía un bulto en la mano de cuya punta emergía un manojito hilachoso que simulaba los cabellos de una muñeca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Eh... yo... eh... —tartamudeó él.

Al echar un vistazo a la callejuela notó que los soldados lo observaban; de momento solo parecían interesados, no alarmados.

—¿Quieres comprar la casa?

—Eh... sí, quiero comprar la casa.

—¿Quieres que te la muestre? Pertenece a mi tío.

—Tal vez más tarde. Yo...

—No te preocupes —dijo la niña con aire digno—. No tengo nada mejor que hacer.

Wenzel notó que lo cogía de la mano y lo arrastraba por la callejuela hasta la primera casa. La casa ante la cual estaban apostados los soldados se encontraba en la parte posterior de la callejuela. Vio que los hombres los seguían con la mirada, a él y a su sorprendente compañera, y luego volvían a mirar al frente con expresión aburrida. Desconcertado, se dio cuenta de que la niña le proporcionaba un excelente camuflaje.

—Es esta. Es bonita, ¿verdad?

Se encontraban ante una casa baja de aspecto modesto, bastante similar a las moradas de la callejuela del Oro si uno hacía caso omiso de las manchas que había dejado el incendio en algunas fachadas y del empedrado en parte defectuoso.

—¿Quieres ver el jardín?

Wenzel quería ver todo cuanto lo ponía fuera del alcance de la vista de los soldados. La pequeña lo condujo a un callejón que separaba la casa de los edificios vecinos.

—Hemos de pasar por aquí. No tengo la llave.

—De acuerdo —dijo Wenzel, que acababa de pisar algo blando.

El callejón conducía hacia la parte posterior de las casas y se detuvo, asombrado: lo que unía toda la hilera de casas eran pequeñas parcelas en forma de diminutos huertos. Las hojas verdes de los nabos, las delicadas

alfombras formadas por las plantitas de avena, las alubias en flor y en algunas de las casas los cobertizos de madera tras los cuales se oían cacareos, balidos y gruñidos atestiguaban que los habitantes sabían cómo ahorrar dinero en vez de gastarlo en los cada vez más caros productos del mercado. La zona estaba rodeada de muros hasta el cruce de las callejuelas, un pequeño y perfecto paraíso de verduras y animales de corral. Wenzel empezó a contar hasta dar con la fachada posterior de la casa vigilada por los soldados. Entre tanto se había dado cuenta de que debía de tratarse de la casa de Adam Augustyn.

—No pises las plantitas —dijo la niña.

Wenzel hurgó en su talego.

—Gracias por tu ayuda —dijo—. Toma.

—Si te pagan por ello no es una buena acción.

—Eh... sí... pero a lo mejor la muñeca quiere la moneda, ¿no?

La pequeña reflexionó.

—De acuerdo —dijo.

—Ahora vete a casa. Y... —dijo Wenzel, se puso de cuclillas ante la niña y la miró a los ojos—... la próxima vez que te encuentres con un desconocido por aquí, no le dirijas la palabra y ve en busca de tu padre o de tu hermano mayor, ¿comprendido?

—Pero ahora nos conocemos.

—No me refiero a mí, sino a otro.

—Los hombres que hay ante la casa de Augustyn son desconocidos.

—A esos los dejas en paz, ¿oyes? —dijo él, con desesperación creciente.

—De acuerdo.

—Que te vaya bien.

Wenzel se alejó a través de los huertos. Cuando echó un vistazo por encima del hombro, la niña aún permanecía allí contemplándolo con aire pensativo. Él puso los ojos en blanco.

Tal como había supuesto, la planta baja de la casa de Augustyn consistía en una única habitación; las ventanas eran pequeñas y los gruesos cristales demostraban que el jefe de los contables formaba parte de los habitantes acaudalados de esa callejuela. El marco de la ventana estaba inclinado hacia un lado, ajustado mediante pequeñas cuñas: alguien había intentado que el sol penetrara en la casa. Wenzel oyó voces y se acurrucó bajo la ventana, inspiró profundamente, se enderezó y echó un breve vistazo a la habitación antes de volver a agacharse.

Sebastian, Vlach, Augustyn y una mujer embarazada que debía de ser la esposa de Augustyn, dos niños pequeños con la vista clavada en las visitas y

una cuna en la que lloriqueaba un bebé. Wenzel tomó aire; le pareció que no había pasado por alto a nadie.

—Es muy sencillo, señora Augustyn —oyó decir a Sebastian—. Buscamos el libro de contabilidad actual de la empresa.

—¿Por qué no lo buscáis allí?

—Si estuviese allí lo habríamos hallado.

—¿Por qué no se lo pregunta a mi marido?

—Ese es el problema: se lo hemos preguntado.

Aunque no podía verlos, Wenzel supo que el contable y su mujer habían intercambiado una mirada.

—Ajá —dijo ella.

—Pensamos que si vos habláis con él, quizá recuerde dónde está.

—Madre —balbuceó uno de los niños—, madre ese hombre chilla como un cerdito.

Wenzel se mordió la lengua. Cuando Sebastian volvió a hablar su voz temblaba.

—Tal vez vos le ayudéis a reconocer lo que es bueno para él y su familia.

—¡Madre, madre, ese hombre berrea!

—¿Quieres oírme gritar, mocoso? —berreó Sebastian en tono agudo.

El niño se echó a llorar.

—Eso no es necesario —dijo Vilém Vlach en tono frío.

—¡Entregadnos el libro de una vez! —siseó Sebastian.

—Abandonad esta casa en el acto —dijo el jefe de los contables.

Wenzel había experimentado lo que ocurría cuando el contable descubría un engaño cometido contra la empresa Khlesl & Langenfels: montaba en cólera, pero dicha cólera no era nada en comparación con el odio helado que expresaba su tono de voz.

—No lo haré. Llamaré a los soldados están afuera y lo pondremos todo patas arriba, ¡y si algo se rompe no será culpa de ellos! Y si por error las pesadas botas de los soldados pisan las delicadas manos de un niño...

—Dadle el libro —ordenó Vlach.

Entonces se impuso un prolongado silencio. El niño al que Sebastian le gritó moqueaba.

—Que me aspen —susurró Sebastian.

Wenzel ya no aguantó más. Alzó la cabeza y se asomó a la habitación. La mujer de Augustyn sostenía el bebé en brazos y este empezó a lloriquear. El jefe de los contables estaba inclinado por encima de la cuna y hurgaba en su interior. Una manta cayó al suelo, luego otra y después una suerte de delgado

colchón. La paja soltó un crujido. Por fin Augustyn sacó un libro tamaño folio y Wenzel lo reconoció de inmediato: pertenecía a la empresa. La cuna del bebé solo era un poco más grande; Augustyn debía de haber cubierto el fondo con el libro y rellenado el resto con paja para que el bebé reposara en una superficie plana. Entonces se volvió y arrojó el libro sobre la única mesa de la habitación. El bebé lloraba y pataleaba.

Sebastian clavó la mirada en el libro y se acercó lentamente con ojos cada vez más desorbitados hasta que solo un palmo separaba la punta de su nariz de la tapa de cuero. Alzó una mano con expresión incrédula, cogió la tapa de una esquina y la levantó. Las primeras páginas estaban pegoteadas y Wenzel vio las completamente borroneadas columnas de cifras en el papel teñido de amarillo. Sebastian soltó la tapa y se enderezó.

—Los niños pequeños mean y cagan —dijo el contable a quien Wenzel jamás oyó pronunciar unas palabras más malsonantes que «maldita sea».

—Te mataré, pedazo de carroña —gritó Sebastian, resollando, y se acercó a Augustyn. Vlach se interpuso—. Marchaos, Vilém. Iré en busca de los soldados. Yo...

—No hay motivo para ensuciarse los dedos.

Sebastian tomó aire como alguien a punto de ahogarse. Wenzel se agachó cuando el gordo se volvió y recorrió la habitación con pasos apresurados.

—¡Haz callar a ese mocoso! —oyó que gritaba.

—¿Qué haces aquí? —susurró una voz junto al oído de Wenzel.

Él se volvió bruscamente. La niña de la muñeca estaba ante él; Wenzel perdió el equilibrio y se sentó en el suelo. Ella lo contempló como si fuera un prestidigitador que hubiera presentado un viejo truco.

—¡Chitón!

—No debes hacer eso.

De pronto se le ocurrió que si había los suficientes testigos, Sebastian no se atrevería a hacer nada.

—¿Está en casa tu padre?

—No, mi padre trabaja para el rey —dijo ella en tono orgulloso—. Mi madre está en casa, durmiendo.

—Ve a despertarla.

—No debo hacerlo. Duerme porque ayer me dio un hermanito y mi madre aún está muy cansada, dijo mi tía Darja.

—Ve a buscar a tu tía.

—Solo quieres que me marche de aquí.

Wenzel trató de doblegarla con la mirada, pero fue como si intentara obligar a una gárgola de la catedral a desviar la mirada.

—Corre —dijo—. A los Augustyn les gustaría recibir visitas.

—Esta mañana ya acudieron a casa y trajeron un vestidito.

Wenzel oyó los pasos pesados de Sebastian acercándose a la ventana.

—¿Hay alguien allí fuera? —preguntó.

Entonces se apretujó contra la pared y oyó el crujido del alféizar de madera cuando el gordo se apoyó en él. La niña desvió su mirada serena de Wenzel, la alzó y sin duda se topó con el rostro de Sebastian. Wenzel cerró los ojos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Sebastian.

—Tu voz es cómica —dijo la niña.

—¡Joder! —chilló Sebastian, y Wenzel oyó que se alejaba bruscamente de la ventana—. ¡Estrangularé a los mocosos, a todos los mocosos que están aquí!

La niña volvió a contemplar a Wenzel y este se llevó un dedo a los labios, invadido por el alivio.

—¡Bien! —gritó la voz furibunda de Sebastian—. No me ensuciaré los dedos. Puedes empezar a buscar otro puesto ahora mismo, Augustyn. Pregúntales a los buscadores de oro si todavía queda libre otra pala de letrinas. Cuando este asunto haya acabado me encargaré de que ningún comerciante de Praga permita que te acerques a su empresa. Estás acabado y toda tu familia de mierda también.

Wenzel volvió a alzar la cabeza. La mujer del jefe de los contables estaba ante la mesa cambiando los pañales del bebé. El olor a excrementos le penetró en la nariz; el niño había dejado de llorar. Augustyn estaba de pie ante Sebastian devolviéndole la mirada. Wenzel nunca hubiese creído que el insignificante contable podría parecerse a una de las estatuas heroicas del castillo, pero en ese momento era así. Si un día toda esa historia acababa bien, sabía que la empresa pasaría a llamarse Khlesl & Langenfels & Augustyn.

Notó que alguien le tiraba de la manga.

—No veo nada —susurró la niña.

—¿Qué sigues haciendo...?

Pero se interrumpió y, resignado, la apoyó en su rodilla. Ella atisbó hacia dentro con el mismo cuidado que él, como una perfecta espía.

—Que os vaya bien a todos —gruñó Sebastian.

—Aguardad —dijo la mujer de Augustyn—, aguardad.

Completamente incrédulo, Wenzel vio que inclinaba la cabeza ante Sebastian, plegaba las manos y las alzaba con gesto suplicante. Sebastian le dedicó una mirada que pasó de la sorpresa a la burla.

—Inténtalo arrodillándote, entonces quizá seré misericordioso.

—Lo intentaré con esto —dijo ella, y aplastó el pañal lleno de excrementos contra la cara del gordo.

Wenzel logró alcanzar el callejón con la niña en brazos y una mano tapándole la boca. Después se desplomó, le quitó la mano de la boca y se echó a reír como un demente. La niña soltaba risitas sin dejar de exclamar:

—¡Qué asco, qué asco!

Finalmente, el ataque se le pasó. Wenzel se secó las lágrimas de risa y contempló a la niña, pero fue un error: un instante después ambos volvieron a reír a carcajadas. Al final debía de haber intervenido su ángel de la guarda personal. Wenzel recuperó el control cuando Vilém Vlach pasó corriendo junto a la boca del callejón arrastrando a Sebastian de la manga al tiempo que este aullaba, escupía y chillaba; quizá lo oía todo Praga, donde se preguntaban si hoy sacrificaban cerdos en Malá Strana. Los soldados trotaban tras ellos; Wenzel notó dos caras rojas a punto de estallar de risa.

—¿Puedes hacer algo por mí? —le preguntó a la niña.

—No —respondió ella en tono coqueto.

—¿Puede tu muñeca hacer algo por mí?

Tras cierta vacilación, la dueña de la muñeca asintió.

—Ve a casa de los Augustyn y diles que no se preocupen. Diles que... Zanahoria les envía saludos —dijo, y se ruborizó.

—¿Tú eres Zanahoria?

—Lo fui. Adam Augustyn sabrá quién le envía saludos y que no se trata de un truco.

—Todavía eres Zanahoria. Tu pelo es rojo.

—¿Puedes hacerlo?

—Yo no —contestó ella con voz seria—. Pero mi muñeca sí.

—¿Cuánto le debo a tu muñeca?

—Dice que para ti es gratis.

Wenzel hizo una reverencia y después le tendió la mano.

—Que te vaya bien —dijo.

Cuando ella se la estrechó tuvo la sensación de que era la primera vez en muchas semanas que hacía lo correcto.

A mitad de camino al puente los dos soldados salieron a su encuentro. Estaban solos y ambos se palmeaban los hombros, muertos de risa. Wenzel los esquivó, pero de todos modos ellos no le prestaron atención. Los siguió con la mirada. Vlach y Sebastian aún no podían haber regresado a la empresa. ¿Por qué les dijeron a los soldados que se marcharan? ¿Y adónde se habían dirigido? ¡No podía haberlos perdido, y menos en ese momento! Wenzel siguió su camino a la carrera.

El puente se elevaba desde las callejuelas a orillas del río formando un arco y luego lo atravesaba. Allí donde los muros de apoyo se elevaban como las murallas de una fortaleza se había acumulado toda suerte de desperdicios y el hedor era considerable. Maderas que los pescadores habían pescado del Moldava durante las riadas, mezcladas con algas podridas y paja mohosa, todo cubierto de lógamo. Cabezas de peces incluso desdeñadas por las ratas, heno descuidadamente barrido dejado por los caballos que arrastraban carros... Vilém Vlach estaba en la orilla, observando cómo Sebastian, de rodillas, se lavaba la cara. Wenzel esperó que tragara la suficiente cantidad de agua podrida de la orilla y cayera muerto en el acto, pero el comerciante vienés no lo complació. Se levantó, resoplando y bufando y se secó la cara con la manga.

No había otra manera de apostarse cerca de ellos que sentarse en la barandilla del puente, pues abajo, junto al montón de desperdicios, hubiesen notado su presencia de inmediato. Echó un vistazo a un mendigo que ya estaba sentado allí medio desplomado, roncando y compitiendo en hedor con las emanaciones de los desperdicios acumulados un poco más abajo. Wenzel optó por sentarse a su lado. Aunque hablaban en voz baja, podía oír la conversación de los dos hombres perfectamente y podría haber escupido sobre sus cabezas.

—Los mataré a todos ellos, a esa zorra y sus mocosos —masculló Sebastian.

—Tranquilizaos. De momento la acusación no tiene una base firme, ¿verdad?

—El procurador del rey acabará conmigo. Creí que no resultaría muy difícil aportar los documentos que demuestran que Andrej y Cyprian destruyeron el negocio de Moravia voluntariamente y con el propósito de dañar a la corona, pero...

—... pero ahora solo disponéis de un par de cartas mías en las que me quejo de la tozudez de Andrej —dijo Vlach.

—¡Podríais haberos expresado con un poco más de claridad!

—¡Oh, lo siento! No sabía que en algún momento vos querríais utilizarlas como una cuerda para ahorcar a Khlesl & Langenfels.

—No discutamos. Sternberg tiene experiencia comercial y enseguida se dio cuenta de que entregándole los viejos libros de contabilidad solo intentaba darle largas. Exigió documentos pertinentes. Al parecer, al igual que un buen número de ciudadanos, el juez también simpatiza con los estamentos y aborrece al rey, sobre todo desde que corre el rumor de que el conde Von Thurn y los demás señores están pensando en crear un directorio al que uno también puede ser elegido si no pertenece a la nobleza. El único requisito es profesar la fe protestante.

—Y hoy en día uno se convierte con rapidez.

—Sobre todo en Bohemia, donde por cada católico hay dos protestantes.

—Al juez le agradaría jugarle una mala pasada al rey y a la Contrarreforma. Resulta difícil imaginar una mejor recomendación para los señores de la nobleza.

—Todavía hay otra posibilidad —dijo Sebastian después de un momento y en voz tan baja que Wenzel aguzó los oídos.

—Decídmela.

—He visto los asientos de los libros en los cuales se apoya todo el asunto. Incluso descubrí documentos que demuestran con toda claridad que hubo más comercio hacia y desde Moravia, pero en secreto y sin pagar los debidos impuestos aduaneros. He leído documentos en los que figura que las relaciones entre vos y Khlesl & Langenfels fueron afectadas adrede, con el fin de que la empresa pudiese cerrar los negocios con otros socios igual de engañosos que Cyprian y Andrej.

—Pero resulta que yo nunca he visto esos documentos.

—Vos también los habéis visto y podéis atestiguar su contenido. Pero el condenado jefe de los contables los hizo desaparecer y gracias a ellos Augustyn también nos tiene cogidos del gaznate.

De pronto el mendigo que estaba sentado junto a Wenzel pegó un respingo, soltó un ronquido y se deslizó lentamente hacia un lado. Un instante después estaba apoyado contra el hombro de Wenzel y este recordó un relato de su padre en el que había descrito el estado higiénico del emperador Rodolfo cuando este estaba sumido en una profunda melancolía. El emperador no podría haber olido mucho peor que el mendigo. Este abrió la boca, roncó, tomó aire y le soltó el aliento a la cara: un aliento capaz de horadar una piedra. Wenzel se tambaleó. El mendigo hizo un movimiento y apoyó la cabeza más firmemente en el hombro del joven. Durante un instante, este casi sintió compasión por Sebastian, que había recibido el pañal sucio en pleno rostro. Pero entonces olvidó que alguien que apestaba como una cloaca se apoyaba contra él. ¿Qué había dicho Sebastian?

—¿Qué habéis dicho? —siseó Vlach.

—Que yo tampoco los he visto —repitió Sebastian—. Solo considero que hemos de declarar que existen.

—Nos harán jurar sobre la Biblia. Lo que vos me proponéis supone cometer perjurio.

—Si ambos testificamos lo mismo nunca saldrá a la luz. Nadie les creerá a los Khlesl o a Langenfels y aún menos a Augustyn. Y no pueden presentar una prueba contraria porque el mocoso de Augustyn meó el libro de contabilidad y lo volvió ilegible. ¡Ja, ja!

—A los perjuros les cortan la lengua y la mano que apoyaron en la Biblia.

—¿Qué teméis, Vilém? Nunca saldrá a la luz.

—¿Acaso olvidáis el octavo mandamiento del Señor?

—Pienso en el primer mandamiento del comerciante que dice lo siguiente: si necesitas obtener una ventaja sobre tu competidor, entonces consíguela.

Un retumbo invadía los oídos de Wenzel, un retumbo como si todas las campanas de las iglesias de Praga tocaran a rebato. Estaba como paralizado. Sebastian había aprovechado las últimas semanas —en las que toda la familia se había quedado de piedra a causa de la muerte de Cyprian— para rodear su futuro con sus dedos de salchicha y luego cerrar el puño. ¿Qué debía hacer? ¿Qué podía hacer? ¿Irrumpir en el juicio y gritar: «¡Perjurio!»? ¿Quién le creería? Pero entonces sus pensamientos aterrados se aferraron a esa idea. ¿Por qué no? Solo necesitaba a alguien que lo apoyara, tal como Sebastian necesitaba una segunda persona para que su juramento en falso pareciera digno de crédito. ¡Adam Augustyn! Aun cuando su única declaración ante el juez tuviese escaso valor, junto con la de Wenzel adquiriría más peso. Los

testimonios de dos ciudadanos de Praga frente a los de dos extranjeros y un juez que se inclinaría por permitir que, para el procurador del rey, el resultado del proceso fuera negativo y que se las arreglaría para comunicárselo a los jurados en todas las maneras imaginables. Tenían una oportunidad.

Claro que a causa de ello Augustyn estaría acabado en Praga para siempre. Tanto si Sebastian destruía su futuro como si lo hacía el propio Augustyn apareciendo ante el juez como testigo y hablando de asuntos internos de la empresa, exactamente lo contrario de lo que uno esperaba de un contable: hiciera lo que hiciese, el hombre se encontraba ante una pared. Solo podía confiar en que, contra lo que era de esperar, la empresa Khlesl & Langenfels sobreviviera a todo el embrollo.

¿Y el futuro de Wenzel en la corte, como escribiente? ¿Si se enfrentaba a los intereses del rey?

¡Daba igual!

Había buscado algo que le ayudara a reconstruir el puente con su familia, el puente que él había destruido. Ese era el mejor regalo que podía ofrecerles.

Pero antes de que pudiera ponerse de pie vio que Vlach y Sebastian ya se aproximaban y el espanto lo invadió. Debían de haber interrumpido su conversación mientras a Wenzel todavía le retumbaban los oídos y empezaban a cruzar el puente. Era demasiado tarde para escapar, estaba allí sentado, a plena luz del día. Ambos hombres tendrían que verse afectados por una repentina ceguera para no reconocerlo en el acto. El mendigo apoyado contra su hombro chasqueó la lengua en sueños. Solo había una solución...

—Mañana —dijo Sebastian—. El juicio ya se ha aplazado.

—¿Estáis seguro de querer proceder de ese modo?

—Hace veinticinco años que aguardo este momento.

Wenzel empujó el hombro hacia delante y el mendigo se deslizó a un lado y permaneció recostado en su brazo, como un amante. Wenzel lo atrajo hacia sí antes de que pudiera despertar del todo, apretó su rostro hirsuto contra el suyo, estiró la otra mano y gritó en tono lastimero:

—¡Una limosna, señores, una limosna por caridad!

El olor corporal del mendigo hizo que su voz pareciera casi tan chillona como la de Sebastian. El mendigo casi había despertado y empezó a resistirse. Wenzel lo abrazó con la fuerza de la desesperación.

Tal como había esperado, Vlach y Sebastian apartaron la cabeza y trazaron una curva en torno a la supuesta pareja de mendigos. En unos instantes alcanzaron el centro del puente y desaparecieron entre la multitud sin mirar hacia atrás. Aliviado, Wenzel soltó al mendigo que cayó a un lado y

lo contempló con mirada atónita. Y hasta se restregó los harapos, como si Wenzel lo hubiera ensuciado. Después su mirada se posó en la mano tendida del joven, que le dedicó una sonrisa de disculpa.

El mendigo le pegó un empujón, Wenzel cayó del puente de espaldas y aterrizó en medio de un montón de paja mohosa. El golpe lo dejó sin aliento, pero por lo demás no sufrió ningún daño. Tratando de recuperar el aliento, alzó la cabeza y clavó la vista en el mendigo.

—¡Es mi territorio! —gritó el mendigo, agitando el puño—. ¡Mi territorio!

Wenzel logró ponerse de pie y echó a correr hacia Malá Strana, a la casa de Adam Augustyn. Disponía de tiempo hasta mañana para convencer al contable de arruinarse totalmente en Praga.

Heinrich se abrió paso a tientas a lo largo del oscuro pasillo; existía el peligro de tropezar debido a los agujeros del suelo, de lastimarse la espinilla con uno de los montones de piedras o de golpearse la cabeza contra una de las vigas que colgaban del techo. Su misión se veía dificultada porque debía llevarla a cabo sin hacer ruido. Ni siquiera podía maldecir en voz alta a las seis monjas cistercienses que esa noche lo habían acogido a él y a las dos mujeres en ese ruinoso convento cerca de Alemania. Para ser exactos, no podía pronunciar ni una sola palabra.

Y encima ni siquiera sabía si Alexandra y la maldita anciana dormían en jergones separados o si ambas se habían acurrucado en uno solo debido al frío reinante en el viejo convento. Si ambas ocupaban el mismo jergón, no tendría la menor oportunidad.

Por fin percibió el resplandor de la vela que ardía en un antiguo dormitorio de mujeres del hospicio del convento y se arrastró hacia allí. Hacía tiempo que las últimas puertas de madera habían sido pasto de las llamas y si retirar las vigas portantes no hubiese supuesto el derrumbamiento de los muros, estas también habrían sido utilizadas para calentarse. En ese inmenso convento similar a una muela hueca solo quedaban las piedras y el frío, un convento cuyos inicios centenarios fueron miserables pero esperanzados, pero que hacía tiempo había vuelto a caer en la miseria. Luchas por el poder, incendios y saqueos durante las guerras husitas lo habían destruido, pero las cistercienses siempre habían vuelto a levantarlo. No obstante, hacía una generación la lucha entre católicos y protestantes también lo había alcanzado y las luchas por la fe dieron paso a la impiedad y la depravación hasta que el convento se volvió más semejante a un burdel que a otra cosa. En el presente ya ni siquiera poseía ese brillo. Heinrich, que conocía la historia del convento porque era una parada natural en el camino entre Praga y Brno, se había preguntado en varias oportunidades si cuarenta años antes las seis viejas cornejas que vegetaban allí habían pertenecido a aquellas que se recogían el

hábito y abrían las piernas. Un vistazo a los ajados y arrugados rostros había desprovisto dicha fantasía de todo encanto.

Se asomó por la esquina con mucho cuidado. El diablo estaba de su parte: entre Alexandra y la anciana había varios jergones desocupados. La vela estaba apoyada en el suelo entre estos. Muy bien. Si hacía demasiado ruido, quien echara un vistazo al otro jergón se vería deslumbrado por la luz de la vela.

Alexandra no debía notar nada, bajo ningún concepto. Si despertaba a la mañana siguiente y la anciana yacía muerta en su jergón, debía parecer que había fallecido de muerte natural.

Heinrich respiraba con la boca abierta, sin hacer ruido. La perspectiva de asesinar a la anciana no lo excitaba y en cierto sentido ello le alegró. Se vería obligado a proceder con rapidez y no podría disfrutar del acto; debía conservar la frialdad. Se deslizó hasta su jergón, se acurrucó ante este y la contempló fijamente. No era que le importara matarla sin motivo, pero quería saber si había interpretado correctamente las miradas de soslayo que ella le dirigió cuando no se creía observada.

Alzó la mano para presionarla contra su boca y ella abrió los ojos. No estaba dormida y ni siquiera parpadeó al verlo junto a su jergón. Sorprendido e invadido por la ira se dio cuenta de que la había subestimado. Leona lo había estado esperando. Y al mismo tiempo supo que no gritaría: prefería morir antes de poner en peligro a Alexandra.

—¿Sabes quién soy? —musitó él.

—El diablo —susurró ella.

La había visto un par de veces en Pernstein, cuando ella se había visto obligada a contestar a las preguntas de Diana, siempre con la absurda esperanza de que en esa ocasión pudiera llevarse a su hija adoptiva idiota a casa. Heinrich se había mantenido alejado de ella, pero creía que entre tanto conocía lo bastante bien a Diana como para saber que había llamado la atención de la anciana sobre él. A veces urdía intrigas simplemente por amor a las intrigas y jugar con él, Heinrich, siempre le daba placer. Además, él había sospechado desde el primer instante que Leona sabía perfectamente quién era. Ni siquiera tuvo que mirarla a la cara mientras ambos representaban la comedia y fingían ser dos personas que acababan de conocerse. Cuando Alexandra mencionó el nombre de Leona y él comprendió que tendría que ceder ante sus exigencias si no quería despertar sus sospechas, supo que tarde o temprano habría arribado a precisamente esa escena. Le había dicho a Alexandra que sabía cómo tratar a Leona y ese día lo

demonstraría, solo que Alexandra nunca sabría qué había querido decir en realidad.

Le presionó la mano sobre la boca y la nariz. Ella alzó las manos y le aferró las muñecas, pero las secas garras de ave no poseían suficiente fuerza para apartar las de él.

—Si pudieras hablar —susurró él y le lanzó una sonrisa al rostro desorbitado—, ahora jurarías que no me delatarás. Sin embargo, no puedo correr ese riesgo. Todavía necesito a Alexandra, ¿comprendes?

Ella trató de incorporarse y él se tendió encima de ella, pero no logró inmovilizarla solo con el peso de su cuerpo. Entonces se excitó, pero la sensación no procedía de su entrepierna, como de costumbre, sino de su corazón. Puede que con sus jueguitos Diana le hubiese endilgado ese problema, pero lo resolvería con éxito. Aunque ella se le adelantara un paso, él la seguía. No podía desprenderse de él.

La anciana puso los ojos en blanco, solo era cuestión de instantes. Y él no había hecho más ruido que el aleteo de una mariposa.

—¿Leona? —oyó que decía la voz adormilada de Alexandra—. ¿Qué pasa? ¿Quién es... Henyk?

Él reaccionó sin reflexionar.

—¡Dios mío, estás despierta! —dijo, jadeando—. Justo me disponía a... Pero creí que podía ayudarle. ¿No oíste sus quejidos? Los oí desde el otro dormitorio... —añadió, se incorporó y palmeó el rostro arrugado—. ¡Cielo santo, creo que está...!

Alexandra estaba de pie a su lado y casi lo empujó a un lado por las prisas y zarandeo el hombro de la anciana.

—¡Leona! ¡Leona, por amor de Dios!

Satisfecho, Heinrich vio que la mandíbula inferior de la anciana caía. Entonces le apoyó dos dedos en el cuello... y se puso furibundo al constatar que su corazón seguía latiendo.

Alexandra debió de captar su cambio de expresión.

—¿Qué pasa?

—Aún está con vida —soltó él—. Gracias a Dios, aún está con vida.

Las palabras eran como un veneno y se mordió los nudillos para no golpear a la desfallecida con los puños. Se hizo sangre, pero no notó el dolor.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé —contestó él, improvisando sobre la marcha, pero eso siempre se le daba bien—. Unos ruidos me despertaron. Al principio ignoraba qué... Pero después me di cuenta de que ella se quejaba —añadió, la miró a los ojos

y confió que había logrado ocultar sus auténticos sentimientos—. Creí que la que se quejaba eras tú, que tenías dolores o sufrías una pesadilla y acudí en cuanto pude. Pero no eras tú sino ella —añadió, y le rodeó los hombros con el brazo—. Me alegro mucho de que te encuentres bien. En cuanto a ella, ¡Dios mío, pobrecilla!

Alexandra también palmeó suavemente la cara de Leona, la zarandeó y por fin se sentó en el otro jergón.

—Es como en la casa de mis padres. Pasó muchos días tendida de esa manera. Madre temía que moriría.

—Los esfuerzos del viaje... No debimos llevarla con nosotros.

Sus palabras surtieron el efecto deseado. Alexandra bajó la cabeza. Había sido idea suya.

—¿Qué podemos hacer por ella? —preguntó, y le quitó los cabellos de la frente a Leona, que respiraba entrecortadamente.

Alexandra le masajeó el torso flaco.

—Debemos dejarla aquí.

—¿Qué? ¿En esta ruina? ¡Las hermanas apenas son más jóvenes que ella! Aquí no hay nada. ¿Quién cuidará de ella?

—Dejaremos un poco dinero.

—No puedo abandonarla así, sin más. ¿Y si despierta y no sabe dónde está o qué le ocurrió? Se llevaría un susto de muerte.

Alexandra atrajo a Leona hacia sí y apoyó el torso de la anciana en sus muslos. La cabeza de la anciana rodó hacia un lado. La ira nubló los ojos de Heinrich. ¿Por qué no pudo seguir presionándole la boca unos instantes más? Había faltado tan poco...

—Si la llevamos con nosotros será su fin —dijo y reprimió una risa airada que se abría paso en su garganta, porque Alexandra jamás sabría cuán en serio hablaba—. Sigamos viaje a Pernstein. Dentro de un par de días regresaré aquí y comprobaré cómo se encuentra. Si está en condiciones de viajar, la llevaré a Pernstein.

«Solo que no estará en condiciones de viajar —pensó—. Por desgracia, regresaré a Pernstein con la noticia de que la pobre anciana ha muerto en el convento». Una vez que hubiese logrado separarla de Alexandra ya no podría causarle daño y si efectivamente se recuperaba durante un par de días y los seguía a ambos hasta Pernstein, allí no lograría acercarse a Alexandra (en caso de que ella aún siguiera viva: con respecto a eso los planes de Heinrich todavía eran imprecisos), pero él nunca había dejado atrás asuntos sin resolver, se tratará de quién se tratase: de un enano de la corte escapado por

error de una masacre o de una anciana que había cometido el error de rebelarse contra un poder superior.

—Yo me ocuparé de ella —dijo él—. No te preocupes. Sigamos viaje. Hablaré con las monjas y les indicaré que cuiden de ella.

Cuando él se puso de pie, la joven le dirigió una mirada vacilante. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. De pronto unas ganas intensas se apoderaron de Heinrich. Los cabellos de Alexandra estaban pegoteados, tenía la tez pálida y sus ojos habían perdido el brillo. Todavía era una belleza, pero ese aire etéreo y ensimismado que siempre le fue propio y que en Diana era mil veces más intenso (y que no poseía ninguna otra mujer que él hubiese conocido jamás) se había visto afectado por las preocupaciones de las últimas semanas y el viaje apresurado. Vio que un araño le atravesaba la mejilla y percibía el olor de sus ropas que se habían mojado, vuelto a secar y vuelto a mojar una vez más. No recordaba haber percibido el olor corporal de Diana. Tomó aire y se obligó a acariciarle la cara con suavidad. De repente creyó ver que guardaba cierta semejanza con la prostituta del caro burdel de Praga, antes de que él comenzara a matarla a golpes: el olor a sudor, los ojos enrojecidos por el llanto, la tez pálida. Sus dedos se agitaron, ella presionó la mejilla contra la palma de la mano de él.

—Es lo mejor —dijo Heinrich.

Ella asintió en silencio.

—¿Para qué lleváis el libro con vos? —preguntó Wenzel.

—Nunca se puede saber —contestó Augustyn, y se encogió de hombros.

El jefe de los contables parecía haber pasado un paño por el libro tamaño folio y haberlo secado. Lo aferraba con ambas manos y lo presionaba contra su pecho como si fuese importante y no solo un montón de manchas de tinta borroneadas por la orina y los excrementos.

Ante la escalera que conducía hacia arriba a lo largo del muro exterior del Ayuntamiento de la Ciudad Nueva y de cuyo estrado superior de madera se proclamaban las sentencias, estaban reunidas unas cuantas personas de expresión aburrída. Wenzel creyó que serían más, un proceso podía prolongarse durante más de dos días cuando la cuestión era complicada o si una de las partes era de un rango lo bastante alto y resultaban necesarias las interrupciones para deliberar o repreguntar. Lo que resultaba desacostumbrado era que, en el día en el que era probable que se pronunciara la sentencia, solo hubiese acudido un puñado de curiosos. Wenzel había contado con que el nombre Khlesl era lo bastante conocido en la ciudad como para despertar un gran interés; entonces se dio cuenta de que debido a la detención del cardenal el nombre había adquirido mala fama.

Augustyn y él remontaron la escalera; algunos de los curiosos al pie de la escalera les lanzaron sonrisas burlonas y los señalaron con el dedo. Wenzel estaba irritado. Luego un guardia salió de la entrada y les cerró el paso.

—No podéis pasar —dijo en tono aburrído.

—Los juicios son públicos —dijo Wenzel—. Dejadnos pasar.

—Sí, los juicios son públicos —confirmó el guardia—. Pero nos os dejaré pasar, pequeño.

Wenzel, que hubiese superado al guardia en una cabeza si este no llevara un yelmo con un alto penacho y protector para las mejillas, lo miró fijamente. Poco a poco fue reparando en que ante él no se encontraba uno de los guardias habituales de la ciudad, que cuando no estaban de servicio eran

artesanos, jornaleros o panaderos. El hombre era un soldado e identificó sus colores: eran los de Ladislaus von Sternberg.

—Es un escándalo —dijo Augustyn, se inclinó por encima de la barandilla y les gritó a los que aguardaban abajo—: ¿Lo habéis oído? ¡Nos quitan los derechos más elementales a los habitantes de Praga!

Wenzel no reconocía al jefe de los contables. Desde el encontronazo con Sebastian Wilfing parecía haber descubierto el placer de oponerse.

—No te pongas nervioso —gritaron un par de voces—. ¿A quién le importa? Aguarda aquí como todos nosotros, entonces ya te enterarás de la sentencia.

—Los juicios deben ser públicos —dijo Wenzel, dirigiéndose al soldado—. De lo contrario la sentencia es impugnabile.

—El juicio es público, pequeño —le explicó el soldado—. El juez ha llevado a su perro consigo. Y ahora largaos si queréis bajar estas escaleras con los pies y no sobre vuestro trasero.

Wenzel y Augustyn intercambiaron una mirada en la que se asomaba el pánico. La mirada del otro le reveló que Augustyn sopesaba la idea de apartar al guardia de un empujón e irrumpir violentamente en la sala de audiencias. Entonces lo cogió de la manga y lo arrastró escaleras abajo.

El rostro del contable estaba rojo de furia.

—¡Qué descaró! —exclamó—. ¡Se burlan de los símbolos! ¡Un perro!

—Está bien —dijo uno de los espectadores que parecía tener experiencia en temas judiciales—. A condición de que tengan un perro allí dentro cumplen con el derecho. No puedes hacer nada.

—Es el perro del juez —dijo otro—. Es tan grande como dos perros normales juntos, con ese bicho puedes crear el público necesario para la coronación de un emperador.

Los espectadores soltaron gruñidos divertidos.

—¿Por qué lo toleráis? —preguntó Augustyn.

—Tú también lo toleras.

—Se me ocurre el modo de entrar allí —dijo Wenzel, que había escuchado la descripción del perro del juez con mucha atención—. Escuchadme, todos vosotros.

El aburrimiento de los curiosos aún no había alcanzado el grado que los hubiese impulsado a aceptar su invitación y lo contemplaron con mirada inexpresiva.

—¡Por favor! —insistió Wenzel—. ¿Acaso estáis dispuestos a que os echen en cara que permitierais que un chucho os quitara el derecho de

presenciar el juicio?

Los espectadores intercambiaron miradas, luego se acercaron con pasos indolentes.

El soldado apostado en el extremo superior de la escalera les lanzó miradas desconfiadas. Su Gracia Ladislaus von Sternberg, el procurador del rey, ya se encontraba en la sala de audiencias e incluso estaba de peor humor que ayer. El gordo vienés y el paleta de Brno también habían acudido temprano. Al parecer, Ladislaus von Sternberg estaba enfadado por algo. En última instancia daba igual, pues los menos culpables eran los que siempre recibían el castigo, así que en ese caso él —el guardia— y sus camaradas. El procurador le había echado una bronca a su comandante, este le había echado una bronca a su jefe, y a su vez, durante la instrucción de esa mañana este había manifestado de manera inconfundible lo que les esperaba a todos cuantos ese día no cumplieran con su deber al pie de la letra. El guardia estaba dispuesto a dar la alarma en caso de que aquellos necios de allí abajo se propusieran hacer alguna estupidez.

No oía lo que decía el muchacho pelirrojo, pero uno de quienes lo escuchaban dijo:

—Tengo una en casa. Está atada en la pocilga, de lo contrario todos los del vecindario se hubieran vuelto locos.

—Yo también —dijo un segundo—. En mi caso está atada en el gallinero, pero es inútil: los bastardos en celo me tienen sitiado. El año pasado les arrojé piedras con la honda y quedaron tullidos. También me costó un montón de dinero.

—Traedlas —dijo el pelirrojo.

—¿Para qué?

—¿Qué conseguiré?

El acompañante del pelirrojo, ese que llevaba un libro grueso bajo el brazo, dijo:

—Un pagaré de la empresa Khlesl & Langenfels, por servicios prestados en un apuro.

—¿Eso lo dices tú y quién...?

—Lo digo yo, Adam Augustyn, jefe de los contables de la empresa, y Wenzel von Langenfels, hijo de uno de los socios.

El guardia tomó nota mental de ambos nombres. Si esos bribones montaban un alboroto, por más que trataran de escapar la ley les daría alcance. El guardia confió que entonces él sería una parte de esa ley y podría repartir unos cuantos puntapiés en el marco de sus deberes legales.

—Es un pagaré que no vale ni un montón de estiércol. La empresa Khlesl & Langenfels está acabada.

—No si logramos entrar en la sala de audiencias.

—Podéis escoger: confiar en que un pagaré no es un montón de estiércol o la certeza de que esta noche comeréis un montón de estiércol, de rabia por haber dejado escapar la oportunidad.

El guardia entornó los ojos. El muchacho pelirrojo era bastante descarado y provocador.

—Eres un descarado y un provocador —dijo uno de los hombres.

—De acuerdo —comentó otro—. Lo haremos, acompáñame, Radek.

Ambos hombres desaparecieron en una de las callejuelas; el guardia los siguió con mirada desconfiada. Cuando volvió a dirigir la atención a quienes se quedaron en la plaza su mirada se cruzó con la del muchacho pelirrojo, que sonrió y lo saludó con la mano. Furioso y desconcertado, el guardia se volvió con la sensación de que de algún modo misterioso comenzaba a desatender su deber, pero ¿debería haber echado a correr tras aquellos dos bribones? ¿Y abandonar su puesto en el estrado?

Le picaba el trasero. De pronto se sintió cohibido; se puso a cubierto en la entrada y se rascó. Su abuela siempre había afirmado que si a uno le picaba el trasero significaba problemas.

«No —se corrigió a sí mismo—, había problemas cuando a uno le picaba la nariz».

¡Siempre había problemas, maldita sea!

Tras otros dos nerviosos ataques de picor, los hombres habían regresado. Ambos arrastraban sendos perros de una cuerda que les rodeaba el cuello. Uno de los dos chuchos trataba de avanzar con tanta prisa que casi se asfixiaba a sí mismo, los jadeos se oían hasta en el estrado; el otro parecía sentir nostalgia por algo que se encontraba en el lugar del cual provenía: su dueño se veía obligado a arrastrarlo por encima del empedrado al tiempo que el perro arañaba los adoquines con las garras.

El guardia se acercó al borde de la escalera para ver qué significaba todo aquello.

Augustyn y Langenfels cogieron las cuerdas. El primer perro tironeaba con tanta fuerza que sus patas delanteras colgaban en el aire. Era evidente que tironeaba en dirección a la entrada de la sala de audiencias. El otro agitaba la cabeza de un lado a otro y venteaba. Después empezó a aullar y a tironear en la misma dirección.

Augustyn y Langenfels dejaron que los perros los arrastraran hasta el pie de la escalera.

—¿Qué significa esta mierda? —gritó el guardia.

—Nos encargamos del carácter público del juicio —dijo Langenfels, y soltó la cuerda; un instante después, Augustyn lo imitó.

Ambos perros remontaron las escaleras a toda velocidad, como dos rayos peludos. El guardia se cubrió la cara con los brazos, creyendo que las bestias se abalanzarían sobre él, pero los animales pasaron a su derecha y a su izquierda como una exhalación. Oyó que alguien rugía «¡Eh!» y reconoció la voz de su camarada apostado en la sala de audiencias. Se volvió para perseguir a los perros, pero ya era demasiado tarde.

Entonces se armó la de Dios es Cristo.

Incluso cuantos atravesaban a toda prisa la plaza ante el Ayuntamiento de la Ciudad Nueva, ocupados en sus propios asuntos y sin intención de entretenerse, se detuvieron. Todos los rostros estaban dirigidos a la entrada de la que surgía el estrépito como de un cuerno de caza, todos a excepción de los de Adam Augustyn y Wenzel von Langenfels, quienes permanecían al pie de la escalera con la cabeza gacha y una sonrisa modesta.

Voces masculinas gritaban maldiciones, mientras se oía el aullido enloquecido de los perros perseguidos a través de un recinto desconocido. No se oían los arañazos de las garras en la tarima de la sala de audiencias, pero la imaginación reemplazaba el sonido sin el menor esfuerzo.

—¡Detenedlos!

—¡Coged a esos condenados bichos!

—¡Coged las cuerdas!

—¿De dónde salieron estos chuchos?

—He cogido a uno... ¡maldición!

—¡Cuidado!

Entonces resonó un estruendo, como si medio edificio se derrumbara.

—¡Idiota!

—Perdón, Señoría, perdón...

—¡Volved a levantar la mesa, rápido! ¡Su Señoría no puede respirar!

—¿Os encontráis bien, Señoría?

—¡IDIOTA!

—Sí, Señoría.

Ladridos y aullidos, a los que se unió una tercera voz perruna con ladridos ásperos y profundos: el perro de caza del juez.

—¡No hacia allí!

Un aullido agudo y un chirrido, como si dos caballeros hubieran entrechocado durante un torneo. El chirrido se convirtió en un traqueteo,

como si toda la hilera de astas de bandera, lanzas y alabardas apoyadas contra la pared cayeran unas tras otras.

El perro del juez volvió a ladrar, ladridos aún más insistentes.

—¡Quieto!

—¡Cuidado!

—¡No disparéis, por amor de Dios!

Entonces resonó el estampido atronador de un mosquete y el ruido de la madera hecha astillas cuando el proyectil abrió un agujero del tamaño de un puño en el revestimiento de madera de la pared.

—¡Imbécil! ¡Un palmo más a la izquierda y...!

—Casi le diste a Su Señoría.

Los ladridos y aullidos de los dos perros intrusos aumentaron de volumen, subrayados por los profundos y marciales ladridos del perro de caza. Otra batahola atestiguó que algunos bancos y mesas aún habían estado en pie, un pequeño estallido y el sonido de cristales rotos indicaron el fin de un recipiente de vidrio y como en la sala de audiencias no había muchos pequeños recipientes de vidrio, era de suponer que lo que se había roto era el tintero del escribiente.

—¡Os haré azotar a todos!

—¡Eso se puede lavar, Señoría!

Ladridos roncros del perro de caza y el estruendo de una mesa arrastrada por el suelo porque el perro sujetado a ella la arrastraba.

—¡Quieto, *Fernando*, quieto, he dicho!

Y entonces un instante de silencio. Aunque los aullidos de los perros proseguían, de pronto nadie les prestaba atención; incluso la erupción de un volcán hubiese parecido silenciosa dado el esfuerzo por escuchar las palabras tartamudeadas del juez.

—Eh... ese nombre... Ya se llamaba así antes de que...

Los dos perros con las cuerdas alrededor del cuello salieron disparados del edificio. Un soldado los persiguió, trató de agarrar una de las cuerdas, no lo logró y rodó por las escaleras. Los perros pasaron corriendo junto a los espectadores y salieron a la plaza.

Una de las ventanas de la sala de audiencias estalló y astillas de cristal, trozos del marco de la ventana y de las emplomaduras quedaron colgando en el aire y entre ellos una gran sombra negra. Después todo cayó sobre los espectadores; *Fernando*, el perro de caza del juez, aterrizó sobre las cuatro patas y se lanzó tras los otros perros. Alcanzó al primero y lo derribó con las fauces muy abiertas. El perro más pequeño rodó hacia un lado, aullando.

Y un momento después ambos aullaban, felices y extasiados; los cuartos traseros de *Fernando* embestían con violencia, la saliva goteaba de sus fauces, sus embates empujaron a su compañera por encima del empedrado, pero la perra solo levantó la cabeza y aulló de placer.

La segunda perra se detuvo y regresó junto a la pareja que copulaba, aullando y alzando el trasero...

En la sala de audiencias la última alabarda que aún quedaba en pie cayó al suelo y alguien soltó un grito de dolor.

Los perros se apareaban como locos.

—Échale un vistazo a esa buscona —dijo el dueño de la segunda perra en tono admirativo.

—Los cachorros también pertenecen a Khlesl & Langenfels —dijo el dueño de la primera perra y soltó un salivazo.

Adam Augustyn y Wenzel von Langenfels remontaron la escalera y pasaron ante el desorbitado guardia tendido en el estrado.

—Es primavera —dijo Wenzel—. Es normal que los perros estén en celo.

—Dejadnos pasar —exigió Adam Augustyn—. Los juicios son públicos.

En caso de que existiera una suerte de arquetipo del caos, este se encontraba en la sala de audiencias. Solo lograron poner cierto orden en medio de la destrucción a mediodía. Ya nadie hablaba de que los espectadores —que se abrían paso como si allí escanciaran vino gratis— no podían pasar. Nadie mencionó que un perro reemplazaba simbólicamente al público. Entre tanto, el símbolo del público había huido junto con sus dos amiguitas. Los espectadores más fantasiosos que lo habían presenciado todo desde el principio se imaginaron que aún podían oír los aullidos de placer que, en breves intervalos, todavía resonaban en otros lugares de Praga.

Dado que se aguardaba la sentencia del juez para ese mismo día, habían trasladado tanto a Andrej como a Agnes a la sala (durante la noche, Agnes disfrutó de la hospitalidad de la cárcel, sin duda por iniciativa de Sebastian). Habían permanecido en el interior del edificio bajo vigilancia mientras en la primera planta se apresuraban a restaurar la dignidad del tribunal. Wenzel no se acercó a ella; él y Adam Augustyn estaban de pie en la segunda fila de la sala, aguardando a que diera comienzo el proceso. El corazón de Wenzel palpitaba aceleradamente; llevar a cabo la travesura con los perros le había causado cierta alegría, pero entonces, cuando lo único que podía hacer era esperar y confiar que la suerte les siguiera siendo propicia, la diversión dio paso a una inquietud cada vez mayor.

Los guardias apiñaron a los espectadores en la parte posterior de la sala de audiencias. Entraron los jurados, seguidos del juez, el secretario y su escribiente. El murmullo de la sala se apagó. Los siguientes eran Vilém Vlach y Sebastian; tras ellos venía el procurador real. El escribiente sostenía un nuevo tintero, el procurador llevaba otras ropas y un chichón en la frente. El rostro de Vilém Vlach era tan inexpresivo como siempre, mientras que Sebastian estaba pálido de excitación. Finalmente, los soldados de Von Sternberg condujeron a los acusados a la sala.

En general, los acusados eran recibidos mediante un aria consistente en silbidos, maullidos y siseos que un juez inteligente —que quería que la tranquilidad reinara en la sala durante el juicio— dejaba que se apagara por sí sola. Sin embargo, el silencio que recibió a Andrej y Agnes era más profundo que el de una iglesia. Agnes miró en torno, se topó con la mirada de Wenzel, vio al jefe de los contables, titubeó y luego saludó a ambos con la cabeza. Wenzel creyó que la noche pasada en la cárcel la habría envejecido, pero Agnes parecía más joven que nunca y supuso que la ira que debía de sentir le proporcionaba nuevas energías, al contrario que a su padre, que estaba hecho un Bartolomé y parecía exhausto. Wenzel apretó los labios, Andrej le dedicó una sonrisa torcida y entonces el muchacho oyó el suspiro del jefe de los contables y de pronto se preguntó cómo había podido decirle a su padre que dudaba de su sinceridad; el rubor le cubrió el rostro y el temor acerca de cómo acabaría el juicio se adueñó de él. Si el tribunal condenaba a los acusados por alta traición los aguardaba una ejecución brutal. Wenzel se echó a temblar y ni siquiera pudo devolverle la mirada a Augustyn.

—Por el juramento prestado por vos ante Su Majestad Románica Imperial y ante nuestro dignísimo rey Fernando... —empezó a decir el juez.

Tras la mención del nombre de Fernando un miembro del público imitó el aullido de un perro. El juez se interrumpió y, durante unos momentos, contempló a la multitud en silencio.

—... pregunto si este tribunal ha sido correctamente convocado.

—Lo ha sido —dijo uno de los jurados.

El juez volvió a contemplar a la multitud.

—¿O tal vez alguien opina que este tribunal no está en situación de administrar justicia? —preguntó en tono amenazador. De pronto cerró el puño y aporreó la mesa, la espada del juez pegó un brinco y el escribiente aferró el tintero. Los jurados intercambiaron miradas sorprendidas—. ¿ALGUIEN ES DE ESA OPINIÓN? —bramó el juez.

—No —contestaron los espectadores, como si se hubieran puesto de acuerdo.

El juez soltó el aliento lentamente.

—Bien —dijo y se estremeció—. ¿Cuál es la próxima cuestión? —le preguntó al secretario como si nada hubiese sucedido.

—La parte acusadora ha solicitado presentar más material acusatorio.

—Tuvo tiempo de hacerlo en la vista preliminar.

—La solicitud fue presentada ayer. Desde un punto de vista puramente legal...

—De acuerdo —dijo el juez—. Que digan lo que les preocupa.

—Además hay una solicitud de la parte acusada de presentar material exculpatório.

—¡Al diablo! —rugió el juez—. Para eso también hubo tiempo durante la vista preliminar...

—La solicitud también fue entregada por los intercesores de la parte acusada.

Wenzel notó que Sebastian estiraba el cuello con expresión sorprendida.

—Ruego a los intercesores de la parte acusada que se den a conocer —dijo el juez, procurando no perder la paciencia.

Adam Augustyn y Wenzel dieron un paso adelante. El contable todavía aferraba el libro. La cólera crispó el rostro de Sebastian.

—¡Eso es ilícito, Excelencia! —gritó.

—¿Qué os parece si dejáis la decisión en mis manos? —preguntó el juez.

Incluso Sebastian optó por dar la callada por respuesta. El juez indicó el libro bajo el brazo de Augustyn.

—¿Son esas las pruebas exculpatorias?

—Sí, Excelencia.

Wenzel se esforzó por permanecer impassible. ¿Qué dirían si el juez exigía ver el libro? Augustyn había corrido un riesgo considerable; ambos habían acordado no remitirse al libro completamente inútil, pero el juez se limitó a señalar los lugares que ambos habían ocupado.

—Después de la parte acusadora os tocará a vosotros —dijo, y dirigió la mirada al procurador real—. ¿Señoría?

—Gracias, Excelencia. Ruego que mis consejeros hablen por mí.

—Si hubiese querido ver el libro —susurró Wenzel al oído a Augustyn—, habríamos estado jodidos. Fue un riesgo innecesario.

—Soy contable, señor Von Langenfels —murmuró Augustyn—. Los contables no corren riesgos innecesarios.

Ante la indicación del procurador real, Sebastian Wilfing se había situado enfrente del juez.

—Tenéis la palabra —dijo este.

Sebastian se puso firme; estaba sudando.

—Intencionadamente —berreó con su voz de cerdo—, los acusados y el supuesto intercesor destruyeron todas las pruebas que quisimos presentar para demostrar la traición a la corona. Dicen que no se ha de tomar el nombre de Dios en vano ni prestar juramento por Él. Bien, la astucia de los acusados hoy nos obliga a tomar distancia de ese mandamiento. En esta sala, Excelencia,

hay dos hombres que cargan con ese peso, dos hombres soportan ese peso sobre sus hombros para que triunfe el derecho —añadió, tomó aire y sacó pecho.

—No he comprendido ni una palabra, salvo que vuestras pruebas se han disuelto en el aire —masculló el juez en tono malhumorado.

—¡No en el aire, Excelencia, sino en las meadas de un niño! —soltó Sebastian.

Las personas presentes en la sala empezaron a soltar risitas.

—Vaya —dijo el juez.

Sebastian apretó los puños.

—Hemos visto las entradas con nuestros propios ojos, las entradas que describen el engaño y con ello la traición a nuestro dignísimo rey Fernando —dijo Sebastian—. Estamos dispuestos a cumplir con nuestro deber.

—Estás loco, Sebastian —dijo Agnes con voz serena.

Sebastian la fulminó con la mirada y la del juez osciló entre él y Agnes.

—Si la acusada interrumpe de nuevo haré que vuelvan a encerrarla en la torre —declaró—. Y si el abogado de la acusación no dice de inmediato adónde quiere ir a parar, le retiraré la palabra.

—Podemos jurar sobre la Biblia que hemos visto el engaño —manifestó Sebastian, agotado.

Por lo visto, incluso él mismo había intentado que el juez decidiera si él y Vilém Vlach cometerían perjurio y su miedo ante su propio coraje lo volvió aún más despreciable para Wenzel.

—Jurar —dijo el juez—. Sobre la Biblia.

—Sí —dijo Sebastian.

Agnes meneó la cabeza.

El juez dirigió una señal al secretario.

—Traed una Biblia para que podamos poner fin a este asunto.

Augustyn alzó el libro tamaño folio que había puesto a buen recaudo.

—Os ruego que me concedáis un instante, Excelencia —dijo en voz alta.

Preso del espanto, Wenzel intentó detenerlo, pero entonces oyó otra voz que, casi al unísono con el contable, dijo:

—Basta, esta farsa ya ha durado demasiado.

—¡Mi sala no es una farsa! —exclamó el juez, y echó un vistazo a la multitud de espectadores para descubrir quién había interrumpido.

Se quedó boquiabierto cuando Vilém Vlach dio un paso al frente y este contempló a Sebastian como si lo viese por primera vez.

—Os hubierais merecido que os arrancaran la lengua —dijo Vlach—. Pero no quiero tener eso sobre mi conciencia. Este hombre, Excelencia, quiso inducirme a cometer perjurio y hace un momento estaba dispuesto a cometerlo él mismo. La acusación solo se debe a su codicia y a su odio por los acusados. Vuestro juicio es una farsa, Excelencia, pero vos no tenéis la culpa —añadió, y se volvió hacia Ladislaus von Sternberg, cuyo rostro se oscurecía cada vez más—. Y vos tampoco la tenéis, Señoría. El único responsable es Sebastian Wilfing.

—Pero eso es... —exclamó Sebastian, jadeando. Se había puesto muy pálido.

—Estoy dispuesto a responder a todas vuestras preguntas, Excelencia —dijo Vlach—. Soy Vilém Vlach, socio de la empresa Khlesl & Langenfels, enviado del prefecto Albrecht von Sedlnitzky y he acudido a Praga por encargo del canciller imperial Zdeněk von Lobkowitz para impedir una gran injusticia.

Se inclinó en dirección a Andrej y Agnes. Wenzel tuvo la sensación de que solo lograba mantenerse en pie porque la gente en torno a él se apretujaba y procuraba avanzar y ni una aguja hubiera cabido entre ellos.

—Perdonadme por no haberos dicho quién era, pero no pude hacer otra cosa.

—El canciller imperial se puso en contacto conmigo a través del prefecto, pero ese no fue el único motivo por el cual decidí ayudaros —dijo Vilém Vlach—. Había dos más.

La conversación tenía lugar de camino desde el Ayuntamiento de la Ciudad Nueva a la empresa Khlesl & Langenfels, después de que Vlach describiera detalladamente los tejemanejes de Sebastian en la medida que lo afectaban a él, incluidos los intentos de amedrentar al jefe de los contables de la empresa. El juez había declarado que el caso estaba resuelto y añadió un comentario final relacionado con el rey y sus procuradores, y con lo que podía generarse si esos pilares del orden público perseguían sus propios intereses en vez de la justicia. Las miradas que Ladislaus von Sternberg dirigió a Sebastian no pronosticaban nada bueno para el instigador de ese asunto. Al menos el procurador real poseía la suficiente dignidad como para abstenerse de señalar que Sebastian le había tendido una trampa.

Hubo otro incidente más, después de que el juez proclamara que todos los costes del procedimiento, incluso la reparación de la sala de audiencias, irían a cargo de Sebastian, y tras ello añadió lo siguiente:

—El perjurio es un pecado y un delito. Alabad a Dios por que os detuvieron antes de que pudierais cometerlos. Por desgracia, no puedo condenaros por no haber cometido un delito. En cuanto a los demás acontecimientos, la amenaza de la familia Augustyn, la implicación de los guardias de Su Señoría en esta historia y los tejemanejes en la empresa Khlesl & Langenfels, veremos si próximamente este tribunal habrá de ocuparse de las acusaciones contra vos por parte de aquella.

El tono de su voz dejaba muy claro que el primero que algún día volviera a enfrentarlo con los nombres Sebastian Wilfing o Khlesl & Langenfels tendría motivos para arrepentirse.

Sebastian no se había dado cuenta de que había tenido más suerte que entendimiento. Se había abalanzado sobre la mesa del juez y extraído un

documento.

—Este asunto aún no ha terminado —chilló—. ¡Tomad! Según este documento tengo derecho a reivindicar la parte hereditaria del difunto Cyprian Khlesl contra una deducción de impuestos del cuarenta por ciento a favor de la corona bohemia.

—Vaya —dijo el juez—. ¿Y ya poseáis este documento antes de la decisión del tribunal con respeto a este asunto?

El público se echó a reír. Sebastian se había vuelto, repentinamente inseguro. El juez le quitó el documento de la mano.

—En primer lugar —señaló el juez—, semejante decreto no puede ser redactado por el canciller imperial. No tiene jurisdicción sobre un ciudadano de Praga o sobre una empresa establecida en esta ciudad. La competencia hubiese residido en este tribunal. En segundo lugar, el canciller imperial Lobkowitz lo sabe perfectamente, por lo tanto jamás habría redactado ni firmado semejante documento. Y en tercer lugar, ello nos lleva a constatar que se trata de una falsificación. En cuarto lugar, supone un motivo para sospechar que vos realizasteis esta falsificación, por lo cual en quinto lugar os haré detener en el acto. Y en sexto lugar, iniciaré el proceso judicial en cuanto haya recuperado a mi perro.

El público prorrumpió en carcajadas; el juez había hablado con el rostro inexpresivo.

—Me agrada cuando un caso puede ser resuelto mediante media docena de puntos —añadió, y cosechó sonoros aplausos.

—Uno de los dos motivos —siguió diciendo Vilém Vlach— es que tras el requerimiento del canciller imperial en realidad hay otra persona.

—El cardenal Melchior —dijo Agnes, sin reflexionar. Vlach sonrió.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé. Pero es capaz de enviar cartas de contrabando desde su encierro en Innsbruck, así que debe de encontrarse bastante bien.

—Creí que al final no había recibido mis mensajes —dijo Wenzel—. Confié que lograría hallar la manera de mantenerse en contacto con el exterior, pero al no recibir respuesta abandoné las esperanzas.

—¿Le escribiste al cardenal Melchior? —preguntó Agnes, sorprendida. Wenzel se encogió de hombros.

—Él tenía que saber lo que estaba ocurriendo aquí.

—Con todos mis respetos, Wenzel —dijo Vlach—, ni siquiera para un hombre tan astuto como el cardenal resulta fácil enviar mensajes secretos

desde la cárcel. ¿De qué le habría servido enviarte una carta dificultosamente contrabandeada? Se dirigió a las personas que le debían un favor y mediante cuya ayuda podía mover unos hilos.

—Como por ejemplo, al canciller imperial.

—Correcto. Zdeněk von Lobkowitz no se opuso a la detención del cardenal porque sin el apoyo del emperador no tiene ningún poder sobre el rey Fernando y el archiduque de Austria, y el emperador era demasiado débil para detener a ambos Habsburgo, pero el canciller imperial está del lado del cardenal.

—¿Qué favores le deben? —quiso saber Agnes.

Vlach suspiró.

—Vuestra pregunta me lleva al segundo motivo de mi presencia aquí.

Habían alcanzado la esquina tras la cual se encontraba la casa de ella. Vlach se detuvo; cuando todo el grupo lo imitó, Vlach se plantó ante Andrej, se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia.

—Os ruego que me perdonéis por haberme tomado vuestra negativa como una afrenta. Os pido perdón por las duras misivas que os escribí. Os pido perdón por obstaculizar vuestros negocios con Moravia. Os pido perdón de todo corazón.

Andrej lo miró fijamente.

—Poneos el sombrero, Vilém —dijo por fin—. No hay nada que perdonar. Ambos hicimos lo que creíamos correcto.

—No —replicó Vlach—, solo vos lo hicisteis. Lo que hice yo lo hice en primer lugar por vanidad y después, cuando rechazasteis mi pedido, porque me sentí herido en mi orgullo. Sabía que no era lo correcto.

—Venga ya, Vilém, eso es agua pasada.

—Os pido perdón —insistió Vlach en tono obstinado.

Andrej suspiró, le rozó el hombro, insistió en que se enderezara y cogió la mano del comerciante de Brno.

—Lamento que en el pasado antepusiera mi concepto de lo que era justo a vuestros problemas —dijo—. Si ambos hubiéramos hablado de ello tranquilamente a lo mejor habríamos hallado una solución.

Vilém Vlach parpadeó, sorprendido. Wenzel tenía un repentino nudo en la garganta; sabía que su padre era capaz de grandes gestos, pero ser testigo de su generosidad lo conmovió una vez más. Al pensar en todo lo que le había echado en cara sintió una profunda vergüenza y deseó que se lo tragara la tierra. Se alegró de que nadie le prestara atención.

Ambos hombres se estrecharon la mano y a continuación ninguno de los dos supo qué decir.

—Aún no se ha acabado —señaló Agnes—. Este proceso ha despertado el interés por nuestra familia y nuestra empresa... y en todo caso, el resultado debe de haber enfadado al rey Fernando. El peligro de que arruine la empresa exigiendo la parte de Cyprian para sí es más grande que nunca.

—Seguiré vuestro plan —dijo Wenzel—. Podéis contar conmigo.

Agnes y Andrej negaron con la cabeza. Los hermanos intercambiaron una mirada.

—Nosotros también tuvimos tiempo de reflexionar al respecto —dijo Andrej—. Nunca debería haberte confrontado con ello. Cometí un error.

—Pensamos en todo, menos en ti —dijo Agnes.

—No importa. Y es la única posibilidad. ¿Para qué tiene uno una familia? —dijo Wenzel, esbozando una sonrisa.

—Pues ese es precisamente el punto. La familia está para que interceda por uno y lo proteja. Nosotros lo hicimos exactamente al revés.

—Pero...

—La familia ha de ser lo bastante fuerte para cargar con el riesgo.

Wenzel se encogió de hombros. Quiso decir que no le hubiera importado nada poner en práctica el plan de Andrej, pero hubiese sido una mentira y en ese asunto en el que se habían dicho tantas mentiras resultaba bonito decir la verdad, aunque solo fuera una vez. Agnes se acercó a él, lo abrazó en silencio y tras un breve titubeo, Andrej se unió al abrazo. Su tía, su padre... fueran los que fuesen los aspectos secundarios, como el nacimiento o el origen, lo único importante era que eran una familia y él formaba parte de ella y siempre había sido así. Les devolvió el abrazo a ambos.

—¿Dónde está Alexandra? —preguntó después de un momento.

Agnes se secó las lágrimas.

—Acompañó a Leona a Brno. En realidad, Sebastian la echó de casa. Sería un error no decirte que se marchó en compañía del hombre que ama.

Wenzel procuró reprimir el dolor que entretanto ya le resultaba conocido.

—La seguiré —dijo.

Agnes sonrió.

—Puede que emprendas una batalla inútil.

—Nunca me perdonaría no haberlo intentado.

—¿Qué te hemos hecho? —susurró Agnes, bajando la cabeza.

—¿Quién puede afirmar que habría logrado conseguir el amor de Alexandra si mis orígenes hubieran sido claros desde el principio?

—Decir eso es muy generoso de tu parte.

—Tampoco me resultó fácil.

—Os convido —dijo Agnes—. Hoy es el momento idóneo para abrir un tonel del vino más caro. No estamos a salvo ni de lejos, pero hemos recorrido un buen trecho del camino y merece la pena. Señor Vlach, señor Augustyn, os ruego que seáis mis huéspedes —añadió, sonriéndole al contable—. Enviaré a alguien en busca de vuestra familia, para que vuestra esposa e hijos puedan participar de la fiesta.

Augustyn hizo una reverencia.

—¿Qué es eso con lo que cargáis?

—Es el libro de contabilidad que debía demostrar que la empresa estafó a la corona, si en realidad hubiera ocurrido... el libro que buscaba Sebastian Wilfing.

—Por desgracia, la actividad digestiva del miembro más joven de la familia Augustyn se encargó de estropearlo —dijo Wenzel.

—¿Qué? Claro que no —declaró Augustyn abriendo el libro—. Mirad: todo está en orden. ¿Adónde iríamos a parar si un libro de contabilidad se estropeará?

—Pero si yo mismo vi...

—Ese era un libro de la antigua empresa Wiegant & Wilfing. Algunos viejos libros sobrevivieron al incendio y están tirados en la bodega de esta casa —dijo, ruborizándose ligeramente—. Cuando los encontré, no fui capaz de destruirlos.

—Y yo creí que se trataba de un descarado simulacro cuando le indicasteis el libro al juez.

—Soy contable, señor Von Langenfels, no un jugador de póquer.

—¿Dónde lo escondisteis? ¡La cuna de vuestra hija era el mejor escondrijo posible!

—Por eso oculté el viejo libro allí. En caso de que un día alguien me obligara a revelar dónde estaba, solo por eso estaría convencido de su autenticidad. Bien —dijo Augustyn y carraspeó—, también hay otras camas en una casa, ¿verdad? Mi mujer estaba encantada cuando esta mañana quité el libro de debajo del colchón de nuestra cama.

Agnes le apoyó una mano en el hombro.

—A veces uno descubre demasiado tarde dónde se encuentran los auténticos amigos. ¿Alguna vez habéis reflexionado acerca de una sociedad?

Adam Augustyn la miró directamente a la cara.

—No —dijo—, pero estaría absolutamente dispuesto a hacerlo.

Después le dirigió una sonrisa de complicidad.

Ante la casa había soldados apostados que les cerraron el paso. Agnes vaciló, luego ella y Andrej se plantaron ante el jefe. Adam Augustyn dudó un momento y después se unió a ellos.

—El juicio ha acabado —dijo Agnes—. Todas las acusaciones resultaron infundadas. Por favor, enviad a uno de vuestros hombres a la sala de audiencias, entonces el secretario del juzgado confirmará lo que os he dicho.

El jefe de los soldados la contempló con rostro inexpresivo. Él y sus hombres llevaban ropas distintas, pero estaban bien armados. Todos llevaban un chal del mismo color en torno a las caderas y Agnes se espantó al ver los colores amarillo y negro: los colores imperiales de la casa Habsburgo.

—Por encargo del rey Fernando de Bohemia y con el permiso explícito de Su Majestad el emperador —dijo el soldado con voz áspera—, los bienes y la casa del cardenal Melchior Khlesl, culpable de alta traición, fueron confiscados. Hasta que no se aclaren las acusaciones contra el cardenal, los bienes de su familia también quedan confiscados. Os ruego que os marchéis de aquí.

—Una parte de la empresa se llama Langenfels —se oyó decir Agnes a sí misma.

—Por favor marchaos de aquí.

—El emperador debería avergonzarse —murmuró Agnes.

El soldado cogió su arma con más fuerza. Agnes notó que la cogían del brazo y la arrastraban. Su triunfo sobre Sebastian solo había sido el preámbulo de una absoluta derrota. Notó que su cuerpo palpitaba, como si su corazón bombeara odio con cada latido. Comprendió que si en ese momento Sebastian estuviese frente a ella y ella poseyera un arma, lo habría matado sin dudar ni un instante. Se echó a temblar; sabía muy bien lo que significaba el palpar: era el ritmo de los latidos del corazón del Mal.

Cuando dejaron el bosque atrás y Alexandra vio Pernstein en toda su grandeza, la joven se estremeció. La luz del atardecer debería haber pintado los viejos muros de dorado, pero las almenas y los saledizos proyectaban sombras azuladas semejantes a muecas y, a esa luz, los ladrillos visibles bajo el ruinoso revoque parecían heridas abiertas. Los rayos del sol del atardecer iluminaban la solitaria torre del homenaje, pero a sus pies las sombras eran negras, como si allí se hubiese acumulado una podredumbre que lentamente iba subiendo. Alexandra había esperado algo similar al castillo de Praga, una suerte de ciudad en sí misma cuya función como baluarte solo era reconocible en unos cuantos detalles arquitectónicos y en la que bullía la vida cotidiana como si se celebrara una fiesta popular. Sin embargo, a primera vista Pernstein podría haber sido una ruina desierta. Había guardias apostados en la puerta exterior, pero no se advertía ni rastro del acostumbrado ajeteo de siervos dedicados a mantener semejante propiedad. Alexandra recordó las aldeas que recorrieron —que se habían vuelto cada vez más silenciosas cuanto más se aproximaban a Pernstein— y las miradas que percibió, que los siguieron a ella y a Heinrich desde escondrijos y puertas entreabiertas.

Miró en torno. La torre del homenaje se elevaba ante ella como un monumento de hielo dorado; creyó ver un rostro en uno de los huecos de las ventanas más altas, pero estaba demasiado cerca para comprobarlo. A una altura vertiginosa un puente comunicaba el edificio principal con la torre del homenaje y Alexandra se estremeció ante la idea de tener que atravesarlo.

—¿Henyk? —dijo.

Quería preguntarle dónde estaba el comité de recibimiento y por qué nadie les daba la bienvenida, pero luego volvió a cerrar la boca. Contempló la cara de él: su expresión era sombría y meditabunda. Nunca lo había visto así y la idea de que había cometido un tremendo error al acudir allí se adueñó de ella y también que quizás hubiese podido hacer frente a todos los problemas que la habían aguardado en su casa de Praga porque los hubiera enfrentado junto

con su familia. Allí estaba sola. Amaba a Heinrich de todo corazón, pero de repente dudó de que realmente lo conociera. Durante el viaje hasta Pernstein parecía haberse convertido en otra persona. No, debía enfrentarse a la verdad: se encontraba allí en presencia del hombre que poseía su corazón y nunca se había sentido tan sola como en ese momento.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Él la contempló y luego desvió la mirada y la deslizó por encima del flanco de la torre del homenaje y ella notó que siempre regresaba a la ventana en la que ella creyó ver un rostro. Entonces su expresión se volvió tensa, ella siguió su mirada y el frío que ya había percibido desde lejos se clavó en su cuerpo como una lanza. De pronto apareció una figura en el puente que comunicaba el edificio principal con la torre. Aunque no soplaba ni una brisa, los largos cabellos y el vestido de la figura ondeaban en torno al cuerpo como si fueran serpientes. Era una mujer y estaba vestida de blanco de los pies a la cabeza. La distancia era demasiado grande como para distinguir su cara y bajo la luz del ocaso el blanco vestido la hacía resplandecer como un diamante. De pronto Alexandra supo a qué se refería la Biblia cuando afirmaba que Lucifer había sido el más bello de todos los ángeles. El blanco también podía ser el color del diablo.

Solo recuperó la voz una vez que circundaron la torre del homenaje y ya no podían ver a la mujer de blanco.

—¿Quién es? —susurró.

Heinrich inspiró.

—Es Polyxena von Lobkowitz, la mujer del canciller real. Nuestra anfitriona.

La joven tuvo la sensación de que él había estado a punto de decir otro nombre; ignoraba cuán desvalida era la expresión de su propio rostro. Era como si hubiera tendido la mano y aferrado la suya con dedos fríos y rogado: «¡Cógeme la mano!». Los rasgos de Heinrich perdieron la rigidez que habían adoptado durante el viaje y, aunque conservaban un resto de tensión, una sonrisa la desplazó... como también desplazó gran parte de los reparos de Alexandra, quien de pronto le tendió la mano. Él la cogió y la presionó.

—¡No temas! —dijo—. Hemos llegado a la meta.

Ella le devolvió la sonrisa. Una vez intentado, sonreír no suponía un esfuerzo tan grande.

Después resultó que, efectivamente, había un comité de recibimiento. La entrada al edificio principal se encontraba detrás de la puerta interior del

castillo y allí media docena de hombres y mujeres hicieron una reverencia. Sostenían dos cuencos de agua limpia en los que uno podía lavarse las manos, una jarra de vino, dos copas y una pequeña hogaza de pan de la que Heinrich arrancó dos trozos y le ofreció uno a ella. Alexandra lo introdujo en la boca y masticó. No tenía apetito. Vio cómo él arrancaba un trocito de pan con sus dientes blancos, pero eso fue lo único que comió. Cuando ella por fin logró tragar el bocado este reposó en su estómago como un trozo de plomo.

Una de las criadas condujo a Alexandra a una habitación amueblada con diversos arcones, unas alfombras y una cama grande. Era como si el tiempo hubiese afectado a los muebles al igual que al propio castillo. Había cuadros colgados de las paredes, en las tapas planas de los arcones reposaban esculturas y objetos decorativos; ella no sabía si eran valiosos, pero en esa habitación y su atmósfera de la época del gran emperador parecían fuera de lugar. Si uno se dejaba afectar por la atmósfera, uno mismo se sentía fuera de lugar. No era nada obvio, más bien se debía a la forma en la que estaban colgados los cuadros (todos los retratos estaban dirigidos hacia la puerta, como si tuvieran que vigilarla), el modo en el cual los cortinados de la cama la envolvían como a un catafalco y la manera en la que los arcones estaban dispuestos formando una suerte de muralla: atravesar los espacios entre los arcones para alcanzar el centro de la habitación suponía un esfuerzo para el recién llegado. Alexandra apoyó el pie contra uno de los baúles y lo desplazó un par de palmos. Los colores que aparecieron por debajo eran más brillantes que en el resto de la alfombra y sospechó que ocurriría lo mismo con los demás arcones. Quienquiera que los había dispuesto de esa manera, allí permanecieron, un testigo mudo de que el anterior ocupante de la habitación había temido algo que procedía del exterior. No de fuera del castillo sino del exterior de la habitación. El enemigo de la persona que había ocupado la estancia se había encontrado en el castillo. Bajo una de las ventanas había un cuadro vuelto hacia la pared. La amedrentó. Dio un paso hacia él para volverlo del revés pero entonces se abrió la puerta y Alexandra se detuvo, sintiéndose culpable.

Un siervo entró y depositó el saco que albergaba el equipaje de Alexandra en el suelo. La criada lo abrió. Las prendas que ella pudo introducir en el saco antes de la apresurada partida estaban estropeadas. Sin embargo, la criada tendió los arrugados vestidos sobre uno de los arcones, luego hizo una reverencia y abandonó la habitación. Parecía una muchacha campesina a la que habían lavado y enfundado en ropas que no le sentaban nada bien. El siervo tenía el mismo aspecto. En general, en las casas señoriales que

Alexandra había visitado la servidumbre era más arrogante que los señores. En cambio, allí uno tenía la impresión de que alguien había pronunciado una maldición y, en vez de que las personas se convirtieran en ratones, una serie de ratones habían adoptado formas humanas y, temerosos, se deslizaban por los pasillos del castillo. La idea era tan angustiosa que Alexandra se alegró de que la criada se marchara. Hizo un intento desganado de ordenar los vestidos de un modo diferente, pero finalmente bajó los brazos y miró en derredor. Alguien había intentado que la habitación fuese acogedora... y había fracasado. Alexandra suspiró.

Entonces percibió un brillo y una débil sonrisa le atravesó el rostro; se acercó al arcón de donde provenía el brillo.

—¡Vaya! —dijo en voz baja.

Encima del arcón reposaba un juguete mecánico rodeado de otras preciosidades. Era un cofrecillo decorado provisto de los habituales engranajes complicados. Un caballero lanza en ristre y montado en su corcel estaba apoyado en la superficie. También había una llave puesta. Entonces recordó el artefacto que había encontrado Wenzel hacía seis años, en un pasado inimaginablemente remoto, cuando ella aún había confiado en las palabras de quien le decía que todo iría bien. El recuerdo de su primo le causó una punzada sorprendentemente dolorosa y durante un instante le pareció recordar el sabor de su beso. Para olvidarlo, Alexandra cogió la llave y la hizo girar un par de veces.

El caballero cobró vida con una pequeña sacudida y, acompañado de un zumbido y un traqueteo, cabalgó en círculo por la tapa del cofrecillo. Tras recorrer la mitad del camino una figura se levantó ante él: un dragón. El caballero se deslizó hacia delante, pareció perforar el monstruo con la lanza y entonces el dragón volvió a desaparecer dentro de su escondrijo. El caballero era san Jorge que derrotaba al dragón. Alexandra no descubrió por qué alguien había creído necesario imitar ese sencillo acontecimiento mediante un juguete mecánico que seguramente costó una fortuna.

Pero de pronto el dragón volvió a surgir en cuanto el caballero pasó a su lado. Su enrollado cuerpo viperino se estiró chirriando, se abalanzó sobre la espalda del santo y ambos desaparecieron en las profundidades del juguete mecánico. Durante unos instantes el mecanismo siguió funcionando de manera invisible. El sonido permitía imaginar que los dientes del dragón destrozaban al caballero y su corcel. Por fin el zumbido se apagó y, tras un último estertor del resorte, el caballero volvió a aparecer en el punto del círculo donde había surgido. Alexandra clavó la vista en el objeto. El corazón

aún le palpitaba de prisa debido a la manera repentina en la cual la leyenda del santo se había invertido de un modo inesperado y convertido en una catástrofe.

—Esta habitación era la de una de mis hermanas —dijo una voz áspera junto a la puerta.

Alexandra se volvió. Al ver la figura blanca estuvo a punto de retroceder bruscamente y tomó aire, asustada. El rostro blanco bajo los rubios cabellos presentaba un aspecto grotesco, los labios parecían una impronta ensangrentada. Pero de pronto reparó en la simetría de los rasgos, clavó la mirada en los ojos verde esmeralda y lo grotesco dio paso a algo que aún resultaba extraño y no obstante más bello. En un instante, Alexandra se sintió vulgar, sucia y fea.

—Me pareció que sería adecuada.

—Es bonita —mintió Alexandra—. Soy Alexandra Khlesl.

La mujer de blanco asintió.

—Henyk, nuestro amigo común, me anunció tu llegada.

—Es un honor ser huésped de la esposa del canciller imperial.

La anfitriona de Alexandra parecía no haberla oído. Deslizó la mirada por la habitación y Alexandra se preguntó cómo debía reaccionar ante la confianza con que la trataba la dama. Le pareció una actitud impropia..., pero ¿quién era ella para decirle a la esposa del funcionario más importante del imperio lo que era impropio? Optó por hacer caso omiso del asunto.

—¿Vuestra hermana ya no vive aquí?

Alexandra aguardó la respuesta. Los ojos de su anfitriona se entornaron y de pronto fue como si Alexandra se hubiese vuelto insignificante.

—Hacía mucho tiempo que no pisaba esta habitación —dijo por fin.

Alexandra tenía la sensación de haber rozado una catástrofe y tragó saliva. La atmósfera reinante en la habitación se correspondía con la sensación de que albergaba un oscuro misterio del pasado.

—¿Señora Von Lobkowitz?

La mirada de los ojos verdes se dirigió a Alexandra.

—Nuestra estirpe está desparramada por los cuatro puntos cardinales.

—En realidad vos también vivís en Praga y no aquí —dijo Alexandra, maldiciéndose por haber empezado a hacer preguntas.

Deseaba intensamente que la dejara a solas. Prefería con mucho permanecer en esa habitación pese a la angustia que irradiaba que en presencia de esa estatua de alabastro de boca ensangrentada y mirada gélida.

—Sí —dijo su anfitriona con el rostro blanco inexpresivo—. Esta es mi otra vida.

—Os he visto un par de veces en las procesiones. De lejos. Con vuestro esposo, el canciller imperial. Vos no me visteis, desde luego. Quiero decir...

Alexandra comprobó que había empezado a cotorrear. Carraspeó y bajó la vista; se sentía como una niña.

—¿Esos son tus vestidos?

—Sí.

Notó que la otra la miraba de soslayo y procuró convencerse a sí misma de que no se estaba preguntando lo que Heinrich vería en ella. El rubor le cubrió las mejillas.

—Partimos apresuradamente.

—¿Acaso Henyk cabalgó demasiado rápido? A veces es tan impaciente...

Alexandra intentó creer que se trataba de un comentario pícaro: dos mujeres que hablaban de un hombre y compartían ciertos guiños. Pero acababa de conocer a esa mujer hacía un momento y que hablara de su amado de manera tan confianzuda volvió a causarle la sensación de que se había pasado con ella. No supo qué responder.

Su anfitriona cogió los arrugados vestidos y los dejó caer al suelo. Después abrió el arcón y le indicó a Alexandra que se acercara con una inclinación de la cabeza. El arcón estaba lleno de vestidos y Alexandra vio el resplandor del bordado de piedras preciosas y el brillo irisado de caras sedas.

—Coge uno.

Un vestido se desplegó en las manos de Alexandra con el suave susurro de las escamas de un lagarto. Era como si sostuviera una serpiente, una víbora de belleza impresionante pero mortífera. Trató de tomar aire y el olor de la tela demasiado tiempo guardada en un arcón penetró en su nariz. El vestido era de un blanco resplandeciente, los únicos colores aparecían en ciertos cortes a través de los cuales se veía el forro. El forro y las gemas eran rojos. Parecían heridas abiertas y gotas de sangre en el atuendo de un ángel. Las manos blancas de su anfitriona cogieron el vestido.

—No. Ese no es el indicado. Coge este.

El arcón contenía media docena de vestidos, todos prolijamente guardados, uno más caro que el otro. Su belleza era tan grande como la aversión experimentada por Alexandra al sacar cada uno del arcón. Eran blancos y en todos ellos el único color era el rojo, que aparecía en aplicaciones, piedras preciosas cosidas a la tela o partes visibles del forro. Casi todos eran de preciosa seda, pero tan fría al tacto como la piel de un

dragón. No cabía duda de que todos pertenecían a Polyxena von Lobkowitz. Alexandra supuso que debería sentirse halagada, pero la manera en que le ofrecían los vestidos parecía degradarla y convertirla en alguien de segunda categoría, alguien para quien unos atuendos desechados eran perfectamente adecuados.

—Ese es. Póntelo.

Alexandra quiso resistirse, pero se tragó las palabras y miró en derredor, vacilando. No había ningún biombo tras el cual ocultarse y dirigió la mirada al rostro blanco de ojos verdes en busca de ayuda. Polyxena von Lobkowitz sonrió, luego se volvió y abandonó la habitación. Alexandra permaneció inmóvil, temblando mientras sostenía el vestido entre las manos. La expresión de los ojos, la sonrisa y el titubeo de su anfitriona antes de retirarse fueron como si le hubiera enviado la siguiente reflexión: «Creí que te agradaría desvestirte ante mí». Lo más aterrador era que, durante el par de instantes en los que la mirada de los ojos verdes esmeralda la atraparon, casi había sido verdad.

«Huye», dijo una voz en su interior.

Alexandra pensó en Heinrich.

—Eres una niña pequeña y estúpida, Alexandra Khlesl —susurró, pero su tono no era convincente.

El vestido era demasiado ancho a la altura del busto y demasiado estrecho en torno a las caderas. Alexandra era más esbelta que una princesa, sin embargo, los pliegues del vestido no resultaban favorecedores y se sintió aún más humillada que antes. El olor polvoriento la envolvía y parecía pegarse a su piel. Intentó cerrar la hilera de ganchitos y corchetes que recorrían la parte posterior del vestido, pero apenas podía alcanzarlos. Entonces de pronto notó un aliento cálido y afectuoso en la nuca, un dedo le recorrió la columna vertebral y la voz casi inaudible de Heinrich murmuró:

—Yo te ayudaré.

Ella se apoyó contra él, al borde de las lágrimas por el alivio que le causaba su presencia, y él la empujó hacia delante con suavidad para cerrar los corchetes. Percibió el roce de sus labios en la nuca y suspiró.

—¡Vaya! —dijo una voz desde la puerta, que la sorpresa y la cólera volvían áspera. El corazón de Alexandra dio un vuelco.

La cena transcurrió en medio de un silencio atronador. Heinrich estaba sentado frente a Alexandra, con la vista clavada en el plato; solo percibía que su mirada se posaba en ella cuando no dirigía la vista hacia él, pero él desviaba la suya en cuanto ella alzaba la cabeza. Su anfitriona picoteaba pequeños bocados en silencio. Observar cómo los dientes tras los labios rojos y brillantes los trituraban, dientes perfectos solo maculados por el color rojo del carmín, evocaron en Alexandra las fauces de un lobo de cuyo belfo goteaba la sangre de su presa. Tuvo que desviar la mirada, porque de lo contrario hubiera sido incapaz de probar bocado.

Aún no comprendía qué había sucedido. Había notado el aliento y los besos de Heinrich en la nuca y el estremecimiento acostumbrado le recorrió la espalda. Él la había tocado tal como ella deseaba que lo hiciera. Era su voz la que le susurraba al oído, pero no obstante...

No obstante, cuando se volvió, asustada, comprobó que, en realidad, quien estaba de pie en el umbral y la observaba con ojos desorbitados era Heinrich. Había percibido un resplandor blanco con el rabillo del ojo y notado una mano apoyada en su hombro que la obligó a volverse con suavidad pero de manera implacable.

—Todavía no he acabado —había dicho Polyxena von Lobkowitz.

Alexandra oyó los pasos enfurecidos de Heinrich alejándose. El recuerdo de los besos en la nuca era abrasador, no sabía qué decir ni adónde mirar. El olor a vestidos viejos casi la asfixiaba, le temblaban las rodillas y en el fondo ignoraba si ello se debía al miedo, la vergüenza o el deseo. La desagradable habitación y su atmósfera de fortaleza enfrentada al último y destructor asalto de un enemigo invisible giraban en torno a ella.

—Deja que te mire —había dicho la voz que hacía un momento parecía la de Heinrich. ¿O acaso solo se lo pareció porque lo había deseado?

Alexandra había echado un vistazo a un espejo medio empañado. Polyxena von Lobkowitz estaba a su lado: un ángel frío y resplandeciente

junto a una campesina disfrazada. El blanco del vestido hizo que el rostro de Alexandra pareciera enfermizo, las motitas rojas del vestido parecían manchas de suciedad. Tal vez la vivacidad chispeante de la joven podría haber competido con la belleza marmórea de la mujer a su lado si se hubiera puesto uno de sus vestidos de color azul acero o rojo oscuro, pero debido al que llevaba parecía un intento absolutamente fracasado de imitar la belleza de otra persona. Tenía un aspecto ridículo, y se vio fea y gorda. La mujer que permanecía a su lado estaba envuelta en un ligero hálito de lavanda. En cambio ella apestaba.

—Perfecto —había dicho su anfitriona, y volvió a sonreír.

El recorrido hasta la sala fue como el trayecto hasta el patíbulo. Y entonces se perdieron en esa sala del castillo capaz de albergar a doscientas personas, tres personas alrededor de una pequeña mesa que flotaba como una barquita en medio de un silencio ponzoñoso.

—¿No tenéis otros huéspedes? —preguntó Alexandra por fin. Si no hubiera interrumpido el silencio habría empezado a chillar.

—Aquí no es como en Praga, no hacemos mucha vida social.

—Vi un rostro en una de las ventanas de la torre del homenaje.

—Ha de ser un error —contestó su anfitriona en tono gélido.

—¡Oh! —exclamó Alexandra, y se preguntó por qué la mujer de blanco ni siquiera se tomaba la molestia de mentir de manera convincente.

—El viaje ha sido largo —gruñó Heinrich—. Creo que la señorita Khlesl está tan fatigada como yo.

¿Señorita Khlesl? Pero si Heinrich había dicho que su anfitriona estaba al corriente de su amor, ¿no era así? Trató de atraer la mirada de él. Tenía el rostro rojo. La sonrisa de Polyxena era como la de una esfinge, en sus ojos parecían danzar las llamas de las velas, pero el reflejo era verde y frío. Entonces la invadió un sentimiento sorprendente que, en medio de la confusión y desorientación que la afectaba desde que llegó a Pernstein, le pareció el más inadecuado: los celos. Era lo último que le faltaba para sentirse la mayor necia de todos los tiempos.

Más tarde estaba tendida en la cama que olía a humedad y moho, aún más que los vestidos que la habían obligado a aceptar. Solo llevaba una camisola y, pese a las mantas, se moría de frío. Contempló la llama de la vela. La vela era nueva y las horas marcadas en la cera parecían consolarla y comunicarle que, mediante su ayuda, lograría pasar la noche sin verse obligada a clavar la vista en la oscuridad, pero después de unos momentos la vela le pareció la mera apariencia de un juego malvado. Alexandra estaba segura de que no

habían transcurrido ni tres horas desde que la había encendido; sin embargo, ya se habían consumido tres marcas. Sentía temor y rabia... y soledad.

Deseó tan intensamente que alguien estuviera a su lado que fue como si se le encogiera el alma.

¿Alguien?

¡Heinrich!

Pensó en él y en la transformación que había sufrido tras su llegada. No sabía qué era peor: el temor de que pudiese acudir a su habitación o el espanto que la invadía al pensarlo.

¡Era el hombre que amaba!

Ya había querido entregarse a él más de una docena de veces.

Entonces, ¿a qué se debía ese temor que le infundía? Puesto que él no haría nada en contra de su voluntad. No le haría daño...

Cuando de repente fue consciente de que Heinrich se encontraba ante la puerta de su habitación un escalofrío le recorrió el cuerpo. No se preguntó cómo lo sabía. Lo sabía y punto. La llama de la vela titiló, como si riera. Alexandra clavó la vista en el pestillo que brillaba en la penumbra, apenas iluminado por la tenue llama. El pestillo se movió.

Alexandra parpadeó.

Creyó oírlo respirar ante la puerta y soltó un gemido.

Y ese gemido lastimero que parecía provenir de otra persona rompió el hechizo.

Ella amaba a Heinrich y él la amaba a ella. Si permanecía de pie ante la puerta solo se debía a su vacilación porque no quería importunarla, pero era imposible que él supiera cuánto ansiaba su presencia y mientras él estuviera cerca de ella nada malo podía ocurrirle.

Apartó la manta, cogió la vela, se deslizó hasta la puerta y la abrió.

El pasillo estaba desierto.

De vez en cuando Heinrich se preguntaba si ella nunca dormía. Estaba dispuesto a creer que era así.

En medio de la oscuridad, en la que ella parecía encontrarse tan a gusto como de día, estaba de pie en el puente que daba a la torre del homenaje. No se sorprendió al hallarla allí; ni siquiera había hecho el intento de buscarla en otra parte del castillo.

—¿Estaba cerrada con el pestillo? —preguntó ella sin mirarlo.

También había dejado de sorprenderse de que ella siempre supiera dónde había estado.

—Aún no ha llegado el momento.

—Me asombráis cada vez más: al parecer, vuestra determinación se ha visto mermada.

Ella se volvió de espaldas al abismo y se apoyó contra la barandilla. El viento le azotaba los cabellos en torno al rostro.

—¿Acaso vos no siempre fuisteis la que predicó la paciencia?

—También me asombra vuestro gusto, mi querido amigo.

Él aguzó los oídos. Era la primera vez en todos esos años que sus palabras indicaban delicadamente que ella también solo era un ser humano y se sintió invadido por una sensación triunfal que jamás había experimentado en presencia de Polyxena. Fingiendo indiferencia, prosiguió.

—La vestisteis como una mala copia de vos misma. Me resulta inimaginable que temierais que la belleza de Alexandra pudiese superar la vuestra.

—Yo no veo ninguna belleza.

—Y aún menos puedo imaginar que lo hicierais por mí, ¿verdad, querida mía?

Ella no respondió. Él se plantó ante la dama, cuyos cabellos le azotaron las mejillas; su rostro era una mancha blanca apenas visible, el aroma a lavanda lo envolvió. Se le ocurrió una idea absolutamente demencial: que si la

poseía allí en el puente ella no se resistiría. Por una vez, una única vez, él era el más fuerte. Estaba tan excitado que la fricción del pantalón contra su miembro erecto casi se encargó de que eyaculara. Sabía que tenía la cara ardiente y se alegró de la oscuridad.

—Soy incapaz de imaginarlo, sencillamente —dijo, y procuró sonreír.

Cuando tampoco obtuvo respuesta se acercó a ella impidiendo que pudiera esquivarlo, se inclinó hacia delante y la besó. Los labios de ella no se entreabrieron, pero Heinrich creyó sentir que el bajo vientre de la mujer se acercaba ligeramente al suyo y la besó con más intensidad. Cuando ella siguió apretando los labios, él presionó los suyos contra la boca de ella con tanta violencia que sus propios labios casi se aplastaron y le lamió los dientes apretados. Empujó las caderas hacia delante para que ella notara su erección, se percató de que la dama acercaba su cuerpo al suyo...

El dolor fue tan intenso que él retrocedió. Los dientes de ella no lo soltaron y los ojos de Heinrich lagrimearon. Quiso alzar la mano para golpearla, pero entonces ella separó los dientes. Se restregó la boca con la mano y tocó algo tibio y húmedo.

—Me habéis mordido —dijo, jadeando. Su labio inferior comenzó a palpar.

Ella se apartó los cabellos de la cara. Lo había mordido con tanta fuerza que la sangre de él se le derramaba por las comisuras de la boca. Él la miró fijamente al tiempo que ella asomaba la lengua y lamía la sangre. La ira de Heinrich se evaporó.

—Me dais pena —dijo ella.

—¿Es que no lo comprendéis? —balbuceó él. La sangre se derramaba por encima de su barbilla y el dolor en los labios era como el de una herida abierta, pero hizo caso omiso de todo ello—. He preparado un sacrificio. ¡Para vos! ¡Alexandra forma parte de él!

—¿Qué os hace pensar que lo deseo? Si quisiera la sangre de ella, yo misma le cortaría el gaznate. Si deseara su sometimiento, la poseería en este preciso instante y ella gritaría de placer y no malgastaría un solo pensamiento más en vos.

—No se trata de ella. Ella solo es el medio para lograr un fin. Yo soy el sacrificio.

Él vio que ella alzaba las cejas. Antes de que Polyxena pudiese preguntarle porqué creía que ella podría sentir interés por ello, Heinrich alzó la mano.

—Es la segunda vez que os burláis de mí cuando os hablo con la más absoluta seriedad —dijo Heinrich—. Es la segunda vez que me dais a entender que no me creéis. Os demostraré que os habéis equivocado. Y para ello necesito a Alexandra.

Ella indicó la torre del homenaje con la cabeza.

—Isolde era un regalo para vos. ¿Por qué no lo aceptasteis?

Él sonrió, pese a su labio inferior ensangrentado.

—Ese es un regalo para un siervo.

Ella lo contempló con aire pensativo. La excitación física se había evaporado, pero la tensión interior era tan brutal que casi se echó a temblar. Pasara lo que hubiera pasado en los últimos instantes, había estado más próximo a ella que nunca, más próximo incluso que durante aquella sangrienta tarde en Praga.

—¿Pretendéis decirme que habéis permanecido casto desde la última vez que estuvisteis aquí?

Heinrich sabía que podía correr el riesgo.

—No en mis pensamientos —dijo—. En mis pensamientos he fornicado hasta incendiar el mundo, junto con vos.

¿Ella entornaba los ojos o reprimía una sonrisa? Notó que su miembro volvía a endurecerse pese al dolor en el labio.

—¿Qué os proponéis? —preguntó ella.

—Primero he de resolver algo que no pude solucionar durante el viaje hasta aquí. Habré regresado en dos días, a más tardar.

—Permaneced casto.

—No mentalmente.

—Os sentís demasiado seguro —dijo ella, pero solo era un gesto.

Esa vez él estaba convencido de que ella no se hubiera resistido a un beso y solo renunció a ello porque así prolongaba un poco el poder que había alcanzado sobre ella.

Heinrich se volvió y regresó a su habitación. Ni siquiera se detuvo ante la puerta tras la cual estaba Alexandra y donde durante largos instantes había permanecido, sabiendo que si entraba en la habitación tomaría una decisión que luego no podría ignorar. Mediante una suerte de sexto sentido había comprendido que ella percibía su presencia y se había marchado antes de ceder ante la debilidad.

Cuando se tendió en la cama de su habitación, volvió a pensar en los breves momentos de indecisión ante la puerta de Alexandra y se dio cuenta de que se sentía aliviado por ella. Estaba seguro de que de momento nada le

ocurriría a Alexandra mientras él regresaba al convento con el fin de acabar definitivamente con la vida de Leona y así impedir que alguien pudiera seguirles el rastro hasta Pernstein. Polyxena no le haría daño hasta que él regresara para cumplir con lo prometido. Pero lo que resultaba fastidioso era que el alivio no era el de un hombre que había visto peligrar su plan, sino el de una persona que se daba cuenta de que se había preocupado por otro ser. Reprimió la idea y se preparó para hallar fuerzas en el sueño, durante las escasas horas antes del amanecer.

El día después del juicio, Wenzel entró en la cancillería cuando apenas comenzaba a clarear el día. Aunque no habían abierto el tonel del vino más caro y toda la celebración de la victoria se había ido al garete, tenía el estómago revuelto. Él, Agnes y su padre habían dormido en la pequeña casa de este último, situada en la callejuela del Oro. Adam Augustyn se había marchado a su casa para reunirse con su familia, incapaz de proporcionarles consuelo, y Vilém Vlach había regresado a su albergue. Y de pronto él, Wenzel, era la persona de quien dependía la familia debido a un sencillo hecho: era el único que contaba con un sustento. E incluso eso era dudoso, pues si bien sus colegas habían ocultado su ausencia el día anterior, la solicitud que pensaba presentar ese día —que le concedieran unos días de vacaciones para poder ir en busca de Alexandra— quizá supondría que lo despidieran. De todos modos, el conde Martinitz no era amigo suyo.

La cancillería se encontraba desierta, pero uno de los pupitres ya estaba cubierto de papeles. Wenzel se apostó ante el suyo y apoyó la frente contra la fría madera. ¿Cómo había podido convertirse su triunfo compartido en cenizas en tan poco tiempo? ¿Qué habían hecho para que tras cada esquina los aguardara un nuevo golpe bajo? ¿Acaso suponía el pago por los veinticinco años en los que todos ellos habían podido vivir en paz? Pero dicha paz había sido comprada con tanta sangre y tanto dolor que cabía suponer que las familias Khlesl y Langenfels habían saldado la cuenta para siempre. Se preguntó si Agnes y Andrej pensaban lo mismo que él. Esa mañana se había escabullido de la casa sin hablar con ellos, no había tenido el coraje necesario para hacerlo. Puede que en su lugar, él hubiese abandonado.

No obstante, tenía la intención de seguir a Alexandra a Brno, aunque esa misión era tan desesperada como cualquier plan de su padre y su tía para reconquistar la empresa y con ello, su futuro. Meneó la cabeza y aporreó el pupitre con el puño. El cofrecillo que contenía sus utensilios de escritura cayó al suelo y se abrió. Con un quejido, se agachó para recogerlo y, cuando alzó la

vista, vio que uno de los otros escribientes estaba junto a la puerta. El pupitre cubierto de papeles era el suyo.

—Mierda, eres tú —dijo el escribiente.

—Muchas gracias —replicó Wenzel.

—Esperaba que fuera Philipp. Lo necesitamos con urgencia. Es decir, Sus Excelencias lo necesitan.

—¿Dónde está? Porque de costumbre siempre es el primero, incluso cuando ha de arrastrarse desde la taberna hasta aquí.

—Está en la cama.

—Pues ve a buscarlo.

—La cama no es la suya.

Wenzel lo miró fijamente. El otro escribiente suspiró.

—Ya he enviado a uno de los siervos a su alojamiento. No estaba allí y tampoco en una de sus habituales tabernuchas.

—¿Cómo puedes saber que yace en cama ajena?

—Porque me confesó que tiene una nueva favorita.

—Querrás decir que alguien se apiadó de él.

Wenzel no se sintió impulsado a hacer un comentario misericordioso sobre el primer escribiente, y menos en un día como ese.

El otro escribiente se encogió de hombros.

—¡Entonces sácalo de la cama, esté dónde esté, por amor de Dios!

El otro escribiente decidió compartir el secreto.

—Está en la cama de Elisa Smiřicky —dijo.

—¡Dios mío! ¿La hija de Albrecht Smiřicky, el miembro del estamento?

El otro negó con la cabeza.

—¿Su mujer?

—Su hermana.

—Pero si Smiřicky tiene casi cincuenta años.

—Es su hermana menor —respondió el otro escribiente.

Ambos se contemplaron. Ir a buscar al escribiente Philipp Fabricius a la casa de Smiřicky era impensable sin exponer al dueño de casa y a su hermana al ridículo, y poner a su camarada en un gran apuro... por no hablar de la hostilidad que todos los miembros protestantes de los estamentos sentían frente a la administración de la cancillería real. El conde Von Thurn y sus seguidores inflarían la historia hasta que esta resonara en toda Bohemia. Y después Elisa Smiřicky y Philipp Fabricius estarían arruinados para siempre.

«Tal como está arruinada mi familia —pensó Wenzel con amargura—. Y nosotros ni siquiera hemos cometido el pecado de la lujuria». Durante un

instante tuvo ganas de enviar a uno de los siervos de la cancillería a casa de Smiřicky, solo con el fin de que otra familia se encontrara en apuros, pero un momento después la idea lo avergonzó.

Un grito resonó desde uno de los salones.

—¡Fabricius!

El colega de Wenzel puso los ojos en blanco.

—¿Qué acontece allí dentro para que la presencia de Philipp sea necesaria? ¿Tú no podrías...?

—No —dijo el otro escribiente—. Apenas comprendo el idioma.

—¡Fabricius, por todos los diablos!

—¿Qué idioma?

—Son unos cuantos individuos de una de las aldeas alemanas. Esos tarugos apenas dominan el bohemio y yo no sé alemán. Philipp sí. Confié en que ya hubiera llegado: oí el estrépito —dijo, indicando el cofrecillo de los utensilios de Wenzel—. Dije que iría a buscarlo. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Yo sé alemán —expuso Wenzel—. Mi padre es bohemio, pero la familia de su hermana es oriunda de Viena.

—¿Cómo es posible?

—¡FABRICIUS!

—Te lo explicaré en otra ocasión —dijo Wenzel, y cogió su cofrecillo—. Veré si puedo reemplazarlo.

—¡Mientras tanto pensaré la manera de sacarlo de la cama de la vieja señorita sin llamar la atención!

Wilhelm Slavata y Jaroslav conde de Martinitz estaban de pie ante una delegación de media docena de hombres vestidos de gris pardusco, que llevaban los cabellos cortos. En el recinto flotaba el olor a sudor, ropa vieja y estiércol. Slavata ya agitaba un pañuelo ante sus narices. El contraste no podía haber sido mayor: ambos funcionarios imperiales vestían prendas de última moda, chaquetas estrechas de largos faldones y bombachos tan amplios que parecía que llevaran faldas de mujer. Los faldones ostentaban innumerables lacitos, al igual que las cintas que sujetaban los bombachos por debajo de las rodillas y también en los zapatos. Martinitz había escogido el dorado y una gorguera de puntillas que le llegaba hasta los hombros, Slavata, más conservador, llevaba el atavío negro de los españoles y una gorguera de puntillas de Flandes cuyo coste hubiera superado el de la vestimenta de toda la aldea. Los campesinos llevaban lo que los campesinos llevaban desde hacía siglos: jubones, pantalones estrechos y chaquetas abiertas, en las manos estrujaban gorras o boinas de cuero.

—Otra vez el nuevo —comentó Martinitz, suspirando al ver a Wenzel—. Vete, muchacho.

—¿Dónde está Philipp Fabricius? —preguntó Slavata, que siempre era el más conciliador de ambos procuradores.

Wenzel ya se había preguntado varias veces por qué ambos hombres trabajaban en relación tan estrecha cuando los dos eran tan absolutamente distintos. De momento, nunca había ocurrido que uno de ellos se hubiera hecho cargo de un asunto sin el otro. A lo mejor su éxito se debía a su diferencia: la combinación de ambos caracteres conformaba un único hombre bien equilibrado, pero que pensaba con dos cerebros.

—Ya está de camino —contestó Wenzel, mintiendo—. Lleva un mensaje del señor Von Sternberg al tribunal, pero regresará enseguida.

—Que Sternberg utilice sus propios escribientes —gruñó Martinitz.

—El señor Von Sternberg tenía prisa y dijo que ahora les debía un favor a Sus Excelencias.

La expresión de Martinitz se volvió menos sombría. La rivalidad entre Sternberg, más joven y a menudo irreflexivo, y la pareja formada por Slavata y Martinitz era legendaria. Si Sternberg se ponía voluntariamente en relación de dependencia con sus adversarios, eso suponía un rayo de esperanza.

—¿Entiendes el alemán? —preguntó Slavata.

—Tan bien como entiendo el bohemio.

Debido a la supremacía de los Habsburgo en Bohemia, durante las últimas generaciones cada vez habían llegado más personas del oeste y del sur del imperio a Bohemia, además de los colonos procedentes de Franconia, Baviera, Sajonia y Austria que habitaban en el imperio desde la gran colonización de hacía cuatrocientos años. Pero los nuevos colonos que se casaban con miembros de las viejas familias bohemias o a quienes les adjudicaban propiedades sin herederos, en gran parte eran hombres como el conde Von Thurn. Solo después de muchos años el conde había comprendido que, para cultivar sus tierras y poder jugar un papel en la política, había que dominar la lengua hablada en la región. Esa arrogancia inconsciente había trazado fronteras invisibles entre los enclaves alemanes y el resto del reino, cuyas primeras consecuencias consistían en que ambas partes opinaban que la otra debía aprender su lengua antes de poder entablar una conversación.

—¿Lo hablas y lo sabes escribir?

—Sí, Excelencia.

—Sin embargo, considero que debiéramos esperar a Fabricius —gruñó Martinitz.

—No, Ladislaus es perfectamente capaz de hacerlo —declaró Slavata, y volvió a agitar el pañuelo.

Wenzel se volvió hacia los campesinos que permanecían allí con la cabeza gacha.

—Nada de rituales —le advirtió Martinitz, chasqueando los dedos.

Wenzel negó con la cabeza.

—¿De qué se trata? —les preguntó a los campesinos.

Su petición debía de ser grave, de lo contrario no los hubiesen enviado a la cancillería pese a todas las auténticas y las supuestas dificultades idiomáticas.

—Nuestra aldea ha sido atacada —dijo uno después de que los demás lo animaran a tomar la palabra pegándole codazos.

—¿Por bandidos? Eso es asunto del señor del feudo. ¿En qué jurisdicción se encuentra vuestra...?

—No eran bandidos —dijo el hombre.

—Eran soldados —dijo un segundo campesino.

Con el rabillo del ojo Wenzel notó que Slavata y Martinitz aguzaban los oídos. Se dirigió a ellos y tradujo, pero ambos ya habían comprendido.

—Pregúntale si eran tropas regulares.

—¿Pensáis en el ejército reunido por los estamentos?

—Limítate a preguntárselo.

El hombre negó con la cabeza.

—No, no portaban estandartes y no lo acompañaban los seguidores habituales.

—Entonces, ¿cómo sabes que eran soldados?

—Los bandidos no poseen armas de fuego.

—Y acuden para saquear, no para instalarse durante un par de días.

—¿Así que los hombres se instalaron?

—Sí.

—¿En vuestras casas?

—Sí.

—Pregúntale quién es el señor de su aldea —dijo Slavata.

—El señor Wolf von Dauba —respondió el campesino en tono malhumorado—. Pero no quiso escucharnos. Porque somos buenos católicos.

Slavata, Martinitz y Wenzel intercambiaron miradas. Wolf von Dauba era un conocido partidario del conde Kinsky y uno de los escasos miembros destacados de la administración estamental bohemia.

—Uno no puede pretender que un señor te reciba enseguida, hay que tener paciencia —dijo Martinitz con el reflejo del noble que protegía de esas malas costumbres a un compañero de su mismo rango, hasta cuando el noble en cuestión perteneciera al bando contrario... porque consideraba que era su privilegio, pero también porque podría tratarse de sus propios privilegios.

—Intentamos durante semanas que nos recibiera.

—Da igual que fuesen bandidos o soldados —dijo Slavata en tono pensativo—, como buen señor feudal Dauba debería haber emprendido algo, incluso como protestante. Que no lo hiciera...

—... ¡podría indicar que se trata de saqueadores del ejército protestante! —exclamó Martinitz, completando la frase—. Diablos, eso demostraría que los estamentos realmente han reunido un ejército.

—Y también supone un motivo para la guerra —comentó Slavata con voz sombría—. Quebrantamiento de la paz: es la chispa en el polvorín.

—Señor —dijo el campesino en tono sumiso, y miró a Wenzel—. Hubo muertos.

—Fent Engilstettin y su hijo —añadió el otro.

—¿Cómo ocurrió?

—Sencillamente les dispararon.

—Estamos en guerra —dijo Martinitz, satisfecho.

—Todo eso suena a que fueron maleantes —intervino Wenzel—. Para eso no es necesario un ejército protestante. También podrían haber sido soldados católicos.

—Traduce en vez de darme lecciones —gruñó Martinitz.

El portavoz de los campesinos extrajo algo de debajo de su camisa; lo llevaba al cuello colgando de un hilo. Se lo tendió a Martinitz, pero este plegó las manos detrás de la espalda y Slavata rechazó el objeto agitando el pañuelo. Wenzel lo aceptó y al principio no logró identificarlo.

—Es un cebador de pólvora —dijo Martinitz—. De una bandolera. Está claro que forma parte del equipo de un soldado.

—Lo encontramos en la casa ocupada por los soldados.

Wenzel alzó el cebador.

—Hay algo grabado. Un blasón... cuatro leones que se contemplan. El color casi ha desaparecido... azul y anaranjado...

—La casa Wallenstein —dijo Slavata en el acto.

—Mis respetos, señor colega —comentó Martinitz.

—¿Recordáis aquel asunto del libelo en contra de Su Majestad el emperador? El viejo Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz lo mandó imprimir.

Por eso aún recuerdo el blasón.

Wenzel no despegaba la vista del cebador y se preguntó si estaría soñando, en cuyo caso se trataba de una pesadilla. Si no estaba soñando, entonces...

—Los soldados llamaban Henyk a su jefe —dijo el segundo campesino, el que no actuaba de portavoz, pero que, no obstante, era el que más había participado en la discusión—. Llevaban un gran arcón de hierro consigo...

—¡Una caja de caudales robada de un regimiento! —dijo Martinitz.

Slavata, aún sumido en el pasado, dijo:

—¡Pero toda la estirpe de los Wallenstein es católica! Así que la teoría acerca del ejército estamental no puede ser correcta.

—... y un herido —dijo el campesino, completando la frase—. Supusimos que se limitarían a abandonarlo, pero cuando por fin se marcharon, se lo llevaron.

—Eso es muy raro —opinó Martinitz.

Wenzel tragó saliva.

—Excelencias —dijo con labios entumecidos—. Excelencias, debo haceros una petición urgente.

—¡Pregúntale en qué dirección se marcharon los bellacos!

Cuando la puerta se abrió violentamente los campesinos se sobresaltaron. Philipp Fabricius estaba en el umbral, jadeando. Tenía los ojos enrojecidos y la piel pálida y manchada. No debía de haber dormido mucho esa noche. El primer escribiente tuvo que aferrarse al marco de la puerta: por lo visto correr no le sentaba nada bien. Wenzel supuso que el otro escribiente se lo encontró de camino de la casa de Smiřicky a la cancillería y le metió prisa.

—Perdón —dijo Fabricius, resollando, y dirigió una mirada apresurada y desconcertada a Wenzel—, me he retrasado porque...

—¡La próxima vez que Von Sternberg quiera algo de ti primero nos preguntas a nosotros! —ladró Martinitz.

—Por supuesto —dijo Philipp, procurando disimular su perplejidad.

—¿Qué era ese mensaje?

—Solo pude ver que estaba sellado —dijo Wenzel cuando el otro no contestó.

—Sí —dijo Philipp—, estaba sellado.

—Entra y cierra la puerta detrás de ti. Hay trabajo —dijo Martinitz, agitando la mano en dirección a Wenzel—. Tú puedes marcharte.

—¿Puedo pedirlos, Excelencia...?

—Ya he dicho que puedes marcharte.

—No, es que...

—¿Qué estás esperando, Fabricius?

«De acuerdo —pensó Wenzel, tozudo— entonces no pediré permiso, sino que me tomaré vacaciones y punto. No esperaré hasta que...».

—¿Qué es lo que he de saber? —preguntó Fabricius, que de pronto se plantó ante Wenzel. Su mirada era suplicante, pero habló en tono firme.

—Eh...

Ambos funcionarios imperiales contemplaron a sus escribientes con mucho interés. Wenzel se dio cuenta de que aún sostenía el cebador en la mano.

—¡Cogedlo! —gritó en dirección a los campesinos y, adrede, arrojó el cebador con tanta torpeza que no pudieron atraparlo. Martinitz y Slavata retrocedieron a medida que media docena de figuras gris parduscas corrieron tras la única prueba existente de su queja. El cebador rodó a los pies de Slavata y se agachó para recogerlo pese a que hacía un momento lo había asqueado.

—Dije que Sternberg te envió al tribunal con un mensaje —susurró Wenzel a toda prisa mientras sus superiores jerárquicos estaban distraídos—. ¡Es imprescindible que tome unas vacaciones, Philipp!

—¿Estás loco? ¿Has olvidado la situación en la que se encuentra el reino?

Desde el exterior resonaron voces airadas y las pisadas de botas. Alguien aporreó la puerta.

—Esto parece un palomar —gruñó Martinitz.

Para sorpresa de Wenzel, una docena de hombres irrumpió en la sala, todos con traje de montar, botas y espuelas, que no tardaron ni un segundo en ocupar todo el recinto. Slavata y Martinitz se quedaron de piedra.

—Mierda... —susurró Philipp y le pisó los pies a Wenzel en un intento de ocultarse en el fondo. Este también había reconocido al hombre que entró precipitadamente en la sala detrás del cabecilla de los intrusos: era Albrecht Smiřicky. Tenía el rostro rojo de ira y la mano apoyada en la espada.

—¡Te he cogido! —rugió Smiřicky, señalando a Philipp con un dedo enguantado—. ¡Ahí está esa rata!

—¿Qué significa esto, señores? —gritó Martinitz.

Los campesinos se apiñaban en un rincón. Se habían puesto pálidos.

—¡El escondrijo indicado para los pícaros! —vociferó el primer hombre que entró por la puerta y que se había acercado a una ventana—. ¡Con vistas y todo!

El rostro de Martinitz se puso tan rojo como un caro manto italiano.

—¡Por favor! —chilló—. ¿Qué modales son estos? ¡Exijo una explicación, señor conde!

El cabecilla se acercó a Martinitz con pasos rápidos, agitando los brazos como alguien que quisiera demostrarle a todo el mundo cuán grande era su cólera. Una barba corta y tupida le cubría la cara y al hablar Wenzel notó que lo hacía con un deje pronunciado.

—¿Exigís una explicación, Martinitz? ¡Muy bien! Que nadie diga que el conde Matthias von Thurn no le concedió un último deseo a su enemigo.

—¿Qué? —graznó Slavata y palideció—. ¿Qué significa eso?

—Todos vosotros —rugió el conde Von Thurn—, sois el nido de víboras en el corazón del reino. Hemos demostrado paciencia, tal como les corresponde a los buenos cristianos, pero ahora se acabó. ¡Vos incitasteis al emperador en contra de nosotros, lo agujijoneasteis para que nos enviara un escrito que no se merecería ni un perro! ¿Queréis guerra? ¡Vos mismo descubriréis lo que significa ir al infierno!

—La carta de majestad fue redactada correctamente —gritó Martinitz, pero él también se había puesto pálido—. ¡Y todo lo que pone en la carta se corresponde con la verdad!

Entonces se volvió y, absolutamente sorprendido, Wenzel vio que procuraba alcanzar la puerta, pero lo detuvieron y lo sujetaron de inmediato.

—¡Soltadme, herejes! —bramó—. ¡Auxilio, auxilio! ¡Asesinan al procurador del rey!

El conde Von Thurn abrió una ventana.

—¡El esplendor de mayo! —exclamó en tono burlón—. ¡Que disfrute de él!

—¡Por amor de Dios! —susurró Slavata, atónito.

Se había quedado de piedra. Los hombres arrastraron a Martinitz a través de la sala, al tiempo que este se debatía; el procurador del rey gritaba como un loco, debían de oír sus gritos en medio palacio... pero todavía era temprano por la mañana y en general el edificio solo despertaba por completo a mediodía.

Wenzel también permanecía inmóvil, incapaz de hacer un movimiento. Uno de los que habían agarrado a Martinitz era Albrecht Smiřicky. Wenzel notó la mano de Philipp clavada en su hombro; el primer escribiente observaba la escena con ojos desorbitados. Si antes había creído que los intrusos solo la habían tomado con él porque había deshonrado a la hermana entrada en años de Albrecht Smiřicky, acababa de descubrir que no era así.

«No —pensó Wenzel, aturdido—, la han tomado con todos nosotros».

De pronto los campesinos echaron a correr, un compacto montón de cuerpos en fuga que, de un empujón, apartó a un par de nobles protestantes costosamente ataviados y alcanzó la puerta antes de que alguien pudiese reaccionar. Wilhem Slavata abandonó su inmovilidad y corrió tras ellos.

—¡Ese es el segundo canalla! ¡Arrojadlo tras el otro! ¡Esos dos bellacos han de morir juntos!

—¡Piedad! —aulló Slavata—. ¡Piedad, señores!

Pese a que Martinitz se resistió con todas sus fuerzas, lo arrastraron hasta la ventana. Logró pegar un puntapié, uno de los que lo aferraban cayó al suelo, escupió un diente, volvió a ponerse de pie de un brinco y se lanzó en medio del forcejeo en torno al procurador real. Martinitz soltó otro aullido, después este se interrumpió abruptamente y su cuerpo desapareció por la ventana. Los hombres en torno al conde Von Thurn se asomaron y soltaron un rugido de furia.

—¡Ahí va el siguiente!

Smiřicky se había vuelto y descubierto a ambos escribientes. Los señaló con el dedo.

—¡Esos de ahí no son mejores! ¡Cogedlos!

—¡No, aquí no...! —gritó uno de los que estaban junto a la ventana, pero los demás ya habían arrastrado a Slavata, que suplicaba por su vida, y lo arrojaron por la ventana.

Otros se abalanzaron sobre Philipp y Wenzel.

—¡A vosotros os quitaremos la costumbre de escribir cartas!

—Lárgate, pequeño —dijo Philipp, resollando, y la mano apoyada en el hombro del muchacho se convirtió en un puño que lo empujó a través de la puerta abierta. Después cayó al suelo bajo los atacantes. Uno de ellos se volvió e intentó agarrar a Wenzel, pero el pie de Philipp surgió entre la confusa masa de cuerpos, le pegó una patada y el hombre cayó al suelo. El joven tropezó con sus propios pies. El que había caído al suelo se incorporó y sacó una pistola del cinto. Wenzel oyó el rugido enfurecido de los protestantes y la voz de Philipp maldiciendo como un carretero. Sonaron disparos. En vez de disparar a Wenzel, el hombre en el umbral se volvió y cayó hacia atrás.

El joven echó a correr a la cancillería. El otro escribiente estaba tendido en el suelo detrás de un arcón con las manos cubriéndose la cabeza. Wenzel lo obligó a ponerse de pie.

—¡Piedad! —chilló su colega—. ¡No he escrito cartas! ¡Soy completamente inocente!

—¡Da la alarma! —espetó Wenzel y lo soltó—. ¡Rápido, da la alarma!

El otro lo detuvo.

—¿Adónde vas?

—Han tirado a Philipp y a los procuradores por la ventana. Tal vez hayan sobrevivido. Suéltame, he de salir, de lo contrario son capaces de dispararles mientras aún permanecen tendidos en el empedrado, desvanecidos.

Echó a correr a través de los pasillos y descendió las escaleras. Oyó el griterío exterior desde lejos. Pasó por una puerta lateral que daba a los jardines del palacio y más allá una multitud le indicó hacia dónde debía dirigirse. Oyó más disparos y los chillidos de hombres y mujeres que de pronto se dieron cuenta que corrían peligro. Vio cuerpos desplomándose y fue como si le hubiesen disparado a él, pero entonces comprendió que las personas aparentemente heridas solo se habían puesto a cubierto. Arriba había rostros asomados a la ventana de la sala donde se había desarrollado el acontecimiento. El humo de los disparos de las pistolas flotaba en el aire, luego los rostros desaparecieron de manera repentina. Wenzel sospechó que todos los hombres echarían a correr al exterior para rematar la faena. Debía procurar poner a salvo a los tres defenestrados, aunque solo se tratara de sus cadáveres. Recordó que Philipp lo había empujado fuera de la puerta para salvarlo y sintió una punzada. Brincó por encima de las damas y los caballeros que se alejaban arrastrándose a cuatro patas.

La plaza por debajo de la ventana estaba desierta. Uno de los habituales montones de heno dispuestos cada tanto junto al muro del palacio estaba pisoteado y desparramado. Wenzel agarró a uno de los curiosos —que en ese instante trataba de incorporarse— del cuello de la camisa y lo obligó a ponerse de pie. El hombre llevaba el atuendo aristocrático habitual ornado de chales y de cintas, y las espadas y los puñales colgados de su cinto tintineaban, pero a Wenzel le daba igual.

—¿Qué pasó? —rugió.

—La Virgen María —tartamudeó el hombre—, la Virgen María...

—¿Dónde están los procuradores? ¿Dónde está Philipp Fabricius?

—La Virgen María los salvó, los recogió en sus brazos...

Wenzel clavó la vista en el montón de heno y luego la alzó y contempló el muro. Por debajo de la ventana la pared formaba un saliente —uno de los restos de la época en la que el muro del palacio también era una fortificación — que se extendía hacia fuera con el fin de que ningún atacante pudiera ponerse a cubierto, y empezó a barruntar que, más que precipitarse por la ventana, los tres se habían deslizado a lo largo del muro y que el montón de

heno debía de haber amortiguado su caída. Así que a eso se debían los gritos furibundos y los disparos de pistola: Philipp, Martinitz y Slavata debían de haberse puesto en pie y escapado.

—¿Adónde han ido?

El hombre al que agarraba estiró un brazo y Wenzel vio el tejado del palacio Lobkowitz. Si lograban alcanzarlo estarían a salvo. Soltó al conmocionado aristócrata y este cayó de rodillas.

—¡Ave María, llena eres de gracia, has obrado un milagro!

El golpe atronador de cascos de caballos hizo que se interrumpiera y volviera a arrojarse al suelo. Wenzel vio que una nube de polvo se levantaba en el camino escarpado que conducía a Malá Strana. Los atacantes habían huido hacia la fortaleza. Aparecieron soldados corriendo en torno a una esquina. Wenzel pisó algo duro y levantó el pie: era el cebador con el blasón de Wallenstein. Slavata debía de haberlo aferrado hasta el final. Wenzel lo recogió, se enderezó y siguió a los hombres y las mujeres que se abrían paso hasta la Puerta del Honor. De pronto su corazón palpitó como el redoble de un tambor.

Solo se había salvado de ser defenestrado porque en el fondo de su cuerpo gordo de borrachín Philipp Fabricius era un hombre de honor y había compensado a Wenzel porque esa mañana él le había ahorrado un problema, cuando aún parecía que la catástrofe que le había sobrevenido a su familia ya no podía ser mayor.

Pero de hecho, las cosas habían empeorado aún más.

El ataque del conde Von Thurn y sus acompañantes era el inicio de la guerra.

Y Wenzel estaba convencido de que Alexandra viajaba en compañía del hombre que había asesinado a su padre.

Jadeando, llegó a su casa de la callejuela del Oro. Reinaba el alboroto en torno a toda la fortaleza y tuvo que abrirse paso a través del torrente humano empecinado en alcanzar el lugar en el cual la Virgen María había evitado personalmente que tres buenos católicos hallaran la muerte. Wenzel estaba seguro de que ya había empezado a forjarse la leyenda y que la posteridad no se enteraría de los gritos desesperados de Slavata ni del pataleo inútil de Martinitz y confió en que el auténtico valor de Philipp no quedara olvidado bajo la indudable fanfarronería de ambos procuradores.

Abrió la puerta intempestivamente y entró; la mera idea de tener que volver a explicarlo todo lo dejó sin aliento.

—¿Cómo se llama el hombre que acompaña a Alexandra y a tu anciana doncella?

No era el momento indicado para andarse con formalidades.

Agnes le dedicó una mirada de sorpresa, pero todo avanzaba con demasiada lentitud para él.

—¿Se llama Wallenstein? —gritó—. ¿Ese era su nombre?

—Sí —contestó Agnes—. Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz. Al menos eso supongo. Ella mencionó ese nombre un par de veces y yo nunca encontré el momento de...

—¡Dios mío! —exclamó Wenzel, y se apoyó contra el marco de la puerta—. ¿Lo llama Henyk?

—No lo sé.

—¿Qué sucede? —preguntó Andrej.

Wenzel depositó el cebador en la mesa. El temblor de sus manos era tan intenso que el cebador cayó y rodó por encima de la mesa. Andrej lo recogió y lo examinó entornando los ojos.

—Wilhelm Slavata dijo que el blasón que aparece en el cebador es el de la casa Wallenstein.

Andrej se encogió de hombros.

—¿Acaso no reconoces esa cosa?

—Es un cebador de pólvora de una bandolera. Todos cuantos poseen un arma de fuego tienen uno de esos cebadores.

—¿Cuándo fue la última vez que viste algo así?

—Lo llevaba uno de los soldados que ayer no nos dejaron entrar en la empresa. ¿Por qué no nos explicas de una vez qué...?

Wenzel se obligó a tomar aire.

—Ese cebador fue abandonado en una aldea de campesinos en la que un grupo de personas se instaló durante un par de días. Lleva el blasón de Heinrich Wallenstein-Dobrowitz. Los hombres mataron a dos campesinos a tiros.

Agnes se puso pálida.

—¿Quieres decir que Alexandra... con esos hombres...?

—Siéntate —dijo Andrej, pero él también se había puesto pálido—. Siéntate y reflexiona antes de hablar.

—¡No tengo tiempo de reflexionar! —exclamó Wenzel—. Padre, ¿es posible que hayas visto la bandolera de la que proviene este cebador de pólvora aquel día en el que fue asesinado tío Cyprian?

Andrej lo miró fijamente.

—Las cosas son así —dijo Wenzel en tono desesperado—. Una delegación de una aldea de campesinos se quejó de que hacía unas cuantas semanas unos hombres se instalaron en su aldea y aterrizaron a los campesinos. Los hombres llevaban un pesado arcón de hierro consigo y también un herido. Así que habían participado en una lucha. El conde Martinitz cree que el arcón es una caja de caudales de un regimiento, pero yo inmediatamente...

—... recordé el arcón que el cardenal escondió en la vieja ruina —dijo Andrej, con la mirada perdida—. El arcón en el cual la Biblia del Diablo estaba escondida en Braunau era de hierro.

—¿Quieres decir que Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz estaba presente durante el ataque a Cyprian y Andrej? —gritó Agnes.

—Maldición —susurró Andrej. Era como si la escena volviera a desarrollarse ante sus ojos y su rostro se crispó—. Todos los atacantes llevaban ropas sencillas, solo su jefe iba vestido como un noble. Era joven. Estaba armado como dos oficiales a la vez. Llevaba una bandolera... ¡por supuesto...!

—Pero ¿cómo eso...? —dijo Agnes.

Andrej le cogió la mano.

—¡Agnes! —dijo—. Si ese hombre realmente era Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz, entonces Alexandra...

—... viaja en compañía del asesino de su padre —dijo Wenzel completando la frase—. Cuando lo comprendí, eché a correr hacia aquí.

—¡Hemos de seguirlos de inmediato! —gritó Agnes, y se puso de pie.

—¿Qué quiere de Alexandra? —preguntó Andrej.

—¡Dios mío, no lo sé... yo...! ¿Acaso se trata de la Biblia del Diablo? ¿Se llevó a Alexandra porque quiere convertirla en una víctima...? —Agnes se desplomó en la silla y volvió a tratar de ponerse en pie en el acto. Gotas de sudor le cubrían el labio superior—. ¿Por qué esa cosa vuelve a tender las garras hacia nosotros? Maldigo la...

—¿Los campesinos dijeron cuántos hombres eran?

—No —dijo Wenzel—. Supongo que más de media docena, si fueron capaces de intimidar a toda una aldea.

—Nosotros logramos acabar con un par de esos bellacos que nos atacaron —dijo Andrej—. No conté cuántos escaparon, pero la cifra debe de ser la correcta.

—Los campesinos dijeron que uno de ellos estaba herido.

—Le disparé al jefe, Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz... si es que realmente era él.

Agnes se agarró a la mesa con las dos manos. Respiraba agitadamente.

—¡Claro que era él! —siseó, y le quitó el cebador de pólvora a su hermano—. ¡Vamos, mira el blasón!

Andrej meneó la cabeza.

—Solo le hice un rasguño. La distancia no era grande. Si le hubiera dado correctamente lo habría derribado de la silla de montar.

—Pero si da absolutamente lo mismo...

—No —dijo Andrej en tono obstinado—. En cierta ocasión viajé en compañía de un viejo soldado durante un par de días. Él me enseñó a prestar atención a cosas semejantes. Nosotros acabamos con un puñado de atacantes. Ninguno permaneció en la silla y ninguno sobrevivió. Cuando se alejaban a caballo el único que parecía haber sufrido una herida era el jefe, y apenas era un rasguño.

—Quizás uno de ellos cayó del caballo y se rompió un hueso —dijo Agnes y abrió la puerta con gesto violento—. Podrás imaginar lo poco que eso me importa, ¿no? Debo ejercer un control férreo para no desear su muerte a voz en cuello, sea quién sea ese canalla. ¿Qué estáis esperando?

—¿Adónde quieres ir?

—Hemos de buscar ayuda. Si en la corte están al corriente del asunto, tomarán medidas. Quiero estar presente. Se trata de mi hija —dijo, y salió a la callejuela—. ¿Qué ocurre aquí?

Para Wenzel era como si los acontecimientos de los cuales había sido testigo hacía unos minutos hubiesen ocurrido semanas antes, incluso más que el ataque sufrido por su padre y su tío.

—Nadie de la corte te prestará ayuda —dijo—. Esos tienen sus propios problemas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hoy los representantes de los estamentos protestantes atacaron a los procuradores del rey y los defenestraron. Estamos en guerra.

1618: 3. PERNSTEIN

Solo quien se abrasa puede provocar el fuego en otros.

SAN AGUSTÍN

Cosmas Laudentrit se lamentaba. ¡Era alquimista, por Hermes Trismegisto, y no un condenado cirujano! Bebió un largo trago directamente del jarro; despreció la copa. ¡A la salud de eso bebemos, amigo mío: a que no somos barberos! Entonces soltó un gemido. No tenía sentido.

No tenía sentido engañarse a sí mismo afirmando que era alquimista cuando todo lo que la gente quería de él era que se ocupara de sus heridas y, de vez en cuando, preparara un elixir.

¡Salud, Cosmas! ¡Por la vida!

La vida era un infierno...

No dejó la copa en la mesa porque no hubiera bastado para saciar su sed, sino porque no cabía la suficiente cantidad de vino como para no derramarla en el trayecto del jarro a la boca: el temblor que agitaba las manos de Cosmas era tan intenso que, en comparación, un chopo temblón se hubiese asemejado a una estatua. El temblor solo disminuía cuando se dedicaba a entablillar una pierna rota, arrancar un diente, coser una herida o aplicar unguento a un tumor. Era un milagro.

Era una burla.

Ahí estaba él, Cosmas Damian Laudentrit, uno de los alquimistas más importantes del mundo... ojalá le hubieran permitido ser lo que él quería. En lugar de eso, se ganaba la vida como cirujano y barbero y, como si el destino quisiera burlarse de él, le había proporcionado unas manos que solo dejaban de temblar cuando curaba. Era como si su mero nombre se encargara de que no pudiera escapar de una vocación que no sentía: Cosmas y Damian eran los santos patronos de los barberos, los médicos y los boticarios. ¿Por qué no se llamaba Juan o Jacobo? Ya se habían burlado de él durante el bautizo.

¡Salud, Cosmas! ¡Por la muerte!

La muerte tampoco era mejor.

Cosmas clavó la vista en la jarra que reposaba sobre la mesa: tampoco tenía sentido engañarse a sí mismo y creer que contenía vino.

Allí no le proporcionaban vino. Ni siquiera logró que le sirvieran cerveza. Cuando tenía sed le daban agua. A él, que llevaba años soportando la vida únicamente porque la contemplaba a través de un velo, producto de la uva fermentada. Soltó otro gemido: si no hubiera tenido tanto miedo hacía tiempo que hubiese huido.

Siempre había imaginado que el infierno era un lugar donde las almas en pena eran torturadas con tenazas candentes y donde Lucifer estaba sentado en toda su fealdad en el trono de la Inquisición infernal, junto a uno de sus diablos principales de patas de cabra y rostro malévolos, ambos riéndose a carcajadas de los aullidos de dolor de los martirizados.

En cambio, en ese lugar el diablo era una mujer vestida de blanco, tan bella que ante la idea de poder poseerla algún día había que entregarse al pecado de Onán si uno quería conciliar el sueño. El diablo principal era un ángel de forma humana casi tan bello como ella. Ambos reían rara vez. No obstante, Cosmas estaba convencido de que ese lugar era el infierno. En cierta ocasión había visto algo que el bello diablo principal había hecho traer del bosque en un carro y que antes había sido una muchacha que había intentado escapar. También un cirujano podía sufrir náuseas. No: para llegar al infierno no era necesario descender al mundo subterráneo, bastaba con que el destino hiciera que fueras a parar a Pernstein. Allí uno siempre tenía que andarse con cuidado. El prisionero no debía saber dónde se encontraba, la mujer de blanco no debía saber que el prisionero existía, el diablo principal no debía saber aquello que todas las mañanas Cosmas ayudaba a ocultar en el rostro de la mujer de blanco mediante ungüentos y maquillaje blanco...

Soltó otro gemido.

—Cualquiera diría que el prisionero eres tú, no yo —dijo el prisionero.

Cosmas lo contempló con ojos empañados. Hasta ese condenado se burlaba de él. Procuró encontrar satisfacción pensando que, si no fuera por él, el hombre ya no estaría con vida, pero en realidad ello lo angustiaba todavía más. Había salvado a ese bellaco de la muerte y, ¿cómo se lo agradecía? ¡Exacto! Si había algo con lo cual enfrentarse a las burlas entonces tal vez era el recuerdo de las dos balas que le había sacado del cuerpo. En diversas ocasiones, Cosmas había observado que después de una batalla los soldados eran transportados hasta la tienda de los cirujanos del ejército, que entonces escarbaban en las heridas con largas sondas hasta dar con algo duro, introducían las tenazas, cogían el objeto y procuraban extraerlo. A veces solo se daban cuenta tras cierto esfuerzo de que sostenían un hueso y no el plomo deformado. De vez en cuando los pacientes sobrevivían al procedimiento.

Hubiese sido mejor que los que morían hubiesen renunciado a los servicios del barbero, porque entonces se habrían ido al infierno sin pasar por ese martirio.

En aquel entonces, Cosmas había comprobado la asombrosa capacidad de resistencia del cuerpo humano frente a las heridas y cuán expuesto estaba a las infecciones causadas por los intentos de curar dichas heridas. Incapaz de explicar con precisión de dónde procedía la idea, Cosmas había realizado diversos experimentos: empezó por lavar las sondas y las tenazas con vino, después las roció con orina, las puso al sol y por fin las apoyó en un brasero hasta que se volvieron candentes. Lo último fue lo que produjo los mejores resultados. El hierro candente detenía la hemorragia y, además, generalmente el paciente se desvanecía, lo cual suponía ahorrarse los gritos y el pataleo y el dinero de los forzudos que sujetaban al paciente.

Allí no había forzudos. Su paciente solo gritó con moderación, no pataleó en absoluto y solo se desvaneció relativamente tarde.

Incluso durante el lavado de las heridas —que Cosmas emprendió mediante una mezcla de orina, agua hervida y una decocción de salvia, camomila y árnica, y que introdujo en la herida lo más profundamente posible mediante una sonda— el paciente tuvo una paciencia asombrosa y solo demostró que notaba lo que le estaban haciendo a través de su palidez, el sudor que le cubría la frente y los pelos erizados de la nuca.

No, eso tampoco lo satisfacía de verdad, sobre todo porque el intento de entusiasmarse por los dolores que causaba provocó una extraña palpitación en el diafragma de Cosmas, semejante al de una considerable resaca después de una noche dedicada a consumir grandes cantidades de vino. Cosmas consideraba que si uno no había bebido ni una gota de vino la resaca era el colmo de la ironía.

—Tú lo tienes fácil —le dijo al prisionero antes de poder impedirlo.

El hombre no contestó. Durante unos momentos Cosmas lo observó mientras el hombre hacía ejercicios, primero boca abajo y después de espaldas. Le parecía imposible que las heridas no siguieran causándole dolor. Estaban limpias y no se habían infectado, pero eran profundas y algo así no cicatrizaba en un par de semanas. Solo de vez en cuando el prisionero soltaba un gruñido de dolor, confirmando que aún le causaban problemas. Se había vuelto mucho más delgado desde el día en el que lo transportaron allí, pero Cosmas supuso que estaba tan en forma como lo que se podía esperar de un hombre sujetado a una larga cadena y a una estaca clavada en el suelo y observó sus progresos con cierta preocupación.

El prisionero abandonó los ejercicios y se acercó a la mesa haciendo tintinear la cadena; esta era lo bastante larga como para que pudiera sentarse. Cosmas ocupaba el otro extremo. Antaño la mesa debía de haber formado parte de los muebles de una casa más pudiente que esa choza de campesinos en medio del bosque; era lo bastante larga como para que Cosmas permaneciera fuera del alcance de las manos del prisionero. No dudaba de que el hombre, si lograra agarrarlo, le habría propuesto un trato sencillo: la vida de Cosmas por la llave de la cadena, y tampoco dudaba de que en dicho caso lo único que le esperaba era la muerte, porque él le hubiera dado la llave y después la mujer de blanco y el diablo principal hubiesen acabado con él.

—En realidad ellos ya no te necesitan —dijo el prisionero, que ya había demostrado varias veces que, al parecer, su serenidad le permitía leer los pensamientos de otro—. En todo caso no por mí. Pero ignoro si tienes algún otro papel en este lugar, desde luego.

Cosmas calló. Por una parte porque no tenía ningunas ganas de pensar en ello y por otra, porque el prisionero ya lo había engañado varias veces y Cosmas casi le había revelado una parte de aquello que le ordenaron no revelar.

—¿Qué dices cuando te preguntan cómo me encuentro?

—Que aún no te has recuperado por completo —gruñó Cosmas.

—Ajá —dijo el prisionero—. Yo también digo lo mismo cuando me preguntan.

—¿Es que te lo preguntan? —exclamó Cosmas, sorprendido.

—Cada dos o tres días.

—¿Quién? ¿La señora...? —preguntó, se interrumpió y dirigió una mirada furibunda al otro—. ¡Oh no! —dijo, meneando la cabeza con amargura—. ¡Oh no, oh no, oh no!

El prisionero se encogió de hombros, simulando que no se había percatado del desliz.

—Ambos mentimos —dijo.

—Te estoy profundamente agradecido —dijo Cosmas en tono irónico, y trató de disimular que en realidad lo estaba.

—Claro que un día todo esto se acabará.

—Por supuesto.

—Entonces harán conmigo eso para lo cual me mantuvieron con vida, y contigo... —dijo, y se pasó el dedo por la garganta.

—No me asustas —dijo Cosmas, mintiendo.

El prisionero se reclinó.

—Eso me tranquiliza. No me gustaría que tus manos temblaran aún más. Presa de la furia, Cosmas ocultó las manos bajo la mesa.

—No tienes motivos para quejarte. Estás vivo, ¿no?

—En casa tengo un tonel de Tokaji —dijo el prisionero—. Hay gente que dice que el moscatel es mejor, otros juran que el commandaria o el Málaga. No sé...

—Cállate —dijo Cosmas, y tuvo que hacer un esfuerzo por tragar la saliva acumulada en la boca.

—¿Tampoco te gusta el vino dulce? Pues entonces tenemos algo en común. Deja que lo adivine... ¡El Biturica! Eres del tipo de persona al que le agrada el biturica. Ese sabor a grosella negra...

—¡He dicho que calles!

—¿El crabat noir? Vaya, ese es afrutado, pero sin ser ácido... muy apetecible, ni siquiera pierde el sabor si le añades agua.

—¡Calla de una vez!

—¿Tampoco? Dime cuál te agrada. El carmenere... ¿de veras? ¿Uno tan pesado? He intentado en vano obtener un tonel, es tan caro como el oro líquido.

Cosmas temblaba. El prisionero parecía reflexionar.

—¿El pinot? Vaya: suave, redondo, ágil...

—¡CALLA! —aulló Cosmas.

—¡Ya lo sé! El sangiovese: la sangre de Júpiter. ¡Caramba, tienes buen gusto!

—¿Dónde crees que estás? —rugió Cosmas—. ¡Sigue soñando con tu vino, necio! ¡Aquí lo único que hay es pan y agua, y al final una boca llena de tierra cuando te sepulten! Estás en el culo del mundo, hombre, y aunque lograras correr hasta Brno, seguirías estando en el culo, porque te atraparían y cuando te atraparan desearías que extrajera cien balas de tu maldito cuerpo, porque eso sería como una suave caricia en comparación con lo que harían contigo, y si no me crees, pedazo de perro estúpido, entonces rompe la cadena con los dientes y echa a correr, pero después no digas que no te advertí ni me pidas que te ayude porque una vez más observaré cómo te cortan en pedazos y entonces háblales de vino, pedazo de idiota...

Cosmas se interrumpió; se había quedado sin aliento, de pronto tenía la camisa pegada al cuerpo y jadeaba como si hubiera remontado una montaña a la carrera. Notó que la saliva se derramaba por su mentón.

—¿Así que desde aquí se puede correr hasta Brno? —preguntó el prisionero.

Cosmas soltó un grito torturado, se volvió bruscamente y abandonó la choza. Casi creyó que el prisionero correría tras él, pero no oyó el ruido de la mesa cayendo ni la cadena estirándose ni el grito ahogado cuando la estaca lo hizo caer al suelo. No oyó nada. Al parecer, el prisionero permaneció tranquilamente sentado en la silla.

Gimiendo y gritando de rabia y de pena, Cosmas tropezó a través del bosque.

¿Qué clase de infierno era ese, donde incluso las almas en pena podían torturarte?

Cuando un guardia entró con el estruendo acostumbrado el cardenal Melchior Khlesl alzó la vista. Hacía días que los rostros eran los mismos, por lo visto al rey Fernando se le acababan los soldados. El cardenal estaba bien informado acerca de todo lo acontecido en Bohemia, quizás aún mejor que los respectivos cabecillas de las partes, Fernando de Habsburgo y Heinrich Matthias von Thurn. De momento, ambos bandos estaban firmemente convencidos de que el otro ya tenía a sueldo un ejército y se armaba como un demente. La guerra era ya inevitable y, dado que la mayoría se alegraba de ello, el cardenal había dejado de preocuparse por el asunto. Si algo le apenaba era que la fortuna que había acumulado —y que su católica majestad el rey Fernando había arrojado por la ventana— y que antaño quiso dejarle a la familia de Cyprian, en ese momento servía para pagar el betún destinado a las botas de los oficiales y a las putas del contingente que seguía al ejército.

Entonces entró el lacayo del administrador del castillo.

—Aquí está la comida, Eminencia —dijo—. Truchas y agua, como vos deseabais, ¿verdad?

Melchior inclinó la cabeza con rostro inexpresivo. Al parecer había noticias frescas.

—¡Anda! —exclamó uno de los guardias que, a juzgar por su deje, Melchior ya había identificado como un hombre del ducado de Maximiliano de Baviera. El lacayo se volvió hacia el cardenal.

—Comed antes de que se enfríe —dijo en tono impaciente.

Entonces Melchior se horrorizó al ver que el soldado cogía el jarro, dirigía una sonrisa maliciosa al lacayo, y derramaba el contenido del jarro en el suelo. El agua salpicó el suelo de madera y el soldado metió un dedo en la jarra para quitar la pieza de cobre insertada y la dejó caer. Atónito, Melchior se limitó a observar al hombre mientras este volvía la jarra del revés para que los utensilios de escritura cayeran.

Pero nada cayó.

El soldado parpadeó, desconcertado.

Después cogió la bandeja, la arrancó de las manos del lacayo y también la volvió. Una trucha magníficamente asada cayó al suelo, los guisantes rodaron en todas direcciones y el plato de arcilla se hizo pedazos. El lacayo no sostenía nada en las manos, nada estaba pegado en la cara inferior de la bandeja. El soldado entornó los ojos y se quedó boquiabierto. Entonces volvió a enderezar la bandeja.

—¿Qué? —preguntó el lacayo.

—Vete a la mierda —espetó el soldado, sin saber qué hacer.

—Ahora ya podéis ir a buscar más comida para Su Eminencia —gruñó el lacayo—. Yo no soy vuestro pelele.

Los soldados intercambiaron una mirada; el que había hecho el registro comenzó a sonrojarse.

—¡Tú te quedas aquí! —ladró.

El lacayo asintió con la cabeza.

Los soldados salieron dando pisotones, olvidando la orden de que jamás debían dejar al cardenal a solas con otra persona. El lacayo se encogió de hombros, extrajo un paquetito de correspondencia de la chaqueta, así como una pluma y un tintero del bolsillo. Los apoyó en la cama del cardenal y este los cubrió con la manta.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó el cardenal.

El lacayo se encogió de hombros una vez más. Después se tocó la nariz.

—Hay que tener olfato —dijo, se acercó a la ventana y se asomó—. Tenemos visita.

—¿Quién es?

—Ni idea. Un individuo importante, me parece.

—¿Es que no lo has visto?

—¿Cuándo? Aquí estamos lejos de todo, ¿no? Ni siquiera sabría qué aspecto tiene el emperador.

Melchior adelantó el labio inferior. El lacayo asintió con la cabeza.

—Vaya —dijo—, todos los Habsburgo tienen el mismo aspecto, ¿verdad?

Los soldados regresaron con otra bandeja, otra trucha y otra jarra. Esa vez contenía vino. Ambos hombres ponían la cara que ponen todos los soldados del mundo cuando les han echado una bronca por cumplir con su deber y no comprendían qué habían hecho mal.

—Buen provecho —dijo el lacayo—. Regresaré cuando me haya ocupado de la visita, ¿de acuerdo?

Melchior echó una ojeada a los documentos al tiempo que separaba la fragante carne de las espigas. Eran copias de documentos que él había solicitado. Esa vez no los había enviado Wenzel, sino uno de sus propios secretarios que, tras la detención del cardenal, había encontrado trabajo con el obispo Lohelius y aprovechaba su puesto en el obispado para hacerle ocasionales favores a su antiguo amo. Había pasado un tiempo hasta que el cardenal los recibió; acceder a los documentos no resultó sencillo y tuvo que obtener algunos a través de la escribanía del prefecto de Moravia. Pero en la época en la que aún ocupaba el puesto de ministro imperial, Melchior siempre se había encargado de que sus secretarios y escribientes mantuvieran los mejores contactos posibles, sobre todo con otros secretarios tan curiosos e ingeniosos como ellos mismos, y en esa ocasión también había tenido razón.

De pronto se interrumpió, se limpió distraídamente los dedos en su atuendo y volvió a hojear un par de documentos. Entonces frunció el ceño.

Había visto la fecha de una defunción, pero faltaba la inscripción en el registro de la iglesia. Eso significaba que alguien había muerto pero no había sido enterrado.

Volvió a examinar todos los documentos. Conocía muy bien al hombre que figuraba en los registros: nunca hubiera pasado algo así por alto. Si faltaba la inscripción en el registro de la iglesia, entonces no existía. Estaba especialmente seguro de dicha circunstancia porque había insistido de manera explícita en que ambos eran importantes. Algo que Wenzel había apuntado en el borde de una de sus cartas había hecho que el anciano cardenal se le ocurriera la idea de solicitar esos papeles.

Por fin se inclinó hacia atrás y apartó la bandeja. Sacó los utensilios de escribir de debajo de la manta, volvió uno de los documentos del revés y encontró un poco de espacio en la cara posterior de la hoja. Estaba demasiado impaciente como para frotar la piedra de tinta, así que sumergió la pluma en el pesado vino tinto. En el papel apareció un pálido trazo que se fue haciendo cada vez más nítido a medida que el vino disolvía la tinta seca de la pluma. El dibujo parecía un árbol genealógico. El cardenal recordaba los datos y las fechas importantes de los hombres influyentes de la corte imperial, así que no tardó en crear un sistema formado por numerosos casilleros y círculos en los que aparecían iniciales. En el centro se encontraban dos casilleros de gruesos bordes unidos por un doble anillo: el símbolo habitual que indicaba un matrimonio. A izquierda de ambos casilleros se elevaba una línea que se dividía en dos y conducía a otros casilleros. El cardenal reflexionó, consultó varios de los documentos contrabandeados y luego contó con los dedos. La

pluma garabateó iniciales en los otros casilleros: V, J, E, F y B. A cada uno de esos cinco casilleros añadió un anillo doble, un casillero a un lado y más líneas que acababan en el vacío. Quien contemplara el dibujo debía darse cuenta de que el cardenal había prestado una atención especial al árbol genealógico que aparecía a la izquierda del casillero central. Por último dibujó un sexto casillero a un lado de los cinco símbolos de matrimonio, y este quedó vacío. Trazó una línea desde ese casillero hasta el casillero central de la izquierda. Luego volvió a reflexionar y engrosó la línea cada vez más hasta que de pronto la pluma se dobló y salpicó el papel. Las manchas de vino tinto mezclado con tinta parecían gotas de sangre que se extendieron con rapidez por encima de la entre tanto perfectamente visible obra de arte.

El cardenal contempló su dibujo con el ceño cada vez más fruncido. La pluma se movía casi sin su ayuda y dibujó una Z con arabescos en el casillero central de la derecha y una P igual de artística en el de la izquierda. Luego se detuvo por encima del único casillero aún vacío, ese que había situado al final junto a los cinco casilleros con las letras V, J, E, F y B. La pluma rozó el papel, trazó una pequeña curva, se despegó de la superficie y marcó un grueso punto debajo de la curva. Tal vez el gesto fue demasiado abrupto, porque la pluma se abrió, el punto se unió con los arabescos superiores y de repente el signo de interrogación se convirtió en una calavera infantil.

El cardenal se inclinó hacia atrás. Tenía la sensación de que acababa de hacer el descubrimiento más importante desde el día que lo encerraron, pero ¿a quién podía hacérselo llegar? En ese caso muy especial, el canciller imperial —que de lo contrario lo apoyaba en secreto siempre que podía— no era la persona indicada. Desconcertado, clavó la vista en la calavera creada por error. Le pareció que esta le sonreía y sintió frío.

Cuando los guardias entraron junto con el lacayo, hacía un buen rato que Melchior había ocultado todas las pruebas de su correspondencia secreta. Los utensilios de escritura estaban en el interior de la trucha casi intacta, y los documentos se hallaban bien sujetos debajo de la bandeja. El cardenal Melchior también era capaz de darse maña si disponía del tiempo suficiente para practicar. Pero entonces en vez de tenderle la bandeja al lacayo, alzó la cabeza con aire de sorpresa: el último en entrar fue el administrador del castillo, retorciéndose las manos.

—Hay alguien aquí que desea hablar con vos, Eminencia —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Melchior y con el rabillo del ojo vio que el lacayo se encogía disimuladamente de hombros.

Un hombre entró en la confortable celda del cardenal. Era flaco y de cabellos grises, y su rostro flácido estaba surcado de arrugas, pero eso no era lo primero que llamaba la atención: el hombre irradiaba una desesperación casi incontrolable y un odio que hacía olvidar todo lo demás. Parecía estar temblando. Melchior entornó los ojos. No era ningún milagro que el propio administrador hubiese acudido y se retorciera las manos; él, Melchior, tampoco hubiese permitido que el hombre fuera solo a ninguna parte. Una segunda mirada le permitió fijarse en el hábito negro bajo el amplio manto.

—Ni siquiera me reconoces —susurró el visitante.

Y entonces se abalanzó sobre el cardenal.

La bandeja salió volando y cayó al suelo, y los restos de pescado, la jarra medio vacía y los documentos ocultos se desparramaron por la habitación. Melchior cayó al suelo. Oyó los gemidos y los jadeos del hombre que lo había atacado. De algún modo se las arregló para aferrar las delgadas muñecas y no las soltó. El atacante trataba de rodearle el cuello con las manos, pero Melchior logró impedirlo. Previó que el hombre nunca volvería a soltarlo, que si le cortaran las manos de un hachazo seguiría agarrándolo del cuello. Todas las fibras de su cuerpo estaban tan llenas de odio que ni siquiera la muerte hubiera apagado ese sentimiento.

Pero todo eso solo ocupaba un lugar secundario en el cerebro del cardenal Melchior al tiempo que luchaba con el hombre del hábito benedictino. Lo primero que pensó fue que acababan de descubrir su correspondencia secreta y que ya no tendría oportunidad de proseguir con ella. La idea lo enfadó y logró separar las manos de su adversario hasta tal punto que este perdió el equilibrio y se desplomó lentamente sobre el cuerpo del cardenal. Durante un instante ambos permanecieron tendidos uno junto al otro y Melchior oyó la respiración entrecortada del hombre. De repente supo quién era y, más que el ataque, lo conmocionó la rapidez con la que el otro había envejecido.

Entonces le quitaron el peso de encima. Los soldados arrastraron al hombre envuelto en el hábito de benedictino y lo separaron del cardenal. El lacayo del administrador del castillo ayudó a Melchior a ponerse de pie.

—¡Nunca creí que pasaría esto! —gritó el administrador—. De lo contrario no lo hubiese dejado pasar. Es un miembro de la delegación...

—Abad Wolfgang Selender —lo interrumpió Melchior con voz serena.

—Ya no existe un abad Wolfgang —siseó el benedictino, pero dejó de debatirse—. Ya no existe un convento de San Wenceslao en Braunau. Lo único que aún existe es el hombre que tiene la culpa de todo eso.

El atuendo de Wolfgang Selender era nuevo, todo lo demás parecía desgastado durante más de una vida. Melchior meneó la cabeza. Durante su último encuentro, el año pasado en Braunau, su propia ira y espanto por la desaparición de la Biblia del Diablo todavía habían sido demasiado intensos, pero ese día lamentaba la pérdida de un amigo. Vio que lágrimas de ira y de desesperación empañaban los ojos del abad Wolfgang.

—Era feliz —susurró Wolfgang—, era feliz allí en la costa, en la abadía de Iona siempre acompañado por el coro del rumor del mar. Mi único deseo era volver a oír ese rumor algún día.

—Yo no tengo la culpa de la extinción del convento —dijo el cardenal—. Y en cuanto a ti y a tus monjes: te envié protección en cuanto me informaron de lo ocurrido en Braunau. Sabes que mi sobrino perdió la vida durante esa expedición.

—Lo que le costó la vida fueron tus intrigas, no yo.

—Tampoco te culpo de ello.

—¡Pero yo te culpo a ti! Por eso... y por todo lo demás. ¡Siempre fingiste que querías impedir que el diablo hiciera su trabajo! —exclamó Wolfgang, y tendió el puño contra él con el meñique y el índice rígidos; con el rabillo del ojo, Melchior vio que el administrador se persignaba—. ¡En realidad, tú le ayudaste a cumplir con él!

—¿Para qué has venido, Wolfgang? Si quieres alegrarte por lo profundo de mi caída no dejes de hacerlo.

—Iré a Roma, te denunciaré y daré fe de tus intrigas.

—¿Por qué en Roma?

—Porque te llevarán allí. Te llevarán ante el tribunal de la Inquisición.

Melchior procuró disimular que el anuncio lo inquietaba.

—Me parece dudoso que el rey Fernando logre convencer al Santo Padre que oponerse a su belicismo supone una ofensa contra Dios y la Iglesia.

—Ya lo veremos, Melchior. ¡Ya lo veremos! —dijo Wolfgang, y se desprendió de las manos de los soldados—. ¡Soltadme! No volveré a ensuciarme las manos con ese traidor.

Los soldados lo soltaron y Wolfgang abandonó la habitación sin dignarse a mirar al cardenal ni a los demás. Melchior permaneció inmóvil. El administrador del castillo carraspeó.

—No lo sabía... —musitó.

—Todos tienen derecho a tener su propia opinión —dijo Melchior, obligándose a hablar en tono indiferente.

—Pero, sin embargo..., ese ataque...

El administrador se agachó y recogió los documentos desparramados. Lo hizo un segundo antes que Melchior y el lacayo, que también se habían agachado, pero no se dio cuenta y se los alcanzó al cardenal, que se quedó de piedra.

—Vuestros documentos. Perdonad...

Pero se interrumpió cuando superó el bochorno y se preguntó de dónde podría haber sacado esos papeles alguien que tenía prohibido cualquier contacto con el exterior. El administrador clavó la mirada en el desordenado puñado de papeles que sostenía en la mano y después dirigió la mirada a los restos de la comida. La pluma y el tintero estaban mezclados con los restos del pescado. La acidez del pescado asado había afectado la piedra de tinta y creado una pequeña mancha en el suelo. Lentamente, el administrador alzó la vista y contempló a Melchior con expresión atónita.

Melchior le devolvió una mirada pétrea. Era lo único que podía hacer.

—¡Dios mío! —dijo el administrador—. ¡Dios mío!

Dio media vuelta y salió a toda prisa sin soltar los documentos. Los soldados no sabían qué hacer y por fin echaron a correr tras él. Durante un momento demencial parecía que el cardenal prisionero podría limitarse a salir por la puerta, pero entonces regresó uno de los soldados y se apostó en el umbral. Era el hombre oriundo de Baviera y parecía querer apuñalar a Melchior con la mirada.

Este contempló al lacayo.

—Mierda —dijo el lacayo.

Sin que el cardenal Melchior Khlesl lo advirtiera y tampoco Wolfgang Selender, arrodillado en la capilla y elevando una plegaria asfixiada por el odio y la desesperación, el paquete de documentos pasaba de una mano a otra en la gran sala del castillo.

—¡Juro que no lo sabía! —tartamudeó el administrador.

El hombre a quien le había entregado el paquete hojeó los documentos, se detuvo y contempló uno de ellos con ojos desorbitados. Cogió la hoja que le había llamado la atención: era el confuso dibujo de un árbol genealógico con una incógnita, confeccionado por el cardenal Melchior. Lo sostuvo con los dientes y siguió hojeando, halló la fecha de la defunción, buscó la inscripción en el registro de la iglesia al igual que el cardenal y no la encontró. Su rostro se volvió sombrío y contempló al administrador.

—Me hago responsable de ello, desde luego —dijo el administrador y trató de ponerse firme, pero fracasó.

Su interlocutor cogió la hoja que sostenía entre los dientes y la puso junto con las otras.

—Nadie debe saber que me he adueñado de este documento —dijo.

—Por supuesto —dijo el administrador del castillo—. Por supuesto. No hay problema. Como vos queráis, canciller imperial Lobkowicz.

Durante dos días Alexandra había recorrido las fases que iban desde la inseguridad, la angustia y el temor hasta el enfado. No comprendía por qué Heinrich no había entrado en su alcoba en la primera noche que ambos pasaron en Pernstein. Estaba segura de que la presencia que percibió ante la puerta fue la suya. Y aún menos comprendía por qué la había dejado sola, sin despedirse, sin noticias y sin una explicación. Lo amaba, pero le pediría cuentas cuando regresara, de eso estaba convencida. ¡Y después él se sentiría abochornado! Ya había imaginado la conversación mentalmente.

Pero aun cuando lograra mantener viva su ira contra su amado... con respecto a su anfitriona las cosas eran distintas. Todas las comidas tras aquella primera y sombría cena las había disfrutado a solas, una solitaria figura en la inmensa sala empeñada en no dejarse intimidar, pero sintiéndose más insegura con cada hora que pasaba. Nadie le había prohibido vagar por el viejo castillo, así que recorrió los pasillos, un recorrido a través de despojos y abandono en cuyo trayecto mohoso e infestado de telarañas encontró obras de arte que también podrían haberse encontrado en el castillo de Hradčany. Nadie parecía prestarles una atención especial, las pinturas desprendían un brillo sombrío en medio de las sombras, los lienzos estaban ondulados o cubiertos de manchas, polvorientas telarañas asfixiaban estatuas y ornamentos como las plantas trepadoras a los árboles de un bosque.

Se había encontrado dos veces con la señora de ese enmohecido esplendor. La primera vez había doblado por una esquina y la mujer de blanco había estado de pie en medio del pasillo, contemplándola con rostro inexpresivo. Alexandra apenas logró reprimir un grito asustado; saludó y recibió un saludo, y tras una larga y abochornada pausa había seguido caminando. Aún percibía la mirada de los verdes ojos de lince en la nuca cuando hacía un buen rato que había dejado atrás dos esquinas más. La segunda vez se había asomado al hueco de una ventana de uno de los saledizos y se sorprendió al ver el puente de madera que conducía a la torre

del homenaje delante de sus narices. Al igual que el día de su llegada, la figura blanca estaba de pie en el puente, asomada al abismo, con los largos cabellos ondeando en torno a la cabeza como si fuera una Medusa y los cabellos un nido de agitadas y retorcidas serpientes. La contempló fijamente, fascinada y también asqueada hasta que la solitaria figura de pronto se volvió y, atemorizada, Alexandra se retiró de la ventana.

Su aspecto no dejaba de incrementar la sensación de irrealidad que afectó a Alexandra desde el principio. El poder irradiado por una persona que hasta entonces solo había visto como una estrella de brillo tenue junto al canciller imperial resultaba inquietante. Alexandra siempre había estado convencida de que un día estaría junto a su propio marido y que sería algo más que un objeto decorativo, y que los demás también la percibirían como una persona independiente. Y allí había una mujer a cuyo lado todas las demás personas se limitaban a ser meros objetos decorativos... y en comparación con ella misma, ni siquiera uno especialmente vistoso.

Alexandra remontó una escalera que, según supuso, debía de conducir hasta el entramado del tejado del edificio principal. Allí ya no había huecos de ventanas, sin embargo, una luz tenue parecía provenir de más arriba. Sus zapatos dejaban huellas en los peldaños; la escalera era de madera, más abajo había sido de piedra. Por lo visto, las reformas mediante las cuales intentaron convertir una fortaleza defensiva en un castillo habitable no habían llegado hasta ese lugar. Además, el polvo acumulado en el suelo demostraba que allí rara vez acudía uno de los habitantes de Pernstein. Durante un instante Alexandra se sintió como aquel día en que, junto con Wenzel, se introdujo subrepticamente en la bodega de la vieja ruina de la empresa Wiegant & Wilfing y lamentó que en ese momento Wenzel no estuviera a su lado. Y al mismo tiempo volvió a recordar el sabor del beso que él le dio, y ello aumentó su confusión aún más. De lo contrario, quizás hubiera dado media vuelta cuando descubrió el origen de la luz: justo por debajo del tejado un trozo del muro había caído hacia dentro. Los escombros obstaculizaban la escalera, pero Alexandra trepó por encima sin prestar mayor atención a lo que hacía y se adentró en el desván.

Si los pasillos ya se asemejaban a una extraña copia del gabinete de curiosidades imperial, allí la ilusión era total. Había marcos de cuadros amontonados, solo medio cubiertos de lienzos desgarrados de modo que parecían ocultar ataúdes depositados por debajo. Figuras, estatuas, objetos artísticos, porcelanas, cristalería... era como si allí alguien hubiese guardado un tesoro para un uso que jamás había tenido lugar. El desván poseía

buhardillas separadas empotradas en el tejado y cerradas mediante persianas de madera. Algunas habían caído hacia fuera y dejaban pasar un poco de luz en medio de la semioscuridad en la cual el recinto parecía extenderse hasta el infinito, una catedral dedicada al difunto dios del arte donde los pilares que sostenían el tejado y las vigas formaban una suerte de bóveda. Fascinada, Alexandra penetró en ese sombrío universo.

Todas las obras de arte estaban reunidas en la parte delantera del desván. Más allá reinaba una oscuridad en la que solo se adivinaban las formas de vigas, arcones y un ocasional brillo metálico. Al final del recinto Alexandra vio un cono de luz en el que se encontraba otra forma cubierta por un paño blanco. Allí también parecían haberse desprendido algunas persianas de madera de las buhardillas y se sintió atraída como un insecto que vuela hacia la luz.

A mitad de camino tropezó con algo duro que rodó hacia la negrura. Trató de penetrar en las sombras con la mirada, pero solo alcanzó a ver una forma redonda. Entonces se abrió paso a tientas hasta el tejado, encontró una de las buhardillas y quitó la persiana. Cuando la claridad penetró en el desván tuvo que parpadear, deslumbrada, e invadida por un mal presentimiento, pensó que siempre parecía menos doloroso adaptarse a la oscuridad que a la luz.

El objeto era la cabeza de una estatua vuelta boca abajo. La propia estatua se encontraba un poco más allá; debía de haber caído y la cabeza se había desprendido. Se le encogió el estómago cuando comprendió que no existía un motivo sensato que explicara por qué la estatua estaba tendida en ese lugar y no junto a las demás y por qué había caído por sí sola. Era la estatua de una mujer medio desnuda, agachada y envuelta en un marmóreo paño de elegantes pliegues que ocultaba sus vergüenzas y una parte de sus piernas, una Venus surgiendo de las olas que rodeaban su pedestal.

Alexandra se agachó e hizo girar la cabeza de la estatua a medias. Vio el cabello tallado formando un peinado antiguo, la cuenca vacía de un ojo y el perfil clásico de mejillas redondeadas. La cabeza era más liviana de lo que había creído. La alzó y volvió el rostro blanco del todo.

La luz lateral hizo que la otra mitad de la cara pareciera monstruosa. Un profundo cráter deformaba gran parte del rostro, como si la peste hubiese devorado la carne desde el ojo hasta la boca. Alexandra dejó caer la cabeza, el rostro destrozado la contemplaba fijamente. Se puso de pie de un brinco y retrocedió un paso con el corazón palpitante.

«Solo es un rostro de piedra dañado —se dijo—. Por eso la estatua se encuentra aquí: porque ya no puede ser exhibida».

Pero se estaba mintiendo a sí misma. El agujero en el rostro de Venus no era el producto de un accidente; estaba segura de que alguien lo había deformado adrede, al igual que después alguien había decapitado la estatua como si fuera la venganza ciega de un alma enferma causada por la belleza perfecta de la obra. Alexandra apretó los puños y se esforzó por serenar su respiración. De pronto su único deseo fue largarse de allí lo antes posible. Echó un rápido vistazo al montón de obras de arte apiladas junto a la entrada del desván como si tuviera que asegurarse de que aún estaba allí. Después se volvió hacia el cono de luz situado en el otro extremo del desván y comprobó que se encontraba justo en el medio de la viguería. Los apresurados latidos de su corazón dieron paso a otros más lentos que le permitieron recuperar el aliento pero que no redujeron su angustia. En algún momento de los últimos segundos su ira frente a Heinrich se había desvanecido y deseó que él estuviera allí. Intentó imaginar su rostro, pero el de Wenzel lo desplazó y volvió a contemplar el cono de luz.

Por fin siguió avanzando con mayor precaución. La Venus caída quedó atrás como un guardia mudo y muerto.

El cono de luz estaba formado por los huecos de dos buhardillas anexas, ante las cuales estaban tendidas las persianas una encima de la otra. No se habían desprendido: las habían quitado adrede. La forma cubierta por un paño parecía la de un pequeño arcón contra el que había algo apoyado: más cuadros a juzgar por las formas angulosas. Por ningún motivo en particular, la sensación que uno podría experimentar cuando penetraba en una iglesia desierta y se disponía a husmear en el sanctasanctórum se adueñó de Alexandra. Un momento después se dio cuenta del motivo: el arreglo parecía un santuario. Tras unos instantes se convenció de que eso no era un santuario que santificaba la belleza, la bondad de Dios o tal vez solo el recuerdo nostálgico de un difunto, sino que era un cenotafio de odio y de envidia. Cuando tendió la mano para coger el paño fue como si algo le golpeará los dedos.

Aunque no quería hacerlo retiró el paño. La tensión en el estómago había dado paso a un doloroso nudo. Otro paño cubría los cuadros. El arcón tenía una cerradura, pero la llave estaba puesta y se observó a sí misma abriendo la tapa...

... y de pronto supo lo que vería. Una mueca momificada con las dos hileras de dientes en la boca abierta, cuencas vacías, una mano seca de largas garras como las de un ave, garras que habían crecido tras la muerte. Clavó la mirada en la mueca y de repente la boca se abrió y se cerró, la garra se agitó y

le aferró la muñeca, la cabeza se volvió lentamente y la mirada vacía se clavó en la suya.

El arcón contenía ropas, viejas joyas, cofias arrugadas y coronitas de flores totalmente secas. Alexandra lo contempló todo fijamente. Durante un momento el recuerdo de los cadáveres de los dos enanos que habían ocupado el arcón oculto en la vieja ruina fue tan intenso que había vuelto a verlos. El corazón le latía como un caballo desbocado. Cogió una de las arrugadas cofias: había pertenecido a una niña o a una joven. La tela era quebradiza como un viejo pergamino; los otros objetos también pertenecían a otro mundo, el mundo del recuerdo. En ellos Alexandra reconoció las pertenencias de una muchacha que todavía ignoraba que el mundo no se abriría a sus sueños sin que ello supusiera pagar un elevado precio. Las coronitas se deshicieron en cuanto las tocó.

Por fin volvió a cerrar la tapa y tironeó del paño que cubría ambos cuadros. Tuvo que hacer un esfuerzo porque el paño se resistía. Lo alzó para ver qué aparecía en el primer cuadro.

Esa vez soltó un grito de espanto.

El primer cuadro era el retrato de una niña de mirada seria, con una cofia cubriéndole el cabello y envuelta en un atuendo blanco cerrado hasta el cuello, rematado por una gran gorguera de volantes. No cabía ni la más mínima duda de que se trataba de un retrato infantil de Polyxena von Lobkowitz. El pintor había logrado reproducir el verde de los ojos con tanta precisión que estos casi resplandecían en medio de la palidez del rostro.

Desde el ojo hasta la boca el lado izquierdo de la cara aparecía una horrenda herida abierta formada por el lienzo desgarrado, fibras arrancadas y pintura desprendida. Era el retrato pintado de la profanada Venus y parecía no haber sido destrozado con un cuchillo, sino con las uñas. Alexandra se llevó la mano a la boca para apagar su grito. El retrato cayó al suelo y reveló el segundo cuadro situado detrás. Se trataba de otro retrato de su anfitriona, en esa ocasión cuando era una muchacha, tal vez cuando tenía una edad en la cual podría haber llevado las prendas que contenía el arcón. El retrato estaba intacto. Alexandra temblaba como una hoja.

—Está muerta —dijo una voz áspera a sus espaldas.

Alexandra se volvió bruscamente. Su anfitriona contemplaba el cuadro. Alexandra creyó que los latidos de su propio corazón la asfixiaban.

Un brazo blanco pasó a su lado y enderezó el retrato caído. La segunda vez el agujero desgarrado del rostro resultaba todavía más horripilante. Alexandra resolló.

—¿Quién... quién es? —balbuceó.

—Está muerta.

—¿Era vuestra hermana? El parecido... creí que...

La mirada de los ojos verdes se clavó en ella: era como si la contemplaran los ojos del rostro destrozado del retrato y Alexandra sintió vértigo.

—He irrumpido aquí —tartamudeó—. No quería... Lamento haber...

—Quiero mostrarte algo.

El rostro maquillado era casi tan blanco como el de la estatua decapitada. Alexandra no podía despegar la vista de él.

—¿Quién hizo eso... por qué el retrato...? ¿Y la estatua de Venus? ¿Quién la destruyó?

—Ven conmigo —dijo la mujer de blanco—. Todavía no has recibido la bienvenida que mereces. Quiero enmendarlo.

—¿Qué...? ¿Qué queréis decir?

Pero la mirada de los ojos de lince era tan insistente que se incorporó y siguió a la resplandeciente figura hasta la entrada del desván. Alexandra esquivó la estatua decapitada tendida en el suelo.

—No es Venus —dijo Polyxena von Lobkowitz—. Es la diosa de la caza. Es Artemisa, cuando Acteón la sorprendió durante el baño. Antes de que ella lo convirtiera en un ciervo y sus propios perros lo hiciesen pedazos.

Alexandra no sabía qué debía contestar. Era como si hubiese recibido un mensaje que no comprendía.

—¿Cómo se llamaba vuestra hermana? —preguntó, para disimular la angustia que todavía la atenazaba.

—Kassandra —dijo su anfitriona.

Abandonaron el edificio principal, atravesaron la pequeña plaza delantera y se dirigieron a la torre del homenaje.

—¿Aún quieres saber a quién viste en la ventana cuando llegaste aquí?

La inesperada pregunta la desconcertó por completo.

—Sí —contestó, sin saber si realmente lo deseaba y qué importancia podía tener.

Su guía abrió una pequeña y sólida puerta en la planta baja de la torre del homenaje. En la habitación situada por detrás reinaba un olor plomizo mezclado con los restos del humo de las antorchas y del sebo calentado. Era alta y la escasa iluminación penetraba a través de dos anchos huecos de ventanas situadas a media altura. Un enorme conjunto de aparatos apoyado sobre un pedestal de piedra ocupaba casi toda la superficie del suelo. Bandas de metal sujetaban las maderas viejas y ennegrecidas a la piedra. Un gigantesco rodillo estaba apoyado en la parte superior de la construcción, en ambos extremos del rodillo había ruedas de radios, frenadas mediante ruedas dentadas de hierro. De pronto Alexandra dirigió la vista a las dos ventanas. Sospechaba qué era eso que veía ante sí: el antiguo mecanismo que antaño había movido un puente levadizo, cuando la torre del homenaje aún custodiaba el acceso a la fortaleza. Si el puente levadizo todavía existiera, dos cadenas fijadas a los extremos del rodillo hubieran atravesado los huecos

hacia el exterior. Las cadenas ya no estaban; lo que aún existía eran dos tensas maromas que ascendían desde el rodillo en dirección opuesta. Ella las siguió con la mirada hasta las dos poleas de guía fijadas al techo y desde allí hasta las dos piedras talladas que colgaban de las cuerdas y las tensaban. Las piedras se asemejaban a puños que sostenían las maromas mediante grandes argollas de hierro y si uno las contemplaba atentamente notaba que se balanceaban un poco. Cada una debía pesar tanto como varios hombres. Alexandra comprendió el sentido de la construcción. En épocas de paz, el puente levadizo se movía con ayuda de las ruedas de radios; estas hacían girar el rodillo hacia el muro, recogían lentamente la cadena y entonces el puente levadizo se desplazaba hacia arriba. Si urgía, se limitaban a quitar las ruedas dentadas que frenaban el rodillo de un golpe, las piedras caían haciendo contrapeso, las cuerdas ponían en movimiento el rodillo y se encargaban de que el puente levadizo se alzara a toda velocidad.

Una joven de cabellos largos estaba sentada encima de la construcción; llevaba un vestido anticuado, batía palmas y reía. Completamente desconcertada, Alexandra se detuvo. Conocía a la joven debido a sus visitas a Brno.

—¿Isolde? —soltó.

Entonces se dio cuenta por qué Leona había ido a Praga y se volvió, pero era demasiado tarde. Unas manos la agarraron y la alzaron. Ella gritó, pero ¿qué sentido tenía pedir auxilio cuando se encontraba en el corazón del enemigo? Percibió vagamente que un hombre gigantesco envuelto en el olor de un mozo de cuadra le presionaba los brazos contra el cuerpo y la transportaba hasta el inmenso mecanismo. Alexandra pateó y jadeó, pero el hombre era fuerte como un buey. Entonces su mirada se posó en los puños de cuero con cierres: varios estaban fijados a la construcción y dos colgaban de las maromas que conducían a los contrapesos; también notó las manchas oscuras y las salpicaduras que cubrían toda la madera y de las que procedía el olor plomizo. El rodillo brillaba gracias a la grasa que le permitía seguir funcionando, pero allí donde el canal guía pasaba a la madera lisa y lustrada colgaban grandes grumos apelmazados: cabellos arrancados. De pronto supo que era eso que veía y ya no tuvo fuerzas para gritar. El hombre la presionó contra la máquina y la sujetó con las correas. En medio del horror que resonaba en sus oídos recordó el zumbido de los mecanismos de juguete que ella había visto y sospechó que esa construcción le hubiese provocado el mismo entusiasmo a un coleccionista como el emperador Rodolfo que sus pequeños e inofensivos hermanos. Lo último que percibió antes de que el

pánico la cegara fueron las risas y las palmadas de Isolde, y su vacío y maravillosamente agraciado rostro cubierto de babas.

Heinrich estaba sentado en la habitación en la que la abadesa del convento de Frauenthal solía hablar con las visitas. Se esforzaba por controlar la voz airada que le susurraba que hiciera pedazos el pequeño recinto, abriera la puerta a patadas, corriera rugiendo a través de los ruinosos pasillos del convento y matara a tiros al par de monjas que aún se encontraban en ese montón de escombros, al tiempo que su inquietud por quizás haber sido demasiado imprudente iba en aumento.

Tras una espera que le pareció eterna se abrió el cerrojo de la enrejada puertecilla de madera y previó que alguien se encontraba detrás. De pronto se le ocurrió que la situación se asemejaba a la de un confesionario. Debería haber aumentado su cólera, pero en realidad incrementó su inquietud. De manera absurda, de repente se sintió cohibido frente a la imaginaria invitación a confesar sus pecados.

—El Señor sea contigo —dijo una voz femenina detrás de la reja.

—Y con tu espíritu, madre superiora —respondió Heinrich—. Estoy muy preocupado.

—¿Qué te preocupa?

—Hace escasos días pasé por aquí. Viajaba en compañía de mi hermana y de su vieja doncella.

—Lo recuerdo —dijo la abadesa.

A Heinrich le pareció que le hablaba con frialdad. Claro: a la vieja vaca un hombre acompañando a una mujer debía de parecerle algo sospechoso. Heinrich procuró fingir un sentimiento que no experimentaba en absoluto.

—La anciana prácticamente nos crió a mí y a mi hermana. Sabréis, madre superiora, que la vida no resulta fácil cuando tu madre ha muerto y tu padre es un alto funcionario del imperio que siempre está de viaje...

—Desde luego —lo interrumpió la voz fría.

—La buena anciana cayó enferma durante el viaje desde Praga hasta aquí. Esa mañana, cuando nos disponíamos a partir, estaba tendida como muerta en

el lecho, pero aún respiraba.

—Ha recuperado el conocimiento.

Durante un momento, en Heinrich se mezclaron la desilusión de que la vieja se hubiera recuperado y la alegría anticipada ante la idea de que por fin podría poner fin a su obra.

—Gracias a Dios. Debíamos seguir viaje con urgencia y por eso la dejamos al cuidado de vuestro hospicio; ahora he dejado a mi hermana en casa de unos parientes y he regresado para llevarme a...

—La anciana Ljuba —dijo la abadesa.

—Leona —dijo Heinrich, y con malicia, pensó: «Esta vieja solterona jamás logrará engañarme».

—Sí, desde luego.

Heinrich se arriesgó a soltar un suspiro muy teatral y luego guardó silencio.

—Dios os lo pagará.

—Aguarda ante la puerta del convento.

Heinrich estaba convencido de que la monja lo dejaría aguardando en el exterior solo por maldad, pero para su sorpresa la abadesa regresó tras escasos minutos. Tras el delgado paño de seda que llevaba por encima del velo que le cubría la cabeza y el pecho, su rostro permanecía invisible y aunque había estado preparado, ello irritó a Heinrich. Se sentía inseguro al hablar con alguien cuyo rostro permanecía invisible al tiempo que esa persona podía verlo perfectamente a él. Hizo una reverencia y ella le indicó que la siguiera inclinando la cabeza.

Se sorprendió al comprobar que primero lo conducía a la iglesia. Cuando se arrodilló ante el altar, él la imitó a cierta distancia. Había que fingir respeto por las costumbres de sus anfitriones cuando uno quería obtener algo de ellos. Ignoraba qué estaba rezando, no la oyó susurrar ni vio el movimiento de sus labios detrás del paño de seda. Contempló el gran agujero en el tejado, los montones de escombros en las naves laterales y el suelo de piedra reventado por las heladas y la lluvia. Finalmente, ella se persignó y se puso de pie.

—He rezado por el alma de Leona —dijo ella.

—Yo he rezado por las almas de todas las santas hermanas de este convento.

Ella no reaccionó. En vez de ello volvió a conducirlo fuera de la iglesia, hasta el hospicio. De pronto Heinrich sintió un picor en las manos y se imaginó cómo lo mitigaría cuando se encontrara a una distancia lo bastante grande del convento, volviera a rodear el delgado cuello de la anciana y lo

presionara... esa vez con menor violencia para que no perdiera el conocimiento, solo para que el aire no penetrara en sus pulmones y ella fuese testigo de su propia y lenta asfixia...

Entonces se dio cuenta de que la abadesa había dicho algo.

—Perdonadme, madre superiora. Estaba distraído.

—En cuanto despertó, Leona dijo que ansiaba reunirse con sus seres queridos.

—Me encargaré de ello, madre superiora.

Pasaron junto a la entrada del hospicio y, sorprendido, Heinrich siguió a la abadesa en torno a la esquina del edificio. ¿Acaso la vieja ya estaba tan recuperada como para pasear por el huerto del convento? Diablos: al parecer su intento de asesinato había sido una auténtica chapuza.

—Dios ya se ha encargado de ello —dijo la abadesa.

Heinrich tardó unos instantes en comprender lo que estaba viendo. Se encontraba ante un pequeño cementerio sembrado de cruces de madera. No todas llevaban una inscripción y Heinrich clavó la mirada en el camposanto.

—Ella recuperó el conocimiento —dijo la madre superiora—, pero Dios no tardó en llamarla a su lado. Seguro que sabía que tú querías llevarla a su hogar.

Heinrich se apartó del cementerio y, atónito, clavó la mirada en el blanco velo de seda.

—Es el cementerio destinado a las visitas que mueren en nuestro hospicio y cuyos restos mortales nadie reclama —explicó la madre superiora—. Los tiempos son duros y los viajes se cobran sacrificios.

Heinrich estaba absolutamente seguro de que le mentía. Estaba convencido, tan convencido de que Leona seguía con vida como de que el sol salía todas las mañanas y que la abadesa jugaba una partida amañada con él. Presa del desconcierto, incluso olvidó que lo que más le habría gustado era matarla. Percibió la mirada de ella por debajo del paño de seda.

—Lamento que te afecte tanto —dijo ella.

Heinrich carraspeó y luego volvió a carraspear. Notó que su cuerpo se tensaba a medida que aumentaba su convicción de que dos viejas habían logrado engañarlo. ¿Qué le había contado Leona de él como para que la abadesa estuviese dispuesta a seguirle el juegucito? Estaba seguro de que bastaría con echar abajo unas cuantas puertas para encontrar a la vieja en algún escondrijo en el interior del convento, pero ¿qué harían las otras monjas mientras tanto? ¿Lo recibiría un contingente de soldados del preboste o del obispo más próximo si arrastraba a la vieja fuera del convento por los pelos?

Quizás en ese preciso momento alguien ya estaba de camino con el fin de alarmar al administrador del convento. ¿Sería por eso que esa falsaria de mierda lo había retenido en la iglesia durante tanto tiempo? Tenía la sensación de que el aire en torno a él empezaba a vibrar.

—Os agradezco vuestra ayuda, madre superiora —se oyó decir a sí mismo.

Ella lo acompañó hasta la puerta en silencio; Heinrich casi podría haber admirado su coraje. El puñado de ancianas que se deslizaban por esa ruina envueltas en sus hábitos de monja no habría supuesto una ayuda para ella si él hubiese decidido matarla a golpes con los puños. Si había interpretado esa charada, entonces también sabía cuán peligroso era él y, sin embargo, mantuvo en pie el espectáculo que ambos interpretaron desde un principio. La tentación era casi irresistible, pero él se limitó a trotar a su lado.

—Que Dios se apiade de ti, hijo mío —dijo ella a modo de despedida y después cerró la puerta detrás de él.

Heinrich se acercó a su caballo, al que había dejado atado en el exterior del convento. Quería abandonar ese lugar lo antes posible. Notó que el vello de la nuca se le erizaba y se sintió curiosamente ligero. Era la primera vez que uno de sus planes fracasaba, un escalofrío le recorrió la espalda y tenía la boca seca. Apenas lograba recordar haber experimentado una ira semejante.

—¡Debéis informar al preboste! ¡Por amor de Dios! —dijo Leona.

Su voz aún parecía un graznido y tenía el cuello cubierto de rozaduras debido al intento de asfixiarla. La abadesa negó con la cabeza.

—No tiene sentido —dijo, y suspiró—. Este convento ya no goza del menor crédito. Antes de que yo llegara aquí era un antro de vicio y perversión y la antigua abadesa encabezaba las orgías. Si relato esta historia nadie me creerá ni una palabra.

—¡Pero vos y las hermanas lleváis una vida temerosa de Dios!

—Sí, ahora —dijo la abadesa—. De viejas. Y ahora nos dan alcance los pecados que profanaron este santo lugar. Los molinos de Dios muelen lentamente.

—Hace tiempo que Dios ha perdonado los pecados cometidos aquí.

—Pero los representantes de Dios entre los seres humanos no perdonan ni olvidan.

—Yo sola no puedo lograr nada. Ese diablo tiene a mi Isolde y ahora también tiene a Alejandra en su poder. Soy una anciana. Quería buscar ayuda en Praga, pero allí la desgracia era aún mayor...

—Lo siento —dijo la abadesa, e indicó la entrada del hospicio con la mano—. Puedes quedarte unas noches más aquí si temes que él te aguarda en el exterior.

—Él no me aguarda —contestó Leona—. Cabalga de regreso a su cueva diabólica y allí descargará su ira sobre quienes no tienen la culpa de nada. Si no me ayudáis, madre superiora, no me queda más remedio que dirigirme allí.

La abadesa apretó los labios y calló.

—Nadie perdonará los pecados que pesan sobre este convento si vos no os perdonáis a vos misma —dijo Leona.

El rostro de la abadesa se crispó.

—Que Dios sea contigo, hija mía —dijo, y luego se alejó.

Una cabalgada de un día no bastaba ni con mucho para mitigar la humillación. Si en el camino de regreso de Frauenthal a Pernstein se hubiera encontrado con un alma viviente la habría asesinado en el acto. Pero ni siquiera un animal se acercó lo bastante como para que pudiera desenvainar una de las pistolas y reventarle las entrañas. Heinrich tenía la sensación de que alguien había pronunciado una misteriosa advertencia, que el mismísimo diablo cabalgaba hacia Pernstein y que todos se escondían temblando. Con respecto a él, esa fantasía al menos le proporcionaba cierto consuelo.

Llegó a Pernstein aún temblando de ira. Dirigió la mirada al puente que daba a la torre del homenaje, pero, sorprendido, comprobó que estaba desierto. Cuando cabalgó hasta el establo y se deslizó de la silla de montar, supo por qué. Ella estaba de pie ante la entrada de la ruinoso choza de madera, contemplándolo.

—¿Habéis tenido éxito? —preguntó.

Durante un momento él sopesó la idea de mentirle.

—No —dijo al cabo.

—Hay otro problema.

—¡No hay problemas, hay soluciones! —replicó Heinrich en tono impaciente y buscó un saco de avena para colgarlo del cuello de su caballo. Los mozos de cuadra preferían mantenerse a distancia cuando Heinrich estaba en el establo y cuando ambos, la señora y su imprevisible compañero, estaban presentes parecían volverse prácticamente invisibles—. ¡Yo soy la solución, solo debéis esperar!

—¡Qué bien! —dijo ella—. La siguiente tarea ya os aguarda.

—Me duele el culo —dijo él, consciente de que estaba siendo grosero—. Hace dos días que casi no me apeo de la silla. Hoy no volveré a montar a caballo.

—Isolde ha desaparecido —anunció ella.

Él se detuvo, aún con el saco de avena en la mano.

—¿QUÉ?

—No hay motivos para gritar. La culpa es vuestra, no mía.

Él se dispuso a contradecirla, pero después optó por callar. Primero se le escapaba Leona y ahora desaparecía la idiota de su hija. De repente le pareció que todo se desintegraba como en un gobelino en el que había demasiados hilos sueltos. No habría ocurrido si hubiese estrangulado a Leona durante el viaje de ida. En vez de montar esa comedia, debería haberse limitado a intimidar a Alexandra o, en el peor de los casos, acabar con ella y con la vieja. Si no lo había hecho era porque tenía otros planes para la joven. Apretó los dientes; de algún modo Alexandra tenía la culpa de todo lo que había salido mal.

—Si hubierais aceptado mi regalo, ahora ella no andaría correteando a su antojo.

—¿Y qué? Es una idiota. Si se topa con alguien y le cuenta historias de diablos y brujas es más probable que la ahorquen a que investiguen el asunto.

—Pero resulta que debido a vuestro modo de solucionar los problemas ahora su madre también ha escapado de nuestras manos y puede contar historias. Alguien puede atar cabos.

—¡Mi modo de solucionar los problemas...! —exclamó, pero luego midió el tono de voz—. Ahora mismo veréis mi modo de solucionar los problemas —añadió, arrojó el saco de avena en un rincón y cogió las riendas del caballo—. ¿Qué sacrificio deseáis, diosa mía? ¿El corazón caliente de la virgen? Os lo traeré en una bandeja de plata.

—Eso al menos me apaciguaría —dijo ella, sin pestañear.

—De acuerdo —dijo él, y metió un pie en el estribo.

—Aguardad.

—¿Para qué?

—Quiero que os llevéis a Filippo.

Durante un instante reinó el silencio entre ambos.

—¿Es que el meapilas ha de vigilarme? —preguntó Heinrich por fin, luchando por controlar su voz.

Ella sonrió y durante un momento sus rasgos casi se suavizaron.

—¿Por qué habéis perdido la confianza en mí? —preguntó.

—No he perdido la confianza...

—¿Acaso no somos socios?

Ella se acercó a él, tanto que él notó su aliento en la cara y cayó presa de la turbación habitual. Heinrich parpadeó. Una voz interior susurró que ella conocía muy bien el efecto que causaba en él y lo utilizaba adrede; otra, la

que también le proporcionaba a él el poder de despertar el deseo en el corazón de aquellos que le interesaban, susurró en tono más sonoro que ella le pertenecía exactamente como él a ella, y que su aparente superioridad solo residía en que ella era más capaz de controlarse. Heinrich abrió la boca y la dama le apoyó un dedo en los labios.

—Quizá quiera estar presente cuando arranquéis otro corazón —dijo.

—Isolde estará viva cuando regrese con ella —susurró él con voz ronca.

Ella no despegó el dedo de los labios de él. Heinrich la aferró de la muñeca y empezó a lamerle los dedos sin dejar de jadear. Ella lo dejó hacer; en sus ojos ardían llamas verde esmeralda.

—La destriparé ante vuestros ojos y vos y yo...

—No me refiero a esa niña idiota —dijo ella en tono sosegado—. Me refiero a la que tiene la culpa de todos vuestros fracasos.

—No he fraca...

—Os he hecho dos regalos, socio. Ahora quiero uno de ellos.

—¡Todos!

Ella desprendió su mano de la de él, la clavó en sus largos y revueltos cabellos, y Heinrich notó que lo atraía hacia sí y sus labios rozaron los suyos al hablar.

—Un regalo —musitó—. Dejádmela a mí. Y esta vez podréis observar.

—Ahora —balbuceó él, y trató de meterle la lengua en la boca, pero ella se retiró—. Ahora mismo. No puedo seguir esperando... por favor...

Ella le agarró los cabellos con más fuerza y le inclinó la cabeza hacia atrás hasta dejar su garganta al descubierto. Entonces un temor completamente absurdo lo invadió: que en un instante ella le clavaría los dientes en el cuello y le absorbería la vida. El temor pasó a su miembro rígido y le causó un estremecimiento que casi lo hizo eyacular. Soltó un quejido y los ojos se le llenaron de lágrimas debido al dolor en el cuero cabelludo.

—Filippo no os vigilará —susurró ella—. Al contrario. Es una prueba. Dadle la muchacha a él; si nos pertenece, aceptará la oferta. Si no lo hace, matadlo.

—Pero el código...

—Pobre Henyk —susurró ella. El dolor por el tirón se había vuelto casi intolerable y él inclinó la cabeza aún más. Hubiese bastado con un puñetazo para que ella lo soltara, pero no pudo propinárselo y lentamente cayó de rodillas—. Pobre Henyk. Estáis tan cerca..., pero aún no habéis comprendido la esencia de aquello que nos ocupa.

—Explicádmelo.

—La explicación se encuentra ante vos todos los días.

De pronto ella lo soltó. Él cayó hacia delante y le abrazó las rodillas y las caderas con ambos brazos, restregando el rostro contra la tela del vestido.

—Os deseo —gimió—. Es lo único que deseo, no quiero una sociedad, no quiero una parte del reino milenario, ni dinero ni poder... ¡solo os deseo a vos! —añadió, y trató ciegamente de arrancarle el vestido.

—Aquí y ahora en el fango —dijo ella—, o después, a la luz de las velas, con tenazas candentes y los alaridos de la pequeña puta.

Él se detuvo. El gemido que brotaba de su pecho se abrió paso hasta su boca, sus ojos se desorbitaron y entonces la soltó.

—Le diré a Filippo que baje. Llegó poco antes que vos. ¡Mozo!

Ni siquiera había alzado la voz; sin embargo, tras escasos instantes un muchacho joven apareció en la entrada, encogido de temor y sumisión.

—Un segundo caballo —ordenó ella—. Aprisa.

El muchacho la rodeó caminando de costado. Heinrich, que todavía estaba arrodillado en el suelo, notó su mirada. Le soltó un gruñido como si fuera un lobo pillando a su presa. El joven huyó a la parte posterior del establo. Heinrich se puso de pie.

—¿Cuánto hace que se marchó Isolde?

—Medio día.

—¿Por qué no enviasteis a otra persona tras ella?

—¿Para qué habría de hacerlo? Hasta ahora vos siempre habéis solucionado esos problemas, ¿verdad?

—¡Acompañadme! —dijo él, siguiendo un impulso—. Como durante la primera cacería.

Ella negó con la cabeza. Heinrich se esforzó por sonreír. Tenía el rostro acalorado y aún le hormigueaba el cuero cabelludo. Ella se volvió y se dirigió a la entrada del castillo con pasos medidos.

Cuando abandonó el castillo a caballo junto al clérigo —que estaba sentado como un saco de harina en la silla de montar y aún llevaba el mismo hábito sucio de su propio viaje—, Heinrich pensó en Alexandra. Durante los momentos pasados había sellado aquello que durante semanas había postergado: su extinción. Se dio cuenta de que él mismo, cuando había forjado esos excitantes planes consistentes en cómo la mataría, aún no había tomado la decisión definitiva. Ahora la suerte estaba echada. Diana, su diosa personal, lo había obligado a tomar dicha decisión. Lo aceptaba y pensó que todavía le tenía preparada otra sorpresa con la que ella no contaba, por más que ella siempre parecía preverlo todo, y eso volvió a excitarlo.

De pronto se volvió y contempló el castillo-fortaleza. Ella, que estaba de pie ante la puerta, recogió su mirada, y ambos supieron que la mirada no estaba dirigida a ella, sino a Alexandra que en su alcoba en algún lugar del castillo esperaba que Heinrich se revelara. Experimentaría una revelación muy especial. Pero la excitación se volvió desabrida cuando se le apareció el rostro de Alexandra y desvió la mirada porque, incluso a esa distancia, temía ver la sonrisa burlona en el rostro maquillado de blanco bajo la sombra de la puerta. De algún modo lo invadió la sensación de que también en esa ocasión sería Diana quien lo sorprendería.

—¿Hacia dónde cabalgamos? —preguntó Filippo.

—Cierra el pico —dijo Heinrich.

Filippo se sentía incómodo, no a causa de la grosería de Heinrich, sino porque sospechaba que solo le habían dicho una parte de la verdad. Tenía claro que, en el mundo exterior hipócrita e ingenuo, aquello a lo cual se había comprometido a servir era considerado un delito que merecía la muerte, y que el riesgo de que un fugitivo los delatara y les echara encima las autoridades de la ciudad más próxima no resultaba tolerable. Pero ignoraba el motivo por el cual la persona que perseguían había escapado, y tampoco sabía de quién se trataba. Heinrich se mostraba parco y Filippo tenía la sensación de que solo era una pieza en una partida; la certeza de que el joven arrogante que cabalgaba a su lado sobrevaloraba en gran medida su propio papel no lo consolaba: solo volvía aún más incierta toda la situación. Se preguntó si no había cometido un enorme error, pero entonces volvió a recordar el rostro de la niña en el confesionario y también el de su madre cuando volvió a acompañarla hasta el altar y, una vez más, su corazón se sumió en la negrura. Representara lo que representase el mundo en el que había entrado, no podía ser más corrupto que el que había dejado atrás.

Quo vadis, Domine?

Filippo resopló; no lograba convocar la voz de Vittoria. Cada vez que la pregunta resonaba en su cabeza, oía la voz de la señora de Pernstein.

Heinrich parecía ser un buen cazador. Seguía un rastro a través del bosque que Filippo apenas lograba distinguir: ramas rotas, un helecho aplastado, lugares removidos en el suelo del bosque cubierto de una gruesa capa de hojas y hierbas secas. El sotobosque escaseaba, de modo que los caballos podían avanzar al trote y Filippo no dejaba de agitarse en la silla de montar. La última vez que montó a caballo fue de niño y después de unas pocas horas ya estaba completamente agotado. Entonces Heinrich de pronto refrenó su caballo y Filippo también detuvo el suyo. Heinrich se llevó un dedo a los labios.

Ante ellos el bosque se volvía más tupido. En uno de los escasos lugares donde hacía unos años debían de haber caído varios viejos árboles y penetraba la suficiente luz como para que crecieran otros nuevos se había formado el apelmazado escenario de un combate mudo y enconado en el que los primeros combatientes ya habían caído. El verdor estaba atravesado por el color gris pardusco de las ramas muertas.

Heinrich se inclinó hacia él.

—Contradecidme —musitó, y luego, alzando la voz, añadió—: por allí nadie puede pasar, supongo que las huellas continúan a la derecha —dijo, indicando la dirección con la mano.

—No lo creo —dijo Filippo.

—Porque sois un frailuco necio y no tenéis ni idea —dijo Heinrich, y Filippo sabía que, incluso durante esa charada, Heinrich disfrutaba ofendiéndolo—. Moved el culo.

Se apartaron de la dirección anterior hasta que la zona apelmazada desapareció. Heinrich refrenó el caballo y desmontó.

—¿Por qué pensáis que nuestra presa se encuentra allí dentro? —preguntó Filippo.

—Porque soy capaz de calcular cuánto tarda un caballo al trote en alcanzar a una persona a pie, incluso cuando esta corre lo más rápido que puede —contestó Heinrich, tocándose la frente con un dedo.

Filippo asintió.

—¿Y ahora, qué?

—Sujetaremos los caballos aquí. Yo investigaré la situación, regresaré y entonces será vuestro turno.

—¿Turno de qué? —preguntó Filippo, sorprendido.

Heinrich hizo un gesto como si atrapara a alguien y le lanzó una sonrisa desdeñosa.

—Eso es una tontería —dijo Filippo—. Vos sois el combatiente experto, no yo. El bellaco se me escapará.

—Hasta un meapilas es capaz de dominar a nuestra presa —dijo Heinrich—, no os preocupéis. Pues esas son las presas que soléis cobraros vosotros: niños y mujeres tontas.

Filippo lo miró fijamente. Quiso soltarle una réplica dura, pero volvió a recordar el confesionario.

—¿Perseguimos a una mujer?

Heinrich volvió a llevarse un dedo a los labios, luego echó a correr en dirección al flanco del matorral. Filippo se agachó, lo siguió con la vista hasta

que desapareció entre los árboles y deseó no haber hecho caso de la orden de Polyxena von Lobkowicz.

Heinrich regresó con rapidez sorprendente. Sonreía.

—Perfecto —dijo en voz baja—. Ella no podría haber escogido un escondite mejor.

—¿Porque es de fácil acceso?

—No, porque está muy cerca —dijo Heinrich, meneando la cabeza—. Prestad atención: quiero que os arrastréis a lo largo del trecho que recorrí hasta alcanzar el borde del sotobosque. En el centro hay un pequeño claro en el que se pudre un viejo árbol. Es de suponer que ella creyó que allí podía recuperar el aliento durante unos momentos. Buscad un escondite; luego oiréis que yo también llego allí. Parecerá que hemos perdido el rastro y nos separaremos. Ella tratará de no perderme de vista a través de la espesura y esa será vuestra oportunidad. Penetrad allí y atrapadla.

—¿Quién es ella?

—Carne muerta.

—¿Qué? —exclamó Filippo, tragando saliva.

—Si escapa nos colgarán a todos —dijo Heinrich—. No podéis daros el lujo de ejercer el amor al prójimo cristiano.

—Nunca he...

—Cerrad el pico. ¡En marcha!

Filippo notó que el otro lo empujaba hacia delante y echó a andar. De pronto las piernas le pesaban y el corazón le palpitaba con fuerza. Se dijo que era un necio, ¿qué había creído? ¿Qué se limitarían a escoltar a la fugitiva hasta Pernstein, donde la señora le soltaría unas palabras de advertencia y que eso sería todo?

«¡Dios mío! —pensó en el mismo momento—, seré responsable de que le quiten la vida a alguien».

Recordó que Vittoria había dicho que un día pondría veneno para ratas en la comida de Scipione, cardenal Caffarelli. Él siempre había sonreído; resultaba sencillo sonreír ante la perspectiva de ser cómplice de la muerte de un ser humano cuando dicha perspectiva era muy remota y de todos modos solo palabrería.

Cuando se acercó al matorral sintió el impulso irrefrenable de seguir de largo, pero luego se acercó y, con la boca seca y el corazón palpitante, se arrastró hacia el interior sin hacer ruido. No veía ningún claro y se detuvo sin saber qué hacer. Pero entonces oyó el golpe de cascos, tan sonoro que Heinrich debía hacer bailotear su corcel. Oyó cómo el animal resoplaba y

relinchaba y después una maldición que de lo contrario Heinrich hubiese reprimido apretando los dientes. Parecía una mala comedia. Filippo sabía que alguien acurrucado en su escondite, temblando, y cuyo único deseo era que su perseguidor pasara de largo, no pensaba en cosas tan complicadas. Después oyó otro ruido y un hormiguelo le recorrió el cuerpo: era la respiración apresurada de una persona que tenía miedo y el crujido de las ramas a medida que alguien cerca de él se arrastraba a través del sotobosque. Filippo aguzó los oídos.

El caballo volvió a relinchar y Heinrich soltó un torrente de blasfemias. Filippo estaba seguro de que era una señal dirigida a él y se lanzó a través del matorral como un jabalí.

Y en efecto: allí estaba el pequeño claro en el que estaba tendido el árbol muerto: parecía una ballena podrida. Una figura envuelta en un largo vestido estaba acurrucada en un pequeño hueco y se volvió bruscamente cuando él se abrió paso hasta el claro a través de los arbustos. Ella acababa de arrastrarse a través del sotobosque para atisbar. Filippo brincó por encima de una rama podrida, tropezó con otros obstáculos semiocultos y llegó a su lado justo cuando ella se enderezaba. Vio cabellos largos y ojos desorbitados, luego chocó contra ella. Ella gritó, ambos cayeron entre las ramas y los helechos húmedos. Ella pataleaba, él la aplastó con el cuerpo y trató de atrapar sus manos, ella lo golpeó y solo entonces notó que llevaba un curioso y anticuado vestido de mangas cosidas, una se descosió bajo la axila y casi descubrió un pecho. Ella no dejó de golpearlo, pero él no podía despegar la mirada de la piel blanca y de la redondez del pecho y el espanto se adueñó de él al notar que su miembro viril se ponía tieso. El espanto aumentó cuando notó algo duro clavado en la espalda y una voz que el pánico había vuelto aguda exclamó:

—¡Levantaos o disparo!

En un primer momento se quedó de piedra, en el segundo se le ocurrió limitarse a rodar hacia un lado, pero sea quien fuere que lo amenazaba pareció notar que sus músculos se tensaban, porque la boca del arma se clavó más profundamente en su espalda. Filippo bajó los hombros, la presión se redujo y oyó un chasquido cuando alguien detrás de él dio un paso atrás. Clavó la mirada en el rostro bonito de la joven que había derribado y, para su más absoluta perplejidad, vio que sonreía alegremente. Las manos que hacía un momento lo aporreaban flotaban ante el rostro de él realizando movimientos danzantes. La mujer empezó a canturrear.

—¡En pie! —oyó.

Filippo se puso de pie, creyendo que la mujer tendida en el suelo lo imitaría y se abalanzaría sobre él, pero ella se limitó a sentarse y el vestido desgarrado se abrió todavía más. Una suave arruga de irritación apareció en su entrecejo, después introdujo la punta del jirón del vestido bajo la axila, contempló a Filippo con la misma sonrisa sosegada anterior y un hilillo de saliva se derramó por su mentón.

—¡Volveos!

Filippo obedeció. Lo primero que vio fue la boca de una pistola de cañón largo sostenida con ambas manos. El cañón no temblaba, al contrario: apuntaba entre sus dos ojos con inmovilidad inquietante; solo la voz de la persona delataba su tensión. Estaba envuelta en un manto con capucha, pero no cabía duda de que se trataba de una mujer.

Ella vio que él parpadeaba, pero era demasiado tarde. Heinrich, que ya había estado de pie detrás de ella mientras Filippo aún se volvía, apoyaba su propia pistola contra la cabeza de la mujer y, en voz baja, dijo:

—Vuélvete tú.

Ella bajó la pistola y, consternado, Filippo vio que una tormenta de sentimientos le recorría el rostro: sorpresa, alivio, alegría... y después miedo, desconfianza, temor y por fin ira.

—No dispararás —dijo ella haciendo caso omiso de la orden.

Heinrich tensó el gatillo, el doble chasquido resonó con fuerza en medio del repentino silencio. A sus espaldas Filippo percibió el canturreo de la mujer sentada en el suelo; entre tanto había comprendido que se trataba de una idiota. La mujer envuelta en el manto entornó los ojos y finalmente dejó caer la pistola.

—Vamos —dijo Heinrich, e hizo un movimiento con la cabeza.

Filippo se agachó, recogió el arma con dedos entumecidos y echó un vistazo a la cazoleta de la pólvora.

—No está cargada —dijo, y ni siquiera se asombró. La arrojó a un lado.

»No tardé en darme cuenta de que perseguíamos a dos fugitivos —dijo Heinrich, que todavía mantenía su pistola apoyada contra la cabeza de la mujer—. Solo que no creí que se trataría de ti.

Solo entonces Filippo comprendió que aquello que expresaba la voz de Heinrich era cólera y que esta no era menor que la de la mujer a la que amenazaba con su arma. Percibió que los sentimientos de ambos eran tan intensos que podrían haber incendiado todo el bosque.

Por fin ella se volvió y empujó la capucha hacia atrás. Filippo vio una melena de rizos oscuros. Durante un par de instantes Heinrich siguió

apuntándola con el arma, después la bajó. Le costó un esfuerzo tan inmenso que su brazo empezó a temblar.

—Y pensar que te he amado... —dijo la mujer.

Heinrich clavó la vista en la mujer, su cara se enrojeció de manera alarmante y volvió a alzar la pistola lentamente, recorrido por temblores cada vez más intensos, y de repente gritó:

—¡YO NUNCA TE AMÉ!

—¡No! —gritó Filippo, y quiso dar un paso hacia delante; preveía lo que sucedería, pero fue demasiado lento.

Heinrich presionó la pistola contra la frente de ella y su rostro se crispó hasta volverse absolutamente inhumano. Entonces apretó el gatillo.

—¿Dónde aprendiste a cabalgar así? —preguntó Wenzel, y trató de hacer caso omiso del dolor en el trasero: era como si un lansquenete le hubiera propinado puntapiés durante todo un día.

Agnes esbozó una sonrisa.

—Tu padre, tu tío y yo montamos un negocio —contestó—. Al principio estábamos siempre de viaje.

—Quiero decir de esa manera —dijo, y señaló la silla de montar con gesto tímido. Era una silla de montar de hombre.

—Hay dos maneras de montar: con rapidez y seguridad... o estilo amazona. Siempre he preferido la primera opción.

—Confiaba que de camino obtuviéramos indicios de Alexandra.

—Yo también, pero nadie parece haberla visto. En la medida de lo posible procuraron mantenerse alejados de la gente.

—Si... —comenzó a decir Wenzel, pero se interrumpió. Su tía lo miró.

—No —dijo luego—. Si hubiera ocurrido algo nos habríamos enterado.

El tono de su voz no era tan sombrío como quizás ella misma hubiese deseado.

Wenzel bajó la vista y observó cómo su caballo arrancaba la hierba. Deslizó la mano por debajo de la silla de montar y notó que el pelaje aún estaba caliente y resbaladizo de sudor. Le parecía que habían volado por encima de las ondulaciones cada vez más pronunciadas de la comarca situada al este de Praga y aterrizado en ese lugar, en un camino rodeado por el bosque y las cimas de las colinas cada vez más oscuras de Moravia. Entonces el dolor que le taladraba todos los huesos le informó que no había sido un vuelo sino una cabalgada infernal, a pesar de la cual sabía que aún no los había llevado a destino ni con mucho.

—Descansemos un momento más —dijo Agnes—. Solo disponemos de estos dos caballos. A nadie le servirá de nada si cabalgamos hasta reventarlos.

—¿Sabes por dónde hemos de seguir? Nunca he estado en esta región.

—Pronto deberíamos llegar a la bifurcación del camino. Se encuentra junto a un viejo convento... se llama Frauenberg o algo por el estilo, lo he olvidado. Allí el camino se bifurca y hacia el sudeste conduce a Brno, hacia el sur a Viena.

—¿Cuánto falta para alcanzar Brno?

—Desde allí... un día más.

—¿Cabalgamos directamente hacia allí?

—Sí. Vilém nos ha proporcionado cartas de recomendación para casi todo el mundo, empezando por el prefecto, así que no perderemos tiempo de camino. Prescindiendo del hecho de que en todo ese trayecto no hay nada. A mitad de camino se encuentra la bifurcación que conduce a Pernstein. Antaño fue una propiedad importante donde podríamos haber encontrado aliados, pero hoy en día está casi desierto. El propietario entró en bancarrota.

Wenzel notó que al pensar que Khlesl & Langenfels también estaban en bancarrota los rasgos de su tía se endurecieron.

—La mujer del canciller imperial Lobkowitz es oriunda de allí, pero eso tampoco nos sirve de nada. El canciller imperial se encuentra en Viena y no nos prestará más ayuda de la que ya nos ha prestado.

—Pues, entonces, directamente a Brno. ¿Te parece que intentemos encontrar un lugar para pernoctar en el convento?

—No, todavía es demasiado temprano. No nos detendremos allí.

Wenzel asintió con la cabeza y volvió a deslizar la mano por debajo de la silla de montar. Se estaba volviendo loco de impaciencia.

Filippo tropezó a través del bosque; aún estaba atónito. Heinrich había disparado, sencillamente. En ese momento su rostro era el de un hombre atenazado por el dolor, pero había disparado. Observar la lucha entre el Bien y el Mal, y la batalla por el alma de un hombre reflejada en su rostro supuso una conmoción. Y la conmoción resultaba aún mayor cuando uno era testigo de la victoria del lado oscuro. ¿Y la joven? Era evidente que había mirado a Heinrich a los ojos hasta el final, ni siquiera había pestañeado cuando el cañón de la pistola se clavó en su frente, ni siquiera en la fracción de segundo en el que un ser humano permanece con vida entre el golpe del gatillo en la cazuela de la pólvora y la chispa que enciende la pólvora. Ella se limitó a contemplarlo fijamente. Filippo tenía la impresión de haber observado a un demonio matando a un ángel. Y después, cuando Heinrich gritó: «¡Corre, lárgate!», tampoco había vacilado; se volvió, cogió a la idiota de la manga y echó a correr con ella.

Por fin se detuvo y se apoyó contra un árbol. Todo giraba en torno a él. Durante todo ese tiempo no había reflexionado acerca de lo que significaba someterse al diablo. Entonces lo supo. Heinrich se había sometido al diablo, y él, Filippo, también. Sintió ganas de vomitar.

«Sí —gimió una voz interior—, pero ¿dónde está la diferencia? Esos clérigos de la catedral de Passau que se dedicaban a violar a una niña en el confesionario tampoco eran mejores, ¡y seguro que se creían hombres de Dios!».

«La diferencia —se contestó a sí mismo— es que hasta entonces tú no formabas parte de ellos. Ahora sí».

Cuando Heinrich apretó el gatillo resonó un sonoro clic. Su pistola tampoco estaba cargada. A juzgar por la expresión de su rostro matar a la joven de un tiro tampoco lo hubiera satisfecho; tenía que arrancarle la vida con las manos desnudas. Filippo estaba seguro de que la había estrangulado mientras él, el sacerdote, el católico, el cristiano, había escapado a la carrera.

Vomitó un chorro caliente de bilis que le abrasó la garganta y, soltando un gemido, se desplomó. Otro espasmo volvió a sacudirlo, casi lo asfixió, las lágrimas se derramaban de sus ojos mientras permanecía apoyado en las manos y las rodillas. La mancha húmeda en el suelo del bosque hedía como los excrementos de un demonio, pero eso que hedía había surgido de su interior y Filippo soltó un aullido torturado.

«Estoy perdido —pensó—. ¿Por qué me has abandonado, Dios mío?».

Entonces pensó: «Yo te he abandonado a Ti. *Quo vadis, Domine?*». Filippo sospechó que si Pedro hubiera podido seguir hablando en ese lugar en las afueras de Roma donde se encontraba Santa Maria in Palmis, habría caído de rodillas y suplicado: «¿Adónde vas, Señor? ¡Llévame contigo, por favor!».

Jesús había enviado a Pedro a recorrer su último camino a solas. Dios se caracterizaba por poner siempre a prueba la fe de una persona cuando ya solo existía el camino entre la vida y la muerte. La joven cuyo nombre desconocía había optado por seguir las indicaciones de Jesús. Filippo estaba convencido de que Heinrich habría guardado la pistola si ella se hubiese arrodillado ante él y suplicado clemencia. ¿Y él, Filippo? Él ya se había apartado del camino recto cuando todavía no tenía que optar entre la vida y la muerte.

Quo vadis, Domine?

Soltó un aullido al oír la voz de Vittoria en su cabeza: «Allí a donde tú ya no puedes dirigirte, Filippo».

Recordó el crucifijo en la alcoba del palacio de Praga. Recordó que se había convencido a sí mismo de ser el observador que intentaría hacerse con el control cuando las cosas se pusieran feas y comprobó que hacía tiempo que las cosas se habían puesto feas y él no había hecho nada.

Jesús había rezado en el Monte de los Olivos: «Señor, aparta de mí este cáliz».

Filippo había dejado que se apartara.

¿O acaso aún podía tender la mano y cogerlo?

Se dio cuenta de que la idiota reía, batía las palmas y trataba de comunicarle algo. Alzó la vista, fatigado y deshecho. Ella señaló en una dirección y después de un momento creyó entender sus balbuceos.

—¿Parsifal? —preguntó—. ¿Cómo que Parsifal?

Ella estiró la mano y Filippo vio que indicaba un claro entre diversos troncos de árbol. Un sendero lateral desembocaba en el claro y, en medio, se vislumbraba una ruinoso choza. En las proximidades, también solo a medias visible entre los troncos, había unos montículos semihundidos, similares a tumbas antiquísimas. Era la choza abandonada de un carbonero, los últimos

restos de carbón estaban cubiertos de hierba y hundidos en la tierra. Filippo resopló. Parsifal y su solitario alojamiento en el bosque eran los arquetipos de la inocencia. El motivo por el cual precisamente esa historia se había instalado en el cerebro dañado de la joven era un enigma. Se puso de pie haciendo un esfuerzo. Heinrich no le había dicho adónde debía dirigirse. El caballo de Filippo había quedado atrás y él estaba totalmente desorientado. Podía tropezar hasta la vieja choza y confiar en que Heinrich lo encontrara allí y lo llevara consigo, y la ironía que suponía que necesitaba al enviado del mismísimo diablo para hallar el camino correcto le resultó todavía más amarga que la bilis que había vomitado.

Cuando se acercó, notó que la choza solo estaba en ruinas en la parte en la que al parecer habían albergado a los animales —cabras, gallinas, tal vez un cerdo— que habían acompañado a la familia del carbonero en su soledad. La parte habitada estaba un poco dañada y desmoronada, pero el techo parecía estar en buen estado y las paredes de arcilla estaban intactas. Filippo abrió la puerta, se agachó y entró.

Se sorprendió al ver que la ruina estaba amueblada: una mesa larga y estrecha que debía de provenir de otra casa, dos tocones bajos y desbastados que servían de asiento. En un rincón había un gran montón de heno en el que reposaban viejas mantas. La joven lo siguió al interior de la choza, riendo y batiendo las palmas. Filippo entornó los ojos; incluso la lobreguez del bosque resultaba clara en comparación con el interior carente de ventanas de la vieja choza, solo iluminada a través de la puerta abierta y un agujero en el techo situado por encima del hogar.

Una cadena tintineó. Junto a las mantas algo se movió. Demasiado sorprendido para hacer otra cosa que quedarse boquiabierto, Filippo vio que alguien había estado tendido bajo las mantas y que entonces se incorporaba. La cadena volvió a tintinear. Se extendía desde un poste clavado en el suelo, pasaba por encima del montón de heno y acababa en un tobillo. Un hombre de barba y cabellos largos e hirsutos lo contempló. En caso de que Filippo alguna vez se hubiera tomado la molestia de darle un rostro al Parsifal de las historias que él también conocía, se habría asemejado al del hombre atado a la cadena sentado en el heno. No el Parsifal que por primera vez se había encontrado con los caballeros en el bosque y creyó que eran ángeles, sino el Parsifal que no pudo hallar el Grial y que recorría la tierra como una sombra desesperada renunciando a todo excepto una cosa: la creencia en que podría volver a enmendarlo todo en cuanto se le presentara una segunda oportunidad.

—¡Qué bonito resulta ver un par de rostros nuevos! Tomad asiento y poneos cómodos —dijo el prisionero con voz sonora.

Antes de que Filippo lograra pronunciar una palabra oyó el golpe de los cascos de un caballo y alguien abrió violentamente la puerta. Asustado, se volvió. Heinrich estaba de pie en el umbral, encogido y con la mirada perdida. No se dignó a lanzarle una mirada a Filippo ni a la idiota sino que se acercó al prisionero y desenfundó la pistola. Filippo oyó el chirrido del gatillo. El prisionero contemplaba a Heinrich con la misma expresión inflexible que ya había visto en la cara de la joven de los cabellos rizados. Durante un instante ambas imágenes se confundieron en su cabeza: la de la joven que permanecía de pie con la boca de la pistola apoyada en la frente y la del prisionero sentado en el heno.

—Tengo una sorpresa para ti —graznó Heinrich—. Me había imaginado todo esto de un modo distinto, pero tal como ha ocurrido, también está bien. Porque de todas maneras el fin será el mismo. Tu propio fin.

—Hace tanto tiempo que vienes prometiéndome el fin que casi empiezo a ansiarlo, Henyk.

Heinrich le dedicó una sonrisa irónica.

—Deteneos... —gimió Filippo.

Heinrich lo miró de soslayo y después tensó el gatillo.

—Esta vez está cargada, frailuco —dijo—. ¿Qué te parece? —preguntó. Luego apartó la mirada—. ¿Eres uno de esos a los que hay que matar con tres balas, Cyprian? Mi tercera bala está en la pistola.

Cyprian Khlesl no contestó. Heinrich metió la mano en la chaqueta y le arrojó una llave. Cyprian la recogió. Isolde imitó una pistola con el pulgar y el índice, bajó el pulgar y gritó:

—¡Buum!

Después volvió a reír.

—Abre el candado. Un movimiento en falso y tu cerebro quedará desparramado sobre esa pared de ahí atrás.

Cyprian abrió el candado, soltó la cadena y se frotó el tobillo observado por Heinrich. Este se percató de que su sonrisa lo hacía parecer un demente, pero no pudo dejar de sonreír.

—Ponte el grillete en la muñeca y vuelve a cerrar el candado.

Cyprian se dispuso a ponerse el grillete en la muñeca izquierda. Heinrich soltó un siseo de desaprobación y le golpeó la sien con la boca de la pistola con tanta violencia que se contusionó su propia muñeca. Cyprian parpadeó de dolor, luego se colocó el grillete en la muñeca derecha y Heinrich retiró la pistola. En la sien de Cyprian se formó un círculo blanco que no tardó en volverse morado. Heinrich sentía un impulso irresistible de seguir humillando a Cyprian y su mirada se posó en el candil. Hizo un movimiento de la cabeza en dirección a Filippo.

—Aún debe de contener aceite. ¡Enciéndelo!

Filippo encontró un trozo de pedernal y una yesca y trató de encender la mecha con manos trémulas. Finalmente, el candil se encendió y Heinrich lo sopesó en la mano. Cyprian lo miraba a los ojos fingiendo no haber comprendido su intención, pero la respiración de Filippo se volvió entrecortada. Heinrich clavó la mirada en los ojos de Cyprian confiando en que este viera que él tenía el poder de arrojar el candil al montón de heno, prender fuego a la choza y después observar a Cyprian mientras este, atado a la larga cadena, trataba de escapar del fuego. Lo lograría durante un buen rato... hasta que no quedara ningún lugar que no ardiera en llamas.

—¡Por amor de Dios! —dijo Filippo.

Heinrich no le prestó atención, hizo un ligero gesto con la mano, el candil aterrizó en el heno, el aceite lo salpicó y el heno se incendió. Cyprian parpadeó y Heinrich lo observó invadido por una sensación de triunfo. Decidió saborearla un poco más.

—Es hora de despedirse, Cyprian —dijo Heinrich—. Monta a caballo, Filippo, con Isolde.

Entonces se volvió. Filippo había permanecido inmóvil y una esperanza demencial invadió a Heinrich: que el meapilas se resistiera. Lentamente, le apuntó con la pistola; dispararía al fraile en la entrepierna y lo dejaría allí tendido. A lo mejor lograría sobrevivir; consideraba que, de todos modos, para un meapilas las partes pudendas solo serían miembros prescindibles del cuerpo.

—Marchaos tranquilamente —dijo Cyprian—. Él no dejará que yo me quemé.

—¿Por qué estás tan seguro de eso, Khlesl? —chilló Heinrich, volviéndose.

—Porque te conozco, Henryk.

Atónito, Heinrich comprobó que Cyprian no se había dejado intimidar y se echó a temblar mientras luchaba contra el anhelo de matarlo de un disparo. Después se dio cuenta de que todavía guardaba algo en la reserva con lo cual realmente podría herirlo.

—¿Aún recuerdas lo que te prometí junto al río, Khlesl? —preguntó en tono burlón.

El rostro de Cyprian se tensó.

—Sí —respondió con voz ronca.

—Me imagino que cada vez que te he visitado aquí, te has preguntado si ya he matado a tu hija, ¿verdad?

—No lo has hecho —dijo Cyprian.

—¿Acaso estás tan seguro de ello?

—No me dejaste con vida para informarme de lo que has hecho con Alexandra. Lo hiciste para que yo pudiera verlo.

—Lo has adivinado. ¿Y sabes qué, Khlesl? Te he traído algo.

Heinrich soltó la cadena del poste, arrastró a Cyprian al exterior, pasó junto al petrificado Filippo y junto a Isolde —que se había acercado al heno en llamas y tendido ambas manos como si quisiera conjurarlas— y oyó que canturreaba.

Los caballos ya estaban inquietos y piafaban. Alexandra estaba montada en el caballo de Heinrich con la cabeza gacha, maniatada y con los pies atados debajo de la panza del caballo. Isolde lo empujó a un lado, echó a correr hacia Alexandra, formó una pistola con el pulgar y el índice, le apuntó y dijo:

—¡Clic!

Era un sonido sorprendentemente real. Después soltó un grito de júbilo, giró sobre sí misma y se lanzó sobre Heinrich.

—¡Clic! —volvió a gritar—. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

Heinrich apartó la mano de ella de un golpe y luego le asestó una bofetada. Ella cayó al suelo como golpeada por una piedra y lo contempló con expresión desconcertada. La sangre manaba de su nariz y se echó a llorar. Heinrich tuvo que esforzarse por no matarla a patadas para apagar su llanto.

—¡Siéntala en el caballo o la mataré! —le gritó a Filippo.

Luego se volvió hacia Cyprian y comprobó que las tonterías de Isolde lo habían desprovisto del placer de observar su sorpresa. Cyprian contempló la figura medio desplomada a lomos del caballo sin una reacción visible. Alexandra alzó lentamente la cabeza, clavó la vista en el prisionero de Heinrich y soltó algo parecido a un grito ahogado.

—¿Padre?

Heinrich tiró de la cadena. Cyprian no había estado preparado y tropezó hacia delante, pero entonces hizo un rápido movimiento, acabó con un trozo de cadena envuelto alrededor del antebrazo y giró sobre sí mismo. Heinrich perdió el equilibrio y cayó al suelo. Un instante después se puso de pie, jadeando. Cyprian casi le había dado alcance, sosteniendo un trozo de cadena tensado entre los puños. Heinrich retrocedió y apuntó a la joven montada en el caballo. Por encima del rugido de ira que resonaba en su cabeza se dio cuenta de que Cyprian lo habría vencido si la cadena hubiera sido un palmo más corta, y su rabia se disipó.

—¡Atrás o la mato! ¡Ante tus ojos! —chilló, soltando un gallo.

Cyprian alzó las manos y permaneció inmóvil. La cadena se desenrolló de su brazo.

Heinrich jadeaba y oyó una voz áspera que decía: «Si vos y él os encontráis en una oscura callejuela...». Apoyado en unas piernas que no parecían pertenecerle, se acercó a Cyprian y le arañó la cara con el cañón de la pistola; la sangre brotó del rasguño. Cyprian ni siquiera pestañeó.

—¡Déjalo en paz, cerdo! ¡Padre! —gritó Alexandra.

—En marcha —dijo Heinrich, y montó a caballo detrás de ella—. Esta noche toda la familia estará reunida. En el infierno.

Wenzel admiraba a Agnes por la serenidad que al parecer seguía conservando. La mirada de ella le había revelado que sentía casi tanto temor por Alexandra como él mismo, pero que se esforzaba por disimularlo. En eso se parecía mucho a Cyprian. Las viejas historias que a menudo había oído sobre aquel año en el cual ella y su padre se habían visto por primera vez y comprobado que eran hermanos solo entonces parecían dignas de crédito, al verla tan sosegada y segura de sí misma. El propio Wenzel apenas lograba quedarse quieto cuando desmontaban para dar un descanso a los caballos o dejar que se alimentaran.

Aliviado, notó que habían alcanzado la bifurcación mencionada por Agnes. Desde allí el camino conducía directamente a Brno; esa noche habrían alcanzado la ciudad. Con un poco de suerte, Vilém Vlach y Andrej ya habrían emprendido la búsqueda de Alexandra. Habían partido un día antes y Wenzel soltó un gruñido de impaciencia; hubiera dado su brazo derecho por acompañarlos, pero había permanecido junto a Agnes. Adam Augustyn también había seguido demostrando que podían confiar en él y reunió a todos los escribientes y contables de la empresa en su casa, a los que logró convencer de que siguieran siendo fieles a Khlesl & Langenfels. La cifra fue asombrosamente numerosa y no tardaron ni un momento en convertir la casa de Augustyn en una agencia en la que —entre niños que gateaban, juguetes de madera y un pequeño grupo de cocineros dirigidos con eficiencia militar por la mujer de Augustyn— intentaban rescatar la parte de la empresa que aún permanecía fuera del alcance del rey. Hubo que organizarlo, al igual que el alojamiento de Andreas y del pequeño Melchior, que al final también se instalaron en casa de los Augustyn. Que logaran montar todo eso en un solo día se debía en gran parte a la diligencia de Agnes. No obstante, habían perdido un día y aunque Agnes lo envió a hacer cientos de recados, al igual que a todos los demás, Wenzel tuvo que morderse los nudillos para no gritar de impaciencia.

Azuzó su caballo. El camino, que tras la bifurcación conducía hasta Brno, era igual de ancho que el anterior y parecía convocarlo.

En el cruce crecía el habitual pequeño grupo de árboles, entre ellos un tilo viejísimo e inmenso que indicaba que antaño allí debía de haberse elevado un patíbulo. En el presente solo quedaba un crucifijo ante el cual estaba arrodillada una figura, una imagen muy familiar. Wenzel se persignó sin detenerse e intentó reprimir una jaculatoria: «¡Santa María Madre de Dios, protege a Alexandra!», porque consideraba que alguien que exhortaba a los poderes celestiales a proteger a sus seres queridos ya estaba resignado y no se creía capaz de hacerlo. ¡Ese momento todavía no había llegado! Susurró: «¡Dame fuerzas para hacer todo lo correcto, Señor!», pero después cambió las palabras por las siguientes: «Te agradezco, Señor, por haberme dado la fuerza para poder hacer todo lo correcto». Luego añadió mentalmente: «Haz que la encuentre a tiempo, por favor». Finalmente se dio cuenta de que había dejado atrás a Agnes.

Refrenó su caballo y lo hizo girar. El otro caballo estaba junto al camino arrancando las altas hierbas que crecían al pie del grupo de árboles, Agnes no aparecía por ninguna parte. Confuso y con un temor cada vez mayor, se enderezó en la silla de montar. Entonces la vio junto al crucifijo, sentada en el suelo. Él sabía que ella tampoco sacrificaría tiempo desmontando y rezando; al igual que él, confiaba que Dios no consideraría necesario que se arrodillara ante Él cada dos o tres millas. ¿Acaso se había caído del caballo? ¿Estaba herida? Pero entonces vio que sostenía una figura acurrucada entre los brazos, se acomodó en la silla y regresó a la encrucijada al galope.

Agnes alzó la vista y lo contempló con los ojos llenos de lágrimas. La que rezaba entre sollozos era una anciana y Wenzel la reconoció: en cierta ocasión la había visto sumida en un sueño semejante a la muerte en su alcoba de la casa de los Khlesl.

—¿Leona? —preguntó, incrédulo.

La anciana volvió su rostro empapado en lágrimas hacia él.

—Ahora todo se arreglará —susurró.

Agnes la estrechó entre sus brazos.

—Reconocería a Leona aunque fuera de noche —dijo—. Cuando vi la figura orando ante el crucifijo supe en el acto que se trataba de Leona.

—¿Dónde está Alexandra, Leona? —preguntó Wenzel, presa del miedo.

—Hemos enviado a Vilém y a Andrej en la dirección equivocada —dijo Agnes en tono furibundo—. Ese diablo nos hizo creer a todos que él y las mujeres se dirigían a Brno.

Señaló las oscuras sombras de las arboladas colinas; en algunas abruptas cimas se divisaban rocas rojizas que resplandecían entre el oscuro verdor como las garras de poderosas zarpas. El camino conducía directamente a las zarpas.

—Alexandra no se encuentra en Brno. Está en Pernstein.

Cosmas Laudentrit olió el humo, pero logró reprimir sus temores durante bastante tiempo y se dedicó a buscar una explicación: campesinos que quemaban ramas porque querían talar un nuevo terreno u obtener ceniza (nadie quemaba leña en primavera cuando brotaban las hojas), leñadores que habían prendido fuego al sotobosque (si hubiesen estado cortando leña hacía días que habría oído los hachazos), una partida de caza cuyos siervos estaban preparando la comida (ese terreno pertenecía a Pernstein y Cosmas sabía que la señora no organizaba partidas de caza, o en todo caso no cazaba presas de cuatro patas). Finalmente no pudo seguir reprimiendo la sospecha acerca del lugar de donde provenía el humo y echó a correr.

La vieja choza del carbonero se había derrumbado y solo era un montón negro y carbonizado del cual surgían llamas y una columna de humo que se elevaba al cielo por encima del claro. Allí había un puñado de hombres, discutiendo. Cosmas había oído sus voces desde lejos. Se ocultó detrás de un árbol, medio asfixiado porque tras la carrera su respiración se había vuelto agitada, pero procuró no hacer ruido al respirar temiendo que lo descubrieran. Sudaba y al mismo tiempo se estremecía de frío: estaba aterrado.

Era de suponer que el prisionero había incendiado la choza por error. Cosmas no recordaba si durante su última visita había puesto el candil, el pedernal y la yesca fuera del alcance del encadenado. Ciertas medidas de precaución se volvían instintivas y uno olvidaba si las había tomado. ¿Y si fuera verdad? ¿Si el prisionero había logrado hacerse con el candil? Cosmas ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero no había tardado en darse cuenta de que no trataba con un hombre corriente. Puede que hubiera intentado quemar el poste al que estaba sujeta la cadena; esa idea nunca se le hubiera ocurrido a un prisionero normal, por no hablar de llevarla a cabo. Pero sí a ese hombre, que, pese a estar encadenado y pese a las heridas que le afectaban el hombro y las costillas, hacía ejercicios y utilizaba la cadena a guisa de pesas.

Daba igual. Solo había dos cosas seguras. Primero: el bellaco había calculado mal e incendiado la choza y por más extraordinario que fuera, de momento estaba tendido bajo un montón de vigas en llamas y ya solo era un resto calcinado. Segundo: le pedirían cuentas a Cosmas por ello.

Temblando de pánico, trató de recordar: ¿había dejado el candil, el pedernal y la yesca fuera del alcance del hombre? Algo le dijo que era totalmente irrelevante, porque en todo caso lo harían responsable del incendio. Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz no se hubiese tomado la molestia de esconder al prisionero en la choza y obligar a Cosmas a curarlo si no fuese importante para él. Cosmas recordó el cuerpo torturado que Heinrich hizo trasladar fuera del bosque y solo haciendo un esfuerzo logró contener las náuseas, al tiempo que en su mente veía su propia cara por encima de aquel montón de miembros retorcidos en vez de la de la joven que había sido la auténtica víctima.

La única posibilidad era la huida, pero ¿adónde?

Oyó toses en el claro y volvió a recordar que aún existía otro problema. ¿Quiénes eran esos individuos en torno a la ruina? Una lucecita pareció brillar en su hasta hacía un instante sombrío horizonte personal: debía de ser el humo que los atrajo al claro. A lo mejor su presencia suponía un peligro para los planes de la señora y el diablo principal... Quizá Cosmas podía acercarse a ellos subrepticamente, averiguar quiénes eran, regresar a toda prisa, dar la alarma y así quedar como un leal y valiente servidor. Además, podía intentar echarles la culpa a los desconocidos. Ya se veía a sí mismo en la capilla, arrodillado en el suelo ante la mujer de blanco y Heinrich (en su imaginación resultaba bastante realista considerar que una actitud sumisa podía suponer una ventaja) y soltar que no había podido hacer nada para impedir que media docena de bribones prendieran fuego a la choza y que había acudido al castillo lo antes posible. Claro que lo habían perseguido, las balas silbaron junto a sus oídos, pero él había decidido advertir a Pernstein de lo sucedido y se hubiese arrastrado hasta allí incluso con una bala en la barriga para demostrar su lealtad...

El problema consistía en que si quería comprobar quiénes eran esos hombres, tendría que arrastrarse hasta el borde del claro y podrían descubrirlo. Era más fácil soñar que había desafiado los disparos de los perseguidores que correr el riesgo de ponerse a tiro de sus armas.

Con la boca seca y el corazón palpitante se deslizó hasta el árbol más próximo. Las ramas y las hojas secas crujían bajo sus pies, y le pareció que el chasquido era tan estridente como las trompetas de Jericó. Pero en realidad el

crepitar de las llamas en el claro era tan sonoro que podría haber brincado a través del bosque como un macho cabrío y nadie lo hubiera oído. Por fin estaba tan cerca que distinguió los rostros de los desconocidos. Por algún motivo le supuso un alivio que no fuesen soldados; más bien parecían los acompañantes de un comerciante viajero que abandonaron su contingente cuando vieron el humo. Pero en realidad el camino que transcurría hacia el norte desde Brno estaba mucho más al oeste, y desde allí no podían haber visto el fuego. Y seguro que ningún comerciante habría recorrido el camino de Pernstein hasta el cruce. Entonces Cosmas se sorprendió al constatar que conocía a uno de los hombres. Era oriundo de Brno. Un acaudalado comerciante..., pero no recordaba su nombre. ¿Qué estaba haciendo allí?

Sus cavilaciones se vieron bruscamente interrumpidas cuando una mano lo agarró de la nuca, otra de la muñeca, le retorció el brazo contra la espalda y le aplastó la frente contra el tronco de un árbol. Durante unos momentos la única realidad fue el dolor en el hombro y el eco del golpe contra el tronco que reverberaba en su cráneo. Notó que lo obligaban a caminar y avanzó a trompicones. Solo poco a poco comprendió que lo habían descubierto espiando y se le aflojaron las rodillas, pero entonces ya se encontró en medio de los hombres a los que había espiado. Cuando cayó al suelo, fue consciente de que adoptaba la posición que había imaginado que adoptaría en la capilla de Pernstein, cuando informara de lo que había visto. Dejaron de aferrarle la nuca y el brazo y Cosmas se sostuvo el hombro dolorido. El brazo empezó a entumecerse. Estaba rodeado de piernas y, lleno de terror, alzó la vista y se encontró con un rostro delgado enmarcado de largos cabellos que debía de pertenecerle al hombre que lo había sorprendido. Aunque no guardaba el menor parecido con Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz a excepción de los largos cabellos, durante un instante entró en pánico y empezó a balbucear.

—Por favor, por favor...

—Pero si es el barbero borrachín —dijo uno de los que lo rodeaban—. Enseguida recordaré su nombre.

—¿Es peligroso? —preguntó el hombre de los cabellos largos.

—No... —tartamudeó Cosmas—. No... solo soy... solo quería...

—Dada nuestra situación, todo es peligroso, ¿no te parece, Andrej?

—Tienes razón, Vilém —dijo el hombre llamado Andrej y se inclinó hacia Cosmas—. ¿Qué había en la choza? ¿Por qué la incendiaron?

—Ni idea... De verdad, yo solo... Solo quería... —balbuceó Cosmas, sudando a chorros debido al temor.

—Atadlo; lo llevaremos con nosotros —dijo Andrej—. Un rehén podría ser útil.

—¿Por qué no acabaste conmigo en el claro? —preguntó Alexandra—. Si tu pistola hubiera estado cargada me habrías disparado. ¿Eres demasiado cobarde para matarme con tus propias manos?

—De repente se me ocurrió algo mejor —dijo Heinrich, y se alegró de que estuviese sentada delante de él y no pudiera verle la cara.

Sospechó que ella había adivinado sus intenciones, porque la verdad es que no pudo hacerlo. En el instante en que apretó el gatillo una sensación absolutamente abrumadora de haber cometido el peor error de toda su vida se apoderó de él y si hubiera sido lo bastante rápido habría levantado el cañón de la pistola en el último instante. Cuando oyó el clic seco hubiese querido abrazarla y besarla, y lo único que se lo impidió fue la mirada de odio de Alexandra y el hecho de que ni siquiera había pestañeado cuando él apretó el gatillo.

Entonces se volvió y observó a Cyprian Khlesl. Los caballos avanzaban con rapidez y Cyprian trotaba junto al de Heinrich sin el menor esfuerzo. Durante un momento sintió la tentación de tirar de la cadena o acortarla para que Cyprian solo pudiera tropezar a su lado con el brazo en alto, pero luego renunció. Su mirada se cruzó con la de Cyprian; no había duda de que había oído la breve conversación entre él y su hija y una sonrisa desagradable le crispó el rostro: resultaba más sencillo que un intento de imitar la expresión inmutable de su prisionero.

—Lo que dije junto al río ya no es válido. Ahora daremos vuelta a la tortilla y ella observará cómo acabo contigo.

—Lo principal es que te decidas de una vez —dijo Cyprian.

Heinrich apretó los dientes. Había sonado como el intento de un hombre señalado por la muerte de parecer indiferente, pero sus palabras ocultaban una púa; se preguntó cómo Cyprian siempre se las arreglaba para leerle el pensamiento y quiso golpearlo, pero se limitó a desviar la mirada. ¿Cómo sabía que no solo había postergado la decisión durante tanto tiempo porque

todavía no parecía haber llegado el momento indicado? Porque él, Heinrich, podría haber determinado dicho momento cuando le diera la gana. Heinrich era consciente de que si él se hubiese encontrado en la situación de Cyprian, haría mucho tiempo que habría abandonado y hubiese muerto; él no hubiera sobrevivido a las gélidas aguas del río, a las heridas de los disparos ni a los cuidados prodigados por Cosmas Laudentrit. En cambio, Cyprian no solo había sobrevivido, sino que hasta había procurado mantenerse en forma, como si todo el tiempo hubiera estado seguro de cómo acabaría su cautiverio. ¿Qué misteriosa fuerza le permitía seguir creyendo que todavía tenía una oportunidad? Se sentía desgarrado por la mitad, en parte por Alexandra pero también por su padre. Por una parte ansiaba demostrarle finalmente a Diana que él, Heinrich, era superior a ese viejo bribón y no solo por su propia tranquilidad espiritual. Pero por la otra temía esa confrontación; había pasado mucho tiempo sin confesárselo a sí mismo, pero entonces ya no pudo seguir esquivando la realidad: sentía temor frente a Cyprian. Ese hombre era todo aquello que él no era y en su corazón sabía que el padre de Alexandra era superior a él. Lo odiaba tanto que casi se descompuso.

Alexandra había contemplado a su padre, Heinrich veía su perfil.

—¡Dirige la vista hacia delante! —gritó.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué de todo aquello que me contaste sobre tus sentimientos por mí y tu viaje a Braunau no era mentira?

«Que no logro verte como un trozo de carne, como a las demás —hubiera sido la respuesta correcta—. Llevo a Diana en la sangre, pero tú te has deslizado en mi alma», pero calló.

—Él me sacó del río —dijo Cyprian.

—¿Y a ti quién te ha hecho una pregunta?

Cyprian se encogió de hombros.

—Supongo que se le ocurrió que yo le sería más útil si evitaba que me ahogara.

—Que te ahogaras y te desangraras —dijo Heinrich en contra de su voluntad, y notó que Alexandra se estremecía—. Con mis dos balas en el cuerpo —añadió.

—Puede que el hecho de que el agua estuviera tan fría me salvara la vida, en cambio que la corriente fuera tan fuerte fue mala suerte, porque de lo contrario sé que Andrej me habría sacado del río. Pero el río me arrastró y solo recuperé el conocimiento cuando ya me encontraba en las angarillas que nuestro amigo y sus compinches arrastraban tras de sí, junto con el arcón en el que se hallaba la copia de la Biblia del Diablo.

—Se había quedado atascado en los matorrales de la orilla —dijo Heinrich, confiando en causarle la impresión a Alexandra de que su padre solo había sido un bulto—. La corriente ya le había arrancado las botas. Conduje al caballo hasta la orilla y lo arrastré fuera del agua. En realidad quería enviároslo a casa y depositarlo ante vuestra puerta por la noche, pero entonces vi que aún estaba vivo. Le salvé la vida a tu viejo, Alexandra, ¿lo sabías?

—Por lo cual supongo que te perdonaré la tuya —dijo Cyprian.

Heinrich soltó una carcajada forzada.

—¿Ah, sí? —gritó—. ¿En qué oportunidad?

—En la próxima que me ofrezcas.

—¡Te crees tan listo, Cyprian Khlesl, te consideras invencible! Pero yo ya te he vencido y volveré a hacerlo.

—Pues repítetelo, si eso te sirve de ayuda.

Heinrich rodeó a Alexandra con el brazo y le presionó un pecho. Ella jadeó. Heinrich no la soltó.

—Mira —siseó—, mira. Haz algo para impedirlo, padre. Salva a tu hija de las garras del monstruo, padre. Podría follarla hasta hacerle sangre, aquí, ante tus ojos y después meterle la pistola en el coño y apretar el gatillo, y tú no podrías impedirlo. Eres una mierda y un bocazas, eso es todo.

Notó que bajo el rostro sereno de Cyprian los músculos se tensaban y volvió a presionar el pecho de Alexandra con la esperanza de que gritara, pero ella no le hizo ese favor y, furioso, la soltó. Tenía la sensación de haber salido perdedor en esa disputa. Cuando Filippo acercó su caballo al suyo se alegró, porque le proporcionaba la oportunidad de retirarse de la situación.

—¿Qué? —le espetó.

El maldito meapilas estaba pálido.

—¿Y ahora qué ocurrirá? ¿Qué os proponéis? —preguntó.

Heinrich dirigió la mirada sobre el rostro bonito y vacío de Isolde. Pero resulta que ya no estaba vacío. Cuando la mirada de ambos se cruzó algo despertó en la de Isolde y Heinrich se dio cuenta de que era repugnancia. Le sacó la lengua y él alzó la mano como dispuesto a volver a golpearla, pero entonces comprendió que supondría otra muestra de debilidad y, desorientado, pensó que una vez más se había metido en una situación en la que perdía prestigio. Si la golpeaba sería como si la hubiese tomado con ella porque no se atrevía a seguir fastidiando a Alexandra o a Cyprian. Si dejaba de hacerlo, demostraba que había reflexionado al respecto, algo innecesario para quien se sentía dueño de la situación. Apretó los dientes, abandonó el

sendero del bosque y condujo su caballo al acceso que daba a la puerta exterior de Pernstein.

—Hemos llegado —dijo—. Quita a la idiota de mi vista antes de que le aplaste su estúpido rostro. Y después lleva a ese individuo a la habitación al pie de la torre del homenaje y enciérralo. Iré a hablar con... —tuvo que obligarse a pronunciar el nombre correcto—... Polyxena.

—De acuerdo.

Al parecer, el meapilas tenía la intención de presenciar la conversación. Heinrich hubiera preferido que se retirara a alguna parte y aún más, que cayera muerto en el acto.

—Alexandra vendrá conmigo —dijo, y dirigió una mirada desafiante a Cyprian, esperando que dijera algo como «¡Si la tocas estás muerto!», pero el canalla no dijo ni una palabra.

Heinrich desmontó, arrastró a Alexandra de la silla de montar y dejó suelto a su caballo. El mozo de cuadra ya lo atraparía.

Cuando se volvió, el rostro de Alexandra estaba justo delante del suyo y le lanzó un salivazo.

Él la cogió de la nuca, la atrajo hacia sí, y a continuación le lamió las mejillas, la frente y los ojos. Ella se estremeció.

Heinrich observó al clérigo mientras este conducía a Cyprian a la torre del homenaje sosteniendo la cadena. Isolde trotaba a su lado. Entonces cogió las manos maniatadas de Alexandra y la arrastró consigo.

Había creído encontrarla en la capilla, pero cuando por fin dio con ella estaba en su alcoba. Nunca había estado allí y se sorprendió al ver que predominaban las telas, las mantas y los cojines multicolores. La habitación en el palacio de Praga —en la que ambos torturaron a la puta hasta la muerte— había sido sobria, una habitación destinada a los huéspedes, y en Pernstein ella siempre se negó a recibirlo en su alcoba. Heinrich ignoraba lo que había esperado de un espacio que representaba su refugio íntimo; en todo caso, seguro que nada semejante a la habitación perfectamente normal de una mujer que o no había dispuesto del tiempo suficiente, o bien del dinero para reemplazar el mobiliario de una jovencita por algo más lujoso, más elegante. De algún modo, la figura blanca no parecía encajar allí.

Con el rabillo del ojo vio que Alexandra miraba en derredor y supuso que le sucedía lo mismo que a él: ella también sentía que la habitación y su ocupante no formaban una unidad. Tal vez fuese adrede: uno se sentía inseguro en el acto cuando se encontraba en ese lugar en presencia de ella y se veía afectado por las vibraciones opuestas.

Una jarra de vino estaba apoyada en una bandeja; Heinrich contó las copas: eran tres. Frunció el ceño. ¿Qué nuevo juego era ese? Las copas eran de cristal, engarzadas en hilos de oro y plata que rodeaban el pie, y muy gruesas, de modo que uno apreciaba cuánto cristal habían empleado para confeccionarlas. Eran piezas ostentosas y, más que utensilios para contener bebidas, suponían una demostración de la propia riqueza. Debían de proceder del legado del viejo Ladislaus y su valor hubiera servido para conservar Pernstein en buen estado durante todo un año. A lo mejor eran las tres últimas que quedaron de una cristalería empleada para financiar el estilo de vida que Polyxena llevaba en el castillo. Pero Heinrich sabía que la presencia de las tres copas no se debía a una casualidad inofensiva.

Se acercó un paso y tropezó con una tabla de madera desplazada. Ello lo enfureció.

—¿Para quién es la tercera copa? ¿Para el meapilas?

—¿Qué os hace pensar que la segunda copa es para vos?

Heinrich la miró fijamente, mudo. Ella inclinó la cabeza con una ligera sonrisa.

—Sabíais que Alexandra e Isolde habían huido juntas, ¿verdad? —preguntó, y notó que hablaba como un niño pequeño a quien sus compañeros le habían gastado una broma pesada.

—¿De dónde sacáis esa idea?

Heinrich soltó un resoplido desdeñoso. Que Alexandra riera aumentó su cólera, pero en presencia de la mujer de blanco no podía hacerle nada a la joven sin parecer un pelele aún mayor.

—Pero si ella lo planeó todo —dijo Alexandra—. Juega contigo, como juega conmigo y con todos los demás. Tú manipulas juguetes, ella manipula a las personas.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pero él sabía perfectamente lo que había querido decir. En esa habitación algo parecía facilitar que las personas pudieran leerse mutuamente el pensamiento, y Heinrich apretó los puños porque lo que Alexandra acababa de descubrir lo avergonzaba.

—Ella me sujetó al viejo mecanismo del puente levadizo que tú reformaste; porque fuiste tú, ¿no? No es necesario que lo desmientas. Tú también lo previste para mí, ¿verdad? Al final, cuando tú y yo nos encontráramos a solas aquí, tenías la intención de sujetarme al mecanismo con correas y matarme.

«Te equivocas —pensó él—. No quería estar solo, ella y yo hubiésemos estado juntos disfrutando de tu muerte». Entonces comprendió que eso había sido un mero deseo y siempre se limitaría a serlo, y calló.

—Ella hizo que me sujetaran allí y después me dejó a solas con Isolde. No tardé mucho en convencerla de que me liberara. Isolde vive en un mundo propio en el que solo tiene cabida una parte de lo que ocurre en la realidad, pero por fin recordó quién era yo; reí y canté con ella a menudo cuando visitaba a Leona —dijo, y se volvió hacia Polyxena con una sonrisa—. Claro que vos sabías todo eso. Debido a su temor por la vida de Isolde, Leona os lo contó todo respecto de mi familia.

—¿Qué significan todas estas tonterías? —gritó Heinrich, pero no dudó ni un instante de que Alexandra decía la verdad.

—¿Por qué no la matasteis? —preguntó Polyxena sin despegar la vista de Heinrich—. ¿Por qué la dejasteis con vida? ¿Olvidasteis el castigo que vos y

yo impusimos a todos cuantos intentaron traicionarnos?

—¿A nosotros? —replicó él en tono amargo—. No sé si de verdad existe un «nosotros».

—La dejasteis con vida, por eso os sometí a esta prueba. No la habéis superado.

—¿Así que se trata de eso? ¿De eso? ¡Tenéis celos de Alexandra! ¡Solo la quería para convertirla en un sacrificio para vos! Siempre os he dicho la verdad. Nuestra sociedad se inició con sangre y quería sellarla con la sangre de Alexandra.

Polyxena dio un golpecito a una de las copas.

—Celos... ¿Qué son los celos? Por lo demás, una de las copas está efectivamente destinada a Filippo Caffarelli.

—¡Que aún no ha descifrado ni una sola línea de la Biblia del Diablo para vos!

Advirtió que hablaba en tono lastimero y, antes de oír el resoplido desdeñoso de Alexandra, comprendió que había caído en la trampa de Polyxena. Ella lograba hacerlo caer en sus trampas con tanta facilidad...

—Perdonadme —dijo Polyxena, sorprendiéndolo—. Eso ha sido de mal gusto.

Lo miró a los ojos y una llamarada lo recorrió al ver que la punta de su lengua asomaba entre sus labios como si no fuera consciente de ello. ¿Así que ella lo había puesto a prueba? ¿A él, su socio? «Sí —pensó entonces—, pero solo porque eso le permite comprobar quién es digno de ella. *Mene mene tekel...* ¡me ha medido y ha considerado que no doy la talla!». Pero aún guardaba un triunfo en la manga para demostrarle hasta qué punto era digno. Y ella se alegraría de esa prueba porque en realidad estaba tan caliente por él que sus pequeños movimientos corporales la delataban. ¡La punta de la lengua le recorría los labios y anhelaba encontrarse con la suya! Y entonces interpretó la expresión de su mirada con mayor exactitud y supo que ella había vuelto a jugar con él.

—Correcto —dijo ella—. Porque resulta que hace tiempo que descubrí la clave. No se encuentra en una de las páginas del libro, sino en aquellos que se consumen por apoderarse de la Biblia del Diablo. ¿Queréis saber cómo se llama dicha clave? Corrupción, amigo Henyk, corrupción, y la corrupción es algo que solo acontece porque los seres humanos se dejan corromper. Cuando la serpiente ofreció los frutos del Árbol del Conocimiento a Adán y Eva, la Biblia del Diablo entró en el mundo. ¿Acaso creíais que se trataba del saber transmitido por los frutos de ese árbol? Lo creí durante mucho tiempo, y

todos cuantos se ocuparon de la Biblia del Diablo antes que yo creían lo mismo. Y eso que es tan sencillo... No se trata de saber que el sol sale por el este y se pone por el oeste o de que el mundo es una esfera, o de si el sol se encuentra en el centro del universo o si es la Tierra. Se trata del saber que proporciona el poder más grande del mundo: que los seres humanos son corruptibles. Lo son porque ellos mismos lo permiten, porque siempre creen con absoluta convicción que ellos mismos son el centro del universo y que lo que les acontece no supone una corrupción sino la justa recompensa por su unicidad. Todos y cada uno son corruptibles, siempre. Eso es lo que realmente significa la Biblia del Diablo... no un par de confusos conjuros surgidos del cerebro de un monje agonizante. La Biblia del Diablo es el Grial, amigo mío. El Grial siempre atrajo a quienes estaban convencidos de que solo ellos eran lo bastante importantes como para que les estuviese destinado un destino especial en la Tierra.

—No —dijo Alexandra de repente—. Os equivocáis. Vos le habéis consagrado vuestro corazón al diablo y por eso solo poseéis su limitado horizonte. El diablo creía...

Polyxena arqueó las cejas.

—Una casi podría sentirse halagada de ser deseada por el amigo Henyk si aquello que casi provocó su caída fuese una persona de tu estatura, pequeña señorita Khlesl.

—Ella nunca me... —empezó a decir Heinrich.

—El diablo creía lo mismo —prosiguió Alexandra sin inmutarse—. Por eso creyó que podría tentar a Jesús en la montaña. Pero Jesús solo dijo... ¿Qué dijo Jesús, padre Filippo?

Heinrich se volvió bruscamente. No había oído entrar al meapilas. Filippo Caffarelli estaba muy pálido, sudaba y contemplaba fijamente a Alexandra. Heinrich vio que sus labios se movían pero fue incapaz de pronunciar una palabra.

—*Vade retro, Satanas!* —citó Alexandra—. Jesús confiaba firmemente en el amor de Dios y eso lo volvía incorruptible. Vos ignoráis lo que significa la fe. El diablo tampoco lo sabe. Por eso Jesús se limitó a rechazarlo en vez de aniquilarlo: porque sintió compasión por él.

Filippo parpadeó. Heinrich, impresionado por Alexandra en contra de su voluntad, se apartó de ella y dirigió la mirada a Polyxena. Esta permaneció tan serena como si nada hubiese sucedido y eso también lo impresionó. El vértigo se apoderó de él cuando pensó que todavía resultaba posible unirse a

esas dos mujeres al mismo tiempo... y arrancarle el corazón del pecho a una de ellas y depositarlo a los pies de la otra.

—Entonces en realidad no lo necesitabais, ¿verdad? —preguntó Heinrich, señalando a Filippo.

—Desde luego que lo necesitaba. El padre Filippo era la mejor prueba de mi convicción.

Polyxena cogió una de las copas con gesto fingidamente despreocupado, se acercó al sudoroso clérigo y, para gran disgusto de Heinrich, le acarició la mejilla. El meapilas seguía mudo, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo como si fueran leños. Al ver su muda desesperación, ella sonrió, sumergió un dedo en el vino y le rozó los labios. El vino se derramó por encima de su mentón; parecía sangre. Filippo se echó a temblar. Ella seguía sonriendo. Heinrich apretó los puños, tanto que las uñas se le clavaron en las palmas.

—Creísteis, padre Filippo, creísteis con gran fervor en la existencia de Dios. No acudisteis aquí porque hubierais perdido vuestra fe, sino porque a pesar de todo lo que habíais experimentado, intentabais recuperar la fe con desesperación. Cuando comprendí que la Biblia del Diablo es el auténtico Grial comencé a aguardar la llegada de mi propio Parsifal... el verdadero necio dispuesto a cargar con toda la iniquidad del mundo porque cree ser el elegido.

El fraile no dijo nada. Heinrich trató de superar el abismo que se había abierto a sus pies y que era tan profundo como el conocimiento de que nunca comprendería ni una fracción de lo que impulsaba a esa mujer ataviada como un ángel y bella como una diosa.

—¿Y vos, adorada Diana? —preguntó—. ¿Quién sois en este cuento de hadas? ¿La bruja Cundrie?

Ella lo miró con desprecio. Él se sonrojó y la dama volvió a dirigirse a Filippo. Heinrich sabía que solo se trataba de otro juegucito, pero querer controlar la furia y los celos que reinaban en su interior era inútil.

—Soy la narradora —dijo ella por fin.

La cólera y al mismo tiempo el miedo ante su implacable comprensión de la esencia de los seres humanos lo invadieron... y en la misma medida el deseo reprimido de las últimas horas que lo ahogaban como una ola. Se lanzó hacia ella, apartó a Filippo de un empujón, la abrazó y presionó sus labios contra los de Polyxena. Tenía los labios calientes y suaves y no demostró ni un asomo de rechazo. Heinrich jadeaba. Ella era como una muñeca entre sus brazos y él empezó a cubrirle el rostro de besos.

—Narrad nuestra historia en común —suplicó, gimiendo—. Soy vuestro, nunca he sido otra cosa.

Le lamió la cara, al igual que antes había lamido la de Alexandra, estando en el patio. Su maquillaje se transformó en un lodo perfumado en su boca y ella de pronto comenzó a resistirse, pero él no la soltó.

—Vos... —gruñó—. Os pertenezco. Dominadme. Tomadme. Ordenadme. Matadme después, pero dejad que una vez más me una a vos...

Ella alzó la rodilla; él había contado con ello y giró la cadera, aunque su mayor deseo era presionar su miembro duro como una piedra contra el cuerpo de ella. Con lo que no había contado era con las uñas con las que ella le rasguñó la cara. En sus otros intentos de besarla siempre se había burlado de él, se había negado o simulado que él despertaba su pasión. Pero esa suponía una resistencia seria y llena de odio, y Heinrich retrocedió. Ella tenía el rostro crispado y de pronto algo dejó de encajar, aunque él no supo identificar qué era. Ella le arrojó la copa de vino a la cara y el líquido lo cegó. Sin reflexionar, agarró la jarra de vino y arrojó la bandeja al suelo, oyó que las copas —equivalentes a dos tercios de los costes anuales de Pernstein— se hacían trizas en el pavimento y derramó la jarra llena por encima del rostro crispado de cólera.

Polyxena se cubrió la cara con las manos y soltó un chillido. Se tambaleó hacia atrás, chocó contra un arcón y tropezó contra un espejo que colgaba de la pared. El espejo cayó y se rompió con el estallido de un disparo de mosquete, un remolino formado por un millón de astillas brillantes que reflejaban la figura blanca tropezando a través de la habitación y girando sobre sí misma. Alexandra soltó un grito de terror. Heinrich se quedó paralizado de espanto. Vio la parte superior del vestido blanco enrojecido como de sangre, sus cabellos oscuros y empapados de vino, las manos blancas y delgadas que se clavaban como garras en su rostro como dos pálidas y aterradas arañas. Oyó jadear a Filippo. De repente los chillidos de Polyxena dieron paso a un sonido profundo y áspero, un gemido animal como el de alguien que arde en la hoguera. Polyxena cayó de rodillas y se retorció en medio de llamas invisibles. Heinrich dejó caer la jarra y apartó a Alexandra con violencia. No le preguntó qué había visto, ni siquiera se preguntó a sí mismo qué había creído ver antes de que el contenido de la copa lo cegara. Se abalanzó sobre la agitada figura, cayó de rodillas a su lado y le retiró las manos del rostro.

Oyó que sus gemidos volvían a convertirse en el chillido de una demente.

Oyó que Filippo gemía:

—¡Santa María, Madre de Dios!

Oyó que los gritos de Alexandra se interrumpían debido al horror.

Oyó todo eso y, sin embargo, no oyó nada. Clavó la mirada en el rostro de Diana, el rostro de Polyxena, el rostro de su ama, el rostro de la mujer que ocupaba cada fibra de su cuerpo y por quien hubiera asesinado a todo el mundo si ella se lo hubiese pedido.

Clavó la mirada en la mueca desenmascarada del diablo.

Sus rasgos, el óvalo del rostro, el cutis, el arco de las cejas, los párpados, la nariz, los labios... era la viva imagen de la belleza. Algo la había mantenido joven, había impedido que tuviese el aspecto de una mujer de medio siglo de edad, había conservado su lozanía... y también la desagradable mancha que cubría el lado izquierdo de su cara. Heinrich recordó las sombras que había creído ver debajo del maquillaje. En ese momento ella se presentaba ante él sin máscara.

Era un triángulo invertido de un intenso color rojo que se extendía desde la nariz y por encima de la curva perfecta de la mejilla hasta el mentón. El color no era regular; había zonas más claras, grietas, y las estribaciones de la mancha en la frente eran como si un hilillo de sangre se hubiese derramado entre las cejas y las sienas. Su mejilla se agitó y la mancha se deformó y volvió a adoptar la figura que antes lo había dejado sin aliento: el rostro lobuno, deformado y de sonrisa maligna del diablo.

Heinrich la miró fijamente, y su cabeza era un único remolino en el que flotaba una pregunta: si todas las ocasiones en las que en Praga la había visto sin maquillaje solo habían sido sueños.

—Sois *Kassandra von Pernstein* —declaró *Alexandra* de pronto—. La muchacha que según vos estaba muerta. Sois la muchacha en cuya habitación dormí, la muchacha que convirtió su entorno en un infierno sutil en el que todos los demás debían sentirse inseguros y completamente perdidos. Sois la hermana melliza de *Polyxena*, su viva imagen, excepto por la mancha del diablo en vuestro rostro. Hay muchas personas con semejante mancha, pero vos sois la única en la que esta hace que parezcáis el retrato del diablo. Sois la niña de los cuadros que tiene la mitad izquierda de la cara despedazada. Eso es obra vuestra. *Polyxena* fue la modelo para la estatua de *Artemisa*, pero vos deformasteis su rostro porque siempre considerasteis que la diosa de la caza era vuestro símbolo y no el de vuestra hermana. Ella es vuestra fachada en Praga, es vuestra herramienta. No obstante, vuestro mayor deseo es ser como

ella. Incluso vivís en su antigua habitación y hace años que no pisáis la vuestra.

Heinrich jamás había visto a Diana perdiendo el control y entonces, presa del espanto, vio que estaba ocurriendo. La mancha diabólica de su rostro se crispó y se deformó.

—¡Cierra el pico, estúpida! —siseó.

Alexandra no se dejó intimidar.

—Apuesto a que ni siquiera el canciller imperial sabe que vos existís. ¿Qué le hicisteis a vuestra hermana para convertirla en vuestra herramienta carente de voluntad propia?

De repente Heinrich tuvo una visión estremecedora. Era un recuerdo. Se veía a sí mismo, un niño de ocho años de pie junto al pozo de la fuente de la aldea que a veces se secaba en verano, asomado al pozo. Parecía interminable. Los demás niños le habían dejado el sitio: él era el hijo del señor feudal. Todos se preguntaban si alguien que cayera al pozo sobreviviría. Heinrich apostó que no, pero unas voces cautelosas se opusieron. Heinrich miró en torno; uno de los niños era el hijo del maestro. En primavera había encontrado un pichón con un ala rota al que recogió y alimentó. El ave nunca había aprendido a utilizar el ala tullida, pero solía saltar detrás de su salvador, piando, y de noche dormía posado en un delgado palo de madera junto a la cama del niño. El hijo del maestro sostenía el pájaro en la mano y lo acariciaba con la otra. Heinrich agarró el montoncito de plumas antes de que alguien pudiera reaccionar y recordó que dijo: «¡Enseguida lo sabremos!». Oscura y desgarrada, su voz resonó en sus oídos a través de los años, como si surgiera del pozo. Vio el rostro horrorizado del hijo del maestro y sintió el latido acelerado del pequeño corazón del ave contra la palma de la mano. Recordó que el frenético piar se volvió cada vez más áspero a medida que caía al pozo y creyó notar las garras calientes y el redoble de tambor del pequeño corazón. Recordó los jadeos sorprendidos de los otros niños y el murmullo del primero: «¡Qué locura!» o «¡Mierda!», y de haber clavado la vista en el hijo del maestro para preguntarle: «¿Qué opinas, cabeza de chorlito? ¿Está muerto?». Y que el niño le había devuelto la mirada con los ojos llenos de lágrimas y que su rostro expresaba el temor de ser el siguiente en ser arrojado al pozo y que por fin el niño balbuceó: «Creo que está muerto». Del pozo había surgido el piar del pequeño pájaro pidiendo auxilio a su salvador por segunda vez. Las aves eran livianas y caían lentamente, pero morían con rapidez. Al día siguiente el piar ya no se oía.

Años después, el hijo del maestro había llevado una vieja imprenta a la aldea, la reparó y ofreció sus servicios. El viejo Heinrich, el padre de Henyk, lo obligó a imprimir sus confusas diatribas contra el emperador. El joven las había impreso con exactamente la misma expresión de antaño, junto a la fuente. Los panfletos no le hicieron gracia al emperador y el padre de Heinrich juró que él no tenía nada que ver con el asunto y que solo eran producto del canalla del impresor. Ahorcaron al impresor. Henyk ya se encontraba en París, pero cuando se enteró se preguntó si el cadáver del condenado necio tendría la misma expresión herida y resignada antes de que los cuervos acabaran con él a picotazos.

La visión se desarrolló en menos de un instante. En el siguiente la mujer que tenía la marca del diablo en el rostro ya se había puesto de pie y abalanzado sobre Alexandra. Heinrich se interpuso entre ambas.

—¡Fuera de aquí! —chilló ella—. Desapareced. Soy Kassandra de Lara Hurtado de Mendoza, hija de María de Lara Hurtado de Mendoza, señora de Pernstein. Ahora yo soy la señora de Pernstein... y mañana me pertenecerá el mundo. ¡Largo! ¡Fuera de aquí!

Lanzando puñetazos al aire empujó a Alexandra, Filippo y Heinrich hacia la puerta.

—¡No! —gritó Heinrich—. ¡Aguardad!

—¡Fuera! ¡Sois escoria! ¡Gusanos! ¡Largo de aquí!

El ataque de ira le había proporcionado una fuerza extraordinaria, empujó a los tres por la puerta y la cerró. Heinrich oyó el chirrido del pestillo. Un calidoscopio enloquecido giraba en su cabeza. Había visto la mancha que le cubría media cara y era horrorosa, pero al mismo tiempo el corazón le brincaba de júbilo. Siempre la había considerado perfecta y de pronto resultaba que no lo era. La había tomado por un diamante finamente tallado, transparente como el cristal y de una dureza implacable. Pero en última instancia era igual que cualquier otro ser humano: un pedazo de carbón formado por la presión y las fuerzas externas, quizá de bordes más afilados que la mayoría, pero igual de opaco y lleno de sombras. Ya no era superior a él; ni siquiera había osado revelarle su verdadera identidad. Debería sentirse desconcertado, espantado, incrédulo, desorientado y lleno de furia, y en cambio solo lo recorrían escalofríos y sudores. Oyó los sonidos ásperos detrás de la puerta y se dio cuenta de que ella estaba llorando.

Alexandra meneó la cabeza. Estaba pálida, pero fue la que se repuso de la sorpresa con mayor rapidez. Su rostro manifestaba su desprecio. En ese momento Heinrich la detestó como nunca. Entonces supo que lo que se

proponía era absolutamente correcto. Se volvió, alzó el brazo y le asestó un puñetazo. La cabeza de ella cayó hacia atrás, golpeó contra la pared y al cabo de un instante la joven se deslizó al suelo. Él la agarró de las caderas y la alzó, mientras ella balbuceaba medio desmayada, y se la llevó lo más rápido que pudo.

Filippo le dio alcance cuando Heinrich ya le había sujetado la soga en torno al cuello y depositado a Alexandra sobre la barandilla del puente de madera que conducía a la torre del homenaje.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Filippo con los ojos como platos.

Heinrich no se dignó a mirarlo. Era muy sencillo, infernalmente sencillo. Diana había sido perfecta, Cassandra no lo era. Diana ya no existía, solo Cassandra, Cassandra que súbitamente se había mostrado vulnerable. En cambio él había cumplido con todas sus tareas, había superado todas las pruebas, solo le faltaba vencer a Cyprian y hacerse con la victoria que ella lo creía incapaz de alcanzar; los platillos de la balanza se habían inclinado definitivamente a favor de él. Los papeles se habían trocado: él era el amo y a Cassandra le tocaba interpretar el papel que antes siempre había interpretado él. La diosa, que escogió un mortal como compañero de juegos, y el mortal que, gracias a su propia fuerza, había alcanzado la divinidad.

¡Un duelo! Tenía que ser un duelo. Tenía que acabar con Cyprian ante los ojos de Cassandra y Cyprian lucharía cuando viera el precio: su hija, tendida encima de la barandilla con una soga en torno al cuello, que la ahorcaría en cuanto hiciese el más mínimo movimiento. Cyprian haría todo lo posible por salvarla y Heinrich se encargaría de que no pudiese pagar el precio. Su respiración se agitó. Si hubiera podido ver su cara no se habría reconocido a sí mismo.

—¡Estáis loco! ¡Ella se ahorcará!

—Lárgate, frailuco —dijo Heinrich, y tiró de las manos de Alexandra para sujetarlas detrás de ella.

—¡Deteneos!

El clérigo solo logró agarrar a Heinrich del hombro, hacerlo girar y asestarle un puñetazo en el mentón gracias a la sorpresa. El mundo se redujo a un punto ante los ojos de Heinrich y notó la sacudida que le recorrió el cuerpo cuando sus rodillas cedieron y cayó sentado. Sacudió la cabeza y oyó su propio quejido.

Filippo trató de arrastrar a Alexandra de la barandilla al tiempo que intentaba desprender la soga que le rodeaba el cuello. Tambaleándose, Heinrich se puso de pie y aún medio encorvado arremetió contra el flaco

fraile, cuyo peso era mínimo; el impulso le ayudó a levantarlo y arrojarlo por encima de la barandilla. Vio la boca abierta de Filippo, su expresión sorprendida y aterrada y sus brazos agitados. Presa del pánico, el clérigo se aferró al vestido de Alexandra y la arrastró consigo. Heinrich se lanzó hacia delante y logró aferrarla de los hombros y las caderas. Él también casi se vio arrastrado por encima de la barandilla y soltó un gemido cuando el dolor de la sacudida se clavó en sus hombros. Filippo colgaba por encima del abismo, con las manos agarradas a la falda de Alexandra. Heinrich abrazó a la joven como un amante; sabía que no lograría sostener a ambos más que un par de instantes y, consternado, clavó la vista en el abismo. La soga que rompería el cuello de Alexandra le rasguñó la mejilla, Alexandra agitaba la cabeza a un lado y al otro, gimiendo. La tela de su vestido comenzó a rasgarse. La vaga idea de que Filippo no había superado la prueba se cruzó por la cabeza de Heinrich.

La mirada de Filippo se cruzó con la suya y, conmocionado, Heinrich notó que no expresaba odio sino solo comprensión... y alivio. El sacerdote soltó el vestido y cayó al vacío hasta que chocó contra el suelo y quedó tendido con los miembros retorcidos. Aún tenía los ojos abiertos, pero su mirada pasó a un lado de Heinrich y se dirigió a otro mundo, uno que solo los absolutos idiotas creían que los aguardaba tras la muerte. Heinrich quiso dirigir la voz hacia abajo y rugir: «¿Acaso crees que con eso tus pecados han sido perdonados, necio?», pero se mordió la lengua y calló.

Haciendo un esfuerzo, tiró de Alexandra hacia arriba y volvió a tenderla en la barandilla, resollando. Tardó un momento en recuperar el aliento y entonces notó que ella había recobrado el conocimiento y lo contemplaba. Apretó los dientes; ella tenía la vista nublada, pero esta se aclaró mientras él volvía a intentar desatar la cuerda que la maniataba. Ella se movió y notó el roce de la soga que le rodeaba el cuello. Volvió la cabeza, dirigió la mirada al abismo y se estremeció al ver el cuerpo destrozado de Filippo. Después volvió la cabeza una vez más y su mirada se clavó en los ojos de Heinrich sin decir ni una palabra. Él le devolvió la mirada. Tenía los dedos entumecidos.

—¡Maldita sea!

Heinrich la arrastró fuera de la barandilla y la apoyó en los pies. No sabía qué lo había impulsado a hacerlo; a lo mejor fue el aspecto de Filippo, que durante un momento pareció volar con los cabellos y la sotana ondeando, y un instante después solo era un montón de ropa sucia del que surgían huesos rotos. Heinrich tragó saliva, tironeó de las cuerdas y le arañó la piel. Ella no se movió.

—Abjura —susurró Alexandra.

—¡Cierra el pico!

—Abjura.

—¡Cierra el pico o te arrojaré a ti también! —chilló, soltando un gallo.

La cogió bruscamente de los hombros y la volvió hasta que la joven quedó de espaldas a él, luego la empujó contra la barandilla y la maniató. El temblor de sus manos era tan intenso que apenas logró formar un nudo. Comprobó la soga que le rodeaba el cuello y la ajustó. Después la hizo girar una vez más.

—Tú no eres así —dijo ella—. Estás bajo la influencia de ella. Tú no eres un pelele, eres un ser humano capaz de tomar sus propias decisiones.

—Es demasiado tarde para tomar mis propias decisiones —replicó él—. Y aunque así fuera, optaría por ella y no por ti.

—Si ya hubieras tomado esa decisión solo habrías de arrojarme al abismo.

—¡Calla!

La falda desgarrada le colgaba de las caderas. De repente Heinrich se dio cuenta de que quizá nunca experimentaría la sensación de ser el primero en poseerla y su mano se agitó. Quería ordenarle que se arrancara la falda, quería meterse entre sus piernas, sentirla, abrirla e introducir la mano en su cuerpo, la mano con la cual acababa de arrojar al meapilas al abismo, pero permaneció inmóvil.

—Abjura.

—¡Quédate aquí y confía en tu maldito Dios! —rugió él, luego echó a correr al edificio principal.

La puerta de Cassandra aún estaba cerrada con llave. La aporreó. Dentro reinaba el silencio.

—¡Abrid! —gritó—. Al menos venid conmigo al puente de la torre. Allí se encuentra el primero de mis regalos para vos. ¡Pero tengo un segundo regalo!

Se sentía acosado. Si ella no reaccionaba todo era en vano.

Ella no reaccionó.

—¡Kassandra!

Le pegó un puntapié a la puerta y volvió a aporrearla.

—¡Kassandra!

Soltando una maldición, abandonó. Era como si los latidos del corazón le martilleasen la cabeza y le impidieran pensar con claridad. Entonces se le ocurrió que había una llamada a la que ella no dejaría de responder.

—Allí no hay nada —susurró Vilém Vlach.

—No estoy tan seguro... —replicó Andrej.

Estaban ocultos tras unos matorrales en los que clemátides, frambuesos y endrinos se asfixiaban mutuamente. Ante ellos se extendía una zona boscosa cada vez menos tupida que más allá daba paso a un huerto. El huerto era pequeño, cubierto de malezas y sombrío, tanto por la sombra que proyectaba el castillo que se elevaba por detrás como por el hecho de que toda obra humana comenzaba a parecer oscura y amenazadora cuando estaba descuidada. Casi en todas partes aún crecía la hierba del año anterior alta hasta la cintura: un ligero temblor amarillento agitado por la brisa del que surgían nudosos troncos de árbol como negros esqueletos.

—Solo en la hierba al pie de los árboles frutales puede ocultarse una docena de hombres.

—¿Para qué habrían de ocultarse los guardias del castillo? Se formarían abiertamente. Te digo que allí no hay nada.

Andrej dedicó una mirada al hombre menudo que estaba a su lado. Si alguna vez se había encontrado con un hombre que temblaba de excitación y que al mismo tiempo no hubiera querido perderse la situación en la cual se encontraba por nada del mundo, entonces ese era Vilém Vlach. Si Andrej hubiese rechazado el ofrecimiento de Vilém consistente en reunir su tropa en Brno y acompañarlo, era de suponer que el hombre habría emprendido el viaje a solas, con el fin de declararle la guerra a Pernstein en nombre de la casa Khlesl & Langenfels.

—Khlesl, Langenfels & Augustyn.

—Khlesl, Langenfels, Augustyn & Vlach.

Andrej meneó la cabeza. Sentía vértigo al pensar con cuánta rapidez se habían vuelto las tornas, pero todo sería en vano si no lograban...

—¿De verdad crees que Cyprian y Alexandra Khlesl están prisioneros allí? —musitó Vilém.

—Alexandra en todo caso, y Cyprian...

Hizo un movimiento con la cabeza y ambos se arrastraron hacia atrás, hasta que pudieron ponerse de pie y hablar en voz más alta.

—Que Cyprian Khlesl siga con vida solo es una suposición —dijo Vilém.

Andrej asintió con la cabeza. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo por esa suposición y la pequeña posibilidad de que en realidad su mejor amigo había sobrevivido al ataque sufrido por los monjes y que Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz se había llevado al herido.

—Esta es la parte posterior del castillo —dijo Vilém—. ¿Por qué crees que los guardias se ocultarían precisamente aquí?

—Porque ninguna persona sensata atacaría esta fortaleza desde la parte delantera.

Vilém hizo una mueca. Andrej suspiró.

—¿Por qué no se lo preguntamos a nuestro nuevo amigo? —sugirió Vilém.

—¿Cómo pretendes asegurarte de que no miente?

—Le arrancaremos las uñas hasta que nos haya convencido.

—¿Y quién hará eso? ¿Tú?

—Eh... —dijo Vilém, y le lanzó una mirada preocupada.

—Alcancemos a los demás —dijo Andrej—. Tendremos que correr el riesgo y punto.

Unos minutos después un disparo resonó a unos cien pasos a su izquierda y después un grito de dolor.

—¡Ayyy...! Me han dado... mierda... me han dado a mí... ¡Auxilio!

Andrej echó un vistazo a la alta hierba al pie de los árboles frutales. No se veía ningún movimiento.

—¡Ayudadme! ¡Me desangro! ¡Auxilio!

El crujido de ramas y hojas secas reveló que alguien se acercaba a paso ligero. Un momento después aparecieron tres hombres con mosquetes y picas que debían de haber rodeado el flanco de la fortaleza. Circundaron el huerto lleno de malezas y resultaba evidente que a lo largo de un sendero invisible desde el escondite de Andrej.

—¡Ayyy! ¡Qué dolor!

Vio que los hombres gesticulaban y que luego avanzaban un poco más lentamente en dirección al lugar del que provenían los gritos. Tenían que atravesar un tupido sotobosque y después de unos minutos se detuvieron, uno de los mosqueteros le susurró unas palabras al oído a uno de sus camaradas y este le entregó su arma y, agachado, regresó al sendero y desde allí se dirigió

a la puerta principal del castillo, sin duda en busca de refuerzos. Andrej asintió.

—¡Vaya! —susurró.

Alguien se arrastró a su lado en medio de los matorrales, jadeando y resoplando, y le golpeó el hombro.

—No sabía que eras capaz de semejante cosa —dijo Andrej.

Vilém soltaba risitas y al mismo tiempo procuraba recuperar el aliento.

—Cogí al conejo que cazamos esta mañana, lo deposité allí y le arranqué una oreja con un disparo de pistola. Dejé la pistola entre sus patas —dijo, y soltó otra risita—. Cuando esos lo encuentren se preguntarán que pasó, incluso dentro de cien años.

—Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo.

—No hubiese dejado que lo hiciera uno de mis hombres por nada del mundo. ¿Cuál es la situación?

—Aguardaremos unos momentos más. Cuando ya nadie pase por aquí el camino estará despejado.

Aguardaron. Después de unos minutos los grillos del viejo huerto volvieron a cantar.

—¿Y?

—Vamos —dijo Andrej.

Solo cuando salieron al huerto Andrej pudo apreciar la extrema elevación del castillo. Eran como hormigas que se dispusieran a escalar un elefante. Las ventanas aparecían a tanta altura que se preguntó si los cabos eran lo bastante largos y si lograrían alcanzar una de las ventanas antes de que los guardias hubieran superado el desconcierto causado por el conejo muerto y regresaran a sus posiciones. Aún existía la posibilidad de que hubiera un camino de fuga oculto, que también podrían recorrer en sentido contrario para irrumpir en el castillo, pero que el hombre con cara de borrachín que habían tomado prisionero junto a la choza en llamas fuera capaz de indicárselo resultaba dudoso.

Andrej lo miró de soslayo. El bribón procuraba respirar. Lo habían amordazado y por lo visto tenía la nariz tapada, de forma que apenas podía tomar aire. Andrej se preguntó si debía arriesgarse a quitarle la mordaza. Si gritaba, todos estarían perdidos. De todos modos, su propio destino era muy incierto, pero nunca se podía descartar que la lealtad del borrachín con el castillo fuese mayor que el temor por su propia vida.

Avanzaban con tanta lentitud a través de la hierba seca que era como si pisaran astillas de vidrio; Andrej y el prisionero en cabeza, seguidos de Vilém

Vlach y sus hombres. Unos pasos más allá los grillos dejaron de cantar y siguieron cantando en cuanto los dejaron atrás. El enorme castillo de Pernstein irradiaba frialdad y no obstante el aire era sofocante y húmedo. El polvo desprendido por la hierba muerta acumulada durante docenas de años causaba picor en la garganta. La respiración del prisionero silbaba en su nariz y su torso se agitaba. Andrej se inclinó hacia él.

—Te quitaré la mordaza si te mantienes en silencio —susurró.

Los ojos enrojecidos se volvieron hacia él y Cosmas asintió con tanta violencia que las gotas de sudor salieron volando.

Andrej aflojó la mordaza, el hombre inspiró profundamente y se sacudió como un perro mojado.

Y de pronto echó a correr.

Uno de los hombres de Vlach levantó el mosquete, pero Andrej agarró el cañón y lo empujó hacia abajo. Si disparaban en ese lugar todo el castillo caería sobre ellos en cuestión de segundos. Maldijo para sus adentros y buscó una piedra entre la hierba. El prisionero maniatado brincaba por encima de la hierba como un macho cabrío y se mantenía en pie más bien gracias a su impulso que a su propia destreza.

De repente apareció un hombre en medio de la alta hierba, en el lugar hacia donde el prisionero huía. Tensaba un anticuado arco y la punta de la flecha apuntaba al hombre que corría. Aterrado, el fugitivo trazó un zigzag.

—¡Alto, detente! —siseó el arquero.

El prisionero trazó otro zigzag. La cuerda golpeó el antebrazo del arquero sin hacer ruido. El prisionero pegó el brinco más alto de todos y cayó en medio de la hierba. Andrej aún alcanzó a ver la larga flecha que sobresalía a un lado del cuello del fugitivo en la misma medida que había penetrado al otro lado, después ya no vio nada más. Todo había ocurrido con tanta rapidez que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar y, demasiado tarde, se volvió.

Formando un amplio círculo, unos hombres surgieron de la alta hierba. Todos tensaban un arco y apuntaban al pequeño grupo. Las flechas bastaban para matarlos dos veces a todos.

Andrej alzó las manos.

Wenzel se preguntó si debía regresar al lugar donde él y Agnes habían acordado encontrarse, pero ante lo acontecido durante los últimos minutos no soportaba la idea de abandonar su puesto de observación.

Bastaba con ver cómo la mujer que uno amaba casi se precipitaba al vacío para impedir que uno abandonara el lugar más próximo al acontecimiento y para desencadenar un cúmulo de caóticas ideas sobre qué hacer para salvarla.

Acercarse al castillo había resultado asombrosamente sencillo. Los escasos arrendatarios que cultivaban los campos a lo largo del camino se limitaron a desviar la mirada y fingir que estaban sumidos en su tarea. En las alquerías formadas por dos o más granjas y a través de las cuales conducía el camino, los niños se refugiaron en las chozas y los perros ladraron, pero sin aproximarse. La atmósfera era la de una comarca en la cual el miedo se había vuelto tan inmenso que todos estaban atrapados en él, como en el fondo de un pozo del que ya no podían escapar. Al final abandonaron el camino y sujetaron los caballos en un pequeño henal apartado del camino. El henal estaba vacío, como era de esperar en esa época del año, pero descubrieron una cesta y media docena de mantas agujereadas y mohosas. Dichos objetos hicieron que a Agnes se le ocurriera la idea de que ella y Leona se envolviesen en esas mantas malolientes, cargaran con la cesta y se dirigieran al castillo como si allí tuvieran algo que hacer. Agnes confiaba en que el camuflaje le permitiese echar un vistazo al interior del castillo sin ser molestada. Wenzel, que no encajaba en ese plan, debía circundar el exterior del castillo y buscar posibles accesos secretos.

En general, los castillos y las fortalezas no solían estar rodeados de bosques. Los árboles no utilizados como material de construcción se talaban para que los atacantes no dispusieran de un lugar donde ponerse a cubierto y con el fin de no proporcionarles madera para construir armas de asedio. Además, una fortaleza necesitaba provisiones, y cuanto más próximas a la fortaleza estuviesen almacenadas, tanto más sencillo resultaba transportarlas

hasta la meta. Debido a ello, los castillos y las fortalezas solían estar rodeados de campos sin árboles, con la única excepción de los huertos de árboles frutales.

El castillo de Pernstein, que predominaba por encima de las cimas como una montaña, había olvidado que existían dichas medidas de seguridad. Wenzel no tuvo dificultad en acercarse de manera subrepticia casi hasta el pie de las murallas y ponerse a cubierto tras los troncos de los árboles, los matorrales y en cierto momento, detrás de una ruinoso capilla albergada en una gruta, cuya puerta enrejada colgaba de los goznes y cuya imagen de la Virgen se había convertido en una figura amorfa debido a las heladas, la lluvia y los cambios de temperatura. Allí también reinaba ese ambiente opresivo y temeroso, y allí donde debería reinar la vida ruidosa y ajetreada de un castillo habitado por soldados, servidumbre y propietarios, solo algunas figuras se deslizaban entre los edificios como si fuesen ratones en un mundo dominado por los gatos. En torno al castillo, el terreno descendía de manera abrupta; en el flanco septentrional de la roca sobre la cual se elevaba la fortaleza —y donde se encontraba Wenzel en ese momento— se abría paso el lecho de un arroyo, pero sus aguas no burbujearan, apenas fluían y despedían un olor putrefacto.

Pero de pronto el silencio sepulcral llegó a su fin. Wenzel, que había logrado rodear la torre del homenaje y no perdía de vista el puente desde el cual podrían haberlo descubierto, vio que alguien aparecía allí arriba y maniobraba, seguido de un hombre envuelto en una sotana oscura. Pareció desarrollarse un breve altercado, después ocurrió algo que lo aterrorizó y lo paralizó: el hombre de la sotana se precipitó al vacío y quedó tendido en el suelo de piedra ante la torre del homenaje. Aún temblaba, pero más que el susto causado por haber sido testigo de esa muerte violenta, lo que lo aterró fue comprender que Alexandra también se encontraba allí arriba en el puente, con una soga atada al cuello como si fuera una res. Había visto que el sacerdote casi había arrastrado a la muerte a otras dos personas; una de ellas era Alexandra. ¡El sacerdote se había agarrado a su falda! Después por lo visto las fuerzas lo abandonaron, aflojó las manos y cayó. Se le revolvió el estómago al pensar que en realidad eran dos los muertos que debían estar tendidos bajo el puente: el sacerdote y Alexandra Khlesl.

Olvidó su deber consistente en circundar el castillo. Permaneció en cuclillas en su escondite deseando poder enviarle una señal a Alexandra; albergó la esperanza de que Agnes y Leona, que también debían de haber visto a Alexandra en el puente, no perdieran los nervios. Pero su mayor deseo

era que todo saliera bien y, como un niño, se aferró a la idea de que, tras todos los terribles acontecimientos que los habían conducido hasta allí, la suerte debía volver a favorecer a la familia.

Entonces se convirtió en testigo de una actividad febril ante la torre del homenaje. Gran parte del tiempo el flanco de la torre obstaculizaba su campo visual, pero olió el humo de una gran hoguera recién encendida, el traqueteo de vigas, tablas y planchas de madera. Era como si estuvieran amontonando bancos y mesas para un banquete. Wenzel estaba seguro de que allí no se celebraba nada y se preguntó en vano qué podía estar ocurriendo ante la torre del homenaje. Podría haberse arrastrado hacia allí y averiguarlo, pero entonces tendría que haber despegado la vista de Alexandra y no logró hacerlo.

Más que oírlo, percibió el rumor a sus espaldas. Quiso volverse, pero entonces algo duro le presionó la cabeza y oyó el clic metálico del gatillo de una pistola. Fue como si le derramaran un jarro de agua helada en la cabeza.

¡Clic!

¡Dios mío, otra pistola!

Medio acuclillado y medio arrodillado, tendió las manos a los costados para indicarle a la persona armada que no causaría problemas y un hormigueo le recorrió el cuerpo que lo hizo jadear. Creyó oír que dos dedos apretaban dos gatillos. A esa distancia una bala le destrozaría la cabeza. Debía haber tratado de encontrar una solución, pero fue como si su cerebro se hubiese detenido.

La presión de la primera pistola desapareció. Oyó que alguien a sus espaldas daba un paso atrás, consideró que era una invitación muda a volverse y se dio cuenta que tendría que hacerlo de rodillas si no cobraba el suficiente valor para ponerse de pie; entonces la vergüenza le proporcionó la fuerza necesaria para levantarse. No pudo evitar encoger la cabeza hasta que sus hombros se acalambraron, pero estaba en pie. El temor de que le dispararan en la nuca dio paso al temor de recibir un balazo entre los ojos en cuanto se volviera. Soltó un gemido que lo abochornó por su incapacidad de reprimirlo y, esforzándose por no perder el control sobre su instinto que le aconsejaba que intentara escapar, se volvió.

Y se quedó atónito.

—¡Kassandra!

Heinrich percibió su propio olor. Sudaba y estaba sin aliento y las partes de su cuerpo que no apestaban a sudor, apestaban al humo del fuego que había ayudado a encender cuando los intimidados criados no fueron lo bastante rápidos. Había repartido bofetadas y puntapiés y logrado que el gigantesco mozo de cuadra alzara los brazos por encima de la cabeza y se arrodillara ante él para que dejara de golpearlo. La satisfacción resultó desabrida, pero era mejor que nada.

Echó un vistazo a la puerta. De pronto tuvo la sensación de que ella se encontraba justo detrás de la puerta, al igual que supo que aquella primera noche que pasó en Pernstein, Alexandra lo había esperado. El súbito recuerdo de que se había visto obligado a luchar consigo mismo para no entrar en su alcoba lo confundió. Entonces lo reprimió.

—¿Kassandra?

Ella calló. Él suspiró.

—Os deseo —dijo—. ¿Cuántas veces he de suplicaros que me prestéis oídos? ¿Acaso creéis que el hecho de que no seáis vuestra hermana cambia algo? Deseo la persona, no el nombre.

No hubo respuesta. Recorrió la madera de la puerta con los dedos y se imaginó que rozaba el cuerpo de ella.

—Kassandra —susurró—. Diana. ¡Salid, diosa mía, he preparado el sacrificio para vos...!

No pudo seguir hablando porque algo le golpeó la espalda y lo aplastó contra la puerta. Se volvió y alzó las manos para defenderse de las garras. Sus largos cabellos sueltos le azotaron las orejas y la saliva le salpicó la cara. Las manos de ella trataban de arrancarle los ojos con las uñas y oyó sus gemidos. Le pegaba puntapiés, lo sentía a través de las botas. La puerta soltó un crujido cuando Heinrich trató de apartarse de ella y la ira desatada de Kassandra volvió a aplastarlo contra la puerta. Logró aferrar una de sus muñecas. Ella le

clavó los dientes en el dorso de la mano y él soltó un alarido. Solo había una posibilidad de deshacerse de la enfurecida mujer y le pegó un puñetazo.

Ella salió volando, golpeó contra la pared opuesta y se deslizó hacia abajo como una muerta.

Ella abrió los ojos cuando él se arrodilló a su lado y le alzó la cabeza. La mancha que le cubría media cara se crispó y el verde de sus ojos se volvió aún más intenso en medio de la mancha roja. Heinrich había estado tan seguro de percibir su presencia detrás de la puerta que de pronto volvió la cabeza y dirigió la vista hacia allí. Era hora de escapar de ese condenado castillo antes de que se volviera loco.

La transición de la conmoción a la cólera fue tan violenta como en el caso de una pantera, pero esa vez él estaba preparado y presionó el cuerpo de ella contra el suelo. Ella corcoveó, pero él pesaba más.

—¿Dónde está? —chilló.

—No le ha ocurrido nada.

—¿Dónde está?

—Abajo. Lo he preparado todo. Yo...

Ella casi logró quitárselo de encima, pero él volvió a aplastarla con el peso de su cuerpo. Sujetar las manos agitadas resultaba difícil.

—¡La Biblia del Diablo está abajo! —rugió Heinrich con todas sus fuerzas—. La hice transportar abajo. No le ha ocurrido nada. Creí que querríais sacrificar mi regalo en su nombre, por eso tuve que sacarla de la capilla.

—¡Vos no tenéis permiso para tocarla! —chilló ella.

—¡Si yo no la hubiese tocado al menos una vez, vos jamás la habríais obtenido!

De pronto ella se tranquilizó.

—¿Qué os proponéis?

—Venid conmigo. Os lo mostraré.

Ella lo contempló. Aunque por una vez las cartas habían cambiado de mano y él parecía superior a ella, aunque ella estaba tendida debajo de él y él le sujetaba las manos, la dama no parpadeó. El verde de sus ojos lo abrasaba y al mismo tiempo notaba el frío hasta en la médula. Notó que su confianza

disminuía y que, una vez más, la situación se volvía contra él. Antes de percibirlo aún más intensamente, bajó la cabeza esperando que ella lo golpeará en cualquier momento. La dama no se movió, ni siquiera se apartó. Él depositó un beso ligero como una pluma en la mancha roja. En caso de que hubiese esperado que de un modo misterioso ello se convirtiera en una revelación, se decepcionó: la piel solo parecía más esponjosa que en otras zonas de su cuerpo, eso fue todo. Se imaginó lamiendo la mancha como antes, cuando aún ignoraba que estaba allí. La idea hizo que un estremecimiento invadiera su entrepierna, pero no de deseo: de pura repugnancia, y Heinrich se incorporó, confiando en que ella no lo hubiese notado.

—Acompañadme.

La condujo hasta el puente, sorprendido de que no se resistiera. Alexandra aún permanecía allí con la soga alrededor del cuello. Estaba pálida y unas lágrimas habían dejado un surco en la mugre que le cubría el rostro, pero no retrocedió. Kassandra la contempló.

—Mirad hacia abajo.

Había dejado al padre Filippo tendido en el lugar donde aterrizó. Ante la puerta que daba a la habitación de la torre situada en la planta baja una hoguera ardía en un extremo de un alargado montón de leña. En el otro se elevaba un poste clavado en el suelo. Había grilletes de hierro fijados al poste mediante gruesos clavos. La hoguera humeaba, él se había encargado de que al principio amontonaran bastante leña húmeda. Ante la improvisada hoguera, vigas, tablas, trozos de bancos y mesas cubrían una amplia superficie. Parecía una arena. A un lado de la hoguera, lo bastante alejado de las llamas, se encontraba el atril de la capilla. La Biblia del Diablo reposaba en el atril y, bajo la pálida luz del ocaso, irradiaba un brillo blanco como un hueso de hielo que ni siquiera reflejaba las llamas que ardían a su lado.

—¿Qué pasó con Filippo?

—No superó la prueba.

Heinrich comenzó a desatar la soga que sujetaba a Alexandra a la barandilla y miró a Kassandra por encima del hombro. Los ojos de lince se habían apartado de la retorcida figura de Filippo y lo contemplaban fijamente. Amargado, tuvo que constatar que ya no dominaba la situación... y que el par de pasos que lo separaban de la mueca crispada y diabólica bastaban para despertar el desamparado deseo de someterla.

—La llevaremos abajo. El poste y el fuego son para vos. Si...

Pero ella lo interrumpió.

—Queríais regalarme su corazón.

—Eso es exactamente lo que me propongo. Yo...

De pronto Cassandra estaba a su lado; Heinrich bajó la vista y vio el cuchillo que sostenía en la mano. No podía imaginar dónde lo había ocultado; la hoja resplandecía.

—Entonces dádmelo ahora.

—¿Qué?

Él oyó el resuello de Alexandra. Recordó la vieja leyenda y pensó que tal vez sería mejor coger el cuchillo para cortar la soga, pero la idea se desvaneció cuando contempló los ojos verdes esmeralda de Cassandra.

Ella se apoyó contra él y sonrió. La mueca diabólica también sonreía.

—Aún es virgen —susurró Cassandra; aún es virgen, susurró el diablo—. ¿Queréis enviarla a la muerte así? —añadió, y le dio el cuchillo—. ¡Tomad, desvirgadla con esto! El cuchillo es afilado. Metedlo en el templo que vos omitisteis pisar. Arrancadle el corazón de esa manera.

—Estáis enferma —dijo Alexandra con voz ronca.

—¡Quiero mi regalo, socio! ¿Y bien?

Heinrich atrajo a Alexandra hacia sí. Ella lo contemplaba con expresión horrorizada; tenía los labios azules. Él creyó notar que el puente se movía. El cuchillo que sostenía parecía estar candente. La empujó contra la barandilla, se apoyó contra el cuerpo de Alexandra y le separó las piernas. Presa del pánico, ella empezó a jadear y su mirada osciló de un lado a otro. No podía mostrarse misericordioso, no había manera de evitar una monstruosa carnicería. Esa era su prueba. Pensó en Filippo, yaciendo en el suelo, un montón de ropa y huesos. Entonces oyó los gritos de Alexandra, los agudos alaridos provocados por el más absoluto de los tormentos y se oyó a sí mismo, balbuceando:

—No quise esto, no así...

—Mi regalo, socio.

Él trató de concentrarse en el deseo que debería haber sentido, pero en cambio solo sintió repugnancia, odio y miedo.

—Henyk... —susurró Alexandra con las mejillas bañadas en lágrimas—. Por favor...

—¿Socio?

Heinrich lanzó la cabeza hacia atrás y rugió como un toro herido. Después arremetió con el cuchillo.

Wenzel clavó la vista en los dedos. Se curvaron y los gatillos de ambas pistolas bajaron.

—¡Clic! ¡Clic!

Isolde soltó una risita, alzó los índices y los pulgares y volvió a apuntarle.

—¡Clic! ¡Clic!

El sonido ya no parecía tan auténtico al ver que las pistolas consistían en índices y pulgares, pero cuando alguien presionaba un índice contra la parte de atrás de tu cabeza y no osabas volverte, el sonido era increíblemente auténtico.

—¿Isolde?

Ella ladeó la cabeza y lo contempló; Leona la había descrito muy bien. Wenzel la hubiera encontrado en medio de una multitud, pero su presencia en ese lugar resultaba incomprensible. Notó que sus rodillas todavía temblaban de miedo. Quizá podría haberla atrapado simulando que le había dado y dejándose caer con gesto teatral, pero de momento sus nervios se lo impedían.

—¿Isolde?

Ella batió las palmas, rio y soltó un torrente de sílabas que podían significar cualquier cosa. Él vio el hilillo de baba que se derramaba por su mentón.

—¡Silencio! —susurró.

—Silencio —repitió Isolde, y alzó la mirada al cielo con una sonrisa—. Silencio...

Wenzel recordó su actividad como espía en la parte posterior de la casa de Adam Augustyn, cuando la niña se negó a apartarse de él. Se llevó un dedo a los labios con aire resignado, pero esa vez Isolde pareció comprender porque apretó los labios y frunció el ceño. Aún dirigía la mirada más allá y de repente él se dio cuenta de que la expresión ceñuda no estaba dirigida contra él y miró en la misma dirección.

Arriba, en el puente, había dos personas junto a Alexandra. Una era una mujer. Durante un instante Wenzel creyó que eran Agnes y alguien que había acudido en su ayuda, pero entonces vio los largos cabellos rubios y el vestido blanco.

Isolde susurró unas palabras. Parecía tanto temerosa como enfadada.

—¿Qué sucede allí arriba?

Isolde balbuceó y agitó los dedos. De pronto se abofeteó a sí misma y después señaló el puente.

—¿Te pegaron? ¿Qué pasa allí arriba?

Ella se acurrucó en el suelo del bosque y él oyó su llanto. Entonces se sobresaltó: un grito había resonado desde el puente. Trató de ver qué ocurría sin perder de vista a Isolde, pero era imposible y salió de su escondite. El puente estaba desierto y se estremeció al pensar en el hombre que se había precipitado ante sus ojos. ¿Acaso habían arrojado a Alexandra...? Trató de distinguir algo más y le pareció ver el extremo de una soga enrollada en torno a una de las vigas y que la cuerda estaba en tensión, como si algo colgara de la punta, algo apoyado en las maderas del puente, pero no estaba seguro. Trató de tragar saliva y se dio cuenta de que tenía la boca seca. Entonces supo lo que debía hacer, solo que no era lo convenido con Agnes.

—Isolde, ha venido tu madre para recogerte —dijo, procurando no jadear.

Ella volvió la cabeza y su rostro empapado en lágrimas se iluminó. Quiso ponerse de pie, pero Wenzel la sujetó.

—¡No hagas ruido! —siseó—. Para que tu madre pueda sacarte de aquí, primero hemos de hacer una cosa.

Ella lo miró fijamente. Él alzó la mano y le limpió el mentón con el puño. Ella sonrió como una niña pequeña.

—Has de conseguir que pueda acceder al interior del castillo. ¿Hay una entrada secreta en alguna parte?

Fue tan sencillo que casi resultaba ridículo. Isolde abrió la puerta enrejada de la pequeña capilla, se abrió paso a través de una grieta entre la pared posterior de la capilla y el altar de piedra tallada, y finalmente desapareció. Wenzel la siguió y vio una trampilla abierta en el suelo. Isolde ya estaba de pie en la estrecha escalerilla que conducía hacia abajo. Wenzel la siguió. El pasadizo debía de ser de la época en la que Pernstein todavía estaba obligado a defenderse de los ataques del exterior: una última oportunidad de huir para la familia del señor del castillo, cuando ya todo parecía perdido. Wenzel no sabía si alguna vez había sido utilizado con ese fin. Le parecía inimaginable que ni siquiera hacía cientos de años unos enemigos hubiesen intentado atacar

esa monolítica fortaleza. En todo caso, Isolde había descubierto el pasadizo. Siempre eran los inocentes quienes se topaban con esas cosas.

Tuvo que agacharse para abrirse paso. El pasadizo había sido excavado en la roca sobre la cual se elevaba el castillo y ascendía de manera abrupta. La humedad hacía que el suelo fuera resbaladizo y si bien había sido cavado de manera tosca y los pies de secretos fugitivos nunca lo habían alisado, era tan peligroso como el más liso de los mármoles mojados. Tras unos pocos pasos la oscuridad ya era total y Wenzel avanzó tanteando las paredes a derecha e izquierda, en parte porque resbalaba pero sobre todo por la negrura que lo rodeaba. Lo atenazaba el temor de un ser que vive a la luz del día y que está atrapado en una cueva tenebrosa. La humedad que goteaba de las paredes había producido excrecencias blandas y viscosas que cedían bajo sus manos. Se estremeció y no quiso imaginar el aspecto que tendrían bajo la luz, pero tampoco pudo dejar de tantear las paredes. Sus pasos resonaban en el estrecho túnel y los latidos de su corazón eran casi ensordecedores. Si Isolde no hubiese soltado una risita de vez en cuando habría creído que estaba solo allí abajo.

Entonces ella se detuvo abruptamente y él chocó contra su cuerpo. Isolde tropezó hacia delante, los pies de él resbalaron y cayó sobre ella. El pasadizo era lo bastante inclinado como para que se deslizara hacia atrás e, instintivamente, se agarró a ella y la arrastró. Ambos se deslizaron hacia atrás un par de metros antes de que las botas de él encontraran un apoyo en el suelo rugoso. Wenzel jadeó, ella soltó otra risita, y poco a poco se dio cuenta de que ella debía de estar tendida de espaldas y que él estaba tendido encima de ella como un amante. Murmuró unas palabras y trató de incorporarse, pero ella lo sujetó con los brazos y un instante después notó que depositaba un beso húmedo en su mejilla.

—Sí —dijo en tono desesperado—, sí, yo también te aprecio. Yo...

Y entonces comprendió por qué Isolde se detuvo tan abruptamente y le cubrió la boca con una mano.

Había oído voces.

Wenzel no comprendió el significado del enorme conjunto de aparatos y a través de la rendija en la madera seca de la puerta tampoco podía verlo al completo. Lo único que vio fue un joven que habría tenido un aspecto estupendo si sus largos cabellos revueltos y sudados no le hubiesen cubierto el rostro y si esa expresión de odio incontrolable no le hubiera crispado los rasgos. El joven cargaba con un palo de madera en los hombros, del cual sus manos pendían con aspecto relajado, pero que a segunda vista parecían tan tensas que uno tenía la sensación de que en realidad tenía que agarrarse al palo para no perder el control.

El recinto se encontraba en la planta baja de la torre del homenaje. Al principio Wenzel había intentado inútilmente deshacerse de Isolde, pero ella se pegó a él como una gata que se restriega contra las piernas; después volvió a ser la de siempre y se arrastró a lo largo del pasillo riendo y batiendo palmas. Pero cuando llegaron a la bifurcación que conducía a la puerta del recinto de la torre se quedó atrás, con el ceño fruncido y mirada sombría. Ello bastó para confirmarle que el joven que se encontraba en el recinto era el mismo que había visto en el puente y Wenzel estaba seguro de que se trataba de Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz. Le hubiera hecho lo que le hubiera hecho a Isolde, debía de haberla herido tan profundamente que ni siquiera su falta de memoria alegre e insensata le ayudó a superarlo.

Wenzel procuró respirar sin hacer ruido. En realidad hubiese querido seguir avanzando a lo largo del pasadizo secreto pero se lo impidió una de las dos voces que oyó. Apretó la cara contra la rendija y vio la espalda de un hombre sujetado a dos cuerdas con los brazos estirados, cuerdas que conducían a un lugar invisible del techo. Solo llevaba una camisa mugrienta y un pantalón desgarrado, y su cabellera era una mata apelmazada. Wenzel tuvo que morderse la lengua: había identificado la voz correctamente.

El hombre colgado de las cuerdas era Cyprian Khlesl.

Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz indicó el mecanismo con la cabeza.

—Solo he de quitar los soportes y los contrapesos se encargarán de romperte el cuerpo en dos pedazos... y si primero sujeto tus pies al viejo mecanismo, incluso en cuatro. ¿Sabes quién era François Ravillac? —preguntó.

Heinrich movió el torso y Wenzel vio que una gran bola de madera remataba una de las puntas del palo.

—¿Dónde está Alexandra? —gruñó Cyprian.

Wenzel sostuvo el aliento: también era la cuestión que más le interesaba a él.

—Las cosas se desarrollarán de la manera siguiente —dijo Heinrich—. Saldremos fuera, solo tú y yo. No estoy armado, tú no estás armado. Si logras vencerme con las manos desnudas podrás llevarte a tu hija a casa. Si yo venzo, solo podrás decidir lo siguiente: que ella observe tu muerte o que tú observes la suya.

Para sorpresa de Wenzel, Cyprian soltó una carcajada.

—¿Quieres luchar conmigo?

—Ya luché contigo una vez y te vencí. ¿Crees que ahora tengo miedo de perder?

—Toda tu vida lo has temido.

—Tú no sabes lo que significa el verdadero miedo —siseó Heinrich—. Antes de que transcurra esta noche lo sabrás todo al respecto.

Cyprian no dijo nada.

—La muerte —dijo Heinrich—. Una muerte lenta, dolorosa y horrible para ti y para tu hija. ¿No prefieres rendirte, Cyprian Khlesl? A lo mejor soy misericordioso y acortaré vuestro sufrimiento.

—Una vez alguien dijo: «Si la muerte no te encuentra como vencedor, que al menos te encuentre luchando».

—¿Y ese hombre inteligente murió luchando?

—No lloriqueé suplicando piedad cuando llegó su hora. Dudo de que tú comprendas esa actitud.

Heinrich se quitó el palo de los hombros y se apoyó en él con una sonrisa lobuna.

—Antes de que esto haya acabado oiré tus gimoteos y tus súplicas.

Alzó el palo y, con un único y fluido movimiento, le asestó un golpe en el pecho a Cyprian. Este se encogió y resolló de dolor. Horrorizado, Wenzel atisbó por la rendija. Como mínimo, el golpe debía de haberle roto un par de costillas; Cyprian permanecía colgado de las cuerdas, medio inconsciente.

Heinrich se acercó a él, tocó el lugar en el que había golpeado a Cyprian y después aumentó la presión. Cyprian se sacudió, gimiendo.

Heinrich sonrió y acercó la boca a la oreja de Cyprian.

—Luchar solo tiene sentido cuando es seguro que la muerte te encontrará como vencedor —susurró. Después se volvió y abrió la puerta que daba al exterior. Wenzel oyó que ladraba un par de órdenes—. Lavadle la cara, dadle botas y después sacadlo —dijo, y salió al exterior pavoneándose.

Wenzel abandonó su puesto de espía y se enderezó. El corazón le latía desbocado. Heinrich derrotaría a Cyprian sin esfuerzo. El hombre debía de doblarlo en edad y, si bien su cuerpo se había vuelto más vigoroso durante su cautiverio, en comparación con el atlético Heinrich aún parecía un toro gordo. Apenas había tenido una minúscula oportunidad desde el principio, pero con las costillas rotas, su situación era desesperada. Wenzel apretó los dientes; lo único que podía hacer era encontrar a Alexandra y salvarla. Tendría que volver a llorar la muerte de su padre, al que ya había creído muerto una vez.

Amargado y furioso, se arrastró hasta el lugar donde había dejado a Isolde para que lo siguiera guiando, pero ella había desaparecido. No osó llamarla. El pasadizo conducía hacia arriba a lo largo de una estrecha escalera, era evidente que transcurría entre el muro exterior de la torre del homenaje y una pared interior. Wenzel la remontó lo más rápidamente posible en medio de la oscuridad.

Cyprian abandonó el recinto cojeando. Tenía el lado derecho del cuerpo entumecido, pero era un entumecimiento helado y doloroso. Al respirar era como si le clavaran un cuchillo. Heinrich estaba de pie en el otro extremo del improvisado campo de batalla. Se había quitado la camisa, su torso parecía esculpido, como el de la estatua de un atleta. Cyprian miró en derredor. El combate no se desarrollaba ante la torre del homenaje para el disfrute de unos posibles espectadores. La media docena de personas presentes parecían tener demasiado miedo del joven como para osar escabullirse. Casi todas eran mujeres ancianas.

Cyprian se detuvo porque durante un instante las náuseas fueron tan intensas que creyó que vomitaría. El ataque pasó y Cyprian trató de tomar aire. Las costillas rotas le causaban estertores que le erizaban los cabellos y lo cubrían de sudor. Se enderezó con lentitud y comprobó que era más sencillo de lo que había pensado. Había endurecido sus músculos en cuanto las heridas de los disparos cicatrizaron lo bastante como para poder moverse y de momento sostenían los huesos rotos y volvían más soportable el dolor, pero Cyprian no se hacía ilusiones. Sabía que cualquier movimiento rápido le causaría un dolor infernal. Volvió a mirar en derredor. Alexandra no aparecía por ninguna parte y, en vano, intentó reprimir su temor. Su única oportunidad consistía en permanecer sereno. La única ventaja con la que contaba era que su adversario estaba medio cegado por el odio y la rabia. Eso... y la certeza de que luchaba por algo, en ese caso por su propia supervivencia y la de Alexandra. Heinrich solo luchaba contra algo: la sospecha de que, pese a todo, él era el más débil.

Cyprian tomó aire y rugió:

—¡Alexandra!

De manera involuntaria, Heinrich dirigió la mirada al puente de madera que comunicaba el edificio principal con la torre del homenaje y Cyprian lo imitó. Allí no se veía a nadie, pero eso no tenía por qué significar algo. La

barandilla del puente era alta; Alexandra podía estar tendida en los tablones, maniatada. Vio una figura inmóvil que yacía en el suelo debajo del puente y supo que alguien se había precipitado. No pudo comprobar si se trataba de un aliado o de un enemigo. Cyprian se obligó a sonreír.

Heinrich soltó un rugido de ira y después echó a correr con los hombros bajos, como un toro lanzado al ataque. Cyprian sabía que no era lo bastante veloz como para esquivarlo en el último momento. Dio un paso a un lado para no ser empujado de espaldas hacia las llamas y luego se preparó para el impacto y confió en no desmayarse de dolor.

Fue como si le hubiesen disparado por segunda vez, como si su flanco izquierdo se destrozara. Uno aferrado al otro, ambos hombres cayeron al suelo, Heinrich encima de Cyprian. Cyprian se dio el lujo de soltar un grito, los extremos de los huesos se rozaron, perforaron sus carnes y volvieron a unirse. La vista se le nubló y durante un momento fue completamente incapaz de moverse. Aquello no debía pasar por segunda vez, de lo contrario estaba acabado.

Heinrich rodó a un lado y Cyprian también. Volvió a soltar otro grito de dolor; Heinrich se apoyaba en las manos y las rodillas y sacudía la cabeza. Cyprian había aprovechado el momento del impacto y, mientras caía, había golpeado la frente contra la de Heinrich; el dolor que le invadía el cráneo no era nada, comparado con el dolor que le atenazaba las costillas. Heinrich parecía más afectado: gruñó y trató de ponerse de pie.

La mayoría de los combates se deciden incluso antes de que los contrincantes lleguen a las manos. En general, de pronto uno de los combatientes pierde la confianza y entonces siempre acaba siendo vencido. Y casi todos los combates librados entre dos adversarios igualmente decididos también se deciden en los primeros instantes. Un hombre forzado puede postergar su derrota final si logra permanecer en pie, pero solo es cuestión de tiempo.

Cyprian sabía que le había dado a Heinrich de manera inesperada. El joven creyó que Cyprian intentaría esquivar el impacto. Era de suponer que todos los demás lo hubiesen hecho. En lugar de eso, Cyprian había dejado que el otro lo embistiera y aprovechado el impulso para contraatacar mientras caía al suelo. Heinrich encogió las piernas y volvió a sacudir la cabeza para recuperar la visión. Había llegado el momento de preparar el final del combate.

Cyprian lo aferró de los cabellos, lo levantó y le pegó un puñetazo en la cara. Era un golpe preciso, realizado haciendo caso omiso del dolor en las

costillas, que lanzó a Heinrich hacia atrás y le rompió la nariz. Heinrich aterrizó sobre el trasero y la sangre se derramó por su mentón. Soltó un alarido, se volvió y se llevó las manos a la cara al tiempo que trataba de ponerse de pie. Cuando casi lo había logrado, Cyprian le pegó una patada en el culo y Heinrich chocó de cabeza contra un montón de tablas.

De algún modo logró ponerse en pie, lanzó un puñetazo a ciegas en dirección a Cyprian y no acertó. Las lágrimas lo enceguecían y su rostro era una máscara sangrienta. Cyprian retrocedió un paso y Heinrich lo siguió, tropezando y procurando asestarle otro puñetazo, pero tampoco lo logró y soltó un rugido. Se estremeció, recordó cómo se combatía y alzó ambos puños. Cyprian le dio un certero puñetazo en la nariz hinchada.

Heinrich cayó de rodillas aullando como un lobo. Aún tenía la suficiente presencia de ánimo para lanzarse hacia atrás, pero Cyprian renunció a pegarle otro puntapié. Si su adversario lograba atraparle el pie estaba acabado. Por fin Heinrich se alejó rodando y volvió a levantarse en medio de un remolino de gotas de sudor y sangre. El polvo gris del suelo le cubría los cabellos y tenía la cara tan deformada que ni su madre lo hubiera reconocido.

—¡Te matarééé! —chilló, escupiendo sangre y saliva.

Tenía los ojos hinchados y casi cerrados. Se volvió y echó a correr hacia la hoguera. Cyprian intentó interponerse pero Heinrich zigzagueó y se abalanzó sobre el atril en el cual reposaba la Biblia del Diablo. Un abanico de gotas de sangre salpicó el cuero blanco y Heinrich tironeó de algo situado por debajo, pero estaba atascado.

Cyprian se acercó. Heinrich le lanzó un golpe, Cyprian se agachó y la punzada de dolor en las costillas lo hizo resollar, pero aprovechó la oportunidad para asestarle un puñetazo en el estómago a Heinrich y este se encogió. Logró pegarle un codazo en la sien a Cyprian, pero era un golpe sin fuerza. Cyprian le asestó una patada en el pie y su adversario cayó al suelo y volvió a rodar a un lado, pero mucho más lentamente que antes. Sin necesidad de comprobarlo, Cyprian supo que Heinrich había buscado un puñal o una pistola debajo del atril, pero no intentó apoderarse del arma. Tropezó detrás de Heinrich, aguardó hasta que este se incorporó y le asestó un golpe en la cabeza con ambos puños. Heinrich giró sobre sí mismo y cayó boca abajo. Una vez más, trató de incorporarse.

Ese era el momento. Otro golpe en la cabeza sería suficiente. Incluso una patada en el cuerpo tendría el efecto necesario. Ninguna de las dos cosas lo mataría, pero lo dejarían definitivamente fuera de combate.

Heinrich soltó un gemido. Estaba de rodillas, pero su torso se bamboleaba de un lado al otro; tenía los ojos casi cerrados y braceaba, impotente.

Invadido por el asco, Cyprian comprobó que no podía hacerlo. Había luchado por su vida y la de Alexandra, pero ello no hacía que se sintiera mejor. Debería sentirse triunfante, pero ante el rostro destrozado solo se sentía como un animal brutal. Debería sentirse justificado teniendo en cuenta el destino que Heinrich les había pronosticado a él y a Alexandra, que le había roto las costillas para obtener una ventaja y que a pesar de ello había escondido un arma. Pero lo único que lamentaba era haberse visto obligado a descender al nivel de Heinrich y sentir compasión por un hombre que era un miserable cobarde y que en el fondo de su corazón lo sabía perfectamente. Cyprian bajó los brazos.

Heinrich logró apoyar un pie en el suelo y trató de levantarse, pero solo cayó de lado. Volvió a gemir y se encogió.

Entonces desde el puente resonó el estallido del disparo de una ballesta y se oyó un grito agudo.

Wenzel estaba seguro de que había caminado al menos dos veces alrededor de la torre, pero no sabía a qué altura se encontraba; cuando de repente su mano derecha perdió el contacto con el muro avanzó un paso más y chocó contra una pared.

La escalera acababa allí.

Se detuvo, bañado en sudor. Jadeaba pero no se tomó un descanso. Retrocedió tanteando con las manos estiradas hasta alcanzar uno de los pequeños nichos, tocó madera, encontró un picaporte, lo agitó... y el corazón le dio un vuelco porque la puerta estaba cerrada y atascada. Le pegó unas patadas y notó que una madera podrida cedía. Volvió a patearla. Las maderas de la puerta eran delgadas y lo único que las sostenía eran unas oxidadas bandas de hierro.

Retrocedió unos pasos hasta la pared frente a los nichos, echó a correr y se lanzó con todo su peso contra la puerta, la puerta se rompió y, junto con la puerta, se precipitó dentro de la habitación situada por detrás y cayó contra algo que de inmediato lo envolvió en una explosión de polvo y moho. Cayó al suelo tosiendo y agitando los brazos, trató de tomar aire y solo inspiró más polvo. Gargajeó y escupió hasta deshacerse del polvo. La puerta había estado oculta detrás de un viejísimo gobelino que él había arrancado de la pared.

Miró en torno. La habitación estaba llena de sombras. ¿Hacia dónde debía dirigirse? En todas las paredes había troneras; debía de encontrarse en una suerte de cuarto de guardia. Por encima de los cuartos de guardia solía haber una sala y por encima de esta, el dormitorio de las mujeres que vivían en el castillo. Desde allí, uno solo accedería a la sala en caso de un ataque inminente...

¡Allí! Wenzel vio una estrecha abertura en un rincón del recinto. La escalerilla de acceso estaba tendida junto a la abertura. Entonces supo cómo Isolde había logrado subir y bajar durante sus excursiones secretas a través del interior de la vieja torre. Wenzel corrió hacia la escalerilla, la enderezó y

solo entonces se dio cuenta de qué eran las numerosas sombras que ocupaban el lugar y se quedó estupefacto.

Dos plantas más arriba por fin se encontró a la misma altura que el puente y tropezó hacia fuera. Junto a la barandilla yacía un bulto multicolor y se asustó al ver que eran las ropas de una persona. Supo que era Alexandra incluso antes de ver su oscura y rizada melena. Muerto de miedo, se lanzó hacia ella. Ella se había deslizado contra la barandilla, tenía la cara roja y crispada, y la mirada de sus ojos llenos de lágrimas se clavó en la suya. Él dejó caer la ballesta que había encontrado en el antiguo cuarto de guardia repleto de viejas armas y armaduras, y la apartó cuando se arrodilló a su lado.

—¿Alexandra? ¿Estás herida? ¿Estás...?

Cuando vio la cuerda que le rodeaba el cuello soltó un grito. Tenía las manos detrás de la espalda, sin duda maniatadas. Debía de haberse desplomado junto a la barandilla y, dado que tenía las manos atadas, ya no pudo volver a ponerse de pie. La cuerda comenzaba a estrangularla.

—¡Dios mío, Alexandra!

Se puso de pie y tiró del nudo que fijaba la cuerda a la viga del tejado, pero estaba demasiado tensa. Su mirada se posó en un cuchillo que alguien debía de haber clavado en la barandilla. Lo arrancó y cortó la cuerda. Alexandra se desplomó. Arrojó el cuchillo a un lado y tiró del segundo nudo alrededor del cuello de ella. La cuerda se aflojó y Alexandra tomó aire y cayó hacia delante. Él la sostuvo. Ella tosía y gargajeaba, luego empezó a sollozar y él la abrazó.

—Ella le dijo que me destripara viva —balbuceó—. Lo miré a los ojos y durante un momento estaba segura de que lo haría. Pero entonces solo clavó el cuchillo... el cuchillo...

Los sollozos le impidieron seguir hablando.

—Hemos de largarnos de aquí —dijo él en tono insistente—. Hay un camino a través del interior de los muros de la torre. Yo... —añadió, tirando de ella.

Alexandra se esforzó por ponerse de pie y después puso los ojos como platos con expresión espantada.

Wenzel se volvió. Una mujer vestida de blanco estaba al principio del puente. Tenía los cabellos revueltos pero su vestido estaba tan immaculado como si acabara de ponérselo. Su rostro era un caótico paisaje rojo y blanco, como si se hubiera maquillado a toda prisa. Algo se traslucía bajo el maquillaje como una quemadura, pero incluso en ese estado su belleza aún

resplandecía en medio de la devastación como el reflejo luminoso de un diamante.

Entonces Wenzel vio que sostenía la ballesta que él había arrojado a un lado. El proyectil apuntaba a Alexandra y la mujer de blanco bajó el pulgar.

Wenzel cogió a Alexandra y la hizo girar: era la única oportunidad.

No oyó el estampido y no notó el golpe. Ni siquiera notó que el proyectil lo lanzaba contra Alexandra y caía hacia delante. Oyó el grito de Alexandra, luego todo se volvió oscuro.

En el puente se libraba un combate. Era como si alguien luchara con un ángel. Después la vista de Cyprian se aclaró y el corazón le dio un vuelco. Podía imaginarse quién era el ángel; conocía perfectamente a la otra figura: era Alexandra.

Era Alexandra, y el ángel blanco trataba de arrojarla al abismo.

Cyprian dio un paso hacia la entrada del castillo, aunque sabía que llegaría demasiado tarde.

A sus espaldas sonó un disparo y Cyprian tropezó. El combate en el puente se detuvo, vio un rostro blanco que se asomaba al abismo y se volvió.

Dos ancianas sostenían la Biblia del Diablo. Junto a la más alta una pistola recién disparada estaba tendida en el suelo. Cyprian estaba seguro de que era el arma con la que Heinrich había querido decidir el duelo a su favor. Las mujeres sostenían el pesado libro en posición encorvada, pero no cabía duda de que lograrían arrojarlo a las llamas que ardían a su lado.

—¡No! —gritó una voz áspera desde el puente.

—¡Suelta a mi hija, de lo contrario esta cosa arderá! —gritó la más alta de las dos mujeres. Cyprian no dio crédito a sus oídos al reconocer la voz de Agnes.

Alexandra soltó un chillido aterrado. No cayó al abismo solo porque su adversaria la sujetaba.

—¡Deja la Biblia en el suelo o la zorra caerá! —gritó el ángel blanco.

Las fuerzas abandonaron a Cyprian y se sentó en el suelo polvoriento. En medio del repentino silencio solo se oía el chisporroteo de las llamas y una risa seca y suave.

—Tanto sufrimiento por un libro carente de valor —dijo una voz quebradiza que denotaba que su dueño apenas pertenecía ya al mundo de los vivos.

Cyprian se arrastró a cuatro patas hasta uno de los bancos caídos, se apoyó y se incorporó. Su mirada se posó en el hombre tendido bajo el puente, envuelto en la desastrada sotana.

—¡No carece de valor! —gritó la mujer desde lo alto.

—Vos no pudisteis preverlo, Cassandra, ¿verdad? En muchos aspectos hicisteis honor a la mujer cuyo nombre lleváis, pero esto es algo que no pudisteis prever.

En el puente reinaba el silencio. Con rodillas temblorosas, Cyprian se acercó al bulto inmóvil envuelto en la sotana. Un estado de ánimo casi supersticioso estaba a punto de adueñarse de él, pero cuando se aproximó vio que quien hablaba no era el espíritu del que se había precipitado. La sangre manaba de su boca, sus orejas y su nariz, pero sus labios se movían. Tenía los ojos muy abiertos, pero Cyprian no sabía qué estaba contemplando, aunque supuso que no era algo que uno podía ver si todavía existía una posibilidad de sobrevivir.

—Intercambié los libros, Cassandra —dijo el sacerdote moribundo—. Hace días. Teníais razón al afirmar que la Biblia del Diablo solo era un símbolo. Hace días que rezáis ante una copia y no lo habéis notado.

Cyprian estaba tan exhausto que lo único que lo mantenía en pie era el temor por su hija. Se obligó a alzar la vista hacia el puente. Alexandra aún colgaba con medio cuerpo por encima de la barandilla, sujeta por Cassandra. Creyó ver que los brazos de la señora del castillo temblaban y se descubrió suplicándole a Dios que su hija permaneciera ilesa. Derrotar a Heinrich debería haber supuesto su salvación, pero en realidad se encontraba en una situación tan peligrosa como antes y lo único que había logrado era un dolor que le atenazaba varias partes del cuerpo. Se sentía tan desamparado

que casi no podía pensar. Podía intentar irrumpir en el castillo y alcanzar a Alexandra, pero aunque lograra llegar hasta el puente, bastaba con que Cassandra soltara a su hija para que esta estuviera perdida. Lo único que se interponía entre ella y la muerte eran Agnes —la vieja manta se había deslizado de su cabeza y sostenía la Biblia del Diablo con brazos temblorosos—, Leona y la voz baja y sosegada del sacerdote que surgía de su cuerpo destrozado y se apagaba cada vez más.

—Después de las páginas con las copias de san Cosme de Praga —dijo el sacerdote—, poco antes del final, las reglas de san Benito aparecen en el original. Constan de setenta y tres capítulos. Sin embargo, en la Biblia del Diablo aparece uno más. Puede que allí se oculte la clave que permite comprender todo el código. Nunca la descubrí.

—Compruébalo —ordenó Cassandra.

Cyprian le hizo un gesto con la cabeza a Agnes. Negarse ya no tenía sentido. Si la mujer de blanco decidía lanzar a Alexandra al abismo, siempre habría otras oportunidades de arrojar su tesoro a las llamas.

—Después de los textos de Cosme figura una lista de nombres y luego un calendario —dijo Agnes—. No encuentro ninguna regla benedictina.

—Porque en la copia faltan esas páginas.

El silencio se prolongó.

—Abandonad, Cassandra —susurró el moribundo—. Salvad vuestra alma.

Cyprian ignoraba si ella había oído sus palabras. Ya no aguantaba el silencio.

—¿Alexandra?

—¿Sí?

—¡No tengas miedo!

—De acuerdo —dijo ella, y empezó a sollozar.

Cyprian vio las lágrimas derramándose de los ojos de Agnes. Durante todas las largas semanas de su cautiverio había soñado cómo sería cuando se encontrara ante ella y Agnes comprendiera que no estaba muerto, que había cumplido con su promesa y había regresado junto a ella. La escena actual no había aparecido en sus sueños.

—¿Dónde está el original? —preguntó Cassandra en un tono sorprendentemente sereno. Después chilló como una loca—. ¿DÓNDE ESTÁ EL ORIGINAL, FILIPPO?

Entonces la mirada del sacerdote llamado Filippo se posó en Cyprian.

—El Grial —musitó—. La Biblia del Diablo no es el Grial. El Grial no existe. La historia de Parsifal pretende decirnos que el recipiente que alberga la esencia de Dios es el alma de cada uno de los seres humanos. Dios apuesta por la fuerza de la fe en nuestras almas. El diablo solo apuesta por nuestra debilidad y por eso debe perder. Alexandra me mostró esa fuerza. Hizo que comprendiera lo que debía hacer. Adónde había de dirigirme.

—¿DÓNDE ESTÁ EL ORIGINAL?

Filippo no despegó la mirada de Cyprian y esa mirada expresaba lo siguiente: «He hecho todo lo posible. Ahora tú has de ver qué puedes hacer con ello». Sus labios temblaron y musitó unas palabras. Cyprian se inclinó hacia él.

—*Quo vadis, Domine?*

Cyprian suspiró y se enderezó. Un momento después se dio cuenta de que Filippo había muerto. Alzó la mano y le cerró los ojos. Lo embargaba la dolorosa sensación de haber perdido a un amigo al que jamás había conocido. Entonces vio los arrugados pergaminos que sobresalían del cuello de la sotana del muerto.

—*Ego te absolvo* —susurró. Tenía la cabeza vacía. ¿Cuál era la respuesta que impediría que Alexandra cayera?

Percibió un movimiento con el rabillo del ojo. De una de las troneras de la torre del homenaje se asomó un brazo cauteloso y agitó un pañuelo. Después desapareció y en vez del brazo se asomó el cañón de un mosquete apuntando al puente. Sendos mosquetes se asomaron a dos o tres troneras más. El corazón de Cyprian empezó a palpar apresuradamente. La última vez que había visto dicho pañuelo agitado fue durante el saqueo de Praga por parte de los lansquenets de Passau: Andrej lo había agitado por la ventana y así había resuelto la situación a favor de ellos.

—¡Está quemado! —gritó—. ¡El original de la Biblia del Diablo ha sido pasto de las llamas! Filippo lo llevó a la choza en la que yo estaba prisionero y Heinrich incendió la choza.

—¡No!

—¡La Biblia del Diablo está MUERTA! —rugió Cyprian, deseando que fuese verdad.

—¡Nooooo!

Alexandra soltó un grito y el corazón de Cyprian se encogió. De pronto se lanzó hacia delante para cogerla si se precipitaba del puente, pero era una idea demencial. Caería a lo largo de muchos metros; si trataba de atraparla ambos hallarían la muerte, pero ello no impidió que lo planeara, con la loca

esperanza de que en el último instante tal vez podría interponer su cuerpo y mitigar la caída. Si se había equivocado al evaluar la situación en la torre del homenaje...

—¡Mátala! —gritó otra voz.

Era Heinrich, que se había puesto de pie y se tambaleaba a través de la arena. Agnes trató de interponerse, pero él había logrado sorprenderla. La esquivó y se lanzó hacia la puerta abierta de la torre, la cerró y corrió el pestillo desde el interior.

Alexandra volvió a gritar.

Andrej, Vilém Vlach y Siegmund von Dietrichstein el camarlengo de la Baja Moravia pisaron el puente junto con dos de los soldados de Dietrichstein. Cassandra se volvió. Había empujado a Alexandra de espaldas contra la barandilla y por encima de esta hasta tal punto que la joven caería inevitablemente si la soltaba. Alexandra profirió un grito aterrado.

—¡Deteneos! —gritó Dietrichstein.

Los soldados, que ya no debían esforzarse por actuar sin hacer ruido, habían dejado los arcos junto a las troneras y alzaron los mosquetes. Cassandra clavó la mirada en ellos. Su belleza conmovió a Andrej, era la belleza de un gato montés que exige admiración incluso mientras se abalanza sobre su víctima. Entonces vio la figura pelirroja desplomada junto a la barandilla y el proyectil de ballesta que sobresalía del cuerpo y se le aflojaron las rodillas.

—¡Rendíos! Mis hombres han ocupado la torre del homenaje e irrumpido en el castillo. No tenéis ninguna oportunidad.

¡Dios mío, era Wenzel!

Andrej olvidó todo lo acordado entre él, Vilém y el camarlengo y se lanzó hacia delante.

Un único dolor sordo atenazaba el rostro de Heinrich; era como si tuviese el cráneo partido por la mitad y, jadeando, se apoyó contra la puerta con las manos trémulas aferradas al pestillo. Suponía que en cualquier instante aporrearían la puerta desde el exterior. Aguantaría unos momentos, estaba construida para resistir ataques, pero ¿qué podía hacer? Desde ese recinto no se podía acceder a las plantas superiores y solo existía esa única puerta contra la cual se apoyaba. Todo lo que tenían que hacer era esperar sentados fuera y aguardar a que el hambre y la sed lo obligaran a salir.

Sus piernas dejaron de sostenerlo y se deslizó a lo largo de la puerta. De manera inexorable, la idea de que había perdido se abrió paso en su cerebro y el terror le causó náuseas. ¿Qué le harían? Su mirada se posó en la máquina y

se estremeció. Él había hecho cosas mil veces peores que Ravailac y la muerte de este había sido atroz. Heinrich había asesinado, deshonrado y engañado. Aún podía darse por contento si lo mataban en el acto. Si lo entregaban a la justicia, el juez dictaría una sentencia que lo condenaría a un trayecto en la carreta del verdugo mientras este le arrancaba las carnes con tenazas candentes, y en el patíbulo habría un caldero lleno de aceite hirviendo en el que lo sumergirían lentamente. Lloriqueó de miedo y trató de tragar, pero tenía la garganta seca. Clavó la mirada en los manojos de pelo que asomaban entre el rodillo y la canaleta como viejos hierbajos. Recordó los alaridos del cuerpo desnudo retorciéndose entre las cuerdas que lo sujetaban, haber lamentado de que el mecanismo fuera tan pesado que no notó la resistencia del cuero cabelludo que arrancó a medida que giraba la manivela. Presa del espanto, se metió un puño en la boca al notar que, a pesar del terror que lo invadía, el recuerdo de la placentera hora que había pasado a solas con el aparato y la puta campesina le endurecía el miembro. El sudor goteaba de su frente y hacía arder sus ojos hinchados.

¿Qué había pensado mientras yacía junto a Kassandra?

Era un hombre muerto.

Estaba bendito.

Soltó un alarido: no era verdad, estaba maldito.

El sonido de varios disparos penetró desde el exterior; Heinrich volvió a ponerse de pie y, presa del pánico, tropezó en torno al estrecho recinto. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer?

Entonces una nueva idea brilló en medio de su desesperación. Él era Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz, y siempre había hallado una solución. Su destino no era morir como una rata en un agujero. Él era demasiado único, demasiado espectacular para algo tan miserable como la muerte en el patíbulo. Clavó la vista en la pequeña puerta de madera que vislumbró en un rincón de uno de los muros. Podría haber jurado que nunca la había visto con anterioridad, pero se dijo que siempre debía de haber estado allí. ¿Adónde conducía? El muro era de los exteriores y él sabía que no existía otro acceso a ese recinto que la puerta cerrada que se encontraba a sus espaldas.

Se acercó a la pequeña puerta con pasos trémulos. Estaba apenas entreabierta. La empujó y se abrió un palmo. Más allá reinaba la más absoluta oscuridad y el olor mohoso de una mampostería invadida por una humedad centenaria. Abrió la puerta cautelosamente y traspuso el umbral. ¿Sería un almacén de provisiones? Pero entonces vio que a ambos lados había un

pasadizo. No pudo distinguir nada más en medio de la penumbra, pero a Heinrich su suerte le resultó casi increíble.

¡Un pasadizo secreto! Debía de provenir de la época en la que la torre del homenaje era el único edificio de piedra de Pernstein. Esa suerte de pasadizo solía conducir a una capilla, un henil o a una de las viejísimas tumbas, y desde allí al exterior.

Tomó aire y gritó:

—¿Hola?

El eco parecía proceder de lejos. Efectivamente: era un pasadizo.

Soltó una carcajada. El eco deformó la risa hasta que no pareció surgir de su boca, pero no le dio importancia.

—¡Soy Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz! —chilló, y volvió a reír—. ¡Regresaré!

Sin titubear, echó a correr hacia la oscuridad del pasadizo descendente.

—¡No disparéis! —gritó Siegmund von Dietrichstein.

Andrej cayó de rodillas junto al cuerpo inmóvil de Wenzel. Vio el charco húmedo acumulado bajo su cuerpo y la sangre que manchaba la zona en torno al proyectil clavado en su chaqueta, y el dolor que lo invadió fue tan intenso que las lágrimas se derramaron por sus mejillas. El rostro de su hijo estaba pálido y sus párpados, azules.

—¡No! —susurró—. ¡Dios mío, no!

Los soldados volvían a tener vía libre para disparar y volvieron a alzar los mosquetes.

—Si disparáis, ella caerá —siseó Kassandra.

—Si disparamos, vos estáis muerta —dijo el tesorero con una mueca de desprecio—. ¡*Madame!*

Kassandra arrastró a Alexandra, la separó de la barandilla y se ocultó detrás de ella. La mirada de Alexandra oscilaba de un lado al otro. Andrej la contempló; la veía a través de un velo de lágrimas y pensó que Agnes y Cyprian experimentarían su mismo dolor si Alexandra también moría. Trató de levantarse, pero no pudo.

—La llevaré conmigo —siseó Kassandra—. Haced la más mínima tontería y le cortaré el gaznate.

Kassandra rodeó el cuello de Alexandra con un brazo y con la otra mano tanteó en busca del cuchillo que había estado clavado en la barandilla. Con un espasmo que le recorrió todo el cuerpo, Andrej vio que Wenzel abría los ojos y le lanzaba un guiño. Después, rápido como un rayo, alzó la mano, aferró la muñeca de Kassandra y ella soltó un grito de sorpresa. Wenzel logró ponerse de pie y la hizo girar, ella soltó a Alexandra y Andrej se lanzó hacia delante con un último resto de sensatez, agarró las piernas de Alexandra, ella cayó en las maderas del puente, él la rodeó con los brazos y ambos rodaron hacia un lado.

Wenzel y Cassandra giraban en medio de una danza atroz. Él trató de retorcerle el brazo a la espalda y ella de arrancarle los ojos con las uñas. El camarlengo los observaba con mirada atónita. Los cañones de los mosquetes de los dos soldados cambiaron de dirección, pero si hubieran disparado les habrían dado a ambos. Cassandra siseaba y bufaba como un animal. Gran parte del maquillaje de su cara se había borrado y la roja mueca diabólica reía y mostraba dientes invisibles.

Kassandra logró agarrar el proyectil de ballesta que emergía del cuerpo de Wenzel y lo retorció. Wenzel soltó un alarido y la soltó. Kassandra giró sobre sí misma, el joven se encogió y se tambaleó. Durante un instante pareció que intentaba empujarlo por encima de la barandilla. Wenzel cayó de rodillas. Kassandra miró a Andrej y Alexandra, a la que él aún sostenía entre los brazos como si pudiese salir volando y después a Dietrichstein y los soldados.

El tesorero entró en movimiento.

Kassandra se volvió.

—¡Fuego! —rugió Dietrichstein.

Estallaron dos disparos y el humo blanco envolvió la parte posterior del puente.

Wenzel cayó hacia un lado y gimió:

—¡Mierda!

Andrej se puso de pie de un brinco, arrastrando a Alexandra. La idea de que Kassandra estuviera tendida en el puente, muerta, casi despertó su compasión: el bello rostro destrozado, la mirada quebrada de los ojos verde esmeralda... pero el puente estaba desierto. Por encima de la entrada que daba al edificio principal faltaba un trozo de mampostería y en una de las vigas aparecía un agujero. Los soldados se apresuraron a recargar sus mosquetes.

—¡Inútiles! —gruñó Dietrichstein—. ¡Error a esa distancia!

Vilém Vlach corrió hacia Andrej.

—¿Te encuentras bien? ¿La muchacha? ¿Wenzel?

—No lo sé —tartamudeó Andrej.

—¡La atraparemos! —exclamó el tesorero dirigiéndose a los soldados, y los tres hombres echaron a correr hacia el edificio principal.

Andrej se sentó en el suelo junto a Wenzel, este tosió e hizo una mueca. Se apoyó en el codo y contempló a su padre. Andrej se acercó a él y apoyó la cabeza de su hijo en su regazo. Gimiendo, Wenzel se inclinó hacia atrás. Alexandra se arrastró hacia él, sollozando y enceguecida por las lágrimas. Le acarició la mejilla.

—Todo es menos grave de lo que parece —susurró el joven, deslizó la mano por debajo del cuello de su chaqueta y tiró de ella, revelando oxidados anillos de metal—. Bajo la chaqueta me puse una cota de malla que encontré en la sala de armas de la torre.

Andrej notó que las lágrimas volvían a bañarle el rostro. Wenzel sonrió y le pegó unas palmaditas en la cara.

—¿No eras tú quien comprobó en su propio cuerpo que no se deben disparar ballestas desde cerca? Y, además, yo llevaba la cota de malla —dijo, echando un vistazo al proyectil—. Claro que penetró un poco, pero no es grave: no duele, salvo cuando río.

Alexandra se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar, Wenzel alzó la otra mano y le rodeó los hombros con el brazo.

Permanecieron sentados en el puente hasta que Cyprian y Agnes se acercaron a la carrera, jadeando.

Kassandra corría.

Oyó que sus perseguidores se acercaban; le darían alcance, pero no obstante siguió corriendo. Incluso durante el último segundo las personas confían en escapar, aunque sea totalmente inverosímil.

Pero ella poseía una ventaja: tenía dónde refugiarse y la puerta que daba a su refugio estaba cada vez más próxima.

Abrió la puerta de la habitación en la que había alojado a Alexandra, su antigua alcoba donde de niña siempre había cambiado las cosas de lugar hasta que logró sentirse como dentro de una fortaleza. Por las mañanas los criados volvían a acercar los arcones a las paredes y por las noches ella volvía a montar una fortaleza. Ya de niña sabía que esa patética defensa no impediría que el diablo penetrara en la habitación, pero confiaba en ello aunque fuera en vano.

La voz de su padre: «Ella es la mayor, pero no puede ser mi heredera».

La voz de su madre, con un fuerte acento español: «Ella no tiene la culpa, señor».

Su padre: «Tiene el diablo en el rostro. Ni siquiera puedo meterla en un convento, porque las monjas huirían chillando. La niña es una catástrofe».

Su madre: «El diablo le dejó su marca y tratará de apoderarse de ella. Rezaré a la Virgen María para que interceda por ella».

Su padre: «Mejor reza por todos nosotros, querida mía, porque de lo contrario ella es capaz de arrastrar el nombre de Pernstein a la perdición».

Su madre: «¡Silencio, señor, temo que nos haya oído!».

Su padre: «Pues que lo oiga, ¿qué importa? Aún es una niña que no comprende nada».

Kassandra cerró la puerta, corrió el pestillo y se apoyó contra la madera respirando entrecortadamente. Oyó que los hombres pasaban corriendo al otro lado y, aliviada, avanzó un paso. Apretó los puños. El alivio dio paso al deseo de que hubieran intentado irrumpir. ¡Quería golpear, quería arañar, quería

morder, quería gritarles su ira a la cara y arrancarles la lengua de sus bocas hipócritas! Se dejó caer en la cama.

Heinrich lo había estropeado todo. ¡Había sido una herramienta excelente y al final lo había estropeado todo! Aún estaba atónita. Hasta el diablo parecía haberla abandonado. En realidad, solo podía confiar en una única herramienta hasta el final y de inmediato trató de imaginar el modo de volver la situación a su favor. Siempre había podido confiar en ella, siempre había cedido, siempre se había sometido, primero por un afecto estúpido, después por compasión y últimamente por temor. A lo mejor podía ocupar su lugar. Solo que primero debía escapar de allí e informar a los criados del palacio de Praga —a los que había infiltrado en el palacio—, que le prestarían ayuda. Un asesinato rápido y secreto mientras el esposo todavía estaba de viaje y sufría un accidente...

Kassandra tembló. Era una solución. Ni siquiera se vería obligada a comenzar desde el principio, al contrario: ¡tendría que habersele ocurrido mucho antes! En vez de intentar cumplir con su destino desde ese miserable peñasco, con sus pasillos cubiertos de telarañas y sus recuerdos putrefactos, debería haber iniciado sus actividades en el punto más alto del imperio. Había manipulado y trampeado... ¡qué tonta había sido! No había sido necesario en absoluto. Todo lo que debía acontecer era un asesinato y un accidente durante el viaje. Heinrich habría sido el indicado para encargarse de ello, pero el pobre diablo no había superado la prueba. ¡Encontraría a otro y entonces sería la viuda del canciller imperial, con el poder de tirar de todos los hilos que se le antojara tirar!

Se imaginó contemplando el cadáver de Polyxena von Lobkowitz, Polyxena, a quien detestaba más que a cualquier otro ser humano del mundo, porque poseía un rostro idéntico al suyo, pero no la mancha diabólica, y entonces le diría: «Aquí tu camino ha llegado a su fin, Kassandra».

Sonrió. Oyó el ruido remoto causado por los soldados que registraban el castillo. Encontrarían la habitación, pero no de inmediato.

De pronto se incorporó. ¿Qué había dicho la voz en su cabeza? ¿Aquí tu camino ha llegado a su fin, Kassandra?

Aterrada, miró en derredor. Estaba sola. No, no estaba sola. Nunca estaba sola. Ni siquiera lo estaría cuando el cadáver de su hermana estuviera bajo tierra.

Se acercó a la ventana bajo la cual estaba apoyado el retrato puesto del revés. Vaciló mucho tiempo porque sabía qué ocurriría si lo recogía y lo contemplaba.

Por fin se agachó, lo volvió y lo contempló.

Dos niñas pequeñas, una junto a la otra, sonriéndole al retratista con expresión temerosa. El hombre tenía talento: Ladislaus von Pernstein solo había contratado artistas excelentes en su esfuerzo de entrar en bancarrota por la belleza. Uno podía creer que el pintor se había limitado a pintar a la misma niña dos veces: los cabellos, los ojos, las narices, las bocas, los vestidos, su actitud: las imágenes de ambas de pie y cogidas de la mano eran idénticas. Pero solo uno de los rostros era inmaculado. El otro ostentaba una mancha roja, e incluso el intento de tapanla con tiza había fracasado. En la cabeza de Cassandra resonó una voz infantil procedente del pasado.

«Ese hombre malo pintó una mancha aunque le supliqué que no lo hiciera. No llores Cassi, cariño, mira: tengo una tiza y ocultaré la mancha».

«Aunque la pintes con tiza siempre estará allí. Padre y madre quisieron que el hombre pintara la verdad y no lo que nosotras vemos».

«Pero de todos modos yo no la veo cuando jugamos juntas. Mira, Cassi, cariño, casi ha desaparecido».

«Gracias, hermanita».

Kassandra recordó la frialdad de su corazón cuando le dio las gracias a Polyxena. Clavó la mirada en el doble retrato. Una gota cayó sobre el último resto de tiza y reveló la mancha, fresca y nítida. Cassandra se llevó la mano a la mejilla: estaba húmeda.

«Aquí tu camino ha llegado a su fin, Cassi, cariño —dijo la voz infantil—. Y tú lo sabes. Sabes que el camarlengo de la Baja Moravia no estaría aquí si yo no les hubiese dicho quién soy a Zdeněk y al rey. Alguien descubrió nuestro secreto y lo hizo circular, y yo sentí un gran alivio. Has hecho cosas malas, Cassi, cariñito, y yo me dejé utilizar por ti».

—Me delataste, hermanita —susurró Cassandra con los labios entumecidos.

«Te quiero, Cassi, cariño. No quiero que te hagan daño. Aquí tu camino ha llegado a su fin y solo hay una solución».

Kassandra clavó la mirada en la ventana. El retrato se deslizó de sus manos y cayó al suelo boca abajo.

«Te quiero, Cassi, cariño —oyó que decía la voz infantil mientras el viento bramaba en sus oídos—. ¿Por qué nunca aceptaste mi amor?».

«Porque el diablo no cree en el amor», contestó una segunda voz infantil, casi idéntica a la primera.

Después se estrelló contra las rocas.

Lo primero que vieron al forzar la puerta del recinto que albergaba el mecanismo del puente levadizo fue a Isolde. Estaba sentada encima de la inmensa máquina, canturreando. Leona se abrió paso junto a Cyprian y Agnes para estrecharla entre los brazos, sollozando; Isolde le dio unas palmaditas en la espalda y la cabeza, procurando consolarla. Reía y la saliva le manchaba la barbilla. Sin dejar de reír, se secó las babas y alzó la mano húmeda con gesto triunfal.

Entonces Cyprian alzó la vista y dijo:

—¡Dios mío!

La sangre goteaba sobre la máquina. En el suelo estaba tendido el palo que servía para quitar los soportes del mecanismo; el extremo más grueso estaba ensangrentado. El soporte estaba roto y jamás volvería a ser utilizado. Cyprian dirigió la mirada a la puerta abierta situada en el rincón y, a media altura, vio la impresión sangrienta de la palma de una mano, como si alguien a punto de perder el conocimiento hubiese intentado arrastrarse a través de la puerta. Pero su perseguidor le había pisado los talones.

Cyprian miró a Isolde, que, balbuceando y riendo, trataba de tranquilizar a Leona; luego miró el palo con la punta ensangrentada: no había sido un perseguidor sino una perseguidora.

—Ese es un camino de fuga secreto —dijo Wenzel con voz débil—. Isolde me lo mostró. Cuando corrí en busca de Alexandra se quedó allí dentro en alguna parte.

Él y Andrej alzaron la vista, horrorizados.

Heinrich había descubierto el pasadizo mientras reflexionaba cómo podría escapar de la torre... o ya lo conocía de antemano. Daba igual. Había entrado en el pasadizo e Isolde lo había esperado dentro con el pesado palo en la mano. No podía haberlo dejado inconsciente con el primer golpe; él intentó regresar al recinto de la máquina, ya medio aturdido. Ella lo siguió y le asestó otro golpe.

Cyprian no lograba imaginar cómo esa delicada joven había logrado depositar al desmayado encima del mecanismo, pero lo había hecho. Le había quitado las botas y sujetado sus pies y sus muñecas en los lugares indicados. Después volvió a blandir el palo por tercera vez, quitó los soportes y la máquina entró en acción.

Heinrich colgaba del techo con los miembros estirados. Las sogas que iban desde sus muñecas hasta los contrapesos crujían, las que sujetaban sus tobillos estaban tensas y temblaban. Tenía los ojos cerrados, la lengua asomada entre los labios y el rostro negro. La sangre brotaba de su nariz y su boca. A la altura de la entrepierna el pantalón estaba empapado en sangre, y la sangre se derramaba por encima de sus pies desnudos como en una imagen del Crucificado. Los músculos del torso estaban contraídos de dolor, los brazos retorcidos como cabos de un barco, a la altura de los hombros las articulaciones rotas habían perforado la piel y sus brazos se habían vuelto muy largos.

Agnes se cubrió la boca con la mano y tosió. Alexandra se echó a temblar. —¡Todavía está vivo, válgame Dios! —graznó el camarlengo.

Heinrich abrió los ojos y su mirada se posó en Alexandra y después en Cyprian. Movi6 los labios con la vista clavada en este último. Su cara había perdido todo rastro de humanidad. Algo se movió y era como si sus brazos se retorcieran aún más. Un gran chorro de sangre brotó de la herida de su hombro izquierdo y de pronto esta se abrió todavía más. Heinrich soltó un sonido apagado que de algún modo resultaba más atroz que el más agudo alarido de dolor. No despegaba la mirada de Cyprian. Alexandra estalló en sollozos histéricos.

—Salid fuera —dijo Cyprian en voz baja, y cogió el mosquete de uno de los soldados que también había entrado en el recinto y contemplaba el cuerpo destrozado colgado del techo. El mosquete estaba cargado. Cyprian lo alzó, apuntando a la cabeza de Heinrich.

—¡Dios mío! —sollozó Alexandra.

—Salid fuera, todos —ordenó Cyprian y apuntó. Heinrich no parpadeó. Quizás asintió con la cabeza, tal vez sus labios pronunciaron lo siguiente: «Has ganado».

Cyprian apretó el gatillo.

El disparo retumbó en el estrecho recinto como una explosión. En el techo, detrás de la cabeza de Heinrich, de pronto apareció una mancha de sangre y sesos. Su cabeza cayó hacia delante, las cuerdas volvieron a tensarse y, como si la última resistencia de los martirizados tendones y músculos

hubiera desaparecido, la máquina finalmente cumplió con su objetivo y los contrapesos golpearon contra el suelo.

Cyprian y Andrej fueron los últimos en abandonar el recinto. Alexandra estaba tendida en el suelo delante de la torre, gritando. Agnes lloraba, al tiempo que intentaba consolar a su hija. Wenzel estaba sentado junto a Alexandra sosteniéndose las costillas: mientras aún se encontraban en la torre uno de los soldados le arrancó el proyectil del cuerpo sin la menor ceremonia y dijo:

—Las cicatrices te vuelven más interesante, muchacho.

Cyprian y Andrej intercambiaron una mirada, después ambos se volvieron hacia la máquina y a la increíble cosa que había caído del techo y yacía en un mar de sangre. Andrej cerró la puerta y ambos se acercaron a Agnes. Ella se puso de pie y Cyprian le sonrió.

—Dije que siempre volvería a tu lado, ¿no?

Agnes empezó a sollozar una vez más, con la cabeza gacha y los hombros agitados. Cyprian la atrajo hacia sí y la abrazó. Con la otra mano abrazó a Andrej, y entonces, siempre abrazados, los tres lloraron.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Agnes por fin, y tocó la camisa de Cyprian. Se oyó un crujido.

—Filippo, el sacerdote muerto, las llevaba bajo la sotana —dijo Cyprian bajando la voz—. Son hojas arrancadas de un libro. Hojas bastante grandes. Si les echas un vistazo comprobarás que, entre otras cosas, en ellas aparecen las reglas benedictinas, si bien no en su extensión original.

Andrej se sobresaltó.

—Tranquilo —dijo Cyprian—. Filippo nos engañó a todos. Debió de arrancar las páginas del códice. Su propósito era que creyéramos que el original era la copia. Con ello nos salvó la vida a todos.

—¿Y dónde está la copia?

—Ni idea. Heinrich la escondió en alguna parte. Te aseguro que no la buscaré.

—¿Qué haremos con...? —dijo Agnes, e indicó el inmenso libro tendido en el suelo junto a la hoguera apagada. Los soldados del camarlengo trazaban un desconfiado círculo en torno al libro.

—Dietrichstein debía volver a llevarlo a Praga, pero donde estará mejor a resguardo es en el castillo, puesto que todo el mundo cree que es una copia, y deberíamos dejar que lo sigan creyendo.

—Sí, pero ¿y eso? —preguntó Andrej, señalando el pecho de Cyprian.

La sonrisa de este se apagó.

—Ahora los guardianes de la Biblia del Diablo somos nosotros, ¿o acaso no lo somos? —preguntó.

EPÍLOGO

El rostro de campesino mofletado del papa Pablo V permanecía inexpresivo y sus dedos cortos tamborileaban en el apoyabrazos de su silla.

—¿Esos son todos los reproches? —preguntó finalmente.

La ira se apoderó de Wolfgang Selender. «¡Ni mucho menos! —quiso gritar—. ¡Ese hombre ha destrozado mi vida!», pero se controló. Sospechaba que ninguno de los presentes sentía el menor interés por la vida de un antiguo abad que había dejado que su convento y el sentido de su existencia se le escaparan de las manos. El viejo odio volvió a invadirlo, pero esa vez el regusto de la desesperación era más intenso que de costumbre.

—Sí, Santo Padre —dijo el canciller imperial Lobkowitz—. ¿Es que el Santo Padre no considera que eso suponga traicionar al imperio y la Iglesia?

El Papa contempló a Lobkowitz con el ceño fruncido, como si creyera que el canciller imperial le había gastado una broma y él, el Santo Pontífice, no la hubiera comprendido.

«¿Cómo habría de creerlo? —aulló Wolfgang para sus adentros—. ¡Esa es la acusación peor preparada que jamás he oído!». Citaba declaraciones de testigos que después fueran retiradas cuando el Papa se limitó a exigir el nombre del testigo, documentos presentados como pruebas y cuyo contenido solo podían proyectar una sombra de duda sobre el cardenal Khlesl según una interpretación sumamente polémica... en caso de que no acabaran comprobando que por error habían trasladado los documentos equivocados de Praga a Roma. Ante la vista de Su Santidad, el canciller imperial Lobkowitz había despedido a tres de sus secretarios a causa de su demostrada incapacidad y luego se disculpó de manera muy locuaz por la incompetencia de sus empleados.

Al final solo la declaración de Wolfgang se había interpuesto entre Melchior y la restauración a su antiguo puesto. El asunto se había torcido desde el principio.

—Melchior Khlesl ha... —comenzó a decir Wolfgang, pero el secretario de actas del Papa lo había interrumpido.

—El tratamiento es Su Eminencia —dijo el secretario de actas.

Medio asfixiado de cólera, Wolfgang se corrigió.

—Su Eminencia el cardenal Khlesl me pidió que abandonara Iona y que dirigiese el convento de San Wenceslao como abad...

—¿Iona? ¿Y eso dónde está?

—En la costa escocesa, Santo Padre.

—¿En qué costa?

—En la escocesa, Santo Padre.

—Pero sí allí viven un montón de renegados, anglicanos o cómo se llamen a sí mismos, protestantes disfrazados.

—Eso ocurre en Inglaterra, Santo Padre.

—Inglaterra y Escocia no se encuentran a gran distancia la una de la otra, ¿verdad?

—Desde luego que no, Santo Padre.

—Bien, prosigue, por favor.

—Me hice cargo del convento de San Wenceslao en Braunau, y allí no solo...

—¿Así que seguiste la llamada de nuestro querido cardenal con alegría y por tu propia voluntad?

—Seguí la llamada del deber, Santo Padre.

—¿Y dicha llamada resonó con más fuerza en Braunau que en Escocia?

—Para ser sincero, Santo Padre, supuso una decisión difícil...

—Es mejor que un perro que no sale de caza de todo corazón se quede en casa. ¿Qué esperabas obtener al aceptar el puesto de abad en Braunau, cuando en realidad no lo deseabas?

Y las cosas prosiguieron sin grandes variaciones. En escasos instantes Wolfgang pasó de ser un testigo a convertirse en un sospechoso.

Empezó a tartamudear, tuvo que soportar que le echaran en cara haber actuado con falta de sensibilidad en el asunto de la iglesia protestante de Braunau, lo acusaran de la pérdida de la biblioteca y también de haber causado una impresión desastrosa por huir del asediado convento y, al final, que encima lo reprendieran porque durante el ataque sufrido por él y su grupo, algunos monjes murieran.

—¡Pero si no he dejado de referirme a ello todo el tiempo! —gritó Wolfgang—. ¡Todo eso solo ocurrió debido a que Melchior Khlesl me encargó que vigilara la Biblia del Diablo!

Melchior puso los ojos en blanco, pero no dijo nada.

—Hace unos años un sacerdote buscó el códice, aquí en Roma, el códice que él también denominaba la Biblia del Diablo. Lo expulsamos del Vaticano —dijo el Papa, y se inclinó hacia delante.

—La Biblia del Diablo es una poderosa leyenda. Algunos tienden a creer más en ella que en el Grial —comentó Melchior.

—¡No es ninguna leyenda! —chilló Wolfgang.

Melchior se encogió de hombros.

—¿Qué le ocurre al que encuentra una leyenda? ¿Se enriquece? ¿O solo encuentra la verdad, a saber que todos cuantos creen deberían dedicarse a buscar la eterna misericordia de Dios?

—En aquel entonces investigamos, pero después otros proyectos exigieron nuestra atención. Tu nombre también estaba vinculado a la Biblia del Diablo.

—También yo solo soy un buscador.

Los dedos del Papa tamborilearon la mesa con gesto nervioso.

—Hemos hecho reestructurar el archivo secreto. ¿Acaso la Biblia del Diablo podría haber estado allí sin que lo supiéramos?

—Si es que realmente existe, Santo Padre.

—¿Estarías dispuesto a ayudarnos a buscarla, aquí en Roma?

—Por supuesto —contestó Melchior.

—Te nombramos camarlengo secreto del archivo.

—Eso resultaría útil, Santo Padre.

—¡Nunca encontraréis la Biblia del Diablo si le encargáis la búsqueda a él! —chilló Wolfgang—. ¡Él solo persigue sus propios fines!

—Debe de resultar difícil cuando uno ha asumido una tarea y no estaba a la altura —dijo el Santo Padre en tono bondadoso—. Deberías haber permanecido en Escocia, hijo mío.

El canciller imperial Lobkowitz se puso de pie y apiló sus documentos.

—¿Puedo informar a Su Alteza el rey Fernando y a Su Majestad el emperador Matías que el Santo Padre considera que la acusación contra Su Eminencia el cardenal Khlesl no tiene fundamento y que rechaza que sigamos con el asunto?

—Absolutamente —dijo el Papa en tono distraído—. Más allá de eso, mi amigo Melchior se quedará aquí en Roma, como castigo al emperador y al rey por haber tratado tan mal a un hombre tan capaz como él. Además, el obispado de Viena y sus correspondientes ingresos quedarán en manos de mi amigo Melchior.

—Las altezas también han de saber cuándo han perdido —dijo el canciller imperial.

Se acercó a Melchior y le estrechó la mano. Wolfgang tenía la sensación de que entre ambos se produjo una comunicación invisible e inaudible. De pronto supo que el canciller imperial no había demostrado ser un ejemplo de incompetencia, sino que, al contrario, había demostrado ser muy competente: había presentado una acusación de manera que no quedara más remedio que rechazarla por completo. Incluso a los secretarios despedidos quizá solo los aguardaba un relajado viaje de regreso a Praga, donde en cuanto regresara el canciller imperial volverían a ocupar su antiguo puesto sin el menor alboroto. En otras palabras: la acusación había sido una farsa.

Wolfgang se incorporó en la silla, pero después volvió a tomar asiento. Nadie le prestaría oídos.

Entonces comprendió que acababa de perder lo último: la fe en que vencería la justicia.

Cuando el cardenal Melchior se aproximó a la Puerta de los Sacramentos para abandonar la basílica de San Pedro percibió un resplandor con el rabillo del ojo y se volvió. Ante la capilla de la Piedad había una figura vestida de blanco y a sus espaldas se elevaba la estatua de mármol de Miguel Ángel; durante un momento era como si la solitaria figura aunara el inmenso pesar y la fe en un nuevo principio. Echó un vistazo al canciller imperial que se había adelantado, pero este siguió caminando y fingió no haber visto nada. Melchior se detuvo, luego se volvió, se acercó a la capilla con pasos lentos e inclinó la cabeza.

—Dios sea con vos, Eminencia —dijo Polyxena von Lobkowitz.

—Y con vos, hija mía.

Ella le tendió un arrugado pergamino, él lo aceptó. Era un garabateado dibujo que representaba el árbol genealógico de las casas Pernstein y Lobkowitz. En un casillero adicional en el que una mancha de tinta se había convertido en una calavera aparecía una fecha. Melchior entornó los ojos; la fecha era de hacía un par de semanas. Detrás aparecía una cruz. Polyxena von Lobkowitz asintió con la cabeza.

—Estoy seguro de que fue una persona notable —dijo el cardenal.

—Nuestro padre consideraba que el diablo en persona le había jugado una mala pasada cuando vio la mancha por primera vez. Nuestra madre creía que las oraciones diarias y una rigurosa lectura de la Biblia impedirían que el diablo se apoderara de ella. ¿Qué podría haber creído ella, salvo que su destino estaba ya escrito?

—No creo que fuera tan sencillo.

La esposa del canciller imperial se encogió de hombros.

—Ella siempre formó parte de mí. Lo único que yo deseaba era verla feliz; ahora me falta la mitad de mi alma. Hizo cosas tan atroces que ni siquiera puedo pensar en ello sin estremecerme. Sin embargo, la echo de menos, como si alguien me hubiese arrancado el corazón.

—Al final, vos lograsteis resistir la tentación del Mal.

—Aquel día, cuando después de la defenestración los señores Martinitz, Slavata y su escribiente se refugiaron en mi casa, de pronto comprendí que ella realmente había conseguido el poder de impulsar el imperio a la guerra. Antes había dudado de ello. Y tuve que detenerla.

—Puede que vuestro conocimiento haya llegado demasiado tarde.

—Solo podemos luchar contra el Mal... y albergar esperanzas. Nunca es demasiado tarde para la esperanza.

Melchior le devolvió el pergamino, pero la mujer del canciller imperial no lo aceptó.

—Habría podido impedir todo eso si hubiera sido lo bastante fuerte —dijo Polyxena.

—Es imposible convencer a alguien para que renuncie al Mal. Es un paso que cada uno ha de dar por sí mismo... o perecer.

—Sabéis de lo que estáis hablando, desde luego.

—No —contestó él, suspirando—. No, no lo sé. Dedicué media vida a luchar contra la tentación de la Biblia del Diablo y ni una sola vez encontré el valor de enfrentarme a ella en persona.

—¿Acaso queréis decir que vos mismo considerasteis que vuestra fe no era lo bastante firme?

—Querida mía —dijo Melchior con una sonrisa e indicó la imagen de la Virgen María petrificada de dolor que se elevaba a espaldas de Polyxena—, alguien que está convencido de que su fe es lo bastante firme ya se encuentra a mitad de camino de la oscuridad.

Ella lo contempló, luego se volvió, se arrodilló en el banco ante la capilla y empezó a rezar. Melchior la contempló unos momentos desde atrás, recordó su belleza y halló otra belleza muy diferente, pero el mismo dolor. Se persignó en silencio y abandonó la capilla.

Alexandra se acomodó junto a Wenzel. Desde el jardín de la fortaleza se apreciaba un panorama de toda Praga; la ciudad resplandecía y brillaba bajo los cálidos rayos del sol. Wenzel se había escabullido de la fiesta que tenía lugar en la empresa y durante la cual —al menos hacia fuera— celebraban el ingreso de Augustyn y Vlach en la sociedad. Pero los principales implicados no habían informado a nadie de aquello que en realidad estaban celebrando. De todos modos, ninguno de los invitados les hubiera creído.

Alexandra lo había seguido después de unos minutos.

—¿Qué te ha escrito el cardenal? —preguntó.

Wenzel agitaba una carta escrita en un costoso pergamino.

—Aún está atareado en dejar tantas pistas falsas que el Santo Padre nunca podrá acercarse más a la verdad sobre la Biblia del Diablo de lo que ya lo está... y todavía está muy lejos.

—¿Le gusta estar en Roma?

—¿Creíste que nos escribiría diciendo que nos echa de menos?

—¿Nos echa de menos?

—Tal como yo lo conozco, sí.

—¿Qué más dice?

—Unos pescadores encontraron al antiguo abad de Braunau en el río Tíber. Al parecer se ahogó. Supuestamente, aún sostenía una de esas grandes caracolas en la mano. Ya sabes, esas que si las apoyas contra una oreja oyes el susurro del mar.

Alexandra deslizó la vista por encima del amplio valle de Praga. La ciudad tenía el mismo aspecto de siempre... como si ignorara que en realidad ya nada era como antes.

—Relevaron a los procuradores reales de sus cargos —dijo Wenzel—. Después de la defenestración el conde de Martinitz huyó a Baviera y Wilhelm Slavata se encuentra bajo arresto domiciliario. Los estamentos eligieron un directorio formado por treinta personas. El conde Matthias von Thurn ha sido

nombrado general del ejército estamental y prepara la guerra. Del lado católico el rey Fernando y la Liga Católica hacen lo mismo. El emperador ha nombrado un general, el conde de Buquoy. El conde de Tilly, oriundo de Brabante, comanda las tropas de la Liga.

—Crees que la guerra es inevitable, ¿verdad?

—Ya lo era mucho antes de la muerte del emperador Rodolfo.

—¿Entonces Kassandra no era directamente culpable de su estallido?

Wenzel se encogió de hombros.

—Ella hizo todo lo posible para impulsarla, pero para iniciar una guerra siempre hacen falta dos: el que la fomenta y el otro que se deja arrastrar.

Se dejó caer hacia atrás en la hierba y pegó un respingo. Alexandra le señaló las costillas.

—¿Todavía te duele la cicatriz?

—La verdad es que se ha vuelto más interesante que dolorosa.

Ella bajó la vista y lo contempló. Él le sostuvo la mirada.

—¿Qué será de nosotros? —preguntó por fin.

—No lo sé. No puedo acostumbrarme con tanta rapidez a que ahora todo sea diferente. Para mí siempre fuiste un pariente consanguíneo. Y no es fácil olvidarse de eso así, sin más. Y amaba a Heinrich. Incluso cuando sabía que quería matarme, el amor por él siempre estaba presente.

—Aún lo está.

—Lo sé —susurró ella con voz ahogada—. Dame tiempo.

Él asintió. Después le cogió la mano y ella lo dejó hacer, se tendió a su lado de espaldas en la hierba y ambos contemplaron el cielo. Dame tiempo: eso sonaba esperanzador... ¿o no? Pero en realidad ella le pedía lo único de lo cual no disponían. La guerra les había arrebatado esa opción.

No obstante, él le apretó la mano y ella le devolvió la presión.

De momento todo estaba bien. De momento era perfecto.

Pero como ser humano, ¿qué más se podía pedir que un instante perfecto? Para la eternidad estaba Dios... y el diablo.

APÉNDICE

LA BIBLIA DEL DIABLO

Apenas mide un metro de alto, cincuenta centímetros de ancho y pesa setenta y cinco kilos. Ciento sesenta asnos tuvieron que morir para confeccionar el pergamino en el que está escrita. Es única y uno de los artefactos más valiosos de la historia eclesiástica medieval. Se la conoce bajo el nombre de Codex Gigas o... Biblia del Diablo.

Su confección es tan enigmática como su creación en el siglo XIII. Consiste en el Antiguo y el Nuevo Testamento, pero en una traducción al latín desacostumbrada para el Medievo que se remonta a un obispo del siglo IV llamado Lucifer, a la historia judía de Flavius Josephus, a una enciclopedia del saber basada en Isidoro de Sevilla, a recetas medicinales propias de la tradición benedictina, a una copia de la crónica bohemia de Cosme de Praga, a una lista de monjes difuntos y a un calendario.

Faltan varias páginas acerca de cuyo contenido solo podemos especular. La opinión actual es que en ellas se plasmaban las reglas benedictinas, pero estas no habrían ocupado todas las páginas faltantes por completo. En la cuarta parte final del libro se encuentra aquello que, en última instancia, proporcionó su nombre al códice y que es aún más extraordinario que el resto de la obra. Frente a un dibujo que supuestamente debe de representar la ciudad «ideal» de Jerusalén, aparece una imagen del diablo a toda página. Por delante y por detrás se encuentran páginas en blanco de un extraño color pardo y, por delante de estas, una confesión de pecados redactada con letras tan grandes que parece el grito manuscrito de un alma torturada.

Al parecer, al principio se podía acceder libremente a la obra para estudiarla; al fin y al cabo, en gran parte era una obra de consulta y el Viejo y el Nuevo Testamento también pueden considerarse referencias históricas. Indicando su uso, aparecen una serie de pequeñas anotaciones manuscritas en los márgenes, originarias de la época posterior a su creación, y plegarias que fueran añadidas más adelante. Pero lo cierto es que su utilización podría haber sido limitada, a juzgar por el peso y la extensión del libro, y también por el

pequeño tamaño de la escritura. Hemos de reconocer que una interpretación completa del sentido de la Biblia del Diablo se sustrae a nuestro saber actual.

A juzgar por la escritura, la Biblia del Diablo debió de ser redactada por una sola persona. Si tenemos en cuenta la rapidez con la que semejante obra podía ser creada, y también su extensión, su redacción debió de haber llevado unos veinte años... o si uno se atiene a la leyenda, una sola noche en la cual el mismísimo diablo completó el códice por el precio del alma de un monje emparedado. El hecho de que antes o después casi todos los lugares que entraron en contacto con la Biblia del Diablo sucumbieron fomentó la leyenda que rodea la Biblia del Diablo. El convento de Podlaschitz (hoy Podlazice), en el que fue creada, fue destruido durante las guerras husitas; el convento de Brevnov, en el que fue albergada durante escaso tiempo, también. El lector habrá podido enterarse de la catástrofe que cayó sobre el convento de Braunau (hoy Broumov), donde después se encontraba la Biblia del Diablo, en el transcurso de esta novela. Finalmente, el gabinete de curiosidades del emperador Rodolfo, el penúltimo hogar de la Biblia del Diablo, fue saqueado sin misericordia, tanto después de la muerte del emperador como al final de la Guerra de los Treinta Años, y sus tesoros fueron diseminados por todo el mundo. Solo la Biblioteca Real de Estocolmo, a la que hoy pertenece la Biblia del Diablo, de momento ha escapado de desgracias mayores. Claro que ello podría hacer que nos preguntásemos si los suecos realmente poseen la auténtica Biblia del Diablo. Pero en realidad, en este apéndice de mi novela yo quería atenerme a los hechos...

EL CAMINO A LA GUERRA 1612-1618

Básicamente, el camino que condujo a la catástrofe de la Guerra de los Treinta Años empieza mucho antes. De hecho, los años en los que se desarrolla esta novela han de ser tomados como el período en el cual el conflicto se agudizó de un modo tan dramático que el final resultó casi inevitable... si bien incluso entonces los cabecillas de todas las partes habrían tenido la oportunidad de evitar la guerra.

Por motivos dramáticos consideré que no tenía sentido incluir también el año 1609 en la acción, aunque representa un importante mojón en la ruta que conduce a la Guerra de los Treinta Años y cuatro millones de muertos (una quinta parte de toda la población del imperio).^[1] Sin embargo, los personajes de mi historia se remiten a ello en numerosas ocasiones. Hablan de la carta de majestad del emperador Rodolfo II, en su posición como soberano del Sacro Imperio Romano Germánico y al mismo tiempo rey de Bohemia. La carta de majestad aseguraba a los estamentos bohemios protestantes (príncipes nobles y representantes de las ciudades libres) la libertad de culto. Los protestantes formaban la mayoría de los representantes estamentales bohemios y el emperador Rodolfo necesitaba su apoyo y que reinara la paz en el país debido a sus permanentes rencillas con su hermano Matías. Aunque eran mayoría, mediante la carta de majestad al principio los protestantes se vieron igualados con la minoría católica de Bohemia. El documento también les aseguraba el derecho a elegir al rey. Ya un día después de la entrada en vigor de la carta de majestad, Maximiliano, el duque bávaro, fundó una alianza con el fin de defender la única vera religión católica; por un lado en esa «Liga Católica» y por el otro en la «Unión» de los estamentos bohemios protestantes se vuelven a encontrar los principales protagonistas de la primera parte de la Guerra de los Treinta Años, la así llamada guerra de Bohemia y el Palatinado.

El emperador Rodolfo II murió en 1612 y su hermano Matías ocupó todos sus cargos: ya había desprovisto a Rodolfo de la realeza un año antes de la muerte de este. Durante toda su vida Matías había estado convencido de que era un emperador mejor que su hermano mayor, una suposición que no se vio confirmada por sus éxitos diplomáticos como delegado del emperador y más adelante como rey de Hungría. El apoyo de varios representantes estamentales, tanto en el reino de Hungría como en el margraviato de Moravia, que encontró en su lucha contra Rodolfo, más bien ha de atribuirse a la oposición en contra de Rodolfo que a la confianza en la capacidad de Matías. En consecuencia, él también cambió en cuanto ocupó el trono imperial y, de un intrigante pendenciero pasó a ser una copia melancólica, pasiva y tendente a la depresión de su antecesor, carente de su pasión por el arte y su sincero interés por la ciencia (sin embargo, en aquel entonces con el término «ciencia» se aludía sobre todo a la alquimia y la astrología). Volvió a trasladar la residencia imperial de Praga a Viena (una afronta), y según la leyenda, ante la puerta de la ciudad descubrió la «fuente bonita» que condujo a la construcción de Schönbrunn —o castillo de la Fuente Bonita—, le añadió unas alhajas a la corona imperial y, por lo demás, se dedicó a oscilar entre las fuerzas que lo impulsaban: el archiduque Fernando de Habsburgo, de Austria Interior, y el archiduque Maximiliano de Wittelsbach, de Baviera, así como el cardenal Melchior Khlesl, su ministro. Inmediatamente después de ocupar el trono imperial, el hecho de que no tuviera descendientes hizo que creciera la preocupación por su sucesor... o como en el caso del archiduque Fernando, la esperanza.

Los años siguientes se caracterizaron sobre todo por la quiebra de las grandes empresas, del mismo modo que la decadencia comercial a menudo suele producirse antes de las grandes guerras. Empresas mundiales, tales como la casa Welser de Augsburgo, que había prosperado durante más de ciento cincuenta años, ya no podían pagar sus deudas. En la novela, Sebastian Wilfing describe esa situación mediante los ejemplos en Viena que al final hacen que Niklas Wiegant, el padre de Agnes, pase a depender de su casi yerno.

En 1617 la capacidad de resistencia del emperador estaba tan paralizada que aceptó renunciar a la corona de Bohemia y permitir que se eligiera un sucesor. El destino de Rodolfo se repitió en el caso de su hermano. Los estamentos bohemios decidieron aceptar la elección del archiduque Fernando, aunque este era detestado por ser alumno de los jesuitas y temido por ser un devorador de protestantes, pues se manifestó abiertamente a favor de una

Contrarreforma muy dura y, entre otras cosas, supuestamente declaró en público que era mejor reinar sobre un desierto que sobre un país lleno de herejes (protestantes). Con ello, los estamentos optaron por el camino de la menor resistencia en una época que se había vuelto insegura, en la que los problemas comerciales en todo el imperio, las nuevas hostilidades entre España y los Países Bajos Unidos y el estado desolado del emperador más bien parecían aconsejar soluciones drásticas y no diplomáticas. Además, confiaron en que, en el peor de los casos, la carta de majestad les proporcionara el poder de volver a deponer al rey.

No obstante, Fernando no tenía intención de convertirse en un rey católico dependiente de la indulgencia de los estamentos protestantes.

Inmediatamente después de su elección comenzó a fundar escuelas jesuitas en toda Bohemia y a cerrar escuelas protestantes. Todo el mando estaba concentrado en la cancillería del rey, en su persona y también en los procuradores, exclusivamente católicos. Todo ello era contrario a la carta de majestad. El cierre de la nueva iglesia protestante de Braunau y la demolición de la también nueva iglesia protestante de Klostergrab a principios de 1618 supusieron la gota que colmó el vaso. En Braunau casi toda la población protestante se rebeló, expulsó a Wolfgang Selender, el abad del convento benedictino encargado del cierre, y a todos sus monjes. Saquearon el convento y destruyeron los tesoros de su biblioteca.

En la primavera de 1618 los representantes de los estamentos protestantes se reunieron en Praga y presentaron una queja ante el emperador. La durísima respuesta no se hizo esperar: el emperador prohibía todas las futuras reuniones. En estas circunstancias, la carta de majestad ya ni siquiera tenía el valor del pergamino en el que estaba redactada. Que la reacción del emperador fuese tan abrupta quizá se debió a la cada vez más debilitada influencia de su ministro Melchior Khlesl. El cardenal siempre se esforzó por la equiparación entre las confesiones, pero en el año 1618 Matías ya solo era la sombra de un regente, y el cardenal Khlesl, siempre de viaje, inseguro y afectado tras sufrir varios intentos de asesinato, perdió la confianza del rey y este prestó oídos a Fernando de Habsburgo y a Maximiliano de Wittelsbach. Por motivos dramáticos más bien adjudiqué la debilidad del cardenal a los embrollos en torno a la Biblia del Diablo y renuncié a abrir otro hilo argumental dedicado a los intentos de asesinarlo, aunque eso hubiese resultado atractivo, desde luego. El hecho es que aún en el verano de 1618 el cardenal (en primavera en la novela) fue detenido, depuesto de su cargo como ministro y primero encerrado en el castillo de Ambras, más adelante en el

convento de Sankt Georgenberg y por fin en Roma, donde lo pusieron bajo arresto domiciliario. El emperador Matías no hizo nada para proteger al hombre sin el cual —según él mismo manifestó— sus días eran tristes y melancólicos.

Entre los estamentos protestantes la indignación frente a la grosera reacción del emperador fue inmensa. Creyeron ver la mano del rey y de sus procuradores en el asunto y decidieron dar señales de que estaban dispuestos a luchar por su libertad de culto y por otras libertades. Bajo la conducción del conde Matthias von Thurn —quien hasta entonces más bien había llamado la atención por negarse a comprender por qué, como señor de un condado de Bohemia, también debía aprender el idioma de la comarca— una delegación de los representantes estamentales se dirigió al castillo de Praga el 23 de mayo de 1618 para pedir cuentas a los procuradores reales. Que ya hubiesen planeado defenestrar a alguien de antemano o si ocurrió debido a las emociones del momento no está muy claro; sin embargo, la defenestración como señal de insatisfacción con los gobernantes no era completamente desconocida a partir del año 1419, cuando los seguidores de Jan Hus irrumpieron en el Ayuntamiento de la Ciudad Nueva de Praga para liberar a sus correligionarios prisioneros. Siete concejales católicos fueron arrojados por la ventana y murieron.

Las fuentes históricas no se ponen de acuerdo acerca de qué procuradores estaban presentes en la cancillería aquel día. La presencia del conde Jaroslav Martinitz, que al mismo tiempo era el burgrave de Praga, y de Wilhem Slavata, que también ocupaba el cargo de magistrado regional superior, está documentada, como también la del escribiente Philipp Fabricius. Los tres fueron arrojados por la ventana de la cancillería... y los tres sobrevivieron a la defenestración.

De inmediato, el conde de Martinitz hizo circular la historia de la intervención de los ángeles o de la Virgen María y, como suele ocurrir con esos asuntos, no tardaron en aparecer los testigos oculares que afirmaron haber visto a los poderes celestiales entrando en acción. Es de suponer que todo se debió a una concatenación de circunstancias fortuitas. En esa época estaba de moda que los señores llevaran gruesos jubones y mantos. Las ventanas de la cancillería eran pequeñas, de modo que resultaba imposible tomar impulso para defenestrar a una persona. Si uno investiga la situación desde el exterior comprueba que, justo por debajo de la ventana en cuestión, el muro del viejo palacio real se inclina hacia fuera, y quizás estuviera cubierto de enredaderas. Además, debido al estado descuidado de los jardines

situados al pie del muro, era bastante probable que hubiese montones de heno y ramas acumuladas. A partir de todo eso surgió la leyenda de la intervención de la Virgen María... o del montón de desperdicios que frenó la caída de los tres funcionarios y salvó sus vidas.

Los tres hombres huyeron, sin ser alcanzados por los disparos de los sorprendidos representantes estamentales, que no dieron en el blanco, y se refugiaron en la casa del canciller imperial y de su esposa, Polyxena von Lobkowitz, una legendaria figura de la sociedad bohemia gracias a su belleza y elegancia. Pero si bien nadie sufrió heridas graves (y que Philipp Fabricius, el escribiente, incluso sacara provecho de ese episodio, porque debido a su coraje le fue concedido el título nobiliario de «Von Hohenfall»: caído desde las alturas), en última instancia ello supuso el rompimiento definitivo con los Habsburgo y los soberanos de Bohemia.

Después los acontecimientos se precipitaron. Un ejército estamental fue reclutado bajo el mando del conde Von Thurn y se iniciaron las primeras escaramuzas. El rey Fernando, que fue depuesto por los estamentos y reemplazado por Federico V, el príncipe elector del Palatinado, marchó a Bohemia con un ejército cuatro veces mayor y allí ocupó posiciones imposibles de atacar. Pero debido a la elección de Federico V del Palatinado, que se oponía drásticamente a los intereses del emperador, el conflicto ya se había extendido a lo largo de toda Bohemia y se había convertido en una causa imperial.

Así, la rebelión de los estamentos bohemios desencadenó esa guerra que al final se dirigió «contra el país y las personas», devastó el imperio, les costó la vida a un rey y a diversos generales y causó la caída irreparable de la vieja Europa. Pero eso, tal como dice el cronista, es una historia completamente diferente.

COLOFÓN

Cuando terminé de escribir *La Biblia del Diablo*, al principio creí que tendría que despedirme de dicho tema. Pero ¿qué sabe uno, que solo es un pobre autor...?

El éxito de *La Biblia del Diablo* fue tan grande que numerosos lectores aguardaron la publicación de una segunda entrega. Al recibir esas solicitudes comprendí que no había tenido en cuenta el potencial dramático del *Codex Gigas* con *La Biblia del Diablo*... y tampoco la historia de mis personajes ficticios: Agnes, Cyprian y Andrej.

Desde un principio tuve claro que la nueva entrega debía desarrollarse durante el siguiente período histórico importante para el *Codex Gigas*: el camino que condujo a la Guerra de los Treinta Años, que en esta novela he presentado un poco acortado, de 1612 a 1618. Y dado que *La Biblia del Diablo* en realidad es un libro sobre el amor, fiel a la cita de la Primera Carta a los Corintios, era evidente que en el siguiente tomo iluminara otras virtudes mencionadas en precisamente dicha carta, en este caso la fe.

Usted acaba de leer el resultado, pero si aún no lo ha hecho porque es de los que prefieren leer los colofones como si fueran los prólogos, entonces será mejor que no siga leyendo, ya que en las siguientes páginas se revelan algunas cuestiones que preferirá no saber si es de los que aprecian una lectura con suspense. Me alegraría que estuviera de acuerdo con mi desarrollo de los personajes principales y sus biografías; pero también me alegraría poder sorprenderlo, porque la sorpresa forma parte del acto de contar historias. En cambio, jamás me perdonaría haberlo aburrido.

Echemos un vistazo a las circunstancias históricas en las que se basa *Los guardianes de la Biblia del Diablo*, y que en algunos lugares me vi obligado a subordinar a las exigencias dramáticas de la estructura de la narración. No lo he hecho de manera frívola, pero resumir, acortar y destacar siempre han sido los recursos de nosotros, los cuentacuentos, con el fin de que ustedes, apreciados oyentes reunidos en nuestra cueva en torno a la hoguera, disfruten

de las informaciones que les proporcionamos. Por otra parte, también me tranquiliza un poco que quienes nos transmitieron los acontecimientos del pasado mediante sus documentos, a su manera también eran cuentacuentos, y quién sabe cuántas cosas agudizaron por motivos dramáticos...

Sea como fuere, he aquí un par de hechos.

Al principio de la historia conocemos a Sebastián de Mora y sus compañeros en el infortunio: los así llamados enanos cortesanos del emperador Rodolfo. En efecto: Rodolfo sentía fascinación por los seres humanos insólitos. Existen informes sobre su infancia en Viena donde participaba en espectáculos teatrales cortesanos y aparecía junto a un «gigante». Más adelante, el grupo de enanos que había comprado en todas las regiones del imperio, vivían en su corte... muy deseados por otros monarcas y temidos por los miembros de la corte de Rodolfo. Por tanto, la actitud del canciller imperial Lobkowitz frente a esas personas se basa en hechos históricos. Sin embargo, el auténtico Sebastián de Mora vivía en la corte española y es célebre por su retrato, pintado por Velázquez en 1643.

Por lo demás, Rodolfo no era el único que experimentaba esa fascinación: tanto los monarcas como los nobles corrientes estaban empecinados en rodearse de «enanos». Con toda seguridad, ello ocurría para demostrar su propia prosperidad (¿quién podía permitirse el lujo de mantener una «colección de seres humanos»?), pero un interés morboso muy generalizado por las deformidades corporales también era típico de esa época, demostrado por las docenas de retratos de dicho período de personas que sufrían importantes minusvalías. Por supuesto que a nuestros coetáneos dicho placer les causa un estremecimiento de repugnancia, pero por otra parte no conviene olvidar que si esos infelices no hubieran formado parte de las atracciones de una corte, habrían vivido en medio de la más absoluta pobreza o se habrían ganado el sustento como objetos de horror en las ferias.

En este contexto, para los lectores que viven al sur de la frontera entre la Antigua Baviera y el resto de Alemania, el nombre de Franz von Cuivillie debería poseer cierto significado, pues como arquitecto ejerció una importante influencia en el estilo rococó bávaro. A principios del siglo XVIII llegó a la residencia múniquesa como enano de la corte.

Entre las figuras históricas, el matrimonio Lobkowitz desempeña un papel importante. En 1603, Polyxena se casó en segundas nupcias con el canciller más importante del reino de Bohemia, Vojtěch Zdeněk Popel von Lobkowitz. A la dama le adjudican una extraordinaria belleza, supuestamente heredada de su madre, una noble española. En Praga se ocupó sobre todo de

asuntos sociales y, tras la muerte de su madre, se encargó de dirigir la familia y el círculo español de la corte. Sus contactos con el embajador de España y con los políticos de la casa Habsburgo eran estrechos. Durante la rebelión de los estamentos y en la guerra subsiguiente estaba del lado de los católicos. También fue la única que, tras la defenestración de Praga, acogió a los procuradores Wilhem Slavata y Jaroslav Borsita, conde de Martinitz. Poco antes de morir, Polyxena contrajo matrimonio con Maximiliano, de la familia de los Wallenstein. Ladislaus von Pernstein, su padre, se arruinó a sí mismo y a su familia comprando las obras literarias más conocidas de la época, además de cuadros famosos y de instalar parques y juegos acuáticos, y al final —y por amor a su bella esposa española— compró todo un castillo. La residencia familiar de los Pernstein ya fue vendida en 1596, pasó por diversas manos y de vez en cuando permaneció vacía, de modo que resultaba ideal como escenario para los crímenes de Cassandra, la inventada hermana gemela de Polyxena. Las hermanas históricas de Polyxena se llamaban Viviana, Johanka, Elisabeth, Franziska y Bibiana, en caso de que alguien sienta interés por el significado de las iniciales V, J, E, F y B empleadas por el cardenal Khlesl en su apresurado dibujo del árbol genealógico de los Pernstein.

En 1591 el príncipe Vojtěch Zdeněk Popel von Lobkowitz entró en el servicio diplomático de la corte de Praga y ya en 1599 fue nombrado primer canciller del reino de Bohemia. Zdeněk, que hablaba varias lenguas, era muy viajado e inteligente, se convirtió en el dirigente laico de los bohemios católicos. Cuando el emperador aseguró la libertad de culto para los protestantes en su carta de majestad, Zdeněk se opuso a su soberano. Pudo conservar su puesto bajo Matías y en 1618 formaba parte de la lista de aquellos a quienes los representantes estamentales consideraban merecedores de la defenestración. Logró escapar de dicho destino porque en ese momento se encontraba en Viena. Aunque los protestantes lo consideraban uno de sus principales enemigos, Zdeněk siempre se mostró a favor de un castigo humano de los seguidores de la Reforma y se opuso a la confiscación de sus bienes.

Heinrich —o Henyk— von Wallenstein-Dobrowitz no es una figura histórica real, pero el personaje está basado en modelos históricos del mismo nombre. El viejo Heinrich von Wallenstein-Dobrowitz llamó la atención a causa de sus panfletos en contra del emperador y evitó que lo ajusticiaran haciendo ajusticiar en secreto al impresor. Pero el delito fue descubierto y el viejo Heinrich huyó a Dresde, donde más adelante supuestamente fue envenenado junto con su mujer. Su único hijo, Heinrich, de dieciocho años,

murió a tiros en Dresde. La fortuna de los Wallenstein-Dobrowitz fue confiscada y pasó a un miembro de otra línea que era leal al emperador, el más adelante ampliamente conocido Albrecht Wenzel Eusebius von Wallenstein.

Por cierto: en su versión original el nombre no es Wallenstein, sino Waldstein, pero como el nombre Wallenstein goza de peor fama lo he usado en la novela, si bien ello no se corresponde del todo con la corrección histórica.

En el caso del cardenal Melchior tuve que tomarme pequeñas licencias para que su figura no destruyera la estructura de mi novela. En realidad, su detención tuvo lugar solo después de la defenestración de Praga; sin embargo, que el rey Fernando y el archiduque Maximiliano fueron sus enemigos y quienes estaban detrás del asunto se corresponde con los hechos históricos. El cardenal tampoco fue arrestado en una iglesia de Praga, sino durante una visita oficial a la cancillería de Viena. El resto del año 1618 lo pasó bajo arresto domiciliario en el castillo de Ambras, en el Tirol. En 1619 fue trasladado al convento de Sankt Georgenberg bajo la custodia del archiduque. Solo en 1622 lo trasladaron a Roma y en 1627 regresó a su diócesis de Viena. Murió en 1630.

François Ravailac es otra importante figura histórica, si bien solo lo conocemos en la hora de su muerte. Ravailac, el maestro de provincias y autodeclarado regicida, que asesinó al rey Enrique IV de Francia poco después de su coronación en París, realmente sufrió el fin que yo hice narrar a Henyk. Incluso el hecho de que los caballos no lograron descuartizarlo y que un espectador unció a su propio caballo, es histórico. Extraje el entorno — centrado en Henyk y el desconocido aristócrata francés con Madame De Guise y su hija— de un ajusticiamiento igualmente espeluznante: el de Damien, quien cien años después intentó asesinar al rey Luis de Francia, pero que fracasó y, sin embargo, fue condenado a sufrir la misma muerte. Testigo de la ejecución de Damien fue el de todos conocido Giacomo Casanova, que habla de ello en sus memorias... y que menciona que en su presencia ocurrió exactamente aquello que yo he adjudicado a Henyk. No obstante, Casanova manifiesta de manera muy clara que el atroz ajusticiamiento de Damien lo afectó hasta tal punto que no se sintió impulsado a las correspondientes actividades. En vista de la sinceridad de Casanova con respecto a su vida amorosa, quizás incluso podamos dar crédito a sus palabras.

Karl von Žerotín, el prefecto de Moravia que en el asunto del supuesto asesino Komâr (que por cierto significa «mosquito») actuó con tanta

indecisión, siempre supuso una lamentable figura política. Una acusación por desfalco de bienes imperiales le costó su carrera de corregidor provincial y sus esfuerzos por convencer a los estamentos bohemios protestantes de que apoyaran al emperador Matías no tuvieron éxito. En 1616 (no en 1617, como figura en la novela) fue relevado por Albrecht von Sedlitzky. El rebelde y decidido camarlengo Siegmund von Dietrichstein también existió. Pero deduje sus conflictos con Albrecht debido a su oposición frente a Karl von Žerotín: Dietrichstein fue quien acusó a Karl de cometer el desfalco.

Matthias von Thurn, Colonna von Fels, Albrecht Smiřiky, el conde Andreas von Schlick y Wenzel von Ruppá, los cabecillas de la rebelión de los estamentos, ya han sido ampliamente presentados en el marco de la novela. Solo uno de ellos, a saber Andreas von Schlick, se encontraba entre los treinta ajusticiados por el gran tribunal penal después de la batalla de la Montaña Blanca, los demás o sobrevivieron a la primera derrota de la unión protestante o bien murieron antes de muerte natural.

Al igual que Martin Korytko, de *La Biblia del Diablo*, también Wolfgang Selender, el sucesor de Martin como abad de Braunau, es una figura histórica. El enérgico eclesiástico, que según algunos documentos también era oriundo de Regensburg, pero que en los anales aparece como Wolfgang Selender von Prochowitz, era el único en quien confiaban la capacidad de poner orden en las confusas circunstancias de Braunau. El abad Wolfgang reformó la abadía, reordenó la biblioteca del convento y allí también realizó la obra de su vida, pero al final fracasó debido al odio reinante entre protestantes y católicos. En 1618, cuando impuso el cierre de la iglesia protestante de San Wenceslao, él y todos los monjes fueron expulsados de Braunau y la biblioteca fue casi totalmente destruida durante el saqueo por parte de los ciudadanos de Braunau.

En *La Biblia del Diablo* aparecen el entonces comandante de la Guardia Suiza, el coronel Jost Segesser, y su sustituto, que es el hijo de Segesser. A primera vista parecía una exageración literaria del escenario en el que actúan, pero de hecho se corresponde con la verdad histórica, puesto que tras la muerte de su padre, Stephan Alexander Segesser incluso ocupó su puesto como comandante y por eso en *Los guardianes de la Biblia del Diablo*, esa especial relación entre padre e hijo tampoco está inventada por motivos dramáticos, sino porque se corresponde con la verdad.

Si la descripción del juicio de Agnes y Andrej parece demasiado moderna, resulta que de hecho me atuve lo más exactamente posible a las descripciones de procedimientos que se desarrollaron según la *Lex Carolina*. Se conservan

actas precisas sobre todo de los procesos por agresiones de los soldados durante la Guerra de los Treinta Años. Me parece asombroso que hallemos un ordenamiento procesal con jurados, secretarios de actas, ayudantes del juez y representantes de la acusación y la defensa que, con escasas excepciones, son muy similares a nuestros juicios actuales... en una época en la cual aún se consideraba que la tortura era imprescindible para obtener confesiones y solo se introdujo el añadido humanitario consistente en que el acusado debía volver a firmar una confesión obtenida durante el doloroso interrogatorio cuando lo liberaban de la tortura.

Si no firmaba, debía regresar a la cámara de tortura, claro está...

Con las pequeñas viñetas que enmarcan la acción de la novela he tratado de respetar la realidad histórica documentada en la mayor medida posible. Por ejemplo: el episodio del artista vienés que comió hasta reventar ante el público, que, de mala gana, pagó por ver el espectáculo, está igual de documentado que la moda de las barrigas gordas. Y en el caso de los escenarios secundarios he inventado lo menos posible... por más que uno quisiera dar crédito a la historia del convento de Frauenthal y las aventuras amorosas de las monjas. Sin embargo, no estoy seguro de si también en aquel entonces, durante el recorrido entre Brno y Praga, el convento fue utilizado como un albergue próximo al camino. Si uno recorre los caminos actuales, el convento más bien se encuentra alejado de todo, pero no hemos de olvidar que antaño —y al contrario que en el presente— los caminos pasaban por muchos pueblos y aldeas. El pueblo actual más próximo al convento que podría haber formado parte del antiguo camino es Pohled.

La descripción de los fetos conservados en el gabinete de curiosidades de Rodolfo es el resultado de mis propias investigaciones en el museo de Historia Natural de Salzburgo. No existen detalles precisos acerca de los objetos que formaron parte de la colección de Rodolfo, solo se sabe que existieron. El museo de Salzburgo ofrece la oportunidad de imaginar el aspecto que tenían; están conservados en una sala cuya visita resulta muy desaconsejable para las embarazadas, los niños y las personas fácilmente impresionables; todos forman parte de una colección de objetos coleccionados por médicos de finales del siglo XIX y principios del XX. Algunos de ellos son difíciles de olvidar.

Muchos diálogos o fragmentos de diálogos son citas. Por ejemplo, por mencionar uno, lo que Agnes suelta suspirando en cierta oportunidad: «¿Cómo puedes estar muerto cuando estás tan vivo en mi corazón?», proviene de san Agustín, quien literalmente dijo lo siguiente: «¡Cómo hemos podido

considerar que está muerto quien está tan vivo y habita en nuestros corazones!». La réplica sarcástica de Cyprian a Heinrich: «¡Si la muerte no te encuentra como vencedor, al menos que te encuentre luchando!», también proviene de san Agustín. En cambio el soneto que recuerda Filippo cuando se encuentra con Polyxena por primera vez es una traducción libre de un poema de Robert Herrick (1591-1674): «*Upon Julia's Clothes*». («Acerca de las ropas de Julia»).

Y puesto que hablamos de citas: «Arcimboldo ha abandonado el edificio», el mensaje del canciller imperial al cardenal Melchior informando de que la (supuesta) Biblia del Diablo está a buen recaudo, es una alusión absolutamente personal a la jerga del servicio secreto de los Estados Unidos. En la época en la que su popularidad era máxima, Elvis Presley solía ser conducido a través de una salida trasera de los lugares donde se celebraban sus conciertos para evitar a sus enloquecidas fans; una vez fuera, el código que informaba de ello era: «*Elvis has left the building*», y ha pasado al léxico de todos los guardaespaldas, sin importar a quién guiaran a través de la cocina y junto a cubos de basura para que sus fans no lo descuartizaran. Arcimboldo era un artista italiano muy apreciado por el emperador Rodolfo, especializado en pintar retratos inquietantes formados por verduras, frutas, cadáveres o desperdicios.

El *powidl*, o puré de ciruelas, supuestamente pertenece a los productos más conocidos de la cocina bohemia (no solo desde los años sesenta del siglo pasado). Que a Agnes y Cyprian se les hubiese ocurrido un modo totalmente nuevo de emplear ese puré dulce e infernalmente pringoso habla a favor de la flexibilidad de la receta procedente de las comarcas en torno al río Moldava.

La idea con respecto a la omnisciencia del diablo que se le ocurre a Cyprian cuando a través de su tío Melchior se entera de los temores de Andrej de que la Biblia del Diablo podía haber vuelto a despertar: «¿Quién sabría mejor que el diablo el mal que acecha en los corazones de los seres humanos?», desde luego es una cita un tanto modificada de la pluma de Orson Welles, que en *The Shadow* —su primera transmisión radiofónica— introdujo la siguiente cita inmortal: «*Who knows what evil lurks in the hearts of men?*». (¿Quién sabe qué mal acecha en el corazón de los hombres?).

Los diálogos son un permanente tema de discusión en el que a mí también me agrada participar, puesto que considero que para su creación es necesario un gran conocimiento de la escritura. Entre mis ídolos en cuanto a la redacción de diálogos realistas se encuentran Tom Wolfe y Stephen King; yo mismo dedico todo un capítulo al tema en mis talleres de escritura. Quien

haya tenido la amabilidad de leer algunas de mis otras novelas y sobre todo de los epílogos, conocerá mi punto de vista al respecto: los diálogos artificialmente rústicos me parecen deplorables, esos del estilo de: «¡A fe mía, honorable caballero! ¡Deseos toda la felicidad!», tal como solemos oírlos pronunciados por los moderadores de los festivales medievales, pero por desgracia también aparecen de vez en cuando en ciertas novelas cuyo autor ha caído totalmente en la trampa que supone utilizar el ambiente de época. En todos los tiempos las personas siempre hablan utilizando la forma más moderna de su lengua. Considero que nos distancia de los personajes si los hacemos hablar en un estilo anticuado que ya nos causa problemas cuando leemos en voz alta (estilo que de todos modos es una invención, porque no existen documentos sonoros de aquellos tiempos).

Algo diferente ocurre con los idiomas especiales. En ese caso, uno se siente feliz como autor si mediante su ayuda puede caracterizar mejor a los personajes. El narizotas y el calvo son ejemplos de ello, y procuré indicar sus orígenes mediante las palabras que emplean.

El modo en el que antaño los niños se dirigían a sus padres me hizo vacilar. Sé que mi abuela aún trataba de usted a su padre y su madre. En *La Biblia del Diablo* Agnes siempre se dirigía a Niklas y Theresia, sus padres adoptivos, utilizando el «vos», pero en el trato íntimo y afectuoso en las familias de Cyprian y Andrej no me pareció adecuado. Por eso (como casi siempre) opté por la solución dramática más idónea y utilicé el «tú» en los diálogos entre Agnes, Andrej, Cyprian y sus hijos.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todos cuantos pidieron una continuación.

A mi familia, que en realidad albergó la esperanza de que durante un tiempo ahorrara esfuerzos, y que soportó esta nueva fase muy activa de mi vida como autor con comprensión sonriente.

A mis amigos, ante todo a Manfred y Mike, que montaron un servicio telefónico de cuidados médicos cuando durante un tiempo mi otro yo opinó que debía ingresar unos días en el hospital y yo no tenía tiempo para hacerlo.

A mi agente Anke Vogel, cuyo entusiasmo original por la temática del Codex Gigas ya se ha convertido en un segundo libro.

A los miembros de los círculos de lectores de Büchereule y Steffis Bücherkiste, a través de cuyos debates sobre *La Biblia del Diablo* me ofrecieron valiosos estímulos para la creación de esta segunda parte.

A Angela Kuepper por sus valiosos comentarios. Fue mucho más que una importante lima de mi manuscrito, y a ella debo la inspiración por la bonita escena del padre Filippo en esta novela.

A las colaboradoras y colaboradores del grupo editorial Lübbe, ante todo a Sabine Cramer, Barbara Fischer, Sonja Lechner y Alexandra Blum, que de un modo u otro siempre volvieron a darme ánimos cuando las dudas me acosaban.

A los colaboradores y colaboradoras de HOCHTIEF, de Warrington, Reino Unido, que siguen confiando en publicar el libro en inglés y siempre han mostrado un gran interés por mi proyecto.

A mi muy distinguido colega (¡qué bonito poder decirlo!) Ken Follet, que durante una conversación en la Feria del Libro de Leipzig preguntó con tanto interés por la Biblia del Diablo que volvió a confirmarme que había descubierto un tema muy excitante. Mantuvimos la siguiente conversación en inglés:

—¿Cómo convertiste eso en una historia? —preguntó.

Y yo respondí:

—Existe una leyenda.

Y él, con una amplia sonrisa dijo:

—Comprendo...

Y después me habló de un par de leyendas que lo inspiraron a escribir *Un mundo sin fin*. En ese contexto también debo dar las gracias al imaginario monje emparedado de Podlazice: sin él quizá la Biblia del Diablo solo habría seguido siendo un bonito fragmento de la historia... pero sin «historia».

Y quiero darles las gracias a ustedes, queridos lectores. Han hecho posibles todos mis libros, pero muy especialmente este gracias a su interés y sus muchas solicitudes de una continuación. ¡Ha sido una excelente idea! ¡Muchas gracias!

FUENTES

- DAUXOIS, Jacqueline: *Der Alchimist von Prag*, ISBN 3-492-22764-3, Piper, 1999.
- DURANT, Will: *Europa im Dreissigjährigen Krieg*, Nauman & Göbel, 1985.
- FABIAN, Bernhard (ed.): *Handbuch der Historischen Buchbestände in Deutschland*, Olms Neue Medien, 2003.
- FILIP, Ales: *Brno-Stadführer*, ISBN 80-9022504-4-0, K-public, 2004.
- HUCH, Ricarda: *Der Dreissigjährige Krieg*, ISBN 3-458-31722-9, Insel, 1974.
- KONIAREK, Klaus Dr. (ed.): *Wer war wer im Dreissigjährigen Krieg*, www.koni.onlinehome.de
- MANN, Golo: *Das Zeitalter des Dreissigjährigen Krieges*, Propiläen, 1964.
- MILGER, Peter: *Gegen Land und Leute*, ISBN 3-570-00267-5, Bertelsmann, 1998.
- Projekt Gutenberg-DE: *François Ravailac*.
- ROTH, Gerhard: *Der begehbarer Traum*, www.diepresse.com, 2007.
- SALLER, Walter: *Sturz in die Katastrophe*, GEO 2008 Verlag Gruner+Jahr.
- SAMEK, Bohumil (ed.): *Pernstejn - a Moravian Medieval Castle*, ISBN 80-85032-52-X, Heritage Institute Brno, 1996.
- SCHILD, Wolfgang: *Die Geschichte der Gerichtsbarkeit*, ISBN 3-930656-74-4, Nikol, 1980.
- THIEL, Erika: *Geschichte des Kostüms*, ISBN 3-89487-260-8, Henschel, 2009.

VAN DÜLMEN, Richard: *Kultur und Alltag in der Frühen Neuzeit*, ISBN 3-406-34401-1, Beck, 1995.

www.bautz.de: *Biographisch-Biographisches Kirchenlexikon*

www.brno.cz

www.costumes.org: *Early 17th century Europe*

www.lobkowiczevents.cz: *Familiy History*

www.wikipedia.de



RICHARD DÜBELL es un escritor y diseñador gráfico alemán que nació el 5 de octubre de 1962 cerca de Landshut, donde ha residido casi toda su vida. Dübelle se dedica plenamente a la escritura, aunque también es aficionado a la pintura, a la fotografía y a viajar. Tras titularse en Ciencias Empresariales, se trasladó a trabajar a Munich para una empresa informática, avanzando en su carrera hasta dirigir un equipo de gestión de la empresa Siemens Nixdorf AG.

Aunque empezó como escritor de fantasía y ciencia ficción, escribiendo y diseñando para una revista, ha llegado a ser uno de los autores de novela histórica de más éxito de Alemania, con una recepción muy positiva de sus libros por parte de lectores y crítica. *La Biblia del Diablo*, su novela más conocida, crea una trama de suspense alrededor del *Codex Gigas*, un códice real conocido por ser el más grande que se conserva, y por la leyenda negra que lo ha rodeado desde su creación en el siglo XIII.

Notas

[1] Para los criterios actuales, cuatro millones de muertos de la Guerra de los Treinta años no parecen una cifra tan catastrófica, en comparación con los seis millones de víctimas de una guerra bastante reciente. Para evaluar las estadísticas de un modo correcto, como tan a menudo lo más útil es contemplar el tema a través del macro objetivo. Mi ciudad natal fue devastada tres veces durante la Guerra de los Treinta Años. En el año 1634, debido a enormes errores tácticos de la defensa militar de la ciudad, sufrió la ocupación y el saqueo por parte de un ejército sueco. En pocos días perdieron la vida más de dos mil de los más de doce mil habitantes originales, es decir una sexta parte. Si el grupo allegado formado por miembros de la familia y amigos sumaba doce personas (una cifra promedio), desde un punto de vista puramente estadístico hubieran enterrado a al menos dos de sus parientes y amigos. Tras el saqueo la peste asoló la ciudad; después solo quedaron con vida unas dos mil personas. Eso equivale a una tasa de mortandad del setenta y cinco por ciento o, para volver a nuestro ejemplo, de todos sus amigos íntimos y parientes solo hubiera sobrevivido usted y otra persona. Todas las guerras son el infierno. <<